

ESTADISMO
DE LAS
ISLAS FILIPINAS
—
TOMO PRIMERO

OBRAS DE W. E. RETANA

- EL INDIÓ BATANGUEÑO. (*Estudio etnográfico*, premiado en la Exposición filipina de Madrid de 1887.)—3.ª edición: Manila, 1888.—110 páginas en 8.º—*Agotada*.
- TRANSFORMISMO. (*Sátira de costumbres filipinas.*)—3.ª edición: Manila, 1889.—40 páginas en 8.º—*Agotada*.
-

FOLLETOS FILIPINOS (POLÍTICOS)

- I.—FRAILES Y CLÉRIGOS.—2.ª edición, corregida y aumentada: Madrid, 1891.—142 págs. en 12.º
- II.—APUNTES PARA LA HISTORIA.—Madrid, 1890.—96 páginas en 8.º
- III.—SINAPISMOS.—Primera serie.—Madrid, 1890.—96 páginas en 8.º
- IV.—REFORMAS Y OTROS EXCESOS.—Madrid, 1890.—96 páginas en 8.º
-

AVISOS Y PROFECÍAS.—Madrid, 1892.—xvi + 368 páginas en 8.º—*Agotada*.

CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA FILIPINA DE W. E. RETANA.—Madrid, 1893.—68 hojas en folio, á dos columnas.—Tirada de 30 ejemplares.—*No se ha puesto á la venta*.

COSAS DE ALLÁ.—Madrid, 1893.—vi + 174 páginas en 8.º

EN PRENSA

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DEL PERIODISMO FILIPINO.—Un tomo en 8.º

SUPERSTICIONES DE LOS INDIOS FILIPINOS: UN LIBRO DE ANTIQUARIAS.—Un volumen en 12.º

ESTADISMO
DE LAS
ISLAS FILIPINAS

6

MIS VIAJES POR ESTE PAÍS

POR EL PADRE

FR. JOAQUÍN MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA

Agustino calzado.

PUBLICA ESTA OBRA POR PRIMERA VEZ

EXTENSAMENTE ANOTADA

W. E. RETANA

—
TOMO PRIMERO
—

MADRID

DICIEMBRE DE M.DCCCXCHII.

A large, handwritten signature in black ink, slanted upwards from left to right. The signature appears to be 'W. E. Retana' written in a cursive style.

Reservados
todos los derechos, dentro y fuera de la Península,
con arreglo á la ley vigente y los convenios internacionales
relativos á la propiedad intelectual.

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Calle de Miguel Servet, núm. 13: MADRID.



Á LA
EJEMPLAR Y APOSTÓLICA PROVINCIA
DEL DULCÍSIMO NOMBRE DE JESÚS
DE
AGUSTINOS CALZADOS DE FILIPINAS

El texto del P. Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, porque de derecho corresponde á la Corporación de la cual fué hijo tan eminente Autor; mis adiciones, como débil testimonio de admiración y respeto á la Comunidad que tantos y señalados servicios ha prestado en todo tiempo á España y Filipinas.

W. E. RETANA.



PRÓLOGO

IRES son las obras que nos proporcionan noticias acerca de la vida y escritos de fray Joaquín Martínez de Zúñiga: el *Osario*, por los PP. María y Blanco (1), el *Catálogo* del P. Cano y la *Bibliografía* del P. Moral. De la primera existe una copia en Valladolid; á la página 314 van los siguientes renglones:—«1818. N. P. »Ex-Provincial Fr. Joaquín Martínez, Navarro. Escribió é imprimio una obra muy apreciable de la Historia de Filipinas, que hoi dia ha tenido un aprecio »extraordinario en España, y una Novena á Ntra. Señora de Parañaque, donde fué ministro. Además »una estadística de Filipinas y descripción geográfica de algunas prov.* de las Islas.»—Esta noticia es ampliación de otra que se da en la pág. 259, que dice así:—«N. P. Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, Ex-Provinc.¹ murió en Manila en 7 de Mar. de 818. Fue Cura »de Parañaque, y escribió una historia mui apreciable de Filipinas, y una Novena de N. Sra. todo »impreso.»

(1) Como el P. María murió ciego el año de 1801, las noticias que acerca del P. Zúñiga existen en el *Osario*, debió escribirlas necesariamente el P. Fr. Manuel Blanco, el autor de la *Flora de Filipinas*.

Y nada más dice el P. Fr. Manuel Blanco. Veamos lo que escribió el P. Cano; lo reproduzco íntegro (1): «Fr. Joaquín Martínez, nació en Aguilar, obispado de Calahorra en 760 y profesó en el colegio de Valladolid en 779. Párroco tagalo de Hagonoy en 791, de Calumpit en 796 y de Parañaque de 812 á 817. »Fué Secretario de provincia en 792, Prior vocal, Definidor calificador del Santo oficio y Prior provincial en 806. Escribió una *Historia de Filipinas* en un tomo que es apreciada de todos los que la han leído. También escribió una *Estadística de estas Islas* y descripción geográfica de algunas provincias. Murió en Manila en 7 de Marzo de 818.»

Finalmente, el P. Moral ha escrito lo que sigue:

«Natural de Aguilar en el Obispado de Calahorra. »Profesó en este Colegio de Valladolid el 1779. En »Filipinas administró los pueblos de Hagonoy, Calumpit y Parañaque. Fué Secretario de Provincia, »Definidor, Calificador del Santo Oficio y Prior Provincial. Murió en Manila el año de 1818.»—(A continuación consigna el P. Moral las obras de que fué autor el P. M. de Zúñiga; del comentario que va bajo el título del ESTADISMO, trataremos más adelante.)

Sumando estas noticias con las que se contienen en el ESTADISMO y alguna otra que hemos podido adquirir recientemente, trataremos de bosquejar la biografía del M. R. P. Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga. Hé aquí una copia de la partida bautismal de nuestro Autor (2):

(1) Pág. 209; pertenece á la misión que llegó á Manila el 3 de Agosto de 1786.

(2) El P. Mtro. Fr. Tirso López, al saber que me proponía publicar el ESTADISMO, gestionó cerca del señor cura párroco de Aguilar, D. Hilarión Matute, este documento. Quedo á ambos profundamente reconocido.

Don Hilarión Matute, Presb.º, cura propio de la Iglesia parroquial de la Invención de la Sta. Cruz de esta villa de Aguilar, Provincia de Navarra y Obispado de Calahorra y la Calzada, =

CERTIFICO: que en el libro tercero de bautizados de la misma Parroquia, al folio setenta y ocho, se halla inscrita la partida bautismal siguiente: =

Joaquín Martínez de Zúñiga.

«En diez y seis de Junio de mil setecientos y sesenta. Yo el infrascrito cura y beneficiado de la parroquial de esta Villa de Aguilar de Navarra, bautice solemnemente un niño, hijo legítimo de Esteban Martínez de Zúñiga y Josefa Díaz de Harraza, vecinos y naturales de ella; el cual, según declaración jurada de Josefa Martínez de Zúñiga, muger de Pedro Sanz de Guergué, vecina de esta dicha Villa, que se halló al parto, nació el diez de los citados mes y año entre las tres y las cuatro horas de la mañana: abuelos paternos, Juan y Catalina Hortiz, difuntos, vecinos que fueron de esta enunciada Villa, y naturales, Juan de ella y Catalina de la de Torralba: maternos Juan y Francisca Asensio, difuntos, naturales y vecinos que fueron de esta memorada Villa: pusosele por nombre *Joaquín*: fue su padrino D.º Manuel Antonio Sanz de Guergué, presbítero beneficiado de esta enunciada parroquial: Y por la verdad firmé =D.º Pedro Matías Sanz de Guergué.» =

La precedente partida sacramental de bautismo, concuerda y es conforme con su original que se halla en el libro y folio citados, á donde me remito en caso necesario; y á los efectos oportunos,

doy la presente firmada y sellada en Aguilar de Navarra, á quince de Junio de mil ochocientos noventa y dos.—HILARIÓN MATUTE. (Rubricado.—Hay un sello.)

Todo induce á sospechar que en la educación del niño Joaquín influyeron los presbíteros Sanz de Guergué, aunque sólo fuese por el parentesco que debió de haber (probablemente hermanos) entre ambos señores sacerdotes y el marido de Josefa, la cual, se me figura á mí, era tía carnal del autor del ESTADISMO; éste nos dice en la pág. 386 de su obra que *estaba enseñado al retiro desde niño*: de suerte que nada aventuramos afirmando que su educación debió de ser acentuadamente cristiana y recogida, ó porque sus deudos barruntasen que Joaquín estaba destinado á ingresar en un convento, ó porque—lo que parece más verosímil—le inclinaron desde pequeñito á consagrarse al Señor: sea como fuere, ello es que el 25 de Enero de 1778, entre diez y once de la mañana, Joaquín tomaba el hábito Agustino en el Colegio que la Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús de Filipinas había fundado, unos cuarenta años antes, en la ciudad de Valladolid (1). Existían á la sazón en la Pe-

(1) El M. R. P. Fr. Sabas Fontecha, rector del Colegio de Valladolid, me ha facilitado la siguiente nota, que le he agradecido mucho:—«En el libro donde se hace memoria del año, mes y día de los que toman nuestro Santo Hábito en este Real Colegio Seminario de Valladolid de la Provincia de Filipinas y Orden de N. P. San Agustín, y empieza el año 1743, se lee (fól. 12, vto.) la partida siguiente con su nota al margen escrita por el P. Maestro de Novicios Fr. Andrés Beato:

(Al margen:) «Fué Provincial el primero».

«Los hermanos choristas Fr. Joachin Martínez de Zúñiga, natural de la Villa de »Aguilar, Obispado de Calahorra. Y Fr. Cándido Fernandez natural de Ziudad de »Valladolid. Y Fr. Justo Cañon Canseco, natural de la Ziudad de Valladolid. Y »Fr. Ambrosio Gonzalez, natural de la Ziudad de Valladolid: Tomaron nuestro »Santo Hábito en 25 de Henero de 1778, entre diez y once de la mañana.—Profesaron todos.—FR. ANDRÉS BEATO.»—*Es copia*».

nínsula otros conventos y seminarios que se hallaban de la villa de Aguilar á distancia más corta que el mencionado de Valladolid: esta circunstancia nos autoriza á afirmar que Joaquín M. de Zúñiga *quiso* ser Agustino, y misionero precisamente. Carezco de datos auténticos que demuestren cómo cursó la carrera fray Joaquín, ó en otros términos, si fué ó no digna de toda alabanza su *hoja de estudios*; mas con los antecedentes que dejamos consignados, y habida cuenta que poseía clarísima inteligencia y un grande espíritu de religiosidad, creo me sea lícito asegurar que cuando salía de Valladolid con destino á las Islas Filipinas, dejaba en el Colegio-Seminario grato recuerdo de su conducta.

El 3 de Agosto de 1786, y bajo la presidencia del R. P. Fr. Tomás Cañón, llegó á Manila la tanda de misioneros de la cual formaba parte Fr. Joaquín. *Yo viví en México un año*, declara (*en la pág. 512*): suponiendo que tardase tres meses en la travesía desde Acapulco á Manila, debió de vivir en Nueva España desde Mayo de 1785 hasta el mismo mes de 1786. *En México se dedicó al confesonario (ibid)*; lo que demuestra que á Filipinas llegó de sacerdote, á diferencia de algunos otros religiosos, que solían llegar con la carrera incompleta, y tenían que terminarla en Manila. No debió descansar mucho, de tan largo viaje, en la Capital del Archipiélago magallánico, porque él mismo nos dice que en 1786 *pasó á Batangas á estudiar la lengua* (págs. 159, 162), *la tagala*, que seguramente aprendería en pocos meses. No es cosa fácil puntualizar en qué pueblo prestó por primera vez sus servicios como párroco: el padre Cano le pone en Hagonoy en 1791; pero aparte de que no es creíble que estuviera cuatro años sin Parroquia; aun teniendo en cuenta que debió de ser lector en el convento de San Agus-

tín, de Manila (1), ciertas declaraciones suyas confirman que antes de ser ministro del citado pueblo debió de serlo en algunos otros, pequeños ó pobres, ó pequeños á la vez que pobres (2). En Hagonoy no estuvo más que un año, pues en el siguiente de 1792 fué elegido secretario de Provincia (en el Capítulo intermedio que debió de celebrarse entonces), y este cargo lo ejerció un bienio (3). El P. Cano escribe que fué nombrado párroco de Calumpit en 1796; pero debió de serlo el 94, inmediatamente de cesar en la Secretaría Provincial: en efecto, Fr. Zúñiga confiesa (pág. 385): *Yo he vivido algunos años en el pueblo de Calumpit*, y siendo así que desde 1797 no volvió á desempeñar este curato, resulta evidente la equivocación de su biógrafo Cano (4). Desde su salida de Calumpit hasta 1798, en que se celebró Capítulo, debió de ser Fr. Joaquín cura párroco de Pásig (5); y desde el 98 hasta 1802 debió vivir en Manila, desempeñando el cargo de definidor.—Durante los años

(1) V. la portada de su *Historia*: se pone el título de lector. Ahora bien: desde que tomó el hábito hasta que salió de España, median tan sólo seis años, el tiempo que dura precisamente la carrera: luego parece más lógico creer que fué en Manila, y no en Valladolid, donde ejerció la cátedra.

(2) En la pág. 38 del tomo I, dice el P. M. de Zúñiga: «Yo he sido párroco en pueblos *pequeños* y grandes, ricos y *pobres*»; las palabras que hemos subrayado no deben referirse á los de Hagonoy, Calumpit ni Parañaque, únicos que menciona el P. Cano.

(3) Consta en el *Catálogo* del P. Cano que de 1794 á 1798 desempeñó la Secretaría de Provincia Fr. Vicente Villamanso.—El P. Zúñiga confirma la noticia de haber sido secretario en la pág. 255 de su obra.

(4) Según este Padre, el año de 1797 fué nombrado párroco de Calumpit fray Juan Rico; á éste le sucedió, en 1798, Fr. Andrés Veil, y á éste, en 1799, Fr. Cristóbal Castillo, el cual permaneció de párroco en dicho pueblo hasta 1802, año en que el P. Zúñiga fué nombrado ministro de Parañaque.

(5) *Yo he sido ministro en Pásig*, dice Fr. Zúñiga en la pág. 202. No importa, pues, que este dato no conste en la obra del P. Cano.—Dirásenos que pudo ser interino de este pueblo antes de haber ido á Hagonoy: no; porque precisamente desde 1786 hasta 1791 sábese quiénes sirvieron este curato: Fr. Domingo Iturralde, Fr. Manuel Recio y Fr. Ignacio Pallarés, sucesivamente.

de 1794-1798, había sido vocal ó capitular.—Nuestro biografiado no perdió el tiempo mientras estuvo en Manila: á principios de 1802, cuando acompañó al general don Ignacio María de Álava por segunda vez, ya estaba escribiendo la *Historia de Filipinas*, trabajo que no emprendió hasta haber leído todos los documentos necesarios, en particular los relativos á la ocupación de Manila por los ingleses (1). Nombrado el dicho año de 1802 para la parroquia de Parañaque (2), allí debió acabar su *Historia*, para emprender en seguida nuevas obras, de las que pronto hablaremos. En Parañaque estuvo hasta poco antes de morir, aunque poniendo el paréntesis comprendido entre 1806-1810, que ejerció el Provincialato (3). Sin duda quebrantos en la salud obligáronle á retirarse al convento de Manila, y en él murió, lleno de méritos, el 7 de Marzo del año de 1818, cuando estaba para cumplir los 58 de edad y los 32 de residencia en aquel confin del mundo (4).

La primera obra que publicó, y también la primera que escribió, fué la *Historia de Filipinas*, la cual consta de un volumen en 4.º Sus páginas son las siguientes:—Portada.—V. en b.—Dedic., al general D. Ignacio María de Álava (2 *hojas* numeradas I y II.)—Prólogo (3 págs., núms.: III, IV, ó sea por *hojas*.)—A la vuelta de la hoja IV comienza el texto: Pág. 1; y

(1) «Como yo estaba escribiendo la historia de Filipinas, habia leído todos los manuscritos concernientes á esta guerra...» (*la de los ingleses*).—Pág. 354.

(2) Aunque en el *Catálogo* del P. Cano se lee 1812, es indudable que el segundo *uno* debe considerarse como un lapsus del cajista. En la portada de la *Historia* (impresa en 1807), el P. Zúñiga se pone, entre otros títulos, el de *Cura Regular del pueblo de Parañaque*.

(3) Mientras el P. M. de Zúñiga fué provincial, desempeñó con el carácter de interino la Parroquia de Parañaque el R. P. Fr. Andrés Carpintero.

(4) Escribí á algunos amigos de Manila interesándoles la partida de defunción del P. Zúñiga. Mis gestiones resultaron vanas.

corre la numeración por páginas hasta el final: de suerte que todas las de la izquierda son *impares* y las de la derecha, *pares*. Última pág.: 687.—Carece de índice.—Divídese en 37 capítulos, y abraza desde el descubrimiento de Filipinas por Magallanes hasta la entrada de Anda en Manila, al ser entregada por los ingleses; esto es, hasta el año de 1764.—Debió esta obra agotarse muy pronto, puesto que en 1850 don Rafael Díaz Arenas la consideraba cuasi mitológica, según se desprende de lo que consigna en el cuaderno-dedicatoria de sus *Memorias*; mientras Brunet, en su famoso *Manuel*, apunta que en 1836 se pagó por un ejemplar la friolera de 62 francos, noticia que confirma Salvá en su preciado *Catálogo*. En cuanto al mérito intrínseco, baste decir que los autores más prestigiosos la citan frecuentemente, y que alguno de muchas campanillas la exprimió más de lo que suele reputarse lícito. A la verdad, la *Historia* del P. Zúñiga tiene la inmensa ventaja de que en ella se refieren los hechos sin mayor extensión que la estrictamente necesaria, dando de mano con las prolijidades de índole religiosa en que han solido incurrir otros historiadores de Filipinas; añádase que está escrita con llaneza y profundidad de juicio: de aquí que el admirable compendio sea alabado por todos aquellos que han tenido la suerte de leerle. Véase á continuación una reproducción de la portada; va con la mayor exactitud posible:

HISTORIA

DE

LAS ISLAS PHILIPINAS

COMPUESTA

POR

EL R. P. LECTOR FR. JOAQUIN MARTINEZ DE ZUÑIGA DEL ORDEN DE SAN AGUSTIN
ExDifinidor de su Provincia, Calificador del Santo Oficio, y Cura Regular del Pueblo de Parañaque.

===== † =====

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS:

Impreso en Sampaloc: Por Fr. Pedro Argüelles de la Concepcion Religioso Francisco. Año de 1803.

Pero el éxito del P. Zúñiga no ha sido celebrado únicamente por autores españoles: los extranjeros filipinólogos honran también sus escritos tomando en consideración las opiniones de Fr. Zúñiga relativas al origen de los indios, á la formación del Archipiélago, etc., etc., bien refiriéndose al texto castellano, bien á la versión inglesa, cuya portada reproduzco con toda fidelidad en la página siguiente.—Esta versión consta de dos volúmenes en 4.º—I. Págs.: xvi + 308, y una *carta* del Archipiélago entre la anteport. y la port.—Anteport.—V. en b.—*Carta plegada*.—Port.—V. en b.—*Introducción* (del traductor).—Texto.—II. Páginas: 4 s. n. (anteport. y port. con los versos en blanco) + 295 + 1 s. n. (pie de impr.)—El texto comienza: *Auno dom. 1669...* (El traductor le pone *Capítulo I* indebidamente.)—Concluye el texto del P. Zúñiga en la pág. 250; y las 251-295 contienen *adiciones* de John Maver.—Existe una *segunda edición* de esta versión inglesa; está en mejor papel, y la *carta* va al final de la *Introduc.* La portada difiere muy poco; bajo la leyenda VOL..., léese

SECON EDITION

El año, el mismo; las páginas, las mismas, y todo tan igual, que puede asegurarse, de una manera absoluta, que los mismos moldes (salvos los de las portadas) sirvieron para ambas ediciones, que son una en rigor.

(De la edición castellana tengo un ejemplar; de la inglesa he registrado el que fué de Gayangos, que se halla en el Museo-Biblioteca de Ultramar.)

AN
HISTORICAL VIEW
OF THE
PHILIPPINE ISLANDS:

EXHIBITING

THEIR DISCOVERY, POPULATION, LANGUAGE,
GOVERNEMENT, MANNERS, CUSTOMS,
PRODUCTIONS AND COMMERCE.

FROM THE SPANISH OF

MARTINEZ DE ZUÑIGA

PUBLISHED AT MANILA, 1803.

IN TWO VOLUMES.

WITH

A NEW AND ACCURATE MAP OF THE ISLANDS,

FROM THE BEST AUTHORITIES, PUBLIC AND PRIVATE.



TRANSLATED

BY JOHN MAVER, ESQ.



VOL. I.

LONDON:

PRINTED FOR J. ASPERNE, CORNHILL; AND NONVILLE
AND FELL, NEW BOND-STREET:

By T. Davison, Whitefriars

1814.

Publicada la *Historia de Filipinas* debió escribir en muy pocos días, é imprimir inmediatamente, la *Historia y Novena de la Virgen del Buen suceso*, opúsculo al que alude en la pág. 99 del tomo I del ESTADISMO, y del cual dan noticia los PP. Blanco, Cano y Moral, según se ha visto. Mas como ninguno de estos bibliógrafos hacen otra cosa que apuntar el título, incompleto por cierto, y mis diligencias por hallar un ejemplar han sido estériles, véome en el triste caso de poner punto á esta nota.

Pero lo que, por lo visto, no supieron los antecitados PP. Blanco, Cano y Moral es que Fr. Joaquín M. de Zúñiga tradujo, anotó é imprimió la obra de *Viajes* de Mr. Le Gentil. Nuestro Autor lo declara dos veces por lo menos: dice en la pág. 32 (t. I.): ...«*aunque no lo crea Mr. Le Gentil. Véase mi nota á estos viajes, que he traducido al español y que se están imprimiendo.*» Y en la pág. 433: «*Yo he dicho en mis notas al viaje de Mr. Le Gentil á las Islas Filipinas que el barco de Acapulco es necesario á Manila*», etc. Esto debió de escribirlo el P. Zúñiga hacia 1804. Pero, ¿y la obra?, ¿dónde está? Nadie la conoce. Que llegó á imprimirla, no debemos dudarla; investigar por qué motivos no fué del dominio público, es precisamente lo que nos proponemos. Basta leer el ESTADISMO para juzgar del desenfado, la sinceridad y la franqueza (en ocasiones brusca) de nuestro Autor; Le Gentil burlóse ó poco menos de la Marina de guerra que en Filipinas había; censuró los vicios profundos que existían en la vida comercial; escarneció ciertas costumbres de los españoles radicados en Manila...: el P. Zúñiga debió revolverse airado contra Mr. Le Gentil; pero al tiempo de atacarle, y con el fin de justificar abusos de ciertos órdenes, tendría que pintar muy al vivo las ambiciones de ciertos *personajes* (el gobernador Aguilar

era el primer *negociante* de la Colonia), y por tales causas, sacar á la pública vergüenza cosas que en aquellos tiempos no se podían decir. Imprimió, pues, la obra; presentó los pliegos á la censura oficial, y la censura oficial le prohibió que expusiera *coram populo* verdades que eran de todos sabidas. Pudo también suceder que le autorizaran el manuscrito, y, pensándolo mejor el general Aguilar, éste se arrepintiera después, cuando ya de la obra iban impresos algunos pliegos.— Á tan inesperada contrariedad debemos atribuir el que no imprimiera el ESTADISMO, obra que, como ahora veremos, tampoco habría sido autorizada para ser impresa, á lo menos tal como salió de la pluma sincera, justa y verídica de su autor.

*
* *

Maravilla la actividad desplegada por el P. Zúñiga desde 1802, en que se hizo cargo de la Parroquia de Parañaque, hasta 1806, en que fué elegido provincial: acabó la *Historia*, escribió la *Novena* (en tagalo?), tradujo y anotó los *Viajes* de Le Gentil, y aun le quedó tiempo para redactar el ESTADISMO DE LAS ISLAS FILIPINAS (1). Y cuenta que como sacerdote debió de ser estricto cumplidor de sus deberes, pues que de no haber sumado esta tan importante cualidad á las que ya tenía de gran inteligencia y vasta ilustración, seguramente no habría sido elegido para el más alto

(1) Los datos que el Autor nos facilita, demuestran que el ESTADISMO quedó terminado antes de 1806. Como provincial, el P. Zúñiga tuvo que viajar por Ilocos, las Bisayas y otras partes del territorio filipino, y á estos viajes no alude ni una sola vez en la obra. Además, quien confiesa que fué párroco en Hagonoy, en Calumpit, en Pásig y en Parañaque, y confiesa al propio tiempo que fué secretario de Provincia, ¿por qué no habla de decir una vez siquiera que ejerció el Provincialato? Finalmente, en la portada del ESTADISMO, como veremos muy pronto, se titula lector, ex definidor y párroco; pero no provincial ni ex provincial.

puesto que, entre los de su Provincia, puede un fraile ocupar. Y si aun se añade su interés en obsequio de los indios, á quienes representaba en sus querellas contra los abusos de que solían ser víctimas, á quienes daba buenos consejos, instruyéndoles en todo lo que redundaba en beneficio de ellos, lógicamente sube de punto nuestra admiración hacia el ilustre religioso, para el cual, sin duda alguna, los factores *clima, medio ambiente y años de país* no tuvieron la poderosa significación que allí suelen tener respecto de casi todos los europeos. El ESTADISMO debió comenzar á redactarlo en 1803, al mismo tiempo que acababa la traducción con notas del *Viaje* de Le Gentil: sus palabras *he vivido con los indios más de diez y seis años*, que escribe dos ó tres veces (págs. 291 y 512); la vida que le daba á la Compañía comercial de Filipinas, *quince años* (1), y algunas otras frases (2), denuncian que por lo menos escribió algunos párrafos en 1802; pero en cambio otras muchas nos prueban de una manera precisa que el ESTADISMO está trabajado por los años 3 y sucesivos, si bien después del 6 no dió ya ni una plumada, según queda demostrado: repetidamente invita á los lectores á que *vean* determinados pasajes de su *Historia* (3), y, lo que es más, corrígese á sí mismo, en punto á *lo que dijo en su Historia impresa* de las lenguas sudamericanas y filipinas (4); y cuando menciona al P. Aparicio (*t. II, pági-*

(1) V. la pág. 271. La Compañía fué creada en 1783; y en Enero de 1787 salían de Manila las primeras naos que condujeron á Cádiz productos filipinos.

(2) Así, cuando dice (pág. 269): «Nuestro General (Álava), *acaba* de arreglar é imprimir las instrucciones de este barco».—El *Reglamento* de Álava está dado con fecha 15 de Noviembre de 1802, y el mismo año fué impreso en la imprenta de Nuestra Señora de Loreto (Sampaloc), por Fr. Pedro Argüelles de la Concepción.

(3) V., entre otras, las alusiones contenidas en las págs. 222, 477; II, 25, etc.

(4) V. la pág. 428.—En la 430 es más concluyente: «Después de impresa mi *Historia...*», etc.

na 12), llámale su *provincial actual* (y sabido es que gobernó de 1802 á 1806). Luego podemos concluir diciendo que si bien trazó algunas notas y aun párrafos enteros á raíz de verificadas cada una de las dos expediciones que llevó á cabo con el insigne Alava— á principios de 1800, la primera; á principios de 1802, la segunda,—la obra fué redactada entre los años 1803 y 1805. Sobre que no es verosímil que á un tiempo trabajase en la *Historia*, los *Viajes* de Le Gentil, la *Novena* á la Virgen de Parañaque y el ESTADISMO DE LAS ISLAS FILIPINAS.

Si intentó ó no el P. Zúñiga imprimir esta su última obra, cosa es que no puedo demostrar con documentos, aunque parece que sí, dado su afán por aportar á sus *Viajes* datos que, como los concernientes al desarrollo progresivo de la población, tenían un marcado carácter de oportunidad (1): la explicación que da de ciertas palabras del país, cuyos significados son en Filipinas sabidos del común de los mortales; sus minuciosas descripciones de las frutas y algunos animalejos allí de todo el mundo conocidos, y otros pormenores que en la obra abundan, autorizan á creer que el Autor del ESTADISMO se hacía la cuenta de que podían leerle personas que no habían nunca residido en Filipinas; en la frase: *no escribo como misionero sino como filósofo* (pág. 174), se descubre el acto de sincerarse Fr. Joaquín ante aquellos que pudieran extrañarse de ciertas opiniones un tanto aventuradas que en el ESTADISMO existen. El que escribe por el mero placer de conservar sus recuerdos exclusivamente para sí, ó á lo sumo para que le lean privadamente sus compañeros y amigos, no in-

(1) V. tomo II, pág. 27: «según una lista del año de 1802 que me franqueó el Ilmo. Sr. D. Fr. Agustín Blaquier...»

cluye en su trabajo explicaciones, descripciones, protestas, etc., etc., que sólo son necesarias en una obra que ha de lanzarse á los cuatro vientos de la publicidad. Debió, pues, estar en el ánimo del P. Zúñiga el imprimir su ESTADISMO; pero sea que le desanimara lo que con los *Viajes* de Le Gentil aconteció, sea que la Censura no autorizara el *Imprimase*, ello es que el ESTADISMO ha permanecido inédito hasta hoy. Y ahora es cuando encaja el comentario que acerca de esta obra figura en el *Catálogo* del P. Fr. Bonifacio Moral. Dice la nota:

«*Estadismo de las Islas Filipinas. Viages del Excelentísimo Señor Don Ignacio María de Alva (sic?) Theniente General de la Real Armada al Interior de estas Islas en que se trata de lo Phísico, Geográfico Histórico, y Político de ellas. Compuesto por el R. P. L. Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga del Orden de San Agustín. Ex Difiñidor de su Provincia, Calificador del Santo Officio, y Cura del Pueblo de Parañaque. Tomo II.*

»Encuétrase dicha obra manuscrita en este Colegio de Valladolid, con la particularidad de tener una segunda portada, en la cual se indica haberse ya publicado, y es como sigue:

»*Viajes del General de Marina D. Ignacio M.^a Alava por las Islas Filipinas ó Descripción físico-geográfica é histórica-política del célebre historiador de Filipinas Padre Joaquín Martínez Zúñiga que le acompañó en sus expediciones. PUBLICADA con notas y cartas geográficas por su amigo D. Fr. González Azaola. París.*

»La transcrita portada—comenta el P. Moral—es de letra distinta de la anterior, y como se ve, indicase que la obra se imprimió en París. También es de advertir que en la primera portada, escrita en letra igual á la que lleva el cuerpo de la Obra, se pone *Tomo II*, indicio cierto de que precedía otro *Tomo*,

DEL CUAL NO SE TIENE NOTICIA. Añadiremos por último, que al folio 117 del MS. en cuestión, en una portada orlada con algunos dibujos de tinta, se lee: *Suplemento á los viages del Excelmo. Señor D. Ignacio María Alava Then.º Gral. de la Real Armada, en que se trata de lo restante de las Islas Filipinas*»).

Hasta aquí el P. Moral. Es de advertir que éste cataloga cuatro obras de Fr. Zúñiga, á saber:

1.ª—La *Historia*.

2.ª—«*Estadística de las Islas Filipinas y descripción geográfica de algunas Provincias.*»

3.ª—La *Novena*.

4.ª y última.—El *ESTADISMO* (tomo II), cuya papeleta queda ya reproducida.

Dedúcese de aquí que al P. Moral le mandaron de Manila la papeleta 2.ª; y que la 4.ª fué hecha por él, en vista del *Ms.* que en el Colegio de Valladolid existe, el cual es, en efecto, el *tomo segundo* de la obra del P. Zúñiga; mientras que la 2.ª se refiere al *Ms.* original que en dos tomos existe ó ha existido en el convento de San Agustín de Manila, pues por el original ó por una copia de éste fué sacada la que fué de Cabezas de Herrera, que á mí me ha servido para la impresión que se hace ahora por primera vez; porque diga lo que quiera esa segunda portada descrita por Fr. Moral, es evidente que si el *ESTADISMO*, con este ú otro título, se hubiera antes impreso, alguien lo habría descubierto ya, y yo desafío á que se me muestre un ejemplar de la *edición* de Azaola.

*
**

Hacia fines de 1891, un librero, ó con más propiedad, un corredor de libros de lance me ofreció en venta toda la colección de obras filipinas que había

sido del antecitado Sr. D. José Cabezas de Herrera. La compré. No dejó de chocarme, del código de Fr. Zúñiga, la palabra ESTADISMO, que entiendo se debe interpretar: *Estado general*. A medida que fui avanzando en la lectura de esta obra, más viva era la comezón que sentía de imprimirla, por su novedad é importancia. En efecto, las páginas de estos *Viajes*, no son una *topografía* más ó menos pintoresca; sino una considerable suma de noticias, observaciones y consejos, que hacen del ESTADISMO *obra única* en la *Biblioteca Filipina*. La historia del comercio es por demás curiosa; notables las reflexiones acerca de la agricultura y su porvenir; exactísimos los retratos morales de indios, mestizos, chinos y españoles concusionarios, y sobresalientes los varapalos á los vicios de la Administración y las demasías de sus funcionarios. ¿Cómo al ESTADISMO iban los censores á ponerle el *Visto Bueno*, si del comportamiento del general Aguilar, el jefe superior de la Colonia, se hacen insinuaciones que ni aun hoy serían consentidas? ¿Cómo dejar pasar aquella admirable relación de cómo robaban los empleados por cuyas manos pasaban los efectos que el Rey monopolizaba? ¿Cómo dar salvo conducto á la enérgica condenación del estanco del tabaco? Aunque la obra no fuese de inestimable valor por lo provechoso de su contenido, siempre tendría, como tiene, el aliciente de ser el primer libro de *Viajes por Filipinas* que se ha escrito, puesto que el de Mr. Le Gentil no es, ni con mucho, lo amplio que el de Fr. Zúñiga.—Pero ya es hora que describamos el código que fué del Sr. Cabezas; consta de dos vols. en folio: hé aquí la portada:

Estadismo

de las

Yslas Filipinas

ó

Mis viages por este pais

por

*El R. P. Ltor. Fr. Joaquin M.
de Luñiga del orden de S. Agustín, Ex-
Definidor de su provincia, calificador del
Santo oficio y Cura regular del pueblo de
Parañaque.*

Como ...

Manila

Año de 1879.

No hay para qué decir que juntamente con la palabra TOMO va la cifra 1, ó la cifra 2, según el volumen; y que el año 1879 es el mismo en que se hizo la copia de que se trata.

TOMO I: ÍNDICE:

| | Folios. |
|---|---------|
| Capítulo 1.º =Salida de Manila: de los pueblos de Pasay, Malibay, Muntinglupa y San Pedro Tinasan; de sus terrenos y producciones..... | 3 |
| Capítulo 2.º =Del pueblo de Biñan: del viaje que emprendimos por la tarde á Tanauan con la descripcion de los pueblos y terreno que encontramos y lo demas que nos sucedió en el camino..... | 17 |
| Capítulo 3.º =Viaje al pueblo de San José, descripcion del terreno y pueblo de Lipa, llegada á San José, de lo que nos acaeció en el camino y de la fiesta que vimos en dos días que nos detuvimos en este pueblo..... | 28 |
| Capítulo 4.º =Jornada al Volcan y de su estado actual, y erupciones acaecidas en varios tiempos: travesía al pueblo viejo de Taal..... | 38 |
| Capítulo 5.º =Del pueblo de Taal, su terreno, Santuario de Caysaysay y de la fortaleza. Viajes á los pueblos de Bauan y Batangas..... | 46 |
| Capítulo 6.º =Descripcion de la isla de Mindoro y otras mas pequeñas de su comprension: de su terreno, frutos, producciones y comercio, y de los usos y costumbres de sus naturales..... | 55 |
| Capítulo 7.º =Vuelta de Batangas á Tanauan: del terreno y demás particularidades de este pueblo. Del monte Mavavayap y del pueblo de San Pablo de los montes..... | 66 |
| Capítulo 8.º =Descripcion de la provincia de Batangas, su terreno y producciones, sus habitantes, idioma, casas, vestidos, comidas, enfermedades, comercio, ocupacion, casamientos, funerales y supersticiones de sus naturales. | 73 vto. |

| | Folios. |
|--|----------|
| Capítulo 9.^o ==Viaje de Tanauan á Calamba: travesía por la laguna al pueblo de los Baños: del terreno, aguas minerales y otras particularidades de este pueblo: descripción de la provincia de la Laguna de Bay, sus frutos, producciones, comercio, usos y costumbres de sus naturales..... | 87 |
| Capítulo 10. ==Viaje al pueblo de Taguig; su terreno: del pueblo de Pasig, sus ríos y sementeras: del Santuario de Guadalupe, de San Pedro Macati y de otros pueblos y haciendas que se hallan en el río de Pasig hasta llegar á Manila..... | 97 vto. |
| Capítulo 11. ==Posición y descripción de Manila, de sus iglesias, conventos y edificios públicos y particulares..... | 109 |
| Capítulo 12. ==De los tribunales de Manila, Universidad, Rentas Reales, Obras pías y fiestas públicas..... | 120 |
| Capítulo 13. ==De la población de Manila, de sus habitantes, religión, comercio, muebles, vestidos, comidas, diversiones, usos y costumbres de los manilenses..... | 131 |
| Capítulo 14. ==Descripción de la provincia de Tondo: su terreno y producciones: sus habitantes, su industria, manufacturas y comercio: sus usos y costumbres, sus comedias y juegos de gallos..... | 144 vto. |
| Capítulo 15. ==De la provincia de Cavite, su terreno, producciones y pescados de la bahía: de la plaza y Arsenal, y de los habitantes de esta provincia..... | 157 |
| Apendice. ==Serie cronológica de los M. Y. Sres. Gobernadores de Manila..... | 166 vto. |

| | |
|---|----------|
| Capítulo 1.º =Salida de Arroceros: del hospital de Mayjaligui para lazarentos; y de los barrios de Caloocan y Tinajeros, sus terrenos, producciones y policia..... | 1 |
| Capítulo 2.º =Entrada en la provincia de Bulacan: de la hacienda de Malinta y de los pueblos de Polo, Maycauayan, Marilao y Bocaue por donde pasamos. Particularidades de estos pueblos. | 11 |
| Capítulo 3.º =Entrada de Bigaa y descripcion de este pueblo. Jornada de Quingua, de Bulacan y otras particularidades..... | 22 vto. |
| Capítulo 4.º =Descripcion del pueblo de Quingua, de su terreno, habitantes y producciones naturales é industriales de los pueblos de S.º Isidro y Guiguinto..... | 34 |
| Capítulo 5.º =Viaje al pueblo de Baliuag, su terreno, feria, y producciones. De la hacienda de Buena-Vista..... | 47 vto. |
| Capítulo 6.º =Espedicion de la mina de fierro de Angat: del terreno y producciones de este pueblo: de la fabrica y mina de fierro, y de los negritos que habitan en sus cercanias, y de la vuelta á Balinag..... | 58 |
| Capítulo 7.º =De las espediciones desde Baliuag; la una de Bulacan por Malolos, y la otra á Calumpit..... | 71 vto. |
| Capítulo 8.º =De la provincia de la Pampanga, su terreno y producciones: sus habitantes, su idioma, industria y comercio, usos y costumbres..... | 84 |
| Capítulo 9.º =De la provincia de Bataan, llamada comunmente la Rinconada: su terreno y producciones, su comercio, usos y costumbres de sus naturales..... | 97 vto. |
| Capítulo 10.º =De la provincia de Zambales su terreno y producciones, y del ingenio, usos y costumbres de sus naturales..... | 107 vto. |

| | Folios. |
|--|----------|
| Capítulo 11. —De nuestra vuelta á Manila, descripción de la provincia de Bulacan su terreno y producciones: comercio, manufacturas, funerales y otras costumbres de los indios..... | 115 vto. |
| Serie cronológica de los Ilmos. Sres. Arzobispos de Manila..... | 129 vto. |
| SUPLEMENTO AL TOMO II | |
| Capítulo 1.º —Del Obispado de Ilocos ó N. Segovia..... | 137 |
| Provincia de Ilocos..... | 138 |
| Id. de Pangasinan..... | 146 vto. |
| Id. de Cagayan..... | 148 vto. |
| Serie cronológica de los Ilmos. Sres. obispos de Nueva Segovia..... | 154 |
| Capítulo 2.º —Del obispo de N. Caceres ó Camarines..... | 155 vto. |
| Provincia de Tayabas..... | 157 |
| Id. de Camarines..... | 159 vto. |
| Id. de Albay..... | 163 vto. |
| Serie cronológica de los Ilmos. Sres. obispos de Camarines ó N. Caceres..... | 167 vto. |
| Capítulo 3.º —Del obispado de Cebú..... | 168 vto. |
| Provincia de Cebú..... | 169 |
| Id. de Samar..... | 172 |
| Id. de Leyte..... | 175 vto. |
| Id. de Caraga..... | 177 vto. |
| Corregimiento de Misámis ó Iligan..... | 181 |
| Gobierno de Zamboanga..... | 182 |
| Corregimiento de isla de Negros..... | 187 |
| Provincia de Iloylo..... | 188 |
| Id. de Capiz..... | 191 vto. |
| Id. de Antique..... | 193 vto. |
| Id. de Calamianes..... | 195 |
| Gobierno de las islas Marianas..... | 198 |
| Serie cronológica de los Ilmos. Sres. obispos de Cebú..... | 202 |
| Conclusión..... | 203 |

(Se conoce que cuando concluyó la minuciosísima descripción de todo el Arzobispado de Manila, nuestro Autor pensó que debía incluir en su ESTADISMO las restantes provincias filipinas, y escribió el *Suplemento*: su relativa brevedad, nos la explica el carácter sincero de Fr. Zúñiga; éste no conocía poco ni mucho, *de visu*, los Obispados de Ilocos, Camarines y Cebú, y por lo tanto no debía tratar de sus provincias con excesiva extensión, so pena de incurrir en inexactitudes y otros defectos.)

*

* *

No bien hube terminado la lectura del ESTADISMO manuscrito, cuando decidí imprimirlo. Por el pronto se me ofrecieron tres dificultades; á saber: 1.^a si obraría correctamente sacando á la luz de la publicidad una obra inédita debida á la pluma de un religioso: yo bien sabía que ninguna prescripción legal me lo impedía; el asunto era de delicadeza, por la consideración que me inspiran las Comunidades monásticas: solicité, pues, permiso del General de Agustinos, Fr. Manuel Díez González, y este señor se dignó otorgármelo á vuelta de correo. La 2.^a... ¿por qué callarla? La segunda dificultad era que yo no disponía de fondos propios para hacer frente á los considerables gastos de la obra; mas por fortuna hallé dentro de mi familia persona generosa que me anticipase lo preciso. Y la 3.^a, que al tiempo que quedaban zanjadas las anteriores, un alto funcionario de Filipinas ideaba en Manila la creación de una *Biblioteca Histórica*, con tan abrumadora protección oficial, que creí no quedaría en aquel país nadie con ganas, ni dinero, para comprarme á mí un solo volumen del ESTADISMO (1).

(1) Publicóse una *circular* en la que, entre otras cosas, se decía: «los que se suscriban (á la *Biblioteca Histórica*), y aun más los que se esfuerzen en propagar

Cerré, sin embargo, los ojos, y exclamé: ¡*Adelante!*, palabra mágica á la que apelo siempre que la incertidumbre me invita á retroceder... Encargué á Cataluña el papel que según mis cálculos era necesario; solicité y obtuve de la imprenta que pusiera exclusivamente á mi servicio dos de los tipógrafos más expertos; trájose de París una fundición del 8, que en esta obra se ha usado por primera vez; y conseguidas algunas cosas más de que había menester, fuí dando cuartillas á las cajas, con demasiada calma, no ya porque mis muchas obligaciones de diversa índole me impedían dedicarme á este asunto solamente, sino porque la copia que había sido del Sr. Cabezas me obligaba á un trabajo de corrección tan penoso, que si no ha dado fin con mi paciencia, por ser tanta, á lo menos me ha dejado bastante fatigado. La copia *de indio* de que he dispuesto está escrita con la más pulida letra que se podría pedir; pero hay en ella tal abundancia de erratas, que á cada paso veíame obligado á consultar obras por docenas para poner en claro los *lapsus* del cerril amanuense. Cuando, al emprender la tarea de ilustrar el ESTADISMO, me hallé con miles de cuartillas llenas de apuntes, dispuestas por orden alfabético de materias, tuve que modificar el plan que en un principio había imaginado. Según éste, los *Apéndices* debían ser diez y ocho; y sobre ser tantos, habíales dado una extensión que equivalía el conjunto de todos ellos á más de mil páginas de bien

»la suscripción, se harán muy dignos del aprecio de su Jefe Superior, el Gobernador »General, y de sus Jefes especiales, las respectivas Autoridades»,—Firman: el Gobernador general, y todos los individuos de la Junta de Autoridades; y como se añade en ese famoso documento que «se publicarán las listas de los suscriptores», superfluo me parece á mí añadir que no hubo funcionario público, de ningún orden, que no se suscribiera. Algún gobernador de provincia envió á Manila trescientos nombres de indios... ¡Habla que complacer á los *excelentísimos é ilustrísimos señores!*..

nutrida lectura. Pareciéndome excesiva, tuve que ir cercenando aquí y allá, y el resultado de este tejer y destejer es el que ofrezco al lector, á quien pido perdón por mis equivocaciones, que no son pocas.

Modifiqué la numeración de los capítulos, porque mi primer intento fué dar el texto del P. Zúñiga en un solo volumen, y en otro las notas (1); quité la palabra *Suplemento*, para ahorrarme su cita en la portada, y, finalmente, he suprimido las *series cronológicas*, 1.º, porque no todos los comprendidos en ellas se hallan mencionados en el texto, y 2.º, porque, á decir verdad, no aventajan, ni en extensión ni en detalles, á las que se contienen en las *Crónicas* del P. San Antonio. En cuanto á la ortografía, no sujetándose la del código á ningún criterio fijo, cosa no extraña, si se tiene en cuenta que la copia es *de indio*, tuve necesariamente que adoptar la que es hoy usual.

*
* *

Dando por seguro que D. Francisco González Azaola hubiese abrigado la intención de sacar á luz el ESTADISMO, lo que implica que le fué conocida la obra, otros hubo además que también la conocieron. En la nota 26 del *Apéndice A* he expuesto la probabilidad de que D. Sinibaldo de Mas hubiera disfrutado del código original; pero los que indudablemente tuvieron á la vista el ESTADISMO, para aprovechar algunas de sus noticias, fueron los PP. Buzeta y Bravo, de cuyo *Diccionario* vamos á entresacar cuatro renglones, que pondremos en parangón con otros del ESTADISMO:

(1) El egoísmo me ha impulsado á llevar un trozo de la obra de Fr. Zúñiga al volumen que debí formar con mis notas exclusivamente. Así Fr. Zúñiga y yo vamos más juntos; de otra manera, los lectores habrían conservado el primer tomo y habrían tirado el mío. Lo digo como lo siento.

Diccionario

Esta (*casa*) no solo no se derribó á consecuencia de la demolicion del espresado pueblo dispuesta en 1792, sino que el mismo gobernador D. Rafael Maria de Aguilar la eligió para su habitacion en tiempo de vacaciones. Del cementerio de la igl. que estaba cerca de dicha casa hizo una hermosa huerta: *los indios que habian padecido mucho en la destruccion del pueblo por los crecidos gastos que les acarreo la mudanza de sus casasas á otro sitio se consolaban con decir que esta huerta no produciria cosa alguna en razon de ser de tierra bendita.* En aquella casa se reunieron el día 8 de febrero de 1802 el general D. Ignacio Maria de Alava y sus compañeros de expedicion para salir á visitar la provincia de Bulacan, cuyo camino emprendieron al día siguiente.—(I, 312.)

Otras citas pudiera exponer; pero basta la que dejo consignada. El año de 1877, la *Revista de Filipinas* reprodujo un trozo del ESTADISMO; véase la cabeza: «Creemos de suma utilidad para el que estudie la historia de los estancos en Filipinas las líneas que vamos á transcribir y que vienen en apoyo de lo difícil que es para la Hacienda querer tomar el oficio de

ESTADISMO

El año de 1792 se mandó derribar esta iglesia, porque... Entre estas casas (*las que no se derribaron*) había una de piedra muy hermosa... y no solo no se derribó, sino que el mismo Gobernador, que había mandado destruir aquel pueblo, se fué á vivir á ella en tiempo de vacaciones, y del cementerio de la iglesia, que estaba muy cerca, hizo una hermosa huerta... *Los indios, que habian padecido mucho con la destruccion del pueblo, por los grandes gastos que les acarreo el mudar sus casas á otro sitio,...* se contentaban con decir que *su huerta no habia de producir nada, porque era de tierra bendita.*

(A principios del año 1802 hizo el general Alava su expedición á Bulacán.—V. página 323.)

(Página 324.)

comerciante. Dice el manuscrito á que nos referimos, producción del ilustre Agustino Fr. Joaquín de Zúñiga:»—(*Sigue la copia del fragmento, que corresponde á las págs. 377-380.*)—Y cierra la copia este comentario: «Como se ve la historia de ayer es la historia de hoy; testigo el tabaco *gapan*, y será la historia de mañana, y sin embargo el estanco tiene defensores, en teoría y como sistema normal.—P. DE G.» (1). Estas iniciales corresponden al escritor D. Pedro de Govantes, el cual, aunque era entonces un niño casi, daba en aquellos años muestras de entusiasmo por los papeles viejos (2). Finalmente, D. José Cabezas de Herrera, cuyas aficiones á los estudios administrativos ha dejado acreditadas en diferentes opúsculos, debió de hallar muy sabrosa la lectura del códice de Fr. Martínez de Zúñiga, cuando lo mandó copiar desde el principio hasta el fin.

*
* *

De cuerpo entero nos brinda el ESTADISMO el retrato moral de su eminente Autor: si, como se ha dicho, el estilo es el hombre, el P. Zúñiga fué franco, amante apasionado de la verdad, bondadoso á par que enérgico, jovial, piadoso sin mojigaterías, llano, sencillo, nobilísimo y patriota hasta el grado supre-

(1) Revista de Filipinas; año 3.º; número correspondiente al 5 de Agosto de 1877; págs. 22-23. Digo en el *Ap. B.*, pap. núm. 303, que la *Revista de Filipinas* cesó en 1.º Julio 1877; pero esto no es exacto; luego he visto tres números más, que se dieron en combinación con *La Ilustración del Oriente*. Entonces (después de dados dichos tres números) fué cuando en rigor murió la *Revista de Filipinas*.

(2) D. Pedro de Govantes y de Azcárraga, hijo de D. Felipe María, intendente que fué, y autor de algunas obritas, sobrino de D. Marcelo y de D. Manuel de Azcárraga, nació en Filipinas, de padres españoles. El periodismo ilustrado le es deudor de *La Ilustración del Oriente*, por él dirigida; y fué redactor asiduo de la *Revista de Filipinas* y *El Oriente*.

mo del patriotismo; como escritor, podría exigirsele más *arte*; pero más *alma*, imposible. El hecho de que por dos veces le eligiera Álava para *cicerone* suyo, es la prueba más elocuente de lo mucho que Fr. Zúñiga valía. Yo veo en él la cifra humanizada del espíritu de las Comunidades religiosas; pocos como el Padre Zúñiga personifican mejor el verdadero significado de la palabra FRAILE. Éstos á su vez resumen en su historia la historia toda de aquella tierra: «de poco habrían servido (dice el insigne Comyn) el valor y la constancia con que vencieron á estos naturales Legazpi y sus dignos compañeros, si no hubiera acudido á consolidar la empresa el celo apostólico de los misioneros»; redujeron á los indios á poblado; enseñáronles á construir sus casas; diéronles nociones de agricultura; les ofrecieron semillas en Filipinas desconocidas, y les instruyeron en artes é industrias que jamás los indios habían sospechado; fundaron escuelas; abrieron caminos; promovieron la introducción de la imprenta...: de tribus bárbaras, sumidas en el mayor grado de abyección, hicieron pueblos civilizados, amoldando á sus individuos, en el grado posible, á nuestra manera de ser, y elevándoles á un punto de cultura que sorprende á todos los viajeros europeos: significan, pues, los frailes en Filipinas una á modo de dilatación del espíritu nacional en aquel confín del globo, por lo que tienen de asimiladores; la más genuina personificación de nuestra raza en aquella muchedumbre de islas, por ellos principalmente españolas; un factor etnológico considerable, puesto que en el problema de la civilización de aquellas gentes han sido los que más han trabajado.

Pues ¿y qué decir del significado de la palabra FRAILE en la bibliografía filipina? Llegaron los agustinos los primeros, y un agustino fué, Fr. Martín de

Rada, el que escribió el primer *Diccionario* y el primer *Arte* de uno de los muchos dialectos que en Filipinas se hablan: el *bisaya de Cebú*. Sin contar las relaciones que de hechos acaecidos en la Colonia escribieron los religiosos antes de que acabara el siglo xvi, en esa época habían ya reducido á reglas el *tagalo* los PP. Plasencia y Alburquerque, y el *pampango* el Padre Ochoa, franciscano aquél, los otros dos, agustinos. Seguir uno á uno á todos los lingüistas, equivaldría á escribir una obra de no escasas proporciones: tal es la razón que me ha vedado mencionar á los lingüistas en el *Apéndice B*; de lo que trabajaron los frailes en el primer siglo y medio, nos dan idea estas líneas del eminente Fr. Sebastián de Totanes: «Artes »para aprender este Idioma Tagalog, sin que sea ponderacion, se puede decir: que son innumerables los »que se han compuesto; porque apenas há havido »Religioso de especial pericia en esto que no aya tomado la pluma con el zelo de facilitar á su modo este »estudio á los demas» (1). ¡Pasan de dos mil las obras de lingüistas religiosos que llevo yo registradas! El P. Chirino, S. J., fué el primero en rigor que *historió* sobre el terreno (2); su obra impresa en Roma en 1604 debemos considerarla no más que como compendio del extenso códice que legó á la Compañía, y el cual sirvió de tanto á Colín, también jesuíta, y también de gran talento. Entre los trabajos de ambos hay que colocar los del fecundísimo recoleto Fr. Rodrigo de Aganduru Móriz, que es grande lástima continúen inéditos los más, y la *Crónica* del ilustre dominicano

(1) *Arte de la Lengua Tagala*, por..., franciscano: edición de 1745.

(2) El P. González de Mendoza no estuvo en Filipinas. En cuanto á la *Historia* del franciscano Rivadeneyra, no lo es propiamente del Archipiélago magallánico, sino de los trabajos pasados por los misioneros que, procedentes de Filipinas, pasaron al Japón, donde murieron por defender la Fe de Jesucristo.

Aduarte, ampliada luego por Fr. Domingo González, de gratísima memoria, Fr. Baltasar Santa Cruz, y en la siguiente centuria por Salazar y Collantes. Añádanse los *Tratados* del sabio Fernández Navarrete, O. P., los mamotretos de los puntuales Llave y Santa Inés, O. M., y las por tantos conceptos excelentes *Conquistas* de Fr. Gaspar de San Agustín, O. S. A., y tenemos por lo tanto que al terminar el siglo xvii no había Corporación que no tuviera su *Historia*, lo que equivale á afirmar que nada había ocurrido en Filipinas, por insignificante que fuese, que no estuviera escrito circunstanciadamente por los misioneros de aquellas Islas. Más fecundo todavía el siglo xviii, en su primera mitad publicáronse las *Crónicas* del Padre San Antonio, cuyo tomo I fué apreciadísimo de la gente de mar, por la precisión de las derrotas; y cuarenta años más tarde, en la ya decadente imprenta filipina, componíanse los 14 volúmenes de la *Historia general* por el P. Concepción, tan ahita de detalles, tan abundante en minucias, que en esto precisamente estriba su *defecto*. (Cito estas dos porque son las capitales.) Habían, pues, los frailes, al comenzar el siglo xix, producido tantas y tantas obras, que ellas solas constituyen abundantísima biblioteca, siendo de notar que, alternando con las históricas y las de lingüística, escribiéronse *vidas de santos, sermones, relaciones de sucesos, poesías de todos géneros, descripciones de las antiguas costumbres de los indios y de sus mitologías, examen de plantas, estudios geológicos, etc.*, etcétera, pues no existe rama del humano saber acerca de la cual, poco ó mucho, no hayan escrito aquellos beneméritos misioneros. Del siglo xix, sólo mencionaré una obra, que basta por sí sola para inmortalizar, no sólo el nombre del Autor, sino la Comunidad á la que pertenecía el sujeto que la escribió: refiérome

á la *Flora*, del agustino Fr. Manuel Blanco, monumento imperecedero que mira con veneración el mundo sabio... No es, por consiguiente, de extrañar que no pueda desarrollarse ningún tema apellidado *filipino* sin mencionar á los frailes: porque así como ellos juegan papel importantísimo en todo lo atañadero á la vida de la colonia, ellos han sido al propio tiempo los que más y mejor han escrito acerca de todos los temas relacionados con aquel pedazo de España.

W. E. RETANA.

MADRID; 31 Diciembre, 1893.



ESTADISMO
DE LAS
ISLAS FILIPINAS



ADVERTENCIA

Estos viajes tuvieron lugar en el año de 1800, con motivo de acompañar el autor al Excelentísimo Sr. Jefe de escuadra, D. Ignacio María de Alava, quien deseaba instruirse en lo físico, geográfico y político de estas Islas.

Hallábase el Sr. Alava en el país desde el 25 de Diciembre de 1796, día en que entró en Cavite con la escuadra de su mando, compuesta de tres navíos y dos fragatas, y había sido aquí enviado para, en caso de guerra, tener este punto cubierto con las dichas fuerzas y las de otras tres fragatas que arribaron poco antes que el Sr. Alava, y que habían venido para esperarle y reunirsele, pues se temía un rompimiento con la Gran Bretaña, como así sucedió, por consecuencia necesaria de la paz que la España concluyó con la República francesa el año de 1796.





CAPÍTULO I

DON Ignacio María de Alava, general de la Escuadra, me habló para que le acompañase á una expedición que quería hacer para reconocer el volcán de Táal, á fin de que, como práctico en aquella provincia, la dirigiese. Me dijo no podía detenerse en ella más que diez días, que eran los más que podían permitirle las obligaciones de su empleo, para que, arreglándome á este tiempo, dispudiese las jornadas. Se puede ir á la provincia de Batangas, donde está el pueblo de Táal y su volcán, por tierra, y también se puede ir embarcado por la laguna de Bay hasta el

Materias que abraza el capítulo I.—Invitación del general Álava al P. Zúñiga.—Modos de hacer el viaje de Manila á Batangas.—Señálase día, y reúnen los expedicionarios en la hacienda de Pasay.—Quiénes eran los expedicionarios.—Particularidades de la hacienda de Pasay.—Sus productos principales: naranjas (tres clases), caña dulce y buyo.—El buyo comestible.—Cultivo del mam-in.—Caña dulce: la encarnada y la blanca.—El azúcar: provecho que deja; cultivo de la caña; los monopolizadores.—Terrazgo, en relación del provecho.—Cesiones del Rey á los conquistadores.—Los chinos: su influjo en la agricultura.—Los expedicionarios salen de Pasay.—El camino.—Árboles frutales.—Breves consideraciones acerca de la relación que existe entre el mayor cultivo y la mayor densidad de población.—Algo sobre la holgazanería de los indios.—Río *Tripa de gallina*.—El te-

pueblo de Calamba, ahorrándose algunas leguas de camino. Le propuse estos dos medios, y acordamos que fuésemos por el un camino y volviésemos por el otro. La primera jornada por tierra era muy larga; yo creía que estando á los principios de la expedición no sería tan sensible el hacer esta jornada el primer día, como dejarla para el último á la vuelta, y así determiné que fuésemos por tierra y volviésemos por la laguna de Bay. Fué señalado para la expedición el día 30 de Diciembre de 1799; pero considerando que al salir de la primera jornada suele tardar mucho en juntarse la gente, determinamos dar por punto de reunión una hacienda que tenemos los Agustinos en el sitio de Pasay, á una legua de Manila, cerca de la playa de la bahía, por donde era necesario pasar para hacer nuestro viaje. Se dió orden á todos los que debían acompañar, que el día 29 por la noche estuvieran en aquella hacienda para emprender temprano por la mañana, al siguiente día, la jornada, que debía ser algo larga, pues debíamos ir á dormir al pueblo de Tanauan, que está en la provincia de Batangas. Se congregó toda la gente la citada noche, y éramos ocho personas, sin los criados: el Sr. General; D. Isidoro Postigo, Comandante del *Europa*; D. Ventura Barcáiztegui, Comandante de la *Fama*; D. Miguel Sierra, Mayor de órdenes; D. Juan Echenique, D. Pe-

rreno de Malibay.—La hacienda que fué del canónigo Sr. Fuente.—Los indios de Malibay.—Los bandidos.—En la cumbre de un monte.—Descúbrese el bello panorama de la bahía de Manila.—Montes de San Mateo y de Silang.—Caza de algunas aves.—Descúbrese la laguna de Bay.—Otras aves.—El sitio de Mabató.—Otros árboles frutales.—Barrio de Bagumbayan.—Timba, ó aparato de los indios para sacar sin esfuerzo el agua del pozo.—Montinlupa.—Condición de sus naturales.—Otros tulinanes.—Protección que les prestan los indígenas.—Medio para aniquilar el bandolerismo.—La tierra de Montinlupa.—Tunasancillo.—Fechorías de los ladrones.—San Pedro Tunasan.—Los productos de su terreno.—Gusanos de seda.—Inconvenientes de este negocio.—Las tierras, ¿están cansadas?—Cargos á Mr. Le Gentil.—Llegada á Biñang.—Salen los principales á recibir á los expedicionarios.

dro Navarrete, D. Santiago Echaparre, Castañón y yo. Algunos llegamos algo temprano para disfrutar de aquel delicioso sitio; los más no se juntaron allí hasta después de haber entrado la noche, porque como aquel paraje está cerca de Manila, lo habían visto muchas veces en los paseos que por las tardes hacían á aquel que puede llamarse un hermoso jardín.

Esta hacienda ocupa menos de media legua en cuadro; está dividida toda ella por una especie de canales, que corren de N. á S., y parece que han sido otras tantas madres por donde en otros tiempos iba el río de Manila á desaguar á los *esteros* de Parañaque. La tierra que hay entre estos canales es algo alta y llana, propia á plantar todo género de árboles y plantas de esta tierra. En los canales se siembra arroz, por ser la tierra muy baja y no servir para otra cosa. En los lugares más altos hay de todo género de legumbres, hortalizas, patatas y diferentes árboles; pero lo que hace la riqueza de esta tierra son las naranjas, caña dulce y el *buyo*. Las naranjas son de tres especies: unas grandes como la cabeza de un niño, algo agrias y son conocidas con el nombre de toronjas; las otras son algo más pequeñas, pero muy dulces y saludables para cortar la flema, de que se abunda mucho en estos países; las últimas naranjas son más chicas, y solemos llamarlas naranjitas; se les quita con mucha facilidad la corteza y salen en pedazos ó gachos, lo que las hace más fáciles de comer; tienen una dulzura extraordinaria, y hacen un manjar muy delicioso. Los árboles de todas estas naranjas ofrecen una vista muy hermosa: son bastante altos, copudos, están siempre cubiertos de hojas verdes, y á veces están cargados de frutas y flor, lo que les da un aspecto digno de la atención del que pasa por delante de estos plantíos.

El buyo es una enredadera semejante á la pimienta, que da unas hojas olorosas y muy estomacales; las cuales, untadas con un poco de cal fina de concha, sirven para envolver una frutilla del tamaño de una nuez que se cría en un árbol de *palma* que llaman *bonga*. Á ésta se le quita la cáscara y queda una medula dura, la cual se hace pedazos; y envolviendo cada pedazo en su hoja de buyo, se hace lo que propiamente se llama *buyo* en el idioma del país, pues la hoja sola se llama *icmio* ó *mammin*; pero los españoles dan el nombre de buyo al mismo arbusto ó enredadera que produce la hoja, y al todo ó compuesto que resulta de esta maniobra. Los indios, desde niños, están acostumbrados á mascar buyo, y muchos españoles se acomodan á este uso: hace la saliva encarnada, y es preciso arrojar el esputo primero que resulta de la masticación, porque es muy fuerte é incomoda al estómago; después se puede muy bien tragar la saliva, y aun lo que queda en la boca, que se llama *sapa*. Es tanta la frecuencia de este uso, que muchos lo están mascando á todas horas: se lleva en la faltriquera, ó bien envuelto en una hoja de plátano, ó en una cajita de plata: es una gran cortesía y aun fineza al dar un buyo á los que se hallan presentes: las mujeres suelen convidar con la sapa que ha quedado en la boca después de mascarle, y muchos no tienen el menor asco en tomarla. Dicen algunos que á veces se ha dado en los buyos el más mortal veneno; yo no sé de hecho alguno particular de esta clase, y sólo he oído contar que algunas veces, las mujeres, queriendo dar un filtro amatorio con esta cortesía, han mezclado alguna hierba que ha hecho volverse loco al incauto que la recibió, pero sin tampoco las notas de autenticidad de estos hechos, que siempre los he tenido por fabulosos. El que se acos-

tumbra á comer buyo, siempre anda con los dientes negros, los labios encarnados, la boca sucia y la lengua tan requemada, que se hace en ella una costra que es difícil de quitar. Á pesar de esto, como dicen que es estomacal y quita el mal olor de la boca, hay muchos que lo están mascando continuamente, y los que se tragan el buyo no sé que guarden el ayuno si no se contienen en esta práctica, pues no puede menos de sentir poca hambre á pesar de lo poco nutritivas que pueden ser la hoja y la bonga, que parece dura y seca como un palo. El consumo de este género es tan abundante en Manila, que hace el principal renglón de la hacienda de Pasay, donde se dedican los naturales á este plantío más de lo que acostumbran los de otros pueblos. Los que lo cuidan lo plantan por hileras, tomando un vástago de otro buyo; junto á cada vástago meten en la tierra una varita de más de dos varas de largo, y en ella se va enredando la planta hasta que la cubre; en hallándose en este estado van cogiendo las hojas que están en sazón, y, poniéndolas de 10 en 10 con mucha curiosidad, las llevan á vender á Manila. Disfrutan de esta renta por tres ó cuatro años, hasta que el buyo se va haciendo viejo y no surta de bastantes hojas para sufragar los gastos que se hacen en cuidarlo; porque además de tenerlo limpio de hierbas, es preciso regarlos todos los días en tiempo de secas y echarle abono de pescado ó camarones podridos, ú otro género de los que sirven para engrosar la tierra.

El azúcar, que es otro de los renglones que hacen rico este rincón de tierra, no se da con la fertilidad que en otras partes. En la Pampanga y provincia de Bulacán se siembra la caña colorada, que es la que da mejor azúcar y crece muy bien, por ser la tierra de aquellas provincias naturalmente gorda y de mu-

cha substancia. Esta caña no se puede sembrar en Pasay, porque crece muy poco y sale sin jugo; es preciso aprovecharse de la caña blanca, que es menos á propósito para el azúcar, aunque crece con más facilidad. Esto consiste en que los de Pasay destinan las tierras buenas para buyo, naranjas y otras hortalizas, y la tierra arenisca la dejan para caña dulce, la que siempre queda bastante corta, por más abono que le echen, por lo débil de la tierra donde está plantada. Esta caña, que en otras partes da poca y mala azúcar, produce en Pasay una cosecha regular por el beneficio que hacen los naturales á los plantíos, y da la mejor azúcar que se coge en todas las Islas Filipinas, por el cuidado sin duda con que los PP. Agustinos la benefician, acomodándose al uso de la Nueva España, de donde han traído el método de beneficiar en los *trapiches* ó ingenios de aquel reino, y porque la limpieza es preciso sea mayor en sus *camarines* de piedra que no en los de caña y nipa de que se valen los indios. Los PP. Agustinos han hecho unos soberbios camarines, tienen molinos y calderos para cocer la *tuba* ó zumo que sale de la caña, mantienen *carabaos*, compran la leña y pagan á los trabajadores que se ocupan en la maniobra del azúcar. En descuento de estos gastos perciben la mitad del azúcar, que se reduce cuando más á 1.500 pesos, deducidas las expensas, suma bien poco considerable comparada con los enormes gastos que han hecho en la fábrica de camarines y con el grande cuidado que debe tener el lego que tienen allí de administrador mientras dura la molienda, en cuyo tiempo no puede dormir fuera del trapiche, so pena de que le robaran mucho si tiene el menor descuido. Todo el tiempo que ha durado la guerra, la cosecha de azúcar ha sido muy corta; porque como todas las cosas han

encarecido mucho con motivo de la Escuadra y los muchos soldados que había en Manila, los indios que tenían más utilidad en sembrar *camotes*, tomates y otros géneros de hortaliza, se han dedicado más á estas siembras que no al ramo del azúcar, que les dejaba poca utilidad. Este renglón se va disminuyendo considerablemente en esta hacienda, y no tardará mucho en acabarse enteramente; porque los indios que se han establecido en ella se van aumentando mucho, y cada uno ocupa un solar donde pone su casa y tiene huerta de plátanos, naranjas, buyos y otras hortalizas de las que se consumen diariamente en Manila, que le dan su sustento cotidiano, y no puede quedarles lugar para el azúcar, que tarda mucho más tiempo en surtirlo de su producto. En esta tierra no se emplean las cañas de azúcar para sembrar; se corta de su punta un pedazo de un palmo de largo, y éste es el que se planta; y de sus nudos salen muchas cañas, que, llegando á su último crecimiento en el espacio de un año, están en disposición de molerse. Antes de sembrar es preciso que la tierra esté bien preparada por el arado; luego se plantan los pedacitos de caña, se les echa un poco de agua, y con este beneficio solo está segura la cosecha, á no ser que venga una plaga de langostas que la destruya. En Pasay se abona además de esto la tierra, que es arenisca, para que produzca bien; pero los indios que tienen este trabajo se recompensan muy bien, porque venden su azúcar más cara que los demás, no sólo porque es mejor, sino también porque están cerca de Manila, y la tienen guardada hasta que llega lo sumo de su precio; entonces la sacan y se valen de la ocasión, que es muy favorable en esta tierra, donde las cosas suben y bajan de valor con una variación extraordinaria y á veces casi momentánea. Esto consiste

en que, tanto los comerciantes como los cosecheros, son todos monopolistas que ocultan cuanto pueden sus efectos, y no los venden mientras no tienen un subido precio, ó temen que se les pudran; y en este caso procuran todos vender en un instante, lo que hace que las cosas abaraten y encarezcan repentinamente. No se ve aquí como en otras partes llevar los comestibles al mercado y exponerlos á la vista de los compradores: se tienen ocultos en las bodegas, y se sacan poco á poco para aparentar escasez y hacer que suba su precio. Esta práctica reprehensible la usan, no sólo en los géneros que sirven para el lujo, sino también en los de primera necesidad, como el arroz, que es el sustento cotidiano de la multitud, sin hacer mucho caso de las maldiciones que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*:—«Echarán los pueblos á estos logreros codiciosos».

El terrazgo que pagan los indios á los Padres de San Agustín, propietarios de la hacienda, no asciende á 1.500 pesos, y el producto que sacan de ella los inquilinos, según nos aseguraron, es de cerca de 70.000 pesos. Esta enorme cantidad pareció á todos exorbitante, y nadie quería creer que un terreno tan pequeño produjese una suma tan considerable; pero yo, que había oído de antemano á los naturales esta especie y que había reflexionado sobre ella, no tuve dificultad en creerla y hacerla conocer á todos. Se mantienen en esta hacienda 800 *tributos*, que componen 4.000 almas; la mitad de ellos son mestizos de *sangle*, gente más acomodada que los indios, y que gasta más, tanto en la comida como en el vestido, juego, tabaco, vino y otros vicios; no tienen casi otra parte de donde les venga el dinero más que la tierra, porque es muy corto su comercio y ningunas sus manufacturas. Examinemos ahora si 4.000 almas bastante

bien acomodadas necesitan los 70.000 pesos para su sustento anual, y hallándolos necesarios, no tendremos reparo en conceder que los sacan de la hacienda. Los 70.000 pesos, repartidos entre las 4.000 personas, les tocan una con otra á menos de 18 pesos, cantidad muy corta para el gasto anual que deben hacer unas gentes que viven con la comodidad que disfrutaban los habitantes de Pasay. Compárese ahora esta suma con la que pagan á los propietarios, y se hallará que es casi nada respecto á lo que se paga en otros países. Es verdad que esta porción de tierra fructifica mucho por la industria de los inquilinos, que aprovechan toda la tierra y la siembran en todas las ocasiones que puede producir alguna cosa; pero por más consideraciones que se hagan, siempre vendremos á parar en que el terrazgo es muy pequeño. Lo que depende de estas haciendas son unas mercedes que concedió el Rey á los primeros conquistadores de las tierras, que no labraban los indios que encontraron en las Islas; y como á los principios los naturales eran muy pocos, y tenían sus tierras particulares, no hallaban (*los conquistadores*) quien se las trabajase, y para poder sacar de ellas alguna cosa fueron arrendándoselas á los indios que querían establecerse en ellas, con una pensión muy moderada, correspondiente á la utilidad que producían en aquellos tiempos. Empezaron los chinos á establecerse en Filipinas; se avecindaron algunos de ellos en estas haciendas; fuéronseles agregando algunos indios, que dejaban sus pueblos por gozar la comodidad que las haciendas les ofrecían por medio de un pequeño reconocimiento que daban á los hacenderos; y como los efectos fueran subiendo de precio en Manila, no quedó la proporción que debía haber entre lo que se paga de terrazgo y el gran producto que da la tierra.

En estas reflexiones pasamos aquella noche hasta que se hizo hora de retirarnos, que fué temprano, porque teníamos que madrugar para hacer nuestra larga jornada con menos trabajo é incomodidad. Al día siguiente, antes del amanecer ya estábamos todos á caballo y dispuestos para caminar. Con la luz que nos daba el alba, que iba ya rayando, salimos por aquellas hermosas calzadas, considerando la fertilidad de esta tierra, la frescura de sus plantas, que están todo el año verdes, y la industria de los naturales, que tienen sus huertas bien cercadas de tierras y arbustos que, al paso que las defienden de los animales, dan grande hermosura al camino con las muchas enredaderas que suben por ellos, de las cuales unas dan ciertas vainillas como *frijoles* que les sirven de sustento, y otras, deliciosas flores cuyo olor nos recreaba por ser la hora en que se perciben mejor en esta tierra—que está en la zona tórrida—las exhalaciones olorosas, que por el día están disipadas por la violencia y ardor del sol. En estas cercas había plantados muchos árboles silvestres, que dan algunas frutas poco gustosas que sólo comen los muchachos ó las gentes infelices, como el *mabolo*, *camachile*, *lomboy*, ciruelas y otros árboles diferentes; en el interior estaban los naranjos, plantados con mucha simetría; aquí veíamos una tabla de caña dulce dispuesta ya á entrar en el molino; allí un terreno de buyo y un indio regándolo con el agua que sacaba de un pozo, y en otras partes veíamos eras de camotes, rábanos, tomates y otras hortalizas, y todo nos daba una grande idea de la fertilidad de la tierra y la industria de sus moradores.

No había quien no creyese que estos indios eran diferentes de los demás y que estaban destituidos de la pereza, que parece ingénita á los asiáticos. Éste es

un error de casi todos los viajeros: ven un terreno bien cultivado, y luego forman la idea de que el pueblo que lo habita es muy laborioso; hallan otro menos cultivado, y sentencian inmediatamente á sus habitantes á ser perezosos é indolentes, sin considerar las manos que se ocupan en cultivar unas y otras tierras. La hacienda de Pasay no puede estar mejor cultivada, y con todo eso los indios de Pasay no son más laboriosos que los demás; son tan jugadores, tan holgazanes y tan perezosos como los demás indios, y si tienen mejor cultivadas sus tierras, es porque son muchas manos á trabajar, y en cualquier otro pueblo donde haya la misma proporción entre los trabajadores, su terreno estará tan bien trabajado como el primero. Suelen los viajeros cometer otro error en este asunto, que dimana del mismo principio: hallan una provincia bien cultivada y poblada á proporción de su cultivo, y de aquí concluyen que la industria y diligencia de los hombres es causa del aumento de la población; y yo infero lo contrario, y es que la mucha gente es la causa de la industria y fomento de las tierras del país.

Por dos causas podía estar más poblado un pueblo laborioso que otro indolente y holgazán: la primera, porque en el perezoso falta de mantenimiento, ó no propagarían la especie tan abundantemente sus individuos, ó se morirían de hambre; y la segunda, porque muchas gentes transmigrarían á otros pueblos más industriosos que él; de que resultaría que á proporción que se disminuirían los pueblos de los perezosos, crecerían considerablemente los de los aplicados y trabajadores, y la industria vendría á ser causa del aumento de la población, que es lo que generalmente juzgan los viajeros. Yo no creo que haya gentes en el mundo que, teniendo terreno proporcio-

nado y comodidad para ello, dejen de cultivar las tierras, hasta hacerlas producir lo suficiente para multiplicar la especie y conservar el individuo. Veo que el indio más perezoso, cuando no halla otro medio de vivir, se dedica al trabajo, y ni se deja morir de hambre, ni se pone en estado de no propagar la especie, ni mantener su familia por pereza. Es verdad que sólo busca el sustento del día, y cuida muy poco de lo que le podrá sobrevenir después; pero éste es un defecto general á la nación, en que están comprendidos, no sólo los pueblos que tienen muchas tierras desiertas, sino también aquellos que no dejan un palmo de terreno por cultivar. Se ha notado que todos los isleños del mar del Sur y de la India olvidan con mucha facilidad el tiempo pasado y cuidan muy poco del venidero; todas sus pasiones se ocupan en lo que actualmente les acaece. De aquí nace que no tratan más que de hacer una sementera que les dé lo suficiente para sustentarse el presente año, hasta que esté la del año siguiente en su madurez. Si falta ésta, es preciso que padezcan hambre, á la que se sigue irremediamente una peste, que suele engendrarse de las malas comidas que hicieron durante la carestía, sustentándose de raíces y hierbas de las que crecen en el monte, á las cuales no estaban acostumbrados, y les engendra malos humores que producen una epidemia universal. Si por este motivo se hallase un país poco poblado, no dudaría en asentir que su poca población dimanaba de su holgazanería; pero no hallando esta causa, viendo que todos los pueblos son iguales en no cuidar más que del sustento regular de su familia durante la estación presente, sin atender al siguiente año, debo deducir su mucha ó poca población de otras causas diferentes de su industria y aplicación.

El hallarse la hacienda de Pasay cerca de Manila les proporciona á los indios un modo de vivir poco trabajoso: con sembrar cada uno unos cuantos naranjos y cultivar un pequeño terreno de hortalizas, tiene suficiente riqueza para mantenerse; porque las lleva á Manila, donde todo se vende, hasta las hojas de *plátano*, y con su producto compra arroz y pescado, que es todo su regalo. Esta es la causa por que de algunas provincias ha salido bastante gente, y se han ido aglomerando tantos indios cerca de la Capital, que hay más de cien mil almas en solos los alrededores de la bahía: tan lejos está de ser cierto que la diligencia ha concurrido á aumentar la población de estos países, que se puede asegurar que no hubiera en ellos tanta gente si fuera menor su desidia ó su pereza.

Por lo que hace á la transmigración, tampoco vemos que los naturales dejen los países poco industriosos y se acerquen donde es preciso trabajar para comer. Se puede decir que el indio es generalmente enemigo de estas transmigraciones; gusta mucho de vivir entre sus parientes; pero como á veces el hombre no puede vivir en su tierra por varios accidentes que le sobrevienen, se ven ellos también precisados á salir de sus pueblos. En estas ocasiones se establecen por lo regular en los pueblos grandes, porque hay más riquillos que los ocupen en su servicio que no en los chicos, y principalmente porque tienen que hacer más *polos* y servicios personales en éstos que en aquéllos. Los pueblos pequeños, del mismo modo que los grandes, mantienen un párroco y un *capitán*, á quienes dan hombres de servicio; tienen garitas para cuidar el pueblo; componen sus caminos; dan gente para la custodia de la cárcel de la *cabecera*, y hacen otros oficios, á los cuales llamamos *polos* ó ser-

vicios personales. Es muy poco menor el número de gente que emplea un pueblo pequeño en este ministerio del que emplea un pueblo grande. Agréguese á esto el que en todas partes se hacen algunas injusticias á los forasteros y se les ocupa más que á los nativos del pueblo, y se hallará que los infelices forasteros en un pueblo pequeño están continuamente de servicio, cuando en otro grande les toca rara vez el repartimiento que se hace para el servicio común. El indio que no es tan tonto que no perciba esta diferencia, procurará establecerse en un pueblo grande y no en uno pequeño por sólo este motivo, sin atender á que haya más industria en uno que en otro.

De nuestra España gritan los viajeros que está desierta por la pereza é indolencia de sus moradores; que si estuviese mejor cultivada, habría más gente, como sucede en Cataluña, donde el gentío es proporcionado á la industria y aplicación de los naturales. Nada de esto es capaz de hacerme mudar de sistema: es preciso recurrir á tiempos más remotos y ver si la falta de población de España puede resultar de otro principio. Bien sabidas son las continuas guerras que tuvimos con los árabes, la expulsión de los moros y judíos, las guerras de Italia y Flandes y la conquista de las Indias y su conservación, que han disminuído la España extraordinariamente. ¿Para qué es necesario buscar otro principio de la disminución de su población? Si estuviera más poblada, nadie dudará que estaría más cultivada; quiero decir, que si no hubiera habido estos motivos de disminuirse su población, estarían mejor trabajadas sus tierras y su industria sería mayor: de donde venimos á concluir que el mayor cultivo de un país es prueba de la multitud de gente que lo habita, pero no causa de su multiplicación. Ínterin no se me pruebe que la de-

sidia de los naturales es causa de hambres, pestes ó transmigración de los pueblos, jamás asentiré á la opinión de los viajeros que juzgan de la pereza de un pueblo por estar más bien trabajadas las tierras que posee, porque creen que su aplicación é industria los ha multiplicado hasta el grado de poder dar á sus tierras aquel cultivo.

Habíamos andado como una milla por aquellas calzadas llanas, deliciosas y bien pobladas, cuando encontramos un río junto al trapiche ó ingenio del Marqués de Villamediana, D. Pedro Galarraga. Este río sale del de Manila, y en este sitio se junta con el estero de Parañaque, que en la marca alta le comunica suficiente agua para poder pasar las embarcaciones pequeñas de los indios, que son los únicos que navegan por él, porque tiene tantas vueltas, que sólo su paciencia es capaz de arrostrar tantas dificultades. Los españoles llaman á este río *Tripa de gallina*, á la que se asemeja en lo estrecho y en las muchas contorsiones que hace. Sería fácil llevar este río en derechura á la barra de Parañaque, y aun al mismo Bacoor, abriendo un canal por una de aquellas tierras bajas de Pasay, que en otros tiempos se conoce han sido otras tantas madres de brazos del río de Manila. Bastaba para esto abrir un canal de poco más de una legua de terreno; cosa tan fácil, que los indios de Pasay me han asegurado que lo que comprende su jurisdicción (que es la mayor parte), lo abrirían ellos con tal que se les perdonase un año el tributo y se les dispensase de polos y servicios personales. La utilidad que se seguiría á la Capital sería muy grande; porque además de que todos los pueblos de la bahía de la banda del sur llevarían á Manila todos sus efectos, lo que no pueden hacer ahora en muchas ocasiones por el temor que tienen en arriesgarse á navegar

por mar en sus débiles embarcaciones, tendría una comunicación perpetua por agua en el puerto de Cavite, la que está enteramente interceptada casi todo el tiempo que duran los vendavales. El barco de Acapulco se carga comúnmente por medio de embarcaciones algo grandes, que á veces naufragan en la costa ó en la barra de Manila. Hay ocasiones que un barco está sin descargar un mes ó sin poder recibir la carga y el rancho, demorándose demasiado sin salir, por no poder llevarle por mar estos efectos á causa de los vendavales: en estas ocasiones, si hubiera un canal por dentro, se podría enviarle cuanto necesitara; pues llegando á Bacoor por el canal, era fácil hacer aquella pequeña travesía, porque la misma punta de Cavite defendía el *casco* en que podía ir la carga de la furia de los vendavales.

Pasamos el río con facilidad, porque nos hallábamos en el sitio más alto de aquel estero, donde se junta el agua dulce con la salada por medio de las mareas, que á veces lo dejan seco: como á un tiro de fusil está el monte por donde debíamos subir para seguir nuestro viaje. Aquí nos detuvimos á reunir la gente, á fin de que no se extraviase por los muchos senderos que han hecho los indios para ir á diferentes sitios. Era ya de día claro y pudimos registrar bien el famoso Malibay, conocido por sus contrabandistas y ladrones. El sitio en que estábamos, y lo restante de Malibay que mira al norte, pertenece en lo espiritual y temporal al pueblo de San Pedro Macati; hay en este sitio como 60 casas á la orilla del río, donde tienen los indios muy buenas huertas llenas de plantíos y azúcar, y bien cultivadas, como las de Pasay. Lo restante entre el río y el monte, que se va retirando poco á poco, es una hermosa planicie de una legua en cuadro que sirve para arroz, y pertene-

ce al Marqués de Villamediana, que se la compró al Rey, con quien quedó después de la expulsión de los Jesuitas, que eran los dueños de la hacienda, de la cual hablaremos á la vuelta. La parte de Malibay que nos quedaba al sur es un terreno muy largo, pero más estrecho, donde viven como 800 personas, la mitad indios y la otra mitad mestizos de chino; lo gobierna un capitán que se elige anualmente por ellos, y le da su título el Gobernador de Manila. En lo espiritual están sujetos á Parañaque, y, como son mis feligreses, puedo hablar de ellos con algún acierto. Por medio de este sitio corre una tierra baja, que sin duda ha sido río en otro tiempo y ahora da un excelente arroz; á los dos lados está la tierra más alta y propia á fructificar todo género de árboles, hortaliza y azúcar. El canónigo Fuente, á quien pertenecía esta hacienda, y que después de su muerte la dejó á la Catedral, hizo en ella unas obras soberbias que luego se destruyeron: fabricó unas paredes muy largas en ciertos sitios del río para impedir que entrase el agua salada y para procurarse algunas pesquerías; pero todo lo han destruído los cangrejos y otros mariscos; edificó una casa de recreo y dos trapiches para la fábrica de azúcar;—la casa está abandonada y destruída, los trapiches casi se están cayendo, porque los indios, á imitación de los de Pasay, han dejado los plantíos de caña dulce y la poca que cogen la fabrican en un trapiche de caña y nipa, donde no puede salir tan buena, aunque es más acomodada á su gusto.—Estos naturales se distinguen muy poco de los de Pasay, con quienes tienen muchas relaciones de parentesco, y, como ellos, tienen todo su terreno bien cultivado y sembrado de las mismas plantas.

En Manila se cree comúnmente que todos estos indios son contrabandistas y ladrones; pero se equi-

vocan: antes bien es por lo regular una gente muy buena y muy sencilla: viviendo en sus sementeras separados de la comunicación de otras gentes, no han aprendido sus vicios; son bastante exactos en el cumplimiento de las obligaciones de cristianos, y no cuidan más que de mantener su familia con el producto que les dejan sus sementeras y plantíos. No puedo negar que hay algunos que se han cebado con el grande lucro que les deja el contrabando, y que algunos de ellos, por la semejanza del oficio, han degenerado en ladrones; pero las más de éstas (*gentes*) son de otros pueblos, que se van allí á robar por la proporción que les ofrece el monte. Los naturales de Malibay se ven precisados á surtirlos de los comestibles que piden, porque de lo contrario les matarían y robarían, como hacen con los viajeros que encuentran por el monte. Si la gente que vive en este sitio estuviera reunida, podría defenderse de los ladrones y no sujetarse á recibirlos cuando llegan á sus casas; pero viven tan distantes unos de otros, que no pueden hacerles resistencia, y se hallan en estado de recibir la ley de los ladrones ó *tulisanes*, como los llaman en esta tierra, porque son más fuertes que ellos. Algunos de los vecinos de Malibay que parecen buenos y los de Pasay compran carabaos y caballos, que los ladrones roban en el monte y los llevan á vender á Manila, en cuyos arrabales se consumen. No pueden persuadirse á que sea malo este tráfico, aunque no dejan de tener sus escozores y confiesan regularmente el pecado; pero como el sacerdote no puede echarles la absolución si no restituyen, toman el partido de confesarse con otro Padre y callar el pecado, queriendo más vivir y morir en este escrúpulo de conciencia que hacer una restitución que les es muy sensible y dejar una especie de comercio que les da

mucho lucro, porque los ladrones, como les cuesta poco el robar, les venden muy baratos sus efectos.

Reunida toda nuestra gente en el lugar que llevo dicho, empezamos á subir el monte, y antes de media hora nos hallamos en su cumbre ó en lo más alto de aquella loma. Desde este sitio se descubría bien toda la bahía que dejábamos á la espalda, y volvimos las riendas para gozar del hermoso aspecto que nos ofrecía una bahía de más de 30 leguas de circunferencia, cuyas playas contienen más de 30 pueblos, habitados por más de cien mil almas. Es verdad que en las más partes no se ven las casas, ni aun las torres de las iglesias, por las muchas arboledas y cañaverales que los rodean; pero como se veían los sitios donde están formadas, la imaginación suplía á la vista, que, por otra parte, tenía bastantes objetos en que poderse recrear. Aquella espaciosa bahía, llena de innumerables barquillas de pescadores; la ciudad de Manila; la plaza y el arsenal de Cavite; los barcos que había en su puerto y en la barra del río; los muchos pueblos que se distinguían claramente; las iglesias de otros, de los cuales sólo se divisaba la mitad; algunas puntas de las torres que blanqueaban por encima de los árboles; las casas de campo; las diversas é innumerables arboledas, y otros mil objetos que de repente se ofrecían á la vista, formaban un aspecto tan delicioso, que sólo un buen delineador podría explicar con el buril. Después de habernos recreado algún rato con tantos objetos como teníamos delante de los ojos, empezamos á examinar el monte que habíamos subido; y como estábamos en lo más alto de él, pudimos ver que no era más que una loma muy alta, y que se extendía desde la falda de los montes de San Mateo hasta la falda de los montes de Silang, por diez ó doce leguas de largo, N. á S., y dos leguas

de ancho. Casi todo este monte es una piedra viva, con muy poca tierra sobre ella; en algunos parajes está la piedra descubierta, y las aguas y el sol la han endurecido tanto, que cuesta mucho trabajo cortarla; la que está debajo de la tierra es algo blanda, pero sirve para los edificios. Por las extremidades del monte, hacia Silang y San Mateo, la piedra está muy profunda debajo de la tierra, y todo este terreno da buen pasto para los animales, y hay en él muchas sementeras de arroz y buenos plantíos de cacao, café, pimienta y otros muchos géneros de árboles; pero en lo restante del monte, particularmente por donde nosotros pasamos, crece muy mal la hierba y los árboles, que sólo se dan en algunas hondonadas, donde las aguas han juntado bastante tierra para mantener las plantas. El río de Manila se ha abierto un paso por medio de este monte de piedra para desaguar en el mar; pero como hemos de volver por allí, entonces trataremos de él y de todas sus circunstancias.

Como la jornada que teníamos que hacer era larga, nos detuvimos poco en disfrutar de toda la hermosura de que podía haber gozado nuestra vista, y empezamos á caminar; pero habiendo visto un gallo de monte, que los indios llaman *labuyo*, y algunas palomas, no pudieron contenerse los aficionados á la caza y se detuvieron á tirar algunos tiros, y mataron algunas piezas. No obstante estas pequeñas detenciones, á la hora y cuarto de haber empezado á subir el monte nos hallamos en la falda de la otra banda, junto á la laguna de Bay. Aquí se volvió á renovar casi el mismo espectáculo que nos había divertido antes en la cima del monte á la vista de la bahía, porque vimos de repente aquella gran laguna de 30 leguas de bojeo, circundada de cerca de 30 pueblos, llena de patos, garzas, *cachiles* ó cuervos marinos y

otras aves, que andaban á bandadas, zambulléndose para buscar su sustento dentro del agua: todas estas particularidades, los altos montes que la rodean y una isleta que se halla en medio de ella, daban un golpe de vista que no es fácil describir con la pluma. Acabamos de bajar la falda del monte, y nos hallamos en el sitio de Mabató, que quiere decir lugar de piedras, nombre que le acomoda muy bien, porque las olas han descarnado aquella punta del monte (que se interna hasta la flor del agua) de la poca tierra que tenía, y han quedado unos pedruscos duros y denegridos del sol y el agua. Por la banda del sur se va separando el monte de la laguna, á tan corta distancia, que en dos leguas de largo apenas deja suficiente terreno para la manutención de 300 tributos de indios, que tienen sus casas á lo largo de la playa. Nosotros anduvimos todo este espacio por una hermosa calzada llena de árboles á las dos orillas; los cuales, al paso que nos recreaban, nos defendían del sol, que calienta mucho en este país en todo tiempo. Los más de estos árboles eran camachiles, grandes como un nogal; su fruta es una vainilla como el frijol, que tiene una frutilla dentro, de gusto dulce, poco sabroso para los españoles, pero muy del agrado de los indios, que están acostumbrados á comerla desde su infancia. Había también *tamarindos*, plátanos, mabolos y otros árboles frutales. El mabolo es como un manzano; da una fruta muy semejante al melocotón en el exterior, pero su carne es dura y desabrida.

El primer *barrio* que se halla á la orilla de la calzada se llama Bagumbayan, que quiere decir pueblo nuevo; tiene como cincuenta ó sesenta casas, pertenecientes en lo temporal y espiritual al pueblo de Táguig; su terreno está bien cultivado; hay en él muchos buyales, que riegan los naturales con el agua de

los pozos que tienen á la otra banda de la calzada, en la misma playa de la Laguna. La máquina de que se sirven para sacar el agua es muy simple: clavan un madero junto al pozo; en la extremidad de este madero atan una caña por el medio, de modo que pueda subir y bajar una y otra punta; en la una extremidad ponen el balde, y en la otra un contrapeso superior al peso del balde lleno de agua. Un hombre está en el brocal del pozo; introduce el balde en el agua, y dejándolo suelto, el contrapeso de la otra parte le hace subir; lo vacía el hombre en una pila de madera, y prosiguiendo su maniobra, saca bastante agua con poco trabajo. Desde la pila hasta el terreno que se riega hay un canal de caña por donde pasa el agua; y como estos canales atraviesan la calzada, detienen bastante en el camino. La población que sigue se llama Muntinlupa; pertenece en lo espiritual á Táguig, pero su párroco lo tiene cedido al cura de San Pedro Tunasan, á quien le es más fácil administrarlo. En el gobierno temporal pertenece al corregidor de Tondo, y es el último pueblo de su provincia por esta banda; hay un capitán ó *gobernadorcillo* indio que manda inmediatamente á los 250 tributos ó 700 almas de su comprensión. La gente tiene muy mala nota: se cree que los más son ladrones; pero verdaderamente es errado el juicio que han formado las gentes acerca de este pueblo, así como dije en orden á Malibay, que está frente de él, á la otra banda del monte. Como el gran despoblado que hay entre estos dos pueblos ofrece á los ladrones una proporción grande de robar, acuden á él los malévolos de todas partes. Están acechando á los pasajeros que deben atravesar el monte para ir á Manila, y les roban siempre que se les proporciona la ocasión. Cuando no pueden hacer bastantes presas para subsistir, tienen el recurso de

los muchos carabaos ó búfalos, caballos y vacas, que tienen los indios pastando por el monte; los roban y venden á los de Malibay y Pasay, y por este medio nunca les falta que comer. Estos ladrones se retiran á Malibay y Muntinlupa, y de aquí ha provenido la mala fama de estos dos pueblos, que, aunque pueden ser algo culpables, hay muchas razones que pueden disculparles en la acogida que dan á los foragidos. Son pueblos pequeños; están esparcidas sus casas; no tienen un cura que los reuna y haga respetar á la justicia; el capitán—además que es otro indio como ellos— teme que los ladrones, más poderosos que él, le quemén la casa, le destruyan sus animales, ó acaso lo maten. ¿Qué han de hacer los pobres infelices? El que haga algún daño á los ladrones será sin duda víctima de su celo. Algunas veces salen de Manila comisionados para cogerlos; pero el indio, que es más compasivo que lo que es menester, por un efecto de piedad tonta, da aviso á los ladrones; se ocultan éstos en el monte, y los comisionados se vuelven sin la presa. Yo no hallo otro medio de aniquilar esta raza sino es poner párrocos en todos estos sitios, que hagan que la justicia sea respetada; pues la experiencia me ha enseñado que todos los pueblos que no tienen cura propio son capa y madriguera de ladrones.

La tierra de Muntinlupa pertenece al convento de Agustinos de Guadalupe: un indio le cobra el terrazgo, y es muy poco lo que percibe. Podía mejorarse esta tierra haciendo presas en los varios ríos que la atraviesan, y que pasamos nosotros sobre puentes de *cañas*: un prior de aquel convento hizo una presa en uno de ellos; pero por estar mal fabricada se la llevó la avenida en las primeras aguas, y desde aquel tiempo no se ha pensado más en fomentar este terreno. A la extremidad del pueblo hay una

pequeña hacienda llamada Tunasancillo: los PP. Recoletos, sus propietarios, tienen en ella una buena casa de piedra y teja y un religioso lego que la administra. Deducidos los gastos, apenas les queda arroz para la manutención del convento de Manila. Hace pocos años que los ladrones mataron al estanciero, que era un lego aragonés, y el delito se ha quedado sin castigo. El lego tenía buen cuidado de cerrar la puerta por la noche al toque de las Avemarias; pero habiendo ido á visitarlo el cura de Tunasan y su coadjutor una noche, porque estaba enfermo, no se cerró la puerta, y los ladrones se valieron de esta ocasión para entrar en la casa: ataron á los dos Padres sacerdotes, y al lego lo mataron y lo robaron; los domésticos se tiraron por la ventana, avisaron al pueblo, pero nadie se meneó de casa. Sólo el caporal de la hacienda fué á ver lo que pasaba, y al acercarse á la puerta lo mataron de un trabucazo. Dos años antes me había dicho aquel religioso que los indios de Muntinlupa le habían amenazado de que lo habían de matar á él y al caporal; y si esto era cierto, el pueblo, caso que no estuviese confederado con los ladrones, no se habría incomodado mucho con esta escena, en la que sólo murieron el caporal y el lego. Los ladrones registraron la casa á toda su satisfacción; se estuvieron comiendo y bebiendo muy despacio, sin que pareciese el capitán ni ninguno del pueblo hasta que ellos se internaron en el monte.

Al salir de los términos de este pueblo se nos acabó la calzada, y, bajando á la playa, empezamos á caminar por aquel arenal; pero antes de haber andado una milla encontramos el pueblo de San Pedro Tunasan, que es el primero de la provincia de la Laguna. En este sitio se separa bastante el monte de la playa, y deja un suficiente terreno para mantener 500

tributos ó 2.500 almas, poco más ó menos, que hay en este pueblo. El dueño de estas tierras es el Colegio de San José de Manila: tiene en él una buena casa de piedra y un administrador español que cuide de cobrar el terrazgo á los inquilinos. El terreno es bastante fértil: produce muchas *mangas*, *cocos*, naranjas, limones, *camias*, *balimbines*, buyo, azúcar y otros diversos géneros de árboles y hortalizas. También hay bastantes moreras, y se fabrica seda en la casa de la hacienda. El Rector del Colegio, cuando se estableció la Sociedad Económica en Manila, siendo gobernador el Sr. Basco, mandó que todas las tierras cercanas á la hacienda se plantasen de moreras; y como este árbol crece tan fácilmente en esta tierra como la mala hierba, en poco tiempo se veían al rededor de la casa unos dilatados y hermosos plantíos de ellas, que podían producir una abundante cosecha de rica seda.—Se introdujeron gusanos de China, y se vió que procreaban bien.

No sólo en esta hacienda, sino en todas partes, se tomó con calor el fomento de este ramo. Se fabricó bastante seda; pero al venderla hallaron los cosecheros que perdían en el beneficio de este género. Echando la cuenta de lo que podía producir el terreno que ocupaban las moreras, aunque no se sembrase en él más que camote, hallaron que les producía más que la seda; añádase á esto el cuidado de los gusanos y los gastos de la manufactura, y se hallará que infaliblemente debían perder los que se dedicaban á su cultivo. En otros tiempos se había pensado en Manila en fomentar la seda, y se encontró un *Sermón*, viejo, impreso, de un P. Agustino que refería las medidas que se habían tomado para introducir en las Islas Filipinas un ramo que podía serles de mucho lucro, y el Padre predicador exhortaba á los vecinos á

que se dedicasen á un cultivo que podía ser tan útil á la nación; pero los que gobernaban la Sociedad Económica de los Amigos del País tuvieron buen cuidado de ocultarlo para que no desmayasen los labradores al ver que en otros tiempos se había intentado el cultivo de este género y se había dejado por no resultar sin duda utilidad á los cosecheros. Pero por más precauciones que tomaron, y por más que procuraron persuadir que se podía utilizar mucho en este ramo el que se dedicase á él, todo el mundo lo abandonó. Sólo el Rector de San José continuó haciendo la seda que podían surtirle las moreras que había plantado, aunque finalmente tuvo que abandonar su proyecto. Los gusanos de seda procrean bien en Filipinas, y están en estado de hacer seda todo el año; y como las moreras están continuamente con hojas, en todo tiempo se hace seda, y, más ó menos, no hay mes en que no se pueda sacar algo, bien al contrario de España, donde todo el invierno es preciso que pare la cosecha por no tener hojas los árboles. Sin embargo de todas estas ventajas, como tenemos tan cerca la China, que da este género muy barato, no puede dejar utilidad alguna en estas Islas; donde, además de esto, son tan crecidos los jornales que se pagan á los operarios, y tan poco lo que trabajan, por su natural pereza, que no sólo éste, pero ni aun otro, ningún ramo es fácil fomentar en este país.

El principal renglón de esta hacienda de Tunasan es el *palay* ó arroz, que se da con abundancia en unas tierras muy buenas que se riegan por un río que baja de los montes de Silang, por medio de una zanja que se ha hecho en un sitio proporcionado. El autor de la historia franciscana dice de estas tierras que en otros tiempos daban un ciento por uno, pero que al presente están cansadas y no dan más que

cincuenta. Mr. Le Gentil, que vino á Manila á observar el paso de Venus sobre el disco del Sol de orden del Rey de Francia el año de 1767, escribió sus viajes, sacando de esta historia lo único bueno que nos dice de estas Islas; mas llegando á este pasaje, para dar á entender que lo que refiere son especulaciones propias y nuevos descubrimientos suyos, se explica en estos términos: «Me han asegurado, dice, que en otro tiempo las tierras daban ciento á ciento y cincuenta por uno, pero que ahora estas mismas tierras están cansadas». Entra después á filosofar sobre este asunto, y no puede creer que las tierras estén cansadas, porque las aguas deben dejar en ellas un limo que las fertilice, como sucede en Egipto con las avenidas del Nilo, y todo el atraso de las tierras quiere deducirlo de la falta de industria de los naturales. «Me es trabajoso, dice, el creer que los terrenos de Filipinas estén cansados; mas como me ha parecido por lo que he visto en la India que el arroz pide tener el pie en agua hasta que haya llegado á su perfección, puede ser que en este punto los naturales de Filipinas no sean tan industriosos como los de la India en surtirlo de aguas, y dejen que le falte este alimento, cuando tiene necesidad; sea lo que fuere, este mismo terreno, sea que esté cansado, sea que esté mal cultivado (y yo estoy dispuesto á abrazar esta opinión), da aún ahora cincuenta ó sesenta por uno».

Los extranjeros generalmente están dispuestos á creer todo lo que pruebe la indolencia y pereza de los españoles, y reparan poco en faltar á la verdad para publicar en sus escritos estas ideas, de que están preocupados. Yo estoy muy dispuesto á creer que á Mr. Le Gentil no le aseguraron lo que dice, sino del pasaje citado de la historia franciscana forjó todo este párrafo lleno de errores. Las aguas que fertilizan

las tierras de Filipinas, como hace el Nilo en el Egipto, no fertilizan las tierras de Tunasan de que habla la historia franciscana, ni otras muchas que, cansadas como ellas, no dan ya más que un cincuenta ó sesenta por uno, sino las de Pampanga baja, las del pueblo de Hagonoy y algunas otras que conservan su antigua fertilidad.

El haber disminuído las producciones de algunas tierras no puede depender de que les falta el agua al pie del arroz, porque siempre han estado cultivadas del mismo modo que ahora; y si ha habido alguna mutación en esto, ha sido en orden á darles más agua que la que tenían antes, porque se han hecho varias presas en los ríos para surtirlos del agua con que dice Mr. Le Gentil las mantienen en la India hasta estar en su perfección el arroz. Esto mismo se practica en Filipinas con todas aquellas tierras que logran del beneficio del riego; y como las de Tunasan tienen este requisito por medio de una zanja, que se saca de un río que baja de los montes de Silang, las mantienen los indios en el mismo estado en que vió nuestro viajero los arrozales de la India. Por otra parte, estas tierras no son fecundadas de las avenidas de las aguas, y por consiguiente no es extraño que estén cansadas, y que el dar menos producto no dependa de la falta de cultivo, sino de haber perdido la fortaleza que tenían á los principios, aunque no lo crea Mr. Le Gentil. Véase mi nota á estos viajes, que he traducido al español y que se están imprimiendo. Salimos de Tunasan cerca de las diez del día; el sol calentaba bastante, y nos restaba que andar cerca de una legua por aquel arenal de la Laguna, que reflejaba los rayos solares con bastante vehemencia y nos causaba un doble calor.

A poco trecho de haber salido del pueblo encon-

tramos al capitán de Biñang, que venía acompañado de los *principales* á recibir y obsequiar al Sr. General. En los vestidos de estos indios y los arreos de sus caballos conocimos luego la opulencia de aquel pueblo: los más venían vestidos de seda; sus sombreros estaban ribeteados de galones de oro; algunos traían los jaeces de sus caballos de plata, y todos venían vestidos á la española, si no con mucha propiedad, á lo menos con bastante lujo y magnificencia, respecto á los demás indios que habíamos encontrado hasta entonces. Nos acompañaron y condujeron á su pueblo, haciéndonos pagar bien el cortejo que nos hacían con el polvo que levantaban sus caballos, lo cual, unido al calor, nos molestó bastante todo el camino. Anduvimos toda la playa hasta Biñang, entrando allí por una buena calzada: después de habernos internado como una milla tierra adentro, encontramos el pueblo, y nos apeamos del caballo bien fatigados y deseosos de ponernos á cubierto del sol, que quema mucho en la zona tórrida.





CAPÍTULO II

EL lego de la estancia de Pasay había ido por delante á buscarnos casa y disponer nos comida. Nos tenía preparado almuerzo y un buen refresco de frutas de la tierra en una casa grande de piedra y teja, que, aunque no estaba acabada, como el sol daba ya por encima y no podía molestarnos, por esta causa nos ofrecía todas las comodidades que podíamos apetecer. Descansamos un rato, y cada uno tomó lo que le agradaba del refresco y almuerzo preparado; y con este pequeño refrigerio y el descanso de media hora les volvió á todos aquel buen humor que se

Materias que abraza el capítulo II.—Breve descanso.—Paseo por el pueblo de Biñang.—Situación de éste.—Casa de los PP. Dominicos.—Cuánto gusta la parroquia de Biñang á los curas indios.—Urbanización del pueblo.—Las huertas y sus frutos: describense los siguientes:—cocos,—mangas,—santoles,—camias,—balimbines,—macupas,—nancas,—pajos,—tampoyes,—tamarindos,—plátanos,—papayas,—ates,—anonas,—duhat,—mameyces,—chicos,—zapotes.—*Sangrias* á ciertos árboles.—No dejan los indios que madure el fruto.—Obsequios de los indígenas á los expedicionarios.—Principal renglón de Biñang.—Los PP. Dominicos como arrendatarios.—Cultivo del arroz.—Los indios no pagan diezmos; los españoles, sí.—Ganancias de algunos que se llaman inquilinos.—Los casamahanes.—Salida de Biñang.—Pasan por Santa Rosa.—El tabique pampango.—Lo que per-

suele sentir en estas expediciones, el cual había estado algo apagado por la molestia del camino; y, no obstante el ardor del sol, salimos á ver el pueblo, defendiéndonos de sus rayos con quitasoles, muy comunes en esta tierra. La hermosura del pueblo nos hizo, no sólo olvidar las incomodidades de aquella mañana, sino llevar con gusto el calor que se sentía á aquellas horas fuera de casa, porque nos ofrecía tantos objetos llenos de gusto y dignos de la atención del viajero, que nos tenían embelesados.

Biñang está situado en una gran llanada, á una milla de la Laguna de Bay; un caudaloso río, que viene de un monte que hay al mediodía, que se llama Sungay (nombre que le han dado los naturales por la semejanza que tiene con un cuerno, que es lo que quiere decir *sungay* en su lengua), después de regar las inmensas sementeras de arroz que se cultivan en sus cercanías, pasa por medio del pueblo atravesando lo largo de sus calzadas y fertilizando las huertas que tienen los vecinos pegadas á sus casas. Junto á este río está la casa de la hacienda, que es de los PP. Dominicanos, dueños de todo el terreno de Biñang. Esta casa es regular, según el gusto de los conventos que hacen los religiosos que ejercen el oficio de párrocos en los pueblos, que es un ángulo largo con una *caida* parecida á los claustros de los conventos, y sirven para paso y para entrar en las celdas, en que está re-

ciben los PP. Dominicanos por dos de sus haciendas.—Cantidad de arroz que producen Biñang y Santa Rosa.—Dónde estuvo el pueblo de Tabuco.—Recuerdo histórico.—Cabuyao.—Una iglesia cuya construcción dura más de un siglo.—Las tierras de Cabuyao.—Por qué los propietarios de este pueblo viven miserablemente.—Los abogadillos.—Sus ardidés.—Porvenir de los mestizos de chino.—Camino de Calamba.—Tierras sin cultivar.—Los indios no construyen presas: consecuencias.—Calamba: pasan de largo.—De Calamba á Santo Tomás.—Dificultades del camino.—Las barrancas.—Santo Tomás: pasan de largo.—Siguen á Tanauan.—Llegada á este pueblo.—Obsequios que les hacen el párroco y los indios á los expedicionarios.

partido lo largo de la casa. Al lado de el un ángulo está pegada la despensa y cocina de la casa, formando el número 7 arábigo vuelto al revés (*L*); el otro ángulo está pegado á la iglesia, para facilitar la entrada al coro; por la caída ó claustro de la cocina se tira una pared hasta confortar con el remate de la iglesia; y cerrando este sitio con una tapia, que junta la iglesia con la pared, queda un cuadro ó paralelogramo que sirve de mucha utilidad, porque el corral ó patio que resulta está bien cerrado, y se pueden tener en él seguros los caballos y cuidar otros animales, como puercos, gallinas, patos y otras aves caseras.

La casa de esta hacienda, aunque no es la parroquial, está pegada á la iglesia, y se comunica con ella por el coro. Los PP. Dominicos contribuyeron sin duda á la fábrica de la iglesia, y en recompensa se les concedió esta prerrogativa para comodidad de sus administradores y religiosos que van de vacaciones. El cura párroco vive en una casa de tabla separada de la iglesia; es por lo regular indio; pues aunque éste es uno de los curatos más apetecibles de la clerecía, los clérigos españoles no hacen oposición á él, porque, enseñados á vivir en la Capital, no les acomoda la vida monótona y solitaria de los curatos.— Es tanta la pasión que los clérigos indios tienen por este pueblo, que suele haber hasta treinta opositores cuando se halla vacante su curato. Lo hermoso del terreno y la comodidad ó riqueza con que viven sus paisanos, acaso será el motivo de que deseen tanto establecerse en él; pues yo no hallo otra cosa que pueda moverles á preferirlo á otros curatos mayores, y por consiguiente más pingües que éste; digo más pingües, porque aunque el pueblo sea más rico que otros, los derechos parroquiales se conforman más en esta tierra con el número de almas que se admi-

nistran, que no con la riqueza de los feligreses. Yo he sido párroco en pueblos pequeños y grandes, ricos y pobres, y siempre he hallado esta proporción. No siendo, pues, el pueblo de Biñang tan grande como otros que tienen los clérigos, no hallo la causa cierta por que le dan tanta preferencia. El número de tributos de Biñang no llega á mil, ni créo que pasen de cuatro mil todas las almas. Conforme á esta población, tienen una iglesia regular, poco adornada, y que manifiesta poco la opulencia de sus feligreses.

Las calles son anchas, llanas y muy propias para esta tierra; porque de la arena gruesa del río las han echado una capa, la cual, mezclada con la tierra, que es algo pegajosa, impide que se haga lodo en tiempo de aguas. Las casas son de caña y *nipa*, como en otras partes; pero hay muchas casas de tabla muy buenas, y algunas de piedra y teja, lujo que no se ve en otros pueblos. Cada casa tiene su huerta, donde los naturales plantan de todo género de frutas del país y algunas de Nueva España; el río que pasa por medio del pueblo contribuye mucho á que se crien lozanos los plantíos, que exhalan por el día, con el ardor del sol, muchos vapores, los cuales, condensados en el aire con el fresco de la noche, vuelven á caer, refrescan las plantas que se habían marchitado con el calor del día y les hacen tomar su antigua verdura y lozanía: hay además de esto un pozo en cada huerta, de donde sacan el agua con la máquina sencilla que describí en el capítulo antecedente, que llaman *timba*, y riegan con facilidad todo el terreno. Además de las hortalizas y legumbres, que no son muchas, se crían en estas huertas los árboles frutales que se dan en otras partes de las Islas, como cocos, mangas, *santoles*, camias, balimbines, *macupas*, *nancas*, *pajos*, *lampoyes*, tamarindos, plátanos, *papayas*,

ates, anonas, duhat, mameyes, chicos zapotes y zapotes prietos, de los cuales es preciso hacer alguna descripción, por ser muchos de ellos poco conocidos en otras partes; de los camachiles, mabolos, naranjos, buyo y caña dulce, que también se plantan en estas huertas, ya he hablado en el capítulo que antecede.

El coco es una especie de palma que tiene una hermosa cepa, debajo de la cual da unos racimos de frutas que se suelen llamar nueces de cocos; son como una cabeza de grandes; la primera corteza es verde, dura, correosa y llena de hilachas, por lo cual sirve para hacer cordeles, y en la carena de los navíos hace el oficio de la estopa. La segunda corteza es dura y tiene pegada por dentro una carne blanca como la de la almendra, á que se asemeja algo en el gusto, aunque es más aceitosa; su interior está lleno de una agua fresca muy sabrosa y medicinal, particularmente para los que padecen de escorbuto y para todos aquellos enfermos que es preciso curarlos con refrescos; porque sin tener el ácido del limón, que suele dañar á los estómagos, refresca la sangre y la purga de las partículas ígneas que consumen el cuerpo enfermo.

La manga es un árbol muy grande, pomposo, lleno de ramas y hojas, que dan una excelente sombra, muy estimada en estos países, donde el ardor del sol es muy fuerte en todas las estaciones del año; su fruta es semejante á las mangas del hábito de los religiosos, de donde sin duda ha tomado su denominación.— Se cree que los españoles trajeron de la costa este rico árbol, que ha mejorado en Filipinas y da las mejores mangas que se conocen en el mundo. Por el mes de Abril suele empezar á dar fruta, y dura hasta Agosto con mucha abundancia este manjar regalado, que lo es por la dulzura excelente que tiene, sin

dejo ninguno que lo haga desabrido, aun para los españoles que están acostumbrados á comerlo de muchachos.

El santol es árbol grande como el roble de Europa; tiene las hojas grandes y la flor pequeña; su fruta se parece á un pequeño melocotón en el color y la figura, y es bastante agria: el indio la come con mucho gusto, pero los españoles sólo la usan para conserva y orejones.

La camia es un árbol como un ciruelo de grande; la hoja es pequeña; la fruta del tamaño de una ciruela, muy agria, que sólo sirve para hacer dulce, aunque los indios, haciéndola tajaditas, la comen en lugar de salsa. Lo que tiene este árbol de particular es que da fruta en el tronco.

El balimbín es árbol grande, de hoja pequeña, flor colorada, fruta agria, más grande que las camias, de figura esquinada. El dulce que se hace de ella es muy estimado en Nueva España.

La macupa es como un peral de grande, de la figura de un ciprés; la hoja grande, flor colorada y la fruta como una pequeña pera, de un color enteramente encarnado. El gusto no es desagradable.

La nanca es un árbol no muy grande y da la mayor fruta que creo se conoce en el mundo; hay nancas que pesan 40 libras; se crían en el tronco del árbol ó en las ramas gruesas, porque de otro modo no se podrían mantener. Esta fruta parece una botija; por fuera está llena de tubérculos más grandes y más redondos que los de la *piña*; por dentro está llena de una carnosidad estoposa, en la que están encajados unos como piñones grandes y blancos, que comen los indios con muy buenas ganas; pero es muy indigesta y de un dulce desagradable y fastidioso.

El pajo es una especie de manga, de la que sólo

se diferencia en el tamaño, que es mucho menor, y en el gusto que tiene, de un agrio subido. Se suele coger de verde su fruta, y se hace de ella un dulce exquisito. También se pone en salmuera, y sirve en lugar de aceitunas. Es muy estomacal, abre las ganas de comer y se suele dar á los enfermos que se hallan desganados.

Los tampoyes son semejantes á los albaricoques de Castilla en el tamaño, color y figura, pero no en el sabor, que es desagradable; su olor de rosa es algo subido.

El tamarindo es un árbol grande como el nogal de España; da unas vainillas como un dedo de gruesas, y en su interior está la pulpa sobre unos titos ó huesos que están encerrados en ella y que no tienen uso alguno. La pulpa es agria y sirve para hacer refresco; sirviéndola como limonada, es fresca y algo purgante.

El plátano es árbol de un tronco blando y esponjoso, que recibe mucha agua de la tierra donde está plantado; de unas hojas de media vara de ancho y tres ó cuatro varas de largo; su fruta es un racimo que tiene unos cien plátanos de seis dedos de largo y bastante gruesos. En dando la fruta se muere el árbol; pero en su pie procrean varios hijos que dan fruta al año siguiente, y así anualmente se renueva, multiplicando su especie de un modo considerable. Los plátanos son de diversas clases, pero todos muy sabrosos y acomodados al gusto de los europeos.

La papaya tiene el tronco esponjoso, pero más duro que el plátano; se eleva bastante, y forma en su cima una copa muy hermosa de unas hojas grandes, algo semejantes á las de la higuera; su fruta está debajo de la copa, pegada alrededor del tronco; es bastante grande y algo semejante al melón, por lo

cual los botánicos lo llaman *árbol melonífica*; las pepitas que tiene dentro son negras y redondas; su carne, que es amarilla, se corta en rebanadas como el melón, pero es algo más blanda; el gusto es de un dulce algo desabrido; pero enseñado uno á comerla, sabe muy bien y es muy fresca y saludable.

El ate es de la altura de un guindo; da una fruta grande y redonda como una manzana; la cáscara está llena de ciertas prominencias ó tubérculos más grandes que los de la piña; en el interior tiene una medula blanca, suave y de un gusto exquisito; está llena de pepitas negras que le quitan mucho mérito, pues sin ellas puede ser que muchos la tuviesen por la mejor fruta que hay descubierta.

La anona es mayor que el ate, tanto el árbol como la fruta; los tubérculos de la cáscara no son tan prominentes, y se asemejan en todo á los de la *chirimoya* de Nueva España. Es de figura de un corazón; su medula es como la del ate; está llena de pepitas, como él, pero no es tan sabrosa. Estas tres frutas, papaya, ate y anona, se cree que han venido de Nueva España; pero han producido tan bien en Filipinas, que son muy abundantes en todas las Islas.

El duhat, que en Manila llaman lomboy, es más grande que el cerezo; da una fruta algo semejante á las cerezas negras, del tamaño y figura de una aceituna, de un gusto bastante bueno, pero deja en la boca, después de comerla, tal carraspera, que sólo los muchachos pueden sufrirla por haber tenido el gusto de comerla.

El mamey es fruta de la América, grande como una manga; la corteza es dura; la carne, de un amarillo que tira á encarnado; en el medio tiene un hueso grande y duro, y es de un dulce algo fastidioso.

El chico zapote es la fruta regalada de los ameri-

canos; el árbol no es muy grande, da la hoja pequeña; la fruta, del color de una pera parda, tiene el tamaño de una camuesa chica; madura como la pera bergamota, después de algunos días de cogida, y es de una dulzura extraordinaria.

El zapote prieto es también fruta de la Nueva España; el árbol es mayor que el chico-zapote, y la fruta, extraordinariamente más grande, está cubierta de una cáscara verde bastante delgada, y todo el interior es una medula blanda como manteca y negra como la pez; es fruta muy desabrida de por sí; pero batiéndola bien en un plato y mezclándole azúcar, hace un manjar muy sabroso y refresca mucho la boca cuando se come.

De todos estos géneros de árboles frutales estaban llenas las huertas de Biñang; pero lo que más nos llamó la atención fueron las naranjitas y chicos zapotes que tenían plantados en unos tiestos grandes cerca de los pozos para regarlos á menudo; se veía en cada uno de ellos un arbolito de una vara de alto, muy copudo, cargado de frutas, las más de ellas sazonadas, porque era entonces su tiempo, lo cual hacía una vista muy hermosa. Las naranjitas las crían así en tiestos por una especie de juguete ó diversión, porque plantadas en la tierra producen más abundantemente; pero el chico-zapote no lo tenían en tiestos sino porque en ellos da más y mejor fruta. Los árboles plantados en tierra se hacen mucho más grandes, están más pomposos, duran mucho más tiempo; pero producen menos, porque el jugo que chupan de la tierra se convierte todo en el follaje. El que está dentro de un tiesto, como todas las raíces están concentradas en él, no chupa toda aquella substancia que lo haga muy lozano, y sólo recibe el jugo suficiente para mantenerse y producir la fruta que de-

be dar. Lo que sucede en esta tierra en este asunto á muchos árboles es cosa muy particular; es preciso extraerles el jugo, ó, por decirlo así, sangrarlos, para que den fruto. Vemos algunas mangas muy lozanas y jamás fructifican; los indios les hacen algunas sajaduras en el tronco y les cortan las raíces de un lado para que se inclinen un poco por aquella banda, y entonces es cuando fructifican bien. Los que hacen esta operación atribuyen el buen éxito de su maniobra á la inclinación que recibe el árbol; pero ya se ve bien claro que esto es absurdo y que todo el mecanismo consiste en sangrar el árbol, y por este medio ponerlo en estado de dar menos hojas y más fruta.

En esta tierra no es tan agradable el entrar en una huerta como en España; porque como las más de las frutas no maduran en el árbol, no hay el gusto de escoger la más madura y comerla: aquí es preciso que el sentido del gusto quede privado del deleite que perciben la vista y el olfato. Los dueños de las huertas nos ofrecían cuanto se hallaba en ellas; pero sólo tomamos algunas naranjitas que estaban en estado de comerse y algunos chicos zapotes que nos hicieron tomar por fuerza. Era tal el afecto y cariño de estas gentes, que nos obligaban á subir á sus casas, donde nos presentaban un buen refresco de agua de limón, vino de Jerez, bizcochos, *broas*, *marquesotes*, y además todo género de frutas. Estaban estas casas adornadas de mesas y tabernáculos hermosamente dorados, en cuyos nichos estaban los Santos de su devoción. Las más de estas casas eran de chinos que se habían establecido y casado allí, ó de mestizos descendientes de chinos, que son los que componen la *principalia* de esta población. El único renglón que ha enriquecido á estas gentes y que ha lle-

vado á aquel pueblo tantos chinos es el arroz, que se coge en mucha abundancia en las grandes sementeras de regadío que posee esta hacienda en una hermosa llanada que hay detrás del pueblo, hacia el monte.

Los PP. Dominicos han dado sus tierras á los indios y mestizos en arrendamiento, y éstos las poseen en calidad de inquilinos, pagando lo que se estipuló á los principios por el terrazgo de lo que cada uno labra. La regla que por lo común se entabló en todas las haciendas fué que los inquilinos abriesen la tierra y la cultivasen y se aprovecharan de ella por tres ó cuatro años sin pagar nada, pasado cuyo tiempo deben dar al propietario cinco *cavanes* de arroz por cada *cavalita* de tierra de regadío, y de las que no tienen riego algo menos, conforme á la calidad de la tierra. Una *cavalita* hace un caván de siembra, de que resulta que por una tierra de regadío en que se puede sembrar un caván ó una fanega de arroz, no paga el inquilino más que cinco *cavanes*, que es una friolera respecto á lo mucho que producen estas tierras y al poco trabajo que se emplea en su cultivo. Ya dije que las tierras de Tunasan dan un cincuenta ó sesenta por uno, y lo mismo sucede en Biñang. El trabajo del indio para procurarse esta enorme cosecha es muy corto, pues no hace más que arar la tierra una vez, si se puede llamar arar al revolver el lodo y mezclarlo con el agua de que la sementera debe estar llena al tiempo de plantarlo; digo de plantarlo y no de sembrarlo, porque en estas tierras se planta el arroz como las coles en Europa. Se tiene prevenido el almácigo correspondiente, y ya que se ha revuelto bien el lodo y allanado el terreno, entran una multitud de hombres y mujeres y van llenándolo de plantas de arroz, á media cuarta de distancia una de otra, y en poco tiempo queda plan-

tado un gran terreno. Esta maniobra es muy fácil; porque estando la tierra muy blanda y no pidiendo mucho cuidado el arroz, casi no se tarda más en sembrar que lo que es necesario para meter la mano en el lodo para dejar allí la planta, sin cuidar de si está bien ó mal puesta; de todos modos prende. Acabada la plantación, no necesita otro cuidado que echarle agua cuando la necesita ó desaguarla por los embornales que tiene para ello; operación que sólo dura una hora, y que, cuando más, se practica tres ó cuatro veces en toda la temporada. Con este pequeño trabajo puede estar seguro el inquilino de coger cincuenta ó sesenta cavares de arroz, sin necesitar más que pagar cinco cavares, que viene á ser el diezmo de lo que cogió.

Los indios de Filipinas no pagan diezmos á la Iglesia ni al Rey, que mantiene á los ministros eclesiásticos en estas Islas. Las haciendas de los españoles, como estaban trabajadas por indios en la forma que llevo dicho, estuvieron gozando por muchos años de la misma prerrogativa, hasta que no hace mucho tiempo que se mandó que los pagasen; pero lo que hay de muy particular en su cobranza es que no se los cobra el Rey á los inquilinos, que son los que perciben el producto de la tierra, sino á los hacenderos, concediéndoles á éstos subir el terrazgo hasta reintegrarse de lo que dan al Rey. Esta práctica es muy gravosa al *hacendero*; y si los diezmos se hubieran arreglado conforme á lo que se coge de arroz, habrían tenido que abandonar sus haciendas. El diezmo bien arreglado importaría otro tanto como lo que produce toda la hacienda al propietario; porque, como llevo dicho, la cuenta más arreglada y prudencial que se puede hacer de lo que se paga de terrazgo es el diezmo de todo el producto, deducidas las expen-

sas que se hacen en el beneficio de los géneros que lo necesitan, como el azúcar, añil y otros. Es verdad que en este caso el propietario tendría derecho de cobrar el duplo de lo que ahora percibe; pero enseñados los pueblos á pagar un cierto pecho desde tiempo inmemorial, es muy difícil cobrarles el duplo de una vez. El Rey con su autoridad podría entablar esta práctica poniendo cobradores que les hiciesen pagar, lo que á los hacenderos les sería muy difícil de conseguir. Para obviar estos inconvenientes, cada hacienda se compuso con el Rey de pagarle cierta cantidad en lugar de los diezmos, y añadió el terrazgo á los inquilinos; y como esta cantidad es pequeña, no se aumentó el tributo de la tierra, sino á razón de un caván ó fanega por cavalita, ni fué difícil á los hacenderos el cobrarlo.

No parece irregular el que se obligase á los que trabajan en las haciendas á pagar al Rey, por razón del diezmo, otro tanto como pagan á los dueños de ellas, pues esto es lo que verdaderamente les corresponde; y aunque algunas veces se pierda la cosecha, como los hacenderos les rebajan el terrazgo conforme á la pérdida que han tenido, rebajándoles la misma cantidad en orden á los diezmos, quedarían éstos en la justa proporción de lo que recogen los labradores. Además de esto, el terrazgo está muy bajo, y los propietarios no pueden subirlo, aunque todas las demás cosas hayan subido de precio extraordinariamente desde que se hicieron los pactos entre inquilinos y hacenderos; ni les pueden quitar las tierras y dárselas á otros, á no ser que dejen de pagar por dos años consecutivos, ley de que abusan mucho, y por la cual disponen de sus tierras como si fueran propias. Las venden ó empeñan á otros más ricos ó las subarriendan en mayor precio del que pagan ellos, y

con sólo llamarse los inquilinos, sin trabajar las tierras perciben más que los mismos propietarios. Estos contratos les están prohibidos, y el hacendero puede quitar las tierras al que los celebra; pero como es fácil el paliarlos ú ocultarlos, rara vez se les pueden quitar.

La hacienda de Biñang está por la mayor parte en poder de los ricos, los cuales la labran por medio de compañeros que llaman *casamahanes*. Este uso es muy bueno para los dueños de la hacienda, porque les es muy fácil cobrar las cuotas que se les deben; pero muy perjudicial para los pobres, quienes labran y cuidan la sementera; porque deducido el terrazgo, sólo perciben la mitad de los frutos, mientras que el inquilino principal, por sólo la responsabilidad que tiene de pagarlo, se lleva la otra mitad sin trabajo alguno.

Por la tarde emprendimos el viaje muy temprano: el sol calentaba aún bastante, pero una hermosa brisa templaba algo sus ardores. Por otra parte, nos era preciso salir á aquella hora, porque era larga la jornada. Caminamos por una hermosa calzada, por medio de las sementeras de arroz, que estaban ya en estado de siega; de trecho en trecho había algunas casas cercadas de árboles frutales, que nos recreaban y nos daban una hermosa sombra. Después de haber andado tres cuartos de hora de este modo, encontramos el pueblo de Santa Rosa, que nada tiene particular sobre Biñang, de quien se segregó pocos años hace; tiene un Padre Dominicó para su administración espiritual y una iglesia provisional de *tabique pampango*. Este tabique se hace levantando maderos y enlazándolos unos con otros; en los huecos que quedan se entretejen pedazos de caña, sobre los que se da una paletada de mezcla de cal con arena, y queda la

obra bastante fuerte, si las cañas que se pusieron estaban bien curadas, pues en este caso duran muchos años sin pudrirse, y la paletada no se cae interin las cañas se conservan bien. Los PP. Dominicicos tienen en este pueblo una casa de piedra con un *tambobon*, que en otras partes llaman hórreo ó panera, para recoger el arroz que les produce la hacienda, que puede ascender hasta ocho mil cavanos. Perciben los Dominicicos en estas dos haciendas de veinticuatro á veinticinco mil cavanos de arroz; y como su terrazgo apenas alcanza al diezmo del total del producto de la tierra, se puede regular que el arroz que se coge en estos dos pueblos hace la suma de doscientas cincuenta mil fanegas.

Á poco rato de haber pasado este pueblo, salimos á la playa de la Laguna, y á la media legua nos fué preciso dejarla para entrar tierra adentro y ahorrar mucho camino que rodearíamos si fuésemos por ella. En el sitio donde dejamos la Laguna estaba antiguamente el pueblo de Tabuco, junto á un pequeño río que entra en la Laguna en aquel lugar. Las arenas que baja el río del monte en el tiempo de aguas parece debían haberlo defendido de una sumersión, elevando su terreno; pero la mucha tierra que los caudalosos ríos que entran en ella han traído de las montañas que la circulan, han elevado tanto sus aguas, que éste y otros pueblos han quedado sumergidos en sus olas. El año de 1603 existía aún este pueblo, porque en el alzamiento que hubo de los chinos este año consta que el capitán Luis de Velasco los persiguió hasta dicho pueblo. Después se trasladó tierra adentro al sitio de Cabuyao, por donde nosotros pasamos. Los indios, poco cuidadosos de las épocas ni de los años que han pasado, no supieron decirnos el tiempo de su traslación, que debe de

ser sin duda muy antigua, pues no se percibe rastro alguno de la iglesia y casa parroquial. El pueblo de Cabuyao, ó, por mejor decir, el antiguo Tabuco, está ahora á media milla de la Laguna; su cura es un clérigo indio que nos obsequió muy bien, presentándonos un buen refresco, del que no tomamos nada por no ser todavía hora; vivía en una casa de tabla, porque aún no se había hecho casa parroquial ni se habían acabado las paredes de la iglesia, sino que se había estado diciendo misa en un camarín de caña y nipa por más de cien años, y ni llevaba trazas de tener su iglesia concluída en otro siglo. Tiene este pueblo como 400 tributos; y dando cinco almas por cada tributo, que es la cuenta que se suele hacer regularmente, tendrá como dos mil almas, poco más ó menos.

Las tierras de este pueblo son en todo semejantes á las de Biñang, y sus moradores serían acaso tan ricos como los de este pueblo si fuesen propias sus sementeras. Es muy propio de los indios empeñar sus tierras cuando se hallan necesitados; y como no hay en el pueblo quien las compre, se ven precisados á venderlas á mestizos de Biñang; éstos las labran por medio de sus compañeros ó casamahanes, se llevan todos sus frutos, y los propietarios de Cabuyao viven en la miseria. Fuera de esto se arruinan mutuamente con los pleitos que tienen unos contra otros; hay ciertos hombres en cada pueblo que saben hacer escritos en español, y con esta pequeña habilidad ya no piensan en trabajar, sino vivir holgazanamente con el producto que les da su pluma. Para que les corra su oficio es preciso que hagan todo lo posible para enredar unos con otros á sus paisanos. Dice uno de estos *letradillos* á un indio que tales y tales tierras le pertenecen, porque eran de sus abuelos Fulano y Zutano,

y consecutivamente le va descifrando toda su genealogía; se ofrece á hacerle los escritos y defenderle, prometiéndole ganarle el pleito por su ciencia y empeños que dice tiene en Manila, como—añade—ha hecho á otros, y cuenta una infinidad de pleitos que ha ganado. Con estas promesas entra el indio en el pleito, creyendo que con pocos gastos que haga se hallará dueño de unas excelentes sementeras, como se lo ha prometido el charlatán, y entabla el pleito. Á la parte contraria le dice otro de estos licurgos, ó acaso el mismo que enredó á su contrario, que haga resistencia, porque si no la hace, otro día le querrá quitar la casa, y que es una vergüenza dejarse despojar de su hacienda contra toda razón. No es necesario más para armar un pleito: los gastos que se van haciendo son grandes; el indio, que es terco en este asunto, se empeña, comete felonías, vende sus tierras,... á veces se deja el pleito sin concluir por no tener más que gastar los pleiteantes, y cuando se concluye el pleito, las tierras van á parar con un mestizo rico que dió sobre ellas la plata para pleitear. Esto va de tal modo arruinando á los naturales, que, si no se pone remedio, dentro de poco tiempo los dueños de todas las Islas serán los mestizos de sangley.

Salimos de este miserable pueblo por entre unos hermosos arrozales, como habíamos entrado, y antes de andar media milla encontramos un río; y caminando por unas grandes llanadas el espacio de casi dos leguas que hay hasta Calamba, no vimos un grano de arroz ni ningún plantío. Se admiraban el General y nuestros marinos al ver unas tierras tan excelentes para arroz abandonadas, haciéndose más repa-
rable por estar cerca de otras tan bien cultivadas como las de Biñang, y porque las atraviesan tres ríos,

con cuyas aguas se podían regar casi todas ellas. Yo nada extrañaba en ver todas estas tierras eriazas y de ninguna utilidad; porque como están tan cerca de otras sementeras que ofrecen más utilidad á los labradores, no es regular que éstos se dediquen á cultivarlas hasta que no llegue el caso de que se multiplique tanto la gente, que no tengan otras mejores tierras que trabajar. Se podían, es verdad, regar con los ríos que bajan de los montes y pasan por medio de ellas; mas para esto era preciso hacer unas presas muy costosas, que no sólo el pequeño pueblo de Cabuyao, pero ni aun otro ninguno de las Islas, está en estado de poder fabricar. Los ríos de esta tierra, por lo mucho que llueve en la estación de las aguas, traen una madre muy profunda y muy ancha, que no se puede atajar sino con una presa que cuesta de cuarenta á ochenta mil pesos. ¿Qué pueblo hay en Filipinas que pueda hacer estos enormes gastos? ¿Qué particular de entre los indios y mestizos es capaz de emprender estas obras? Las únicas presas que hay las han hecho ó los españoles ó las Religiones. Las demás tierras están sin el beneficio del riego, eriazas y abandonadas en todas partes donde se halla abundancia de tierra de regadío, y bien cultivadas donde los indios no tienen otras tierras en que sembrar, pues la necesidad no repara en que se pueda perder la cosecha, como sucede en todo el mundo. Una parte de estas tierras pertenece al pueblo de Cabuyao, lo restante es de la hacienda de Calamba. Antes de la expulsión de los Jesuítas, el uno de los ríos que pasamos junto al pueblo tenía una buena presa que regaba muchas tierras; después de su expulsión entró en manos del Rey, y los administradores de ella la han abandonado y se ha destruído de manera que nada sirve para regar, por lo cual casi todas aquellas tierras, que

antes daban unas grandes cosechas de arroz, están ahora baldías y sin cultivo.

Cuando llegamos á Calamba se había ya puesto el sol; y como nos restaban aún que andar tres leguas, no entramos en el pueblo, sino que seguimos por una llanada hasta que encontramos un edificio arruinado, que en otro tiempo había servido de polvorista. Aquí nos anocheció; pero hacía una luna tan hermosa, que no echamos de menos la claridad del día; sin embargo, como el camino empezaba á ser montuoso, lo anduvimos todo al paso del arriero, tardando una hora más de lo regular. Desde la polvorista empezamos á subir una cuesta muy alta y bastante encantilada, en la cima de la cual encontramos una gran llanada, donde había cuatro ó cinco casas de indios; corría una hermosa brisa, que hubiera dado ganas de caminar á otros que no hubiesen estado tan cansados como nosotros, que íbamos ya tales, que no podíamos mantenernos sobre el caballo; y para mayor desazón, al acabar aquella llanura se encuentra una barranca, cuya lobreguez no es fácil de describir. Entramos por ella, y estaba tan pendiente y tan estrecha, que á pocos pasos ya no se veía ni un rayo de claridad de la luna. Fuimos bajando uno tras otro á una gran profundidad, temiendo que resbalase un caballo ó hiciese resbalar ó caer á todos los que iban delante de él, sin que toda nuestra habilidad en manejar el caballo pudiese servirnos de nada: abandonados enteramente á la bestia, llegamos á un arroyuelo, y empezamos á subir otro terreno semejante al que habíamos bajado. Estas barrancas, de que hay muchas por estos países, no son otra cosa que unos pequeños arroyos que bajan de los montes y se han abierto unas madres muy estrechas y profundas, que no se pueden atravesar sino

con esta incomodidad. Si se abrieran los caminos formando una diagonal en la ladera de la barranca, serían más suaves sus bajadas y subidas; pero como los caminos están derechos, se hallan tan encantilados que parece se va á bajar por una pared.

Cuando nos vimos todos salvos á la otra banda de la barranca, se rompió aquel profundo silencio que habíamos guardado mientras nos hallamos casi sepultados en aquella sima; empezó á alegrarse la gente, pero nadie aceleraba el paso. Yo, que iba ya rendido, piqué el caballo y en poco tiempo me puse en el pueblo de Santo Tomás, á fin de descansar un rato y esperar allí á toda la comitiva, que no tardó en llegar. Este es el primer pueblo de la provincia de Batangas; no nos detuvimos en él, porque nos faltaba aún media legua de camino hasta la posada. El terreno era llano; pero como acababan de pasar las lluvias, el lodo que habían dejado se había endurecido mucho y hacía que tropezasen los caballos; atravesaba este camino un espeso bosque que nos quitaba la claridad que recibíamos de la luna, y por todas estas circunstancias no podíamos andar sino muy despacio; sobre esta incomodidad nos restaba que pasar otra barranca menos horrible que la primera, pero más peligrosa, porque hay que pasar un río por el vado, que es algo estrecho, y si se aparta el caballo de él un poco, no hace pie y está á peligro de ahogarse el jinete. Á todos estos inconvenientes ocurrieron los indios poniendo teas encendidas todo lo largo de la barranca, y la bajamos y subimos sin riesgo alguno. Subida la barranca se halla el pueblo de Tanaan, donde debíamos descansar aquella noche; el capitán y principales del pueblo salieron á recibirnos con música y algunas diversiones que tenían dispuestas para obsequiar al General; nosotros, que lle-

gábamos molidos, les dijimos que dejasen aquel obsequio para la vuelta, y ellos se avinieron prontamente á nuestra solicitud, contentándose con llevarnos entre sus instrumentos músicos al convento, donde el P. Fr. Juan Rico, cura del pueblo, religioso Agustino, nos tenía prevenido el hospedaje.

Este Padre era conocido del General; fué á Biñang á recibirnos y nos convidó en su convento; nos dió una buena cena, aposentos y todo lo necesario para pasar la noche con descanso, de que teníamos necesidad, pues habíamos estado aquel día cerca de diez horas sobre el caballo, y no llegamos á Tanauan hasta cerca de las nueve de la noche.





CAPÍTULO III

EL día 31 nos levantamos bastante molidos de la jornada del día antecedente; de mí puedo decir que estando de pie no gustaba de sentarme, y en sentándome no acertaba á levantarme por el dolor que percibía en los músculos á cada una de estas operaciones. En otro tiempo había andado yo varias veces este camino y no me había parecido tan largo, porque estaba hecho á andar á caballo muy á menudo; en la ocasión presenté me molestó más, porque como hacía algunos años que no había hecho sino unas pequeñas jornadas, extrañó el cuerpo el largo viaje del

Materias que abraza el capítulo III.—Consecuencias del cansancio.—Salida de Tanauan.—Panorama que se descubre.—Observación á cierta teoría de Buffón.—Sementeras de trigo.—Llegada á Lipa.—Las dalagas.—Cómo los indios *echan* las loas á los personajes.—La loa, retóricamente considerada.—Es una adulteración.—Condiciones de los versos tagalos: el metro; las sílabas; cómo asonantan.—En qué consiste la dificultad de hacer versos buenos.—Pies de cada estrofa.—La poesía tagala antes de la llegada de los españoles.—Influjo de éstos en los poetas indios.—Versos que emplean para las comedias.—Terminada la loa, bailan las dalagas.—El convento y la iglesia de Lipa.—El terreno de este pueblo.—Modo de cazar los caballos, los carabaos y las vacas.—El pájaro tipso: la fábula de que anida en la cola del caballo.—Modo de cazar los puercos de monte, los venados y los ca-

día anterior. Nuestros marinos, que se emplean poco en este ejercicio, no creo padecían menos; y si no hubiera estado dispuesto el viaje para San José, se habrían quedado muy contentos á descansar en Tanauan; mas como era preciso proseguir el viaje, todo el mundo volvió á su antigua alegría, y montamos á caballo con el consuelo de que las jornadas eran más cortas que las ya andadas. Salimos de Tanauan por una llanada llena de casas, de árboles frutales y silvestres y de gente que salía á ver aquella comitiva, extraña para ellos, por no estar acostumbrados á ver caminar tantos españoles juntos; no tardamos en empezar á subir una colina por camino poco pendiente, que, como se extiende mucho, está poco empinado, aunque la colina es bastante alta. Acabado de subir la cuesta, encontramos una llanada grande, de donde se descubría toda la provincia, por ser éste el lugar más alto de toda ella, si se exceptúan los montes, que son iguales á las cordilleras que se ven en ciertos sitios de estas Islas.

Ofrece esta colina una vista muy agradable: al E. tiene el monte Mararayap; al S., el de Batangas; y á O., el monte Macólot, que quiere decir encrespado: todos estos montes están aislados, y Mr. Buffón tendría buen trabajo en explicar su teoría de la tierra en estos parajes, porque un monte como éstos no se po-

rabaos cimarrones.—Producciones del terreno de Lipa.—Cultivo del trigo.—Sólo los españoles comen pan en Filipinas.—Los mongos.—El patani.—Los frijoles.—Dónde estaba antes el pueblo de Lipa.—Tributos.—Enfermedad de la papada, peculiar de Lipa.—Remedio.—Salida de Lipa.—Camino de San José.—Ilegada á este pueblo.—El recibimiento.—Ceremonia que suele hacerse á los párrocos en sus días.—Repruébala el P. Zúñiga.—El 1.º de Enero: los indios *amenazan* con una comedia.—Las comedias de los indios.—En qué consiste la trama.—Recurso supremo del protagonista ó héroe.—Los «graciosos» en las comedias.—Entusiasmo de los comediantes indios.—Sus pueriles tenacidades.—Bailes: el sacatito,—el cundiman,—los panaderos,—el comintang.—Modestia de las indias.—Los marinos las tratan sin propasarse.—Fiesta religiosa.—Procesión.—Sermón improvisado.—Ventajosa situación del pueblo de San José.

día formar en su sistema sino por un remolino de agua, y no se halla vestigio alguno de que pudiese haber habido tal remolino, si no acudimos á un grande trastorno de la naturaleza, de que hay bastantes señales en la ruina del volcán. Por entre el monte Mararayap y el de Batangas se ve una gran llanada de tierra, que se pierde en la mar junto á los sitios bien conocidos llamados Lobó y Galbán, que nos oculta el monte de Batangas. Por entre este monte y el Macólot se extiende la tierra donde están plantados los más de los pueblos de esta provincia; y aunque toda ella está sembrada de colinas, como el sitio donde estábamos es el más alto, no nos impedían el ver todo el terreno, y la isla de Mindoro, que está enfrente. Al N. del Macólot se veía el volcán de Táal, el cual, como está en medio de una laguna, sólo descubría la cima, que se asemeja á un pilón de azúcar vuelto del revés. El terreno por donde íbamos no era menos agradable, porque estaba lleno de grandes sementeras de trigo, planta que no habíamos visto en todo el viaje. Nos admiró el que no hubiese casas en todo este camino, pues habíamos notado hasta entonces que por todas partes donde había sementeras estaban esparcidas las casas de los indios, los cuales cuidan poco de reducirse á un pueblo formal y gustan más de vivir esparcidos por el campo, junto á las sementeras que les dan de comer. Nos dijeron que no había agua por todos estos sitios, por cuyo motivo no se habían establecido en ellos los naturales.

Caminamos como hora y media por todos estos desiertos, á tan buen paso, que anduvimos cerca de tres leguas; y pasando un pequeño río, encontramos el pueblo de Lipa, y fuera de él, á la entrada, una multitud de gente que había salido á recibir al General. Las doncellas del pueblo estaban muy bien ves-

tidas á su usanza: traía cada una en la mano una bandera que había formado con un pedazo de caña y un pañuelo; las banderas eran de diversos colores, conforme á los paños que se habían empleado en ellas, todas muy hermosas, y hacían un agradable aspecto. Detrás de aquel innumerable pueblo se veía una especie de teatro que los indios habían formado de repente para echar una *loa* al General; había también prevenidos asientos para nosotros. Dejamos los caballos, y luego que nos sentamos, empezó la loa, que era semejante á las que suelen echar comúnmente todos los indios en estas ocasiones.

Se presenta el que ha de decir la loa en medio del teatro, bien vestido como un caballero español: está sentado y recostado en una silla en ademán de que está durmiendo; detrás de las cortinas cantan los músicos una letra en un tono lúgubre en el idioma del país; el que está dormido despierta y empieza á dudar si ha oído alguna voz, ó será sueño lo que oía: se sienta otra vez, durmiendo, y se repite la letra en el mismo tono lúgubre; vuelve á despertarse, se levanta y hace nuevas reflexiones sobre la voz que ha oído. Esta escena se repite dos ó tres veces, hasta que se persuade de que la voz le dice que ha llegado un héroe y es preciso hacer su elogio. Entonces empieza á decir su loa con bastante propiedad, representando como hacen los cómicos en el coliseo y echando una relación en el idioma del país en alabanza de aquel por cuyo respeto se ha dispuesto la fiesta.

En esta loa celebraron las expediciones navales del General, los grados y títulos con que le había condecorado el Rey, y acabaron dándole las gracias y reconociendo el favor que les había hecho en pasar por su pueblo y visitarlos, siendo unos pobres infeli-

ces. Estaba esta loa en verso, compuesto muy retóricamente en estilo difuso, conforme al gusto asiático. No faltaban en ella las expediciones de Ulises, los viajes de Aristóteles y la desgraciada muerte de Plinio, y otros pasajes de historia antigua que les gusta mucho introducir en sus relaciones. Todos estos pasajes suelen estar llenos de fábulas que afectan siempre lo maravilloso; pues cuanto lo que se refiere es más extraordinario, merece entre ellos más aprobación: de Aristóteles decían que no pudiendo comprender la profundidad del mar, se arrojó en sus olas y se ahogó; de Plinio, que se arrojó al Vesubio para conocer el fuego que había dentro de este volcán; y de este modo mezclan otros cuentos con la historia. Creo que estas loas se las hicieron en tiempos antiguos los Padres; y aunque las fábulas de que están llenas parece que se oponen á este modo de pensar, como no dicen jamás cosa que no se halle en algún autor impreso en Europa, me han parecido formadas al gusto de la poca crítica que reinaba en los siglos pasados. El verso es de los naturales, entre quienes hay muchos poetas, ciencia menos difícil en la lengua tagala que en otro idioma, por la facilidad del verso, que no pide consonantes rigurosos, sino asonantes de la última sílaba, y el metro se reduce á poner cierto número de sílabas, sean cortas ó breves; y para ocurrir á la deformidad que resultaría de muchas sílabas largas que podían hallarse en un pie, suelen poner una menos, sin guardar en esto regla. Toda la dificultad de esta poesía consiste en escoger la dicción que debe concluir el verso: si acaba en letra consonante, cualquiera dicción es buena; basta que la última vocal sea la misma en toda la estrofa y no es necesario otra cosa para su rima; pero si acaba en vocal, para rimar el verso no basta buscar otra

dicción que acabe en la misma vocal; es preciso que se conforme con ella en admitir incremento en la pasiva ó no admitirlo. Esta condición, que hace la composición algo dificultosa, sin duda daba en otros tiempos mucha armonía á sus versos; pero en el día de nada sirve. Las palabras que acaban en vocal, unas admiten incremento y otras no: las que admiten incremento, todas tienen la penúltima sílaba larga y la última breve; las que no admiten incremento, son algunas de la misma cantidad, pero otras tienen la penúltima breve y la última algo larga, pues se pronuncia como separada de la consonante, en esta forma: *taba*. Yo creo que antiguamente todas las palabras que tenían incremento tenían la penúltima larga, y las que no la tenían su penúltima era breve, y entonces la regla estaba bien establecida; pero ahora que ha variado la pronunciación, debe variar la regla y establecerse por ley poética que las palabras que compongan la rima deben ser de la misma cantidad, no pudiendo rimarse el verso si las últimas palabras de la estrofa no son todas ó de penúltima larga ó de penúltima breve, y en este caso los versos serían más armoniosos.

Cada estrofa tiene tres, cuatro ó cinco pies, como nuestros tercetos, cuartetos y quintillas. Á pesar de lo defectuoso de la rima, algunos de estos pies tienen una grande armonía; y si por ellos se diesen reglas para la medida de todos, en nada tendría que envidiar el metro tagalo al español y al latino. Por lo menos era necesario establecer algunas reglas poéticas, con las cuales la armonía fuese más regular. En el verso de doce sílabas, la sexta de cada pie en una misma estrofa debía ser de una cantidad, si breve, breves, y si larga, largas; porque se hace en ellas una paradilla, y lo mismo se debía observar en todo gé-

nero de versos en las penúltimas y últimas sílabas. Sustituyendo esta regla á la otra que tienen de los incrementos, que acaso es más engorrosa, la poesía tagala quedaría bastante buena. Los PP. componen algunos versos de consonantes forzosos, que á los indios no les gustan, y nuestros autores se admiran de ello; pero si consideran que hay idiomas en que no dicen bien las consonantes, deben atribuir más á delicadeza de oído que á estupidez este disgusto. La rima de consonantes sólo es buena para disimular la medida de los versos; mas siendo éstos armoniosos y no estando enseñado el oído á la cadencia, suenan mejor que los versos rimados. Cuando en Roma se iba perdiendo el gusto en la poesía y latinidad, después del siglo de Augusto, se iban introduciendo estos sonnetes que reprueba Porcio con su sal acostumbrada.

Antes de la venida de los españoles, todas las poesías de los indios eran líricas. Algunos de nuestros autores creen que también usaban la poesía dramática, fundados en que en el *talindao* uno cantaba una estrofa y otro el estribillo, y en el *cundiman* uno una estrofa y otro otra. Si estos versos fueran unas églogas seguidas como las de Virgilio, no tendría inconveniente en concederles la poesía dramática; pero siendo todos cantares inconexos, que los poetas inventaron para cantarlos, fuera de estos bailes, no sé por qué razón no se deben reducir á la poesía lírica. La epopeya jamás la conocieron, si no queremos graduar de poemas épicos algunas relaciones semejantes á las coplas de nuestros ciegos, que componían en elogio de sus héroes, y cantaban bailando el *comintang*. Después de la venida de los españoles tienen comedias, entremeses, tragedias, poemas y todo género de composiciones, trasladadas de la lengua española, sin

que hasta ahora se haya hallado un poeta entre ellos que haya inventado un entremés. En sus comedias usan de varios géneros de verso, de siete, de ocho y aun de catorce sílabas, según pide lo grave, lo burlesco ó lo lúgubre de la acción que representan, porque unos metros la explican mejor que otros. En las loas, el verso es siempre de doce sílabas, muy proporcionado al tono de relación que observan en ellas.

Acabada la loa nos condujeron al convento, donde nos alojamos: las *dalagas* iban por delante en dos filas con sus banderas en forma de procesión; seguíamos nosotros, y detrás venía una tropa innumerable. Bailaron un gran rato los bailes del país mientras descansábamos nosotros, y luego que acabaron empezamos á instruirnos de las particularidades de este pueblo. El convento ó casa parroquial es de tabla, pero capaz, curioso y bien fabricado; la iglesia, de sillera y teja conforme al gusto de las demás, un cuadrilongo con su artesonado de madera bien pintado en lugar de bóveda, al que afean algo las llaves que hay por debajo de él, que son unas vigas que se atraviesan de pared á pared para defender el edificio de los temblores. Si el artesonado de la bóveda estuviera debajo de las llaves, la iglesia quedaría muy clara, pero excesivamente baja, á no ser que se elevasen las paredes mucho más de lo que se acostumbra, lo que sería peligroso por los temblores. De todos modos parecía bien la iglesia, porque es grande, bien blanqueada, curiosa, y tiene unos retablos majestuosos, llanos y sin aquellas extravagantes molduras que hacían el gusto del siglo pasado. La torre no estaba concluída; en el primer cuerpo se había hecho una bóveda para que el hueco que quedaba dentro sirviese de baptisterio. Desde encima de esta bóveda registramos toda la campiña y aquella hermosa llanada

que se extiende por más de siete leguas hasta la mar, frente de Marinduque.

Este terreno es mejor y más grande que lo restante de toda la provincia, y todo él está ocupado por los pequeños pueblos de Tiaong, perteneciente á la provincia de Tayabas, y por el de Rosario, último de la de Batangas por esta banda. Este pueblo era antiguamente administración de PP. Agustinos y estaba en un hermoso sitio á la marina llamado Lobó y Galbán; lo cedieron á los PP. Dominicos, y ellos lo trasladaron á una legua del pueblo de Lipa, donde está ahora administrado por clérigos. Esta traslación, que se hizo por miedo á los moros, ha sido la causa de que aquella hermosa llanada haya quedado eriaza y sin cultivo. A la falda del monte de Batangas, cerca del sitio antiguo del Rosario, hay una hacienda llamada Pulingbuhaguin, donde un español mantiene una punta de ganado mayor que le rinde muy poco, porque los ladrones, los contrabandistas y algunos indios medio alzados, que se mantienen del oro que sacan de los lavaderos, roban y matan muchas reses, y otras *se remontan* cuando las persiguen estos malévolos para cogerlas. De este modo se han ido poblando aquellos montes de ganado vacuno y caballo, que anda por ellos sin dueño, y lo coge quien quiere.

Para cazar este ganado es preciso que se junte una partida grande de gente: hacen un corral de troncos de árbol con una puerta que da á un camino ancho y se puede cerrar con facilidad; desde este camino se van abriendo senderos oblicuamente, de modo que cada uno vaya á parar al centro, que es el camino principal; se esparcen entonces los cazadores; empiezan á ojear las vacas, caballos y carabaos que hay por todas las cercanías; y como los animales

se ven perseguidos, corren por aquellos senderos hasta el camino principal; perseguidos más de cerca, entran todos en el corral: se cierra entonces la puerta y queda la presa asegurada. De los caballos que se cogen de este modo se suele sacar poca utilidad; porque, no siendo potrillos, jamás se les puede amansar; lo que no es extraño, pues de otros caballos menos ariscos que éstos dijo Virgilio en sus *Geórgicas*, libro 3.º, que es preciso enseñarlos al cabestro luego que se les desteta.

De estos caballos cuentan los indios una cosa muy particular: dicen que un pájaro llamado *tipso*, que es algo semejante á un gorrión, hace el nido en su cola, pone los huevos y cría sus pajaritos en ella. No hace mucho tiempo que se cogieron dos caballos que tenían cada uno su nido, y se le remitieron al botánico que vino á Manila de orden del Rey cuando se estableció la Compañía. Éste parece que envió á España las colas en que estaban formados los nidos, y no hemos sabido qué juicio formaron de ellas los naturalistas de la Corte. Yo no he visto semejantes nidos, pero he tratado de ellos mucho con los naturales del país, y no he encontrado uno que me asegurase que ha encontrado huevos ó pájaros en las colas de los caballos; y ciertamente no se deja comprender cómo un pájaro puede anidar allí, por lo cual siempre he creído que las colas de los caballos se enredan en los montes, y forman de las cerdas así enredadas una especie de cucurucho que se asemeja algo al nido de un pájaro, de donde sin duda ha salido la fábula de que crían en ellas.

En la mesa se nos sirvió bastante venado y puerco de monte, que dió motivo á que nos instruyésemos en el modo de cazar los puercos de monte, búfalos y venados. La cacería del puerco de monte ó ja-

balí nada tiene de particular: le hacen salir los perros, á veces lo agarran por las orejas, y los indios que están á caballo lo siguen con sus caballos, que son muy veloces, y lo matan á lanzadas. La cacería del búfalo es más extraordinaria: como este animal acomete como el toro, un hombre vestido con una camisa blanca se pone delante de él, para que lo vea bien el animal, le acometa y lo siga, de lo que le da poco cuidado al cazador, porque va montado en un caballo más veloz que él. Luego que el búfalo, que en esta tierra llaman carabao, avista al de la camisa blanca, empieza á seguirlo; los demás cazadores van por detrás en otros caballos veloces que llaman *panhabul*, y son propios para este ejercicio, dándole lanzadas; y el carabao no por eso vuelve atrás, ni deja de seguir al que va por delante, hasta que cae desangrado ó desjarretado en la carrera. Los hombres que se dedican á este género de caza adolecen luego del pecho, y, si no dejan este ejercicio, mueren muy mozos. La caza de los venados es mucho más particular: de las hojas de una especie de palma llamada *buri*, anudadas unas con otras, hacen una cuerda muy larga, y con ella rodean algunas leguas de terreno, atándola á las estacas que clavan en la tierra, de modo que el buri quede sobre las hierbas y se vea con bastante claridad. Tienen los cazadores una red hecha de cordeles gordos, que fabrican de una especie de cerdas que se hallan debajo de las hojas de otra palma llamada *yoroc* en tagalo, y en español cabo-negro. Esta red es bastante larga, y se coloca en lo restante del lugar que se quiere cercar y no ha quedado rodeado de las hojas del buri; entran luego los perros en el cerco, salen los venados, y en llegando cerca de las hojas de palmas no se atreven á saltar, y andan dando vueltas hasta que encuentran la red

de cabo-negro; no reparan en ella, siguen la carrera y se enredan con los cuernos, dando lugar á que los cazadores los maten á lanzadas. Los indios creen que la palma del burí tiene el efecto maravilloso de ahuyentar los venados; pero yo creo que cualquiera otra cuerda blanca surtirá el mismo efecto, y todo el mecanismo consiste en que hiere su vista, y les hace temer que se les tenga allí armado un lazo.

El terreno de Lipa es bastante quebrado, pero grueso y de mucha substancia y meollo; da mucho arroz, y todo género de frutas y hortalizas que se crían en las islas, y produce mucho trigo y legumbres, las cuales, llevadas á Manila, dejan á los naturales el dinero suficiente para pasar la vida con comodidad. Las mujeres se dedican á tejer, aunque no es mucho lo que sacan de este ramo, y su principal riqueza se reduce al trigo, las legumbres llamadas *mongos*, *patani* y frijoles, de las cuales es preciso hablar por ser el principal renglón, no sólo del pueblo de Lipa, sino de toda la provincia.

El trigo requiere poca agua para su cultivo y se siembra por el mes de Noviembre al acabar la estación de las aguas. El tiempo de la cosecha es á fines de Febrero ó principios de Marzo: todo este tiempo caen unos grandes rocíos en esta tierra, que conservan el trigo con frescura y hacen que sea abundante su cosecha, á no ser que sobrevengan algunas nieblas, que les son muy perjudiciales. El trigo se vende por *picos*, que es un peso de 137 libras; pero no se pesa, sino que se mide, y se tiene regulado que 30 *gantás* hacen un pico, y siempre se da esta medida, pese más ó menos. Las 25 *gantás* hacen una fanega, y así el pico de trigo compone una fanega castellana y su quinta parte; esta cantidad suele valer dos *pesos*, moneda de Indias, y á veces llega á valer siete ú ocho

pesos. Esta diferencia nace de que sólo los españoles comen pan en esta tierra, y el indio sólo siembra el trigo que se puede consumir en Manila; porque si sembrara más, se le quedaría y perdería en su panera. En perdiéndose la cosecha, ó en aumentándose el consumo, sube de precio extraordinariamente: todo este tiempo de guerra ha estado valiendo á seis ó siete pesos el pico, y ni aun esta ganancia exorbitante ha podido sacar á los indios de su acostumbrada indolencia y excitarlos á sembrar lo suficiente para la manutención de la escuadra; el General se ha visto precisado á enviar á China por trigo, y la pereza de nuestros colonos ha hecho que diésemos al extranjero mucha plata que podía haber quedado con ellos. Es verdad que estos tiempos en que abunda el dinero son malos para fomentar ningún ramo en Filipinas; porque como los naturales buscan con facilidad su sustento diario, y son poco pródigos para lo venidero, se manifiestan más perezosos que en otro tiempo, y trabajan tanto menos cuanto les es más fácil el buscar de comer.

Los mongos son una especie de lentejas, más redondas que ellas, algo semejantes á una planta que en algunas tierras de España se siembra para los bueyes, que llaman yero; son saludables y gustosos. El patani tiene la figura de un frijol en el tamaño, sabor y color; después de cocido se asemeja á las habas, tiene buen gusto, y de verde es muy sabroso. Los frijoles son de varias especies, semejantes á los de España, algunos de ellos algo amargos, de modo que para comerlos es preciso quitarles la primera agua después de haber hervido un rato, y con este beneficio se comen muy bien y hay buen consumo de ellos en Manila.

El pueblo de Lipa estaba antiguamente situado en

la playa de la laguna de Bombón, y el año de 1754 fué sumergido de la lava y arena que arrojó el volcán en la terrible erupción que acaeció este año. Para no padecer otra vez semejante estrago, se trasladó al sitio donde se halla; y en esto se hizo un gran beneficio á los pasajeros, porque está en el camino real que va á los pueblos de la playa. El terreno donde está fundado es bastante alto; los vientos del E. vienen encajonados por dos montes, y se resienten de ellos los españoles que dicen son muy cascarrones, y des-templan la cabeza, pero los naturales extrañan poco esta incomodidad y viven sanos mucho tiempo. La mejor prueba de la bondad de su temperamento es el aumento excesivo de su población: yo conocí este pueblo con 900 tributos, y en el día tiene 1.500. Las mujeres y algunos hombres tienen una papada disforme en el cuello; esta misma enfermedad la notamos después en el pueblo de San José y en otros, pero es más común en el de Lipa: la crudeza de las aguas, que son muy frías y delgadas, produce sin duda esta exuberancia de carne que afea mucho á los que la tienen, aunque parece les incomoda poco, pues viven muchos años con ella, y ninguno muere de esta enfermedad. Yo les aconsejé que se untasen algunas noches seguidas con mercurio preparado, medicina que había visto hacer á un religioso que adolecía de este mal, y he sabido que probó muy bien este remedio, cuando se aplicaba á los principios, y que muchas niñas á quienes apuntaba la papada curaron enteramente, aunque no bastó á consumir las grandes papadas que tenían las personas de edad.

Por la tarde salimos de Lipa algo temprano con el fin de alcanzar la coronación que se había de hacer al P. Rodríguez, que era conocido del General, en su pueblo de San José aquella misma tarde, por ser su

santo el siguiente día. El camino era áspero, lleno de colinas y barrancas; tiene de largo dos leguas escasas, y lo anduvimos en menos de hora y media. Cerca del pueblo se encuentra una barranca muy pendiente, que es preciso bajar con mucho cuidado para no ser atropellados los unos de los otros si un caballo da un resbalón, accidente que suele suceder algunas veces. Pasada la barranca encontramos la gente del pueblo, que nos salía á recibir: estaban por delante los niños de la escuela en una larga fila, con sus arcos y flechas en las manos; para que la flecha no pudiese salir al dispararla, tenía el arco un agujero en el medio por donde entraba la flecha, y ésta un nudo á la extremidad que tocaba á la cuerda, el cual no la dejaba salir afuera: por este medio hacían una infinidad de descargas sin ser necesaria más que una flecha. A los muchachos seguían las doncellas ó dalgas, bien vestidas, puestas en dos coros con sus acostumbradas banderas, y la plazuela que está frente del convento estaba llena de un concurso numeroso que había concurrido á aquella fiesta.

A esta ceremonia asisten los sacristanes con cruz y ciriales, el acetre del agua bendita y el incensario; los cantores, acompañados de los instrumentos músicos, cantan la antifona del Santo; los principales del pueblo llevan una mitra, un pectoral y el báculo pastoral: mientras los cantores siguen cantando la antifona, un sacerdote revestido con sobrepelliz y capa adorna al Padre, cuya fiesta se celebra, de aquellas insignias episcopales, le inciensa y le suministra el hisopo para que eche agua bendita á los circunstantes. Hecho esto canta la oración del Santo, y después el que lo coronó le da los días con un abrazo tierno; si hay otros religiosos ó españoles, lo van abrazando por su turno y dándole los días en la misma forma.

Esta vergonzosa ceremonia es muy desagradable á los más de los religiosos, y hay muchos que jamás permiten se les haga. Yo la he rehusado muchas veces, y cuando no he podido excusarme á súplica de los presentes, jamás he podido sostenerla hasta su fin; algunos otros la practican con bastante desembarazo, y seguramente los mismos religiosos se la han dictado á los indios; pues por una parte ellos no era regular que la discuriesen, y por otra se usa en algunos conventos de España, de donde sin duda se trasladó á Filipinas. Este día se hizo la coronación con toda formalidad, para que la viesen nuestros marinos; yo me revestí de capa y puse las insignias episcopales al P. Rodríguez, y uno y otro no pudimos sostener la ceremonia sin mucho bochorno. Después de haber dado al Padre los días, se sirvió chocolate á las mujeres y vino con bizcochos á los hombres, y á unos y otros se les dieron unos cigarros largos hechos á propósito, envolviendo el tabaco en una hoja de la misma materia, como se hacen los tabacos de la Habana, y empezaron á fumar, práctica que no es descortesía en esta tierra, donde son muy pocos los que no usan del tabaco; se siguieron los bailes de la tierra, en que manifestaron las mujeres sus habilidades con un desembarazo natural lleno de sencillez y modestia, que admiraban á todos los que no habían conocido hasta entonces el candor de las gentes de esta provincia; y con esto se remató la función.

El día 1.º de Enero, fiesta de la Circuncisión del Señor, lo habíamos destinado para nuestro descanso. Acabados los divinos oficios por la mañana, quisieron los indios empezar una comedia que tenían preparada para representarla el día siguiente en un en tablado que estaba colocado frente del convento. Los

días 2 y 3 los tenían destinados para celebrar las fiestas del Corpus y de San José, patrono del pueblo, en cuyos días se debía representar la comedia; como á nosotros se nos hacía mala obra en detenernos allí tanto tiempo, se determinó que la fiesta de San José se celebrase el día 2, y la del Corpus se trasladase para otro día, y por este motivo y por obsequiar al General se adelantó un día de comedia. Empezó ésta por una loa dirigida al General y á algunos de los concurrentes. Se siguió la comedia, que era tan difusa, que duró aquel día, el siguiente y el día destinado á la fiesta del Corpus, representando cada uno de estos días por espacio de cinco ó seis horas.

Las comedias de los indios se componen de tres ó cuatro tragedias españolas, cuyos pasajes están entrelazados unos con otros, y forman al parecer una sola pieza. Siempre entran en ellas moros y cristianos, y todo el enredo consiste en que los moros quieren casarse con las princesas cristianas y los cristianos con las princesas moras. Sus padres convocan á un torneo general para que la princesa escoja á uno de los muchos príncipes que acuden á él. Un príncipe cristiano se introduce con los moros que van al torneo de la princesa de su nación; lo mismo sucede con los príncipes de los moros respecto de las princesas cristianas: unas y otras se enamoran de los príncipes extranjeros; sus padres se oponen á estos casamientos, y en esta oposición se pintan los ardidés de una mujer para lograr su empresa. No suele haber mucha dificultad en componer los matrimonios de los moros con las cristianas: una guerra que se declara oportunamente, en la cual el príncipe moro hace proezas extraordinarias, y su bautismo y conversión á la fe católica facilita el casamiento, que desata todo el enredo de este pasaje de la comedia.

La mayor dificultad está en desatar el enredo del príncipe cristiano con la mora: como nunca ha de desamparar la religión católica, se ve en muchos apuros, lo ponen en la cárcel con sus compañeros, los suelta la princesa enamorada, lo que á veces le cuesta la vida; se halla en guerras, de capitán, con alguno de sus compañeros, y se desata el enredo, ó haciéndose cristiana la mora y escapándose, ó muriendo trágicamente el príncipe, que á veces suele resucitar.

Cada una de estas comedias tiene su héroe, que se ve en muchos apuros, de los cuales lo saca siempre algún Santo Cristo ú otra imagen ó reliquia que le dió su madre antes de morir. Se le aparecen leones, osos, lo acometen salteadores, y siempre sale bien por milagro. No siempre muere el héroe trágicamente; pero si alguna de las personas principales no muriera de este modo, tendrían los indios por insulsa la comedia. En una pieza de estas calidades, bien se deja ver que no se puede hallar ninguna de las tres unidades que quieren los criticos se guarden en las comedias y tragedias; pero los indios tienen alguna idea de que se debe guardar en la comedia todo aquello que la haga verosímil; y así reconvenidos sus poetas, ¿por qué no hacen que la comedia vaya más hilada y los pasajes más seguidos? Responden que si un rey que ellos suponen que acaba de declarar la guerra en España al turco, saliese con que no se le había dado lugar para andar tanto camino, parecería mal, y así era preciso llenar el espacio de dos horas con otro enredo para dar lugar á los preparativos de guerra, ordenación y marcha de los ejércitos.

Cada comedia tiene uno ó dos graciosos que hacen reir mucho á la gente con unos chistes que son

capaces de convertir en hielo el agua más caliente en la misma zona tórrida. Van vestidos de un modo extravagante, con unas alforjas al hombro, donde llevan vino y comida, la que sacan de cuando en cuando y la comen haciendo mil pamemas ó monadas que hacen desternillar de risa á los indios; ciertas contorsiones del cuerpo, el amenazar por detrás á una de las principales personas de la comedia, hacer ademán de que le quiere dar una bofetada y otras simplezas semejantes, ejecutadas por personas que tienen ellos por graciosos, los divierten tanto, que muchos sólo van á la comedia por ver á estos graciosos. Acabada la pieza sale el gracioso al último, les habla con bastante chiste de todos sus defectos, y, á imitación de los cómicos atenienses, relata los embustes de los escribanillos, critica á algunas de las personas empleadas en el servicio del pueblo, y todos se ríen que es una bendición de Dios, aun aquellos que son criticados, ó de ganas, ó por disimular.

Por la tarde se retiraron los representantes para sus casas con los mismos vestidos con que habían salido al teatro, que eran á la española y muy hermosos; contoneaban el cuerpo, y en todos sus ademanes parecía que se les figuraba que eran más que sus paisanos por razón del papel que representaban aquellos días. Es increíble el ardor con que toman estas representaciones y la impresión que hacen estas fábulas en sus espíritus: ha habido ocasión en que se han herido mutuamente dos representantes por no querer dejarse vencer uno de ellos en ocasión que representaba un papel que debía quedar vencido, según lo había dispuesto el poeta. Yo mismo he presenciado un pasaje bien raro de esta especie: al toque de oraciones dijimos los PP. al alcalde mayor que sería bueno mandase parar la comedia para que

no se cometiesen algunos delitos con la obscuridad de la noche; al instante dió la orden, y la comedia no paraba: fué él mismo en persona á mandarla parar; y los representantes, que eran capitanes pasados y muy ladinos, que sabían el español, empezaron á suplicarle que los dejase proseguir, pues no era razón que hiciese burla de ellos una pastora. Era el caso que estaban en un paso en que una pastora había vencido á un ejército, y en otro pasaje debía ser ella vencida: no querían que se dejase la comedia hasta que se representase esta escena, porque les era muy doloroso irse á la cama vencidos de una pastora y esperar hasta el día siguiente el tiempo de vengarse de aquella mujer. El alcalde mayor tuvo bastante que trabajar para convencerlos de su simpleza y bobería y persuadirlos á que dejaran la comedia con gusto y voluntariamente.

Retirados los comediantes, salimos nosotros á paseo; vimos innumerables indios de ambos sexos que entraban en el pueblo por diferentes caminos, unos á pie y otros á caballo, todos los cuales venían á la fiesta. La comedia había atraído mucha gente: hormigueaban de hombres todas las casas, y parecía que toda la provincia había concurrido al pueblo de San José. El General había salido á caza; cuando volvió fueron á visitarlo muchos de los que habían concurrido á la fiesta. Por sus comedias tienen formada una idea de un general, muy superior á la que sólemos concebir nosotros; y esto les estimulaba más á ver un hombre que ellos miraban superior á los demás y casi igual al Rey de España. Cuando ellos hallaron al general Álava afable, obsequioso y que trataba con ellos, y que hablaba por medio de intérprete con la mayor afabilidad, quedaban absortos de admiración y le iban cobrando singular afecto. Para

obsequiarlo bailaron minuets, contradanzas y todos los bailes de la tierra: el *sacatito*, que es una especie de fandango; el *cundiman*, en que dos mujeres cantan y bailan alternativamente en un tono agradable y muy armonioso; los *panaderos*, baile divertido por su canto y por los ademanes que se hacen al imitar el oficio que da su nombre al baile; el *comintang* y el *talindao*. Este baile consiste en menear manos y brazos y casi todo el cuerpo con compás al son de la música; la una persona de las que bailan quiere ver la cara de la otra estando por detrás, alargando la cabeza por los lados: como cada uno debe seguir el compás, y los meneos de la cabeza son en sentido contrario, nunca puede conseguir lo que pretende. Dicen que este baile es muy indecente cuando lo bailan los indios en sus casas; pero delante de los Padres no hacen cosa que pase de los límites de la modestia.

Mientras duraban estos bailes nuestros marinos se pusieron á hablar con las mujeres; y como habían acudido á la fiesta los Padres de los pueblos inmediatos y el alcalde mayor, que sabía el idioma tagalog, tenían bastantes intérpretes para seguir cada uno una conversación tirada. Enseñados á la esquivaz que habían visto en las indias de las cercanías de Manila y Cavite, les admiraba la sencillez de aquellas gentes, que les hablaban con desembarazo, pero sin descoco; respondían á todas sus preguntas con afabilidad y trataban con ellos con aquella modestia y libertad con que trata con su padre una hija. Las indias se admiraban de la modestia de los marinos: nos decían que otros españoles que ellas habían visto eran más bellacos, que al instante las decían palabras malas y hacían algunas liviandades, y que éstos, siendo unos caballeros, no sólo trataban con

ellas con afabilidad, sino con la mayor limpieza. Nosotros les respondíamos que, entre los españoles, los más nobles se preciaban más de cristianos, y que lo que veían en otros españoles dependía de que no habían tenido crianza en sus casas de muchachos. Sin injuriar mucho á nuestros marinos se podía asegurar que alguno de ellos no tanto se manifestaba modesto por virtud como por la respetable compañía en que se hallaba; sin embargo, nos valíamos de su recato para destruir el mal ejemplo que habían dado otros á los indios.

El día 2 se celebró la fiesta de San José con misa, procesión y sermón. Á las ocho de la mañana bajamos todos á la iglesia, sacamos al Santo y lo llevamos en procesión por el patio; después se empezó la misa. Para el sermón faltaba el predicador, que no había podido concurrir á la fiesta porque se había enfermado; pero como los párrocos de Filipinas estamos habituados á predicar todos los domingos, no tuve inconveniente en subir al púlpito y decir el panegirico de San José. Á todas estas funciones asistieron el General y todos los marinos con mucha devoción, lo que edificó mucho á los naturales. Después de la misa salió la comedia, hasta que se hizo hora de salir á paseo por la tarde. Acabamos de ver el pueblo y su terreno, y no hallamos cosa alguna de notarse sobre lo que habíamos visto en Lipa, que se asemeja á San José en el terreno, producciones, temperamento y habitantes, excepto en el número de éstos, que es mayor, pues San José sólo tiene 800 tributos. La iglesia y casa parroquial no son tan buenas, porque hace poco tiempo que se fundó este pueblo, y la fábrica de estos edificios es obra de muchos años. El pueblo está colocado en un hermoso sitio, desde donde se descubre la mar y la isla de Mindoro; por

la ensenada de Batangas ofrece también á los pasajeros mucha comodidad, porque está en el camino real, y si no se hubiera fundado en este lugar, era preciso que quedase un grande desierto para ir á los pueblos de la playa; sólo tiene de malo el que no se puede salir de él para otro pueblo sin pasar una de aquellas encantiladas barrancas de las que se encuentran en esta provincia.





CAPÍTULO IV

EL día 3 lo teníamos destinado para ir á Batangas, y después de correr todos los pueblos de la playa, embarcarnos en Táal para ir al volcán y de allí seguir por la laguna á Tanauan para ahorrarnos la molestia de dar la vuelta por tierra. En San José nos dijeron que era impracticable nuestra derrota, porque los vientos del E. no nos permitirían ir desde Táal al volcán sin mucho trabajo por tenerlos de proa, y que era mejor ir desde San José por tierra á la laguna, y para hacer la travesía al volcán se podían tener allí

Materias que abraza el capítulo IV. — Salida de San José. — Camino á la playa de la laguna. — Embarcan los expedicionarios. — Á qué se asemeja la laguna de Bombón. — La isleta del volcán. — Subida al borde del gran cráter. — Una idea aproximada de la cavidad del cráter. — Accidente en la laguna. — El volcán por fuera. — Reparos á Mr. Buffón. — Opinión del P. Zúñiga acerca de las erupciones del volcán de Táal. — Hácese una curiosa cita tomada de las *Conquistas de Fr. Gaspar de San Agustín*. — Otra cita, que lleva la firma de Fr. Francisco Pingarrón. — Breve relato de las más importantes erupciones. — Extráctase el M. S. inédito, tan consultado por algunos hombres de ciencia, del P. Buencuchillo. — Siguen los reparos á Mr. Buffón. — Parecer del P. Zúñiga acerca del fuego bajo la superficie terrestre. — Vuelta á las canoas ó barcas. — Dirígense á Táal. — El Pansipit. — Pescados que se

embarcaciones, mandándolas venir desde Táal al sitio donde debíamos embarcarnos. Siguiendo este derrotero, salimos á caballo por la mañana muy temprano, y dejando á la izquierda el monte Macólot, en dos horas avistamos la laguna junto á su falda. Era necesario bajar una grande cuesta para ponernos en el pie de la laguna; y como estábamos acostumbrados á las barrancas encantiladas del camino, empezamos á bajarla á caballo; pero aun no habíamos andado cuatro pasos, cuando fué preciso echar pie á tierra y bajar aquel profundo derrumbadero sosteniéndonos de las ramas de varios arbustos que hallábamnos en el camino. En esta grande cuesta es donde se percibe bien lo alto del terreno de Lipa y San José, que no se nota cuando se camina, porque se va subiendo insensiblemente, pues se baja en ella una milla de camino casi perpendicularmente por un derrumbadero que no parece obra de la naturaleza, sino un trastorno grande acaecido por algún formidable terremoto.

Llegados á la playa, encontramos á los principales de Táal, que habían venido con muchas *banquillas* para acompañarnos y conducirnos al volcán. Traían un bote de una construcción tan extravagante y tan cargado de madera en sus obras exteriores, que estaba muy expuesto á zozobrar si se levantaban grandes olas; sin embargo, como ofrecía más comodidad que las *canoas* de los indios, nos embarcamos casi todos en él. Al llegar á la mitad del camino empezó á soplar la brisa con bastante fuerza; el piloto nos en-

crian en este río.—La pesca del tongmalogco: originalísima.—Los productos de la pesca destinanse á las necesidades del pueblo.—Río abajo: el Pansipit es el más bello del globo.—Cuatro palabras en recuerdo de Salcedo, Goyti y Gabriel de Rivera.—El santuario de Caysásay.—De Caysásay á Táal.—Escalera famosa.—Recebimiento en Táal.—Los expedicionarios llegan al convento, donde se hospedan.—La contradanza.—Siempre hay niñas bien instruidas en este baile.

cajó dos olas en el bote, y fué preciso que el General tomara el timón y gobernase. Enfrentamos luego con unos islotes que teníamos al E., en medio de la laguna, y nos guarecieron del viento por un rato, hasta que, rebasados, experimentamos segunda vez su violencia; pero como estaba ya cerca la isla donde está el volcán, salimos en breve del peligro, y, resguardados de una pequeña punta, saltamos en tierra con facilidad.

La laguna de Bombón tiene como 15 leguas de circuito; está toda ella rodeada de montes altos y se asemeja á una grande caldera llena de agua, cuyos bordes se elevan mucho sobre ella, por cuya causa los indios la llaman *Bombón*, que es un vaso de caña largo y estrecho. En medio de esta laguna hay una isleta que tendrá tres leguas de bojeo, y parece que representa un monte que se ha hundido en tierra hasta su mitad. En la cima de este monte está el volcán objeto de nuestro viaje. Los indios no tienen vocablo en su lengua para explicar este fenómeno, y así llaman á todo aquel conjunto *Polo*, que quiere decir isla, nombre que le debían dar aunque no hubiese volcán en ella. Esta isla es donde nosotros desembarcamos, y luego empezamos á subir á la cumbre por un camino que nos mostraban los indios, haciendo nudos en una hierba más alta que un hombre, llamada *cogón*, en los sitios donde se hallaba, para que no nos extraviásemos del rumbo, porque no había camino ni sendero alguno abierto. En media hora nos pusimos en la cima del monte; y como llevábamos el paso bastante apresurado, creo que su distancia desde la flor del agua será de media legua. No es fácil explicar lo que nos sorprendió á todos la vista del volcán; pues aunque habíamos oído hablar de él: á los que lo habían visto, no habíamos formado

idea alguna que nos representase el trastorno de la naturaleza que veíamos en sus ruinas. Creíamos encontrar una sima profunda, donde entrase tan poca luz que apenas nos permitiría registrar lo que había dentro, cuando vimos un boquerón de más de una legua de circunferencia y abajo una laguna de poco menos, por estar todos sus bordes cortados como con un cuchillo y dirigidos casi perpendicularmente desde la cima hasta el agua, que era verdinegra y daba señales de estar impregnada de partículas sulfúreas y nitrosas. Acaso nos engañaba la vista con la diversidad del reflejo de la luz: á otros les ha parecido de diverso color en otras ocasiones por la refracción de los rayos del sol en las nubes, que puede causar mucha mutación en los colores.

El que quiera formarse una idea de este volcán, figúrese que á un monte se le quita la cumbre por el sitio donde tiene una legua de bojeo, y que desde allí se cava un pozo profundo de la misma extensión hasta el nivel del agua y se profundiza más adentro hasta que el pozo quede hecho una laguna; añada á esto que las paredes del pozo están quemadas y con algunas canales, por donde se conoce que ha salido la lava hirviendo, y comprenderá lo que es el volcán de Táal. Esta laguna del volcán no hay duda de que está al nivel de la laguna de Bombón; y si se hace juicio por ésta de su profundidad, es insondable, pues las mayores sondalezas no han alcanzado á su fondo; pero los fondos de una y otra pueden tener diferentes profundidades. Como las paredes no son enteramente perpendiculares, no podíamos ver la flor del agua que estaba frente de nosotros; mandamos que tirasen grandes piedras á cierta distancia para ver la conmoción que hacían en la laguna; las veíamos caer, dando saltos por las paredes, pero es

tal la profundidad, que al llegar al agua no sentíamos su explosión. Este volcán parece terrible, no tanto por lo que es, como por lo que manifiesta que ha sido; sólo el considerar la tierra que ha sacado del centro del monte y su cima nos llenaba de admiración. Visto el volcán, reparamos en los montes que lo circundan: todos están cortados como con navaja, en particular el Macólot, que está más cerca; tiene el un tercio cortado perpendicularmente, y lo restante excesivamente más pendiente que la falda que mira al otro lado. Todo esto nos hacía creer que algún terremoto había hundido en tiempos antiguos el monte del volcán hasta la mitad, y formado la gran laguna de Bombón, y que las isletas que se hallan en el medio eran otras tantas cumbres de montes que no se elevaban tanto como la isla principal.

Cuando examinábamos estos montes, vimos que una banquilla de las que venían con nosotros había zozobrado en medio de la laguna; nos desazonó bastante este accidente, porque decían los indios que Echarre y Castañón se habían embarcado en ella; pero no tardamos en salir del susto, porque llegaron luego estos oficiales y nos contaron que efectivamente se habían embarcado en aquella canoa, y que viendo que era pequeña pidieron á los indios que los transbordasen á otra mayor; pero ellos, pensando que eran mozos de servicio, porque se habían quitado el uniforme para bajar la cuesta, no les hacían caso, hasta que un criado les dijo que eran oficiales, y entonces fueron á sacarlos y embarcarlos en otra canoa mayor. Cuando llegamos á Táal solicitamos por la banquilla que había naufragado, y nos dijeron que, habiéndose llenado de agua, salieron los indios de ella, y, agarrados á sus bordes, se mantuvieron hasta que amainó el viento, y achicando entonces su canoa

prosiguieron su viaje hasta la costa, adonde llegaron muertos de frío y de necesidad.

No teniendo más que ver en el volcán, empezamos á bajar despacio para examinar bien aquel terreno: hallamos que la lava había formado una especie de argamasa muy dura y dos dedos de gruesa sobre todo el monte. Las aguas, corriendo sobre ella, habían formado varios surcos, deshaciéndola enteramente y descubriendo el verdadero suelo del monte, que es arenisco y produce bien la hierba que dije arriba, llamada cogón, con la cual se mantienen los venados y vacas que hay en esta isla. Á la mitad del monte pasamos un arroyo sin agua, estrecho y una braza de profundo, que en otro tiempo había sido madre de la lava que despidió el volcán ó de algún arroyo que bajaba de su cima. Á la falda, cerca de la laguna, se encontraban muchas piedras pómez, de color de azufre y de herrumbre de hierro. El agua de esta laguna es algo salada y de un gusto amargo, que proviene sin duda del terreno; pues habiendo hecho muchos pozos en la playa, todos tenían el mismo sabor. Como el viento no amainaba y picaba el sol, porque era mediodía, nos refugiamos á la sombra de dos arbolitos que había encima de un ribazo, donde notamos que la tierra estaba quemada y penetrada del fuego; socavamos un pedazo, y lo mismo hallamos en el interior: de modo que nos persuadimos á que toda la isla entera había sido cocida del grande ardor del volcán, desde su cima hasta la flor del agua. Mr. Buffón, llevado del empeño de alejar el fuego del centro de la tierra, dice que los volcanes jamás se extienden á más abajo de la mitad de la cima de los montes; pero aquí no se puede negar que llegaba en otro tiempo hasta la superficie del agua. Es verdad que nos puede responder que habiéndose

sumergido este monte hasta la mitad, de que hay bastantes señales, siempre queda en pie su proposición; pero esta respuesta no satisface, como veremos después.

Á la sombra de aquellos árboles nos entreteníamos en hablar de los diversos objetos que teníamos á la vista, capaces de causar conmoción al corazón más insensible; éramos todos de parecer que el volcán estaba ya en un estado que no podía vomitar fuego ni hacer estrago alguno; los indios nos decían que aun se veía muchas veces humos y otras llamadas; yo jamás he visto más que una columna como de humo, que podía ser muy bien el vapor de las aguas del volcán, elevado por el calor natural de los rayos del sol, sin que tuviese parte en él ningún fuego subterráneo. La ignorancia de filosofía natural es causa de que los indios finjan en su fantasía, no sólo erupciones imaginadas, sino mil especies de visiones, voces, aullidos y otros prodigios que dicen se ven en él, y lo cuentan á sus nietos por cosa cierta, obligándoles cuando pasan por delante á pedir licencia al *Nono*, que significa abuelo, que dicen lo está custodiando. Dejando todas las patrañas que nos contaron los naturales, sólo referiré las erupciones verdaderas de este volcán. El primero que habló de él fué Fr. Gaspar de San Agustín, Agustino calzado, en su historia de Filipinas, impresa en Madrid el año de 1698, donde dice lo siguiente:

«Fundó Convento en el Pueblo de Taal, jurisdicción de Balayán, que está catorce leguas del Puerto de Cavite, saliendo al Mar de la Baía de Manila, á mano izquierda, donde está vna ensenada, que tendrá tres leguas en contorno, en que desemboca vna gran Laguna de agua salada, que llaman de Bombón, tan profunda, que por muchas partes no la han podido

sondar, y tendrá mas de treinta leguas de circuito, y en ella se cogen buenos Atunes, aunque no tan buenos como los de España. En esta Laguna está el Pueblo de Taal, donde se fundó Casa, é Iglesia, con la advocacion de San Martin Obispo, fabrica muy fuerte, por ser toda de piedra. Antiguamente fué Pueblo de mucha gente;...

.....

»Ay en esta Laguna de Bombón vna Isleta, en que estaba vn Volcán de fuego, que algunas vezes solia arrojar de si muchas, y muy grandes piedras encendidas, que destruían, y talaban muchas sementeras que los naturales de Taal tenian en la falda de dicho Volcán, en que sembraban algodón, camotes y otras semillas. Tambien les acontecia, que si acaso llegaban á esta Isla tres personas juntas, se auia de quedar la vna, y morir en ella, sin poder saber la causa, ni la enfermedad de que adolecían; dieron aviso de esto al Padre Fray Augustin de Alburquerque; el qual, despues de aver pedido á Dios en muy larga Oracion, se apiadasse de los naturales de aquellos Pueblos, quitandoles aquel trabajo fatal, fue á la dicha Isleta, y despues de averla primero exorcizado, y bendecido con las ordinarias bendiciones de la Iglesia; y de aver hecho vna devota procession, dixo Missa, lleno de humildad, y confiança en Dios; y al mismo tiempo que levantó la Hostia Sacrosanta de aquel incruento Sacrificio, se oyeron horrorosos estrepitos, y ruido, acompañado de voces, gemidos, y tristes lamentos, y se hundió ázia dentro la cumbre del Volcan; el qual quedó con dos bocas, la vna de azufre, y la otra de agua verde, que está siempre hirviendo; á cuyo sitio acuden aora muchos Venados, que se ván á los salitrales, que ay al rededor del lago, que haze el Volcán. La boca que mira al Pueblo de Lipa tiene de anchura

mas de vn quarto de legua; y por la otra, que es menor, passado algun tiempo, empezó el Volcán á humear tanto, que rezelosos los naturales de alguna nueva fatalidad, acudieron al Padre Fray Bartolomé de Alcantara, que era Ministro de aquel Pueblo; el qual hizo otra semejante procession, y dixo segunda vez Missa, y desde entonces no ha buuelto el Volcán á echar fuego, ni humo; si bien, se oían temerosas voces, y gemidos, y algunos truenos, á que ocurriendo el Padre Fray Thomás de Abreu, Ministro de Taal, hizo subir vna Cruz muy grande hasta la misma cumbre del Volcán, que llevaron mas de quatrocientos hombres, por ser de vna pesada madera, llamada Anivion; y despues que la colocaron en ella, no solamente no ha hecho daño alguno el Volcán, sino que la Isleta ha buuelto en su fertilidad antigua.»

El Padre de Táal nos enseñó otra erupción acaecida el año 1716, la cual estaba escrita en un libro en que los Religiosos trasladan los decretos de sus superiores, que decía así: «Á 24 de Setiembre de 1716, á las 6 de la tarde, siendo Alcalde Mayor Andrés Mercado, y Prior de aquí Fr. Francisco Pingarrón, se oyeron en el aire muchos tiros que parecían de artillería, y que venían de hacia Manila, y á poco rato se divisó el fuego que reventó el volcán, que está en la Isla de la laguna de Bombón, de la parte que mira al pueblo de Lipa en una punta que llaman Calavite, que parecía arder toda la punta. Después fué dicho fuego introduciéndose por dentro á la laguna en distrito de 3 leguas en derechura al monte que llaman Macólot, despidiendo agua y ceniza en grandísimos borbollones, como torres que se levantaban en el aire, que daba muchísimo miedo el verlo, porque también causaba al mismo tiempo grandes temblores de tierra, alborotándose dicha laguna, cu-

ya agua hacía grandísimas olas, que daban en la playa, que parecía un gran *baguio* ó huracán; azotaban enfrente de este convento, y robaron diez brazas de tierra de estas playas, sobre que se temió que peligrase el edificio, que era de cal y canto. Y de esta forma perseveró el día jueves, viernes, sábado, hasta el domingo, en que se acabó de consumir toda la materia combustible de nitro, azufre, etc., que ocasionaba el fuego; y con esto mató todo pexe chico y grande, que arrojó á la playa el tumbo del agua, como si lo hubieran cocido, por haberse calentado el agua como en un caldero hirviendo, con tan mal olor azufrado, que apestaba los pueblos que circundan á dicha laguna. El día domingo salió el sol y llovió con muchos truenos, relámpagos y algunos rayos que cayeron; y el agua de dicha laguna estaba negra que parecía tinta, y todo causaba grandísimo terror, hasta que en dicho día domingo fué Dios servido por su infinita misericordia de que serenase el tiempo, quedando sólo el mal olor del azufre y de tanto pexe muerto. Su Divina Majestad se apiade de nosotros y nos dé la gracia.»—Firma, *Fr. Francisco Pingarrón*.

Otra erupción hubo por el mes de Diciembre de 1754, siendo Alcalde mayor D. José Augusto, y Prior Fr. Martín Aguirre: reventó el volcán más furiosamente que nunca, porque el ruido era como una batalla muy grande, los terremotos espantosísimos y la obscuridad de la atmósfera tal, que puesta la mano delante de los ojos no se veía; la ceniza que arrojaba y la arena muerta era tanta, que cubrió todos los tejados y calles de Manila, con ser que dista unas veinte leguas, y pasó más allá. Las piedras, humo espeso y fuego que vomitaba con grandísimo ímpetu era increíble y alcanzaban á muchas leguas de distancia. Hervía á borbollones el agua de aquella laguna; sa-

lian ríos de azufre y de betún derretido que abrasaron la tierra de Bombón, y se quedó bien cocido todo el pescado, que se compone de caimanes, tiburones, atunes y sábalos, los cuales arrojó la resaca á la playa é inficionaron el aire. Los truenos subterráneos y de la atmósfera aseguran que se oyeron á trescientas leguas, y en todas estas provincias circunvecinas cayó mucha ceniza, especialmente en la de Tondo, Bulacán y Pampanga, porque era favorable el viento y la llevaba hacia allá. En Cavite se comía con candelas encendidas al mediodía. Toda la gente andaba atónita, pidiendo confesión á gritos, y duró esta calamidad por ocho días cabales, y quedaron aniquilados los pueblos de Salá, Tanauan, Lipa y Táal: de suerte que fué menester fundarlos en otros sitios más distantes del volcán. Balayán y los de aquel rumbo padecieron mucho. Esta relación está sacada de otra más difusa que escribió el P. Buencuchillo, del Orden de San Agustín, que se hallaba de párroco en uno de los pueblos que quedaron arruinados.

De estas erupciones de que ya yo tenía noticia y les contaba á mis compañeros, inferíamos todos que lo que dice Mr. Buffón de los volcanes es falso. Aun suponiendo que el monte en que está el volcán se haya hundido, es preciso prolongar su fuego á una profundidad mayor que el monte elevado otro tanto sobre la superficie de la tierra. Consta, por la relación de los Padres escritores de estas erupciones y testigos de vista, que todo el pescado de la laguna fué cocido, y que el agua hirvió como si la calentaran al fuego en un caldero; las llamas que salían del volcán no podían hacer hervir una laguna de quince leguas de circuito y de una profundidad insensible: debemos creer que el fuego estaba dentro de la tierra, en el fondo de la laguna: figurémonos á ésta como una

caldera colocada sobre un gran horno de fuego, cuya chimenea era el volcán, y sólo de este modo podremos explicar los efectos que produjo el volcán cuando hizo hervir el agua de la laguna.

Resolvimos el embarcarnos al instante; pero algunos prefirieron las canoas de los indios al mal bote en que habíamos navegado por la mañana; los demás nos embarcamos en el bote con el General, que fué gobernando el timón, y en una hora nos puso en el pueblo viejo de Táal, nos metió dentro del río que va para el pueblo nuevo, y nos vimos, con mucha satisfacción nuestra, libres de todo riesgo y del miedo que nos causaban las grandes olas que se levantaban en aquella laguna.

El pueblo viejo nada tenía que notar, porque como las casas de los naturales son de caña ó madera, nada había quedado de ellas; la iglesia y convento, que eran los únicos edificios que había de cal y canto, quedaron sumergidos en la arena hasta el piso, y lo restante estaba cubierto de árboles y malezas que habían crecido en ellos. Mejor nos fué dentro del río que sale de la laguna, porque el Padre de Táal, fray Gabriel Rodríguez, nos estaba esperando con una comida muy abundante y muy buena en una casa que hay desierta á la orilla y que sólo sirve para si alguno quiere ir allí á vacaciones y para que se recojan los que van á la pesca de los atunes, que se hace en este sitio que llaman Pansipit. Los españoles confunden los géneros de pescado de la laguna de Bombón y los llaman con el nombre de atún; pero es preciso distinguirlos, porque son muy diferentes entre sí: el uno es enteramente semejante al atún de España, y no hay cosa particular en el modo de pescarlo; el otro se parece al salmón en su tamaño, color de su carne, en su substancia y en el sabor, y sólo se dife-

rencia de él en que tiene dos espinas que le pasan por cada lomo desde la cabeza hasta la cola, las cuales tienen varias ramificaciones que se esparcen por el cuerpo; y es preciso comerlo con cuidado, porque se expone uno á que se le atravesase alguna espina en la garganta, lo que no es difícil, porque lo cortan muy mal para salarlo. Se hacen unas sajaduras por el medio, cortando la espina larga en muchos pedazos; y como las cortaduras deben ser espesas para que se sale bien, quedan los pedazos de espina muy cortados, y si no se tiene cuidado de buscarlas, es factible que se pase alguna y produzca malos efectos en la garganta. Este modo de salar este pescado hace también que dure poco tiempo con aquel gusto sustancioso y agradable que le es natural. Si lo cortaran en lonjas de arriba abajo, y lo pusieran en salmuera en barriles, como se practica en España con el salmón, no tendríamos que envidiar á nuestra Península este rico pescado.

El modo que practican los indios en su pesca es muy raro y digno de notarse: atraviesan el río con un enrejado de caña; cuando ven que los pescados empiezan á bajar por la mar, más arriba, á corta distancia, están ellos en una balsa de cañas que atraviesa todo el río; el pescado, que encuentra el enrejado, salta para atrás, y por eso los naturales llaman á este pescado *longmalogco*, que quiere decir pescado que salta, y se encaja incautamente encima de la balsa, donde no hay más que cogerlo; algunos de ellos dan un salto tan grande, que pueden salvar la balsa y zambullirse en el río de la otra banda. Para obviar este inconveniente hay hombres con varales en las manos, y el pescado que da un grande salto, lo atajan en la carrera de un varalazo, y así se puede decir que los indios pescan á palos este rico pescado. Anti-

guamente no tenía dueño esta pesquería; cada cual ponía su corral en el sitio que le parecía; y como unos lugares eran más preferidos que otros, continuamente había riñas mientras duraba el tiempo de la pesca, que principalmente se hace en los meses de Febrero y Marzo. Llegaron estas peticiones á la Real Audiencia, la cual decretó que la pesca se hiciese por el común del pueblo y que su producto se guardase en una caja de tres llaves para ocurrir á las necesidades del común. La mejor parte de la pesca va ahora á parar al capitán y oficiales, pero el pueblo se utiliza también bastante, porque se les vende á real cada salmón, que es un precio muy barato, pues salado se suele vender en Manila á seis reales ó á peso.

Después de comer bajamos por aquel río, que es el más delicioso de las Islas, porque parece un canal hecho á mano más que un río abierto por la naturaleza. Antiguamente tenía una madre muy ancha, que hasta ahora se percibe entre dos montañas pequeñas; cuando se reventó el volcán se terraplenó sin duda toda la madre del río, y éste abrió por el medio un paso de veinte varas de ancho, derecho y poco corriente, dejando terraplenadas sus dos orillas á corta distancia de las dos montañas de las arenas del volcán. Esta tierra está muy bien cultivada; hay en ella muchos árboles, y abunda tanto la caza, que desde las embarcaciones se mataron algunas piezas; y divertidos con este ejercicio y lo frondoso del terreno, nos hallamos casi insensiblemente, antes de anocheecer, en el santuario de Caysásay, que está á la orilla del río, cerca de donde éste entra en la mar. Por este río subió Juan de Salcedo, nieto de Legazpi, conquistador de Filipinas, cuando lo envió su abuelo en compañía del maestro de campo Martín de Goyti á la conquista de Manila. No lo recibieron de paz los natura-

les de Táal: le presentaron batalla; pero en breve los hizo huir con sus mosquetes; y queriendo aún perseguirlos con el fin de hablar con ellos y pacificarlos, lo hirieron con una flecha en la rodilla; y no pudiendo detenerse más, se bajó por el mismo río y prosiguió á Manila, á juntarse con el Maestre de campo. Después conquistó toda la provincia Gabriel de Rivera, á quien el Rey concedió el título de Mariscal de la Laguna de Bombón.

Desembarcamos junto al santuario de Caysásay, que es el principio del pueblo, donde nos estaba esperando un grueso numero de gente con las mismas demostraciones de regocijo con que habian recibido al General en todas partes. Aquí el recibimiento fué más ostentoso, por ser el pueblo mayor y más rico de la provincia. Desde este sitio al convento, que está á la otra extremidad del pueblo, hay que subir una grande cuesta: empieza por una escalera muy cómoda y de una subida muy suave, no obstante que tiene más de cien escalones; sigue después una calzada ó calle con algún declive, pero poco molesto; se encuentra á su fin la *casa real*, que es de tabla, y un camarín de piedra donde los niños aprenden á leer y escribir, y, pasando una plazuela, en el frente se encuentra la iglesia, y pegado á ella el convento ó casa parroquial. Todo este camino lo anduvimos acompañados de instrumentos músicos y de la innumerable gente del pueblo que había salido á recibirnos. Iban por delante ocho niñas vestidas á la española ricamente, bailando una contradanza que gobernaba otra niña algo mayor, que hacía de *capitana* y llevaba como por insignia un sombrero de tres picos con plumaje. Seguían dos coros de doncellas bien vestidas á la usanza del país, llenas de cadenas y rosarios de oro, con banderas en las manos. Detrás de

éstas, las hijas de los principales formaban un arco con unas varas de caña que llevaban en las manos y estaban encorvadas por el medio, formando una especie de bóveda muy hermosa. A las cañas, raspándolas con una navaja, les habían sacado unas barbas largas, las cuales, teñidas de varios colores, representaban mayor hermosura que la que tenían en realidad; eran muy largas estas cañas, y cada extremidad estaba agarrada por una doncella, dejando ámbito suficiente para que el General y los que iban á sus lados pudiesen ir cómodamente debajo del arco. Detrás de esta especie de procesión iba un número infinito de gente que había concurrido á la novedad.

Con todo este aparato nos condujeron al convento, donde nos hospedamos; porque como en esta tierra no hay posadas, ni casas decentes donde se puedan acomodar las personas de distinción, los religiosos, no sólo á un general, sino á cualquiera español decente, lo convidan en el convento y ejercen gustosamente esta necesaria hospitalidad. Luego que llegamos bailaron las niñas una contradanza muy armoniosa, cantando á veces un cántico de la tierra bastante dulce y regular. Á estas niñas se las enseña esta contradanza; y cuando algunas de ellas se van haciendo grandes, se instruyen otras tantas, y nunca faltan en el pueblo suficientes bailarinas para hacer una contradanza de repente en los casos que se puedan ofrecer. En este concurso conocimos muchas gentes de las que habíamos visto en San José; ellas también conocieron á nuestros marinos y les dieron las mismas muestras de afabilidad y sencillez que les habían dado los días antes. Después de cenar nos recogimos temprano, porque estábamos cansados.





CAPÍTULO V

EL día 4 por la mañana dije yo misa en el santuario de Caysásay, á la que asistieron el General y sus compañeros, y después examinamos aquel santuario y pasamos al pueblo. El santuario de Caysásay está á la falda de la cuesta en que está colocado el pueblo de Táal, en una pequeña llanada que hay entre la cuesta y el río que baja de la laguna. Tiene un convento, pero no lo habitan los religiosos, y sólo sirve para los que quieren retirarse algunos días del bullicio del mundo y entregarse á Dios, práctica que se suele ejercer todos los años por diez días, que llama-

Materias que abraza el capítulo V.—Misa en el santuario de Caysásay.—Situación y descripción del santuario.—Particularidad del tabernáculo.—Dónde fué hallada la imagen.—Credulidad de los indios.—Aspecto del pueblo de Táal.—Su convento y su iglesia.—Ésta es pequeña para pueblo tan numeroso.—Crecimiento de la población.—Reparos al P. San Agustín.—El terreno de Táal.—Sus producciones.—El algodón: el de almohadas y el textil.—Las cebollas.—Por qué hay tantos traficantes y tejedores en Táal.—Tejidos principales.—La ensenada de Balayán.—Balayán.—Las haciendas de Liang y Nasugbú.—Sus principales producciones.—Situación de la iglesia y el convento de Balayán.—Digresión acerca de las depredaciones de los piratas malayo-mahometanos en la ensenada de Balayán.—Los taaleños se obstinan en obsequiar con una comedia al General.—Éste les com-

mos «ejercicios». La iglesia es pequeña, pero pulida; porque tiene su crucero, y en medio de él, una media naranja con ventanas que la hermocean mucho y le dan mucha claridad. Detrás del altar mayor está la sacristía, y encima de ella un camarín para la Virgen, adonde suben los fieles por una escalera pequeña á adorar á la Virgen, que está en medio del altar mayor, donde hay un águila de medio relieve, cuya barriga está abierta para servir de tabernáculo á la Señora; idea bien extravagante, pero que encantaba á los españoles de Filipinas del siglo pasado. Esta imagen de la Virgen tiene fama de muy milagrosa, y los indios acuden todos los sábados de todas partes á oír misa en este santuario. Se encontró en la mar, estando unos indios pescando, y salió en el *chinchorro*, entre el pescado, hace ya cerca de doscientos años; sin duda estaba en algún barco que naufragó, y las corrientes la echaron á la costa, donde se encontró del modo referido. Los indios, naturalmente crédulos y supersticiosos, cuentan que se aparecía después en unos árboles, y en memoria de una de estas apariciones se fabricó un arco que las representa, á corta distancia de donde está ahora el santuario, que no se colocó en aquel sitio por no haber su-

place en parte.—Salida de Táal para Bauang.—El camino.—Los indios de Bauang reciben á los expedicionarios.—El pueblo.—De Bauang á Batangas.—Recibimiento que se les hace al General y sus acompañantes.—Panorama que se descubre desde las torres de Bauang y Batangas.—El Hánao-hánao.—Producciones de los campos de ambos pueblos.—Los habitantes.—Los de Bauang difieren en lo económicos: llámaseles por esto «los gallegos».—Los conventos é iglesias de Batangas y Bauang.—Campana monumental.—Nueva digresión acerca de los piratas.—Las cottas.—Una observación de Solórzano Pereira.—Disensiones entre párrocos y alcaldes sobre á quién de ellos correspondía el gobierno de las cottas.—Pierden el pleito los párrocos.—Consecuencias: grandes abusos.—Punta Azufre.—La isla de Maricabán.—Riquezas de ésta y del monte Hánao-hánao, que por miedo á los moros no aprovechan los indios.—Las antiguas vintas.—Sus desventajas.—Nuevas noticias acerca de la situación de Batangas.—El río Calumpang.—El monte de Batangas.—Sus producciones.—¿Hay en él minas de oro?

ficiente lugar para edificar la iglesia, á causa de dos colinas que no dejan más espacio que el que ocupa el arco, y un arroyo que está pegado á él. Yo creo muy poco lo que dicen los indios sobre apariciones y milagros, y así, cuando imprimí la historia y novena de la Virgen de Buensuceso, que se venera en mi pueblo de Parañaque, y tiene fama de milagrosa, al llegar á su invención y milagros, nada me atreví á poner en mi nombre, y, citando al autor de la crónica agustiniana, trasladé al pie de la letra lo que dice sobre esta imagen, sin querer salir fiador de su relación.

Del santuario fuimos al pueblo: hallamos en él muchas casas de tabla, que denotaban que sus moradores son más ricos que los de los otros pueblos por donde habíamos pasado; el terreno en que están puestas las casas es muy desigual, por lo cual, visto el pueblo desde el convento, que está en lugar más elevado que él, ofrece una vista pintoresca y extraordinaria. Unas casas se ven todas enteras, otras la mitad no más, y de algunas, sólo el caballete del tejado es el que se descubre. En otras partes hay pocas casas dentro del pueblo, porque las más de las gentes viven en la sementera, donde tienen sus huertas y sembrados. En Táal hay pocas sementeras respecto á su población: los más se sustentan de su comercio y sus tejidos, viven dentro del pueblo, y, por consiguiente, las casas que hay en él deben ser muchas, no sólo por su grande población, sino también por el oficio en que se ocupan. Se puede asegurar que hay en aquel recinto más de mil casas, todas las cuales, más ó menos, se ven desde el convento por la desigualdad del terreno—como queda dicho;—y cuando uno dirige la vista hacia ellas, parece que ve un grande nacimiento semejante á el que en algunas casas se suele poner la noche de Natividad.

La casa parroquial es de teja y piedra, y lo mismo la iglesia: ésta era semejante á las demás: un cuadrilongo con su sacristía detrás del altar mayor. Hace poco tiempo que le hicieron crucero, tomaron muy mal las dimensiones, y lo hicieron tan estrecho y largo, que parece que le han sacado dos medios brazos á los costados, y hace una figura muy mala; en lo demás, la iglesia es bastante buena y grande, aunque si se compara con la multitud de los feligreses es muy pequeña, pues se administran en esta iglesia 2.700 tributos, que componen más de 14.000 almas. Cuando yo fui la primera vez á este pueblo, diez años antes, apenas tenía 2.000 tributos: y por aquí se puede inferir lo que se aumentan estos isleños. Fray Gaspar dice que Táal fué antiguamente muy grande y que iba disminuyendo; pero este autor merece poco crédito en este punto: empeñado en exagerar las acciones de los héroes que celebra, da á los pueblos mucha más gente que la que tenían en tiempo de la Conquista; pues no debemos creer la población que él refiere á bulto, cuando teníamos pruebas auténticas de que los indios crecen considerablemente. De los pueblos de la Laguna, de Cainta, Taytay y los de esta provincia, se puede asegurar que se han duplicado desde el año de 1735 hasta el presente, como se puede probar haciendo el cotejo con la numeración que trae la historia franciscana que sacó de la contaduría, y la que anualmente remiten ahora los párrocos, y, sin embargo, tienen al presente menos gente todos estos pueblos que la que les da Fr. Gaspar en el tiempo de su conquista, no contándolos, como ahora se hace, por los padrones, sino al poco más ó menos; cuenta que las más veces sale muy errada. ¿Qué motivo podía haber habido para que estos indios se disminuyesen tanto á los

principios de la Conquista, cuando ahora se multiplican más que ninguna otra nación de la tierra? No hubo guerra que los matase, pues la conquista se hizo por la vía de pacificación y no de las armas: no se refieren en la historia de este país pestes ni hambres diferentes de las que se han padecido en estos tiempos; los encomendadores, si los trataban mal, no hacían más sino lo que hacen ahora los alcaldes mayores, ni los tratamientos fueron tan malos, si leemos las historias, que no se multiplicase por ellos la especie ó se dejase de conservar el individuo. ¿Cómo, pues, he de creer yo que estos mismos indios se disminuyeron entonces tan considerablemente? Más fácil me es persuadirme á que Fr. Gaspar de San Agustín quiso aumentar la gloria de los primeros conquistadores aumentando la población de sus conquistas, que no creer que los pueblos se iban disminuyendo en su población.

El terreno de Táal es quebrado; se coge mucho arroz, pero no alcanza para el sustento del pueblo, que compra mucho de los demás pueblos de la provincia y lo lleva á Táal en caballos; á veces suelen los viajeros de las provincias de Visayas ir á este pueblo con embarcaciones cargadas de arroz, que lo venden á buen precio. También se da trigo, patani, frijoles y todo lo demás que se produce en los otros pueblos, pero en menor cantidad, y sólo la cosecha de algodón y cebollas es más abundante que en otras partes. La mucha tierra ó arena que ha salido del volcán ha inundado sus campiñas, y las ha fertilizado en orden á estos dos géneros de plantas, que no requieren una tierra substanciosa, sino liviana y arenisca. El algodón es de dos especies: el uno es de un árbol bastante alto; sus ramas salen del tronco horizontalmente, y da en ellas una vaina larga y gruesa

que comen los indios cuando está verde, y dejándola sazonar, toda su medula se convierte en una pelusa muy suave. Estos pelos son cortos y delgados, no se pueden hilar y sólo sirven para hacer almohadas; los indios llaman á este árbol *algodón de Castilla*. El verdadero algodón, que en el idioma del país se llama *búlac*, es un arbolito pequeño que produce una flor blanca, matizada de encarnado: el fruto es un copo de algodón, en cuyo interior hay tres huesos como granos de pimienta, que se separan del algodón con facilidad por medio de un torno. Estos huesecillos se siembran, y al año sale el arbolito, produce el fruto y se corta ó arranca el árbol: si se le deja crecer, al año siguiente da fruta más abundante, pero el algodón sale muy áspero, por cuyo motivo la siembra se reitera todos los años. Las cebollas no dan semilla en esta tierra: para reproducirlas es preciso sembrar otras cebollas; y como sería muy costoso el sembrarlas enteras, se hace cada una cuatro ó cinco pedazos, y de cada gacho salen otras tantas cebollas, y de este modo hay para sustentarse de ellas y reproducir la especie, dejando al labrador bastante ganancia.

Como el pueblo de Táal no produce lo suficiente para el sustento de sus habitantes, se han dedicado éstos al comercio y á los tejidos. Andan sus moradores por toda la provincia recogiendo cacao, pimienta, *achoete*, que son unos granitos que se crían dentro de un erizo semejante á la castaña, y los produce un árbol mediano y muy copudo, y sirve para teñir la ropa de paxizo y para dar color á comidas, menestras y todo género de tejidos; todo lo cual lo llevan á Manila, y les deja bastante ganancia. En el pueblo se dedican las mujeres á tejer: hacen diversas telas de *abacá*, que es una especie de cáñamo que

sale de un plátano silvestre, y fabricadas se llaman *sinamay*, de que hay mucho consumo entre los indios. Fabrican también diferentes tejidos de algodón, semejantes á los de China, pero no han acertado á darles la suavidad que les dan en aquel país; son muy inferiores, y si no fuera por los pobres que los compran, porque duran más, no tendrían salida alguna estos tejidos. Sin embargo, estas manufacturas y el comercio han hecho rico este pueblo, y su opulencia sobre sus paisanos se percibe bien en sus casas y vestidos.

Desde el convento de Táal se ve perfectamente una grande ensenada que forman la isla de Maricabán y la punta de Santiago. En lo último del recodo que forma esta ensenada, á cuatro leguas de distancia, está el pueblo de Balayán, de más de 1.000 tributos y bastante rico, por tener las mejores sementeras de toda la provincia. De este pueblo dependen en lo espiritual las haciendas de Liang y Nasugbú, que están detrás de la punta de Santiago; el cura de Balayán tiene en cada una de estas haciendas un clérigo que administra á los indios que están establecidos en ellas para su cultivo. Antiguamente pertenecían las dos estancias á los Jesuítas; la de Nasugbú la vendió el Rey, después de la expulsión, á un mestizo, y la de Liang quedó con el Colegio de San José, que está gobernado por los clérigos desde que faltaron los Jesuítas, sus fundadores. Las tierras de esta hacienda producen mucho arroz, y en sus montes se crían muchas vacas, búfalos y caballos; pero siguen la suerte de todas las haciendas, y se aprovecha muy poco de ellos, porque se remontan y esparcen por los montes y desiertos grandes que hay entre la jurisdicción de Balayán y el partido de Cavite, donde se podían formar muchos pueblos y aprovecharse de

aquellas tierras, que son excelentes para arroz, trigo, cacao, pimienta y todo género de frutas y menestras, lo que no sería difícil, concediendo á los primeros pobladores reserva de tributos, polos y servicios personales, hasta tanto que tuviesen plantadas sus huertas y casas; pues en consiguiendo el que ellos se estableciesen de este modo, se podía estar seguro de que no se habían de ir, porque les da mucha lástima el dejar los árboles que han tenido el trabajo de plantar.

La iglesia y casa parroquial de Balayán están dentro de una fortaleza de piedra, para defenderlas de los moros. Hace doscientos años que los mahometanos de Joló y Mindanao están infestando estas islas con sus piraterías. El año 1749 se entregaron á sus reyezuelos las cartas del Rey de España en que los convidaba á la paz y á que recibiesen la religión católica: hiciéronla, pues, con los españoles y recibieron Jesuítas en sus reinos para que predicasen la Fe de Jesucristo, por dar gusto al Rey de España, que había tenido la atención de escribirles; pero, ó porque las paces eran fingidas, ó porque los reyes tenían poco poder para contener á sus vasallos, los Jesuítas se vieron precisados á abandonar luego sus misiones. El rey de Joló, Mahomet Alimudin, intentó pasar á Manila á hacer una visita al Gobernador; los Jesuítas temían que quedase gobernando el rey su hermano Bantilan, porque era enemigo de los cristianos. De aquí resultó que al Rey de Joló le dieron una lanzada, y los Jesuítas, recelosos de que los matasen á ellos los que no tenían respeto á su propio rey, se huyeron á Zamboanga; el mismo Sultán se huyó tras ellos y llegó á Manila á pedir socorro al Gobernador, que lo era interinamente el Sr. Arrechedera, obispo electo de Ilocos. Nuestro Gobernador

recibió al Rey de Joló con la mayor atención, y procuró que se bautizase; y como el Arzobispo de Manila se resistía á administrarle el bautismo, lo envió á Panique, primer pueblo de su Obispado, donde lo bautizó un religioso dominico el 28 de Abril de 1750.

Llegó á Manila de nuevo gobernador el Sr. Marqués de Ovando y dispuso una escuadra para restituir al Rey de Joló á su trono; salió de Manila, y en Zamboanga, por sospecha de infidelidad y por actos de religión mahometana, lo pusieron preso y lo enviaron á Manila, donde se mantuvo con diversa fortuna hasta la guerra de los ingleses, que lo restituyeron á su reino. Mientras que pasaba esto en Manila con el Rey de Joló, su hermano Bantilan, que estaba gobernando el reino, conmovió toda la morisma é hizo las mayores hostilidades que se habian ejecutado hasta entonces, no sólo en las remotas provincias de Visayas, sino en los pueblos cercanos á la capital. Entraron en este pueblo de Balayán, se estuvieron viviendo en él dos meses, y quemando después el pueblo, se hicieron á la vela cuando los acomodó. Para quedar libres de estos piratas en semejantes ocasiones, fabricaron los de Balayán una fortaleza donde pudiese estar segura la iglesia y retirarse á ella la gente en caso de invasión. Los de Táal no han hecho fortaleza para defender la iglesia, pero han elevado las paredes del patio con el fin de que se puedan acoger á él los viejos, niños y mujeres, caso que sean acometidos de los moros, y á la una extremidad del pueblo tienen un pequeño castillo con cañones, en una eminencia que domina toda la marina. Todos estos preparativos han sido poco necesarios, porque los moros, perseguidos de nuestras armadillas, no se atreven á presentarse con armadas cerca de la capital, y sólo andan escondiéndose en las en-

senadas y manglares con dos ó tres *pancos*, que son sus embarcaciones, para robar y cautivar los indios que van á sus sementeras ó á los montes en busca de maderas ú otras cosas. En medio de esta ensenada, entre los pueblos de Táal y Balayán, suelen ocultarse y matar ó cautivar algunos indios, cuyas desgracias podían remediarse formando un pueblo con su pequeña fortaleza en un sitio muy hermoso, junto á un río, que suele servir á los moros de acogida.

Enterados de todo lo que había en Táal de particular, estábamos para montar á caballo, cuando llegaron los principales con una comedia que tenían dispuesta para obsequiar al General y no habían podido representarla el día antes, porque llegamos tarde. Á nosotros nos hacía mala obra, porque teníamos que andar tres leguas aquella mañana para ir á comer al pueblo de Bauang. No quisimos disgustar enteramente á los indios, y esperamos hasta las ocho y media de la mañana para que representasen parte de la pieza que tenían preparada. Llevaban ya más de una hora de comedia, y toda ella se había gastado en preparativos, sin entrar en este tiempo en el enredo. Se les avisó de que ya era la hora de marcharnos, y entonces salió el gracioso al teatro, y les dijo muy buenas claridades á los indios, que se murieron de risa: con esto finalizó la escena, y nosotros emprendimos nuestra jornada. El sol estaba cubierto de nubes y no nos molestó mucho; el camino era bastante bueno, lleno de casas y de todo género de árboles frutales por las dos bandas; ya dentro del territorio de Bauang, pudimos observar que todas las casas estaban llenas de banderas en señal de regocijo; todo lo cual hacía esta calzada la más deliciosa de cuantas habíamos andado, y contribuía á que no sintiésemos la hora intempestiva en que había-

mos salido. Pasados un río y una barranca llamada Manhino, semejante á las que se suelen encontrar en esta provincia, encontramos la gente del pueblo que estaba en la puerta de él para recibirnos, como habían hecho en otras partes. Este pueblo está rodeado de cañas por temor á los moros; tiene dos puertas de madera encajadas en dos estribos de piedra; entramos por la una, y por la tarde salimos por la puerta que está opuesta para ir á Batangas, adonde llegamos temprano, en menos de una hora, por un camino llano y delicioso. En Batangas nos recibieron con las mismas demostraciones de regocijo que en los demás pueblos; y como llegamos temprano, pudimos ver todo lo particular que hay en este pueblo, que es al presente la cabecera de la provincia y residencia de sus alcaldes mayores.

Desde las torres de Bauang y Batangas descubrimos la ensenada donde están fundados estos dos pueblos, la cual la forma la punta de Lobó y Galbán con el monte de Hánao-hánao, y tendrá como cuatro leguas de largo. Los dos pueblos están á corta distancia de la marina, y dista el uno del otro una pequeña legua; su terreno es muy semejante, tanto en la cualidad como en el cultivo, y, por consiguiente, en sus frutos y producciones, que son arroz, algo de trigo, mangas, patani, frijoles, *cachumba*, achoete, pimienta, cacao y todo género de frutas y raíces del país. Ambos pueblos son grandes: Bauang tiene cerca de 2.000 tributos, y Batangas pasa de ellos; uno y otro pueblo se dedican algo á los tejidos de abacá y algodón. La única diferencia que hallo yo entre estos dos pueblos es en sus habitantes, que, semejantes en todas las demás cosas, difieren en que los de Bauang son más económicos, y por eso los llamamos comúnmente los gallegos de la provincia; uno y otro tienen

un pequeño castillo en la playa para defensa de los moros; el de Batangas es de piedra, y el de Bauang de madera. Los dos tienen buenas iglesias y casas parroquiales de piedra y teja; la de Batangas es más fuerte y está más aliñada; la de Bauang le excede en que tiene una campana que pesa cien arrobas, y es de las mayores de las Islas, donde suelen ser pequeñas las campanas por temor á los terremotos continuos que se experimentan. Una y otra iglesia están cercadas de una buena fortaleza, con sus baluartes á las esquinas, para defenderlas en las invasiones de los moros; la de Bauang es mayor, la de Batangas más fuerte, porque son mucho más sólidas sus murallas.

Estas fortificaciones se fabricaron en el mismo tiempo que las de Balayán y Táal, cuando los moros invadían las provincias más cercanas á la capital con cien ó doscientas embarcaciones, de las que ellos llaman pancos, que tenían cerca de cien hombres cada una. Cuando se acabaron estas fortalezas, cesaron los moros de venir con armamentos tan formidables á estos pueblos, y hasta ahora sólo se han presentado con dos ó tres pancos para cautivar á los pescadores ó embarcaciones pequeñas que van al comercio de las islas de Mindoro y Marinduque. Á veces suelen ocultarse en alguna pequeña ensenada y atrapan al indio que se descuida; y lo más que se han atrevido á hacer es saltar en tierra y acometer á algunos de los barrios que, á más de tener poca gente, no tienen fortificación alguna, como ha sucedido, según nos dijeron, en algunos barrios que pasamos cuando fuimos de Bauang á Batangas, donde han entrado varias veces, particularmente en el llamado Santa Rita, donde han muerto y cautivado algunos indios. Si estas gentes se reunieran en un sitio y pusieran

un pequeño baluarte de madera en la marina, quedarían libres de los insultos de los moros, de quienes no los pueden defender los baluartes de las iglesias, que ya no son necesarios ni aun para la defensa de los pueblos, porque los dos pequeños fuertecillos que hay en la playa bastan para contener las pequeñas fuerzas de los piratas.

No sólo no son necesarios los castillos, que con tanto trabajo fabricaron todos los pueblos de la playa, sino que les son muy perjudiciales, con lo que se comprueba lo que dice el Sr. Solórzano en su *Política Indiana*, que cuanto se ordena en beneficio de los indios, otro tanto se les convierte en veneno, lo que ha sucedido á estos pueblos con sus fortalezas, que ellos llaman *cottas*. El Rey no se mezcló nada en sus construcciones; los PP. párrocos, con una licencia general que dieron los gobernadores para su establecimiento, buscando los medios de fabricarlas, persuadieron á los naturales á que diesen la cal y la piedra que era necesaria y los peones que habían de ayudar á los canteros, y pagando ellos á estos oficiales, se fueron acabando poco á poco estos castillos. Es indecible lo que padecieron los párrocos antes de ver sus obras concluídas; porque como los indios son naturalmente perezosos, era preciso valerse á veces de amenazas, otras de dulzura, emplear también algunos castigos y usar de una multitud de estratagemas para obligarlos á trabajar sin exasperarlos. Cuando el alcalde mayor vió acabadas estas cottas ó fortalezas y bien armadas de cañones, que los párrocos habían comprado con las limosnas de sus feligreses y lo que ahorraban ellos de sus estipendios, entraron en deseos de comandarlas y sustituir un gobierno tirano al paternal que habían instituído los Padres á los principios. Los párrocos jun-

taron las fortalezas con la casa parroquial con el fin de visitar las centinelas por las noches; las celdas en que vivían tenían todas comunicación con los baluartes, y les era fácil ver si se dormían las centinelas, y pasar á despertarlos cuando se habían dormido; lo que les era fácil saber, porque habían colocado en cada baluarte una campanilla y la centinela la tocaba de tiempo en tiempo: pasaba más del espacio que se le tenía señalado para tocar la campana, iba el Padre, despertaba al indio, y, si era necesario, le castigaba. Este modo de gobernar las fortalezas era poco gravoso á los indios, porque de día cuidaban los familiares del convento de la cotta, y por la noche sólo unos cuantos indios hacían la centinela. El alcalde mayor, alegando la autoridad Real, que le parecía ajada si los castillos estaban en manos de los eclesiásticos, consultó al Gobierno de Manila, y éste decretó que los párrocos entregasen las fortalezas á los alcaldes mayores con todos los cañones y lo demás que les pertenecía, y que se nombrase de entre los indios un castellano para cada fuerza, y á éste se diese un cierto número de gente para repartimiento para su custodia.

Este decreto fué muy gravoso á los párrocos, porque los dejó encerrados en su convento á la disposición del castellano; y á los indios, porque cuando llaman á confesión por la noche, se tarda más de lo regular en abrir las puertas, y puede ser causa de que alguno se muera sin confesión. Este inconveniente, como también el verse los párrocos desposeídos de lo que habían hecho con tantos gastos de paciencia y de dinero, no fué lo que les dió más pesar, y sólo sintieron los abusos que introdujeron los castellanos con la gente de repartimiento que se les daba. Empezaron á enviarla á sus sementeras á trabajar,

dejando el servicio de la fortaleza: y ha llegado á tanto el abuso, que el que da dinero al castellano queda eximido del servicio, y lo que regularmente se le pide al que no está de centinela son 3 ó 4 reales cada semana, lo que hace muy lucrativo este empleo y muy apetecido de los indios. Los Padres claman contra este abuso; pero como los alcaldes mayores no hacen caso, porque suelen estar en inteligencia con los castellanos, todos sus esfuerzos quedan sin efecto: yo he visto un párroco que no quería administrar los Sacramentos á un castellano de quien era público y notorio que ejercía el tráfico, que se puede llamar latrocinio, de sobornar al alcalde, y no por eso pudo remediar nada. Este empleo lo da el Gobernador de Manila á consulta del alcalde mayor; y aunque nada tiene de apetezible si se ejerce con limpieza, hay siempre muchos pretendientes, y los alcaldes mayores son bien regalados mientras dura la vacante, hasta que se provee,... por lo común, en el que da más. Esto es lo único que han sacado los pueblos de las fortalezas que hicieron con trabajo inmenso: el que se les estafe continuamente con el pretexto del servicio de sus cottas.

El pueblo de Bauang está á la banda del monte de Hánao hánao, de donde sacaban en otro tiempo mucho producto por los hermosos plantíos de cocos, cacao y pimienta que tenían en sus faldas, y por las maderas, bejucos y otras muchas cosas que se dan sin cultivo en todo el monte. En la punta (*de Azufre*) que se interna en la mar, hay manantiales de aguas calientes y mucha tierra blanca, amarilla y encarnada, muy parecida al yeso, la cual se emplea en varios géneros de pinturas. Al S. de esta punta, á corta distancia, se halla la isla de Maricabán, muy abundante en maderas y otras producciones de que general-

mente abundan los montes de Filipinas y los naturales hacen mucho uso. Todas estas riquezas de Maricabán y Hánao-hánao están en el día en poder de los moros de Joló y Mindanao, porque los indios de Bauang no pueden ir á sacarlas sin riesgo eminente de quedar cautivos. Los moros acuden á estos sitios á ciertos tiempos, se mantienen de lo que el monte les produce, y al mismo tiempo cautivan al indio incauto que se aparece por aquellos lugares. Antiguamente había muchas casas en Hánao-hánao; pero las incursiones de los moros han obligado á los indios á retirarse una legua tierra adentro. Lo mismo sucede á este infeliz pueblo en orden á la pesca, como á cuantos se hallan junto á la mar, y casi no pueden probar sus pescados, porque están expuestos de ser cautivados cuando menos lo piensan. Para obviar á este inconveniente fabricaron una *vinta*, y estando ya casi acabada, se desunieron los principales sobre el proyecto que habían emprendido, y se pudrió en el astillero antes de acabada. Yo creo que fué una grande felicidad del pueblo que la vinta no se concluyese, porque seguramente el alcalde mayor hubiera puesto en ella un capitán y habría mandado que se le diese cierto número de indios de repartimiento, los cuales sólo servirían para ayudar al capitán en sus sementeras y en la pesca, á no ser que concibiese que tenía más producto en que rescatasen el servicio por dinero. Por otra parte, no creo que esta vinta pudiese hacer nada contra estos piratas, que son unos raterillos que sólo roban y cautivan á escondidas. Yo he visto que un miércoles santo, estando la armadilla de vintas en Batangas, cautivaron en Bauang cuatro ó cinco indios, sin que todas las fuerzas del país fuesen capaces de imponer respeto á estos enemigos, que tienen toda su confianza en más

de sesenta remos que lleva cada panco, los cuales eluden el alcance de nuestras vintas ó galeras.

El pueblo de Batangas está á la banda del Oriente de Bauang, junto al monte de su nombre. Se coge algo más pescado que en otro pueblo, porque tiene un río (*el Calumpang*) bastante caudaloso que forma dos barras al entrar en la mar; en la barra chica se pesca sin riesgo alguno; en la grande, aunque no suele haberlo, he visto yo cautivar á algunos pescadores. El monte está también á cubierto de las incursiones de los piratas, porque, como es muy alto, no se atreven á llegar á su cima, por no alejarse mucho de sus embarcaciones, y los indios pueden ir á él á buscar cera y cuanto se encuentra en este monte; pero sus faldas que caen á la marina están tan expuestas á moros como otro cualquier sitio de esta provincia. Nuestras historias dicen que hay en este monte ricas minas de oro, y no lo dudo que será así, pues ya dije en el capítulo III que los indios sacan algún oro de los lavaderos en los sitios de Lobó y Galbán, que están á la falda de este monte, de donde lo extraen las avenidas, y, revuelto con la arena, se queda en los sitios bajos. Aquí recogen los naturales esta tierra, y, lavándola bien, separan de ella las partículas de oro con bastante trabajo, y con tan poca utilidad, que sólo ellos, que viven miserablemente, pueden mantenerse con este oficio.





CAPÍTULO VI



AL S. de la tierra que acabo de describir, á una corta distancia, está la grande y hermosa isla de Mindoro, y entre ella y esta tierra está el paso de Acapulco, conocido por el embocadero ó estrecho de San Bernardino, por cuyo motivo nuestros marinos, en los viajes que habían hecho por estos mares, habían adquirido bastante conocimiento de ella. Los pueblos por donde pasamos mantienen un continuo comercio en estas islas, y nosotros vimos desde ellos sus montes y algunas de sus puntas y ensenadas, y nos instruimos de sus producciones, comercio y habitan-

Materias que abraza el capítulo VI.—La isla de Mindoro.—Su situación.—El estrecho de San Bernardino.—Punta Dumali y Punta Burincan.—Depredaciones de los moros en la ensenada de Pinamalayan y otros lugares.—Punta de Calavite.—El puerto de Mangarín.—Luz misteriosa: cópiase una página, acerca de este asunto, de la obra del P. San Antonio: ¿es un pedernal?, ¿es un carbunco?, ¿es una piedra preciosa?—Puntos de asiento de los piratas: Mamburao, Baletc.—Rescates: un religioso, 1.000 pesos; un indio principal, 300.—Tráfico de cautivos.—La vida de éstos.—Medios que hallan para escaparse.—Señales que hacen para que no los tomen por moros los infieles de la isla.—Expedición contra los piratas de Mamburao en tiempo de Anda.—Otras expediciones.—Sus resultados.—Cómo viven las gentes de esa región de Mindoro.—Modos de fomentar la población en di-

tes; de modo que podemos hacer sus descripciones.

La punta más al E. de esta isla se llama Dumali; está á los 13 grados 5 minutos de latitud, y 2 grados 6 minutos de longitud; al O. corre esta costa hasta la punta de Burincan, que es la más meridional de la isla, por espacio de 18 leguas N.-S., haciendo muchas ensenadas y abrigos pequeños que ha sido la causa de que se haya despoblado toda esta costa, porque los moros se escondían en todos los ríos y surgideros de que abunda, é iban cautivando á sus moradores; de modo que fué preciso desampararla y abandonarla á estos enemigos, que se aprovechan de ella siempre que tienen necesidad. Las ensenadas de Pinamalayan, y otras, que estaban pobladas en otro tiempo, están enteramente desiertas y son refugio de los piratas.

La punta de Burincan, que, como dije, es la más meridional de la isla, está á los 12 grados 7 minutos de latitud, y 3 grados 10 minutos de longitud. Desde esta punta á la de Calavite, que es la más al O. de toda la isla, corre la costa 30 leguas de un terreno muy fértil y muy hermoso, lleno de ríos y ensenadas que la fertilizarían mucho si hubiera quien lo culti-

cha isla.—Continúa la descripción de Mindoro.—Las puntas de Calavite, Dumali y Escarceo.—Ensenada de Ilog y Puerto Galera.—Calapán y Naujan.—Cualidades del terreno de Mindoro.—Sus principales producciones.—El árbol calinga.—El tabón: curiosa cita que se toma de la obra del P. San Antonio: explica las singularidades de tan notable ave.—Producto que los Indios sacan de las plantas silvestres.—Describense el coco,—el burl,—el yóroc,—el palindán,—el bejuco,—la caña,—el ubi,—el gaby.—Otros productos de la tierra.—Los verdaderos naturales de Mindoro.—Recuerdo histórico.—Causas de que no haya menor número de infieles.—Escaso desarrollo de la población de Mindoro.—Á qué se debe particularmente.—Relaciones comerciales entre los cristianos é infieles malayos de la isla.—Remedios civilizadores.—Situación de Marinduque.—Sus pueblos.—Calidad de su tierra.—Luban.—Su situación.—Naufragio famoso.—El marqués de Cañete, ¿vivió amanecido con una india?—Ambrosio de Cuenca.—Su cinismo y sus vicios.—Le prenden por sospecha de asesinato.—Los indios de Mindoro, Marinduque y Luban, son en todo semejantes á los demás tagalos.—El anito,—el nono,—la babaylana.—El comercio de Marinduque.

vase. Á cuatro leguas de la misma punta de Burincan se encuentra el puerto de Mangarín, y caminando por la playa otras cuatro leguas, se encontraba antiguamente el pueblo de Ililim, que han arruinado los moros; en este camino, dice el autor de la historia franciscana que hay una luz continuamente, como de una antorcha, por la cual se gobiernan las embarcaciones en su derrotero cuando pasan por allí de noche. Yo no he oído á personas fidedignas la existencia de este fenómeno, y por otra parte, está revestido de tales circunstancias, que no me atrevo á salir fiador de él; sin embargo, trasladaré lo que dice este autor para que cada uno forme el juicio que le parezca. En la parte 1.ª, libro 1.º, capítulo VII, dice de esta manera:

«En vn repecho de vn Monte de peñas tajadas, que está en medio de vn camino de cinco leguas desde la Playa de la Isla de Ylim (en Mindóro) hasta el Pueblo de Ylilim, se vé todas las noches vna luz clara, como de vna grande Antorcha, por la qual (que es antiquissima) las Embarcaciones de Calamianes, y otras se gobiernan, y siempre está en vn mismo lugar fixa. Para averiguar esta maravilla, se hán hecho exquisitas diligencias. Vnos han dicho, que era un Pedernal blanco, que de noche relucia: pero no pudiéra vn Pedernal dár tanta claridad, que se descubriese á tan larga distancia, como se descubre esta Antorcha, que quando mas oscura es la noche, ella está mas clara. Otros discurren, que sea algun Carbunco, que está en aquellas peñas: pero siendo assi no estuviéra tan permanente en vn lugar siempre fixa; sino que se mudára tál cuál véz de una parte á otra. Por lo qual parece mas proporcionado discursos, el que sea alguna singularissima *Piedra preciosa*, cuyo thesoro, y riqueza tenga Dios reservada para el

tiempo, y persona de su voluntad Divina. Que si en Ceylán, no muy distante de estas Islas, tuvo el Rey vn *Rubi* (1) de tan estraña grandeza, que su longitud era de vn palmo, y el grueso como de vn brazo de buena corpulencia; cuyo resplandor, que de noche daba, excedía al de muchas luzes juntas, no será mucho, que en estas Islas esté encerrado algun *Rubi* ó otra semejante *Piedra preciosa*.»

Desde el pueblo de Ililim se sigue un placer como de dos leguas de largo, y hasta la punta de Calavite, que van treinta, no hay pueblo alguno, porque todos los han destruido los moros y se han establecido de asiento en ellos. Como estos piratas no hacen aquellas expediciones que hacían en otro tiempo, ni pueden robar tan á su satisfacción como entonces, les ha sido preciso buscar algunos parajes para establecerse de firme la temporada que duran sus correrías, hasta que llega el tiempo de ir á Joló á vender los cautivos que han hecho durante su expedición. En esta isla han escogido dos sitios, en que suelen establecerse en las diversas estaciones del año. En tiempo de estes y nortes viven en esta costa en Mamburao, y en tiempo de vendavales, en la costa opuesta, en el sitio de Balete. Aquí se mantienen de las raíces que sacan del monte, del *sagú* y de otros frutos que da sin cultivo la isla. Desde aquí hacen sus correrías, roban cuanto pueden, cautivan á los indios, y si tienen proporción, los llevan á rescatar á los pueblos á trueque de arroz, dinero ó animales. Como estos rescates sólo se hacen respecto á los principales ricos y á los religiosos, que son los que pueden redimirse, porque sus parientes ó sus hermanos pueden dar de pronto lo que piden los moros,

(1) Solórzano: *Política Indiana*, fol. 948.—Cit. del P. San Antonio.

han subido extraordinariamente el precio de un cautivo. No dan un religioso por menos de 1.000 pesos, ni un indio principal por menos de 300 pesos en plata, arroz y otros efectos. A los demás cautivos los llevan á Mamburao ó Balete, ó á otros lugares, donde tienen su residencia; allí se los reparten y los venden unos á otros, según la fortuna que han tenido en el juego, á que son muy aficionados, en particular á los de naipes, que es otro de los renglones que suele entrar en la redención de cautivos.

Mientras los cautivos no llegan á la morada de los moros padecen muchos trabajos, porque los tienen en cepos de madera, á veces de pies y cabeza, bien amarrados para que no puedan escaparse. En llegando á este sitio, y después de hecha la repartición, se les suele dar más libertad y se los manda servir en la casa, ir por agua, por pescado y otras cosas. El que sabe servir bien á su amo, tiene por lo común ocasión de escaparse; porque los dueños, aunque haya algún panco que vaya para Joló, á fin de llevar los cautivos, no envían al que les sirve bien, antes por el contrario los tratan con cariño y les dan tanta libertad, que pueden escaparse cuando quieran. Yo he conocido muchos que se han escapado de este modo, ó embarcándose en alguna canoa que han hallado á mano, ó internándose en el monte hasta llegar á tierra de cristianos ó á algún sitio donde lo ha visto y recogido alguna de las embarcaciones que andan al comercio. En el monte suelen encontrarse con los indios gentiles que hay en él; éstos suelen huir al instante, porque temen que sean moros, los cuales, en muchas ocasiones, les han hecho bastante daño. Los cristianos, para persuadirles que son hombres de paz y que necesitan de su socorro, se ponen de rodillas con los brazos en cruz, y á esta señal los recono-

cen los infieles, los llevan á sus casas y los regalan.

Los españoles han hecho algunas entradas en estas madrigueras de los moros. Siendo gobernador el Sr. Anda envió á Mamburao el año de 1772 cuatro compañías del regimiento con otros muchos indios contra ellos. Desembarcó nuestra tropa en el rio de Mamburao; y saltando en tierra, fué caminando hasta el fuerte que habían hecho los moros de palizada, donde habían colocado algunos cañones y pedreros. Empezaron á disparar su artillería luego que se acercaron los nuestros, y por estar cansada la gente no les pareció á los jefes tiempo oportuno para darles el asalto; se retiraron ordenadamente y acometieron después al baluarte; pero los moros lo habían desamparado y se habían llevado lo que pudieron cargar en el tiempo que tomaron nuestras tropas para su descanso. Sin embargo, encontraron bastantes riquezas de las que los moros habían cogido en un *champan* que venía de China con ricas mercaderías de aquel país, al cual acometieron y apresaron con sus pancos. Los moros se internaron tierra adentro y se esparcieron por los montes, adonde era imposible á los nuestros el buscarlos por ser preciso no hacerles guerra, sino caza, como si fueran lobos ó venados. Tampoco podían dejar guarnición en el castillo, porque ni tenían orden ni comodidad para ello; por lo cual, quemando el fuerte, las casas y los pancos que encontraron, se retiraron para Manila, y los moros se rehicieron de pancos con las maderas de que abundan aquellos montes, y volvieron á su antiguo ejercicio de la piratería. Sucesivamente se han hecho otras entradas en varios sitios, particularmente en el de Balete, adonde acudían con más frecuencia los piratas; pero como éstos tenían el recurso del monte, surtían muy poco efecto nuestras expediciones.

Últimamente se han dispuesto varias armadillas que salen continuamente á perseguirlos por divisiones, y se ha logrado el que no puedan residir en Mindoro con la seguridad con que vivían antes. Algunos indios se han establecido en algunos sitios de estas costas; han fabricado algunos fuertecillos, é impiden á los moros el que se acerquen adonde tienen ellos sus establecimientos. Estas gentes viven sin sacerdotes que cuiden de sus almas, y sólo cuando llegan las armadillas pueden recibir algunos sacramentos de manos de los capellanes, que se los administran; en lo demás del tiempo se juntan en un camarín á rezar el Rosario delante de Nuestra Señora, y la sacan en procesión por las calles, que son los únicos actos externos de culto público que pueden ejercer por sí. El gobernador actual, D. Rafael María de Aguilar, ha enviado nuevamente á Mindoro un corregidor con facultades de fomentar estos establecimientos, y con auxilios para poblar la isla: ¡Dios quiera que acierte en un proyecto que puede ser muy útil á las Islas Filipinas, y librar á las provincias inmediatas á la Capital de los perjuicios que las causan estos enemigos! Para fomentar la población en esta isla era preciso eximir á los indios del tributo por algunos años, y hasta tanto que hubiese unos pueblos regulares, y probabilidad de que no desampararían sus casas, no imponerles los estancos, ni molestarlos en el servicio de los fuertecillos más que lo preciso para su seguridad. Si á estos medios de suavidad y desinterés se sustituye el rigor y la codicia, se harán crecidos gastos y no se adelantará nada. Si los corregidores empiezan á cobrar el tributo con rigor; si piden que se lo den en efectos pesados con una romana que exceda la mitad del peso regular; si los guardas cometen las picardías que acostumbran con pretexto de

registrar los contrabandos; si se les hacen las extorsiones que suelen hacer los corregidores en el comercio que tienen con los indios, éstos se irán á otras partes con la mayor facilidad, pues no teniendo motivo que les obligue á quedarse en unos lugares á que todavía no tienen afecto, no podrán sufrir los malos tratamientos que les hagan.

Volviendo á la descripción de la isla, debemos de suponer que no nos falta de recorrer sino la parte del N. desde la punta de Calavite hasta la de Dumali; y si la costa fuera seguida como las otras dos, formaría esta isla una figura triangular, á la que la asemejan nuestros autores; pero la punta de Escarceo impide el que se pueda decir que esta isla es un triángulo. La punta de Calavite está á los 13 grados 25 minutos de latitud, y 4 grados 27 minutos de longitud: entre esta punta y la de Escarceo, que es la parte más al N. de la isla, y donde están la ensenada de Ilog y el puerto de Galera, y desde Escarceo hasta la punta de Dumali, por donde empezamos la descripción de la isla, se hallan los pueblos de Calapán y Naujan, con sus visitas, que son los únicos en que hay cristianos y vasallos del Rey de España. El pueblo de Calapán está en la ensenada que forman las puntas de Calapán y Escarceo: más al O. se halla un pueblecito llamado Subang; tiene su fortaleza contra los moros y una mala iglesia donde administra el cura de Calapán, á quien pertenece. El corregidor de esta provincia vive regularmente en Calapán, que es la cabecera; el pueblo está bastante defendido de los moros por medio de una fortaleza, pero no se puede alejar mucho de él sin peligro de caer en manos de estos piratas. La iglesia y casa parroquial son malas, y en ellas se manifiesta la indolencia de los naturales, que tienen la fama de ser los más pere-

zosos de las Islas Filipinas. Al E. de Calapán está el pueblo de Naujan y su visita de Pola; son pueblos ruines y están administrados por clérigos indios.

El terreno de la isla es alto y doblado con fragosas sierras y árboles espesos, donde se crían muchos géneros de palmas, como el coco, burí, yóroc, *palindán* y palmas bravas; hay también mucho bejuco, cañas y otros árboles y plantas, cuyas raíces sirven de sustento á los naturales, y muchos árboles de frutas silvestres, que, aunque son poco agradables, las comen los indios que no tienen el paladar muy delicado. Sin embargo de ser la tierra bastante montuosa, hay grandes llanadas, en particular cerca de la playa, donde se da cacao, café, pimienta y todo género de frutas y legumbres de la tierra; y si hubiera quien cultivara este terreno, podía surtir de arroz y cuanto producen las otras islas para mantener muchos miles de almas. En sus montes se cría un árbol que llaman *calinga*, y es una especie de canela, la cual, si se cultivara, mejoraría la especie y se podría hacer uso de ella, pues cogida en el monte conforme la crió la naturaleza, se saca de ella con la alquitara el mejor espíritu de canela que se conoce. En las playas se encuentran muchos huevos de tortuga y de *tabón*, pájaro que merece que explique sus calidades. Yo he visto esta ave, he comido sus huevos y podía hacer de ella una descripción; pero quiero trasladar lo que refiere la historia franciscana en la parte 1.ª, libro 1.º, capítulo XII, de este pájaro particular:

«La Ave, que aquí se halla en muchas partes, y la mas singular entre las mas singulares, es la que llaman aquí *Tabón*, y no ay hasta aora noticia, de que en otra parte se crie. Es como vna mediana Gallina (pero sin cresta) en lo grande; negra, sin mas colores; cuello, y pies largos al modo de Ansares;

se enviaban soldados á prenderlo. Vivía con tanta satisfacción en su pueblo, que lo vi en un entierro de una abuela suya estarse jugando todo el día en la casa donde se celebró la función del mortuorio. Creía sin duda que por respeto á su sobrina tendrían con él alguna atención; pero le salieron mal las cuentas, porque lo prendieron en un juego de gallos, cuando estaba más descuidado, y al presente está en la cárcel, y sustanciándose su causa, de la que no sabemos lo que saldrá.

Los habitantes de estas tres islas hablan la lengua tagala, que es la que se habla en casi todo el Arzobispado de Manila, á que pertenece este corregimiento. En sus casas, muebles, vestidos, embarcaciones, usos y costumbres, son en todo semejantes á los demás indios de la nación tagala, de que son una parte. Los cristianos tienen las mismas supersticiones que los tagalos, y los gentiles la misma religión que profesaban éstos antes de reducirse al cristianismo. Adoran á un ente invisible que llaman *anito*, cuyo nombre dan también al sacrificio que se le hace; al *nono*, que quiere decir abuelo, lo respetan y reverencian en los caimanes, árboles grandes, peñas y puntas de ríos y de mares; tienen sacerdotisas para hacer sus sacrificios, que suelen consumir con un puerco, que se reparte dando la mejor porción á la *babaylana* ó sacrificadora; reverencian á algunos pájaros, creen en la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo todas las supersticiones que creían los antiguos gentiles de estas islas. El comercio de estas dos islas se reduce á bejuco, cocos, aceites, mucha miel y cera, y unos caracolitos relucientes que llaman *sigüeyes*, que sirven de moneda corriente en Siam y Bengala. Hay en estas islas mucha madera, pero no se puede llevar á vender á Manila por el peligro de los moros.

bien tapado el hoyo hasta su superficie: y de esta acción dieron los naturales á esta Ave el nombre; porque *Tabón* (en Idioma Tagalog) significa *tapar con tierra qualquiera cosa*, sea la que fuere. Allí dexa sus huevos, para que ellos mismos se empollen, sin abrigo de la Madre, como sucede, pues con el calor de la arena se ván empollando, por Providencia de Dios admirable.

»Á tiempo yá oportuno, impéle su propio instinto á la Madre, y vá al nido á llamar con graznidos á sus hijuelos yá vivientes: y estos oyen las voces, van escarbando la arena, y abriendo camino, para salir á luz felizmente: para lo qual no hán de escarbar ázia abajo, ó al sesgo, para no perderse, como muchos se pierden; sino derechos ázia arriba, y boca arriba, á donde sienten los graznidos de la Madre.»

Para saber el producto que sacan los indios de las plantas silvestres que se crian en esta isla y ver cómo pueden servir para el sustento de tantos infelices moros y cristianos que se mantienen en ella, es preciso hacer una descripción de cada una de estas plantas y de los usos que los naturales hacen de ellas. El coco es una palma muy alta: debajo de la copa, que es muy hermosa, cría cuatro ó cinco racimos de ocho ó nueve nueces de coco, del tamaño de la cabeza de un hombre, de que sacan mucha utilidad los naturales. Cuando la fruta está verde y del grandor de un membrillo, se hace toda ella tajadas con facilidad y sabe muy bien mezclada con sal y pimienta. En llegando á su sazón, se le quita la primera corteza, que es estoposa, á la cual los indios llaman *bonot*, que sirve para hacer cables, cordeles y para calafatear los navíos. La segunda cáscara es bastante dura y sirve para hacer vasos y otros utensilios bastante buenos y vistosos, cuando los indios

los pulen y hacen en ellos varias figuras de medio relieve. El interior de esta cáscara está lleno de una agua muy fresca y deliciosa, la cual es muy antiescorbútica; soasando el coco y echando dentro un poco de anís, se da á los enfermos en muchas ocasiones. Esta cáscara está por dentro rodeada de una carne blanca, algo semejante en el gusto á la almendra, y se saca de ella leche, que hace todos los oficios á que destinamos nosotros la leche de almendras, aunque no es tan buena, porque es más aceitosa. Cuando el coco está seco y añejo, se congela el agua que está dentro y se forma de ella una bola como una manzana de buen gusto y que comen los indios con mucho apetito. Á veces se suele encontrar en estos cocos una piedrecita blanca del tamaño de una avellana, que los naturales llaman *perla de coco* y le atribuyen muchas virtudes extraordinarias; pero sólo sirve para el dolor de riñones haciéndola polvos y dándolos á beber en agua. De la carne del coco se saca aceite, exprimiéndola con prensa y cociéndola al fuego. Los que no quieren tener tanto trabajo, echan á pudrir los cocos, y sin beneficio alguno destilan el aceite, que después se recoge y se pone en tinajas. Este modo fácil de sacar el aceite del coco sólo se practica donde abunda mucho este fruto, porque el aceite sale rancio y de mal olor, pero hecho al fuego sale blanco y oloroso. Este es el aceite que comúnmente se gasta en las Islas para las lámparas, y cuando está reciente sirve á los indios para untarse el pelo, de que cuidan mucho. Del coco se saca también vinagre y vino, y se hace de este modo: antes de que dé fruto, se corta el pezón del racimo y se aplica á él una caña, en la cual va destilando el jugo que se debía convertir en fruta para tener corriente la destilación; se raspa diariamente la punta del racimo

para que no se obstruyan las fibras por donde pasa el zumo, y de este modo se está sacando el jugo continuamente, hasta que llega el tiempo en que la fruta, si se la hubicra dejado, estaría sazónada. El humor que destila el coco se llama tuba: es muy fresco y dulce. La tuba fermenta, y antes de que se acede se saca por alquitara, y se hace de ella un aguardiente bastante bueno, aunque nunca llega al que sale del vino de España. Si se quiere hacer vinagre, se pone la tuba al sol, fermenta, se aceda después y se convierte en un vinagre flojo, que es el que usan los indios. Beben también la tuba fermentada antes de que se ponga ácida, y en este caso emborracha si se toma en grande cantidad. De la cima del tronco de este árbol se saca el corazón, al que llamamos *palmito*, el cual es tan tierno que se parte con facilidad, y en ensalada, cocido ó escabechado en *achara*, es muy apetitoso y muy suave.

El burí es otra especie de palma: tiene encima de la copa una frutilla redonda, de que los indios hacen unos rosarios negros bastante curiosos; sus hojas las aprovechan para cazar venados en la forma que dije en el capítulo III, y para hacer unas esteras finas que los naturales llaman *banig* y los españoles *petates*, que sirven para todo lo que valen en España las esteras de esparto, y además de eso para dormir, pues raro será en Filipinas el que no descanse sobre estos petates, por ser muy frescos. De esta palma se saca el sagú, bien conocido en toda la India, por servir de pan en muchas partes. También se saca de él mucha tuba ó agua muy deliciosa: ó bien partiéndolo por el medio ó cortando la penca del racimo, como en el coco, y poniendo un recipiente acomodado; pero cuando se le ha extraído esta agua, ya no se puede sacar de él sagú alguno. De la tuba del burí se puede sa-

car vinagre y vino, como de la del coco, y además de esto una miel bastante dulce, la cual, cocida, se endurece como cajeta de jalea, y se disponen sus mismas hojas de modo que se puedan vaciar en ellas el almíbar y hacer unas cajetas que llaman *chancacas*, las cuales se llevan á los pueblos donde no hay burí, y se hace de ellas buen mercado porque les gusta mucho á los indios.

El yóroc es semejante al burí: entre las hojas echa una frutilla que no tiene utilidad alguna, y se corta para sacar la tuba del mango del racimo como la del coco y hacer de ella vinagre ó vino, á no ser que se destine el árbol, como es lo más regular, al beneficio del sagú. Cuando se quiere hacer sagú del yóroc, se corta en pedazos después de haber estado en infusión algún tiempo; y machacándolos bien á fuerza de agua y de patadas, se le hace pasar toda la substancia por un tejido á modo de cañizo, y de ella se hace harina, ó se echa en hormas y sale un pan amoldado, al cual, ó bien hecho pan, ó bien en harina, los indios llaman *yóroc*, y regularmente dan el mismo nombre al árbol por la harina que sale de él, pues propiamente se llama *cábong*. De esta harina se hace el sagú, mezclando un poco de aceite y calentándola para que se vayan reuniendo las partículas en unos globitos suaves, los cuales, cocidos en agua con azúcar, son muy sabrosos y de mucha substancia. Los españoles llaman á esta palma cabo-negro, porque debajo de sus hojas se sacan unos hilos negros como cerdas de duros y de gruesos, de que se hacen cordeles torciéndolas como el cañamo, y jarcias y cables para las embarcaciones, de mucha duración dentro del agua, pero fuera se consumen presto. También tiene esta palma una especie de lana suave, que sirve para hacer almohadas, y es una excelente yesca.

El palindán es una palma más gruesa y más maciza que las regulares; se saca de ella sagú, y sirve para otros usos. La palma brava no da fruto alguno, y sólo se aprovecha de ella su palmito, que es un pedazo de tres cuartas de lo último del árbol, que está muy tierno, y el corazón, como el de todo género de palma, se come muy bien ó en cocido ó en ensalada. El tronco sirve para estacadas, para casas y para otros muchos destinos; pero como es bastante fofo, se pudre dentro de pocos años.

El bejuco es una enredadera muy larga, más co-reosa que la mimbre; tiene unas como uñas y anzuelos, á los que se suele prender el que anda por el monte; y si lo coge por parte que no se puede rasgar, le hace detener por fuerza, pues es tal la fortaleza de sus varas, que cede á ella la de un carabao cerril, que es muy grande. Este arbusto es el asilo del indio para hacer sus casas y embarcaciones, para arrastrar maderas y para cuando es necesario atar ó clavar. Con él cosen las tablas de sus embarcaciones, atan los quicios y otras maderas de las casas, y entero ó partido les sirve para una infinidad de obras. Del bejuco sacan en el monte suficiente agua para apagar la sed, y cocido es una buena comida cuando está tierno.

La caña es un árbol tan alto como un pino, y la más gruesa es como la pierna de un hombre. Sus renuevos los comen los indios en ensalada ó cocidos, y son muy sabrosos. Á más de esta utilidad, logra el indio con la caña tantas conveniencias, que con la caña y el bejuco se provee para casi todas sus necesidades. De ella hace bancos, sillas, mesas, camas, iglesias, casas; no hay cosa que no haga el indio para los menesteres de su vivienda y su sementera con un cuchillo, bejuco y caña; y algunas de sus

obras son muy curiosas y de bastante duración, si está la caña toda en sazón; pero si se corta fuera de tiempo, se llena luego de gorgojo. Las cañas son de diferentes especies, y de todas saca el indio utilidad.

Además de estas y otras producciones, de que sacan los naturales su sustento, hay una infinidad de raíces que se cultivan con facilidad, y al mismo tiempo se crían en el monte sin beneficio alguno, las cuales hacen el oficio del pan cotidiano á los que no quieren trabajar.

El *ubi* produce una raíz muy grande; hay algunas que pesan dos arrobas, y son muy buenas de comer; los españoles echan pedazos en la olla, y á algunos les gusta mucho. El *gabi* tiene unas hojas anchas y largas, que comen los indios en lugar de verdura, y la raíz es redonda y grande, muy buena y de mucho consumo en las Islas.

Hay además camotes, *tuguís*, *sincamas* y otras muchas raíces de la clase de batatas. Todas estas raíces son de un mantenimiento sano, y hacen el oficio de pan, no sólo en algunas partes de Filipinas, sino en casi todas las islas del mar del Sur.

Es tan abundante de todos estos ramos la isla de Mindoro, que ellos, juntamente con los pescados y animales silvestres, como vacas, búfalos y venados, bastan para mantener á los infieles, moros y cristianos que habitan en esta isla. Los moros no pueden llamarse habitantes suyos, pues no residen allí sino en ciertos tiempos. Los verdaderos naturales de Mindoro se deben dividir en gentiles y cristianos: éstos son los que vivían en las playas cuando llegaron los españoles, á los cuales conquistó Juan Salcedo y redujeron á la religión católica los PP. Agustinos; antiguamente eran muy belicosos; y habiendo ido Miguel López de Legazpi desde Cebú á Panay, los indios del

pueblo de Adán le pidieron socorro contra los de Mindoro, que eran unos grandes piratas y hacían invasiones contra su pueblo: envía Legazpi á su nieto Juan de Salcedo con treinta españoles y muchos amigos indios; vence á los de Mindoro en el pueblo de Mamburao, los persigue hasta la isla de Luban y les obliga á rendir vasallaje al Rey de España. Los Padres Agustinos pusieron religiosos en esta isla y catequizaron los pueblos de la playa; pero no pudiendo atender á todas partes, los cedieron á los clérigos; después se pusieron religiosos Recoletos el año 1678, y éstos los entregaron á los clérigos.

Tanta variación de ministros evangélicos ha contribuido mucho á que no se hayan bautizado los infieles que viven tierra adentro y á que muchos de sus pueblos hayan sido aniquilados por los moros. Para comprender lo que ha padecido Mindoro de estos piratas, no hay más que reflexionar lo que refiere la historia franciscana de su población el año 1735, y la que tiene ahora. En el libro 1.º, parte 1.º, capítulo XXXVII, dice esta historia que tenía toda la jurisdicción de Mindoro 2.034 tributos, y en el día tiene 3.169, cuando la provincia de Batangas, que está frente de esta isla, en el mismo año, según la citada historia, sólo tenía 3.151 tributos, y en el día tiene más de 15.000. Por el aumento de una se puede ver los estragos que han causado los moros en la otra, pues no puede asignarse otra causa de que no haya crecido sino las incursiones de estos piratas. Los infieles, á quienes llaman *manguianes*, son indios como los otros; pero como están menos civilizados, viven más miserablemente. Los cristianos les dan un machete y arroz para sembrar; ellos quemán un pedazo de terreno, y con el machete que les dió el cristiano, siembran el arroz, y en llegando el tiempo de la co-

secha, da la mitad del arroz al que le dió el machete y la semilla, á no ser que tenga que dárselo todo por lo que le ha prestado entre año. Es mucho lo que se aprovechan los principales de Mindoro de los gentiles: les compran mucha miel y cera de la que crían las abejas en el monte, trocándosela por los efectos de Manila, que les ponen á un precio muy subido y les dejan una ganancia exorbitante. Este interés es causa de que persuada á los infieles á que no se bauticen, por cuyo motivo son pocos los que abracen la Religión Católica, aunque bajan á menudo á los pueblos de los cristianos y los Padres procuran catequizarlos; pero todas estas dificultades se vencerían poniendo ministros tierra adentro, independientes de los otros pueblos, y formando pueblos nuevos de los recién convertidos. Para esto es necesario dar á los sacerdotes una congrua sustentación de arcas reales, que no tardaría en reintegrarse de los gastos con el producto de los nuevos tributos; pero los que las administran tienen por la plata más mal empleada la que se da á los eclesiásticos.

La isla de Marinduque pertenece al corregimiento de Mindoro: Marinduque está al embocadero, entre la provincia de Tayabas y la isla de Mindoro, más cerca de Tayabas, pero dependiente de esta isla en su gobierno. Tiene dos pueblos, Boag y Santa Cruz; uno y otro tienen sus fortalezas para defenderse de los moros, iglesias y casas parroquiales que edificaron los Jesuítas, que eran los antiguos ministros de esta isla; al presente están bastante arruinados por la incuria de los párrocos, que, como son indios, no les gusta cuidar de los edificios de piedra y teja, y viven más en casas de caña y tabla. La isla es bastante grande, la tierra llana, fértil y propia para todo género de sembrados y plantíos; abunda de caza y

pesca, y si hubiera manos que la cultivasen, se podrían sacar de ella muchas riquezas.

La isla de Luban pertenece también á este corregimiento: está sita entre la isla de Mindoro y punta de Santiago, un poco afuera hacia el O. Es tierra pequeña; sólo hay en ella un pueblo de corto vecindario. En esta isla han naufragado muchos barcos, y no hace muchos años que pereció en ella un champán de chinos, y la plata que llevaban á su tierra, que habían recogido en Manila, se sumergió en la mar. Los indios que tuvieron noticia del naufragio, acudieron de todas partes á la pesca de aquel precioso metal. Del pueblo de Bacoor, que está cerca de Cavite, fué en su *parao* un principal llamado Ambrosio Cuenca, tío carnal de una mestiza llamada Luisa, de quien el marqués de Cañete tuvo dos hijos, que dicen los reconoció después que su Real Majestad le levantó el destierro al estar para salir para España. Este caballero murió en el camino, y á una tía de los niños dicen que escribió que á su costa se les diese la instrucción que correspondía á su sangre por parte de padre, que es la de los Grandes de España. El marqués dejó á Luisa bastante dinero, y tanto ella como toda su familia son las gentes más acomodadas de su pueblo. Ambrosio de Cuenca y los otros indios empezaron á jugar en Luban con la plata que sacaron de la mar; y teniendo noticia de los excesos que había en aquella isla el corregidor de Mindoro, fué á ella á impedirlos y recaudar la plata de los chinos. Acercándose el corregidor á la marina, salió un tiro de fusil del *parao* de Ambrosio, que mató al corregidor. Luego se trató de prenderlo á él y á sus compañeros; pero como tenía tanto poder en su pueblo, nadie se atrevía á echarle la mano; antes bien todos procuraban avisarle que se escondiese, cuando

se enviaban soldados á prenderlo. Vivía con tanta satisfacción en su pueblo, que lo vi en un entierro de una abuela suya estarse jugando todo el día en la casa donde se celebró la función del mortuorio. Creía sin duda que por respeto á su sobrina tendrían con él alguna atención; pero le salieron mal las cuentas, porque lo prendieron en un juego de gallos, cuando estaba más descuidado, y al presente está en la cárcel, y sustanciándose su causa, de la que no sabemos lo que saldrá.

Los habitantes de estas tres islas hablan la lengua tagala, que es la que se habla en casi todo el Arzobispado de Manila, á que pertenece este corregimiento. En sus casas, muebles, vestidos, embarcaciones, usos y costumbres, son en todo semejantes á los demás indios de la nación tagala, de que son una parte. Los cristianos tienen las mismas supersticiones que los tagalos, y los gentiles la misma religión que profesaban éstos antes de reducirse al cristianismo. Adoran á un ente invisible que llaman *anito*, cuyo nombre dan también al sacrificio que se le hace; al nono, que quiere decir abuelo, lo respetan y reverencian en los caimanes, árboles grandes, peñas y puntas de ríos y de mares; tienen sacerdotisas para hacer sus sacrificios, que suelen consumir con un puerco, que se reparte dando la mejor porción á la *babaylana* ó sacrificadora; reverencian á algunos pájaros, creen en la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo todas las supersticiones que creían los antiguos gentiles de estas islas. El comercio de estas dos islas se reduce á bejuco, cocos, aceites, mucha miel y cera, y unos caracolitos relucientes que llaman *sigüeyes*, que sirven de moneda corriente en Siam y Bengala. Hay en estas islas mucha madera, pero no se puede llevar á vender á Manila por el peligro de los moros.



CAPÍTULO II

L lego de la estancia de Pasay había ido por delante á buscarnos casa y disponer nos comida. Nos tenía preparado almuerzo y un buen refresco de frutas de la tierra en una casa grande de piedra y teja, que, aunque no estaba acabada, como el sol daba ya por encima y no podía molestarnos, por esta causa nos ofrecía todas las comodidades que podíamos apetecer. Descansamos un rato, y cada uno tomó lo que le agradaba del refresco y almuerzo preparado; y con este pequeño refrigerio y el descanso de media hora les volvió á todos aquel buen humor que se

Materias que abraza el capítulo II.—Breve descanso.—Paseo por el pueblo de Biñang.—Situación de éste.—Casa de los PP. Dominicos.—Cuánto gusta la parroquia de Biñang á los curas indios.—Urbanización del pueblo.—Las huertas y sus frutos: describense los siguientes:—cocos,—mangas,—santoles,—camias,—balimbines,—macupas,—nancas,—pajos,—tampoyes,—tamarindos,—plátanos,—papayas,—ates,—anonas,—duhat,—mameyes,—chicos,—zapotes.—*Sangrias* á ciertos árboles.—No dejan los indios que madure el fruto.—Obsequios de los indígenas á los expedicionarios.—Principal renglón de Biñang.—Los PP. Dominicos como arrendatarios.—Cultivo del arroz.—Los indios no pagan diezmos; los españoles, sí.—Ganancias de algunos que se llaman inquilinos.—Los casamahanes.—Salida de Biñang.—Pasan por Santa Rosa.—El tabique pampango.—Lo que per-

necía al pueblo de San José, pero que la otra banda, hasta llegar á la última barranca, que no dista una milla de San José, era jurisdicción de Batangas. Todos estos lugares están llenos de casas, y no puede menos de ser muy molesto á los que las habitan el tener que acudir á Batangas á oír misa, á bautizar sus hijos, y á todas las necesidades que dependen del gobierno temporal y espiritual del pueblo. Parece bien extravagante el que, cuando se fundó el pueblo de San José, no se hubiera tenido atención á todas estas incomodidades, y no dudo que las previeron sus fundadores; pero el empeño é interés vencieron sin duda á la justicia y á la razón. Antiguamente solían los gobernadores dar comisión á los provinciales de las Religiones, cuando iban á visitar, para hacer las divisiones y señalar terreno á los pueblos, como consta en el libro de que extraje una de las erupciones del volcán de Táal, que está al capítulo IV: pues en este libro se halla la división de los pueblos de Táal y Balayán, hecha por un provincial de San Agustín, de orden del Gobierno superior. Entonces los pueblos estaban bien repartidos, porque los provinciales, como testigos de vista, no podían ser engañados. Á este método fácil y sencillo han sustituido el de formar un expediente en que se gasta mucho dinero y sale desarreglada la división: porque algunos principales son muy interesados en que su casa quede en el pueblo antiguo, donde ejercen mucho poder, y no pase al pueblo que se funda nuevamente, donde no serán tan respetados; y para conseguir esto empeñan al alcalde mayor, y gastan cuanto tienen para conseguir su fin, con gran perjuicio de sus vecinos, que quedan

El Mararayap.—San Pablo de los Montes.—Relación curiosísima acerca de la antigua historia de este pueblo.—Su situación: particularidades del terreno.—Hechos famosos de dos PP. Franciscanos.—La hacienda de Calauang.—El español Salgado.

lejos de la iglesia sin tener en ello interés alguno, sino trabajos é incomodidades.

De este método ha resultado que sea muy difícil el fundar un pueblo nuevo en estos tiempos. El Rey manda en sus Reales cédulas que los indios se reduzcan á pueblos de cuatrocientos tributos cada uno en Filipinas; esta reducción se ha solido hacer á razón de quinientos tributos, que es lo que se ha creído necesario para la congrua sustentación de un párroco, y verdaderamente no debe haber un pueblo de menor número, si hay comodidad para ello, porque los servicios personales molestan mucho á los indios cuando el pueblo es corto; pero tampoco se deben permitir pueblos grandes cuando la gente está muy lejos de la iglesia. Del pueblo de Batangas nos dijeron que se extiende por la banda de Rosario de tres á cuatro leguas, y que los indios no pueden oír misa el domingo si no van de antemano al pueblo el sábado por la tarde. Entre el pueblo de San José y Táal hay cuatro ó cinco leguas de camino: entre Táal y Bauang anduvimos nosotros tres leguas llenas de casas. Estos pueblos han crecido extraordinariamente; pasan todos tres de dos mil tributos: ¿qué inconveniente hay en hacer un pueblo en cada una de sus medianías para facilitar á los indios la civilización y para que los párrocos puedan bien administrarles los Sacramentos, y ellos cumplir con las obligaciones de cristianos? Antiguamente no era necesario más, para un acto como este de policía y buen gobierno, sino que el provincial, de vuelta de visita, dijese al gobernador que convenía hacer esta nueva fundación: al presente es preciso formar un expediente en el Gobierno y pagar derechos triples, por ser asunto de comunidad. Se da vista al fiscal, se envía á oficiales reales y al asesor, y son necesarios mucha paciencia y cau-

dal, para que al cabo de muchos años se decrete la fundación. Se aparenta el servicio del Rey, la utilidad de los indios; pero la realidad de todas estas disposiciones son los derechos que se perciben, y nunca se funda un pueblo sino cuando quieren los principales de algún barrio, los cuales piden contribuciones á los otros indios para seguir el expediente; á veces se las gastan, y no sale la decisión hasta que algún indio bueno percibe la plata que resta de gastar en los derechos del proceso, y la emplea en él sin guardársela para sí, como suelen hacer otros apoderados. Los gobernadores quieren remediar este abuso, pero les es preciso seguir las formalidades de los deseos de sus antecesores.

Este día lo tenían destinado los de San José para celebrar la fiesta del *Corpus*, que se trasladó cuando estuvimos nosotros allí, porque no nos podíamos detener más. Cuando llegamos, ya se habían acabado los divinos oficios, y no tardaron en salir á acabar la comedia de que hablé en el capítulo III; duró hasta la tarde, y concluída nos fuimos á dormir á Lipa. Á nuestra salida estaba presente toda la gente del pueblo, que había estado viendo la comedia al sol todo el día, y dieron grandes muestras de sensibilidad y afecto las personas que nos habían tratado; se deshacían en lágrimas, y nos daban unos tiernos adioses que enternecían á muchos de la comitiva. Algunos creen que estas señales de sensibilidad que dan los indios son fingidas, porque se olvidan en breve de unos motivos que parece debían hacerles mucha impresión cuando les hicieron derramar tantas lágrimas, si éstas fueron verdaderas. Yo pienso que se engañan, y que no consideran que el indio reflexiona poco sobre lo pasado y lo futuro, por lo cual hacen en ellos mucha impresión las pasiones, aunque dura

poco, porque se desvanece al momento que otro objeto causa en ellos igual conmoción y sensibilidad. En Lipa manifestaron las gentes el mismo afecto por la noche, cuando se despidieron, porque debíamos salir al día siguiente temprano. El día 6 emprendimos por la mañana el viaje de Tanauan: á la mitad del camino renovamos la memoria del volcán, al ver aquel monte que nos había causado tanta admiración. Después de haber andado una legua de despoblado, empezamos á encontrar casas, que nos dijeron era el barrio de Payapa, perteneciente al pueblo de Lipa, y volvimos á detestar la poca policía que hay en la repartición de los pueblos y en el amojonamiento de sus respectivas jurisdicciones.

Este barrio está cerca de Tanauan y muy distante de Lipa; hay que pasar un despoblado de una legua antes de llegar á las primeras casas que se extienden á más de otra media legua de distancia de la iglesia. ¿Cómo pueden estas gentes asistir á misa y á los divinos oficios? Es preciso que vivan como bestias en sus sementeras, sin acordarse de que son cristianos, por la mala política de los que mandan, y por el interés de los que perciben los derechos de los procesos que se forman para las nuevas fundaciones. Los más de los pueblos que se han fundado en estos últimos tiempos tienen este mismo defecto.

Los de Tanauan, que no habían pedido su cumplimiento al General cuando pasamos por allí, por ser de noche, nos estaban esperando en medio del pueblo en una plazuela con todos los preparativos necesarios para echar la loa que tenían dispuesta. La dijo un indio bien parecido y vestido á la española, y se redujo á hacer el elogio del General, en verso, en el idioma castellano. Acabada la loa nos llevaron al convento con el acompañamiento acostumbrado en los demás

pueblos, y de allí á poco sacaron una comedia bastante regular para nosotros, pero de tan poca consideración para los indios, que no merecía el nombre de comedia entre ellos. Era una tragedia española antigua, que podía haberse representado en tres horas; pero como la lengua tagala y el estilo de los indios es muy difuso, y los actores hablan muy despacio, duró cinco horas. Los naturales llaman á esta escena *muntling-coloquio*, esto es, pequeño coloquio, porque como son apasionados por lo ostentoso y extraordinario, estiman en poco lo que no da un gran golpe á la vista. Si la comedia no tiene tres ó cuatro reyes, muchos príncipes y princesas, muchos actores que ellos llaman personajes; si no hay tramoyas, como águilas que se aparecen, leones, osos ú otros animales, que quieren devorar á un hombre, y si no hay apariciones ó milagros, tienen por mala la comedia; de modo que más gustan de satisfacer la vista que el oído.

Acabada la comedia, salimos á ver el pueblo: está sito en una hermosa llanada; salen de él varias calles que están llenas de casas y se extienden hacia las sembraderas, donde vive la más de la gente cuidando de sus huertas. El número de tributos que están esparcidos por toda su jurisdicción asciende á mil, poco más ó menos. Tiene una iglesia y casa parroquial de piedra, bastante aliñada y con retablos muy buenos, semejantes á los de Lipa, poco recargados de aquellas molduras raras y extravagantes que se ven en las demás iglesias de las Islas. La iglesia es muy pequeña respecto á los feligreses que tiene, y costó mucho trabajo el fabricarla, por la desunión que ha reinado en este pueblo desde su traslación el año de 1754: cuando reventó el volcán quedaron destruidos Salá y Tanauan. Las gentes de estos pueblos fomentaron

var el agua de este río por un canal navegable, y de este modo unir la navegación de las dos lagunas. No es necesario romper monte ninguno, ni se halla en todos estos parajes cosa que pueda impedir ó destruir esta obra. La mayor dificultad está en hacer la presa; pero no es cosa tan insuperable, porque ya han hecho algunos particulares en sus haciendas presas de tanta ó mayor consideración.

Los gastos que se podían hacer en esta obra se recompensaban muy bien con las muchas leguas de terreno que podían regar con ella. Aunque no resultara más utilidad, el mucho arroz que se sacaría de una gran porción de tierra que está ahora inculta y baldía, sufragaría abundantemente á las expensas que se hubieren hecho; pero las utilidades serían mucho mayores, porque se conseguiría un comercio fácil con las islas de Marinduque y Mindoro, y se podían llevar de ellas á Manila sin riesgo de moros, no sólo los efectos que se acostumbran á llevar ahora en galeras, sino las muchas maderas de que abundan estas dos islas. Los pueblos playeros y toda esta provincia podrían tener con Manila el mismo comercio que mantiene la Pampanga, que no dista menos de la capital, y sólo tiene la ventaja de poder llevar por agua sus mercaderías: se plantaría en Batangas caña dulce y se sembraría mucho añil, renglones de los que no se aprovechan por los gastos de su conducción. Es increíble la dificultad que hay en estas Islas para conducir por tierra cualquier cosa; como las gentes no están acostumbradas á la arriería, y no hay mulas, sino unos débiles caballos para carga, cuesta mucho este género de conducción. El llevar un pico de trigo desde Tanauan á Calamba, que no dista tres leguas, importa más que el conducirlo de allí á Manila, que hay diez ó doce leguas de navegación. Ade-

que hay en ella, del que se coge poco ahora, porque los pueblos están muy retirados de sus playas. Las gentes de estas nuevas poblaciones se dedicarían sin duda á la pesca, y surtirían de esta especie á San José, Lipa y Tanauan, que padecen grande carestía de pescado, que los obliga á vivir bastante miserablemente, por ser ésta la comida más acomodada á su paladar, y no tener donde comprarla. En Tanauan hay alguna más abundancia que en los otros pueblos, porque lo llevan de la laguna de Bay, particularmente los martes, día en que hay una especie de feria que llaman *tiangui*, á que acuden de otros pueblos para vender sus efectos y proveerse de lo que necesitan para la semana.

El terreno de Tanauan es alto, pero tiene hermosas llanadas, y todo él no es tan fragoso que no sea á propósito para producir arroz, trigo, patani, mongos, frijoles, camotes y todo género de raíces, de las que se sustentan los indios. De todo esto se coge en abundancia, no sólo para el sustento del pueblo, sino para vender en Manila. En las huertas hay mucho café, pimienta, cacao, cachumba y todo género de frutas. Este terreno se podía mejorar mucho haciendo una presa en el río que pasa junto al pueblo, y regando por medio de esto gran parte de su territorio. Este proyecto podía ser más vasto, y hacerse aquí un canal que juntase la laguna de Bay con la de Bombón. El río de Tanauan entra en la laguna de Bay, y aunque es algo caudaloso, no es navegable, porque lleva bastante corriente; un canal con una ó dos esclusas podía remediar este inconveniente, y la obra no sería muy costosa, pues apenas sería necesario abrir dos leguas y media de terreno. Desde el mismo río á la laguna de Bombón no hay más que una legua de terreno llano, y por medio de una esclusa se podía lle-

var el agua de este río por un canal navegable, y de este modo unir la navegación de las dos lagunas. No es necesario romper monte ninguno, ni se halla en todos estos parajes cosa que pueda impedir ó destruir esta obra. La mayor dificultad está en hacer la presa; pero no es cosa tan insuperable, porque ya han hecho algunos particulares en sus haciendas presas de tanta ó mayor consideración.

Los gastos que se podían hacer en esta obra se recompensaban muy bien con las muchas leguas de terreno que podían regar con ella. Aunque no resultara más utilidad, el mucho arroz que se sacaría de una gran porción de tierra que está ahora inculta y baldía, sufragaría abundantemente á las expensas que se hubieren hecho; pero las utilidades serían mucho mayores, porque se conseguiría un comercio fácil con las islas de Marinduque y Mindoro, y se podían llevar de ellas á Manila sin riesgo de moros, no sólo los efectos que se acostumbran á llevar ahora en galeras, sino las muchas maderas de que abundan estas dos islas. Los pueblos playeros y toda esta provincia podrían tener con Manila el mismo comercio que mantiene la Pampanga, que no dista menos de la capital, y sólo tiene la ventaja de poder llevar por agua sus mercaderías: se plantaría en Batangas caña dulce y se sembraría mucho añil, renglones de los que no se aprovechan por los gastos de su conducción. Es increíble la dificultad que hay en estas Islas para conducir por tierra cualquier cosa; como las gentes no están acostumbradas á la arriería, y no hay mulas, sino unos débiles caballos para carga, cuesta mucho este género de conducción. El llevar un pico de trigo desde Tanauan á Calamba, que no dista tres leguas, importa más que el conducirlo de allí á Manila, que hay diez ó doce leguas de navegación. Ade-

más de esto, los puercos, aves, frutas y cocos, que no pueden extraerse de esta provincia por no haber medio de llevarlos á la capital, podrían abaratar mucho estos géneros en Manila, pues estando corriente la navegación, no habría inconveniente en llevarlos como se llevan desde la Pampanga. Pero este género de obras requeriría que hubiese más españoles en Manila, y que no colocasen su felicidad y riquezas en el barco de Acapulco, sino en las producciones de la tierra.

Á un lado de Tanauan está el gran monte de Mararayap, que quiere decir lugar de limones. Es un monte grande, aislado y sin conexión con monte alguno: al N. de él se levanta un pico que llaman los indios *Susong cambing*, que quiere decir teta de cebra, por la semejanza que tiene con ésta. Dicen algunos que hay en este monte minas de cobre, pero nadie ha tratado hasta ahora de beneficiarlas.

Á la falda del monte Mararayap, en la banda opuesta á Tanauan, está el pueblo de San Pablo de los Montes, perteneciente á esta provincia: tiene un hermoso convento é iglesia de ladrillo fabricado en el mismo pueblo. Antiguamente pertenecía á la provincia de la Laguna, hasta que el Sr. Arandía lo agregó á la de Batangas en el año de 1756; se cree que en los principios fué visita de Bay, pero el año de 1586 consta de la historia de Fr. Gaspar de San Agustín, que los PP. Agustinos lo recibieron por convento, y se puso en él un religioso para que cuidase de la administración de los cristianos. De este pueblo he hallado una relación de un religioso que estuvo allí, y quiero trasladarla al pie de la letra, porque es algo curiosa; dice así:

«Este pueblo era muy grande en lo antiguo, pero le han desmembrado mucho para levantar los pue-

blos nuevos colaterales de Lipa, Rosario, Santo Tomás y otros, y por esto le quitaron las tierras y sitios de Panghayaan, Mamutha, Galanum, Palacpaguin, Bitin-Olila, Cococ y otras varias que poseen los dichos pueblos. El principal ó cacique que mandaba en San Pablo era el viejo Gat Paguil, que quiere decir Don Paguil. El cacique Gat Pulintan reinaba en los sitios de Bulaquin hasta el Magsalacot, y desde el río Labasin hasta Panghayaan, que hoy es de Batangas, y siempre estaba en guerra viva con sus vecinos; este dicho cacique dejó fama de muy valentón. Desde Macupa hasta Galanum reinaba el cacique llamado Gat Sungayan, gran cazador de venados y jabalíes. Desde el sitio de Lomot, Palacpaguin y Bitin-Olila hasta el Cococ, que hoy es de Santo Tomás, reinaba el cacique llamado Gat Salacab. Estos cuatro caciques eran señores de dichos sitios, por derecho de fuerza y conquista; de naturaleza eran mestizos de *borney* y de *negrita* ó *aeta*, que en su lengua antigua llamaban *daihagan* á este género de mezcla. Ninguno de éstos se quiso rendir al Rey ni convertir á la fe, y por esta razón no gozan sus descendientes de privilegio alguno. Los *aetas* de San Pablo eran los más antiguos dueños y naturales de estas tierras, y aun cobraban un tributo por ello hasta poco há. El español D. Gabriel Montoya, soldado de Legazpi, fué quien sujetó á estos pueblos y puso un fraile agustino ministro, y por primer gobernador de San Pablo en nombre del Rey de Castilla, puso al principal D. Bartolomé Maghain; el segundo fué D. Cristóbal Somanglit; el tercero D. Bernabé Pindan, todos cristianos que ayudaron mucho á la conversión. El tercero hizo sangrar una laguna y socavar el río de Palacpaguin, que es el que da los excelentes pescados llamados *baculi*, y mucho camarón. Este mismo era pariente muy cer-

cano del cacique D. Agustín Maglansagan, señor y fundador del antiguo pueblo y cabecera de Bay, distante cuatro leguas de San Pablo, y también de su hermana Ladia, señora y fundadora del pueblo y cabecera de Calilaya, que después se trasladó á Tayabas, y creció hasta la altura en que lo vemos y admiramos hoy día.»

San Pablo está en sitio muy alto, alegre y sano, en la falda del monte llamado San Cristóbal, y otro llamado Banajao ó de Tayabas, ambos muy altos: de su falda occidental bajan más de catorce torrentes de agua dulce para regar sus campos y sementeras, y algunos de ellos pasan por dentro del pueblo y de la sacristía, pero hacen los indios poco uso de esta conveniencia. También ha dado tierras San Pablo á los pueblos de Bay, de Pila, de Nagcarlang y otros, por donde se conoce su antigua grandeza y extensión. En lo moderno sólo tiene como mil y quinientos tributos y como siete mil almas: entre los dos montes dichos viven muchos negritos ó aetas que se mantienen de la caza, algún oro que sacan en polvo de los lavaderos y hermosas maderas que cortan y venden á los tagalos. El terreno de este pueblo es por lo común fuerte, grueso de meollo, con mezcla de arcilla y de greda, por lo cual se hace pegajoso en lloviendo, y se forman grandes lodazales y barrancas difíciles de transitarse por el invierno. Á la banda del SE. tiene otro monte más largo y no tan alto, en donde se coge mucha cera, miel, maderas y caza. Este monte, llamado Mararayap, y que ya nombré antes, se hizo famoso desde que allí hizo vida anacorética un P. franciscano descalzo, cuya vida ejemplar y exhortaciones cuando bajaba á este pueblo están muy en la memoria de los indios viejos, y una cruz grande que traía á cuestras se conserva con sus letras latinas en este

convento de San Pablo. Otro franciscano, llamado Fr. Lorenzo de Santa María, hizo viaje por estos dos montes altísimos con el motivo de reducir y bautizar á los negros ó aetas; pero poco ó nada se ha logrado. Fué administrado este pueblo por los religiosos Agustinos hasta el año de 1793 que se entregó á los Franciscanos, juntamente con el pueblo de Tiaong, que está á dos leguas de él, y pertenece á la provincia de Tayabas. Los frutos industriales y naturales de este pueblo son arroz, trigo, mongos, patani, frijoles, cacao, pimienta, café, ajos, cebollas, buyo, caballos, carabaos, vacas, puercos, gallinas y otras aves, raíces y hortalizas que hay comúnmente en toda la provincia. En el monte he hallado nuez moscada, pero es muy inferior á la del Maluco; si se beneficiara, mudaría mucho de condición, y acaso sería buscada y apetecida. Abunda este pueblo de todo género de palmas, particularmente de cabo negro, y en otros tiempos tenía el Rey allí cordonería; ahora se les ha acabado á los naturales este ramo, porque no hay quien lo compre, y toda su industria se reduce á unos pocos tejidos de abacá y algodón. En el territorio de San Pablo, camino de la Laguna, está la hacienda de Calauang, donde un español dueño de ella, llamado Salgado, trató de beneficiar el añil y la canela; era aquel hombre muy afecto de proyectos y gastó su cantidad en fomentar varios ramos que podían dejar mucha utilidad á las Islas; mas por una fatalidad, era tan caviloso, que al momento levantaba un pleito; fué conocido toda su vida por pleitista, y en su muerte fué necesario formar un expediente para enterrarlo; estos pleitos fueron causa de que se desgraciasen todos sus proyectos, juntamente con el poco afecto que tenemos todos los españoles á nuestras cosas: yo probé la canela de esta hacienda y me pareció muy bue-

na; pero todos se empeñaron en que nada valía, y no tuvo salida alguna: de modo que los herederos de Salgado han abandonado este ramo. La Real Compañía ha arrendado esta hacienda para fomentar la agricultura.





CAPÍTULO VIII

LA provincia de Batangas confina por el N. con el partido de Cavite y la provincia de la Laguna, por el E. con la de Tayabas, y lo restante está circundado de la mar. Tiene diez parroquias y dos visitas ó iglesias dependientes de la parroquia principal. Su cabecera es el pueblo de Batangas, que da su nominación á toda la provincia, como se la daba en otro tiempo el pueblo de Táal cuando era cabecera, aunque propiamente se llamaba de Comintang. Su terreno es alto, lleno de cuevas y de lomas, grueso de meollo y capaz de producir todos los frutos que se encuentran en las demás islas. Produce bastante arroz para el consumo de sus naturales; pero la cosecha es aventurera, porque no se ha hecho presa alguna para sacar el agua de los terrenos por que pasa

Materias que abraza el capítulo VIII.—Descripción general de la provincia de Batangas.—Confines.—Número de parroquias.—El terreno y sus producciones.—Animales.—Los batangueños.—Viviendas.—Trajes.—Comidas.—Comercio.—Cultivo de arroz.—Ocupaciones ordinarias de las mujeres.—Casamientos.—Antiguas prácticas.—Entierros.—Supersticiones.—Curiosas citas que se hacen de la *Práctica del Ministerio*.—La circuncisión.—El eclipse.—El bienestar de los indios.

y regar muchas llanadas que se podían cultivar como las demás tierras de regadío que hay en otras partes. He visto torrentes tan someros, que podían regar muchas tierras sin ser necesario hacer presas, con sólo el trabajo de dirigir el agua, y los naturales no se aprovechan de este beneficio que les ofrece la naturaleza; muchas veces les he reprendido por su desidia, poniéndoles ejemplos de otras provincias que riegan sus arrozales, y me han respondido siempre que como no están enseñados á este género de cultivo del arroz, se enferman todos los que quieren ocuparse en él. Sea como fuere, esta desidia ó imposibilidad de procurarse tierras de regadío es causa de que se padezca hambre muchas veces en esta provincia y de que los indios hagan su sustento ordinario de raíces, que no están acostumbrados á comer tan á menudo y en lugar de pan, de que después ha resultado alguna vez una general epidemia.

También se coge en esta provincia mucho trigo, borona ó *mijo*; maíz que, en tiempo de hambre y carestía de arroz, es de mucho consumo entre los naturales; sagú, ubi, gaby y otros mil géneros de pan que sacan del corazón de varias plantas. De mestrucas hay muchas, como mongos, patani, frijoles blancos y negros de seis especies: hay muchos ajos, cebollas, cacao, café, pimienta, cachumba, achote, *culantro*, *ants*, *jengibre*, *apasotis*, tomates, pimientos, mostaza, *verdolagas* y otros muchos géneros de verduras llamadas en la tierra *gulay*, como calabazas blancas y coloradas, pepinos, berenjenas, *amargoso* ó *balsamina* y otras. De frutas hay muchas: cocos, pajos, mangas, *cajeles* ó naranjas, nancas, limones de varias especies, tampoyes, *guayabas*, balimbines, camias, papayas, granadas, santoles, ciruelas, mabolos, ates, anonas, plátanos de catorce especies y otras

muchas frutas silvestres que no conozco. De flores de jardín se encuentran el tornasol, la *rosa de Alejandria*, claveles (si los plantan), *camantiguís*, *manzanillas* ó *rosas del Japón*, *santanas*, *rosas de China*, *sampagas*, rosas de España, la *gumamila*, la flor de *ilang-ilang*, la del *calachuchi*, lirios, azucenas matizadas, *quilités* de mil colores, la *buenavista* ó *saguilata* y otras infinitas; pero en los campos hay clavellinas hermosísimas, azules, blancas, amarillas y de todos colores y olores. Y si se plantaran aquí todas las de España y de la América, se darían muy bien, como lo tengo experimentado en Manila.—Dice Hipócrates que donde hubiere estas flores no puede haber melancolía.—De hierbas medicinales todas cuantas trae el *Hortus malabaricus* las he visto aquí muy lozanas y hermosas: el romero, la ruda, la salvia romana, el hinojo, la tala; albahaca de mil especies, el *pandacaque*, la higuierilla del Infierno, el *agonoy*, hierba de Santa María, el *lagundi*, el *solari*, el *loco-loco*, la cinco Llagas, la flor de Pasión, la *sabila*, *culantrillo*, grana, *llantén*, siempreviva, lengua de perro, te silvestre, y todas cuantas pone el famoso arte del P. Clain, se dan aquí con primor y ventaja, y otras infinitas, molestas de escribirse solamente. Pero al mismo tiempo no puede negarse que hay hierbas de un veneno muy activo. Las hay también muy pestíferas y hediondas, que no se puede pasar junto á ellas; también aquí hacen unos aceites medicinales del ajonjolí y de la higuierilla del Infierno, y de otras, especialmente de los cacahuets, cuya paja guardan para comer los caballos. De la tuba de la higuierilla hacen cirios para alumbrarse; con el *gogo* hacen jabón y con alguna otra planta. Hay un género de *juncia*, del cual sacan mecha para los candiles y lámparas; en Manila la llaman *timsín*, y este mismo zacate es bueno para los

caballos, con otros mil que hay en los ríos. Y, finalmente, con las malvas y otras plantas hacen sus bebidas para los enfermos, y con el cuerno de venado, calcinado al fuego, hacen sus cordiales muy buenos; de todo lo cual saben los herbolarios y mediquillos que por aquí abundan; ¡ojalá no fueran tantos! Este es punto que merece la atención de los superiores. Los árboles de madera son el ébano, el *anóbing*, el tándalo, la *narra*, el tamarindo, el palo-Maria; *sibucao*, para tintes; camachiles, para curtir cueros; *molave* de tres especies, *baticulin*, *banabá*, *lanete*, *mangachapoy*, que da incienso, y otras mil que sirven para construcción de navíos, edificios y máquinas.

De animales, hay búfalos ó carabaos, así mansos como monteses, vacas, caballos, puercos domésticos y de monte, venados, gatos comunes y gatos monteses. Se dan bien las cabras y ovejas de España, pero se han aumentado poco, porque los perros, enseñados á la caza de venados, matan sus hijos si no se tiene mucho cuidado de ellos. De aves, hay gallinas, gansos, patos, palomas caseras, y las de monte son de seis especies con diversos colores y manchas. Hay loros verdes y *cacatuas* blancas con copete. Hay *culines* que hablan bien si les enseñan; hay tordos, codornices, *culasisis*, *balicacaos* y otros; pero los pájaros cantores son la oropéndola, el *cásay-cásay*, el martín-pescador, el solitario, *mayas* de costa, el *domínico*, golondrinas y otros varios que yo no conozco; el *cálao* da unos gritos de noche que aturden; las lechuzas son de varias especies; los gavilanes y milanos acaban con los pollos, y los cuervos con las frutas; hay murciélagos tan grandes como gallinas, que es buena comida, y murciélagos caseros. Tampoco falta música de noche en los caminos, pues los árboles están llenos de grillos y otros gusanos, que están

cantando toda la prima noche, y luego suceden las aves nocturnas, que prosiguen el canto de *Laus perennis* hasta que sale el sol. Esto es por la primavera, pues por el invierno todo el mundo guarda silencio. Los pájaros, dice San Agustín, causan notable recreo al hombre con su vista, su canto, su agradable compañía y con su casa. De pescado está muy escasa esta provincia, porque los indios no se atreven á salir á la mar por miedo de los moros. En los pueblos playeros se coge algún pescado en las barras; en Táal el atún y longmalogco ó sábalo, y en San Pablo de los Montes, en una laguna, se da el baculí, que es un pescado pequeño, pero muy delicado, y algunos camarones y *dalag*.

Los habitantes de esta provincia son indios; hay algunos mestizos chinos, japoneses y españoles, todos los cuales son algo más blancos que los indios y de mejores facciones, á excepción de los ojos, que los mestizos de chino los tienen muy pequeños, feos y como cosidos por los lados á manera de ojales; pero los indios tienen unos ojos grandes, negros y muy hermosos; en lo demás son feos, pues tienen el color aceitunado ó de membrillo cocido, la nariz chata y el pelo lacio. La estatura es regular, y hay muchos de ellos bien formados; en particular las mujeres tienen la figura del cuerpo tan hermosa, que algunas podían servir de modelo á los mejores tallistas. Estos indios pertenecen á la nación tagala, que se cree descende de Malaca, de donde sin duda pasaron los indios á Borney, y de Borney á las Islas Filipinas, al río de Manila, por cuyo motivo se llaman tagalos, término que en su idioma significa el que vive en el río, y de allí se esparcieron por la laguna de Bay y esta provincia de Batangas. Esto se refiere al origen inmediato de estas gentes, porque es muy

difícil de saber el primer origen de los indios si se atiende á su idioma, que es el que más prueba en este asunto. El idioma de estas provincias es el tagálog, uno de los dialectos de una lengua madre que se habla en casi la mitad del mundo desde la isla de Madagascar, que está cerca de África, hasta la isla de Pascuas, que no dista seiscientas leguas de la América meridional; en todas las islas del mar del Sur, en la tierra Austral ó Nueva Guinea, y en las islas de Sandwich, como no se puede dudar después de los viajes de Kook y Mr. La Pérouse, tienen un mismo origen, supuesto que hablan los dialectos de una misma lengua. Si decimos que descienden de los malayos, ¿cómo podremos componer su traslación á la isla de Madagascar, al Oriente, y á la isla de Pascuas, al Occidente? Por otra parte, Malaca es una península, y ninguna nación del continente que está cerca de ella habla su lengua, y así no la debemos considerar como un continente, de donde salieron los pobladores de las islas del mar del Sur, sino como una isla que fué poblada por otra, de la que se cree comúnmente que recibió Malaca sus pobladores. En mi *Historia*, capítulo II, he dicho que en Chile se habla acaso la misma lengua que en estas Islas, y que pudieron venir de allí sus pobladores, extendiéndose por todas las islas del mar del Sur navegando viento en popa con los estes que corren generalmente por toda la zona tórrida, como ha sucedido varias veces desgarritándose con algún *baguio*. Pero ¿cómo se pobló el reino de Chile? Este es uno de los misterios de la naturaleza que no es fácil de averiguar.

Las casas son bastante cómodas, de caña, y las hay también de tablas muy regulares. Generalmente encajan seis maderos en la tierra, sobre los cuales forman un techo de caña y lo cubren con una hierba

larga llamada cogón, de que abundan todos los campos; es de bastante duración y defiende bien de las aguas, aun en tiempo de los huracanes más furiosos, con tal que se tenga el cuidado de afianzarlo bien con tiras de cañas abiertas á lo largo, á fin de que puedan abrazar la mayor parte del techo é impedir que el viento levante el cogón para arriba. En la medianía de los maderos se planta un piso de caña ó tabla, según la posibilidad del que fabrica la casa; los lados se cierran de tabla ó de un enrejado de caña, sobre el cual se pone la misma hierba, dejando siempre ventanas por los lados de la casa. De este modo se procuran un cuadrilongo, en el cual hacen un atajo y les queda una salita cuadrada y un cuarto pequeño, donde guardan sus ropas y todo aquello que pueda ofender á los que entran en la casa. Después hacen otra casa semejante á ésta, la pegan á ella misma por la banda donde está la puerta de la sala, por lo cual la llaman *saclob* (en español pasadizo); colocan la cocina, que es otra casa más pequeña, pero de la misma fábrica: de modo que cada casa viene á ser tres casas unidas; y para que el agua que cae de los tejados no se meta dentro, ponen una canal entre tejado y tejado; por ella corre el agua y sale fuera de la casa; esta canal suele ser de alguna palma. La escalera suele estar en el pasadizo, que es el que tiene comunicación con la cocina y la sala, porque está entre las dos; además de esto suelen poner otros cuatro maderos, y encima de ellos, al andar de la cocina, un piso de caña para hacer lo que llaman *batalán*, que es donde friegan los platos, lavan la ropa y se bañan.

El vestido de los hombres es una camisa que les llega hasta un poco más abajo de la cintura, y la llevan suelta por encima de los calzones, que son muy

anchos, á manera de los que usan los valencianos que venden agua de cebada en España; son siempre azules ó encarnados; la camisa es de cualquier color menos verde, que jamás se usa; á la cintura llevan un cordel como pretina, al cual traen colgado un machete que llaman *gúloc*, y al cuello algún rosario de oro, cadena ó escapulario del Carmen, y un paño rodeado en la cabeza á manera de turbante, ó un sombrero de palma ó de *nilo*, que es un junquillo que se cría en algunas provincias, muy correoso y muy propio para el destino que le dan. Los principales suelen añadir á este traje una chupa, y muchos de ellos, los días de fiesta, se visten á la española. Las mujeres usan una camisa que les llega á la cintura, ancha de mangas y cerrada por el pecho por la decencia; una saya, semejante á las sayas españolas, y encima un *tapis*, que es una manta larga de un género bueno, en que se envuelven de medio cuerpo abajo, dejando la una punta afuera, colgando, á manera de rabo; en la cabeza se ponen un paño á manera de turbante, y para ir á misa una cobija á manera de mantilla, de color negro. Tanto hombres como mujeres cuidan mucho del pelo y lo untan con aceite oloroso; no usan de cinta para atarlo, sino que le dan un nudo y queda bien afianzado y con mucha propiedad, no obstante ser el pelo muy grueso y tan largo que generalmente les llega á las pantorrillas, y he visto mujer á quien la arrastraba. Andan descalzos unos y otras, y sólo para fuera de casa se ponen *chinelas*, que es una suela cubierta un poco hacia la punta, donde meten los dedos, y á veces el dedo pequeño suele quedar afuera por no haber bajo la cubierta. Estas chinelas suelen estar bordadas de hilo de plata y oro, y les agracia mucho. Además de todo esto usan rosarios, cadenas, escapularios, manillas ó

brazales, sortijas y pendientes de oro con bastante profusión. El todo de este traje parece muy feo, hasta que se hace á él la vista; con el tiempo se percibe en él una gracia muy particular; es muy á propósito para encubrir la negrura de las indias y para manifestar la hermosura del talle que generalmente tienen todas ellas, y con otro cualquier traje parecen mucho peor.

Para comer, ni se sientan en alto, como los españoles, ni en el suelo, como los turcos; tienen unas mesitas de un palmo de altas, y puestos en cuclillas, esto es, sentados sobre sus mismas pantorrillas, alrededor de aquéllas comen juntos hombres y mujeres. Esta postura nos sería á nosotros muy incómoda; pero los indios están tan habituados á ella desde su infancia, que permanecen horas enteras sin cansarse en esta situación. Á veces comen todos en un plato, pero en otras ocasiones cada uno tiene su vianda en plato separado; y sólo el arroz, que ellos llaman *morisqueta*, y es lo que les sirve de pan, está en un plato común, de donde toma cada uno con la mano lo que necesita, lo echa en el plato donde tiene su vianda separada, que llaman *ilam*, lo mezcla bien con los dedos y se lo va comiendo sin valerse de otro instrumento que su mano. Esta práctica es algo sucia y desagradable á los que la ven; es verdad que tienen siempre el cuidado de lavarse los dedos antes y después de comer, con lo cual hacen algo menos desapacible esta acción. La comida ordinaria de estas gentes es la morisqueta con un poco de sal, y si no la tienen, se sirven de una hoja de un árbol que, machacada, tiene un ácido como el vinagre. Los principales suelen añadir un plato de legumbre cocida en agua con sal, pero sin manteca ni otro equivalente; algunas veces añaden carne de vaca, búfalo ó *tapa*

de venado, que es el venado salado ó seco al sol, ó algún pescado, que por lo común es salado y adobado de un modo bastante desagradable para el que no está enseñado á comerlo, al cual pescado, compuesto de esta manera, llaman *bagong*. En las funciones grandes matan vacas, puercos y aves, y comen extraordinariamente en estas ocasiones. En todo lo demás del tiempo, su comida es de muy poca substancia, porque al arroz ó morisqueta no se le echa ingrediente alguno: se cuece con poca agua, y antes de que los granos se peguen unos á otros, está en su punto para comerse, y es tan desabrida, que los mismos indios no la pueden comer si no mezclan sal ó algún ácido ó fruta, ó maíz cocido ó asado, que es el modo como lo comen, pues no han querido acomodarse á hacer tortillas de él, como los indios de la América, y usarlo en lugar de pan.

Con esta comida frugal gozan de una buena salud y viven muchos años. Es muy común ver indios que tienen biznietos y tataranietos, como llaman en algunas partes á los hijos de los biznietos. Sin embargo, no faltan algunas enfermedades: el crecer una papada deforme en la garganta es peculiar de esta provincia; nace sin duda de la crudeza de las aguas, pero se vive largo tiempo con esta incomodidad y nadie muere de ella. En pasándosele al indio la hora de comer suele darle un hambre que ellos tienen por enfermedad, y lo es tan verdadera, que por lo común mueren dentro de pocos días. El único remedio que se ha hallado contra esta enfermedad es tomar mucha miel de abejas, particularmente en ayunas. También da, tanto á hombres como á mujeres, una especie de mal de madre, que ellos llaman *subasuba*. En los hombres es enfermedad muy peligrosa; en las mujeres no corre riesgo la que la padezca, á no ser

que esté recién parida, pues en este caso es muy rara la que sale del peligro y no muere á los dos ó tres días, y á veces antes de dos horas. Se suele adolecer de tercianas en esta provincia, y los indios que vienen á ella de las cercanías de Manila las padecen por lo regular. También suele haber tabardillos, que los indios llaman *pasmo*, aunque no son muy peligrosos, como todo género de calenturas inflamatorias, de las cuales rara vez se muere, aunque yo vi, recién llegado á esta provincia, en el año 1786, una epidemia de esta clase de calenturas, durante la cual murió mucha gente. La enfermedad de que generalmente se muere en esta tierra, así como en las demás provincias de estas Islas, es de un desentono de las fibras, de que resultan evacuaciones, de que no se cura casi nadie en Filipinas, pues casi todos, tanto españoles como indios, mueren de ellas.

El comercio interior de esta provincia se hace con las producciones arriba referidas. Se extrae para otras partes trigo, mungo, frijoles, patani, ajos, cebollas, cachumba, achoete, pimienta, cacao, café, vacas, caballos y algunos tejidos. Con el importe de estos géneros sacan los indios lo suficiente para pagar su tributo para los estancos y los géneros que reciben de afuera de la provincia. El tributo que pagan los 14 ó 15.000 tributos de indios que hay en esta provincia, y 451 tributos de mestizos chinos, á razón de 5 reales y medio cada persona, y el duplo por lo que hace á los mestizos, asciende á 21.579 pesos 7 reales anuales; los estancos de vino, tabaco, bonga y gallos reditúan poco, porque hay muchos contrabandos de las embarcaciones que arriban de Visayas á estas playas; y como los indios están esparcidos por la sementera, y lejos de los lugares donde están las tiendas de los géneros que se venden en los es-

tancos, dejan muchas veces de comprarlos por no ir en busca de ellos, pudiendo más la desidia que los otros vicios. Las demás mercaderías que se consumen en esta provincia se reducen á algún oro, géneros de Costa y China, y al pescado seco y la sal que llevan los de Parañaque. En esta provincia se hace alguna sal en las playas, pero mala, pues cuelan el agua en arena y ceniza, y la lejía la ponen al sol en hojas de bonga y produce una sal muy mala, por lo cual los naturales compran la sal de Parañaque, donde se hace con toda propiedad como en Europa. No puedo decir cuánto importará el ingreso de dinero en esta provincia por los efectos que vende fuera de ella, pero sí se dice que ascenderá á 70.000 pesos; creo que el cálculo no estará muy errado.

Esta suma podía ascender á mucho más si los pobladores fueran más aplicados; pero son muy desidiosos, como los demás indios. Los hombres sólo se ocupan en hacer sus casas, llevar á Manila el pequeño comercio que hacen y labrar la sementera, en la que trabajan algo más que los de otras provincias. Aquí no se planta el arroz como en otras partes, sino que se siembra como el trigo en España; para esto es preciso cortar los árboles que hay en el terreno que se quiere sembrar, sacar las raíces y quemarlo todo junto con la hierba; después se ara la tierra dos ó tres veces, y finalmente se siembra. El primer año produce este terreno un ochenta por uno, por estar descansado y por la fertilidad que dan á la tierra las cenizas, como dice Virgilio: *Sæpe etiam steriles incendere profuit agros*; el siguiente año da menos, y poco á poco se va esterilizando tanto, que es preciso abandonarlo por cuatro ó cinco años y dejarlo descansar por otro tanto tiempo; y así la sabia ley de Indias, que ordena que la tierra que se deja baldía

por dos años pueda ser ocupada por el primero que quiera trabajarla, no tiene lugar en esta provincia, donde no se trabajan las tierras en cuatro ó cinco años, no por pereza del dueño, sino por necesidad. En las playas hay algunos arrozales, que se plantan y cultivan como en Biñang; particularmente en Balayán y sus visitas, casi todo el arroz que se coge se beneficia de este modo, lo que hace á estos pueblos bastante ricos, porque con menos trabajo cogen mucho más arroz que los demás. A esto se reduce la particular ocupación de los hombres; pues aunque también se emplean en la cosecha, es en compañía de las mujeres, que unos y otras son bien necesarios para recoger el arroz de esta provincia; porque se desgrana con facilidad y no se puede regar; es preciso que cada persona lleve una cesta como los vendimiadores en España, y en un dedo una navajita pequeña que sirve para cortar las espigas una á una é ir las echando en la cesta. Es tan engorroso este método de recoger el arroz, que el dueño de la sementera da á veces la mitad al que quiere ayudarle, y muchas veces no encuentra trabajadores con todas estas ventajas.

Las mujeres se ocupan en cuidar la casa, en hilar y tejer el algodón y el abacá, que se saca en otras provincias de un plátano silvestre. Son tan holgazanes como los hombres, y si se dedicaran un poco á los tejidos, más de 20.000 mujeres que hay en la provincia podrían surtir en gran parte al comercio de Manila para llevar á Acapulco en lugar de los géneros de Costa, y ahorrar las Islas muchos miles de pesos que nos llevan los extranjeros. Los hombres debían aplicarse también á este ramo, y se evitaría la ociosidad, madre de todos los vicios. El superior Gobierno ha encargado varias veces á los religiosos que

exciten á los indios á la aplicación de los tejidos y siembras de pimienta y otras producciones; pero ¿qué podrá hacer la elocuencia sola contra un vicio tan inveterado y casi natural? Cuando los indios experimenten más necesidades y se introduzca la costumbre de gastar más en el sustento diario, se dedicarán más á tejer; en el ínterin que se mantengan en el método frugal de vida que ahora abrazan, no hay que esperar muchos progresos de sus tejidos ni otro género de producciones. Para fomentar una provincia, además de esto es preciso limpiarla de ladrones, y la provincia de Batangas necesita que se la libre de esta mala raza, que se ha ido aumentando considerablemente desde trece años á esta parte, que no se hacen castigos ejemplares en estos malévolos. El año de 1786 fui yo á Batangas á aprender la lengua, y estaba tan llena de ladrones que nadie podía transitar de un pueblo á otro con dinero ó cosa que lo valiese, pues raro había que no cayera en manos de los tulisanes ó ladrones; que estaban tan insolentes, que al mediodía entraban en un pueblo y lo saqueaban, como sucedió en San José, en Tiaong y en Pagsanján, cabecera de la Laguna, estando allí un señor togado: se despacharon comisionados por todas partes, se hicieron algunos castigos, y luego fueron los indios entregando poco á poco todos los ladrones, lo que ejecutarían todos los días si vieran que se hacía justicia; y con sólo diez y siete hombres que de toda la provincia se ahorcaron en el pueblo de Lipa, quedó aniquilada toda aquella mala raza por dos ó tres años, hasta que viendo que no se castiga han vuelto muchos á su antiguo género de vida, muy acomodado á su pereza, pues les da de comer sin trabajar.

Los casamientos se hacen según el rito romano, pero en los preparativos hay muchas particularida-

des dignas de notar de un viajero. Para casarse no se piensa comúnmente en procurarse lo necesario para mantener la casa y los hijos que han de resultar del matrimonio; en teniendo lo suficiente para la boda, que es muy poco si no se tiene convite, se casan los más sin pensar en qué es lo que han de comer el día después de casados. Los padres mismos de los novios no suelen pensar en esto, porque dicen que *Dios cuidado*; pero nunca dispensan los padres de las novias el que se les sirva tres ó cuatro ó más años por su hija, y el que se ha de casar con ella tiene obligación de asistirlos todo este tiempo con su servicio corporal y remediarles en sus necesidades, regalarlos en ciertos días y llevar de comer á la gente que les trabaja la sementera. De aquí suele resultar á veces que los novios consuman el matrimonio antes de casarse. Bien pueden los padres de las novias temer esta desgracia, pero el interés puede más que todos sus temores. No faltan hombres que después de estar en cinta su novia la dejan burlada: los padres saben estos casos, pero todo lo vence la codicia: es verdad que una mujer á quien ha sucedido esto, no pierde tanto como en España, ni la suelen faltar pretendientes; pero regularmente siempre casa con desigualdad y pierde algo de su estimación. Entre la gente rica se acostumbra á dotar á la mujer por quien ha de ser su marido, y las dotes son de dos maneras: la una se llama *bigaysusu*, que es lo que se da á la madre por haber dado los pechos á la hija; ésta ya se usa muy rara vez; la otra, que es la verdadera dote, se llama *bigaycaya*, que se destina para que los novios se mantengan después de casados, aunque á veces se gasta casi todo en la boda y les queda muy poco. Más se recibe esta dote por vanidad que porque lo juzguen necesario para después

del casamiento, y así la novia á quien se señala mayor dote se tiene por de mayor su posición, porque se compró más cara. La edad en que comúnmente se casan en esta provincia es para las mujeres de doce á quince años, y para los hombres de catorce á diez y siete. Según Buffón, debían estas gentes haber degenerado mucho de la casta de los restantes hombres por casarse tan temprano; pero yo no hallé diferencia de ellos á los indios de otras provincias que se casan de veinte á veinticinco años, por lo cual creo que es falsa la regla de Buffón. Lo que sí es cierto es que este método aumenta mucho la población, porque las provincias de Ilocos y Batangas, donde se practica, son las que más crecen proporcionalmente: yo desearía que se extendiese por todo el mundo, pues los vicios se aminorarían mucho, porque me ha enseñado la experiencia que los que se casan de esta edad, como aun no están viciados, se contentan comúnmente con su mujer toda la vida; y los que están ya corrompidos antes de casarse, no se contienen en el matrimonio.

Los entierros se hacen en la iglesia ó en el cementerio, según el ritual romano, con la pompa correspondiente á su posición. Á los que pagan los derechos que están señalados al párroco por un arancel que está aprobado por el Sr. Arzobispo y la Real Audiencia, se le hacen los funerales que piden, pero á los que no pagan los derechos se les entierra con menos pompa, rezando y no cantando las preces que se acostumbran hacer en los entierros; porque si á todos se les tratara igualmente, ninguno pagaría nada, y no tendrían con qué mantenerse los ministros. Antes del entierro se juntan todos los parientes del difunto, y desde la hora en que murió no cesan de llorar ó relatar su vida en un tono lloroso hasta que

le llevan á enterrar. Después del entierro, al cuarto día, se juntan otra vez en la misma casa, rezan el rosario y suelen pasar allí toda la noche. En su infidelidad dejaban este día desocupado en la mesa un asiento y creían que lo ocupaba el difunto, y para persuadirse de ello esparcían ceniza por la casa, y al día siguiente hallaban en ella impresas las pisadas del muerto. Ya se deja ver que esto era obra de algún charlatán que imprimía las suyas para alucinar á los demás. Esta superstición la han abandonado los indios, como otras muchas de las que creían antiguamente; pero les han quedado aún bastantes, y algunas muy perjudiciales, como se puede ver por lo que nos advierte á los párrocos la *Práctica del Ministerio*, capítulo I, párrafo 4.º, que voy á trasladar; pero debo advertir que en esta provincia y en las cercanías de Manila están ya desterradas muchas de estas supersticiones:

«Porque muchos naturales, y en especial los de provincias distantes de Manila, son muy inclinados á los nonos ó genios, á idolatrías, maganitos, supersticiones, hechizos, maleficios y brujerías, que tienen mucha diversidad, como también tienen de las brujas, y por eso las llaman con diversos nombres, que son según los varios oficios que les atribuyen, es necesario que sus Padres ministros, no sólo continuamente les prediquen, arguyan, reprendan y afeen tan pestilenciales abusos, sino que también estén muy advertidos, solícitos y cuidadosos para descubrir las personas inficionadas con este mortal veneno, y poner contra ello el remedio necesario. En las confesiones, por el mismo caso que rara vez se logra que se acusen, se deben hacer cuantas diligencias fuesen posibles, sin exceder los límites de la prudencia, para ver si algo se consigue, y el que tuviere la di-

cha de que se confiese con él alguna bruja, se portará con ella como enseñan los autores. También deben hacer cargo á los naturales de la obligación que tienen de denunciar al Ordinario, por sí ó por tercera persona (la que podía ser el ministro), las personas que saben suelen cometer cualquiera de dichos pecados, y á los que no quieran hacer la denunciación negarles ó diferirles la absolución hasta que efectivamente la tengan hecha; porque aunque el Santo Oficio no conozca de los pecados que cometen los indios contra nuestra Santa Fe, no por eso quedan libres de otros superiores que pueden y deben castigarles.

»Son muchos los abusos, ó, como ellos dicen, los *ugales*, que tienen los naturales contra nuestra Santa Fe y buenas costumbres, y entre otros son los siguientes: lo primero esta idolatría de los nonos, sobre que se debe advertir que la palabra nono, no sólo significa abuelo, sino que también sirve para llamar con respeto á los ancianos ó genios; éstos tienen los indios debajo de la palabra nono, como los tienen los chinos debajo de la palabra espíritus, y tuvieron los romanos debajo de la palabra dioses, que otros llamaran lares ó penates, etc. Con dichos genios ó nonos ejecutan los indios muchas y muy frecuentes idolatrías, como son, v. gr., pedirles licencia, socorro, ayuda y que no les hagan daño ni sean sus enemigos, etc. Lo cual, en muchas ocasiones, y entre otras, son las siguientes: cuando quieren tomar alguna flor ó fruta del árbol, le piden licencia al nono ó genio para poderla tomar; cuando pasan por algunas sementeras ó ríos, esteros ó arroyos, árboles grandes, cañaverales y otras partes, piden licencia y buen pasaje á los genios ó nonos; cuando son obligados á cortar algún árbol ó á no guardar las cosas ó ceremonias que ellos imaginan ser del agrado de los ge-

nios ó nonos, les piden perdón y se excusan con ellos diciendo, entre otras muchas cosas, que el Padre se lo mandó, que no es voluntad suya faltar á su respeto ni contravenir á la voluntad, etc.; cuando caen enfermos con la enfermedad que llaman *pamaoo*, y que ellos atribuyen á los genios ó nonos (aunque esto lo procuran ocultar con decir que les probó la tierra), les piden salud y les ofrecen comidas, lo cual ejecutan, así en esta ocasión como entre otras muchas, en las sementeras, cañaverales, arroyos, al pie de algún árbol grande, que suele ser el más ordinario algún *calumpán*, y otras varias partes. Este género de idolatría está muy extendido, arraigado y envejecido en los indios, y por eso es muy necesario que los padres ministros pongan mucho cuidado y fuerza para extirparla, no perdonando diligencia ni trabajo alguno hasta aniquilarla.

»Lo segundo, suelen creer muy ordinariamente los indios que las almas de los difuntos vuelven á su casa al tercer día de su muerte para visitar á la gente de ella ó asistir al convite, y, por consiguiente, para asistir á la ceremonia del *tibao*, que tapan y ocultan con decir que se juntan en casa del difunto para rezar el rosario por él, y si se les dice que los recen en la iglesia no lo quieren hacer, porque no es eso lo que pretenden; por lo que el ministro impedirá el acompañamiento á la casa del difunto acabado el entierro, y no permitirá suban á ella con pretexto alguno, y menos el día tercero. El cuarto, en consecuencia de dicha ceremonia del *tibao* ó de su mala inclinación, encienden candelas esperando á la alma del difunto; tienden un petate y en él esparcen ceniza para que en ella se impriman las huellas ó pisadas de la alma, y por ellas puedan conocer si vino ó no la alma; ponen también una fuente de agua á la puer-

ta para que cuando venga la alma se lave los pies. No parece que sería mucho decir que estas cosas de los nonos ó genios y difuntos las tomaron los indios de los sangleyes, que están criados con unas y otras cosas; pero pide eficaz remedio.

»El *Tigbálang*, que unos llaman fantasma y otros duende, parece ser el genio ó diablo que se les aparece en figura de negro ó en figura de viejo, ó, como ellos dicen, en figura de viejo muy pequeño, ó en figura de caballo ó de monstruo, etc.; y les pone tanto miedo, que vienen á hacer las amistades con él y le entregan el rosario y reciben de él cosas supersticiosas como son los pelos, hierbas, piedras y otras cosas para conseguir cosas prodigiosas, y se ayudan de él para algunas operaciones suyas.

»El *Patiánac*, á quien algunos llaman también duende (si no es ficción, sueño ó imaginación suya), será el genio ó diablo que suele jugar con ellos, como también con otros muchos que, perdiendo la fe, se les arrimó, sometió ó sujetó. Á éste atribuyen el mal suceso de los partos, y dicen que para dañarlos ó echarlos á perder se pone ó esconde en algún árbol ú otra cualquiera cosa cercana á la casa de la mujer que está de parto, y allí cantan á manera de los que van bogando, etc. Para impedir el daño del *Patiánac* se ponen desnudos con las partes verendas al aire, y se arman con coraza, *caytana*, lanza y otras armas, y de esta suerte se ponen en el caballete del tejado, y también debajo de la casa, donde por todas partes dan muchos tajos y reveses con la *caytana*, y hacen varios ademanes y machinadas al intento dicho. Otros, para impedir dicho daño, suelen mudar á la que está de parto á otra casa por decir que *aquella su casa tiene Patiánac*.

»También atribuyen al *Patiánac*, entre otras cosas,

las muertes de los niños, como también al *Asuang*, y los refieren en la forma siguiente: dicen que el pájaro llamado *Tictic* es el alcahuete del brujo llamado *asuang*, á quien volando encamina á las casas de las paridas, y que se pone en el tejado de la casa vecina y desde allí alarga la lengua en forma de hilo, que mete por el trasero del niño y con ella le saca las tripas y le mata. Otras veces dicen que se muestra en figura de perro, otras veces de gato, otras de cucaracha que se mete debajo del petate y allí ejecuta lo dicho. Para evitar este daño hacen algunas cosas de las dichas. Atribuyen asimismo al *Patiánac* el descaminarse ó perder el camino los caminantes; y para acertar con el camino, se desnudan y ponen las vergüenzas al aire, y con esta diligencia dicen que ya acertaron con el camino, porque entonces el *Patiánac* les tiene miedo y ya no puede descaminarlos.

»El *Bonsol*, que unas veces dicen ser varios borojones que causa el brujo *Ganay* y corren por todo el cuerpo del hechizado, el cual suele quedarse algunas veces como muerto ó desmayado, y otras como loco ó furioso con la vista del *Ganay*, que se le aparece en varias figuras. Para curar este mal ó hechizo, llaman á otro hechicero, que, después de los hechizos ó diligencias que luego se dirán, le suele dejar como se estaba. Otras veces dicen que parece ser enfermedad natural ó dolor de estómago, causado de obstrucciones ó borojones que se crían en el estómago ó á su lado, ó de frialdades que se mudan de una parte á otra, de que comúnmente adolecen las mujeres de esta tierra. Pero cuando no la pueden curar con la brevedad que ellos quieren, suelen decir, y en especial los médicos, que dicha enfermedad es *bonsol*, esto es, hechizo; y que ninguno la puede curar sino sólo el que es de la facultad, esto es, algún hechice-

ro. Traen, pues, hechicero quien ejecuta las cosas de su facultad, y llaman al primer hechicero que dicen causó dicho hechizo, y si no mejora de la enfermedad, concluye su función diciendo que dicho primer hechicero está lejos y no ha podido oírle, y por eso no ha venido para poder curar dicha enfermedad, y de esta suerte dejan al enfermo con sus dolores.

»La ceremonia ó superstición del *bilao* se ordena para descubrir con ella algún ladrón: se reduce á poner en un bilao, harnero ó criba, unas tijeras clavadas de punta en figura de aspa de San Andrés, y en ella cuelgan un rosario, y luego van diciendo el nombre de cada uno de los que están presentes y que para eso se juntaron; y si al nombrar, v. gr., el nombre de Pedro se menea el bilao, dicen que Pedro es el ladrón. También suelen encender candelas de San Antonio de Padua, á fin de descubrir al ladrón de alguna cosa, para lo cual se ponen á rezar (y acaso, decía, á hacer cosas indecentes), y esperan á que la luz de la candela se incline á alguno de los circunstantes, v. gr., á Juan, y entonces dicen que Juan es el ladrón. Es muy ordinario de los indios el traer consigo varias cosas para conseguir efectos maravillosos: verbigracia, cédulas, escritos, oraciones viciadas ó misturadas con palabras ordenadas á su mal intento, hierbas, raíces, cáscaras, pelos, pellejos, huevos, piedras, etcétera, para efecto de no ser vencidos, de no poder ser muertos ó cogidos de la justicia, de conseguir riquezas, mujeres y otras cosas. Son también muy inclinados á creer agüeros y días de aciagos, sobre que suelen tener varios cuadernos manuscritos que se les debían quemar.

»Suelen los naturales circuncidar á los muchachos, y aun hacen la circuncisión rompiendo á lo largo el pellejo del miembro viril: respecto de esta ce-

remonia se discurre que la introdujeron los moros de Borney, Mindanao ó Joló en Filipinas, como también la palabra *biñag*, de que han usado para bautizar y para decir cristiano, y la palabra *simbá*, que parece significa entre ellos adoración; y de aquí la traían para decir sus templos y mezquitas, y los tagalos la tomaron, no para decir adoración, sino iglesia, y después la usaron para decir ir á misa, lo cual nunca pudo significar. No sólo circuncidan á los hombres, sino también á las mujeres doncellas, niñas y dalgas, lo cual ellos llaman *sónat*, y se reduce á cortar ó abrirse algo; si bien algunos, y con gran fundamento, afirman que tal ceremonia, así en ellos como en ellas, más es hija de la lujuria que del judaísmo. Suelen también medir ó cotejar las armas que hacen: verbigracia, midiendo á palmas la catana y rezando al mismo tiempo el Padrenuestro; y si al acabar de medir corresponde ó tocó decir la palabra perdónanos, dicen que ya no pueden ser castigados más que maten gente, etc. Parece se ha introducido en las mujeres recién paridas no ir á la iglesia, esperando el día cuadragésimo ó *sexgésimo*, como dicen, la purificación de sus cuerpos, en que no sólo faltan al precepto de no oír misa, sino que también ejecutan una ceremonia mosaica.

»Suelen estar también los indios inficionados de muchos errores, que fuera cuento largo el referirlos, por lo que los ministros andarán con gran cuidado para extirparlos; porque aunque en unos no causan gran daño por su ignorancia y falta de advertencia, en otros sí, v. gr. *Angel catulubo*, que en rigor significa que el Angel de guarda mío nació junto conmigo, ó al mismo tiempo que yo; para quitar peligros dígame *Angel taga-tanod*, y así en otras lenguas.»

Últimamente, son tantas las supersticiones, agüe-

se enviaban soldados á prenderlo. Vivía con tanta satisfacción en su pueblo, que lo vi en un entierro de una abuela suya estarse jugando todo el día en la casa donde se celebró la función del mortuorio. Creía sin duda que por respeto á su sobrina tendrían con él alguna atención; pero le salieron mal las cuentas, porque lo prendieron en un juego de gallos, cuando estaba más descuidado, y al presente está en la cárcel, y sustanciándose su causa, de la que no sabemos lo que saldrá.

Los habitantes de estas tres islas hablan la lengua tagala, que es la que se habla en casi todo el Arzobispado de Manila, á que pertenece este corregimiento. En sus casas, muebles, vestidos, embarcaciones, usos y costumbres, son en todo semejantes á los demás indios de la nación tagala, de que son una parte. Los cristianos tienen las mismas supersticiones que los tagalos, y los gentiles la misma religión que profesaban éstos antes de reducirse al cristianismo. Adoran á un ente invisible que llaman *anito*, cuyo nombre dan también al sacrificio que se le hace; al nono, que quiere decir abuelo, lo respetan y reverencian en los caimanes, árboles grandes, peñas y puntas de ríos y de mares; tienen sacerdotisas para hacer sus sacrificios, que suelen consumir con un puerco, que se reparte dando la mejor porción á la *babaylana* ó sacrificadora; reverencian á algunos pájaros, creen en la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo todas las supersticiones que creían los antiguos gentiles de estas islas. El comercio de estas dos islas se reduce á bejuco, cocos, aceites, mucha miel y cera, y unos caracolitos relucientes que llaman *sigüeyes*, que sirven de moneda corriente en Siam y Bengala. Hay en estas islas mucha madera, pero no se puede llevar á vender á Manila por el peligro de los moros.

jan apetecer otros manjares regalados, y este género de vida se mantiene con poco trabajo. No es necesario vestirse y desnudarse todos los días, hacer acopio de leña para la cocina, ni trabajar diariamente para mantener una familia. El indio que trabaja la cuarta parte del año, puede descansar lo restante, seguro de que le surtirá la tierra lo suficiente para mantener su casa con decencia. Separados de los demás hombres, viven en unos barrios que ellos llaman *nayón*, donde tienen poco lugar los vicios, porque faltan las ocasiones; allí no juegan ni se emborrachan, porque las tabernas y los lugares de juego están muy lejos para ir á buscar estos vicios á tan larga distancia. En cada *nayón* hay seis, ocho ó más casas; uno de los vecinos, ó por su antigüedad ó por su nobleza, ó á veces por la beneficencia que usa con los demás, es obedecido de todos por el respeto que se le tiene, y conserva la armonía de toda la vecindad. Cuando no tienen que hacer, que es la mayor parte del año, salen de su casa y se están en conversación á la sombra de los árboles; en una palabra, viven una vida patriarcal. Es verdad que tienen un alcalde mayor; pero en pagándole el tributo, que no es más que cinco reales y medio, no suele meterse con ellos, y las injusticias que se cuentan de los alcaldes mayores son respecto á aquellas personas más ricas y visibles con quienes ellos celebran sus contratos. También tienen en cada pueblo un gobernadorcillo indio; éste procura que concurran á los servicios personales que les tocan por repartimiento; en cavando cada uno su semana, nadie se mete con él. Sus pleitos los sentencia el gobernadorcillo, según sus costumbres, en consorcio de dos viejos que le sirven de acesores, cuya sentencia cumplen todos generalmente, y son muy raros los que apelan en esta provincia al juzgado del alcalde

mayor. La dominación española ha acarreado muy pocas cargas á estos indios, y los ha librado de las muchas desgracias que sufrían en las guerras continuas que tenían siempre unos barrios contra otros, en las cuales, además de los muchos que morían, se hacían otros esclavos que vivían una vida miserable, por cuyo motivo se aumentaba poco la población, como sucede hasta ahora en los montes de los infieles que no reconocen vasallaje al Rey de España. Después de su conquista se ha aumentado su felicidad y su población, y les ha sido muy útil el haberse sujetado al Rey de España en todo lo que concierne al cuerpo; no digo nada de las ventajas de conocer al verdadero Dios y hallarse en proporción de procurar una felicidad eterna para el alma, porque ahora no escribo como misionero, sino como filósofo.





CAPÍTULO IX



El día 7 de Enero salimos de Tanauan para ir á Calamba por el mismo camino que habíamos andado de noche cuando vinimos á esta provincia. Pasando el río encontramos un bosque lleno de árboles, de los que llaman *madrecacaos*: es un árbol muy hermoso; pierde su hoja en el otoño, y por Enero produce una flor que hace una vista muy agradable; es muy semejante al almendro; su fruta es una vainilla llena de granitos, que multiplica considerablemente la especie, porque en secándose la vaina se rompe

Materias que abraza el capítulo IX.—Salida de Tanauan.—Santo Tomás.—Sitio de Bagumbayan.—La guayaba.—Calamba: lo que valia en arrendamiento.—Su clima malsano.—Camino de Los Baños.—La caridad de los PP. Franciscanos.—El terreno y sus producciones.—Los baños.—Los hornos.—Aplicación de las aguas.—Causa probable de su alta temperatura.—¿Viven pescados en estas aguas?—Situación de la laguna de Bay.—La isla de Talim.—Canal de Quinabulasan.—Alrededores de la laguna.—Recuerdo histórico: Juan de Salcedo y Fr. Alonso de Alvarado.—El cerro famoso de Mayajjay.—Las sementeras de La Laguna.—Nueva boca de desagüe, llamada Napindang.—Otro recuerdo histórico.—Consideraciones acerca de la formación de la laguna.—Producciones principales de esta provincia.—Comercio é industria de la misma.—Origen de estos indios.—Número de habitantes de la provincia de La Laguna.

con fuerza, esparce los granos y produce una multitud de arbolitos que forman un bosque en pocos años. La madera de este árbol es incorruptible dentro del agua, pero puesta donde le dé el sol dura poco tiempo; sin embargo, se aprovechan de ella los indios para cercar sus huertas y corrales; pero como se consume poca en estos usos, se van multiplicando tanto estos árboles, que pueden ser muy perjudiciales á la provincia por la pereza de los indios. Son estos naturales tan indolentes, que cuando los madrecaos se van multiplicando cerca de su casa, prefieren trasladar la casa á otro terreno más distante de ellos que tomarse la molestia de arrancarlos. Otros indios más diligentes desmontan algunos pedazos de terreno que está ocupado de estos árboles, arrancan las raíces y las queman, para hacer en aquel terreno, que queda muy fértil, sus huertas y sementeras; y si no fuera por esta diligencia, ya estaría hecha un bosque gran parte de la provincia. Después de haber andado media legua encontramos el pueblo de Santo Tomás. El camino está llano, y muy delicioso por los muchos pájaros que cantaban y por los numerosos monos que desde los árboles nos gritaban; parecía que nos hacían cierto género de burla que ellos pagaron cara, porque se les tiró una perdigonada que les hizo chillar por un gran rato. En tiempo de lluvias se pone intransitable este camino por los grandes lodazales que hacen en él los búfalos con su grande peso; y como no les da el sol por la mucha espesura del ramaje, es necesario que pase mucho tiempo antes que se seque. Nosotros no encontramos lodo, pero había aún bastantes vestigios de los atolladeros que había habido en la estación de las aguas.

El pueblo de Santo Tomás, que no habíamos visto por haber pasado de noche por él, nos ofreció poco

recreo; una mala iglesia de caña y hierba, y unas treinta ó cuarenta casas, fué lo único que vimos, porque los demás habitantes de este pueblo, hasta cerca de 500 tributos, viven esparcidos por el campo como los demás indios de la provincia de Batangas, á que pertenecen, y de quienes no se distinguen en todos sus usos y costumbres. Lo primero que encontramos digno de notarse, después de haber salido de Santo Tomás, fué la barranca de Bigaa, que nos había causado tanto horror cuando la pasamos de noche. Acostumbrados ya á pasar otras barrancas, de que abunda esta provincia, no nos pareció tan horrorosa, sin embargo de que es de las más pendientes y largas de cuantas habíamos visto en toda la jornada. Pasada la barranca encontramos una espaciosa llanada en un sitio muy alto, que ofrece una vista muy deliciosa y pintoresca. Por el O., á corta distancia, se presenta el monte Sungay, y por el E. el monte Maquiling, que encubre un poco los objetos por ambos lados; pero al S. se descubre el volcán de Táal y toda la provincia de Batangas, y por el N. toda la laguna de Bay y los pueblos que la circundan. Pareció á algunos tan delicioso este sitio, que decían que debía estar en él colocada la ciudad de Manila; pero en Filipinas todos los pueblos están fundados, no donde dicta la razón, sino donde lo proporcionó la casualidad. En esta gran llanada no hay más que cuatro ó cinco casas pequeñas, que indican bien la miseria de los que las habitan, los cuales se ven obligados á admitir en ellas á los ladrones que andan atajando por los caminos. Si esta población se aumentara, podía servir de mucha comodidad á los viajeros; pero ínterin no crezca hasta el punto de ser más fuerte que los tulisanes, creo que tiene más de peligro que de utilidad. Se han fundado estas casas de poco tiempo á esta

parte, y así los indios llaman á este sitio Bagumbayan, que quiere decir pueblo nuevo; pertenecen á Santo Tomás, y son las últimas casas de la provincia de Batangas por esta banda.

Al empezar á bajar esta cuesta empieza la provincia de la Laguna, y no se encuentra cosa notable en toda ella hasta llegar á su falda, donde se ven las ruinas de una polvorista que se quemó hace años y no se ha reedificado, porque el terreno es malsano y los españoles adolecen en él muy comúnmente de tercianas. Desde la polvorista á Calamba hay más de una milla de camino por medio de un terreno llano, que en otro tiempo estaba de arrozales y en el que ahora sólo existen guayabas y varios arbustos. El guayabo es un árbol que vino de la Nueva España; da una fruta como una pera, y dentro está llena de huesecitos; no es de gusto muy delicado, pero la comen bien los indios, sobre todo los muchachos, y se hace de ella un excelente dulce. En las cercanías de Manila sacan los indios mucho producto de este árbol, porque se ha aumentado tanto, que los montes están llenos de guayabos; y no ha sido difícil de propagarse considerablemente, porque comidas por los pájaros y otros animales, no se corrompen los huesecitos de esta fruta, y arrojados en el excremento produce cada uno un nuevo árbol: el indio que quiere va al monte, toma una buena carga de guayabas y la vende en los pueblos cercanos á Manila. Los que están lejos de la capital se aprovechan de esta fruta para mantenerse ellos y sus animales la temporada que dura, que es en los meses de Agosto, Septiembre, Octubre y parte de Noviembre. Por entre estos guayabales llegamos al pueblo de Calamba, que, aunque pequeño, pues no tiene más que 300 tributos, y muchos de ellos están esparcidos por la sementera, es muy pu-

lido: tiene buenas huertas y bastantes casas de talla; la iglesia es un camarín de caña, sucio é indigno de que se diga misa en él; el párroco es un clérigo indígena, á quien ofende muy poco el desaseo de su iglesia. Hay también una casa buena de piedra y teja, donde vive el arrendador de esta hacienda, que es del Rey, que la arrienda al que da más en subasta pública.

Los dueños antiguos de este terreno eran los Padres expulsos de la Compañía, que hicieron una gran presa en el río de Tanauan, que viene á desembocar en la laguna, orillando este pueblo. Por medio de esta presa regaban aquella grande llanada, que ahora está llena de guayabos, y otros espaciosos terrenos que producían una gran cantidad de arroz; desde que entró en manos de arrendadores se ha echado á perder la presa, y todas estas tierras de arrozales están incultas y baldías, porque como están cerca de los pueblos de Cabuyao, Santa Rosa y Biñang, nadie quiere dedicarse á hacer una cosecha aventurera, teniendo en aquellos pueblos la proporción de sembrar tierras de regadío, cuya cosecha es siempre segura. Además de estas tierras tiene Calamba muchos parajes para sembrar trigo, maíz, mongos, frijoles, patani, pimienta, cacao y todo género de frutos de los que se cogen en la provincia de Batangas. Abunda de muchas y ricas maderas, y tiene excelentes pastos para ganado mayor, del que hay una punta de vacas perteneciente á la misma hacienda. Hace tres ó cuatro años que el Rey vendió todas las haciendas de los Jesuitas, que llamamos de temporalidades; la de Calamba estaba valuada en 15.000 pesos, y no se halló comprador que ofreciese esta pequeña cantidad por una hacienda que proporciona tantas ventajas y utilidades. Es verdad que es preciso entrar gastando

mucho dinero en componer la presa, pero también es cierto que dentro de pocos años produciría bastante para resarcirse, y que si se quiere gastar más, puede esta hacienda llegar á ser la más pingüe de cuantas hay en las Islas Filipinas. Se acaba de comprar al Rey en más de 40.000 pesos.

El pueblo de Calamba es malsano y muy propenso á tercianas; yo he visto en él algunos españoles que padecieron esta enfermedad, que por otra parte es poco común en estas Islas. La vecindad al monte Maquiling, y el estar un poco tierra adentro de la playa de la laguna, es sin duda causa de este achaque; no corren los vientos libremente, y las partículas que salen de las hojas y árboles que se pudren en el monte, se introducen por los poros ó atacan las fibras, produciendo en ellas un espasmo que es el principio de las tercianas, ó los miasmas que salen de los cenagales por un mecanismo que los médicos sabrán explicar mejor que yo, producen en los cuerpos esta enfermedad. Para remediar este inconveniente no era necesario más que trasladar el pueblo á la otra banda del río y colocarlo en la misma playa de la laguna, con lo cual, no sólo se alejaba algo más del monte, sino que se dejaba al descubierto de los vientos de la laguna, que hacen sanos á todos los pueblos que hay en sus playas, aunque estén cercanos á los montes.

No teniendo que ver más en Calamba, montamos á caballo, y á poco rato llegamos á la playa, donde nos embarcamos en una falúa para ir al pueblo de Los Baños, que dista una legua de navegación. Los indios llaman á este sitio Mainit, que quiere decir caliente, por las aguas calientes que hay en él. Antes de llegar percibimos unas grandes humaredas, y luego conocimos que eran una especie de hornos que había for-

mados sobre el agua caliente para tomar los vapores, y en la cima tenía cada uno su chimenea, por donde salía el vapor, que representaba el humo que sale de un montón de leña verde cuando empieza á quemarse. Desembarcamos cerca del convento y empezamos á subir una cuesta hasta ponernos al igual del primer piso de este edificio, que tiene su entrada al nivel de una llanada que hay arriba, aunque por la banda de la laguna está bastante elevado de la tierra. Este convento es poco cómodo para un párroco y para los enfermos que acuden á él á tomar los baños; por lo cual los PP. Franciscanos han hecho una buena iglesia en medio de la llanadita que hay á la trasera del convento, y están haciendo un edificio nuevo para la comodidad del párroco y los enfermos de distinción, y dejan el convento viejo para hospital; habrá la suficiente comodidad para cuantos puedan ir á recuperar la salud por medio de aquellas aguas. No se cómo los PP. Franciscanos podrán hacer estos gastos y conservar los edificios que hay en este sitio, porque el pueblo no llega á 100 tributos, y no hay probabilidad de que se aumente mucho, porque no tiene tierras. Entre la laguna y el monte no hay un palmo de tierra que pueda cultivarse; en la falda del monte hay algunas llanadas pequeñas que hacen la subsistencia de los naturales, pero es pequeño terreno para una población grande.

No queda otro recurso á estos PP. caritativos, sino las limosnas de los fieles; los españoles de Manila dan algunas; pero como son pocos, apenas alcanzarán para conservar las fábricas que se han hecho. De las muchas tierras incultas y realengas que hay en Filipinas, se podría destinar un terreno que surtiese al hospital lo necesario para los enfermos. En cualquiera parte del mundo se tomarían las más efi-

caces providencias para dotar un hospital que podía ser tan útil á la humanidad; en Filipinas sólo se ha tratado de quitarle lo poco que tenía. Frente del convento hay una islita pequeña en medio de la laguna: no sé con qué título se la apropió el hospital antiguamente, y puso un indio que cuidase pollos y gallinas para los enfermos, dándole por este cuidado el derecho de aprovecharse de las cañas y otros árboles silvestres que hay en la isla. Este pequeño producto se le quitaron al hospital los que mandaban en Manila, dando orden que todo el que quisiera se aprovechara de la islita, haciéndola común; de que ha resultado que, sin hacer mucho favor á los demás indios, se ha causado al hospital un daño considerable.

Este pueblo está plantado en la falda del monte Maquiling; su terreno es montuoso, incapaz de producir arroz y otros frutos de las Islas sino en corta cantidad. Del monte se sacan algunas maderas, miel, cera, varios géneros de palmas y raíces, como camote, gavi, ubi y otras que comen los indios. Hay también una tierra blanca á manera de yeso mate de España, que se usa en Manila para blanquear y pintar. En la laguna se coge bastante pescado, aunque de mala calidad, y estas producciones, juntamente con algunos tejidos que hacen las mujeres, es lo que sustenta á este pueblo miserable. El temperamento es sano, porque como está cerca de la laguna, al descubierto de casi todos los vientos, no lo infesta el monte, como sucede á Calamba, que se halla algo arrinconado. Se encuentran por todo este monte varios pozos de agua hirviendo; pero lo que hace ó forma los baños es un pequeño arroyo que corre por un canal de piedra viva, que se conoce se ha abierto á mano, y que pasa frente del convento. Conforme va bajando el agua, como está expuesta al viento, va

perdiendo algo de su calor, pero no tanto que no llegue hasta la misma laguna en un grado tal, que escalda la mano si se mete en ella. Al principio del arroyo está tan caliente, que se cuece en ella un huevo en cuatro ó cinco minutos, y un perro que tuvo la desgracia de caer allí salió enteramente pelado.

Sobre este arroyo hay tres hornos, á cierta distancia uno de otro, para lograr mayor ó menor calor, conforme á la necesidad que tiene el que entra en ellos á tomar los vapores. Un cuartito pequeño está pegado al horno para que se desnude el paciente; está mal aliñado y no puede menos de causar grande incomodidad al salir de tomar los vapores; pero el hospital no tiene fondo alguno para sufragar á los gastos y aliños de estas fábricas. El que toma los vapores entra en aquel horno, cierra la puerta y se mantiene allí con mucho trabajo el tiempo que le ordena el médico, que no puede ser mucho, porque es muy áspero el vapor que sale del agua, y aunque tiene arriba una chimenea, no se esparce fácilmente y causa mucha incomodidad por su espesura y calor. Además de estos hornos hay otros baños muy curiosos: en el uno entra el agua mineral después de haberse refrescado algo pasando por la atmósfera; en el otro hay un baño del agua natural y un pozo del agua caliente con una machina para saçarla y echar en el baño la porción que se deseca para mezclar con el agua fresca y poner el baño en la temperatura que acomoda al enfermo. Algunos beben esta agua, y de los baños y vapores hacen el uso que les prescriben los médicos ó que les sugiere su antojo, por cuyo motivo no se logran tantas curas como debieran lograrse. Los médicos mismos acaso no tienen la instrucción necesaria para dar un régimen conveniente y prescribir el método que se debe usar en estos ba-

ños. El General, después de nuestra vuelta á Manila, envió dos médicos de la escuadra para que hicieran análisis de estas aguas y vieran á qué género de enfermedades podían aplicarse; y dijeron que eran semejantes en todo á otras aguas calientes y minerales que se hallan en varios sitios de Europa, y que su aplicación debe de ser conforme á las reglas que dan los autores para su uso. Lo que nos dijo el religioso franciscano, por la experiencia que tenía él y lo que había oído á sus antecesores, fué que eran muy perjudiciales á las personas de temperamento ígneo y cálido, pero muy útil para los flemáticos, y, por consiguiente, que probaban muy bien á los averbenados ó hidrópicos y á todos aquellos que padecían de humedades y compresión de fibras; y si esto es así, podían servir de mucho en estas Islas, donde el humor flemático hace tantos estragos.

La causa del calor de estas aguas y de otros pozos y manantiales que se hallan en este monte no procede sin duda de algún fuego subterráneo, sino de algunos mixtos que están fermentando continuamente. Así como la cal viva en echándole agua hierve y es capaz de calentar un caldero, no hay inconveniente en pensar que haya en este monte algunos mixtos que tengan la misma ó semejante virtud. Nosotros cavamos en una piedra viva que hay frente del convento, una ó dos varas más de alta que el nivel del agua de la laguna, é hicimos un agujero de media vara de hondo, y á tan corta distancia de la superficie de la tierra, en la misma peña, hallamos un manantial de agua hirviendo; y lo que hay de más particular es que en la superficie de la tierra no se sentía calor ninguno. Yo no creo que esta agua se caliente en el monte, porque era preciso que al pasar por los poros y conductos de la tierra y piedra se enfriase.

No es fácil que se convierta en un volcán el calor de que está penetrado el Maquiling en varias partes: supongamos que hay algunas concavidades llenas de viento y algunos minerales de azufre; en llegando á rarefacerse el viento é incendiarse el azufre, tendremos un volcán como el de Táal, de donde saldrán llamas, lava, tierra y un azufre sin encenderse, como salía en Táal en otros tiempos. Esta suposición, que nadie puede negar, comprueba sin réplica la falsedad de la opinión de Mr. Buffón, hombre grande por otra parte.

En Manila creen algunos que en el arroyo de agua hirviendo de este sitio viven y se mantienen los pescados, y algunos viajeros que lo oyeron en Manila lo trasladaron á sus viajes como cierto, y los filósofos han discurrido el modo como pueden vivir los pescados en el agua hirviendo. Verdaderamente me pasma el orden que los filósofos modernos han guardado en su creencia. Empeñados en combatir la Religión, han negado todos los milagros, porque decían que para creer uno, por el cual Dios mudaba las leyes de la Naturaleza, era necesario verlo y palparlo: «Primero —decía uno de estos ateístas— creeré yo que todo París miente y quiere engañarme, que no el que ha resucitado un muerto». El mismo Espinosa decía, según Bayle, que si él hubiera visto la resurrección de Lázaro, al punto creería la Religión Católica; pero que después de tantas generaciones no debía creer aquella resurrección. Estos mismos filósofos estaban dispuestos á creer y sostener la verdad de todas las parrañas que les referían los viajeros, como el que los pescados vivían en las aguas calientes de los baños; yo registré con cuidado todo este terreno, y no sólo no hallé pescado alguno, sino que reconocí que es imposible que habite en él ningún viviente.

Después que reconocimos el terreno de Los Baños queríamos ir á ver algún otro pueblo de esta provincia; Santa Cruz, que por su temperamento, población y otras circunstancias, es el que tiene más fama en Manila, ó Pagsanján, que es la cabecera y residencia de los alcaldes mayores, eran los pueblos á que deseábamos llegar; pero habiéndonos dicho que no podíamos cogerlos hasta después de entrada la noche, por tener el viento por la proa, y teniendo precisión de volver á Manila el día siguiente, resolvimos el irnos en derechura á Táguig, porque ya habíamos visto muchos pueblos de esta provincia y nos habían suministrado las suficientes noticias para conocerla y poder hacer de ella una descripción en orden á su terreno y demás particulares de que debe enterarse todo viajero que desea instruirse de los países por donde pasa.

La laguna de Bay, en su mismo centro, está á los 14 grados y 45 minutos de latitud, y á los 3 grados y 1 minuto de longitud; tiene de largo, desde Biñang á Siniloan, más de once leguas, y de ancho, desde Bay hasta Mórong, cerca de diez leguas, y toda ella bojea más de treinta leguas. En medio de ella hay una isla, llamada Talim, de cerca de cuatro leguas de largo N.-S., y dos de ancho. Esta isla es un monte alto que produce mucha madera y pastos para los animales; no tiene tierras de labor, pero hay en ella mucha caza de venados, jabalíes, búfalos y palomas. Á la banda N. se eleva un pico en el monte, al cual llaman los indios SÚSONG DALAGA, por la semejanza que tiene con el pecho de una doncella, que es lo que este nombre significa. Entre esta isla y la punta de Jalajala se forma un canal de una milla de ancho y una legua de largo, á que los indios llaman Quinabulasan, nombre que en su lengua significa lugar que se abrió,

de que se infiere que en otros tiempos la isla estaba unida á la tierra firme, y con algún grande terremoto se separó de ella, dejando este canal, como es tradición antigua de los indios. La punta de Jalajala entra tan adentro de la laguna, que forma con la costa de Pila un estrecho de legua y media, dejando una rinconada al NE. de cuatro leguas de ancho y dos de largo, en que están Pagsanján y otros pueblos. Por el N. tiene esta laguna los montes de San Mateo, que corren N.-S. hasta llegar á la laguna, donde parece están como cortados por un trastorno de la naturaleza, y dejan muy poca tierra entre ellos y la laguna, excepto la punta de Jalajala, donde hay una hacienda que pertenece al conde de Avilés. Al NE., sobre Siniloan, están los montes de Caboan, y hasta ellos se extiende esta provincia, sin que haya pueblo alguno por esta banda hasta el mar de Mauban, puerto de Lampong, en la contracosta. Por encima de Pila están los montes de Lilio, Nagcarlang y Majayjay, tres pueblos que tiene esta provincia tierra adentro, por los cuales confina con la provincia de Tayabas, y pueblo de San Pablo de los Montes, que pertenece á Batangas, como es sabido. Casi todos los otros pueblos de esta provincia están en cordillera á la ribera de la laguna, empezando desde Binangonan, que está cerca de Taytay, hasta San Pedro Tunasan, que confina con Muntinglupa, perteneciente á la provincia de Tondo y aun al mismo pueblo de Táguig en lo espiritual.

Esta provincia la pacificó Juan de Salcedo, pocos días después de haber tomado posesión de Manila los españoles. Iba en su compañía el P. Fr. Alonso Alvarado, agustino que había acompañado en su expedición á Rui López de Villalobos, y tenía tanto celo de la conversión de los indios, que los muchos

trabajos que había padecido en aquella jornada no bastaron á pagárselo; y habiendo vuelto á España, pasó á Filipinas, adonde acababa de llegar cuando Juan de Salcedo emprendió la conquista de Taytay y de Cainta. Sujetos estos dos pueblos por las armas, pasó á La Laguna, y por la mediación del P. fray Alonso se entregaron los indios de Bay y los demás pueblos, sin ser necesario valerse de las armas. Juan de Salcedo pasó á Majayjay; los indios se fortalecieron en el famoso cerro de este pueblo; pero como son naturalmente descuidados, pudo subir nuestra gente por el lugar menos áspero, y los derrotó é hizo huir á los montes. Este es el famoso cerro de Majayjay, donde se dice comúnmente en Manila que podían fortificarse los españoles en caso de invasión de enemigos, y defender en él sus caudales; y en la guerra con los ingleses, cuando tomaron éstos á Manila, se dió orden que parte de la plata del Tesoro de Filipinas se colocase en este cerro; por felicidad nuestra no se cumplió esta orden y así se conservó la plata, que sin duda hubiera caído en manos del comandante Becus, que estaba ya en la provincia de Batangas para ir á apresarla al momento que la llevasen al cerro. Los que entienden poco de guerra suelen tener por invencibles algunos sitios que son muy fáciles de forzar, ó porque no se pueden guardar todas sus puertas, ó porque faltos de agua es preciso se entreguen los sitiados. El cerro de Majayjay tiene todos estos inconvenientes, y además de esto está en una provincia escasa de víveres para mantener á los españoles y tropas, que es regular vayan adonde está la plata, por cuyo motivo no creo se escoja jamás este cerro para defender en él los caudales de Manila en caso de invasión.

Las sementeras de esta provincia, si se exceptúan

las de los pueblos de Biñang, Santa Rosa, Tunasan y Cabuyao, de que hablé en el capítulo II, son muy cortas. La hacienda de Calamba está casi destruída; los pueblos que hay tierra adentro sólo producen arroz para su consumo; la hacienda de Jalajala no es muy buena tierra y produce poco; los demás pueblos tienen poco terreno entre la laguna y los montes que la circundan, y éste se lo va comiendo la misma laguna poco á poco, ó redundando tanto en tiempo de aguas, que inunda las sementeras. Hay algunos pueblos que han sido enteramente sumergidos por las olas, y si no se pone algún remedio, los más de ellos llegarán á padecer el mismo estrago. En esta laguna entran quince ríos; y como las aguas son tan copiosas en esta tierra, baja mucha arena de los montes y de todas partes por donde corren estos ríos y la van depositando en su fondo, que en algunas partes se ha levantado extraordinariamente; cada día va teniendo menos fondo la laguna. La corriente misma de las aguas va llevando esta arena hacia las bocas donde desagua la laguna; allí acostumbran los indios á poner corrales de caña para coger los pescados, y se va quedando la tierra en ellos formando isletas ó barras que cierran las bocas por donde la laguna debía desaguar. Antiguamente sólo se conocían las bocas de Taytay y de Táguig; ahora se ha abierto la de Napindang, que está detrás de la iglesia de Pásig, corriendo el agua hasta unirse con la de este nombre, cerca de Doña Jerónima.

En la boca de Táguig se echaron á fondo unos champanes para impedir á los ingleses que estaban en posesión de Manila el entrar en la laguna. Cuando Becus quiso ir á Batangas retiró un poco estos champanes y entró con facilidad por la barra, y sin hacer daño á los enemigos nos lo hicimos á nosotros mis-

mos, porque se juntó allí mucha tierra y se cerró tanto la boca, que hay tiempo en que sólo puede navegar por ella una barca pequeña, y es preciso descargar los paraos que van á Manila de comercio y volver á cargarlos después de pasar la barra. Las otras dos bocas están aún más cerradas, porque nunca ha salido por ellas tanta agua y por las barras que han formado las arenas detenidas en los corrales de pesca. Además de los inconvenientes que acarrear estas barras al comercio, privan á la provincia de La Laguna de muchas sementeras de arroz, que podían proveer á la provincia de este renglón tan necesario, como que hace el sustento cotidiano de sus habitantes, y se debía poner remedio pronto á limpiar las barras, antes que se destruyan otras tierras.

Esta laguna, mirada desde el pueblo de Los Baños, nos ofrecía una vista pintoresca y extraordinaria y nos convidaba á hacer varias reflexiones sobre su formación. La tradición de los indios de que la isla que hay en medio se separó de la tierra firme, la dirección de los montes de San Mateo con el monte Sungay, dejando en el medio la isleta de Talim, que corre como ellos N.-S., y el estar cortados estos montes en algunos parajes como con navaja, persuadía á muchos que esta laguna se formó hundiéndose el monte con algún terremoto y dejando encajado en la tierra hasta la mitad el monte de Talim, que está en medio del agua. Con esta suposición y la que hice en el capítulo IV, atribuyendo al volcán de Táal el mismo accidente y la misma formación de la laguna de Bombón, se compone perfectamente la teoría de la tierra de Mr. Buffón, que de otro modo no se puede explicar por la multitud de montes que deben quedar aislados y que no se pudieron formar de otro modo en la hipótesis de este célebre filósofo natura-

lista. Pero la formación de los ríos manifiesta todo lo contrario; algunos de ellos debían en esta suposición tener su curso por otra parte, particularmente el río de Tanauan, que sale de la falda del monte de Mararayap. Suponiendo que los montes de San Mateo hacían una cordillera seguida con el Sungay, debía este río haberse abierto madre por otro sitio y desaguar en la ensenada de Tayabas. Y aunque supongamos que la tierra se hundió y aplanó hasta su nacimiento, y mudó después de curso, lo que parece imposible, debían haber quedado algunos vestigios de la madre antigua, y como no los hay, debemos creer que desde el principio del mundo estuvo este terreno, con corta diferencia, en el mismo estado en que lo vemos hoy día, ó cuando menos confesar que éste es uno de los misterios de la Naturaleza que no podemos averiguar. No me admira el que se encuentren de estos misterios á cada paso; lo que me pasma es que los filósofos modernos, que están acostumbrados á contemplarlos y confesarlos constantemente, condenen la Religión Católica porque hallan en ella misterios superiores á su entendimiento, y á unas luces tan débiles que no pueden comprender una gran porción de cosas materiales.

Además del arroz que se coge en esta provincia, hay algo de trigo, mongos, patani, frijoles, pimienta, cacao, café y todo género de frutas de la tierra, y dos especies que no las hay en otras partes con tanta abundancia, los *lanzones* y los *chicos*. El lanzón es un árbol grande; produce una frutita del tamaño de una nuez; se le quita el pellejo, que es algo correoso, y con mucha facilidad se va sacando en gajos la medulla que tiene adentro; cada uno de éstos parece un ajo limpio, y es de un agridulce muy sabroso. Los lanzones, como los chicos, los llevan á vender á Manila y

tienen buen despacho. En los montes del Norte hay minas de hierro; se ha intentado beneficiar en Jalajala, pero hasta ahora no se ha puesto en corriente la fábrica. Como esta provincia es montuosa se cazan en ella muchos búfalos, venados, jabalíes; se coge bastante miel y cera; hay muchos géneros de palmas, cañas y bejucos, de que se aprovechan sus naturales para hacer sus casas y llevar á vender á Manila. Hay también abundancia de maderas, que hacen uno de los renglones de su comercio, porque son muy grandes y exquisitas, y la laguna les facilita la conducción. El *tindalo*, narra, molave, ébano, anovin, banabá, baticulín, *tanguili*, palo-María y otros muchos géneros, los llevan á vender á Manila para fábrica de casas y navíos.

El comercio de esta provincia se hace de cañas, bejucos, frutas, animales, maderas, miel, cera, tapa de venado, nervio de este animal, que compran los chinos á buen precio—porque como es una nación que se entrega enteramente á la lujuria, y está persuadida á que la excitan los nervios de venado, los pagan bastante caros y ganan mucho llevándolos á su tierra.—Pero lo que hace el mayor tráfico de esta provincia es el vino, bonga y buyo. Antiguamente lo llevaban á Manila los indios, y los enriquecía mucho este comercio. Después que se establecieron los estancos, han hecho contrata de dar al Rey el vino de coco y la bonga á un precio tan barato que no pueden costearse sin extraviar alguna cosa. Estas contratas las celebran algunos principales con los comisionados que oficiales Reales envían á las provincias; éstos forman un grande empeño en hacer muy bajas las contratas para adquirir crédito de celosos; los indios con quienes tratan no suelen tener los renglones que se piden, y se les da muy poco que se

vendan caros ó baratos, y salen algunas contratas desarregladísimas, que se dice se han celebrado con los cosecheros, cuando los cosecheros nada saben de ello. Sin embargo, callan, porque no pueden hacer otra cosa, y engañan siempre que pueden, y extravían cuando tienen proporción para desquitarse de lo que pierden en la venta que hacen al Rey muy desproporcionada.

En esta provincia se hace aceite de coco, se teje algo de abacá y algodón y se fabrican medias, particularmente en el pueblo de Binangonan: no son de muy buena calidad y se venden en Manila bastante baratas. También se hacen en La Laguna sillas, canapés y catres de una madera blanca llamada lanete y los asientos de un enrejado de bejuco, que hacen muy cómodos estos utensilios; escribanías, mesas y aparadores de tindalo, ó narra, que es tindalo encarnado, madera fuerte y de mucho viso. En el pueblo de Paete casi todos los indios se dedican á este ejercicio, que les deja mucha utilidad. La extracción de todos estos géneros puede dejar á la provincia como unos 80.000 pesos, cantidad que necesitan para comprar género de Costa y China, oro y cuanto extraen de Manila para pagar su tributo, el vino, tabaco y bonga que compran en los estancos; que todo junto importará poco más ó menos la misma cantidad.

Los indios de La Laguna de Bay hablan la lengua tagala y son descendientes de los de Manila y de la misma nación que los de Batangas y Mindoro, por lo cual tienen las mismas supersticiones que ellos, los mismos usos en las cosas, comidas y vestidos y las mismas costumbres en sus casamientos y funerales. En las comidas no son tan miserables como los de Batangas, porque como la laguna les surte de mucho pescado, añaden esto á sus comidas sobre los otros.

Los tributos que aquí se enumeran ascienden á 14.392 de indios y 336 de mestizos. El año de 1735 tenían 8.122 tributos; pero como se le ha segregado el pueblo de San Pablo y unido á la de Batangas, no es extraño que no se halle el aumento de esta provincia con relación al aumento de Batangas. Es verdad que aun hecha esta consideración se halla una grande desproporción entre lo que han crecido estas dos provincias. Batangas tenía el mismo año 3.151, y ahora tiene 15.465, y es mayor que La Laguna; conque aunque descontemos de una vez el pueblo de San Pablo, que tiene 1.500 tributos, y lo añadamos á la otra, siempre se verifica que Batangas ha crecido considerablemente más que la otra. Yo no puedo hallar el motivo de esta diferencia, y sólo puedo presumir que el tener La Laguna muchos pueblos pequeños, donde padecen mucho los infelices por los polos y servicios personales, y Batangas pueblos grandes, donde son poco molestadas estas gentes, ha sido la causa del mayor aumento de población en una provincia que en la otra; Batangas sólo tiene diez pueblos y La Laguna cerca de treinta.





CAPÍTULO X



El día 7, después de comer, salimos de Los Baños, nos embarcamos en una falúa, y con una brisa fresca en poco tiempo hicimos la travesía á Tágúig, la que tendrá como nueve leguas. Dejamos á la izquierda la isleta que dije en el capítulo antecedente pertenecía al hospital de Los Baños, y servía para cuidar pollos y gallinas para los enfermos;—es muy pequeña y no se puede destinar para otro uso;—á la derecha dejamos la isla Talim; la vimos de muy cerca, y es toda ella montuosa, incapaz de producir más que

Materias que abraza el capítulo X.—De Los Baños á Tágúig.—Situación y particularidades de este pueblo.—La hacienda de Maysapang.—Los tulisanes.—Producciones de Tágúig.—Corrales de pesca.—El salambao.—La ratonera.—El pescado dalag.—Otros pescados.—Aves.—De Tágúig á Pásig.—Las paterías.—Particularidades curiosas de los patos.—Cómo se fabricaron todas las iglesias de Filipinas.—Río abajo.—Pásig.—El beaterio.—La vega.—Calinta y Taytay: recuerdo histórico.—Maniobra de los indios para engañar á los compradores de arroz.—El juego de los cocos.—Cómo se empollan los huevos de pato.—El río Maybunga y el de Bambang.—Cueva de Doña Jerónima.—De ésta á Santa Ana.—¿Milagro?—Santuario de Guadalupe: lo construyó un sobrino del famoso Herrera.—San Pedro Macati.—Fábricas del marqués de Villamediana.—Santa Ana.—Casa-hacienda de Mandaloya.—Convento de San Juan del Monte.—Rectificación del Pásig.—Santa Mesa.—Nagtajan.—La isla de la Convalecencia.—Pueblos inmediatos.

maderas y pasto para los animales. Fué gran felicidad nuestra el haber salido temprano y el haber tenido el viento tan fresco, porque al llegar á Táguig los marineros no sabían bien la boca de la laguna, y había tantos corrales de pescar juntos á la barra, que tuvimos que dar muchas vueltas para coger el canal, y si hubiéramos llegado de noche, nos habría sido muy difícil el salir de aquel laberinto de corrales. Se hacía más peligrosa nuestra detención, porque en Táguig no sabían que íbamos aquella tarde, y no nos quedaba la esperanza de que saliesen con algún práctico á conducirnos á la boca. Como anduvimos á cerca de ocho millas por hora, tuvimos tiempo para desembarazarnos de los corrales y entrar en Táguig de día claro, y aun de instruirnos de las particularidades de este pueblo.

Táguig está fundado en la punta de una isla que forma el río que sale de la laguna dividiéndose en dos brazos junto al convento. El río principal sigue derecho E.-O., dejando el convento é iglesia al N.; el otro río que va por la otra banda es más pequeño; pasa por Tipas, uno de los principales barrios de Táguig; sigue el barrio de Pateros, perteneciente á Pásig, y los muchos patos que hay en él dan su nombre al barrio y al río, que se llama comúnmente de Pateros. Acabado este barrio, se une con el río principal formando una isla de legua y media de largo y media de ancho, cuya mitad pertenece á Táguig, y la otra mitad á Pásig. La iglesia de Táguig es de una fabricación muy buena, está muy curiosa y aliñada; su retablo mayor no es de mucho gusto, pero está poco recargado de molduras y es de los mejores que se fabricaban antiguamente en Filipinas. La fachada de la iglesia es hermosa: parece un retablo de mucho gusto, y si se hubiera sacado de ella el modelo para

hacer los altares de Filipinas, no veríamos las ridiculeces y extravagancias que notamos en ellos. El convento es de la misma forma que los demás, pero está bien fabricado; todo él es de piedra sillería, tiene muy buenas dimensiones y no se encontrará otro en todas las Islas que ofrezca más hermosura y comodidades. Frente del convento hay una isleta baja, y en ella unos cañaverales que impiden el que se vea la laguna desde el convento; y no sólo hacen el perjuicio de quitar un recreo como el que podía causarle la vista de aquella laguna inmensa, sino que quitan á los navegantes el refugio de ver este edificio, que podía servirles de norte para no extraviarse en la barra y acertar el canal del río. Además de esto, aquellos cañaverales están llenos de murciélagos, que entran por la noche y ensucian de tal modo la iglesia con sus orines, que á veces no se puede entrar en ella del mal olor. Yo les dije á los principales que por qué no arrasaban ó quemaban aquellas cañas, y me respondieron que las tenían como un baluarte contra los vientos que venían de la laguna, que eran tan fuertes, que trastornaban las cabezas; pero yo creo que este pueblo sería más sano si se arrasaran los cañaverales, y se dejara libre paso al viento, como sucede con todos los pueblos que hay en estas playas, que son tanto más sanos cuanto más libres están de malezas y expuestos á los vientos de la laguna.

Á la otra banda del río, por la parte del S., hay muchas casas frente al convento, que se extienden desde el barrio de Hagonoy, que está en la misma playa de la laguna por todo el río abajo hasta Mamangcal, que ya pertenece á Pásig. Detrás de estas casas hay algunas sementeras de arroz, aunque en corta cantidad, porque se halla luego el monte y es muy estrecho el terreno que queda entre el monte y el río.

Este es el mismo monte de que hablé en el capítulo I, cuando lo atravesamos yendo de Pasay á la laguna de Bay; es de pura piedra, como dije allí, cubierto de una capa de tierra tan delgada que sólo en algunas hondonadas es capaz de producir algunos árboles. Da bastante pasto para los animales, pero como está cerca de Manila, todos los roban los ladrones. Los PP. Agustinos tienen aquí una hacienda que llaman de Maysapang, que les dió Legazpi en nombre del Rey recién conquistada Manila, para criar ganado. Hicieron una buena casa de cantería, y en otro tiempo mantenían en ella muchos búfalos, vacas y caballos; pero desde que los indios se han enseñado á robar, ha sido preciso abandonarla, y sólo se sacan de algunas tierras de labor 300 pesos. Hay aún en este monte algunas pequeñas puntas de ganado vacuno, que es necesario que los dueños las custodien con mucho cuidado, encerrándolas todas las noches en el corral, y aun con todas estas precauciones les roban muchas reses.

En la isla en que está fundada la iglesia cogen los de Táguig algún maíz, calabazas blancas que siembran junto al río y las hacen subir sobre enrejados de caña ó sobre los mismos tejados de las casas, y algún arroz; pero la cosecha de éste está muy expuesta, porque si llueve mucho á últimos de Octubre, que es cuando se está sazonando el arroz, se cubre de agua por ser la tierra muy baja y se pierde casi todo. Lo poco que se logra es preciso ir á regarlo en canoas con mucho trabajo y poca utilidad. Lo que hace el principal renglón de este pueblo es la pesca; como la principal boca de la laguna desagua en su río, es el que más se aprovecha de sus pescados. Tienen una infinidad de medios de cogerlos; además de las varias clases de chinchorros y anzuelos que se

usan en otras partes, tienen corrales, *salambaos* y una especie de ratoneras para pescar.

El corral se hace de cañas clavadas en dos hileras que se van separando una de otra poco á poco y se prolongan bastante lejos: en medio de las dos hileras se pone otra hilera de cañas, y en el sitio donde se juntan estos tres órdenes de cañas se dejan dos bocas que forman las cañas del medio con las de las orillas; estas cañas están forradas por dentro de un enrejado de cañas que no permite salir á los pescados, y por la boca el enrejado está doblado hacia adentro para que los pescados puedan entrar con facilidad y no acierten á salir. En la extremidad del corral hay un cerco con una boca sola por donde entran los pescados que andan dando vueltas por el espacio que hay entre este último cerco y las dos bocas, el cual llaman los indios *palignan*, porque en él andan dando vueltas los pescados hasta que entran en el cerco ó corral donde se les coge. La boca de este último cerco es fácil de acertar para entrar, pero muy difícil para salir, porque el enrejado que lo cerca tiene encorvadas y metidas hacia adentro las dos extremidades. El pescado que entró procura escaparse; sigue la dirección del enrejado, y al llegar á la boca, como la extremidad del enrejado tiene la dirección á la banda opuesta, sigue nadando hasta que encuentra el enrejado otra vez, empieza á dar vueltas y le sucede lo mismo que antes, de modo que raro es el que acierta á escaparse. Este pescado se tiene allí dos ó tres días y se va sacando lo que se necesita con un cucharón grande de red, que suele salir lleno siempre que se introduce en el corral por la abundancia que hay de pescado, que estando medio aturridos no aciertan á escaparse del cucharón.

El *salambao* es una balsa de caña en la cual hay

una machina que llaman timba, porque dos cañas largas atadas una á otra se ponen en disposición que la una punta entre en el agua y se le haga subir arriba siempre que se quiere bajando la extremidad opuesta: en la punta que entra en el agua se coloca una red extendida y atada por sus cuatro puntas; se introduce la red dentro del agua, y á poco rato se saca de ella y se cogen los pescados que han entrado en la red. Esta maniobra se está repitiendo todo el día, al cabo del cual se coge á veces una cantidad de pescado considerable. Las ratoneras son unos agujeros que se hacen en el rio cerca de la flor del agua y se arma en ellos una trampa; cuando sube el agua entran los pescados en el agujero en busca de camarones; cae la trampa y quedan encerrados hasta que va á sacarlos el dueño de la ratonera. En esta trampa sólo se suele coger dalag, que es un pescado como un brazo de grueso, de poca substancia, pero muy sano; de modo que pueden comerlo los enfermos y es muy estimado de los indios. En las otras máquinas se cogen de todo género de pescados de que abunda la laguna y son peculiares de esta tierra y no de mucho gusto. Los mejores son las lisas, algo semejantes á las truchas; las anguilas, las curbinas, que es un pescado grande y muy sabroso, y los sábalos, semejantes al rico pescado de Táal que llaman longmalogco, pero mucho menores. También hay caimanes, que son unos lagartos disformes enteramente semejantes á los cocodrilos del Nilo, y el pez-espada, que es mayor que un hombre y de la nariz le sale una punta que en lo larga y ancha se asemeja á una espada, de donde toma su nombre este pescado. Además de la pesca hay en esta laguna cachiles ó cuervos marinos, garzas, *pagalas*, que es un pájaro como un pavo de grande, negro por el lomo y blan-

co por la barriga; *agachonas*, que es una especie de becado, y muchos géneros de patos; todos los cuales los cogen los indios y los llevan á vender á Manila, y con todas estas producciones sacan para mantenerse 1.000 tributos que hay empadronados en este pueblo.

El día 8 por la mañana nos embarcamos y bajamos por el río para ir á Pásig, y no encontramos cosa notable hasta no llegar á la jurisdicción de este pueblo, que comienza en la mitad de esta pequeña isla. Aquí empezamos á ver unas grandes bandadas de patos que crían los naturales en este río; y aunque en la otra banda de la isla hay muchos más, en el río Pateros no dejamos de encontrar muchas paterías por donde pasamos. Cada patería consta de 500 patos, pocos más ó menos, los 50 machos y los restantes hembras. Les tienen dispuestos un camarín de caña para dormir; por la mañana les abren la puerta y van todos al río á comer caracolillos, que se cogen en la laguna y los echan dentro del agua para que estén buscando todo el día; y tienen una cosa muy particular, que estando solamente dividida una patería de otra por una caña que hay á la flor del agua, jamás se mezclan unos patos con otros, ni se pasan al otro lado á robar la comida. Por la tarde se forman en un triángulo á manera de soldados haciendo uno de cabeza y suben á su camarín; si encuentran la puerta cerrada, bajan al río en la misma forma, suben segunda vez, y sin cambiar de figura en su formación están subiendo y bajando hasta que se les abre la puerta. Por la noche ponen los huevos, y con tal que no les falten los caracolitos puede estar seguro el dueño de encontrar todas las mañanas cerca de 350 huevos en cada patería. No son de gusto muy delicado los huevos de pato, pero cuando menos se venden á dos reales y medio el ciento. Si no se pueden

consumir todos en Manila, se salan metiéndolos en una tinaja llena de lodo mezclado de alguna sal, y los chinos los compran para llevarlos á su tierra.

El mantener estos patos es algo engorroso, pero su propagación es muy fácil. El caracolito con que se les mantiene se llama *sosó*; se cría en la laguna de Bay; la corriente los trae con tanta abundancia hacia las barras y bocas por donde desagua, que es suficiente á mantener á muchos miles de patos. El que tiene patería necesita tener un hombre para el acopio diario del *sosó*; éste va todos los días á la barra con una canoa y una pequeña red; la mete en el agua y la saca llena de caracolutos, que va depositando en la barquilla ó canoa, hasta que tiene la provisión suficiente para sus patos. En tiempo de aguas crece tanto la laguna, que redunda sobre las sementeras de arroz que se llenan de *sosó*: los de Pásig van á cogerlo; y como suelen arrancar el arroz al sacarlo, les salen al encuentro los de Táguig, dueños de las sementeras, y suele haber unas grandes riñas y quimeras. El pueblo de Táguig podía mantener paterías con más comodidad que sus vecinos; pero por un efecto de rivalidad se han empeñado en no tenerlas y alegan que causa la enfermedad de lázaro, pero es falso. Yo he sido ministro en Pásig, y no he hallado más lazarios ni otros enfermos de llagas en el barrio de Pateros que en los demás barrios de este dilatado pueblo.

Á la mitad de las paterías, en el sitio de Agojo, encontramos una iglesia de caña y una casa de tabla empezada, que parece se destinaba para un párroco. Nos dijeron que los naturales de la parte de esta isla, que corresponde á Pásig, intentaban formar un pueblo; que podían juntarse 500 tributos entre indios y mestizos de sangley, de los habitantes de la

isla y de los de las bandas opuestas de los dos ríos, y que los principales estaban siguiendo un expediente para que se les pusiese párroco y gobernadorcillo aparte, porque les era muy penoso asistir á la parroquia de Pásig por lo lejos que está y por los muchos ríos que hay que pasar, en los cuales no hay puente muchas veces. Esta demanda es tan justa que, aunque los indios no lo pidieran, se les debía ordenar por un acto de buen gobierno y policía; sin embargo, hay quien se opone á ello con 'el frívolo pretexto de que no tiene iglesia de piedra, y dicen que la hagan primero, y después se les dará párroco. Éste es un imposible, y si se hubiera ordenado lo mismo á todos los indios no se hubiese formado ni un solo pueblo después de la Conquista. Todas las iglesias y conventos se han fabricado haciendo primero una iglesia y una casa provisionales y poniendo un párroco que cuidase de la nueva fábrica; éste obligaba á los indios á que concurriesen con los materiales: él pagaba los canteros, carpinteros, clavos, tejas y demás materiales que no se hallaban en los pueblos, empleando en estas pagas los derechos que pertenecen á la iglesia y á veces sus mismos estipendios. Es tan necesaria la presencia del párroco para hacer una iglesia nueva, que cuando éste es algo negligente y enemigo de obras, apenas se ponen en ella una ó dos hiladas de piedra en cuatro ó seis años, cuando otro párroco vivo, diligente ó, como solemos decir, obrero, en el mismo tiempo concluye una iglesia entera. Finalmente, así se han fabricado todas las iglesias de Filipinas, y así se deben fabricar todas las que en adelante se funden.

Al acabar la isleta encontramos el río de Pateros, como era preciso, pues la isla se forma de estos dos ríos. De allí á poco entramos en el río de Bambang

costeando el barrio de Buling, que es otra isla que se forma de la laguna y los ríos de Bambang y de Pateros. Al llegar á confrontar con el río de Bambang, pasado Buling, hallamos que se divide en dos brazos; el uno por donde íbamos nosotros, y el otro por la banda opuesta va á unirse con el río de Pásig. Seguimos por este brazo, y al llegar á la barra del río de Pásig, no pudiendo entrar la falúa desembarcamos allí, y caminando por una calle hermosa, en pocos minutos llegamos al convento. Este pueblo es grande y rico, tiene 2.400 tributos, hace bastante comercio con Manila, la provincia de La Laguna y los demás pueblos de la comarca; tiene unas grandes sementeras, muchos cocos, bongas y algo de pimienta, café, cacao y frutas, todo lo cual deja á los indios mucho dinero. Luego que se entra en el pueblo se conoce su magnificencia, porque tiene una iglesia muy buena, ricamente adornada de alhajas de plata, un convento de los mejores de las Islas, frente de él una plaza grande y cuadrada rodeada de casas de tabla y en el ángulo está la casa Real de mestizos que es de piedra y teja, y en el otro un beaterio de la misma fábrica, donde se mantienen más de cincuenta mujeres que viven retiradas del mundo y entregadas á servir á Dios.

De este beaterio se podía sacar mucha utilidad si estuviera mejor gobernado y dispuesto en otro tono. Viven en él unas veinte beatas, que aunque no tienen voto ninguno y pueden salirse cuando quieran, se las viste el hábito de San Agustín y no suelen salir del beaterio sin este hábito. Las demás mujeres son sirvientes ó doncellas que se retiran allí á aprender á leer y á coser hasta que se les proporciona casamiento. Las beatas, únicas que llevan el hábito de San Agustín, se consideran superiores á las demás, no tra-

bajan y buscan una infinidad de comodidades en la habitación, cama y comida, con que consumen las pocas rentas que tiene el beaterio, y no se pueden mantener muchas doncellas pobres que vivirían allí muy contentas, y no se pueden mantener por falta de medios, porque la que entra en el beaterio para este estado, que llaman erradamente de novicia, debe pagar una cuota mensual para su sustento. Cuando fui párroco de este pueblo no quise dar hábito ninguno, y tenía resuelto reducir el número de beatas á cuatro, que me parecían suficientes para el cuidado de la casa é instruir á una mayor muchedumbre de doncellas que aprendieran á hilar, coser y tejer y cuanto debe saber una mujer antes de casarse. De este modo se ahorraba lo que se gasta en la manutención de diez y seis beatas y se empleaban á coser ó tejer otras muchas mujeres que se ocupan en servir las, y con esta pequeña reforma podía quedar el beaterio en una casa de enseñanza, que fué para lo que se instituyó y concedió su Real Majestad se fundase. Mis sucesores han pensado al contrario y han aumentado el número de beatas, creyendo que aumentan otras tantas almas que se dedican enteramente á Dios. No puedo negar que desde el día en que se les da el hábito emprenden un género de vida más ajustado, y que por lo común son muy morigeradas; pero un establecimiento donde reina la holgazanería, no creo sea muy afecto á Dios ni útil á la nación.

Detrás del convento se extiende una hermosa vega hasta la laguna, entre las bocas de Taytay y Napindang. Se siembra en ella mucho arroz, y algunos españoles piensan que esta es la famosa vega de Pásig, que surte de arroz á casi todo Manila; pero se engañan, pues el arroz que aquí se coge es poca cosa respecto de lo que produce la otra vega, y sólo sirve

para sostener el precio los meses de Noviembre y Diciembre, porque este arroz es el que los indios llaman *paaga*, esto es, temprano, que se empieza á coger á principios de Noviembre cuando el otro no se siega hasta Enero. El año que se pierde la cosecha, porque redundá la laguna á últimos de Octubre ó principios de Noviembre y anega todo el arroz, se hace sentir mucho su falta en todos los pueblos de la comarca, porque los logreros cierran sus trojes y no venden hasta que el arroz no haya subido á un precio excesivo. La otra vega está detrás del pueblo y se extiende hasta la primera cordillera de los montes de San Mateo y los pueblos de San Mateo y Mariquina, y en ésta hay una hacienda que era de los Jesuitas y la ha vendido el Rey á un mestizo que disfruta de otras de estas tierras. Por la banda de la laguna se hallan en esta vega los pueblos de Cainta y Taytay, más antiguos que la Conquista por los españoles. Fr. Gaspar de San Agustín, en su historia de Filipinas, para dar realce á las acciones de Juan de Salcedo, que es el héroe de su historia y conquistó estos dos pueblos con las armas, los supone muy numerosos de gente; pero si hacemos juicio por su población actual, por las tierras que poseen y por lo que han crecido los indios de estas Islas, no podían pasar de 100 tributos cada uno en tiempo de la Conquista. Aunque todos estos pueblos y la hacienda tienen algunas tierras en esta espaciosa vega, el pueblo de Pásig posee una porción tan considerable que lo hace muy rico y lo surte de arroz, no sólo para el consumo del pueblo, sino para llevar á Manila y surtir el sustento diario de la Capital. Hay muchas gentes en Pásig que se mantienen de *pilar* arroz ó quitarle la cáscara para llevarlo á Manila á venderlo limpio, cuyo tráfico es muy lucrativo, porque ejercido con limpie-

za deja bastante ganancia, á que añaden los indios el lucro que sacan de sus trampas y sus engaños. Entre otras maniobras de que se valen para engañar, lavan bien la canoa ó barca en que echan el arroz, y estando mojada, lo colocan en ella por la tarde, la dejan en el río toda la noche, y por la mañana cuando llegan con él á Manila ha crecido extraordinariamente, y además parece más hermoso y de mejor calidad que el otro arroz, por lo cual es más propio para engañar á los compradores.

En Pásig hay un gran concurso de gente de todos los extramuros de Manila por las carnestolendas; van á jugar á los gallos y al juego de los cocos que se estila en este pueblo; en estos días las dalagas ó doncellas, y particularmente las que están para casarse, son las que se divierten en este juego; el novio ó sus parientes surten á cada una de 100, 200 ó más cocos, limpios de la primera corteza que tiene esta fruta, los pone á un lado; y frente de ella, á corta distancia, está su rival con igual número de nueces de coco. Echa una de ellas á rodar el coco, y cuando viene caminando le tira la contraria con otro coco: si lo quiebra es suyo, y si se quiebra el que ella tiró se lo lleva la otra, y la que perdió le presenta otro coco rodando para que lo tire. Toda la plaza, el patio y cuantos lugares hay desocupados están llenos de mujeres que están jugando al coco; se ven trescientas ó cuatrocientas parejas de dalagas jugando á un mismo tiempo, y un gentío innumerable dividido en patrullas, viendo estos juegos, acercándose cada uno al sitio que más le acomoda. El agua de estos cocos se derrama allí mismo, pero los cocos quebrados se guardan y después se hace de la carne aceite y dulce.

Por este tiempo se empollan los huevos de pato, no por obra de los patos, como sucede con otras aves,

sino por ministerio de los hombres, que sacan con mucha facilidad una infinidad de patos. Ponen los huevos de ciento en ciento en unos paños y van colocando un paño encima de otro en unos cestos de paja de arroz; calientan luego el camarín donde están los cestos, y los huevos empiezan á empollarse; pero como el calor que se dan unos á otros conforme se van empollando es excesivo, se les saca de cuando en cuando para que se refresquen y queden en el grado de calor que necesiten para vivir; esto lo perciben metiendo la punta de un huevo en el ojo; cuando ni enfría ni calienta, sino que está á la temperatura del ojo, el calor está en su punto. Pasados ocho días, se extienden todos los huevos sobre una mesa y se les tapa con una sábana; si les da mucho calor, la quitan para que se refresque, procurando siempre que el huevo esté en la temperatura del calor del ojo: á los veintiocho días salen los patos por sí solos, algo mojados y casi en ademán de muertos, hasta que se secan; después empiezan á piar y se mantienen un día ó dos sin comer: de mil y quinientos huevos apenas se pierden veinte ó treinta, que suelen morirse después de empollados antes de salir. En otras partes se tirarían estos huevos; en Pásig se tienen por mucho regalo y hacen de ellos un plato de mucho gusto, particularmente para los mestizos de sangley. El que quiere procurarse patos entrega mil y quinientos huevos á una de las personas que se emplean en empollarlos, y ésta hace la contrata de entregar mil y doscientos patos, y por su trabajo le dan diez pesos. Los patos que le sobran los vende en Manila, donde se suelen comprar para que enreden los muchachos, porque no son de mucho gusto para comer.

Además de los ríos que salen de la laguna, pasa por Pásig el río de San Mateo, que aquí se llama de

Maybunga. Dicen generalmente los españoles que este río y el de Quingua salen de una laguna que hay en los montes de la Pampanga; pero nadie ha visto esta laguna, ni la claridad del agua de estos ríos manifiesta algún indicio de que tienen su origen en una laguna, donde las aguas suelen estar poco claras; yo creo que el uno sale de los montes de San Mateo, y el otro de los de Angat, que están en la misma cordillera. Muchos españoles van á Maybunga á bañarse para disfrutar de la hermosa agua de su río, que está clarísima, hasta que se le junta el río de Pásig, que viene de la laguna, y la ensucia con sus aguas turbias. La boca de Taytay es por donde sale de la laguna el río de Pásig; pasa por junto á la iglesia, donde hay un puente de tres arcos de piedra para la comunicación de la parte del pueblo que está á la otra banda. Á poca distancia del puente se junta este río con un brazo del de Bambang, y de allí á poco, doblando la isleta de Santa Rosa, se unen los dos con el río de Maybunga, y van por el sitio llamado Bagonghinucay á unirse con los ríos que vienen de Táguig, antes de dejar á Doña Jerónima, y desde este sitio no forman más que un río, que se llama el río de Pásig. Nosotros navegamos por este río y vimos la cueva de Doña Jerónima, que es muy nombrada, aunque tiene muy poco de particular.

Una mujer llamada doña Jerónima fabricó una casa de recreo en la ribera de este río; y como el sitio es bastante alto é incómodo para bajar al río á bañarse, abrió en la peña viva una escalera, y cerca de la flor del agua hizo un aposento. Después de su muerte se abandonó la casa, y la concavidad que había formado en la peña se ha llenado de malezas y representa la boca de una cueva, por lo cual llaman á este lugar «la cueva de Doña Jerónima». Las aguas

que salen de la laguna de Bay pierden muy poco de su nivel hasta llegar á este sitio, por lo cual, cuando el río de Maybunga crece mucho, como la laguna está muy baja, toma la dirección hacia ella, y mucha de su agua, que había de ir á Manila, se introduce en la laguna, y después va saliendo poco á poco. Dos varas solamente hay de diferencia del nivel de la laguna al de la mar, y casi toda esta diferencia se encuentra desde Doña Jerónima hasta Santa Ana, lo que no es extraño, pues aquí está el monte que dije en el capítulo V que corre de los montes de San Mateo á los de Silang, y las aguas se han abierto un pasaje por medio de él para correr á la mar; y como este monte es de piedra, no han podido abrir una madre tan profunda que no haya quedado el mayor desnivel del río todo lo que ocupa el monte. Después de Doña Jerónima, lo primero que hallamos digno de notarse fué la iglesia de San Nicolás, que fabricaron los chinos en honor de este Santo, porque dicen que un caimán acometió á un sangley, y habiendo invocado el patrocinio de San Nicolás de Tolentino, el caimán se convirtió en piedra. Hasta el día de hoy se enseña en la otra banda del río una piedra que, haciendo muchas reflexiones é imaginándose uno un caimán muy vivamente, se le asemeja algo dicha piedra; yo creo que el milagro sólo estuvo en la fantasía del chino. Sin embargo, los chinos hacen todos los años una fiesta á este Santo, y llevan más de diez quintales de cera de ofrenda todos los años, lo que fué causa de que el párroco de Pásig pusiese pleito al prior de Guadalupe pidiendo que se le entregase la iglesia. El Arzobispo cortó el pleito, agregando la gente que vive aquí y en Guadalupe al pueblo de San Pedro Macatí, y mandando derribar la iglesia y llevando el Santo á Guadalupe, donde los chinos prosi-

guen celebrando su fiesta todos los años, con comedia china y muchas ofrendas de candelas á San Nicolás, á quien muchos de ellos miran más como un ídolo que como un Santo.

No lejos de San Nicolás está el santuario de Guadalupe; es un convento de PP. Agustinos; la fábrica es bastante regular, la iglesia es de bóveda de piedra, y la primera que se fabricó en Filipinas la hizo un hijo del maestro que fabricó el Escorial, que tomó en él el hábito de San Agustín: pasó á Filipinas é hizo esta bóveda como para ensayo de la que quería hacer en San Agustín de Manila. El convento está fundado en lo más alto del monte, y subimos á él por una hermosa escalera de piedra bastante suave; pero tiene más de cien escalones. Los PP. Agustinos pensaron poner en este sitio los estudios; y como jamás ha habido suficiente número de estudiantes para surtir el convento de Manila, y éste ni Guadalupe han tenido más de mil pesos de renta, sólo se ha mantenido hasta ahora un religioso, y el convento no ha servido ni al público ni á la Religión. Sería muy útil que se demoliese esta fábrica, porque si el religioso que vive aquí está en estado de poder trabajar, podía servir más á los indios en una parroquia, y si es un viejo, en el convento de Manila sería más útil, porque podía edificar á sus hermanos con el ejemplo de su buena vida.

Después de comer nos embarcamos en el río, y á corta distancia hallamos el pueblo de San Pedro Macatí. Este pueblo pertenece al marqués de Villamediana, por haber comprado al Rey esta hacienda que era de los PP. expulsos; hay una hermosa iglesia y una excelente casa; después de la expulsión de los Jesuítas, la fábrica estaba destruída enteramente; el marqués de Villamediana reparó á sus expensas, no

sólo la casa, que le pertenece por ser de la hacienda, sino también la iglesia, que sirve un párroco indio, de quien no se podía esperar que la compusiere si no hubiera encontrado este insigne bienhechor. En Macatí se fabrican tejas, ladrillos, ollas y otros utensilios de cocina. El marqués de Villamediana ha mejorado estas fábricas, haciendo de piedra y teja los camarines donde se fabrica y cuece el barro, dando barniz á las tinajas, ollas, cazuelas y demás barros de su fábrica; pero salen tan caras estas manufacturas, que se hallan muy pocos compradores. También ha hecho una grande presa para regar las sementeras de arroz; se le ha roto varias veces y ha gastado tanto en ella que es imposible que la utilidad del riego pueda sufragar jamás á los excesivos gastos de la presa.

Después de Macatí se encuentra el pueblo de Santa Ana, en la misma orilla del río Pásig: tiene un buen convento é iglesia donde los PP. Franciscanos administran á unos 600 tributos que hay en las dos orillas de este río. Los españoles tienen en este pueblo algunas casas de recreo, y todos debían tener á las dos orillas de este hermoso río sus casas de vacaciones y no esparcirse por los sitios de tierra-alta, Maybunga y Quingua, como lo hacen; pues aunque es cierto que estos parajes ofrecen unos ríos de agua más cristalina, tienen la incomodidad de estar lejos de Manila y pasar una vida demasiado solitaria los que van allí á vacaciones. En el río de Pásig estaban cerca de Manila, podían todas las tardes que quisieran ir á sus casas, tenían diversión con las demás familias que estaban de vacaciones en el río, y el agua, aunque viene algo sucia por razón de los ríos que salen de la laguna y se juntan con el de Maybunga, es bastante buena para refrescarse y tomar los baños. Á la banda del N. frente de Santa Ana está la hacien-

da de Mandaloya, de Agustinos; el convento de San Juan del Monte, de Dominicos, y el de San Francisco del Monte, de los Franciscanos; estos dos conventos son dos especies de eremitorios ó santuarios como el de Guadalupe; están, así como la hacienda de Mandaloya, junto á un río que aunque trae poca agua parece muy grande; porque como el río de Pásig desde este sitio está casi al nivel de la mar, se introduce por él particularmente en las mareas y le han abierto una madre considerable. En este río hay muy pocos indios, porque casi toda esta tierra es un puro monte, y sólo en las orillas de los ríos hay algunas tierras de labor que producen á la hacienda de los Agustinos como dos mil pesos. En los sitios donde la piedra no está somera hay pasto para los animales. Mandaloya mantiene algunas vacas y una caballada, de que saca poco producto, porque los ladrones roban unos y otros animales, persiguen á los otros y los hacen muy ariscos.

Frente de la boca del río de Mandaloya tomaba el Pásig antiguamente una terrible vuelta; los españoles la cortaron, abriendo un canal por donde ahora va casi todo el río, y las casas de recreo que hay en la madre antigua han perdido mucho, porque tienen los baños muy sucios por la poca corriente de las aguas. En la banda del N. del río nuevo está la casa de Santa Mesa, que es una hacienda perteneciente á la obra pía de la Misericordia, donde se coge algún arroz y se fabrica ladrillo y teja. Después se encuentran unos camarines de piedra y teja, donde se guardan las lanchas cañoneras que se han fabricado nuevamente para la defensa de la plaza. Entre el río nuevo y viejo está una isla bastante poblada, en cuya extremidad, donde se vuelven á juntar, está el pueblo de Pandacan; es de la administración de los Padres

Franciscanos: tienen una buena iglesia y casa parroquial de cal y canto, y se enumeran en él como 400 tributos. Frente de la iglesia está la polvorista, á la otra banda del río, en el lugar llamado Nagtajan. Es un edificio para guardar la pólvora; está rodeado de una cerca de piedra, y hay continuamente guardia para que la pólvora no se incendie. El sitio no es muy á propósito para el efecto á que se ha destinado, porque estando tan cerca del río debe de ser muy húmedo y perder la pólvora mucho de su actividad. Desde la polvorista hasta la isla de la Convalecencia, que está cerca de Manila, no hay cosa reparable más que algunas casas de recreo pertenecientes á algunos de los manilenses.

La isla de la Convalecencia toma su denominación de un hospital que tienen en ella los PP. de San Juan de Dios, que sirve para que vayan á él los enfermos á restablecer sus fuerzas y convalecer después que se han curado en el hospital de Manila. Además del hospital hay en esta isla una buena casa y otras más pequeñas pertenecientes á particulares. Esta isla está en medio del río de Manila y ofrece bastante recreo á la vista de los convalecientes. Por la banda del S., á la otra orilla del río, se extendían antiguamente hasta Manila los pueblos de Dilao y el Parián con sus barrios de San Miguel y Arroceros. El pueblo de Dilao se trasladó al camino de Santa Ana, donde está ahora con el nombre de Paco; el barrio de San Miguel á la otra banda del río, donde se ha formado un pueblecito con el mismo nombre; el de Parián, que verdaderamente era pueblo de chinos, y el Hospital de San Gabriel, de la misma nación, sito en el barrio de Binondo, y los indios y mestizos que había en este pueblo se han esparcido por todos los extramuros de Manila. Se hizo esta traslación por temor de que se

declarase la guerra con los ingleses. Los indios llevaron con bastante resignación la pérdida que padecieron en sus casas, pero no dejaban de murmurar el que se demolicen las iglesias y las casas de los infelices y quedasen algunas casas grandes, como han quedado hasta ahora. Por la banda del N. están los de Quiapo, Sampáloc, Santa Cruz y Binondo, que se extienden por toda la orilla del río hasta la marina. Al llegar á Manila hay un puente de piedra para la comunicación de la ciudad con estos barrios. Estos son los edificios, pueblos y particularidades que se hallan en el río de Pásig hasta Manila, adonde llegamos bastante temprano. Pero para hablar de ella y para no cansar al lector, es preciso empezar por capítulos separados.





CAPÍTULO XI

LA ciudad de Manila fué fundada por Miguel López de Legazpi, conquistador de las Islas Filipinas. Después de algunos años de residencia en Cebù pasó á Manila con su armada, hizo paces con Lacadola, reyezuelo de Tondo, y con Raja Matandá; pero el sobrino de éste, llamado Raja Solimán, no se le presentó hasta el día 18 de Mayo de 1571, por lo cual no tomó posesión de Manila hasta el día siguiente 19, en que celebra la Iglesia la fiesta de Santa Potenciana, que se eligió por patrona de las Islas, y á Manila por metrópoli de ellas. Hizo Miguel López de

Materias que abraza el capítulo XI.—Fundación de Manila.—Escudo de armas de esta ciudad.—Situación geográfica de la misma.—Extensión.—Calles.—Clima.—Murallas, fosos, baluartes y fuertes.—Plaza de Armas.—La Catedral.—Palacio del Gobernador.—La casa Cabildo.—Palacio Arzobispal.—Los Almacenes Reales.—El Hospital Real.—El cuartel de Dragones.—El de los artilleros.—La capilla Real.—Los PP. Agustinos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Rentas del convento y de la Provincia.—Los PP. Franciscanos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Hospital de San Lázaro.—Los PP. Dominicos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Rentas.—Colegio de Santo Tomás.—La Universidad.—Colegio de San Juan de Letrán.—Beaterio de Santa Catalina.—Beaterio de la Madre Paula.—Hospital de San Gabriel.—Los PP. Jesuitas: su llegada.—Fundan colegio é iglesia.—

Legazpi las habitaciones suficientes para sí, para los religiosos que venían con él y para los vecinos y soldados, y el día de San Juan Bautista fundó la ciudad, dándole el nombre de Manila, que después aprobó S. M., concediéndole por escudo de armas un castillo de plata en campo rojo en la mitad de arriba, y en la mitad de abajo un delfin y un león que tiene una espada en la mano y bate la mar con la cola. La ciudad está sita á los catorce grados y medio de latitud N., en una especie de punta rasa que forma el río de Pásig al desaguar en la mar, el cual baña las murallas de la ciudad por la banda del N. Este sitio es muy delicioso por la grande bahía que tiene al frente, por el río que la cerca y por las hermosas campiñas de la comarca que la ofrecen paseos llanos, y la surten de todo género de frutas, hortalizas y demás especies de comestibles.

Manila tiene 1.324 toesas de circunferencia; su longitud, que se extiende de SO. cuarta al S., al NO. cuarta al N., es de 524 toesas, y su mayor anchura de 250. Todas sus calles están tiradas á cordel, bien enlosadas por los dos lados de las casas; por el invierno se hacen algunos lodos en medio de las calles, y por el verano hay algún polvo, pero siempre se anda con bastante comodidad por ellas á causa del empedrado, que no hace muchos años que se hizo. Por la noche está iluminada con faroles que hay de trecho en trecho, y pagan los vecinos, sin estar exentos de esta gabela los religiosos. Por los meses de Marzo, Abril, Mayo y Junio se siente mucho calor en la ciudad, porque quedando los rayos del sol en las pie-

Los PP. Recoletos: su llegada.—Sus conventos.—Rentas.—Los PP. Hospitalarios: su llegada.—Hospitales.—El Seminario conciliar.—Cómo se sostiene.—Beaterio llamado de la Compañía.—Colegio de Santa Potenciana.—Colegio de Santa Isabel.—Casa de recogidas.—Las demás casas de Manila, son particulares.—Extension que ocupan, con relación á la que ocupan los edificios públicos.

dras y tejas de sus edificios, no se percibe fresco alguno hasta cerca de la madrugada, que se han disipado las partículas ígneas que había dejado el sol del día antecedente. En los demás meses no hace mucho calor, porque ó llueve ó sopla un viento que refresca la atmósfera y los cuerpos. Hay también en Manila bastantes mosquitos que levantan ronchas y dura la picazón mucho rato, de modo que no se puede dormir sin un pabellón que le defienda á uno de estos insectos. Quitadas estas incomodidades, Manila es una morada excelente, porque su temperamento es sano y nunca se siente frío en él, parece que se está continuamente viviendo en una primavera y jamás es necesario añadir ó quitar ropa, tanto en la cama como en los vestidos.

La ciudad está rodeada de una buena muralla con un buen foso y con contrafoso; por la banda que no está rodeada de la mar ó del río está coronada de baluartes; tiene como puertas, dos para salir al río y tres para la banda de tierra; todas ellas están defendidas con baluartes, particularmente las de tierra, donde hay algunos revellinos y medios revellinos. Además de las puertas hay un postigo cerca del palacio del Gobernador, que no está siempre abierto. La puerta Real enfilaba antiguamente á la plaza mayor y palacio del Gobernador; por ella entraban los gobernadores y arzobispos cuando hacían su entrada solemne; después de la toma de Manila por los ingleses se mudó esta puerta, se colocó frente del colegio de San José, se estrechó de modo que no pueden pasar coches por ella, y la entrada pública de gobernadores y arzobispos se hace ahora por la puerta del Parián. La banda que mira á tierra, como está la más expuesta, es la más bien fortificada; el uno de sus ángulos, el que mira á la marina, además del baluarte

de la fundición que tenía antiguamente, ha sido fortificado de una batería que llaman del Pastel y se extiende hasta cerca de la flor del agua de la mar para impedir á los barcos que disparen sobre la plaza. La puerta del Parián, que es por donde se sale para ir al puente, además de las obras que tiene por todo el espacio que hay entre el puente y ella, está defendida por el baluarte San Gabriel, que está en el ángulo que mira al río bastante cerca del mismo puente. En la punta que forma el río con la mar hay una ciudadela que comúnmente se llama la fuerza de Santiago; tiene una puerta para la plaza y otra puerta falsa para el río; está algo fortificada, pero no creo que pueda sufrir un asedio por muchos días. Frente de la fuerza, á la otra banda del río, está la alcaicería de San Fernando; tiene un castellano, pero es tan débil el castillo, que no se puede prometer la ciudad defensiva alguna de su débil fortaleza. En el murallón que se ha hecho en la barra, se ha colocado una batería en la extremidad que se interna más en la mar; además de esto se han puesto baterías fuera de la plaza en varios sitios, particularmente en la marina.

En medio de la ciudad hay una plaza que nuestros autores llaman plaza de Armas; yo no puedo darle este título, porque el gobernador Aguilar ha hecho de ella un jardín y la plaza de Armas está mejor junto á la fuerza de Santiago. El un ángulo de esta plaza lo forma el palacio del Gobernador, el otro la Catedral, el tercero las casas del Cabildo y el cuarto las casas de los particulares. La Catedral se fundó el año de 1571, erigiéndose entonces en parroquial; era de caña y nipa muy pobre, como los demás edificios de Manila. El año 1578 la erigió en Catedral, á petición de Felipe II, el Papa Gregorio XIII, y su primer Obispo, el Sr. Salazar, mejoró su fábrica; los sucesos-

res cuidaron igualmente de su iglesia; pero los fuegos y temblores la arruinaron varias veces. D. Miguel Poblete, arzobispo de Manila, puso la primera piedra de la fábrica que existe ahora, y en ella se puso la inscripción siguiente: «Gobernando la Iglesia Inocencio X, las Españas el Rey Felipe IV el Grande, y estas Islas Don Saviniano Manrique de Lara, Caballero del Orden de Calatrava; para la fábrica de esta Santa Catedral, su titular la Concepción de Nuestra Señora y patrón San Andrés Apóstol, puso esta piedra D. Miguel de Poblete, su Arzobispo metropolitano, en 20 de Abril de 1654 años». Dióla luego perfeccionada en 31 de Agosto de 1671, el señor deán su sobrino, el maestro D. José Millán de Poblete, después Obispo de la Nueva Segovia. Es obra primorosa de cantería; tiene de largo 40 brazas, 15 de ancho y 9 de alto, con tres puertas principales correspondientes á las tres naves de su estructura y en las dos colaterales ocho capillas por banda. Antiguamente había en ella dos Sagrarios, uno para los españoles y otro para los indios; en el día se administran todas en una capilla, pero siempre han quedado dos curas párrocos. El coro tiene cincuenta y dos sillas de tándalo muy curiosas; la torre es elevada y vistosa, hay en ella catorce campanas entre grandes y pequeñas, y contigua á la iglesia está la casa donde se junta el Cabildo. El conjunto de todo el edificio no es muy grande, pero está bien hecho y es de bastante gusto.

El palacio del Gobernador era una casa que fabricó para sí D. Eustasio de Venegas, privado del gobernador D. Diego Fajardo, que se valía de la amistad de éste para cometer muchos atentados contra los vecinos, los cuales no se atrevían á hablar palabra porque temían al Gobernador, que era muy rígido, hasta que lo desengañó el provincial de San

Agustín y entonces puso preso á su privado, y en el gobierno siguiente le confiscaron todos sus bienes y la casa se aplicó para palacio de los gobernadores.— Véase mi historia, capítulo XVIII.—Esta casa fué reedificada por D. Fausto Cruzat, gobernador de Manila; es un cuadro perfecto: el un ángulo mira á la mar, que le presenta una vista muy divertida y le ofrece sus vientos sanos y frescos que la hacen muy cómoda y deliciosa; el frente opuesto ocupa todo el un ángulo de la plaza. Es casa muy grande; no sólo tiene vivienda suficiente para el Gobernador, aunque esté casado y tenga familia numerosa, sino también para la Secretaría de Gobierno en los cuartos bajos, para cárcel de Corte, para la Real Contaduría y para la Real Audiencia, que siempre ha estado en Palacio hasta estos últimos años que ha comprado el Rey una casa de un particular y en ella se han puesto la Real Audiencia y oficinas dependientes de este Tribunal. Entre el palacio del Gobernador y la casa nueva de la Real Audiencia pasa una calle, y para las ocasiones en que el Gobernador tenga que comunicar con la Real Audiencia como presidente de ella, se ha hecho un arco que coge toda la calle, y encima de él un pasadizo por donde puedan los oidores ir al palacio del Gobernador y éste á la sala de Audiencia sin ser vistos de nadie.

La casa de Cabildo es un edificio que ha fabricado la ciudad frente del palacio del Gobernador para tener sus juntas y para ver desde él las fiestas que suelen hacerse en la plaza en la jura del Rey, y en otras ocasiones para cárcel de Cabildo y para habitación del alcaide y otros dependientes de la ciudad. El edificio es muy bueno y coge todo un ángulo de la plaza, en el cual tienen unos soportales que son los únicos que hay en Filipinas; se hicieron sin duda para

vender en ellos los abastos; pero las gentes de estas islas jamás han usado de ellos para este efecto, porque en sus ventas aman más los lugares ocultos que los públicos por varios motivos que todos se reducen al monopolio, engaño y estafa de los compradores.

A un lado del palacio del Gobernador está el palacio Arzobispal: es una casa muy buena y cómoda para vivir el Arzobispo, su Secretario y pajes; la vivienda que mira á la mar es muy fresca y deliciosa; en el entresuelo están las oficinas de la secretaría, tiene una buena capilla para celebrar órdenes y demás ejercicios episcopales y buenos salones de recibimiento.

Los Almacenes Reales es una obra muy sólida: están junto á una puerta de la ciudad que da al río para facilitar la entrada de los efectos que se guardan en ellos, por cuyo motivo á esta puerta la llaman la puerta de Almacenes. Allí mismo está el Hospital Real, donde se curan todos los que se enferman en el Real servicio: tiene una buena botica, médicos, cirujanos, practicantes y un contador que cuida de los gastos y de la buena asistencia de los enfermos. No lejos del hospital está el cuartel de Dragones, que por estar arruinándose se trasladaron éstos á Santa Cruz, extramuros de la ciudad, al convento de Jesuitas, que era muy grande, y dejando al cura de aquella iglesia vivienda suficiente, se dió lo demás para cuartel de dragones. En su cuartel viejo se había pensado hacer un buen cuartel para el regimiento; pero no se ha ejecutado todavía, y sus soldados viven en el colegio que fué de la Compañía. Los artilleros viven en un mal cuartel cerca de San Agustín. Todos estos edificios tienen muy poca comodidad; para en caso de invasión no hay lugar alguno con bóveda donde pueda descansar la tropa y se puedan curar los enfermos

con seguridad, en ocasión que los enemigos empiecen á enviar bombas á la plaza.

Cerca del hospital está la capilla Real, cuya titular es Nuestra Señora de la Encarnación; hízola el señor Corcuera, y servía para las funciones de iglesia de la Real Audiencia y para administrar al Hospital Real, para lo cual tiene un capellán mayor y otros capellanes subalternos. Esta capilla hace años que se está arruinando, y no se ha tratado de componerla; la Real Audiencia, desde que empezó á amenazar ruina, celebraba sus funciones en la iglesia de Santa Clara ó en la de los expulsos de la Compañía, hasta que ha hecho una capilla en una de las salas de la casa donde se ha colocado nuevamente este tribunal. Allí se les predica y se les dice misa todos los días que tienen asistencia. Los soldados oyen misa donde pueden, y á los enfermos del hospital se les lleva el Viático sacándolo de alguna iglesia.

Además de estos edificios públicos hay en Manila los conventos de los religiosos que se han establecido en ella.

Los Agustinos calzados vinieron á Manila en compañía de Miguel López de Legazpi, su conquistador; se esparcieron por todas las islas para pacificar y convertir á los indios á la Religión Cristiana; fundaron muchos conventos en varias provincias, y en Manila fabricaron el convento donde ahora viven, como cabeza de los demás, para que hallen en él hospedaje cuando vienen de España y se puedan refugiar á él los que vienen de las provincias. Es un edificio muy sólido y muy grande, pero ofrece muy pocas comodidades para los religiosos; porque como Manila suele padecer muchos terremotos, no se pueden elevar tantos pisos como en España, y los conventos que ocupan mucho terreno proporcionan muy

poca habitación. Su iglesia está bajo la protección de la Conversión de San Pablo, que se celebra juntamente con el Dulcísimo Nombre de Jesús, titular y patrono de la Provincia; es de bóveda de piedra y la fábrica más antigua de Manila que ha permanecido, no obstante los grandes temblores que han arruinado varias veces casi todos los edificios de la ciudad. La sacristía, refectorio y todas las obras bajas del primer claustro son de bóvedas, y en la guerra con los ingleses sirvieron de refugio y consuelo á muchos españoles, que se refugiaron á ellas cuando los enemigos empezaron á bombardear la plaza. Los religiosos que viven en este convento son los empleados en los oficios, dos ó tres más para cantar las misas, algunos viejos ó achacosos que se han retirado de la administración de las almas, los locos y los legos. Cuando llega nuevamente alguna misión, suele ser muy crecido su número, porque se quedan en el convento á estudiar hasta que están idóneos para administrar los Sacramentos; en los demás tiempos no hay más que unos treinta religiosos poco más ó menos.

Las rentas de este convento se reducen á las haciendas de Mangilán y Pasay, que le redituarán como 4.000 pesos; á las muchas casas que tienen dentro de Manila, que les dejarán igual cantidad, y á los productos de las obras pías y la cuota que pagan los párrocos, que importará como otros 4.000 pesos, rentas que gasta cada año, y de las que le sobran tan poco, que en teniendo que hacer alguna obra ó sobreviniendo una guerra, en cuyo tiempo se gasta más por subir de precio los bastimentos, gasta cuanto había ahorrado los demás años. Las haciendas de Mandaloja, Malinta y Tala pertenecen á la Provincia. Esta diferencia de bienes del convento y de Provincia la

tienen los seculares por un trampantojo de los religiosos, que la han instituido para algunos fines particulares que ellos no saben. Este es un error como otros muchos que hay en orden á otros cuerpos, cuyo gobierno se ignora. Está mandado por los Papas, pena de excomuni6n mayor, que los regulares no enajenen los bienes raices de los conventos sin conocida utilidad, y en este caso se debe emplear su producto en otra finca, á fin de que no se coman los bienes raices que les dejaron los fieles para que apliquen sufragios por sus almas y rueguen á Dios por ellos; porque si faltaran estos bienes raices, no se podrían mantener otros religiosos, y los bienhechores quedarían defraudados en sus piadosas intenciones. Para que se cumpla este precepto administran los bienes del convento el Prior y los Padres de consulta, que son los más graves de la Comunidad, y el Provincial mismo no puede meterse en la administraci6n de estos bienes sino cuando visita el convento, y ve si los religiosos han cumplido con lo que está mandado. No sucede así con los bienes de la Provincia, los cuales pueden ser vendidos, enajenados ó gastados, conforme al parecer del Provincial, y su definitorio, según las circunstancias de la Provincia, por lo cual deben administrarse separadamente, como también porque estos bienes están destinados á diferentes usos para el gasto del convento, y los otros para los gastos de la Provincia, para mantener en Madrid un Comisario para traer los religiosos, para el gasto de un hospicio, que todas las Religiones tienen en México, donde están esperando los misioneros la salida del barco de Acapulco, y los Padres Agustinos necesitan además de esto los bienes de su Provincia para mantener un colegio en Valladolid, donde se instruyen los religiosos que han de ve-

nir á Filipinas. Los gastos que se irrogan en todo esto son tan grandes, que si el Rey no ayudara con algo, era imposible que los religiosos se pudiesen vestir de religiosos con sus propios fondos. En esto gastan los regulares de Filipinas las riquezas que tanto exageran los seculares, más por envidia que por celo de que cumplan con el estatuto de pobreza que han profesado. Los Agustinos, luego que llegaron á Filipinas, pusieron religiosos en las islas de Cebú, Masbate, Panay y Mindoro, acompañaron á Legazpi á Manila, y al punto se esparcieron por toda la isla de Luzón y predicaron el Évangelio en las provincias de Tondo, Laguna, Batangas, Camarines, Bulacán, Pampanga, Zambales, Pangasinán, Ilocos y Cagayán.

El año de 1577 llegaron los PP. Franciscanos descalzos; los recibieron los PP. Agustinos en su convento con mucho agrado, y ellos se dedicaron á la conversión de algunos pueblos de las provincias de Tondo, Bulacán, Laguna y Camarines. Fundaron la Provincia de San Gregorio, y en Manila hicieron un convento bastante capaz para mantener el coro y la observancia regular y para que puedan refugiarse á él los enfermos, locos y viejos que están cansados de administrar á los indios. Las celdas de este convento son pequeñas, conforme al instituto de su religión, aunque algo mayores que las de España por motivo de los calores de esta tierra. La iglesia es pequeña, pero está muy curiosa; su titular es Nuestra Señora de los Angeles. Dentro del patio ó al mismo compás del convento hay una capilla muy suntuosa para los ejercicios de los hermanos de la Tercera Orden; está administrada por un religioso á quien llaman Comisario de la Tercera Orden. Junto á la puerta de Almacenes tienen estos PP. un convento de monjas sujetas á su

Provincia y gobernadas por un religioso que se nombra por Vicario de las monjas todos los Capítulos. Este monasterio se llama de Santa Clara: sólo se reciben en él españolas; se fundó en el año de 1621 por la Madre Jerónima de Toledo, que vino de España con otras religiosas; y aunque tuvo muchas contradicciones, logró fundar su convento, que es algo regular, y tiene una iglesia pequeña pero curiosa. Antiguamente tenían estos PP. un hospital en San Lázaro para recoger á los lazarientos, que hay bastantes en estas islas. Ahora se ha trasladado al sitio de Mayhaligue, media legua de Manila, y ha quedado siempre con los PP. Franciscanos, tanto en lo espiritual como en lo temporal. El hospital de San Lázaro y el convento de monjas tienen algunas rentas, aunque cortas, y siempre se ven precisados á solicitar las limosnas de los fieles; el convento de Manila y la Provincia no tienen renta alguna; pero como la ciudad es corta, no se podrían sustentar los treinta religiosos que suele haber en el convento, si no fuera por lo que dan los religiosos que hay en los curatos, los cuales perciben los estipendios y obenciones como los demás párrocos, y de lo que les sobra se suple lo que falta de las limosnas de los manilenses para mantener el convento y la Provincia; además de esto el Rey les da los hábitos y les paga las misiones.

Los PP. Dominicos llegaron á Manila el 22 de Julio de 1587: hicieron en Manila un convento y una iglesia muy suntuosos, donde viven con mucha observancia guardando la vida común en toda la Provincia: sus rentas son cortas, pero la Provincia saca bastante de las haciendas de Pandi y Lomboy, y de los ahorros de los religiosos que hay en los curatos, con lo cual pueden surtir al convento cuando no le alcanza lo que saca de limosnas, de rentas de casas, de una

botica que tiene para el público y de las Obras pías. Estos religiosos se ocupan de la administración de los indios de la provincia de Pangasinán y Cagayán, en cuyos montes mantienen algunos misioneros para convertir á los infieles. En Tonkín y en China tiene también misioneros esta Provincia, y han padecido mucho por la Fe en estos reinos. Los Franciscanos y Agustinos tienen también misiones en China, pero es muy corto el número de misioneros de estas dos Religiones respecto del de los Dominicos. El Rey paga á cada religioso de éstos 100 pesos, cuya cantidad es muy corta para mantenerse, y sus provincias respectivas necesitan añadirles otros 100 pesos, chocolate y tabaco, que se les envía por medio de un Procurador Dominicó y otro Franciscano que residen en Macao. Además del convento principal tienen los PP. Dominicos en Manila otros establecimientos, como dos colegios, un hospital y dos beaterios. El principal de todos es el colegio de Santo Tomás, fundado é ideado por el ilmo. Sr. Benavides, del Orden de Santo Domingo, que dió 1.000 pesos que tenía y toda su librería para empezar la obra el año de 1610. El señor D. Diego de Soria, del mismo Orden, le dió también su librería con cerca de 4.000 pesos, con cuyas cantidades se hallaba ya provisto de lectores el año de 1620, y se ha elevado poco á poco á la grandeza en que le vemos hoy día, pues posee las haciendas de Biñán, Santa Rosa, Malabón y Navotas, de las cuales saca unos 16.000 pesos, que invierte en mantener un Rector, cuatro ó cinco lectores y como unos cincuenta colegiales seculares que llevan un manto verde y beca encarnada, y estudian en la Universidad que está agregada á este colegio.

El colegio de San Juan de Letrán lo fundó un español llamado Juan Jerónimo Guerrero. Este buen

hombre tomó á su cargo la crianza de los españoles huérfanos, y los sustentaba con su caudal y limosnas que recogió para ello, hasta que S. M. le dió una encomienda en Ilocos para ayudar á obra tan piadosa. Siendo ya viejo se hizo religioso Dominicó, y renunció en favor de su Orden la casa, encomienda y cuanto tenía, con tal que ésta se hiciese cargo de cuidar de los huérfanos como él había cuidado hasta entonces. En virtud de esta cesión se hicieron cargo los Dominicos de la enseñanza de los niños, y con licencia del Gobernador y Arzobispo se erigió la casa de Guerrero en colegio, con la advocación de San Juan de Letrán, á 18 de Junio de 1640. Estaba antiguamente este colegio en el Parián, extramuros de Manila; después se trasladó al sitio donde se halla ahora; su principal instituto fué para libertar de ser soldados á unos niños que se temía anduviesen perdidos; en el día todos se dedican á los estudios, y van á la Universidad de Santo Tomás á estudiar Filosofía, Teología y Cánones para seguir la carrera de la Iglesia. Un P. Dominicó los gobierna en calidad de Presidente; tiene este colegio muy pocas rentas, y los más de los que hay en él de colegiales pagan 50 pesos al año, con cuya cantidad pueden entrar en el colegio, no sólo los españoles, sino los indios, mestizos y sangleyes.

Cerca de este colegio está el famoso beaterio de Santa Catalina, que se hizo célebre por el pleito de la Madre Cecilia. Lo fundó doña Antonia Ezguerra el año de 1695, y el general Escaño le aumentó las rentas para que se pudiesen mantener en él quince beatas y algunas sirvientas. Las beatas debían ser españolas, asistían al coro y hacían voto de castidad. En 1750, una beata llamada la Madre Cecilia se prendó de un español, y pidió al Arzobispo que la dispen-

sase del voto de castidad que tenía hecho; nadie dudaba que el Arzobispo tenía facultad para conceder esta dispensa, pues no habiendo Bula del Papa ni cédula del Rey para fundar convento de monjas en Santa Catalina, la Madre Cecilia no podía ser verdadera religiosa; su voto debía ser de los que llamamos simples, y por consiguiente podía dispensarlo el Arzobispo, como lo hizo, dándole licencia para casarse. Los PP. Dominicos, á cuyo cargo está el beaterio, se opusieron al casamiento; se llevó el pleito hasta el Arzobispo de Méjico, y en todas partes se sentenció en favor de la beata. De resultas de este pleito mandó el Consejo de Indias que se acabase el beaterio en muriendo las beatas que había en él; pero existe todavía, con iglesia pública, campanas y coro, donde se celebran los divinos oficios. Las beatas guardan clausura, observan la Tercera Orden de Santo Domingo y viven muy religiosamente.

Junto al colegio de Santo Tomás tienen los Padres Dominicos otro beaterio, que llaman de la Madre Paula. Esta señora era del principado de Cataluña; le entró el entusiasmo de venir á Filipinas á hacer cuanto pudiese en aumento de la Fe católica. Llegó á Manila y vió que el mayor beneficio que podía hacer al público era fundar una casa de enseñanza, donde con limosnas pudiese mantener cierto número de doncellas indias para enseñarlas, además de los oficios propios de una mujer, la Doctrina cristiana, el temor de Dios, etc.; y bien instruidas se saliesen y tomasen estado si querían, ó permaneciesen con ella en su mismo género de vida. Mr. Le Gentil dice de esta mujer que durante el asedio de los ingleses en Manila, predijo que venían á hacerse todos católicos, y que el fiscal Viana, lleno de entusiasmo, fué á buscar al Gobernador y le dijo: «Señor, no tenemos que

temer; vengo de la Madre Paula; los ingleses vienen todos á convertirse á la Fe; beberemos excelentes vinos á su costa». Semejante patraña sólo podía inventarla un hombre no muy cuerdo. La Madre Paula padeció muchas persecuciones, y todas las sufrió con paciencia y resignación. Después de su muerte ha quedado el beaterio con su nombre, y es una casa de enseñanza y de retiro para las doncellas que quieren apartarse de los peligros del mundo y retirarse allí por algunos años. El hospital de San Gabriel, que está pegado al puente en el arrabal de Binondo, está también á cargo de los PP. Dominicos; es hospital de chinos; tiene iglesia pública, donde administra á los sangleyes su párroco, después que se destruyó la iglesia del Parián.

Los Jesuitas llegaron á Manila el año de 1581 y fabricaron en la Capital un suntuoso colegio y una de las mejores iglesias que hay en Manila. La fachada es de buen gusto, y el presbiterio está enlosado de jaspe, sacado de los montes de San Mateo, donde hay abundantes minas de que se podían surtir las Islas sin necesidad de traer de China un jaspe peor que el que tenemos en nuestra tierra. El colegio se ha destinado parte para el regimiento y parte para el Seminario conciliar. El colegio de San José está contiguo á este Seminario, que llaman el máximo de San Ignacio, y reconoce por origen una Real cédula de 8 de Junio de 1585, en que mandaba Felipe II que se hiciese un colegio en Manila y se pusieran en él doce colegialas, y para su manutención se le asignaran mil pesos. Esteban de Figueroa lo edificó después *à fundamentis*, le dió renta y se aumentaron las becas. Después de la expulsión de los Jesuitas está gobernado por clérigos; tiene un Rector y dos ó tres catedráticos, que enseñan Gramática y Filosofía, y las

demás ciencias es necesario ir á estudiarlas á la Universidad de Santo Tomás. Los PP. Jesuitas tenían otros muchos colegios, residencias y misiones en las provincias de Tondo y Cavite y en las islas de Leyte, Sámar, Bohol é Isla de Negros, que fueron los puntos adonde fueron destinados desde su llegada. También se introdujeron después en Cebú y en Panáy.

Los Agustinos descalzos ó Recoletos entraron en Manila el año de 1606 y edificaron un convento en Bagumbayan, que se intituló de San Juan. Después fabricaron un buen convento é iglesia dentro de la ciudad y fundaron su Provincia con la advocación de San Nicolás de Tolentino. En este convento se mantienen como unos treinta religiosos; sus rentas se reducen á las dos haciendas de San Nicolás y Tunasancillo, que dejan poco más de 2.000 pesos; á algunas casas que tienen en Manila y á la contribución de los religiosos párrocos. La Provincia tiene una hacienda en Imus, que le redituará más de 4.000 pesos, para los gastos de Provincia y para dar al convento con que pasar cuando no le alcanzan sus rentas. Estos religiosos se dedicaron á la administración de Zambales, Caraga, Misamis, Mindoro y Calamianes. Después de la expulsión de los Jesuitas se les entregó la isla de Bohol, pero han dejado Zambales y Mindoro, y se han puesto en su lugar clérigos indios.

La Religión Hospitalaria de San Juan de Dios llegó á Manila antes del año de 1649, pues consta que por este tiempo tenían un hospital de Bangungbayan, el cual se trasladó después á la isla de la Convalecencia. El año de 1656 les cedió la Santa Mesa un hospital que tenía en Manila, donde ellos hicieron una buena iglesia y un convento; después se les cedió otro hospital en Cavite, y estos son los tres establecimientos que tienen estos Padres en las Islas. Se man-

tienen de las limosnas de los fieles y de una hacienda que tienen en la provincia de Bulacán, que llaman de Buenavista, que les reditúa en arroz como 2.000 pesos y tiene muchas vacas, pero las más están remontadas y es muy difícil el cogerlas. En Manila tienen un hospital para hombres, á quienes asisten los mismos religiosos, y otro para mujeres, y para la asistencia tienen algunas doncellas en calidad de beatas. Uno y otro hospital están pegados al convento y gobernados por un Prior que viene nombrado de España, y en calidad de Vicario general gobierna todos los religiosos de San Juan de Dios existentes en estas Islas. De esta Comunidad, dice Mr. Le Gentil, que porque son los más útiles en Manila son los más pobres y que viven en la miseria, lo que es tan falso como el que sean los más útiles á las Islas. Si supiera este viajero lo que han trabajado las otras Religiones, no sólo en convertir á la Fe cristiana á los indios, sino también en civilizarlos, instruirlos, fomentar sus manufacturas y todas las producciones de la tierra, como debía saberlo á ley de viajero, no hubiera estampado esta ni otras sandeces de las muchas que se encuentran en su obra.

El Seminario conciliar se estableció, como llevo dicho, en el colegio de la Compañía; residen en él los clérigos que se ordenan á título de operarios, que suelen ser por lo común indios, pues los españoles se suelen ordenar á título de capellanías y se destinan regularmente al coro de Manila, porque son tan pocos que no bastan para los empleos de la Catedral y para otros beneficios eclesiásticos, y por otra parte no gustan de salir á los pueblos á administrar á los indios porque la vida monótona y solitaria de los párrocos les es muy desabrida. En el Seminario se les instruye á los clérigos en la Moral y Liturgia ó cere-

monias de la Misa. Algunos van á estudiar á la Universidad otras ciencias. Paga cada clérigo 6 pesos al mes para mantenerse en el Seminario; esta suma se les podrá rebajar dentro de poco tiempo, pues habiéndose dispuesto que de todas las rentas eclesiásticas se pague al Seminario el 3 por 100, puede juntar una renta tan copiosa que no sea necesario el que den nada los seminaristas. Á los párrocos ya se nos cobra esta cuota, y verdaderamente parece que se nos hace una injusticia; porque debiendo pagar nosotros otra cuota para el convento de Manila (adonde nos retiramos cuando estamos enfermos en la provincia) y para traer otros religiosos que nos reemplacen, parece muy extraordinario el que se nos obligue á pagar el 3 por 100 para un Seminario que, después de todo, no nos sirve de utilidad ninguna.

Junto á este mismo colegio está el beaterio que llaman de la Compañía. Esta es una casa donde viven algunas indias honradas retiradas del mundo, que se ocupan en santos ejercicios; y aunque los PP. de la Compañía no tenían el gobierno de ellas por prohibición de sus estatutos, como oían misa, confesaban y comulgaban en el colegio de los Jesuitas, se las llamó siempre por error del vulgo las beatas de la Compañía, nombre que les ha quedado después de su expulsión.

El colegio de Santa Potenciana se fabricó dentro de Manila el año de 1591, siendo Gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, y Obispo de Manila el Sr. Salazar, en unas casas que dió para él Luis de Vivanco, factor de la Real Hacienda. Está bajo el Patronato Real, y S. M. mantiene á las colegialas, que deben ser huérfanas de los militares; se admiten también algunas pupilas, con la condición de pagar 5 pesos al mes. Este colegio tenía una buena iglesia, con la advoca-

ción de San Andrés Apóstol, pero se ha arruinado, tanto la iglesia como el colegio, y las colegialas se han trasladado á una casa particular, donde se las ha hecho un oratorio para que oigan misa.

El colegio de Santa Isabel es fábrica que hizo una Obra pía que hay en Manila llamada la Santa Misericordia, que se estableció en Manila el año de 1594 con varias limosnas que para ella dieron los españoles ricos á instancias y diligencias de un clérigo muy virtuoso llamado D. Juan Fernández de León. La fábrica del colegio es grande, suntuosa y muy cómoda para las colegialas; tiene una iglesia curiosa y bien aderezada, bajo la protección de la Presentación de la Virgen. Se mantiene en él cierto número de colegialas, que se escogen de las hijas huérfanas de los españoles, á las cuales se les enseña las obligaciones de una mujer, y se las cria en el temor de Dios y buenas costumbres bajo la dirección de una Rectora, y se mantienen en el colegio hasta que salen de él para el estado á que se inclinan, y la Santa Misericordia las da dotes, pues tiene destinados para su manutención y dotes 16.000 pesos anuales. Sería más útil este establecimiento si los 16.000 pesos se emplearan en casar cuatro niñas cada año y las huérfanas se criaran en casa de los españoles, donde hay tanta caridad, que se las recibiría con gusto, como se reciben todos los niños expósitos, sin que sea necesario en Manila este establecimiento. Yo sé que de aquí resultarían algunos excesos; pero ¿son acaso menores los que hay en los colegios?

Hay también en Manila una casa de recogidas adonde el Provisor envía algunas mujeres malas para que se las castigue y enseñe á vivir bien; y estos son todos los edificios públicos de Manila que comprenden por lo menos la tercera parte de la ciudad: lo

restante está lleno de casas buenas y cómodas, aunque de poca vista, porque son bajas y no tienen más que una vivienda por temor á los temblores, y para defenderlas del sol y de las aguas tienen todas unos corredores que les ofrecen muchas conveniencias, aunque para la vista les quitan mucha hermosura. Algunas de estas casas son de piedra, las demás de madera, y sólo tienen piedra hasta el primer piso; se hacen en esta forma: se escogen unos maderos muy gruesos y altos cuanto debe ser la casa, se les mete en la tierra y después se les cerca de pared hasta el primer piso; sobre los maderos se coloca el tejado, y lo restante de la casa se hace de tabiques de tabla ó de cal y ladrillo; el piso es de tablas y la bóveda un artesonado de madera. Estas casas son muy hermosas algunas, y todas muy sólidas, en una tierra como ésta, donde son frecuentes los terremotos; se alquilan á un precio bastante subido, porque reditúan anualmente algunas de 300 á 400 pesos, suma al parecer excesiva, pero que deja muy poca utilidad á los propietarios por el grande costo de fabricarlas, y por los gastos que se irrogan en su conservación, que son muy grandes, por cuanto se pudren muy pronto las maderas. En los arrabales de Manila, particularmente en Santa Cruz y Binondo, donde viven muchos españoles, están aún más caras las casas porque son más buscadas de los comerciantes, en especial de los extranjeros, que las estiman por tener sus bodegas pegadas al río, que les facilitan la conducción de sus efectos.





CAPÍTULO XII

EL primer tribunal de Manila es el del Gobernador: para comprender su poder y autoridad, me ha parecido conveniente trasladar al pie de la letra lo que refiere de él la historia franciscana en la parte 1.ª, libro 1.º, capítulo LXI, donde dice: «La Autoridad, Grandeza, y Superioridad de los Señores Gobernadores de estas Islas no reconoce exceso, aun en los mayores Virreynatos de Európa, de quantos provee la Corona de España, pues ninguno tiene tantas Potencias sugetas, aliadas, ó enemigas: ni ay Gobernador, ó Virrey, que tenga en su autoridad tanta preeminencia, como el de Philipinas, para sér (por razon de la distancia) dueño privativo, para recibir, y embiar Embajadores por todos los Reynos de esta Comarca,

Materias que abraza el capítulo XII.—Poder de los antiguos gobernadores de Philipinas.—Sueldo que disfrutaban.—Auxiliares del Gobernador.—La Real Audiencia.—El Cabildo.—Tribunal del Consulado.—Real Contaduría.—Tribunal del Arzobispado.—Comisaría de la Inquisición.—Tribunal de la Santa Cruzada.—La Universidad.—Rentas de las Cajas Reales.—Nuevos ingresos.—La siembra del tabaco y las trampas que se hacían en el manejo de este negocio.—Las Obras pías.—Fiestas públicas en Manila.

con dones, y presentallas, hacer pazes, notificar guerras, tomar venganzas, en nombre de la Magestad Catholica, y sin esperar resoluciones de España: por lo que muchos Reyes Coronados le hán rendidó Vassallage al Governador de Philipinas, y reconociendolo por Superior, le hán respetado y temido por las Armas, hán solicitado su amistad con veras, y hán experimentado el castigo los que hán faltado á su palabra.

»Al Doctor Francisco Sande, como á tal Governador de estas Islas, dió la Obediencia el Rey de Borneo, Mahometano, confesandose Vasallo de la Corona de Castilla. En tiempo de Gomez Perez Dasmariñas vino á Manila el Rey de Siayáo, y le dió la Obediencia. En la jornada, que hizo á Ternate Don Pedro de Acuña, trajo preso á su Rey á Manila: y aunque Don Juan Niño de Távora tubo Cédula, para darle libertad, si convenia; no se la dió, y murió preso, y vn Hijo suyo en el año de 1629: y aviendo sucedido en la Corona vn Cachaquil, que tambien estaba preso en Manila, quedó Prisionero de Guerra. El Rey de Tidóre fué confederado, reconociendo por Superior al Governador de estas Islas, y por amparo á las Armas Catholicas. Con el Rey de Macasár en el año de 1618. se assentaron Pazes públicas, que entonces para la manutencion de Terrenate fueron necesarias. Con el Emperador del Japón se há tenido siempre buena correspondencia, encargada por Real Cédula de 4. Julio de 1609, con regalos, y dones de vna parte á otra; hasta que en el año de 1634. faltaron los Japónes á la amistad con Philipinas, porque los Olandeses los irritaron, para perderla. Con la Gran China há estado, y está mejor introducida, y el Comercio se conserva. El Doctor Sande intentó Conquistar á la Gran China, y se le prohibió por Real Cédula de 9. de Abril

de 1586, mandandole conservasse la amistad con los Chinas. En el año de 1629. apresó el Rey de Siyán en sus Puertos dos Navios de Manila; y embió dos Galeónes D. Juan Niño de Távora, que hicieron bastante castigo en las Costas; despues embió Embajada, pidiendo satisfacion de la presa: y aviendo yá muerto el Rey, se allanó su Hijo Succesor á lo que se le pedía. Los Reynos de Champá, y Camboja son fronteras de Guerra, y el Mindanáo con sus Aliados: por mas que se le castiga, y se le ha sujetado en ocasiones várias, aún se revela, y solo se asegura, quando conoce en Philipinas pujanza de fuerzas; y por sus malos procedéres, y falacias están declarados por Esclavos los Mindanáos, que se cogieren en la Guerra, como en 29. de Mayo de 1620. determinó la Magestad Catholica por su Real Cédula. Para estas, y otras facciones gloriosas, y para proveer y despachar privativamente todo lo que pertenece á la Real Hacienda, Gobierno, y Guerra, con Consulta de los Señores Oydores en las cosas arduas; para conocer en primera instancia de la Causas Crimináles de los Soldados de paga; para proveer Alcaldías, Corregimientos, Thenientazgos, y otras Justicias en todas las Islas; para el exercicio de Gobierno, Justicia, y Guerra con el Escribano mayór (puesto por el Rey) de la Governacion y Guerra; y para tener su Guardia continua de 12. Alabarderos, con vn Capitan de la Guardia, que acompañan siempre su persona; y para otras muchas preeminencias, se entendié la grande Autoridad del que está puesto por el Rey en estas Islas para Governador, Capitan General, y Presidente de la Real Audiencia, y Chancilleria de ellas: sin mas Estipendio que el de 8U-pesos de Minas, de 450. maravedis, que hacen 13U235. pesos, y 3. granos de Oro comun: con lo que desempeña en sus honrosos car-

gos las inexplicables cargas; que ni ellos, ni ellas pueden tener semejantes en Európa.»

A la renta antigua del Gobernador se le ha añadido la que percibe de los contrabandos y vendrá á componer cada año 20.000 pesos poco más ó menos. El Gobernador tiene un Auditor de Guerra, que le sirve de asesor en todos los pleitos. Los expedientes se envían á uno de los dos fiscales del Rey para que pidan en favor de las leyes, van después al asesor, con cuyo parecer suelen conformarse los gobernadores; este empleo es muy bueno, porque además de 2.000 pesos de renta que le da el Rey tiene sus derechos particulares, y por cada una de las rentas reales percibe 500 pesos. Sobre todo esto, tiene un poder muy grande, porque como en Manila hay muchos que gozan el fuero militar, ó están exentos de la justicia ordinaria por hallarse empleados en las rentas reales, dependen de él en sus pleitos, y hay muy pocos que quieran tenerlo por enemigo, pues cuando menos se piensan necesitan de que dé un parecer en su favor en algún expediente que se les suscita en el Gobierno. Por esta misma razón es un empleo de bastante distinción el de secretario, porque se le mira como un pequeño ministro del Gobernador, que ejerce en Manila mayor autoridad que el Rey en la Corte de Madrid si quiere.

De la Real Audiencia referiré lo que trae la historia franciscana en el lugar citado al capítulo LXIII: «La Real Audiencia y Chancillería de la Ciudad de Manila, capital de estas Islas Philipinas estiende su jurisdiccion, y autoridad mas que otra alguna de la Monarchia de España: porque residiendo solo en Manila, se dilata por toda la Isla de Luzón, y todas las Philipinas del Archipiélago de la China (que incluye los cinco referidos arriba) y la Tierra firme de ella

descubierta, y por descubrir, que es vna inmensa distancia: lo qual se declara por las Provisiones Regias de 5. de Mayo de 1583, y de 26. de Mayo de 1596. Se fundó la primera vez en la Ciudad de Manila en el año de 1584, por informes del Señor Don Fray Domingo de Salazar su primer Obispo, en el mismo modo, y con las mismas formalidades, y Solemnidades que las otras de las Indias se hán fundado: y queda yá tocado en el Cathálogo de los Señores Gobernadores, al Gobernador cuarto. Despues se reformó en el año de 1591, por informes en Madrid del Padre Alonso Sanchez, y del Electo Gobernador Gomez Perez Dasmariñas, por parecer no sér necessaria en aquellos tiempos; y sér mas necessario el Campo que se formó de 400. Soldados. Con cuya determinacion pasó á España el dicho Señor Obispo con los Señores Oydores reformados: y con los informes que dieron á Nuestro Monarcha Catholico, determinó su Magestad su segunda Ereccion, como en efecto se hizo en el dia 8. de Mayo de 1598, en que se recibió con la solemnidad acostumbrada el Real Sello, quedando formada la Audiencia con su Presidente el Gobernador Don Francisco Tello; y por Oydores el Doctor Don Antonio de Morga, y los Licenciados Christoval Tellez Almasa, Alvaro Rodriguez Zambrano, y Geronymo Salazar. Desde entonces há permanecido hasta oy, con vn Presidente, que siempre es el Gobernador, 4. Señores Oydores y vn Señor Fiscal con su Relator, Escribano de Camara, y Procuradores, Capellan, Agente del Fisco, Portero, Sachristan, y Repostero, y 4. Indios Porteros, Abogado de Pobres pressos, Defensor General de Pobres, Alcayde de la Carzel de Corte, con su Theniente, y Sirviente, y dos Alguaciles. El Salario del Señor Presidente está incluido en los 8U-pesos de Minas, que quedan dichos. Los Señores Oydores, y Fiscal

goza cada vno 3U308-pesos 6. tomines, y 6. granos de Oro comun en cada vn año. Y respectivamente tienen sus competentes Salarios los yá dichos Ministros.»

A la Real Audiencia se le ha añadido ahora un Regente y un Fiscal de Real Hacienda, de modo que los fiscales del Rey son dos, uno de Real Hacienda y otro de lo Civil. Cuando falta alguno de ellos, el otro corre con las dos Fiscalías, que suelen darle mucho que trabajar; y como en esta tierra es muy perjudicial cualquier trabajo de cabeza, han muerto muchos fiscales rendidos de los muchos expedientes que se promueven en Filipinas, y que se ven precisados á despachar. El Regente es el que gobierna la Audiencia inmediatamente, porque el Gobernador, aunque es Presidente de ella, tiene muy poca intervención en sus negocios, y debe firmar sus decisiones sin examinarlas, y aun sin ver el proceso. La Real Audiencia se estableció para contener el despotismo de los gobernadores, lo que no se ha impedido jamás, porque los señores togados son siempre los más flacos, y el Gobernador los puede enviar presos á España, desterrados á las provincias con el pretexto de hacer la numeración de los indios ó meterlos en la fuerza de Santiago, como lo han hecho varias veces sin que por esto hayan tenido resultas de consideración. Supuesto que tenemos estos dos Tribunales tan respetables en los casos de injusticia notoria, debía darse apelación del uno al otro, y los oidores debían ser unas personas sagradas, cuya violación, hecha por los gobernadores, se debía castigar rigurosamente. De este modo sería muy útil á las Islas la Real Audiencia; no estando revestida de este poder, no es muy útil, pues los pleitos que se suscitan se podían sentenciar por el Gobernador, serían menos y no

irrogarian tantos gastos en seguir unos pleitos que las más de las veces son unos temas que nada importan.

El Cabildo ó la Ciudad, que propiamente es el cuerpo que compone ó representa toda la ciudad de Manila, se compone de dos alcaldes ordinarios, ocho regidores, un escribano y un alguacil mayor; el castellano de la fuerza y los oficiales reales tienen asiento con la Ciudad, pero no se pueden mezclar en sus juntas. La jurisdicción de la Ciudad se extiende por todo el recinto de Mánila y cinco leguas en contorno, donde cuida de los abastos y puede imponer multas á los que engañan en el pan, carne, candelas, frutas, etc.: sus dos alcaldes ordinarios sentencian cualquier pleito que va á ellos en primera instancia, y ejercen jurisdicción real, y en señal de ello llevan un bastón continuamente. Los regidores, escribanos y alguacil son perpetuos, porque tienen comprado el empleo y lo venden cuando quieren ó lo heredan sus hijos. Los alcaldes ordinarios se eligen anualmente de entre los vecinos de Manila, unos y otros tienen su sueldo sobre las boletas del barco de Acapulco, que puede regularse un año con otro en 1.000 pesos.

El Tribunal del Consulado se estableció no hace cuarenta años. Antiguamente sentenciaban sus pleitos el Gobernador ó la Real Audiencia; ahora tiene el comercio de Manila un Tribunal de dos cónsules y un Prior, que sentenciaban todas las causas concernientes al comercio de estas Islas. Se da apelación de este Tribunal al de Alzadas, que se compone de un Oidor y dos comerciantes que elige él por conjueces, y su última sentencia no se puede revocar sino por el Consejo de Indias. La elección de Prior del Consulado se hace todos los años; la de los cónsules de dos en dos años, y para que haya siempre un cónsul an-

tiguo y no sean los dos nuevos, cada año se elige un cónsul, cuyo empleo debe durar dos años seguidos. Los vocales del Consulado son los que tienen la facultad de elegir, nombran primero doce electores, y el día de año nuevo se juntan éstos y eligen un Prior y un cónsul: la misma forma observa la Ciudad en la elección de alcaldes ordinarios, que se hace al mismo tiempo, y estas elecciones suelen traer algo alborotada á Manila aquellos días; y aunque asiste un señor oidor á la elección, hay muchas veces disensiones, las que corta el Gobernador, á quien se le entrega la elección, y con su aprobación empiezan los nuevos electos á ejercer sus empleos y percibir el sueldo que se les paga de la caja de averías.

La Real Contaduría se compone de tres oficiales reales, factor, contador y tesorero, que tienen tres mil pesos de renta cada uno. Hay además de esto en la Contaduría otros oficiales y dependientes con sus proporcionados sueldos. El empleo de los oficiales reales se instituyó para tomar las cuentas á los alcaldes mayores, recaudar lo que han cobrado del tributo de los indios, percibir todo lo que pertenece al Real Erario y dar la plata necesaria para todos los gastos que hace el Rey en las Islas Filipinas. Hay además de esto en Manila un Contador mayor que se suele llamar Contador de resultas, porque revé él solo todas las cuentas y las aprueba ó reprueba conforme le parece. Él solo compone Tribunal, y sus sentencias se deben ejecutar sin apelación á nadie; sólo el Consejo de Indias puede mudarlas; y si este Contador es hombre de poca conducta, es temible y puede hacer mucho daño.

De los tribunales Eclesiásticos, el principal es el del Arzobispo; su jurisdicción se extiende á lo que alcanza el Arzobispado; tiene en Manila un provisor,

con su notario mayor, que componen un mismo tribunal con el Arzobispo, para los expedientes de los negocios eclesiásticos que son sobre matrimonios y otras causas meramente eclesiásticas respecto de los legos, y sobre negocios civiles y eclesiásticos respecto de los clérigos y otras personas sujetas á su jurisdicción. Los clérigos del Arzobispo son muchos; los que ocupan el primer lugar son los canónigos que componen el Cabildo en la Catedral. Hay en él un deán, un arcediano, chantres, maestre de escuela; tesorero, un canónigo de gracia, un magistral y un doctoral, los cuales perciben del Rey de 400 á 600 pesos, y con las misas, obvenciones y capellanías podrán juntar hasta cerca de mil pesos de renta cada año. Además de esto hay dos raciones enteras y dos medias raciones, algunos capellanes y otros clérigos del Seminario que asisten en la Catedral, todos los cuales hacen un número suficiente para poder mantener un coro continuo y cantar los divinos Oficios con la majestad que se acostumbra en la catedrales de España; pero el calor y otras incomodidades de la tierra hacen que no se celebren y canten con la solemnidad que en otras partes. Los curas del Arzobispado ascenderán á ciento, poco más ó menos. De éstos unos son seculares y otros regulares; los seculares están enteramente sujetos al Arzobispo; los regulares sólo en lo que toca á la administración de las almas, esto es, que en cuanto á párrocos, pues en orden á su vida y costumbres dependen de sus provinciales. Además de estos clérigos hay otros muchos capellanes y clérigos sueltos ó que sirven de coadjutores en los pueblos, y todos están sujetos al Arzobispo, aun los capellanes reales, porque es teniente del Vicario general de los Reales Ejércitos.

La Comisaría de la Santa Inquisición se estableció

en Manila desde los principios de la Conquista, como consta de la historia franciscana, que refiere de ello lo siguiente:

«En esta Ciudad de Manila há auido, y ay siempre vn Comissario del Santo Officio de la Inquisicion, proveído por el Santo Tribunal de México: el qual es Superior, y Superintendente de todos los Comissarios, que ay en estas Islas repartidos, conviene á saber, en Cagayán, Pangasinán, Camarines, Zebú, Ilócos, y Isla de Negros; y en Manila, para los Padres de la Compañia, otro Comissario Privativo, que siempre es vn Señor Clérigo condecorado. Lo que aquí figúra Tribunal, es el dicho Comissario Superintendente, con su Alguacil mayor, y Notario. Y lo que forma Junta de Ministros, son varios Calificadores, Consultores y Familiares. Siempre son tres, ó quatro los Comissarios Superintendentes nombrados, para que en caso de muerte, ó amocion, aya quien promptamente suceda en el Oficio; pero el que le ejerce es vno solo. Desde el Venerable Martyr de Syan Fray Juan de San Pedro Martyr, ó Maldonado, primer Comissario de estas Islas, que murió á 22. de Diciembre de 1599, hasta el presente el M. R. P. Ex-Provincial Fr. Juan de Arechederra, Hijo del Convento de San Jacinto de Caracas, de la Provincia de Santa Cruz de las Indias; y Graduado de Doctor en la Celébre Vniversidad de México, há estado este Oficio de Comissario Superintendente en Religiosos de N. P. Santo Domingo succesivamente, sin mas intermision que breve paréntesis de 7. años, que lo fué el Padre Joseph Paternína Agustiniano, desde Octubre de 1664, en que sucedió *al* Padre Fr. Francisco de Paula, hasta Julio de 1671, en que entró el Padre Fray Phelipe Pardo, (despues Arzobispo de Manila) por aver sido depuesto el Padre Paternína de su Oficio, por Sentencia del Santo Tribunal de México,

por aver preso y fulminado Autos injustamente al Governador de estas Islas Don Diego de Salcedo. Este Comissariáto há sido siempre puesto de mucha honra, suposicion, y crédito; y por esso muy apetecido de Sugetos muy condecorados. Por lo qual aviendo pedido el Tribunal de México, que hiciessen informaciones los Padres Comissarios Superintendentes para serlo, se escusaron los Padres Dominicos, por vivir aquí sin Rentas, y no poder hacer las informaciones por sus crecidos gastos; y hallandose en esta ocasion el Padre Paternina en México, con facilidad consiguió el Oficio, que despues le costó tanto.»

El Tribunal de la Santa Cruzada se compone de un Comisario, que es un eclesiástico; el Decano de la Real Audiencia y el Fiscal de la Real Hacienda. Hay un Tesorero, que tiene las Bulas de la Santa Cruzada, las remite á los alcaldes mayores, éstos las reparten á los párrocos, los cuales las expenden en los pueblos, y entregan su importe á los alcaldes mayores y éstos al Tesorero. La Bula de la Cruzada es un sumario de indulgencias y otros privilegios que concede el Papa al que da cierta limosna, que en Filipinas son dos reales por cada Bula, la cual vale por un bienio de publicación á publicación. Es poco lo que producen las Bulas, porque los indios, como no son capaces de entender sus efectos, cuidan poco de tomar la Bula de la Cruzada. Su importe se envía á España para incorporarlo en la Tesorería general, para emplearlo en la guerra contra infieles.

La Universidad de Manila está fundada en el colegio de Santo Tomás de PP. Dominicos; se le concedió facultad de dar grados al Rector de este colegio por Bula de Inocencio X, expedida en Roma á instancia de Felipe IV, á 20 de Noviembre de 1645. Á los principios tuvo sus disputas con los Padres de la

Compañía, que tenían las mismas facultades; pero expulsos éstos, quedó la Universidad de Santo Tomás, la única de las Islas, y sin otra rival que la dispute sus preeminencias. Se enseña en ella las facultades de Filosofía, Teología, Moral, Cánones y Leyes. El catedrático de Leyes es un secular puesto por el Rey, con 400 pesos de rentas; las demás cátedras las tienen los Dominicanos, sin más renta que la que tiene el colegio. Antiguamente el Provincial nombraba catedráticos á los religiosos que le parecían; ahora tiene las mismas facultades, pero los nombrados por él deben graduarse de doctores antes de empezar á ejercer su empleo. El Rector de la Univerásidad es el mismo del colegio, y por consiguiente lo nombra la Religión.

Para poder dar una idea de lo que han crecido las rentas de Manila, es preciso trasladar lo que dice la historia franciscana de ellas en el año de 1738:

«Son las rentas fijas de la Caxa Real de Manila Medias-anatas, Messadas, Oficios vendidos, y arrendados, Alcances de Cuentas, Rentas arrendadas, Ramos accidentales, Vacantes de Obispos, y Prevendas (quando las ay,) Extraordinario, Licencias y Tributos de Sangléyes, Tributos de Vagamundos, Papel sellado, Almojarifazgos, Anclaje, y Indultos. Todo lo qual, segun la vltima Regulacion (deduciendolo por sexenio) importa vn año con otro 176U293. pesos. A los quales se agregan los Reales Situados, que importan al año 62U384. pesos; y los Estipendios Ecclesiásticos, que importan al año 19U457. pesos. (Deduciendo estas 2. partidas por sexenio, porque los Estipendios Ecclesiasticos, no aviendo Vacantes, importan 25U-pesos con corta diferencia, y los Situados Reales, si no se recrecen las Compras de generos para Provision de Almacenes, tambien suelen importár mas de los 62U-

pesos.) Todas las cuales partidas hacen la cantidad de 258U134. pesos. Y aviendose en estos últimos años (desde 1731.) acrecentado el Ramo del Vino en 20U-pesos al año, hace todo el ingreso de la Real Caja 278U137. pesos efectivos para los Gastos Ordinarios.»

En esta cuenta no entra lo que se cobra en las provincias, donde al presente sólo los tribunales importan más de 300.000 pesos, y la renta del vino, que sólo daba 20.000 pesos por arrendamientos, administrada por el Rey ha dado en estos años de guerra hasta 300.000 pesos; la renta del tabaco, cuando menos, dará 250.000 pesos; la de la bonga, 30.000 pesos, y la de los gallos, 20.000: hago esta cuenta, no conforme á lo que se ha percibido durante la guerra, que ha sido mucho más, sino conforme á lo que se puede creer prudentemente que darán estos ramos en los años venideros. Se puede asegurar que si las rentas se administran bien, pueden contar las cajas Reales con un millón de pesos de ingreso cada año. La renta del tabaco tiene un director, un contador, un factor-administrador y un tesorero, que son los jefes principales que la gobiernan; éstos tienen otros muchos subalternos, que cuidan del acopio del tabaco y de su manufactura, que se hace en la casa Parroquial antigua de Binondo. Hay en Manila una infinidad de mujeres que van diariamente al estanco á doblar tabaco; por cada cien cigarros se les paga una cierta cantidad, y la que dobla más tabaco recibe más dinero, y de aquí nace que salen tan mal doblados; que los indios compran el tabaco de contrabando aunque sea peor y más caro, á fin de poder doblar los cigarros con curiosidad. No es esta sola la extorsión que reciben los pobres con el estanco: se escoge tantas veces el tabaco antes de que llegue á manos de los infelices, que á veces sólo pueden com-

prar un tabaco podrido, y no lo consiguen sino comprándolo más caro que lo que se manda vender; y para conocer bien todos los fraudes que se cometen en este ramo, empecemos por su siembra.

Sólo se permite sembrar tabaco en el pueblo de Gapang, en algunos pueblos de la provincia de Bulacán y en Cagayán. Los indios tienen hecha una contrata con el Rey de dar el tabaco á un precio muy ínfimo, y tan corto, que ningún indio sembraría tabaco si no tuviera la esperanza de extravíar algunos fardos; no obstante el extravío ganan tan poco los cosecheros, que es preciso prohibirles el que siembren otra cosa en las tierras destinadas al tabaco, pues de lo contrario sería muy corta la cosecha. Esto depende, como llevo dicho en otra parte, de que los indios que hacen la contrata de dar el tabaco no son los cosecheros, ó de que los españoles comisionados para celebrarla intimidan á los indios y les hacen firmar lo que ellos quieren. Recogida la cosecha, el comisionado que se debe hacer cargo de ella recibe por tabaco de segunda el de primera, y al Rey se lo vende por razón inversa; y como las calidades ascienden á seis, hace con esta trampa un negocio muy lucrativo, defraudando cantidades enormes á los indios, á los cuales acalla el comisionado recibiendoles el tabaco que no es de ley y que se debía quemar. El que viene á pagar esto, es el infeliz, que es á quien viene á parar el tabaco malo que se recibió y debía haber sido quemado, porque todo el mundo escoge el tabaco menos los pobres. En la misma fábrica se escoge el mejor tabaco para regalar al Gobernador, oidores, asesor y otras personas á quienes se acostumbra á dar cierta cantidad por las Navidades. Los capataces escogen también el tabaco y hacen unos cigarros muy pulidos que compran los que pueden procurarlos, pa-

gando cinco pesos más de lo que manda el Rey por cada cajón; en la misma Factoría se vende tabaco escogido, aunque no tan bueno como el que se adquiere por medio de los capataces. Este tabaco está destinado para los españoles, y lo que queda después de haberlo escogido de este modo se destina para las provincias. No pára todavía en esto la trampa; en cada provincia hay un administrador; éste escoge los mejores tabacos, remite los restantes á los Fielatos en que está dividida la provincia. Los fieles escogen segunda vez, ó para dar buen tabaco á sus amigos ó para venderlo más caro, y envían á los estanquillos lo que queda, donde se hace la misma maniobra que en las demás oficinas, y la trampa es más general, porque está recibido entre ellos que el que quiere escoger el tabaco no ha de llevar más que 16 tabacos por un real, dejando el tabaco para el estanquero que debía darles 17. En muchas ocasiones falta tabaco en el estanco, y en este caso los estanquilleros, como si ésta fuera mercadería propia, la suben de precio y ganan mucho en ella. Lo mismo sucede con la renta del vino y de la bonga, las cuales están dependientes de oficiales Reales y tienen un administrador y un contador para su administración. La renta de los gallos está por arrendamiento y suele redituar 20.000 pesos anuales.

Su Real Majestad ordenó que se quitaran estas rentas y se impusiese á los indios el tributo doble; pero los interesados en que permanezcan supieron hacer informaciones y probar que los indios más querían tener estas gabelas que pagar el tributo doble; pero yo sé que lo pagarían triple muy contentos por no padecer las extorsiones que les hacen los guardas fuera de las que llevo referidas. No por esto digo que se quiten las rentas, sino que las pongan en

otro pie, en que se impidan en lo posible tantos desórdenes como se cometen. Lo primero es necesario pagar al cosechero más de lo que se acostumbra y vender al público todos estos efectos más baratos para que no quede á los contrabandistas una ganancia enorme que los estimule á este tráfico; y si á esto se añade que en los estancos no se robe al público, las rentas subirán en lugar de bajar, porque se podían entonces minorar los guardas y ahorrar una gran parte del sueldo que se da á unos hombres que no sirven sino para hacer daño; jamás faltaría en la venta vino, tabaco y bonga, como sucede ahora, porque los cosecheros se dedican poco á estos plantíos por la poca utilidad que sacan de ellos, serían muy pocos los contrabandos, y de todo esto resultaría que el público estaría mejor servido y el Rey percibiría más.

La principal de las Obras pías de Manila es la Misericordia, de que son hermanos los sujetos de mayor distinción; tiene un Proveedor y doce diputados, que se nombran todos los años para cuidar de la Obra pía y del colegio de Santa Isabel, que se fundó por ella. Se fundó esta Obra pía en 16 de Abril de 1594 con limosnas que recogió un clérigo virtuoso de los vecinos de Manila; sucesivamente se han aumentado sus rentas con legados píos que han dejado algunos frailes para diferentes obras de caridad.

Estas rentas se empezaron á dar á riesgo en el barco de Acapulco, en los navíos que iban á China ó Java y á la Costa, y produjeron tanto á la Obra pía en aquellos tiempos que, después de aumentar el principal, repartía en el siglo pasado 70.000 pesos cada año en usos piadosos. Á imitación de esta Obra pía se fundaron otras en los conventos, en las cofradías y en las Terceras Órdenes, cuya administración de-

pende de los hermanos terceros ó de los religiosos: todas ellas son unos legados píos que están destinados para hospitales, para casar huérfanas, para rescatar niños en China y para sufragio de las ánimas de los fundadores. Los seculares creen que los religiosos han conseguido riquezas inmensas con estos Montes de piedad; pero se puede hacer patente á todo el mundo, por los libros de ellos, que les han dado el destino que piden los fundadores y que han sido tan desinteresados que no perciben el 5 por 100 de administración, lo que no perdonan los seculares. De las Obras pías de San Agustín puedo asegurarlo, pues habiendo sido secretario de la Provincia, vi y registré los libros de Obras pías en las visitas y sólo percibía el convento, desde su fundación, lo que destinan para sufragios, lo que es muy justo, pues si los religiosos se cansan en cantar en el coro para que sus oraciones sirvan de alivio á las almas en el purgatorio, razón será que ellos coman de sus limosnas en el refectorio.

Estas Obras pías son de mucha utilidad á los españoles que vienen á Filipinas, pues si encuentran quien les fie, aunque no tengan capital para comerciar, pueden estar seguros de que lo hallarán en estos Montes de piedad, pagando un tanto por ciento, conforme á las ganancias que proporciona el tiempo. Las correspondencias suelen ser muy exorbitantes: en el barco de Acapulco se paga á veces el premio de un 50 por 100; para China llega hasta 20, y para la Costa á 25; pero durante este tiempo los comerciantes ganan mucho, y las Obras pías aumentan extraordinariamente sus rentas; en otras ocasiones baja el premio de Acapulco á 22 por 100, y los otros á proporción; y entonces, como la Obra pía corre el riesgo, y se pierden muchos barcos, hay bastantes arribadas,

y algunos años no sale nao para Nueva España; y por otra parte nunca gira la Obra pía con todo su caudal, apenas la deja el 5 por 100 de todo su principal un año con otro. Yo eché la cuenta en las Obras pías de la provincia de San Agustín desde el año de 1744 hasta el del 94, y en los cincuenta años habían dejado las Obras pías solamente un 5 por 100 cada año sobre el principal que tenían entonces.

Manila hace fiestas públicas el día de San Andrés, en la publicación de la Bula, en los días y cumpleaños del Rey y Reina, en la jura de los Reyes y en las entradas públicas de los arzobispos y gobernadores. La víspera de San Andrés sale la Ciudad en caballos ricamente enjaezados, pasea por todas las calles y lleva el pendón á casa del regidor á quien toca sacarlo aquel año, donde se da el refresco y un baile. Al día siguiente sacan en la misma forma el pendón de casa del regidor el Cuerpo de la Ciudad, y muchos vecinos y oidores van á caballo y se dirigen á la Catedral, donde entran á celebrar la fiesta. El regidor que lleva el pendón va con el sombrero puesto hasta el altar mayor; allí tremola la bandera de varios modos, y haciendo una cortesía al pueblo, quitándose el sombrero, se va á su asiento; se canta la Misa y se hace el panegírico de San Andrés. Después de acabadas las funciones de Iglesia se sirve un almuerzo en casa del regidor, al cual tiene la obligación de dar la Ciudad 500 pesos para sufragar á todos estos gastos. En la publicación de la Bula se hacen estas mismas ceremonias, con la diferencia de que el día de la fiesta por la mañana se coloca la Bula en una iglesia, va á ella el Comisario con un oidor y el Fiscal, y lleva la Bula acompañado de dos togados, bajo de palio, á la Catedral, donde le recibe á la puerta de la Real Audiencia, y el Presidente de ella

besa la Bula, que se lleva y coloca en el altar mayor. El que lleva el pendón en esta fiesta es el Tesorero de la Santa Cruzada, y en su casa se da el almuerzo, refresco y baile, para lo cual le pasa el Rey 500 pesos.

En las fiestas del Rey y Reina salen del palacio del Gobernador la Ciudad y la Real Audiencia con su Presidente. La Ciudad va por delante, formada en Cuerpo; sigue la Real Audiencia, y los canónigos reciben á la puerta á estos dos Cuerpos y los conducen á sus asientos; luego se empieza una Misa, que llaman de la Reina: se dice rezada en el altar, y en el coro se cantan *kyries*, credo, gloria y otras cosas que no se entonan en el altar. Acabada la Misa se vuelven á Palacio la Real Audiencia y Ciudad con la misma ceremonia con que habian venido, y entrando el Gobernador en su salón, y puesto debajo de un dosel con sombrero y bastón, recibe todos los Cuerpos. El que hace cabeza del Cuerpo, en entrando felicita al Gobernador los días de nuestro Soberano; el Gobernador, puesto en pie, con el sombrero en la mano, da las gracias á aquel Cuerpo en nombre del Rey, y lo despide brevemente. El Gobernador da un convite al mediodía, y hay salva en la plaza por la mañana, mediodía y por la noche. Los cuerpos entran á esta especie de besamanos por su orden. La primera la Real Audiencia; la Ciudad y Cabildo eclesiástico están en disputa sobre la preeminencia de entrada, y los canónigos, con el pretexto de que van á quitarse sus vestiduras de iglesia, sólo envían dos individuos, los cuales por los corredores entran y hacen su cumplido, mientras sale la Real Audiencia y entra el Cuerpo de la Ciudad. Después entra el Consulado, se siguen las Religiones, y á éstas los capellanes reales, la Contaduría, y, finalmente, entra la espada á hacer la corte al Gobernador. Las entradas de Gobernador y Ar-

zobispo se hacen públicamente: acude á ellas toda la Ciudad y se canta en la catedral el *Te Deum*. La jura del Rey se hace como en España: se reparte moneda, se hacen fuegos artificiales, hay comedias, fiestas de toros, refrescos, en que suele gastar mucho el regidor que saca el pendón, á quien llaman Alférez real, pero S. M. le recompensa siempre con lo que pretende, que suele ser una de las mejores alcaldías.





CAPÍTULO XIII

UANDO hablo de la población de Manila, no sólo entiendo el recinto de la ciudad, sino también sus extramuros ó arrabales, pues viven en ellos, no sólo la gente del país, sino muchos españoles y de los principales vecinos de la ciudad; según esta comprensión, tendrá Manila cerca de 100.000 almas, de españoles, mestizos, indios, chinos, armenios, ingleses, franceses y de otras naciones, pues casi no hay casta de gente en el mundo que no tenga en Manila algunos individuos. Los vecinos y dueños de la ciudad, que son los españoles, son muy pocos, pues no llegan á 1.000 familias las que hay en ella y sus extramuros, aun contando por españoles muchos que tienen alguna mezcla de otra sangre. Lo que hace la principal población son los indios y mestizos de chi-

Materias que abraza el capítulo XIII.—Población de Manila con sus arrabales.—Los chinos.—Sus traiciones, falacias, negocios, etc.—Los japones.—Religión única cuyo culto se permite en Filipinas.—El comercio de Acapulco.—Su historia y particularidades.—Observaciones del autor.—Las comidas.—Las diversiones.—Las costumbres entre los manilenses.—Condenación del buyo y del tabaco.—Nuevos reparos á Mr. Le Gentil.

nos, los cuales pagan al Rey su tributo; tienen sus gobernadorcillos peculiares, y están sujetos al corregidor de Tondo, por lo cual hablaré de ellos en el capítulo siguiente, cuando trate de esta provincia.

Los chinos se establecieron en Manila desde los principios de la Conquista; vinieron al comercio, y los españoles les compraban sus géneros con mucho gusto por el lucro que les dejaban llevándolos á Acapulco, y al instante se entabló un continuo comercio entre las dos naciones, que no se ha interrumpido hasta ahora, no obstante los varios alzamientos de estas gentes. La China es la tierra más poblada de todo el mundo; apenas alcanzan sus producciones para la subsistencia de sus moradores, y hay en ella muchas gentes dispuestas á dejar su patria y establecerse en otros países donde encuentran más fácilmente su sustento cotidiano. Como estas gentes vienen todos los años con cuatro ó cinco champanes á Manila, y ven las abundancias de estas Islas, y que en ellas, no sólo pueden pasarlo bien, sino hacerse ricos, un grande número de la gente que vienen en los champanes está dispuesta á quedarse en las Islas si se les concede licencia para ello. Estas licencias se han concedido siempre más de lo necesario, aunque ha habido tiempos en que se han dado con más dificultad que en otros. Recién establecidos los españoles se concedían estas licencias con mucha facilidad, porque como eran pocos los indios que había en las cercanías de Manila, les eran muy necesarios los chinos para los oficios mecánicos á que ellos se dedicaban.

El año de 1603 había en Manila más de 25.000 chinos, á quienes solemos llamar sangleyes, de estas dos palabras chínicas *kiang lay*, que quieren decir viajeros comerciantes. Estos sangleyes se habían que-

dado en Manila con licencia de los gobernadores, y los PP. Dominicos se habían dedicado á convertirlos á la fe. Se les permitía vivir en las Islas aunque fuesen infieles, pero no podían casarse si no recibían el bautismo; y los deseos del matrimonio los movían á abrazar una religión que, según su género de vida, no les entraba á los más en el corazón, aunque tampoco tenían su religión antigua tan arraigada que los obligase á ejercerla sino raras veces. Indiferentes en todo lo que mira al alma, se hacían cristianos para casarse y para escoger á un español por padrino de bautismo que los protegiese en sus necesidades, al cual regalaban como hacían en Roma los clientes con sus patronos. Protegidos los sangleyes de los españoles se aumentaban anualmente y se enriquecían extraordinariamente; sus riquezas los hacían insolentes, y se levantaron en ciertas ocasiones, haciendo muchos estragos en las Islas y poniendo á Manila á dos dedos de su pérdida, como puede verse en mi *Historia*. Se les echó con este motivo de las Islas; no se concedían licencias por algún tiempo; pero los deseos que ellos tenían de establecerse en esta tierra, y las utilidades que sacaban de ellos los españoles, hacían que dentro de pocos años volviese á haber en Manila un número considerable de chinos. Inmediatamente que los ingleses tomaron á Manila, todos los sangleyes se pusieron de su bando, les acompañaron en sus expediciones y formaron en la Pampanga una sublevación en que determinaron matar la noche de Natividad á todos los españoles mientras la Misa del Gallo. El Sr. Anda, que descubrió la traición, y que hubiera sido víctima de estos rebeldes á no haberla descubierto, hizo en ellos un escarmiento terrible, y persuadió á la Corte de España á que desterrase de las Islas una nación tan perjudicial. Salieron todos

los chinos de Manila con mucho sentimiento de los españoles, que perdían mucho en su salida, y en la prohibición de que no se estableciesen en adelante en ella; por lo cual se informó nuevamente á la Corte y se concedió que puedan recibirse chinos en adelante para labrar las tierras, lo que ha bastado para que se vuelvan á llenar las Islas de sangleyes, que se quedan con este pretexto, aunque ninguno se dedica á la agricultura, sino al comercio.

El que lea la historia de Filipinas, y vea la repugnancia que han tenido los gobernadores en echar á los chinos de Manila, conforme se lo mandaba el Rey, y el empeño en conceder nuevas licencias para que se establezcan otros, se quedará pasmado si no sabe la causa. Para descubrir esta intriga es preciso saber el gobierno de los chinos: en Manila tienen un capitán, tenientes y alguaciles de su nación, como los indios y mestizos; estos oficios son honoríficos entre ellos, pues gobiernan el año que los ejercen á los demás chinos, y sentencian sus causas cuando son de poca consideración; con todo eso son poco apetecidos estos empleos, porque además de que no pueden volver á su tierra los que los han ocupado, porque tienen pena de la vida, por esto, según ellos dicen, son oficios que les dejan poco interés, que es el principal móvil de esta nación. El empleo que ellos apetecen es el de *cabecilla* de los sangleyes; este es el que cobra el tributo que debe pagar cada chino, que son seis pesos, y el cabecilla debe entregarlo en Cajas Reales. En cualquiera parte del mundo un cabecilla de esta clase pediría un gran sueldo por el trabajo de recaudar el tributo, por la responsabilidad y por las fianzas que debe dar; en Manila no pide nada, antes se procura con empeños y regalos.

No era necesario más que esto para comprender

que al Rey se le roba mucho en los tributos; pues siendo el principal renglón en que puede utilizarse el cabecilla, no buscaría este oficio un hombre interesado con tanta ansia, ni daría por tenerlo 4.000 pesos, como han hecho algunos, si no pudiera resarcirse y ganar mucho más en los tributos que oculta. Efectivamente, cuando al Rey se le paga el tributo de cuatro ó seis mil chinos, hay en las Islas veinte ó treinta mil. Es verdad que muchos de ellos no están empadronados, porque tienen licencias fingidas, ó andan ocultos; pero los más pagan su tributo, y el cabecilla recoge bastante para pagar al Rey, agenciarse el destino, sobornar á ciertos subalternos y hacerse rico. Este desorden podía remediarse con facilidad, encargando á los párrocos la numeración de tributos de los chinos, como se les tiene encargada la de los indios y mestizos, y pagándoles el estipendio según su número, como se hace con aquéllos; pues el interés particular los obligaría á mirar por los intereses Reales. Además de lo que se utilizan muchos con el tributo de los chinos, el Gobernador y sus dependientes perciben lo que pagan por las licencias, y los españoles ganan mucho con la plata que les dan para comerciar. El Gobierno actual está tratando de remediar este abuso.

En tiempos antiguos era común en Manila dar dinero á los chinos imponiéndoles la obligación de dar de lucro un tanto cada mes, ó el surtirles la casa de todo lo necesario para el sustento diario. Un oidor, un español rico daba plata á un chino para su comercio, y éste tenía obligación, ínterin no entregaba el capital, de surtirle de la carne que se consumía en su casa; daba á otro otra cantidad con la obligación de que le diese los pollos y gallinas que se comían en su mesa, y otro daba las verduras por la misma causa:

y tenía un rico por este medio hecho el gasto de su casa todo el año sin trabajo alguno, por lo cual no era extraño que llevase á mal la expulsión de los chinos que le proporcionaban esta utilidad. En las consultas del Padre Paz, dominico, impresas en Manila, se trata de estas ganancias; y aunque el autor como probabilista es bastante laxo, las condena por exorbitantes. Es verdad que los chinos á veces solían escaparse con el principal y ganancias; pero esto sucedía raras veces. Por mi mano hizo en cierta ocasión un misionero de China una restitución de un sangley que se había escapado á su tierra con el principal que le habían dado en Manila, de que se infiere que aun se usa este género de contratos, y que algunos chinos abrazan de todo corazón la Religión Católica, como se puede creer de éste, pues á no ser así no hubiera restituido desde China.

Los japones se establecieron en Manila, como los sangleyes, desde los principios de la Conquista; se rebelaron como ellos, mas no por eso se les echó de las Islas; el motivo que ha habido para que falte de Manila esta nación fué la última persecución que hubo en el Japón contra los cristianos, de que resultó que se cortase enteramente el comercio entre los dos reinos. Los armenios y moros de la India empezaron á venir á Manila cuando estaba prohibido el comercio á las naciones europeas. Los ingleses y franceses eran los que hacían el comercio, ponían á sus barcos nombres moros, los tripulaban la gente mora y llevaban pabellón de esta nación. El capitán y sobrecargo cuando saltaban en tierra llevaban consigo dos ó tres moros; decían al Gobernador que éstos eran los dueños del barco, y ellos solamente sus intérpretes. Bien conocía el Gobernador que todo era fingido, pero los regalos que solían hacer y la utilidad que re-

sultaba á todo Manila le hacían condescender á que se echase la carga á tierra y se vendiese. Desde que se estableció el comercio libre vienen á Manila suecos, dinamarqueses, ingleses, bostoneses, franceses y armenios, de los que hay establecidos en la Costa, que descienden de los armenios que hacen el comercio en Persia. Muchos de estos extranjeros se han establecido en Manila, y son muy perjudiciales al comercio, porque los viajeros que traen mercaderías las venden á precios muy subidos, sin temer el que no haya quien se las compre, pues caso de que no hayan podido vender cuando llega el tiempo de irse, se las entregan á sus paisanos, que los surten de dinero á buena cuenta y se quedan con los efectos para venderlos ellos; y como los españoles tienen necesidad de comprar, se ven precisados á dar lo que los extranjeros piden. Cada extranjero que vive de asiento en Manila es un factor de los viajeros comerciantes y un monopolista que impone la ley á los manilenses.

La religión de Manila es la Católica Romana; no se permite otra religión á cualquiera género de gentes que viven en ella; pero tampoco se le obliga á nadie á los actos de Religión Cristiana; basta que no desprecie el culto Católico para que nadie se meta con él, á no ser que sea cristiano antiguo ó que se bautice, mas que sea por casarse, ó se reconcilie con la Iglesia Romana por persuasión íntima de su legitimidad ó por sus fines particulares, pues en este caso queda sujeto á las leyes de los españoles, y procederá contra él, si falta en la Fe, el Santo Tribunal de la Inquisición, aunque sea inglés ó francés, ó de cualquiera otra nación europea. Por lo que hace á los indios y chinos, no están sujetos al Santo Tribunal, pero el Arzobispo puede castigarlos si hacen actos de idolatría ó siguen

alguna secta. Mr. Le Gentil dice que los españoles no piensan más que en complacer al Santo Tribunal y no ofender á los eclesiásticos; los juzga en mil ocasiones como unos hombres llenos de miedo á la Inquisición, y dice mil sandeces á este efecto; pero yo creo que, como le acusaba la conciencia, hacía transcendentales á los españoles los temores que á él le acosaban continuamente. En Manila se peca poco contra la Fe; alguno que ha muerto con las obras de Rousseau ó de Voltaire, de cuya creencia se podía dudar algo, tuvo buen cuidado de no declararse en vida contra la Religión, por temor al Santo Oficio; los demás, como no tienen delitos de esta clase, ni aun se acuerdan de que hay Inquisición en Filipinas. Fuera de los pecados contra la Fe, los demás desórdenes están al cuidado y vigilancia del Arzobispo y las justicias ordinarias, los cuales no son muy rigurosos en Manila, porque se hacen cargo de que una ciudad donde todos son comerciantes, donde reina el ocio, hay una multitud de gentes idólatras, herejes y moros, situada en la zona tórrida y propensa por su temperamento á los vicios, no puede estar tan arreglada como otras poblaciones que no tienen incitativos á los desórdenes.

La ciudad de Manila, como digo, es una ciudad de comerciantes; no hay en ella, sea de la nación ó casta que fuere, quien no comercie de algún modo: españoles, chinos, indios, mestizos y las demás castas, todos se dedican al comercio, y no por eso está éste más floreciente, pues creo que tanto daña al comercio el que haya pocos individuos que se dediquen á él, como el que todos ejerzan este género de vida, como veremos entrando en el pormenor del comercio de Manila.

El comercio de Acapulco es el principal de las Is-

las Filipinas; se entabló á los principios de la Conquista, y no tuvo limitación alguna hasta el año de 1604, en que se redujo á 250.000 pesos de embarque; últimamente se ha fijado en medio millón de pesos cada año, y un millón de retorno. Si algún año falta la nao, al año siguiente se concede medio permiso más para que los comerciantes se rehagan de sus atrasos. Está prohibido este comercio á los extranjeros, y se reparte precisamente entre los españoles, para lo cual se arquea el barco, y se regula cada uno lo que le toca; de suerte que en cuatro mil piezas de á vara y cuarta de largo cada una, dos tercias de ancho y una de alto corresponde en cada fardo 125 pesos de principal, que es lo que se debe embarcar en cada pieza que llamamos *boleta*. Estas boletas se reparten á los vecinos de Manila según el orden establecido; á los regidores y alcaldes ordinarios se les dan ocho boletas á cada uno por su empleo; por ser del Consulado, por ser vecino de Manila, por ser viuda de un español y por otros motivos se goza de una ó de media ó de más boletas. Hasta el Arzobispo y los militares tienen su repartición en las boletas del barco de Acapulco. Los pobres que no tienen que cargar, los que no pueden comerciar ó no quieren beneficiar sus boletas, dánseles á los ricos para que hagan uso de ellas por cierta cantidad, que les dan á ellos, que suele ser 80 ó 100 pesos por cada boleta entera en tiempo regular, y en tiempo de guerra suele subir á más de 300 pesos. Antiguamente gobernaba la carga del navío el Cabildo de la ciudad, acompañado de cuatro comerciantes compromisarios; pero desde que se estableció el Consulado todo lo arregla este tribunal, y tiene facultad de proponer al Gobernador sujeto para maestro de plata y para alférez de navío, que suele serlo un comerciante, aunque el Go-

bernador siempre hace lo que quiere, y da los empleos del barco á quien le acomoda, que es una prerrogativa mayor de lo que parece.

Hasta ahora siempre ha nombrado el Gobernador por comandante de la nao de Acapulco á quien ha querido hacer feliz, que se puede decir que con el billete de nombramiento le daba de cincuenta á cien mil pesos, que es á lo que han tocado todos los comerciantes del galeón de Acapulco: del pasaje, que es muy subido, porque se pagan mil pesos á la ida y quinientos á la vuelta por cada individuo; de las comisiones que suelen darle los comerciantes que se quedan en Manila, que le valen un 4 por 100, y del comercio en que es preciso que gane, porque puede meter muchos fardos en las conveniencias que le dan para víveres, y se ahorra las boletas que pagan otros. El oficio de maestre de plata tiene un medio peso por ciento de la plata que viene á su cargo, y tanto éste como los oficios de contador, pilotos, capitán, teniente y alférez de la tropa, que todos los da el Gobernador, son muy lucrativos, porque además de que se ahorran los mil quinientos pesos que debían pagar de pasaje, gozan su sueldo, llevan algunas comisiones, comercian, y en sus baúles no dejan de llevar algo por alto, todo lo cual les deja por lo menos de cuatro á cinco mil pesos, además de los que les produce su comercio. Ahora ha enviado el Rey los oficiales de marina, para que cada uno mande dos naos, y ha ordenado que en no habiendo comandante nombrado por la Corte, mande el navío el oficial de marina más antiguo. En este arreglamento les ha quitado á los gobernadores de Filipinas una potestad de que se han de resentir mucho; pero creo será muy útil al comercio, porque se perderán menos naos á causa de la inteligencia de los comandantes, y también por-

que el barco saldrá á su tiempo, lo que no sucedía antes, porque el comandante, paniaguado con el Gobernador, detenía la salida para esperar los barcos de Costa y poder llevar sus efectos, lo que ha causado muchas pérdidas y arribadas. Nuestro General acaba de arreglar é imprimir las instrucciones de este barco.

El comercio de Acapulco se hace casi todo de tejidos de algodón de la costa de Coromandel, de especería y de géneros de seda y algodón de China. Los comerciantes ricos compran estos efectos de antemano con su dinero, y al tiempo del embarque sacan plata á corresponder de las Obras pías para guardarla en la bodega y no correr el riesgo, caso que el navío se pierda. Los pobres sacan el dinero de las Obras pías y después hacen sus compras, que les suelen salir muy caras, porque al tiempo del embarque, que es cuando se da la plata, suben de precio todos los efectos que se llevan á Acapulco. El comercio de Nueva España está en el día en la mayor decadencia, excepto el tiempo de guerra, porque los efectos del Asia han subido mucho de precio, y los derechos Reales, boletas y correspondencias del dinero un 100 por 100: de modo que el que no gane más que esta cantidad se pierde; porque como no puede el comerciante embarcar todo el dinero que saca á corresponder, por tener que pagar las boletas y hacer otros gastos, aunque vendiese un 100 por 100 más caro que lo que compró, le faltaría el principal y correspondencias de lo que había gastado en Manila. La regla general para hacer una feria regular es vender un 300 por 100 más caro que lo que se compró, pero esto acaso no sucederá jamás.

Al Consulado de Manila sólo se le permite embarcar para Nueva España, como llevo dicho, medio mi-

llón de pesos, y traer de retorno un millón. La tasación de los efectos se hace por dos comerciantes para cada quinquenio, que la hacen por los precios más bajos que tienen las mercaderías; y como se lleva por alto alguna cosa, se puede asegurar que lo que se embarca es un millón de pesos y al retorno cerca de tres millones. En Acapulco á veces suelen tener sus trabajos para embarcar esta plata por el celo de los oficiales Reales ó por la diligencia de los virreyes; en estas ocasiones dejan en Méjico lo sobrante del permiso y esperan mejor coyuntura. En Manila no suele haber peligro en desembarcarla, porque se procede con más benignidad, lo que no debe admirar, pues los que debían velar las rentas del Rey suelen ser los principales interesados en el contrabando.

El comercio de la Costa, Batavia y China se hace principalmente por los extranjeros, pues los españoles sólo envían uno ú otro barco á estos países. Desde que se estableció el comercio libre se creyó que abaratarían estos géneros; pero los extranjeros han sabido disponer que se queden en Manila algunos de ellos, que les sirven de factores; venden al precio que les acomoda, y cuando no hallan compradores, toman plata á premio y dejan la carga á sus paisanos, por cuyo medio logran vender al precio que se les antoja. La extracción que hacemos de estos reinos ascenderá á tres millones; uno para Nueva España y dos para el consumo de las Islas. Lo más que produce esta tierra de efectos que se sacan para otras partes importará un millón de pesos cada año, de donde se debe concluir que casi toda la plata que viene de Acapulco va á parar á los extranjeros, y que los españoles sólo trabajamos para los ingleses, holandeses y chinos. Los efectos que de Filipinas se sacan para otras partes son azúcar, añil, algodón, azufre,

pimienta, cueros, tapa y nervios de venado, nido, caracolitos que llaman sigüey, cera, palo de campeche ó sibuca, guinaras, mantalona para velas de navíos, *balate* ó lombríz de la mar, oro y varios géneros de maderas. Este comercio podía aumentarse mucho y sacar de las propias producciones de las Islas toda su subsistencia; pero la cosa ha llegado á ponerse en tal pie, que no creo que jamás se adelante nada. Se ha establecido en Manila una Compañía, concediéndola el comercio exclusivo de los géneros de Europa, y dándola permiso para que lleve á España y á las Indias los géneros del Asia, excepto á Acapulco, con el fin de que fomente las Islas; pero en quince años que lleva la fundación ha adelantado poco, y no hay esperanzas de que se adelante más, no por culpa suya, sino por constitución de esta tierra, como se verá luego.

El comercio de Acapulco fué tan lucrativo á los principios, que los españoles hicieron poco caso de las haciendas de que el Rey les hizo merced en premio de sus trabajos; las vendieron á los religiosos, y éstos las entregaron á los indios para que se aprovechasen de ellas por un pequeño terrazgo que les pagan. Todas las haciendas de Filipinas están pobladas de indios y mestizos, de donde es imposible echarlos para que trabajen por cuenta de los propietarios; y como éstas son unas gentes infelices y holgazanas que se contentan con poco, es imposible que adelanten mucho en las producciones del país por más que se les estimule. Sin embargo, se hubiera adelantado algo en este punto si los españoles, por el mismo motivo, no hubieran abandonado el comercio interior de la tierra; los efectos que traen de China, Costa, Batavia ó España ó que compran á los extranjeros por junto los meten en sus bodegas, y allí los venden por

partidas á los chinos y mestizos, los cuales tienen todo el comercio al por menor de cuanto viene de afuera, y lo mismo sucede con lo que sale de las Islas, de que resultan muchos atrasos al comercio.

Lo primero, estos pequeños comerciantes necesitan unas crecidas ganancias; porque como comercian con poco principal, sólo ganando un 100 por 100 pueden tener una ganancia moderada, y los efectos que ellos compran en el país deben salir muy caros, y no dejar utilidad alguna al que los lleve á otros reinos. Este inconveniente se aumenta á razón de lo que han crecido estos mercaderes; porque compran unos á otros, y hay efecto que ha pasado por cinco ó seis manos antes de que pueda embarcarse, y es preciso que su precio sea tan caro que en ninguna parte del mundo se pueda vender con ganancia. Lo segundo, ningún ramo puede adelantarse, porque está entre manos de unas gentes sin fidelidad, entre quienes el engaño se mira como una agudeza y ciencia de comerciar. Los chinos adulteran todas las cosas, los mestizos han aprendido de sus padres, y los indios se han acomodado á sus trampas. Lo tercero, el comercio interior ha quedado de tal modo entre estas gentes, que es imposible pase á los españoles si no se toman rígidas providencias.

Este es un inconveniente que se debía mirar con toda seriedad, porque es causa de que no se aumente la población española, sin la cual esta colonia jamás será de consideración. El comercio de Nueva España es bueno para hacer ricos en breve tiempo, y con poco trabajo, á algunos españoles, á quienes la fortuna ó el favor proporciona este comercio; pero éstos deben de ser pocos. Apenas hay en Manila cinco españoles que pasen de cien mil pesos; no llegan á ciento los que tienen cuarenta mil; los restantes, ó se

mantienen de los sueldos del Rey, ó viven en la indigencia. Éste fué el estado de los españoles al principio de la Conquista, y este mismo lo será siempre, porque el barco de Acapulco y el comercio por mayor de Costa y China no produce más que el caudal que hay entre estos individuos. Si estuviera entre los españoles el comercio interior, los dos millones de efectos de mar afuera que se expenden en las Islas Filipinas, proporcionarían la subsistencia á muchas familias españolas.—De las Islas sale el importe de otro millón de pesos, y si este comercio se hallara en los españoles, dentro de poco llegaría á más de dos millones; porque el añil, azúcar, café, pimienta y algodón son unos ramos que se pueden fomentar mucho. El arroz, si hubiera libertad de extraerlo sin que se pusiesen trabas á los comerciantes, podía llevarse á China y hacerlo un ramo de comercio. Pienzan algunos que la extracción del arroz causaría hambres, y es tan falso, que sucedería todo lo contrario. Los indios no siembran ahora más arroz que el que se consume entre ellos, y en perdiéndose la cosecha es preciso se padezcan hambres. Si se permitiera la extracción, se sembraría mucho más de lo que se consume anualmente en las Islas; en tiempo de carestía subiría de precio, por lo cual los comerciantes no podrían extraerlo, y todo lo que estaba destinado para el comercio supliría en este caso la falta de cosecha, y no se padecerían las hambres que destruyen las provincias. Todos estos ramos fomentados por los españoles aumentarían su población á la proporción de las ganancias que producirían.

Este plan, que parece tan útil, es impracticable en las circunstancias presentes; porque estando este comercio entre unas gentes que se mantienen con muy poco, no pueden competir con ellas los españoles, ni

pueden subsistir con lo que saquen de un comercio semejante. Era preciso prohibir á los chinos y mestizos este comercio y entregarlo en manos de europeos. Estos asiáticos se dedicarían al cultivo de la tierra, y los españoles, como son mucho menos en número que estos mercaderes, que se han multiplicado infinito en Filipinas, sin dar más caros los géneros podían tener unas ganancias proporcionadas á su modo de vivir. Se conseguiría que los chinos y mestizos no se enriqueciesen mucho, pues no puede menos de ser peligroso el que todas las riquezas de las Islas vayan á manos de unos hombres poco afectos á los españoles, como ha de suceder forzosamente, y casi sucede ya. Para no perjudicar al público se podía ir entablando esta práctica por provincias. Al principio sólo se les debía de prohibir el comercio en la provincia de Tondo, que se podía suplir por los españoles, que hay en Manila bastantes para ello, y más si se prohibía el embarcar para Acapulco al que no tuviese una tienda, ó por sí ó por sus cajeros; pero nuestras leyes, por una fatalidad, mandan lo contrario y ordenan que no puedan ser del Consulado los españoles que tienen tienda pública de mercaderías. Los españoles mismos tienen á menos el vender por menor, sin embargo que muchos han sido unos marineros, soldados ó cosa por el estilo. No consideran que sus hijos serían los que percibirían la mayor utilidad de este proyecto, pues criados en el mostrador no aprenderían unos vicios que les hacen infelices para siempre.

Todos los días vemos por las calles de Manila en la mayor miseria y pidiendo limosna á los hijos de unos hombres que hicieron grande viso en la república y que dejaron mucho caudal, que disiparon en vicios sus hijos por no haber sido criados con al-

guna sujeción desde mozos. Pero ¿quiénes son los hombres que conocen sus propios intereses? Los manilenses creyeron que el barco de Acapulco era toda su felicidad, porque les dejaba mucha plata; no consideraron que no es más rica la nación que tiene más dinero efectivo, sino la que tiene más efectos de donde sacarlo, y se dedicaron al comercio de Acapulco, que les producía mucho dinero, sin cuidar de las producciones de la tierra, tanto naturales como industriales, que hacen la verdadera riqueza de un país. El comercio de Acapulco está expirando; los manilenses pedirán que se les rebajen los derechos Reales y otras franquicias relativas á este comercio; pero no hay que esperar que piensen en reintegrarlo fomentando el comercio interior de las Islas; porque enseñados á ganar en Nueva España lo suficiente para sus comodidades, sin más trabajo que embarcar una memoria cada año una vez, se les hace duro el entrar en un comercio mecánico y engoroso; y enseñados á unas ganancias grandes, no pueden acomodarse á ganar poco á poco en una tienda, y así cuando compran á los extranjeros algunas partidas grandes para volverlas á vender, no se contentan con unas ganancias moderadas; el que quiera procurarse aquel género, aunque tome una partida algo considerable, ha de pagar un 100 por 100 de ganancia al día siguiente que se compró, y no hacen el menor escrúpulo de hacer unas ganancias tan exorbitantes por sólo el trabajo de haber metido los géneros en la bodega. Llevan la opinión de que se debe ganar cuanto se puede; y como ellos han levantado toda la carga, y se hallan en estado de imponer la ley, arreglan las ganancias según su capricho. Este es otro desorden que el magistrado debía remediar en el comercio de Manila.

El comercio de Filipinas no es suficiente para hacer muchos ricos, pero basta para que los que se dedican á él tengan un pasar decente, y aun se puede añadir, que vivan con bastante lujo: tienen las casas muy bien adornadas de espejos, pinturas exquisitas, globos, arañas de cristal, escribanías, y los demás muebles que pueden adornar un estrado en cualquier parte del mundo. Muchos compran coches hermosísimos de Inglaterra, mantienen caballos, coches con buenas libreas, y hay tanto carruaje, que en la última numeración que se hizo para que contribuyesen á la composición del puente, se halló que había en Manila quinientos carruajes entre coches, calesines y birlochos. Usan de muy buenos vestidos, semejantes á los de Europa, y no hay hombre que no pueda presentarse con el vestido que usa en Manila en cualquiera ciudad de España sin abochornarse. Las mujeres visten un traje algo ridículo: una camisa ajustada de mangas hasta el puño con un paño, al uso de las aldeanas de España; una saya de cambaya y unas medias y chapines es todo su vestido. Á veces añaden un jubón de algodón fino, y hay ocasiones en que se visten como las europeas; pero son muy raras las que han querido entrar en la moda de los túnicos, aun para las funciones de gala. En el pelo usan pocos adornos: hacen un nudo con el cual lo recogen, y queda con mucha propiedad, y en el mismo moño clavan un grande alfiler de oro. Los pendientes, collar y anillo suelen ser de diamantes; además de esto llevan al cuello cadenas ó rosarios de oro, cuelga de ellos un relicario guarnecido de diamantes. Este adorno suele valer á veces más de treinta mil pesos. El vestido de los extranjeros es conforme al uso de su tierra; el de los armenios, moros y chinos es bastante extravagante, y puede verse en

los autores que tratan de estas naciones; el de los indios y mestizos es como el de los de la provincia de Batangas, de que traté en el capítulo VIII.

Las comidas de los manilenses son buenas y los comestibles bastante baratos. La libra de pan cuesta medio real; una fanega de arroz, un peso; por un real se venden siete libras de vaca; el puerco es poco menos barato; el pescado cuesta aun menos, y las aves se venden con tal conveniencia, que un pollo cuesta un cuartillo, y lo mismo un pichón, ú otra ave de este tamaño de las muchas que se cazan en el monte y las sementeras. El carnero y los pavos se venden más caros, porque no se dan bien en esta tierra por el calor demasiado, que les perjudica mucho. Las cabras procrean bien; pero no son abundantes, porque los indios y muchos españoles no las comen, y así cuidan poco de ellas. Generalmente todo género de comestibles anda barato en Filipinas en el tiempo regular; durante la guerra ha doblado su precio, como debe de suceder en todas las colonias pequeñas, donde una escuadra como la que hemos tenido aumenta considerablemente el consumo de todos los efectos. Todos los animales y aves de Filipinas tienen muy buena carne; la vaca es excelente, pero la que se come en Manila muy mala. Hay un obligado que tiene el derecho exclusivo de matar vaca; éste las trae de Ilocos, Cagayán y Pangasinán; porque como estas provincias están remotas, valen las vacas muy baratas en ellas. Se enflaquece el ganado en el camino, se le tiene en Manila hasta que se va matando poco á poco, y va enflaqueciendo de modo que, cuando se matan las reses, están enteramente desabridas. El que quiere comer buena carne es preciso que la compre de la que suele venderse de extravío en los arrabales de Manila; es más cara, pero más gorda, substanciosa

y de excelente gusto. La Ciudad, que es la que corre con los abastos, debía tener un buen ejido en las cercanías de Manila, donde el obligado tuviese el ganado hasta que engordase; pero nunca podemos prometernos esto de una Ciudad que no cuida de remediar otros abusos, como es el que los obligados den al precio justo la carne, que los panaderos no roben en el pan, que los chinos den la cera pura y según el peso que está determinado, y no cometan otra infinidad de engaños con que estafan al público.

Conforme á estos precios se podía hacer en Manila una comida con poco dinero; sin embargo, no deja de salir bastante caro el sustento diario, porque los indios son muy holgazanes y es preciso mantener tantos criados que, por baratas que valgan las cosas, hacen un gasto extraordinario en la comida, y desperdician más de lo que comen. La comida de un manilense de un mediano pasar se reduce á una olla de vaca, puerco y verduras, dos ó tres principios de aves, otros tantos de carne ó de las menudencias de los animales y sus postres de fruta y dulce. Las mujeres por lo común no comen pan, sino arroz, y éste le revuelven con los guisados sin más instrumento que los dedos, con los cuales lo llevan á la boca; este gusto es algo asqueroso, y necesitan lavarse las manos antes y después de comer; pero dicen que es muy sabroso, y á las que están enseñadas á él no les gusta la comida sino comiendo de este modo. Antiguamente los españoles no bebían vino ni agua mientras comían hasta no tomar el dulce, después del cual se bebían un gran vaso de agua y no volvían á comer más; de modo que entre algunas personas hasta ahora, si se las convida con alguna cosa, responden que ya tomaron dulce y agua; razón poderosísima para no tomar más. En Manila no se

usaba el vino, porque decían que hacía daño; en el día se consume mucho de este género, porque hay muchos españoles que lo usan en las comidas, ó puro ó mezclado con agua. Después de dormir la siesta toman muchos chocolate, algunos esperan al toque de oraciones, y generalmente se cena entre diez y once de la noche, que es la hora regular, habiendo comido como se acostumbra entre doce y una del día.

Las diversiones cotidianas de los de Manila son salir á paseo por las tardes y juntarse en tertulia en algunas casas por la noche. Allí se están en conversación, ó jugando á los naipes al reversino ú otro juego carteadó; las mujeres gustan mucho del *panguingue*, que se juega con cinco barajas, y se reduce á embonarse diez cartas que se dan á cada uno, arrancando una del montón y tirando otra siempre que hace el embono, para juntarlas de tres en tres, según las reglas del juego: el que embona el primero gana la partida. En una tierra de mucha calor como ésta acomodan poco los bailes, y así hay poca diversión en Manila, por lo cual en varios tiempos, particularmente desde Pascua de flores hasta el Corpus, los más se salen de vacaciones al campo; allí se bañan, se pasean y se divierten más que en la Ciudad. Monsieur Le Gentil dice que reina una grande libertad en estas casas de recreo; pero se equivoca como en otros muchos puntos: es verdad que á veces se bañan los hombres y mujeres juntos; pero esto nada tiene de irregular si se considera el modo de bañarse en Filipinas. Fuera del río se hace una casa con varios aposentos pequeños, donde cada uno entra separadamente á desnudarse; en el río se hace un cerco de cañas alrededor del espacio que ocupa el baño, donde es preciso que todos estén á la vista unos de otros. Los hombres entran con calzones de color, y algunos

con camisa; las mujeres se visten con el traje que usan las indias cuando andan por la calle, que es bastante honesto, y de este modo se entra en el baño. El que vea á la gente bañarse percibirá aún menos indecencia que la que se manifiesta aquí. No es menos falso la libertad que dice que hay en las casas de campo durante las vacaciones, pues se vive lo mismo que en Manila, donde las mujeres no son tan fáciles como supone Mr. Le Gentil.

El que vea las mujeres de Manila las tendrá á primera vista por menos recatadas que lo que son, porque se habla con más libertad que en otras tierras. La ociosidad de los hombres y el género de vida que han tenido muchos de ellos desde niños hace que sean bastante libres en sus conversaciones; esta libertad se le ha pegado alguna cosa al otro sexo, naturalmente recatado; hablan las mujeres con la mayor franqueza de la enfermedad mensual que les es propia á ellas, de los amancebamientos públicos, y se chancean con las que tienen cortejo con más libertad de la que es regular en una mujer recatada; mas no por eso esta mujer es mala, ni se toma más atrevimiento que el que la costumbre ha establecido en el país. El que no ha tratado á las mujeres las tendrá por disolutas; pero el que sabe bien su porte hallará que en Manila no hay más disolución que en otras ciudades, donde las circunstancias impelan á la disolución del mismo modo. Es verdad que hay mujeres públicas; pero éstas son indias, mestizas de chino y mestizas españolas, de aquellas que han nacido por delitos iguales á los que ellas cometen. La infinidad de extranjeros que hay en Manila, los muchos españoles que se mantienen solteros, sin querer casarse, con el fin de volverse á España, y la infelicidad y miseria de cierta clase de gentes, es la causa de esta di-

solución bastante en todo el mundo, y mayor en los puertos de mar, adonde acuden muchas gentes, pero que no debe influir en el común de las mujeres ni juzgarse de ellas por lo que hacen cuatro cuitadas.

El verdadero borrón de las mujeres de Filipinas es el uso del buyo y del tabaco. Los españoles hallaron entre los indios la costumbre de mascar buyo en la forma que llevo dicho en el capítulo I. Nuestras criollas, criadas entre sirvientas indias, se hacen desde niñas á esta práctica; están continuamente mascando buyo, el cual les pone negros los dientes, la boca sucia, los labios feos, y esto causa á muchos grande asco el mirarlas, y más cuando se dan unas á otras el buyo que han mascado y lo meten en la boca sin alguna repugnancia. El tabaco lo trajeron los españoles, y se fuma delante de la gente, sin que sea mal parecido el tomarlo ó en cigarrillos de papel ó tabacos doblados á propósito para fumar ó chupar, como se dice en esta tierra. Si las mujeres usaran unos tabacos regulares, no reprobaría en ellas este uso en Filipinas, donde se ha hecho muy frecuente; pero han dado en hacer unos tabacos largos y tan gordos que no les caben en la boca, y es preciso machacarlos con los dientes por el cabo, y al chuparlos les hace abrir un palmo de boca, la que queda horrible con el buyo y el olor que despide el tabaco mojado con las babas ó saliva. En algunas casas se cuida de que las niñas no aprendan estos usos asquerosos; pero muchas los ejercen ocultamente y sin saberlo los padres, y en casándose hay muy pocas que no los practican públicamente.

Los españoles de Manila fomentan mucho á sus paisanos que vienen de sus provincias de España; particularmente los vizcaínos y montañeses atienden mucho á los nuevos que vienen de sus provincias, y

si traen alguna recomendación y son hombres de bien, pueden estar seguros de hacer fortuna. De aquí nace que Manila está dividida en partidos, y en las elecciones de alcaldes ordinarios, cónsules, prior del Consulado y en los asuntos de comercio suele haber divisiones y partidos; en lo demás se vive con bastante armonía, y no se oyen muertes ni desafíos de unos contra otros, y lo más que hay son algunas murmuraciones, como es consiguiente á una república pequeña, donde se conocen todos y que se puede comparar con un navío, donde nadie puede hacer nada sin que lo sepan y murmuren los demás. Á ésta se reduce toda la guerra que Mr. Le Gentil dice que se hacen unos á otros los españoles de Manila, y que explica con los términos más acres del diccionario: *dañándose, despedazándose y destruyéndose unos á otros*. Otras mil sandeces refiere este viajero de las costumbres de los manilenses que no es mi ánimo refutar; sólo diré que cuanto refiere en orden á nuestros ayunos es enteramente falso. Dice que por la mañana tomamos chocolate con onza y media ó dos onzas de pan, comemos al mediodía, volvemos á tomar chocolate por la tarde, con bizcochos, y por la noche hacemos colación con pescados secos; porque añade que los jesuitas habían decidido que el chocolate no quebrantaba el ayuno. Esta opinión la llevaron algunos autores á Europa; pero luego fué reprobada por todos y jamás se puso en práctica ni en España ni en Manila, donde se ayuna como en Europa: se permite por la mañana una onza de chocolate por parvedad de materia y por la noche se hace colación con hortalizas, frutas y dulces, materia de seis onzas.





CAPÍTULO XIV

LA provincia de Tondo es la misma donde está la ciudad de Manila. Cuando Legazpi fundó á Manila no había en sus cercanías otro pueblo que el de Tondo, por lo cual se le escogió para cabecera de esta provincia, y se puso en él un corregidor para gobernar á los indios y cobrarles el tributo. Aunque Tondo no dista de Manila más de media legua, se han fundado en este intermedio los pueblos de Binondo y Santa Cruz, y los corregidores, por acercarse más á la Capital, se han establecido en Santa Cruz, donde hay una casa, hecha á expensas de la caja de la Comunidad de toda la provincia, para su morada; pero Tondo ha quedado siempre con todas las prerrogativas de cabecera de la provincia, y en faltando el co-

Materias que abraza el capítulo XIV. — La provincia de Tondo. — Confines. — Configuración del terreno. — Producciones. — Aves. — Reptiles. — Clima. — Número de habitantes. — Dificultades que existen para precisar este número. — Los indios. — Su genio. — Su ingenio. — En qué se diferencian los de Tondo de los demás indios tagalos. — Industrias y manufacturas. — Labores agrícolas. — Comercio. — Usos y costumbres. — Idiomas. — La cuestión del castellano. — Juegos y otros vicios. — Remedio para evitar el fomento de éstos.

rregidor manda la provincia el capitán ó gobernadorcillo de Tondo, interin no se nombra otro corregidor, como sucede con todos los gobernadorcillos de las cabeceras cuando faltan sus alcaldes mayores, de quienes son interinos natos. Esta provincia se extiende por el N. dos leguas de Manila hasta el pueblo de Tambóbong, que confina con el pueblo de Polo, que es ya de la provincia de Bulacán; por el S. confina con la provincia de Cavite y se extiende hasta el pueblo de Laspiñas, que sólo dista de Manila otras dos leguas; por el O. está la bahía, en cuyas playas están todos los pueblos que tiene esta provincia N. y S., y por el E. se extiende más, y tiene muchos pueblos á una y otra banda del río de Pásig hasta los montes de San Mateo y la laguna de Bay.

El terreno de esta provincia, si se exceptúa el monte de piedra que la atraviesa de N. á S., es llano y excelente para arroz y todo género de plantíos. En el pueblo de Tondo, y en un barrio llamado Gagalangin, en la hacienda de Pasay, hay excelentes naranjas de varias clases, todo género de frutas y hortalizas de la tierra, y plantíos de caña dulce para hacer azúcar y para vender á los indios, que chupan su zumo, especialmente los muchachos. Se cría en ella todo género de animales, aves y sabandijas de que hablé en el capítulo VIII, tratando de la provincia de Batangas; y por cuanto allí no los referí todos, quiero poner aquí lo que no expresé allí, ó no expliqué con claridad, aunque de animales sólo tengo que añadir que los españoles han traído borricos de la América, y refiere la historia franciscana que se llegó á conseguir cría de mulas, pero se murieron los burros; y aunque después se trajeron otros, no han prosperado en estas Islas. En estos últimos años se han traído bastantes animales de esta especie, y pue-

de ser que se logre el propagar esta casta, que se ha extinguido en otras ocasiones, más por falta de cuidado que porque les sea contrario el temperamento. Hay también conejos, ratas, y algunas de éstas blancas: yo vi una muy blanca, con una mancha negra junto á la oreja, que parecía un perrito.

Las aves son muchas, y no puedo dar mejor descripción de ellas que la que trae la historia franciscana en el capítulo XII, libro I, de su primera parte, donde dice:

«Las Aves, que havitan la Region del Ayre son muchas en estas Islas, y muy diferentes. Yá hé dicho las que se hallan comestibles. Otras ay rapáces, y en su rapiña tan voráces, y tan velóces, que no perdonan Carnes, ni Pezes. Entre estos el llamado *Limbas* es de mas nombre. Otras ay de canto muy suave; creo que el *Balicasyáo* es el Maestro de Capilla de los Pajaros cantores: es negro, al modo de la Mirla, pero no tan grande, y su canto mas dulce, y para la enseñanza docil. El Pajaro *Solitario*; pero no permite enjaularse, porque luego se muere. El *Coling* poco canta, pero si le enseñan á hablar, aprende: es como la Vrraca en las voces, muy pelada la cabeza, como vn espejo, en que los calvos pueden mirarse. *Loros* ay blancos, y ay verdes; pero no son habladores. De las mismas señas, sin la diferencia mas leve, ay otros dos generos de Papagayos; que el vno llaman *Cauit*, y el otro *Colasisi*. Son pequenitos, y verdes, aunque vn poquito mayor el *Cauit*, y son tan mansos, que se traen en la mano por juguete; pero ni cantan, ni hablan, ni tienen otras habilidades, sino su mansedumbre. De las que llamamos *Oropendolas*, y *Coliyauan* los Naturales, se vén muchas en todas partes. Ay muchas *Golondrinas*; y otros Pajaritos, que llaman *Mayas*, tan golosas, y insaciables, que son mas perju-

diciales, que en España los Gorriones. Otros Pajarillos ay cantores, con varios nombres; el mas señalado es el *Bocuit*, de canto muy leve, mucho menor que los Ruysñores, y á la vista muy deleytable, porque la variedad de sus plumas se compone de siete colores. Pero de estas Aves no se há descubierto en estas Islas muchedumbre: siendo grande la que ay de otras varias especies, vnas que vuelan de dia, y otras de noche; y con especialidad la *Lechuza*, que llaman *Covágo* los Naturales, y en ella tienen mil supersticiones; y de *Murciélagos* chicos, y grandes innumerables muchedumbre, de que abundan estas Islas tanto como de Salitre, que sirve para la fabrica de la polvora, y suple (para enfriar la bebida) de la nieve, pero no saludable.

»Otras Aves ay á las orillas de los Rios, porque con sus Pecezillos se mantienen. Otras en las Sementeras, que llaman *Pógo*, que son como buenos Pardales; y aun ay otras que equivalen á las *Codornizes*. Ay *Gallos*, y *Gallinas* de Monte. *Patos* en las Lagunas innumerables. Digalo la Laguna de *Bato* en Camarines.....

»Ay mucho numero de vnas Avechitas blancas como la nieve, de cuello, y pico largo, que se mantienen en la tierra de Lombrizes, y á las orillas de los Rios de Pezes. A estas llaman aquí *Garzas*. Y dicen no aver hombre nacido, que aya visto donde anidan estas Aves. Criáanse tambien en las aguas grandes Aves: el *Cólocólo*, la *Pagála*, el *Casili*, á quien llaman *Cuervo marino* (que los Cuervos comunes son aquí inagotables) de negras, y lisas plumas, cuello, y pico largos, y cuerpo grande: suelen estar dentro de la agua sobre-aguadas estas Aves, con el cuello, y alas de fuera, tendidas en cruz, por grande duración, sin cansarse. La plumilla de su cuerpo es tan delgada, y suave,

que de su pellejo hacen hermosos casquetes, con que se disimulan vejezes, y calbicies, por la similitud que tiene á vn pelo negro, liso, y reluciente. Bien sé yó que si esta droga la vieran en España, no avian de despreciarla, especialmente las mugeres; pues se halláran sin trabajo hecho el Jaque, con sus poquitos de rizos delante, que se hallan en esta pluma naturalmente.»

Los reptiles son muy abundantes: hay alacranes, ciempiés, lagartijas y varios géneros de lagartos, de los cuales son muy particulares la *iguana* y el *chacón*. Las iguanas son unos lagartos grandes como un brazo; viven en las casas sin hacer daño á nadie, menos á los pollos y gallinas, que los destruyen comiéndoselos en poco tiempo. Algunos indios comen la carne de las iguanas, y hay pocos que no se han aficionado á sus huevos, que dicen son muy substanciosos. El *chacón*, que es muy semejante al estelión, tiene las uñas tan agudas que prenden en un espejo: no hace daño alguno; pero si llega á hacer presa por verse acosado, no la suelta si no se le pone delante un ramo verde. Es como el lagarto de España, y tiene de particular que canta, pronunciando claramente esta palabra: *tocó*, siete ó más veces seguidas, y á veces llega á once articulaciones, bajando insensiblemente el tono. El *tocó* vive por lo común en las casas y las limpia de cucarachas: conviene con el estelión en morar en las casas, y en agarrarse con las manos en las paredes.

Hablando de las culebras, dice el mismo autor lo siguiente:

«Las especies de *Culebras* son muchas, y muy venenosas por la mayor parte, que causan con eficacia, y brevedad la muerte, sino se acude con presteza con los poderosos contra-venenos, que esta Tierra nos produce. Las ay pequeñitas, y delgadas, verdes; en el veneno las mas eficaces. Las ay tan grandes (que

llaman *Sáua*) que si se enrosca, ahóga aun á los grandes Caymánés. Ay vna especie de *Lagarto*, á quien llaman *Sagita volante*, del cuerpo de vn *Lagarto*, que al hilo de medio dia está amarillo, y en lo restante del tiempo muy verde: cola larga, y buhida, como cola de Raya, y pies largos, y torpes: desde la cabeza hasta la cola corre por el lomo vna como Clin de Cerdas tan fuertes, que ni con vn palo pueden doblarse: de la barriga sale un pellejuelo suave, que le dobla ázia el lomo, y solo para volar, le estiende, y dá vnos buelos tan distantes, como si fuera Ave, y tan velóces, que casi son imperceptibles. Dicen es muy activo el veneno, que tienen, y que aun inficiona el Ayre. En el año de 26. logré matar vno de estos en Santa Ana de Sapa, y con esta ocasion le registré atentamente, y aun despues de muerto, no se atrevian los Indios á acercarse, por el miedo, que le tienen. Luego á la tarde vimos volar su consorte (que dicen, que siempre andan á pares,) pero no pudo cogerse.»

Esta provincia está en la zona tórrida, á los 14 grados de latitud; el sol debe calentar mucho por esta causa, y causaría terribles calores si el viento que suele correr continuamente y las copiosas lluvias en los meses en que debía calentar más el sol no templaran sus ardores. Las monzones de esta provincia son tres, porque reinan en ella los vientos del E., del SO. y del N., que corren anualmente cuatro meses cada uno poco más ó menos. Al cambiar estas monzones hay grandes tempestades de truenos, rayos y baguios, particularmente al entablarse los sudoestes en los meses de Abril y Mayo y cuando éstos ceden á los nortes en los meses de Septiembre y Octubre. El año puede dividirse en casi todas estas islas en tiempo de aguas y de secas. Éstas empiezan por Diciembre y duran hasta últimos de Mayo. Desde este

tiempo hasta últimos de Septiembre llueve del SO. y después del N.; hasta últimos de Noviembre suele, no obstante, haber algunas calladas de ocho ó quince días buenos, y los años no son iguales, lloviendo más continuamente unos años que otros. De aquí resulta que el temperamento es cálido y húmedo, muy á propósito para las plantas, que crecen con mucha facilidad, y hacen muy fértiles las campiñas. Pero como al mismo tiempo crecen las hierbas malas y muchos gusanos, hormigas y otros insectos, disminuyen mucho la fertilidad de la tierra estos enemigos de los sembrados y plantíos. Las aguas en su tiempo son tan copiosas, que crece considerablemente el río de Pásig, sale de madre y forma lagunas en las tierras bajas, y destruye los puentes que hay en los brazos de este río y en los esteros. Los puentes de Parañaque y Laspiñas, que están en el camino de Cavíte, suelen caerse en tiempo de aguas, sin embargo de que no entra río alguno en estos esteros, sino el agua que viene de las sementeras y la que sobra y rebosa del río de Manila.

No obstante estas incomodidades, la tierra es bastante sana, y aseguran los que han corrido tierras que en toda la India no hay país más sano, más delicioso y más cómodo que éste. Los caminos están llenos de casas por las dos bandas, y hermosas huertas llenas de plátanos y otros árboles, que procuran cuidar bien los naturales por la grande utilidad que sacan llevando sus frutas á Manila. El grande y diferente número de gentes de esta ciudad consume cuanto produce la tierra, y los naturales hacen dinero hasta de las hojas de los plátanos. Esta ha sido la causa por que los indios se han aglomerado en las cercanías de Manila al olor de la plata de Acapulco; se han establecido en esta provincia muchas gentes,

y si los indios no fueran tan afectos al país donde nacen, este reclamo hubiera dejado desiertas las demás provincias de las Islas. El año de 1735 no había en esta provincia sino 6.361 tributos, y ahora tiene 18.065 y medio tributos, que hacen cerca de 100.000 almas. En esta cuenta no entran los españoles y extranjeros, sino los indios puros y los mestizos de chino, que son los que pagan tributo.

El número de éstos es mucho mayor que el que llevo referido, porque las liquidaciones no se pueden hacer con arreglo á causa del número infinito de gente y de los muchos criados que tienen los españoles, los cuales (*criados*), aunque debían pagar tributo, no lo pagan, y con pretexto de los verdaderos criados se ocultan muchos á la vigilancia de los párrocos, que, como tienen mayor estipendio cuanto son más los tributos que administran, procuran que no haya vagamundos que vivan sin pagar al Rey su tributo; particularmente en los extramuros de Manila es más la gente que hay fuera de los padrones, que no los empadronados. La falta de policía es la única causa de que viva tanta gente sin pagar al Rey su tributo, y, por consiguiente, vagamunda, sin confesarse y sin saber de qué subsiste. El Gobernador actual ha expedido excelentes bandos para remediar estos desórdenes; pero los subalternos, en este y otros puntos, sin culpa de los gobernadores, son causa de que no se remedien muchos abusos.

Los indios de esta provincia son en todo semejantes á los de Batangas: son tagalos, y se cree que fueron los primeros de esta nación que se establecieron en estas Islas en el río de Pásig, y de allí se extendieron por el N. y por el S. y también por E., poblando las provincias de La Laguna, Batangas y Mindoro, de que he hablado ya. En su idioma, casas, vestidos,

comidas y enfermedades son semejantes á ellos. Sus casamientos y funerales se celebran del mismo modo; tienen las mismas supersticiones y son en todo muy semejantes, aunque no dejan de diferenciarse en algo, como se podrá ver cotejando lo que llevo dicho de los de Batangas con lo que diré de éstos en la prosecución de este capítulo, donde voy á referir algunas de las propiedades que no dije allí, y son comunes de todos los indios, y otras en que se diferencian éstos de los demás, lo cual depende de vivir cerca de Manila y del trato que tienen con los españoles.

El genio de estos indios, según los autores que han escrito de ellos, es un embolismo de contradicciones. Dicen que al mismo tiempo son humildes y soberbios, atrevidos y cobardes, crueles y compasivos, perezosos y diligentes, y refieren de ellos otras mil contrariedades como éstas. Yo he vivido con ellos diez y seis años, y no he hallado contradicción alguna, sino una grande debilidad y mucha disposición á recibir la impresión de todas las pasiones, las cuales se les pasan luego, y con gran facilidad se desprenden de una pasión para dar lugar á otra. Son como unos muchachos de escuela mal inclinados, en que no hay que buscar subsistencia ni constancia en ninguna cosa. Muchas de sus acciones nos parecen contradictorias, porque las referimos á nuestros usos y no á los suyos: lo que entre nosotros es tenido por bajeza, lo tienen ellos por honra; lo que á nosotros nos abochorna, suele á veces ser entre ellos muy honorífico, y al revés, de que podía dar mil ejemplos; y si cotejamos su modo de obrar con el modo de discurrir que se halla entre ellos, muchas que nos parecen contradicciones, las hallaremos consecuencias legítimas de sus principios. El que un pretendiente viva en casa de la mujer con quien piensa casarse no

es deshonra; pero el que la mujer pase por frente de la casa de su novio, es muy vergonzoso, y atravesará esta doncella un río, levantándose las sayas hasta medio muslo en presencia de todo un pueblo por no pasar por cerca de la casa de su pretendiente. Es grande deshonra entre ellos contar al Padre ó á un español que le roba su criado, y los demás criados sufren el que los trate mal aquél, robando lo que da el amo para su mantenimiento, á trueque de que no le digan que es hablador, y de este modo tienen otros usos que han establecido entre ellos el miedo y el interés, que son las dos pasiones que más los dominan.

En cuanto al ingenio y entendimiento de estos indios, hablando en común, son más hábiles que los indios de las Américas. Aprenden con facilidad cualquier arte, y con la misma imitan cualquiera obra que se les pone delante; salen excelentes escritores, y se les ocupa en las Contadurías y otras oficinas para este ejercicio, pues además de que escriben bien son buenos contadores y de capacidad para dirigir un pleito y muy agudos para enredar á las partes. Hay entre ellos buenos cantores y músicos; pero en todas estas cosas sólo llegan hasta cierto grado, del cual nunca pasan, ó por pereza ó por falta de ingenio, el que debemos suponer bastante limitado, pues jamás inventan nada, reduciéndose toda su destreza á la imitación; y los que se dedican á las ciencias, nunca pasan de una medianía en su comprensión. Son muy aficionados á versos y representaciones; no son capaces de hacer una comedia ni un entremés; pero traducen bien en su lengua, en verso, todas estas piezas, y lo más que han podido adelantar en esta facultad ha sido el mezclar unos pasos de una comedia con los actos de otra, y de tres ó cuatro comedias hacer una pieza grande que pueda durar

tres ó cuatro días en el teatro. Tanto hombres como mujeres son muy aficionados á leer versos; los representan conforme los van leyendo, y en esto son incansables. Todas las noches de cuaresma, pasando por las calles se puede estar seguro de oír en muchas casas recitar en verso la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*; un Padre franciscano, viendo esta propensión de ellos, se la puso en verso, y la imprimió; y aunque está muy bien, y, por confesión de ellos mismos, es el verso arreglado y vivo, no quieren leer sino otras *Pasiones* que han hecho ellos mismos, llenas de fábulas que les gustan mucho, porque afectan lo maravilloso, que les agrada sobremanera. Estas fábulas nada tienen contra la Religión; sin embargo, muchos curas les prohíben el leerlas, porque además de las patrañas que se vierten en ellas, suelen valerse del pretexto de leer la *Pasión* los mozos y mozas para poner en práctica sus amores.

Cuanto llevo dicho del genio ó ingenio de los indios es común á todas las provincias. Los de Tondo se diferencian de los demás en muchas cosas, y en particular en las facciones. Los que viven tierra adentro son más hermosos que los de esta provincia, y aun más que los que viven en todas las playas de la bahía de Manila. Las mujeres de las provincias sólo se ponen al sol el tiempo de la cosecha; lo restante del año están bastante recogidas en sus casas, y así no son tan negras y tienen la tez más fina que las que viven en la playa. Éstas se dedican á la pesca en la mar y los esteros ó ríos; están á veces días enteros cogiendo mariscos, y este ejercicio las pone más negras que si estuvieran al sol en las sementeras; el terreno arenisco de estos lugares contribuye también mucho al mismo efecto, porque reverberan los rayos del sol con mucha violencia y curten la piel de estos

naturales aun cuando estén dentro de sus casas; y, finalmente, las muchas necesidades á que se han acostumbrado les hacen trabajar más para mantenerse, y andan por los caminos para vender sus manufacturas en Manila, y estas jornadas les ennegrecen bastante. En Batangas los indios sólo comen arroz; en Tondo no pueden comer si no tienen, además de arroz, carne ó pescado. En la provincia de Batangas se gasta poco en vino, tabaco, bonga ó buyo, y en la de Tondo hay gran consumo de estos renglones, y sobre estas necesidades tienen más vicios de juegos estos indios que aquéllos. Este género de vida los hace menos perezosos, pero no creo que los haga más felices; pues á más de que los ennegrece y los vuelve más feos, se ven muchas veces en mil apuros para socorrer todas estas necesidades; particularmente las mujeres padecen mucho, porque como se ha hecho ya costumbre entre todos los indios el que la mujer cuide del sustento diario de la casa y dé plata al marido para jugar, teniéndose por muy contenta si cumpliendo con estas obligaciones no la da de palos, necesitan estar en una continua faena y tráfico, que mueve á compasión á cuantos las ven.

La industria y manufacturas de esta provincia se reducen á fabricar aquellas cosas que se consumen en Manila. Hay herreros, carroceros, carpinteros, canteros, impresores, librereros, zapateros, sastres y todo género de oficios mecánicos de que necesita una república, los cuales los ejercen los chinos, indios y mestizos con la perfección que es regular á los asiáticos, que nunca pasan de una medianía, ó porque no quieren hacerlo mejor, ó porque no tienen talento para ello. Las mujeres se dedican á hacer encajes, á hilar algodón, á tejer y á bordar. Los encajes que ellas hacen son bastante buenos, aunque

nunca llegan á los de Europa; lo que bordan lo hacen con tanta perfección como en China; pero como tardan mucho en concluir la obra por su natural pereza, sudan mucho y son naturalmente sucias: cuando salen de sus manos algunas piezas que se les han dado á bordar, parecen ya usadas, y nunca aciertan á dar á sus bordados la brillantez y hermosura que dan los chinos. Ni se puede remediar este inconveniente, ni se pueden fomentar estos dos ramos, por el método que tienen establecido entre ellos en el manejo de los operarios. Las mujeres que saben bordar ó hacer encajes piden plata prestada á los indios y mestizos ricos; éstos se la dan con condición que han de trabajar en sus casas; y á fin de que no se las vayan, las van siempre adelantando dinero y las disimulan el que muchos días no vayan á trabajar. No obstante estas consideraciones, se les escapan ó se esconden las mujeres que han recibido la plata, y pierden muchas de las partidas que han emprestado. Para reintegrarse de estas pérdidas y que les quede alguna ganancia, necesitan llevar por los bordados ó los encajes el duplo de lo que pagan á los obreros, y es preciso que salgan muy caras todas estas manufacturas. Tampoco se pueden establecer fábricas por personas pudientes, porque las indias no van á ellas, sino á casa de los mestizos, que les van dando plata poco á poco cuando tienen necesidad, lo que no se puede practicar en una fábrica grande.

Además de esto, se coge mucho arroz en esta provincia: se dedican los naturales á cuidar gallinas, pavos, pavos y otros animales, y á criar búfalos, con cuya leche mantienen á Manila, donde apenas se toma otra. Hay todo género de frutas y hortalizas, no sólo de las de la tierra, sino también de otras partes, y las semillas vienen anualmente de Nueva España ó

de la Costa, de modo que Manila está surtida de repollos, coles, lechugas, nabos, rábanos y otras diversas clases de verduras, que aunque no son muy exquisitas, suplen por las que hay en España. Se dedican á sembrar una especie de mostaza, que tiene unas hojas anchas, grandes y frescas, que suplen por las acelgas, que no dan semilla en esta tierra; y en el pueblo de Pásig se sala el sobrante de este género y se hace de él comercio en China. En las playas se hace mucha sal, particularmente en los pueblos de Parañaque y de Tambóbong. Este último pueblo no tiene sino muy pocas tierras, y antiguamente se reducía á una pequeña ranchería de pescadores, dependiente del pueblo de Tondo. En el día tiene cerca de 3.000 tributos, que componen cerca de 15.000 almas, la mitad de indios y la otra mitad de mestizos de sangley. Se han juntado en él tantas gentes, por hallarse en el sitio más á propósito para el acopio de víveres y para llevarlos á Manila cuando valen caros. Todos los que vienen de las provincias de Pampanga y Bulacán pasan por él; los de Tambóbong les compran sus efectos y los guardan; no contentos con esto, van ellos mismos con embarcaciones por los esteros que conducen á estas provincias y acopian cuantos se consumen en Manila y cuanto puede dejar alguna utilidad. El añil, azúcar, arroz y otras cosas se hallan en este pueblo; los mestizos no quieren que les vayan á comprar estos géneros á sus casas; aguardan á que encarezcan en Manila, y entonces los llevan á vender; y como sólo distan legua y media de navegación por un estero de agua salada, siempre logran la coyuntura que les proporciona tales ganancias, que sin contradicción es este pueblo el más rico de las Islas, y hay en él algunos mestizos que tienen 40.000 pesos de caudal.

El comercio de esta provincia es el mayor que se hace en las Islas Filipinas. Es imposible hallar un rincón tan pequeño en todo el globo donde haya más mercaderes. Todos se dedican al comercio; recogen el cacao, aceite, cera, azúcar, añil, trigo, menestras, achoete, cachumba y cuanto viene de las provincias; compran á los extranjeros ó á los españoles por partidas los géneros de Costa y China; acopian la sal, el arroz y cuanto se consume en Manila, lo guardan y ocultan y lo van vendiendo poco á poco, usando un género de monopolio con que perjudican mucho al público y á los pobres. Á la verdad, ellos no se hablan unos á otros para mantener alto el precio de todas estas cosas, como hacen los monopolistas; pero naturalmente y sin convenio alguno hacen lo que éstos por contrato. La Ciudad suele á veces tomar la providencia de poner precio á algunos de los comestibles y repartir por papeleta el aceite y el cacao; pero ellos hallan medio de eludir estas disposiciones, valiéndose de personas ricas para que les saquen las papeletas, ó comprando ocultamente. Este comercio haría muy rica esta provincia si sus naturales no fueran tan viciosos; pero á excepción de algunos mestizos, los demás gastan cada año cuanto buscan, porque el sobrante de su sustento lo emplean en juegos, en vicios ó en el consumo de los géneros que se venden en los estancos, como vino, tabaco y bonga.

El pueblo de Parañaque, que no es muy grande, y acaso es el más pobre y donde se gasta menos, re-
dituaba al Rey en tiempo de la guerra cerca de cuarenta mil pesos anuales, en los cuatro estancos y en el tributo. Muchos de aquellos á quienes les conté que había hecho la cuenta de esta suma preguntando á los estanquilleros, lo tenían por una paradoja, y me respondían que el valor de todo el pueblo no lle-

gaba á esta cantidad. Casi estoy por convenir en ello, y sin embargo es cierto que gastaba lo que llevo dicho, y no encuentro reparo, porque es mucho más lo que le entra de sus producciones é industria; las sementeras lo surten de arroz y le sobra algo para vender; fabrican muchos miles de fanegas de sal; crían puercos, gallinas, patos y otros animales, que venden á buen precio; de la mar sacan pescado para el pueblo y para vender, y hacen el comercio de la provincia de Batangas con arroz, que son los únicos renglones que hay en estas Islas. Sobre todo esto, se ocupan diariamente mil personas, las más de ellas mujeres, en hilar algodón, hacer encajes y bordar, y se les puede echar á cada una dos reales diarios de ganancia. Todas estas juntas les bastan para comprar ropa, algún oro, azúcar, cacao y vacas, que es lo que se consume en el pueblo, de lo que entra de afuera. Y por este pueblo puede hacerse el cómputo de los demás.

Los usos y costumbres de estos indios son semejantes á los de la provincia de Batangas, con la diferencia que debe resultar de habitar en las cercanías de la Capital. Son menos supersticiosos, pero más viciosos. Oyen misa más á menudo y se confiesan más de tarde en tarde. Las mujeres se dan más á devotas: comulgan muchas de ellas en las solemnidades grandes, pero algunas y muchos hombres no cumplen con el precepto anual. En esto hay una grande diferencia entre las cercanías de Manila y las provincias remotas: en éstas se queda muy poca gente sin confesar por la cuaresma, y en los pueblos cercanos á Manila sólo se confiesa la mitad de la gente. Nace esta diferencia de que, más instruídos estos indios, no se confiesan porque saben que el Padre no los ha de absolver si no ocultan sus pecados cuando los ha-

llan indispuestos, y tienen más horror en cometer un sacrilegio. Este es uno de los motivos por que dejan de confesarse, pero el más poderoso es el no saber la Doctrina cristiana. Desde que se les ha puesto trabas á los párrocos en la corrección de los indios, se han hecho enteramente rudos en este punto. El Gobierno debía tomar en esto providencia y obligar á los indios con castigos al examen anual de la Doctrina, mas que no se les obligase con tanto rigor á confesarse, por no exponerlos á cometer un sacrilegio. La rudeza que se va introduciendo en aprender las obligaciones de cristiano, debe ser muy perjudicial al Estado, pues sin esta enseñanza no puede haber educación.

El idioma de estos indios está algo corrompido, porque se les han introducido una infinidad de voces españolas, que es lo único que han sacado de vivir cerca de Manila, pues hay muy pocos que sepan el español; y en los mismos arrabales, como en Binondo y Santa Cruz, se habla el idioma tagalo. Los españoles nos echan á los religiosos la culpa de que no sepan los indios la lengua española; pero examinen los pueblos de los clérigos, y verán si saben más que los de los curatos regulares. No podemos conseguir el que aprendan la Doctrina, y quieren que les enseñemos la lengua castellana. Hay algunos españoles que creen que nosotros nos oponemos á que la aprendan; pero esta calumnia se deshizo bien claramente en tiempo del Sr. Anda, cuando se mandó que ninguno fuese gobernadorcillo si no sabía español, y fué preciso echar mano en casi todos los pueblos de los criados de los Padres. Ahora mismo, si se halla algún indio que sabe español en los pueblos, es porque ha servido á algún religioso ó á algún español en Manila; yo sé muy bien el modo de introducir la lengua

castellana en Filipinas; pero como yo sé que no se ha de observar mi proyecto, sólo diré que hasta ahora han tomado unos medios absurdos que no se hubieran usado entre bárbaros.

Se ha mandado que no se impriman libros en el idioma tagalo; que los indios aprendan la Doctrina en lengua castellana y que los Padres prediquen en este idioma. Los religiosos, para dar cumplimiento á esta orden, predicaban en español y en tagalo; pero querer que ellos confesasen á unos indios que sólo sabían la Doctrina en una lengua que no entendían, y que los párrocos se satisficiesen con predicar á sus feligreses en un idioma que ignoraban, era casi pedirles lo que pedía Diocleciano á los cristianos, y morirán con gusto antes que cumplirlo. En estos puntos han sobreseído los gobernadores, pero aun se observa algunas veces el no hacer gobernadorcillo á los que no saben español, y de esta ley se valen los alcaldes mayores, y aun los párrocos, cuando no gustan de que sea gobernadorcillo el que elige el pueblo, que es el que tiene la facultad de hacer la terna. Para que se vea la inconsecuencia de los que mandan, basta ver su modo de proceder en las comedias. Estos indios, como dejo dicho, son muy afectados á comedias, y la gente más principal es la que hace de actores; y como éstos no suelen saber la lengua castellana, piden que se les permita representar en su propio idioma, y no se tiene el menor reparo en permitir las comedias en lengua tagala en todos los pueblos de esta provincia, aun en el de Binondo, que sólo está separado de la ciudad por un río; ¡y se trata de que los párrocos prediquen en español!...

Esta provincia está muy corrompida en orden á los juegos, consecuencia de la holgazanería de los hombres y de la poca policía y cuidado de los que

mandan. Hay indio que está jugando días y noches enteras: no necesitan salir de la casa del juego, pues allí se les da de comer de balde; porque el dueño de la casa, que saca de cuando en cuando del que gana cierta cantidad, que está ya arreglada, percibe lo suficiente para dar de comer á los jugadores, que no salen de la casa por mantener el juego. Todos estos juegos son de suerte ó de fortuna; se juega con naipes, que se venden en el estanco por el Rey; con dados y con otros instrumentos que han traído de China los sangleyes, En este tiempo anda muy válido un juego que llaman los chinos *taipo*, y los españoles *tapadiablo*; yo no entiendo este juego, pero sé que se juegan á él muchos miles de pesos. Sobre todo, el juego más favorito de los indios y mestizos es el de los gallos, que trae á muchos arrastrados y los hace infelices toda su vida.

El juego de gallos es una pelea de dos de estas aves, que en todo el mundo acostumbran á darse combates obstinadamente. Sobre su inclinación natural á pelear, se los adiestra en Filipinas y se les pone una navajita muy aguda en uno de los espolones, para que puedan matarse con facilidad. El que queda muerto es el vencido, á no ser que el contrario haya huído de él; y cuando hay disputa de si huyó ó no, se le presenta el gallo muerto, y si huyó verdaderamente, aun después de muerto su rival, fué tal el miedo que le cogió, que huye de él como si estuviera vivo. Hay gallos que en matando á su adversario se ponen encima de él, cantan y se caen muertos de las heridas que habían recibido en la pelea. No puede darse mejor retrato de la venganza y de su castigo. Los indios se dividen en favor de los dos gallos rivales; unos apuestan por uno y otros por el otro; la principal apuesta se hace entre los dos dueños de los

gallos y algunos amigos, que se arriman unos á uno y otros á otro. Hay ocasiones en que esta apuesta pasa de 1.000 pesos por cada banda. Además de esto hay en el corral á veces más de 4.000 indios, que están apostando unos en favor de un gallo y otros de otro, y es bastante frecuente el que se atraviesen en una de estas apuestas de tres á cinco mil pesos, que es una cantidad enorme para unas gentes infelices como éstas.

Este juego se ha hecho un ramo de renta para el Real Erario. Se hace un corral en cada pueblo, y no se permite entrar en él á nadie si no paga un medio de entrada; el que quiere pasar á la segunda puerta, donde puede estar sentado y con más comodidad, paga otro medio; las gentes que llevan á vender al corral frutas, comidas, refrescos, tabaco y buyo pagan también su medio real. El vino no se puede meter dentro del corral á fin de que no haya borracheras y otros alborotos; pero como los indios no se pueden estar todo el día sin beber vino, salen afuera y beben, y para no pagar otro medio, hacen que el cobrador los marque, y cuando vuelven enseñan la marca, que se les suele hacer en un pie con un sello mojado en tinta colorada, y el cobrador les deja entrar sin pagar otra vez su medio real. El cobrador es el asentista de la plaza, que esta renta está por arrendamiento, que se hace de cinco en cinco años, y se la lleva el que da más. En tiempo de guerra producía esta renta más de 30.000 pesos y jamás bajaba de 20.000. Por esta suma el asentista tiene facultad exclusiva de abrir su plaza de gallos en todo el arzobispado los días de domingo, y todos los días en que tienen obligación de oír Misa los españoles de Manila, los días del Corpus y el patrón particular de cada pueblo, y otros dos días más de cada una de estas

festividades; y en algunas ocasiones se celebra la contrata con tal malicia, que le queda arbitrio al asentista para jugar todos los días, sin exponerse á pagar 200 pesos de multa, que se le deben echar si tiene gallos en los días prohibidos. Para abusar mejor del derecho que se le concede, se suele sacar la condición de que el párroco no puede meterse con los asentistas, porque siendo la única persona que puede hablar, recluyendo á ésta juegan siempre que se les antoja, con lo cual no sólo fomentan el vicio, sino que roban á los indios el medio real que les cobran á la entrada. Á fin de que los indios se vean precisados á jugar á los gallos, se les prohíbe todo género de juegos en las cercanías de la pelea, y no pudiendo los infelices divertirse de otro modo que entrando en la plaza común, pagan un medio real cada día de fiesta por gozar un poco de diversión, lo cual parece una grande extorsión que se les hace.

No hay en Manila quien no sepa que los párrocos somos opuestos á estos juegos, y con todo en un decreto se nos ha llamado fomentadores de ellos. Era el caso que teníamos costumbre los párrocos desde tiempo inmemorial de celebrar la fiesta del Corpus, y del patrono del pueblo en los días seguidos, y para esto se escogía el tiempo bueno, á fin de que las lluvias no impidiesen la procesión y la venida de los PP. colaterales que suelen asistir á la fiesta. Los asentistas que sacaron permiso de jugar en cada una de estas fiestas tres días, creyeron que si se hacían separadas estas fiestas tendrían más ganancia; porque como se les juntaban seis días continuos de gallos, los indios, cansados ya de jugar, no asistían los últimos días. Se presentaron al Gobierno pidiendo que se hiciesen separadas estas dos festividades; el Gobernador lo concedió, y despachó al provisor un decreto para este

efecto. No sé en qué término estaría concedido el decreto del Gobierno; la orden que el provisor nos despachó á los párrocos decía que fomentamos la holgazanería de los indios y sus juegos celebrándoles las dos fiestas juntas, y nos mandaba que se celebrasen en su propio día. Los párrocos nos avinimos á ello muy gustosos, pero los asentistas perdían mucho, porque en la fiesta del Corpus, como se celebraba en un mismo día en todos los pueblos, no podían concurrir á los gallos de un pueblo á otro, y la fiesta del patrono caía en algunas partes en tiempo de aguas, en que no podía haber pelea. Los asentistas se presentaron segunda vez al Gobierno, y se mandó que la fiesta del Corpus se celebrase en el mismo día en que la celebra la Iglesia, pero que la del patrono se trasladase á tiempo de secas; y para que no se juntasen las fiestas de unos pueblos con los otros, se determinasen los días de su traslación, á fin de que los indios pudiesen concurrir de todas partes á la pelea, y se les concedió un día más de gallos por vía de indemnización; de modo que antes sólo tenían seis días de gallos, y ahora tienen siete.

Si su Real Majestad supiera lo perjudicial que es esta renta y lo poco que se saca de ella, yo aseguro que la aboliría inmediatamente, y no permitiría que hubiese unos asentistas que fomentan de mil maneras el juego de gallos por la vil ganancia que perciben. Tampoco permitiría que se pusiese tanto empeño en que se vendiesen barajas á estos infelices para su destrucción. Esto haría sin duda S. M.; pero sus oficiales se creen muy servidores del Rey siempre que introducen una corta cantidad en Cajas Reales, aunque sea con la perdición espiritual y corporal de unos vasallos á quienes S. M. ama tiernamente.



CAPÍTULO XV



CABADA nuestra expedición, los más de nuestros marinos se volvieron á Cavite, de donde habían salido; y aunque no anduvimos juntos por esta provincia, como la habíamos pasado todos muchas veces y estábamos instruidos de ella, he querido agregarla á estos viajes, por estar como clavada entre las otras provincias de que acabo de hacer la relación, y por ser la única que falta por esta banda del arzobispado de Manila.

Esta provincia confina con la de Tondo, la de La Laguna y la de Batangas, y lo restante de ella está circundada de la mar. La gobierna el castellano de Cavite, que es al mismo tiempo justicia mayor de la provincia, y tiene un cobrador de tributos que introduce independiente de él en las Reales Cajas su pro-

Materias que abraza el capítulo XV.— La provincia de Cavite: confines.— Número de tributos.— Maragondón.— El terreno y sus productos.— La campana encantada.— El monte prodigioso.— Un desierto.— Pescados y moluscos.— Los que cita y describe el P. San Antonio.— El caimán.— Las puntas que hay en Cavite.— La ciudad.— El Arsenal.— Los judíos de Maragondón.— La ermita de Puerta Baga.— Tierra Alta.— Los indios de este partido,

ducto, sin que el castellano tenga intervención alguna ni sea responsable á la cobranza. Antiguamente era esta provincia muy pequeña, y el año de 1735 sólo numeraba 1.211 tributos, en que no entraban los mestizos de sangley, ni los vagamundos, que los hay todavía, sin poderles hacer entrar en el padrón por falta de policía. Ahora tiene esta provincia 5.724 tributos de indios y 859 de mestizos. Es verdad que el pueblo de Maragondón se le añadió siendo gobernador el Sr. Arandia; pero aunque rebajemos mil tributos por razón de este pueblo y por los mestizos, siempre se verifica que desde aquella época hasta ahora se han aumentado más del triple los indios del partido de Cavite.

El pueblo de Maragondón pertenecía antiguamente al corregimiento de Mariveles; el Sr. Arandia quitó este corregimiento y agregó á la provincia de Cavite este pueblo de Mariveles y algunos pueblos de la Pampanga que hablaban la lengua tagala, formó la alcaldía de Batáan, que solemos llamar la rinconada por estar en un rincón que forma la bahía entre el O. y N. de Manila. Con esta providencia quedaron más bien repartidas estas tres provincias, y más proporcionadas para administrar justicia á los indios, y para cobrarles el Real tributo.

El terreno de este partido es llano en todos los pueblos playeros, y en Imus, Malabón el Grande y Malabón el Chico, que sólo distan una legua de la playa, se coge en ellos infinito arroz. Como había pocos indios en estos parajes cuando llegaron los españoles, y estaban las tierras baldías, á excepción de unas pocas sementeras que cultivaban los de Bacoor y Cavite el Viejo, que eran dos pequeñas rancherías, el Rey hizo merced de las tierras eriazas á los primeros conquistadores, y se llenó de haciendas esta provincia.

Los propietarios hicieron presas en los muchos riachuelos que las atraviesan, y han dado agua á todas las sementeras, y las han hecho con este beneficio muy fecundas. El terreno de los pueblos de Silang é Indán es alto, pero de mucha substancia y meollo; se coge en ellos mucho trigo, cacao, pimienta, café, y son excelentes para pastos de vacas, caballos y búfalos, y se crían en ellos muchos de estos animales. Se coge también el arroz suficiente para su consumo, cuando no se pierde la cosecha, lo que suele acaecer algunos años, porque no sólo no se pueden regar los arrozales, sino que tampoco se puede detener el agua por medio de unas hileras de tierra, que suelen poner en otras partes, lo cual suple en algo el defecto del riego. El terreno de estos dos pueblos es de un todo semejante al de la provincia de Batangas; no se planta el arroz, sino se siembra, ni tampoco se siega, sino que es preciso cogerlo es piga por espiga.

Los indios de Silang dicen que en uno de esos ríos hay una campana encantada que ocultó allí un Padre jesuíta, que la oyen sonar por las noches, pero que no pueden encontrarla jamás. Á esta patraña de los indios añadiré otra maravilla que refiere el Padre Murillo, de este pueblo. En su aprobación á la historia franciscana dice que ha visto tres cosas singulares en Filipinas: la una de ellas está en este pueblo, y es como sigue:

«La segunda, es en Siláng, donde ay vn Monte, por cuya cima vá el Camino Real, y por debajo passa el Rio Cabac de bastante Agua, que metiendose en vna Cañada por debajo del Monte sale á distancia de dos, ó tres tiros de Escopeta por la otra vanda, por vn grande Arco de Piedra, como si fuéa el Guadiana de estas Islas.»

Entre esta provincia y la de Batangas hay un te-

rreno desierto de ocho leguas, donde podía haber muchos pueblos. Se podía coger arroz, como en Indang y Silang, y es muy propio para pastos, para trigo, menestras, pimienta, café, cacao, cachumba y todo género de frutas con que se podía surtir la plaza de Cavite; pues aunque se coge bastante de todas estas especies en la provincia, no alcanza para surtirla, particularmente en tiempo de guerra ó cuando hay muchos barcos en el puerto. Todo este terreno se poblaría luego con tal que se concediesen algunas franquicias á los primeros que se establecieran en él; pero los españoles cuidan poco de los progresos de la agricultura de Manila, y no obstante estar tan cerca de Cavite y de la Capital estos lugares, hay muy pocos que tengan conocimiento de este terreno. En los montes inmediatos hay muchas maderas, bejucos, sibucáo ó palo de campeche, palmas bravas y otras producciones, de que los indios se aprovechan mucho y abundan en todos los montes de Filipinas.

La gran bahía de Manila y los ríos y esteros surten á esta provincia de un sinnúmero de pescados muy sabrosos; los indios tienen infinitos modos de pescarlos, y se puede asegurar que con dificultad se encontrará paraje en el mundo que abunde tanto de pescado como esta provincia y las demás que están alrededor de la bahía. Los más exquisitos son el lenguado, la corbina, tres especies de anguila y las lisas. Hay otra infinidad de pescados grandes y chicos, los unos conocidos en Europa y los otros peculiares de estos mares, y todos de buen gusto, que hacen el principal sustento del país. También hay otros pescados extraordinarios, de que hace relación la historia franciscana en el capítulo XIII de su primera parte, que voy á referir al pie de la letra:

«Entre la gran variedad de Pezes, que se hallan

en estos Rios, Lagunas, y Mares, se dá por propio, y particular, el que llaman *Dúyon* los Naturales, y *Pez muger* los Españoles. De este *Pez* dió noticias el Padre Fr. Juan de los Santos. Hallanse muchos quince leguas de *Sofála*, á lo largo de la Costa, á la vanda del Súr: y aquí se hallan muchos en los Mares de Quipáyo en Camarines, y en los de Maláca, segun varios Autores. De los mares de *Iava* quieren que sea su origen, y que se llaman *Cábol*, ó *Cábis*, de donde lo tomó en su Historia natural Eusebio Nicremberg. Son macho, y hembra estos animales. Y aunque el Padre Colin dice, que se llama *Pez muger*, por la particularidad del sexo, y figura de todo el cuerpo, que dicen ser semejante al del hombre, y la muger; yá confiesa que no le vió, aunque comió su carne, y le pareció Puerco gordo, y fresco al comerle. Lo cierto es, que solo se asimila á la muger, y al hombre en los sexos, y en los pechos, á donde la hembra cria, y abriga á sus hijuelos, como cariñosa Madre: pero en lo demás son *Pezes*, cuyas señas son bien irregulares. El cuerpo es redondo, y muy grande, con cola larga, y gruesa, como los Cazónes; la caveza con el rostro es redonda, chata, y con facciones disformes; porque la boca es muy grande, y los ozicos muy gruesos, y caídos, al modo de los Galgos grandes de Inglaterra, y Irlanda, ó de los Lebréles, y Mastines: y á estos se asimilan tambien los dientes, con dos colmillos á cada lado, que salen de la boca como vn palmo, como los de los Jábalies. Estos son muy estimados, por la gran virtud, que tienen contra las almorranas, y flujos de sangre; que puestos en la parte superior á raiz de la carne, luego se detiene la sangre, como aquí hán experimentado curiosos en las sangrias repetidas vezes; y la misma virtud tiene para detener, ó divertir grandes fluxiones (en este clima común

achaque) poniendo el hueso junto á la carne, al lado opuesto de las fluxiones. Las costillas (que son á las humanas muy semejantes) tienen estas mismas virtudes: y de vnos y otros huesos se hacen Rosarios, Sortijas, y otras cuentas grandes, en que se hallan las dichas virtudes. Las ventanas de las narices son, como las de vn Becerro, grandes. Tiene brazos, al parecer, formados hasta los codos solamente, y desde allí adelante alétas, como las de otros Pezes, y forman la apariencia de manos, y dedos, que no tienen. La piel por la barriga es blanca, y suave, y por las espaldas muy áspera, como las Lixas, ó Cazónes. Este Pez no habla, ni canta (como quieren algunos, imaginando que son las Syrénas de las antiguas ficciones) y solo quando le matan, dicen que, como vna Criatura racional, gime: sacado fuera de la agua muere, como otro qualquiera de los Pezes; pero sino le matan, tarda mucho en morir: no tiene cabellos en el cuerpo, ni en la cabeza; y de su carne hacen tasas, que curados al humo son á los del Puerco muy símiles. *Este es el Pez mulier*, cuyo nombre es el que prevalece; y no sé porque no se llama *Pez hombre*, supuesto que son macho, y hembra estos Animales. Cuya descripcion consta no solo en los precitados Autores, y en la primera parte del Oriente conquistado pag. 318. sino de muchos Testigos de vista Religiosos, que deben creerse.

»Hay *Ostiones* tan grandes, que en cada vna de sus conchas cabe un cántaro de agua, sin vaciarse: por lo qual algunas sirven de Pilas de agua bendita; y otra se vió servir de abrevadero á los Carabáos de Monte. Y de vn *Ostión*, que en las Islas de los Pintados halló vn Padre de la Compañía, navegando con su gente, sacaron tanta carne, que comieron todos lo bastante, y sobró para llenar vna tinaja colmadamente, y ajus-

taron que tenía noventa años de edad, por ciertos callos, ó costurones.

»Las *Tortugas* son en estos Mares disformes. Las ay de dos especies. La vna tiene carne, como vna Baca, y assi se vende, y se come: su concha no sirve, aunque es muy grande. La otra es mas mediana, y de menos carne; pero su concha fina, de que se hacen muchas curiosidades, y tienen particulares virtudes contra malos vientos y ponzoñosos Animales.

»La *Rémora*, (á quien dieron los antiguos Latinos este nombre del Verbo *Remorari*, que significa *Parar*; y los Griegos llamaron *Echeneis*, de *Echo*, que significa *Detengo*, y *Naus*, que significa *Nave*, porque imaginaron, que tenía virtud, para detener las Embarcaciones;) yá es bien conocida en estos Mares. Hacen mencion de ella Guillermo Rondelecio, Ritterhusio en los Comentos de Opiano, y Plinio en el Lib. 32. Cap. 1. Con los quales, y otros, y mas con nuestras experiencias oculares, no se puede quedar esta verdad en imaginaciones, supuesto que se hán visto, y se vén repetidas veces estos Pezes en los Mares de Maubán, Carága, y Calamiánes; y se há experimentado su virtud retentríz no solo en las Naves, sino en los grandes Pezes, como son Pez espada, Pez mulier; y Tiburones, que con gran facilidad hán podido pescarse, porque las *Rémoras* pegadas á ellos los tenían aboyados, y casi immobiles. El Eximio Suarez en su *Metaphysica*. Disp. 18. Sect. 8. con San Ambrosio, y San Basilio por Patronos, atribuye esta virtud grande á alguna especial influencia celeste. Cesar Scalígero en la *Exercitacion* 218. lo atribuye á *Philosophia* oculta; que assi como la Piedra Ymán tiene virtud para atrahér; assi este *Pez* la tiene para parár: y lo mas cierto en la experiencia es, que no hace parár á vn Navio totalmente, sino que le retarda el curso vio-

lentandole, pegandose á él en la Quilla, á la parte de la Popa, y no en otra parte; y es á lo que se inclina el precitado Rondelecio en el lib. 15. Cap. 18. Su figura (segun se há visto aqui muchas veces, assi pegada en Naves, como en Pezes grandes) es muy semejante á una Anguila ordinaria, pero de piel renegrada, como de dos á tres palmos de larga, y cinco dedos de gruesa: algunos quieren que sea la que llamamos *Lampréa*; pero á lo menos mucho se assimila. En la parte donde la Nuca corresponde, tiene como vna Rosa de muchas hojas muy sutiles, de Pellejuelos, ó de Carne, que los cierra, y abre, y por esta parte pega, abriendo toda la Rosa, segun dicen. El remedio, que, para despegarla, vsan por estas partes, es echarla con algun instrumento vn golpe de vinagre, ó de agua dulce. El preservativo experimentado, para que no peguen, es, colgar del Timón vn Limón, y vna rama de la *Tuba*, ó *Table*.

»Son muchas, y grandes las *Ballénas*, que se hallan en los Mares de los Mindanáos, y Jolóes. Allí mismo se hallan *Cavallos marinos* (que yo hé tenido) con todas sus perfecciones, salvo que no tienen pies, ni cola Cavalláres, y la cola mas es de Lagarto enroscada, que de Pezes. Las *Rayas*, y *Cazónes* son muchos, y grandes: sus Carnes se comen: sus Pellejos se estiman para forros de baynas de Alfanges.

»El *Pez Espada*, (que assi le llaman los Españoles) es gordo, y ancho, al modo de los Atúnes. En la Laguna de Baí ay bastantes, y en otras partes; en el Ozico tiene vna como Espada ancha, cuyos filos están llenos de vnos agudos dientes, por vna y otra parte. La fuerza, que tiene esta *Espada*, es incomparable; juegala de punta, ó de corte; y á la mejor Embarcación, ó la hace pedazos, ó la hunde: y si es Navio de mucho porte, y no puede arrancar la *Espada*, que clavó

en él con su golpe, la deja allí clavada, y huye; como se vió en el año de 1628. en Cagayán en vna Galera, que hecharon allí al trabés los Temporales. Tiene particular enemistad con los Caymánes; y el *Pez Espada* no saca de sus batallas la peor parte: porque (segun informan Indios practicos, que hán visto sus acometimientos atentamente) les dió Dios á estos *Pezes* el mismo instinto, que (refieren Autores) dió á los Delfines, para batallar con los Cocodrilos (que vienen á ser, como estos Caymánes) buscando lance para entrar su punta por la vnica parte, por donde conocen puede introducirse. De este *Pez Espada* saca el Indio mucho Azeyte; y son algunos los que cogen con el Artificio de vnos corrales que hacen.

»El *Caymán*, á quien llaman *Boáya* los Naturales, creo que es, entre las Bestias, la más horrible, y entre las Fieras la mas voráz, y formidable; pues es Amphibio, y vive en agua, y tierra igualmente, y en vna, y otra parte son iguales los estragos, que hace, en animales, y en hombres. Quieren algunos Autores, que este sea el *Cocodrilo*, que Plinio describe: y aunque sea assí, los ay aquí mas disformes; pues algunos son mas largos, que de veinte codos, que es lo mas, á que Plinio los estiende. Su figura es de vn Lagarto grande, con cola mas ancha, que redonda, en que se diferencia del terrestre; brazos, y pies cortos: manos y vñas grandes; cabeza disforme; ozico largo, y punti-agudo; y en su boca abierta cabe (en algunos) de pies vn hombre: tienen feroces dientes, y todos de pressa, y encáxe: y todo su Cuerpo por la parte superior armado de Conchas muy duras, y fuertes. Tiene dos ojos solamente en el lugar comun de los demás Animales: y aunque hán querido decir, que tiene otros dos ázia las Agallas, há sido siniestro informe: porque allí se vé vn huesecillo negro con sus

dos zejas, como pintadas, al modo de ojos naturales; pero ni son ojos verdaderos, como vnos quieren, ni respiraderos, como otros dicen, pues ni se halla abertura alguna en aquellos lugares, ni se hallan las partes, que vn ojo verdadero requiere. Estos huesecillos negros, (especialmente el del lado izquierdo) los quitan los Indios con cuydado, porque huelen á subido Almizcle, y no se halla mas Almizcle en otra alguna parte: con que la question de las bolsas de Almizcle, si se hallan en las Agallas, ó en los Sobacos? puede acabarse: pues el que me dá estos informes, há vivido toda su vida en Mangláres entre *Caymánes*, y tiene hecha bastante Anatomía en muchos, que há cogido vivos no muy grandes, y otros mayores, que há logrado con sus compañeros darles muerte.

»En quanto á, si tienen, ó no, lengua los *Caymánes*? es cierto, que no la tienen. Pero vno, que se tragó entero á vn hombre, y entero le hallaron en su vientre, porque hubo la fortuna de seguirle luego, y matarle, me aseguran, que tenia lengua negra, y grande: no se sabe si por especial casta, ó por sér el mas disforme, que há visto en su vida el informante. Esto sucedió el año pasado de 36. en la Pampangá, en el Rio de Macabébe: y el hombre tragado fué el Capitan *Culango*, que tenia vna Taberna en el Sitio, que llaman *Manlauay*, bien conocido de los Naturales.

»En quanto á, si salen á Tierra macho, y hembra igualmente? digo, que es la hembra, la que sale, y en Tierra corre con una ligereza en su gran corpulencia increíble; pero á carrera derecha, porque no puede con facilidad torcerse, ó ladearse: y aunque sale tambien el macho, es á las orillas solamente, para cohabitar con su consorte; pero no puede alejarse, porque le sirve de impedimento, para andar, el escróto, que es disforme; que siendo de pies, y manos tan bajo, es

preciso, que le arrastre, y se lastime: y esta es observación no de vno solo de los Naturales.

»Lo que procréan estos fieros Animales, es imponderable; pues siendo su fecundidad muy frecuente, no vajan de cinquenta, ó sesenta, Caymanillos, que en cada vna salen: con cuya abundancia se hicieran todos los Rios de estas Islas innavegables, si la Divina Misericordia no huviera ocurrido á vn daño tan evidente, con la misma voracidad de la Madre. Quando los hijuelos están yá, para por si mismos vandeárse (que esto es en tierra, donde de los huevos allí dejados se producen) se pone la Madre con la boca abierta en la misma Senda, por donde ellos hán de caminar á la agua, á que su inclinacion les mueve, y se los vá tragando, si no tal, ó qual, que, desviado casualmente de la Senda, se le escape: con que son muy pocos *respectively* los que viven; para que puedan vivir sin tanta zozobra los hombres.

»La otra singular Providencia de Dios contra sus voracidades, es, que carece este Animal de la vía natural de los escrementos, que tienen los Animales terrestres: de que resulta, que gastando mas tiempo para las digestiones, no padece quotidiana hambre, que es la que obliga á encarnizarse en los hombres. Si alguna cosa tiene en el estomago, que le estorve, lo bomíta facilmente, pero lo comun es, que hasta los huesos digiere, y solo no digiere los Cavellos del hombre: y conforme al numero de bolas de pelo, que se les hallan en el vientre, se conoce quantos son los hombres, que hán perecido en sus dientes. Tambien es vna Fiera muy cobarde, en medio de sus voracidades, y huye al ruydo, ó voces del hombre. Los Indios, sino les coge descuydados, no le temen: pero algunos pagan con la vida, ó su continuo descuydo, ó su falta de temóres. Algunos Indios há havido tan

valientes, que cuerpo á cuerpo hán batallado con estos Animales, y los hán muerto, y quitado las presas de las garras, ó de los dientes. Lo comun es, armarles lazos con perrillos vivos, que son el mejor zebo, y que mas apetecen: y assi se logra coger tales, ó quales: y de los que no se cogen, no están seguros los hombres, y los Animales, ni en los Rios, ni en las Playas, donde ellos viven.»

En esta bahía hay una punta encorvada que entra en la mar como una legua, á la cual los indios llaman Tangray, que quiere decir punta ó *cavite*, que significa anzuelo. En la extremidad de esta punta hay dos ramos; en uno de ellos está fundada la ciudad y plaza de Cavite, así llamada de la palabra *cavit*, con que la nombran los indios; el otro ramo se llama punta de Sangley, y entre los dos ramos está la ensenada de Cañacao, de poco fondo, que sólo sirve para barcos pequeños. Al E. de la plaza está lo que llamamos puerto de Cavite, que está cerrado á todos los vientos menos al NE., por donde tiene su boca ó entrada entre el pueblo de Bacoor y la punta que llaman de la Rivera, donde está el Arsenal. Cavite está á la vista y al S. de Manila, á tres leguas de distancia por mar y seis leguas de un buen camino llano por tierra. Su altura es de 14 grados, 30 minutos de latitud, y la longitud de 3 grados y 36 minutos al O. de San Bernardino.

Cavite es una ciudad pequeña, fea y sucia; tiene un gobernador ó castellano nombrado por el Rey, con 1.000 pesos de sueldo; un sargento mayor, un ayudante y una compañía de malabares. Además de esto, se envía continuamente un destacamento del hijo de Manila para su custodia. Hay un convento de Dominicos y otro de Recoletos; pero tienen tan pocos fondos, que no mantiene cada convento más que un

religioso. Los PP. de la Compañía tenían también colegio en Cavite, que ahora sirve para almacenes. Hay además una parroquia, una ermita de Nuestra Señora de la Puerta Baga y un hospital de San Juan de Dios. Las casas son todas de tejas, pero las más de ellas pequeñas, malas, viejas y casi destruidas. Tiene tres calles largas, pero muy estrechas y muy sucias. Por la banda de tierra hay una muralla con su foso que cierra la ciudad, y en medio de ella una puerta para tierra que llaman Puerta Baga; esto es, puerta nueva, por *bago*, que significa nuevo en el idioma tagalo. En la otra banda está la fuerza: tiene unas murallas bastante altas y sus baluartes; pero tan débil todo, que no puede sufrir muchos días de sitio. Desde la fuerza hasta la muralla de Puerta Baga, todo lo largo de la plaza por ambos lados, está abierto y sin muralla; en la banda que mira á Cañacao se hizo provisionalmente, en tiempo de guerra, una muralla de tierra. Saliendo de Puerta Baga, y en otros parajes, fabricó bien el General algunos baluartes de fagina para defensa de su escuadra; pero no obstante todas estas obras, la plaza quedaba muy endeble y muy expuesta á ser tomada con facilidad si hubieran venido los enemigos. Los españoles han mirado hasta ahora esta plaza con indiferencia, sin considerar su importancia para la defensa de Manila; pues siendo el único puerto que hay en toda la bahía, parece el punto más importante á que principalmente se debe atender después de la Capital. La situación de Cavite es excelente para defenderse de cualquier ataque: está circundada de la mar por todas partes, y sólo deja para salir á tierra un camino estrecho de diez varas. En un terreno semejante, con poco dinero se podían hacer unas fortificaciones inconquistables. Entre la fuerza y la mar queda un pequeño terre-

no que da paso al Arsenal, que está en la extremidad de la punta. Tiene una casa para habitación del comandante del Arsenal y para oficinas, algunos camarines para herrerías, y conservar las jarcias y velas, y un baluarte para su defensa. El todo de este Arsenal es de poca consideración, como que se estableció para la fábrica de las dos naos de Acapulco que se fabricaban en él, una para ir y la otra para que esté pronta para salir cuando aquélla vuelve, y para hacer algunas embarcaciones pequeñas contra los moros. Tenía un comandante nombrado por el Rey; pero ahora se ha establecido de orden de S. M. un Apostadero de Marina, se han destinado á él doce oficiales, y su Real Majestad ha nombrado por comandante de la Marina de estas Islas á D. Ventura Barcáiztegui, capitán de navío y compañero nuestro en esta expedición, de cuyas luces, conducta y desinterés se pueden esperar los mayores progresos, y no dudo satisfará todos los deseos de la Corte. Yo visité al Arsenal á poco tiempo de este establecimiento, y lo hallé tan ordenado que casi no lo conocía.

Los habitantes de todo este partido llegarán á 50.000, los más de ellos indios y mestizos; los 30.000 empadronados y los restantes vagamundos. En Cavite hay pocos españoles; la mayor parte de la gente son indios, chinos, malabares, negros, y las castas que resultan de las mezclas de estas naciones. Debían pagar todos tributo al Rey, pero ninguno lo paga. Saliendo de Cavite se encuentra luego el barrio de San Roque, que es un arrabal de la ciudad; tiene una parroquia; era la iglesia de cantería; se mandó derribar en tiempo de guerra y se hizo otra provisional de caña. El cura es un clérigo indio; se le paga el estipendio por quinientos tributos; y como recibe lo mismo aunque se aumenten ó disminuyan tributos, es

regular que cuide poco del arreglo de sus padrones. Es verdad que la mayor parte de la gente está empleada en el Arsenal y reservada de tributo; pero con este pretexto se ocultan muchos que debían pagarlo, y extendiéndose este pueblo hasta la Estanzuela y Licton, por más de una legua de terreno, no puede menos de tener más tributantes que los que se numeran en él.

En la barra de Maragondón hay una colonia de judíos, que siendo cristianos en Ternate se vinieron con los PP. Jesuítas cuando se mandó desamparar aquel Presidio, por los años de 1660, siendo gobernador D. Sabiniano Manrique de Lara, y se les dió tierras en aquel sitio para que defendiesen de los moros aquella costa, y avisasen de la llegada de los navíos á estas islas; son cristianos, se han mantenido sin mezclarse con otras castas hasta ahora, y dependen en lo espiritual y temporal del pueblo de Maragondón. En los montes que hay entre esta provincia y la de Batangas se encuentran algunas gentes sin religión; son descendientes de los vagamundos que se han refugiado á los montes, ó huyendo de la justicia, ó por no trabajar. No se oponen á abrazar la Religión Católica, de que tienen idea por sus padres; pero si les pusiesen un eclesiástico en sitio donde pudieran ser administrados, se convertirían todos y se conseguiría empezar á poblar este gran desierto de que he hablado otras veces.

Dentro de Cavite dije que hay una ermita de Nuestra Señora que se llama de Puerta Baga, por estar junto á la puerta de este nombre. En ella se adora la imagen de la Virgen, pintada en un lienzo; los navegantes tienen mucha devoción á ella, y está rodeada la iglesia por dentro de cuadros que representan los favores que ha hecho á los fieles. El domingo tercero

de Noviembre se le hace una grande fiesta, dando principio con una Novena, á que concurre infinito gentío de las provincias inmediatas. Los sangleyes son los primeros que asisten á esta fiesta, y suelen hacer públicamente una comedia chínica en su propio idioma. El principal fin por que acude tanta gente á la fiesta de Puerta Baga es el juego. Fuera de la ciudad se apuestan muchos miles de pesos á los gallos, en un corral que se hace á propósito para la pelea. Dentro de la ciudad, y en el arrabal de San Roque, se juegan muchos más miles de pesos á los naipes, dados y otros juegos de fortuna peculiares de los chinos; se cometen otros excesos, y esta función, que se estableció por devoción, ha parado en una solemne disolución.

Á poco más de una legua de Cavite está Tierra Alta, sitio de recreo de los españoles; tiene un hermoso río de agua dulce, y algunos españoles han hecho en su ribera casa á propósito para divertirse y salir al campo á vacaciones. Se disputa mucho cuál es el mejor sitio para este efecto, entre Tierra Alta, Maybunga y el río de Quingua en Bulacán, y yo hallo que todos estos tres sitios son iguales, que el calor es parejo en todos tres, á no ser que uno se ponga en sitio donde no dé el aire, que es lo único que refresca la atmósfera en Filipinas en el tiempo de vacaciones, que es por la Pascua de flores. Sin embargo, los españoles disputan mucho sobre este punto, y andan muy divididos en sus pareceres, lo que ha provenido de que en unas ocasiones han sentido más calor en unos sitios que en otros; pero los argumentos de inducción son muy falaces por faltar á la suficiente enumeración de partes. El sitio de Tierra Alta pertenece á Cavite el Viejo, de quien se debía segregar, fundando un pueblo en la orilla de este río y

agregándole el barrio de Licton, que pertenece á San Roque, para la comodidad de los indios y aun de los españoles que acuden á vacaciones á estos parajes. Estas son las particularidades de la provincia de Cavite; en lo demás se conforma enteramente con las otras provincias que acabo de describir. Los indios son en todo semejantes á los de Manila y Tondo en sus casas, vestidos, supersticiones, usos y costumbres, y en el idioma, que es el tagalo. En Cavite y en su arrabal de San Roque se habla un español muy corrompido, cuyo frasismo está enteramente sacado del idioma del país.





CAPÍTULO XVI

A principios del año 1802, viendo el General que no había peligro de enemigos y que podía alejarse algo de su escuadra, determinó ir á ver la provincia de Bulacán, despacio, y la mina de hierro del pueblo de Angat, que está en la falda de los montes de su nombre; y como yo le había acompañado en la expedición del volcán, me hizo el honor de convidarme para esta otra expedición, que no debía ser tan molesta, porque la distancia era más corta, y, según las circunstancias del tiempo, podíamos tomar más días de detención que en la otra. Á esto se añadía

Materias que abraza el capítulo XVI.—Determina el General visitar la provincia de Bulacán.—Invita al Autor.—El sitio de Arroceros.—Sus vicisitudes.—Nombres de las personas que acompañaban al General.—Las bandalas.—El hospital de San Lázaro.—La enfermedad y sus efectos.—El edificio del hospital.—Sus rentas.—Su antigua situación.—Reformas que, en opinión del Autor, debieran introducirse en el régimen interior del hospital.—La Loma.—Caloocan.—Su situación.—Defectos de la administración espiritual, por la mala repartición de las jurisdicciones.—Una anécdota curiosa.—Condiciones del terreno recorrido.—Tinajeros.—Recuerdo histórico.—La hacienda de Maysilo.—Sigue el recuerdo histórico, referente á la guerra de los ingleses.—La hacienda de Piedad.—Inconvenientes de ciertos expedientes.—Producciones del terreno de Tinajeros y los circunvecinos.—Los habitantes.—El estero de Tinajeros.

que las más de las jornadas se podían hacer en ruedas, cuando la expedición al volcán nos fué preciso hacerla toda á caballo. Determinó que el día 8 de Febrero nos juntásemos en Arroceros todos los compañeros para salir al día siguiente temprano, porque teníamos que ir á comer al pueblo de Bigaa, distante cerca de cinco leguas, jornada bastante larga para estos países, donde el sol calienta mucho.

El sitio de Arroceros era un barrio del antiguo pueblo del Parián, extramuros de Manila, que estaba detrás de la iglesia de este pueblo, en la cual, aunque era de chinos, se administraba á muchos indios y mestizos que tenían sus habitaciones en las cercanías de la iglesia. El año de 1792 se mandó derribar esta iglesia, porque perjudicaba á la plaza; se quitaron las casas de indios y mestizos, y sólo quedaron como unas seis casas, que á instancias de los interesados no se derribaron, con la condición de que no se debían componer hasta que el mismo tiempo las consumase. Entre estas casas había una de piedra muy hermosa pegada al río: era de un español, y no sólo no se derribó, sino que el mismo Gobernador, que había mandado destruir aquel pueblo, se fué á vivir á ella en tiempo de vacaciones, y del cementerio de la iglesia, que estaba cerca, hizo una hermosa huerta, donde se dan repollos, lechugas y todo género de hortalizas. Los indios, que habían padecido mucho en la destrucción del pueblo, por los grandes gastos que les acarreó el mudar sus casas á otro sitio, y porque las que estaban maltratadas se destruyeran enteramente al transplantarlas á otra parte, murmuraban la conducta del Gobernador; pero no pudiendo resistir á sus órdenes, se contentaban con decir que su huerta no había de producir nada, porque era de tierra bendita. Á pesar de estos deseos y

execraciones de los indios, la tierra es fértil y produce bien cuando se siembra en ella.—En esta misma casa fué donde vivió el General siempre que residió en Manila, y donde nos juntamos el día determinado el señor General; D. Miguel de Sierra, mayor de órdenes; D. Santiago Echaparre, D. Miguel Villodas, D. Eugenio Cortés, todos oficiales de Marina, y yo, que iba en clase de capellán. Otros muchos oficiales de la escuadra debían acompañarnos; pero no se lo permitieron sus ocupaciones, y poco á poco fueron viniendo detrás de nosotros y nos hicieron compañía en el pueblo de Baliuag, donde se detuvieron algunos días, cada uno el tiempo que le permitían sus obligaciones.

El día 9 por la mañana salimos muy temprano de Arroceros, pasamos el puente y seguimos hasta la iglesia de Santa Cruz; y pasando el cuartel de Dragones, en breve nos vimos fuera de todos los extramuros de Manila, en una calzada llana que pasa por unas grandes sementeras de arroz que estaba recién cortado, y puesto en *bandalas*, como es costumbre. La bandala es un montón grande de arroz en rama, dispuesto con tal arte, que no puede penetrarlo el agua cuando llueve. Se van cogiendo los manojos uno á uno y se ponen uno encima de otro, colocada la parte que tiene el grano en el centro y dejando la paja por afuera. De este modo se hace un montón grande que tendrá como doscientas fanegas de arroz, y forma en la cima un cono que hace que se resbale el agua aun en los mayores aguaceros sin penetrar hasta el grano, y por este medio conserva el indio el arroz hasta que tiene proporción de desgranarlo. En la cima hace una cruz para que no le quemé algún rayo, que es el único contratiempo que puede sobrevenirle. El indio es naturalmente supersticioso, y con

la cruz que hace á su bandala está muy seguro que no caerá rayo alguno en ella. Se fomenta entre ellos esta superstición, porque no siendo tiempo de tempestades y tronando varias veces mientras duran las bandalas, no es regular que sean incendiadas por los rayos.

En medio de estas sementeras, como á media legua de Manila, se encuentra el hospital de los lazarios, en un sitio llamado Mayjaligue, al O. de la calzada por donde íbamos, á cien brazas de distancia. La enfermedad de Lázaro es bien conocida: es una especie de lepra, de que ninguno sana. A veces causa llagas y despelleja todo el rostro á los que la padecen, de modo que causa horror el mirarlos; á otros solamente les salen algunas manchas, y sin percibir llaga alguna en su cuerpo, se ve que se les van consumiendo los dedos y las narices, como si unos insectos muy pequeños se los fuesen comiendo, lo que acaso sucede realmente. Son muchos los indios que padecen esta enfermedad, y no todos los españoles se libran de ella. El hospital de San Lázaro es un edificio de cantería muy bueno y muy capaz: se pueden alojar en él muchos enfermos; pero es imposible que se puedan recoger todos los leprosos ó lazarios. Hay pegada á él una iglesia para decir en ella misa y administrarles los Santos Sacramentos. Un Padre franciscano descalzo cuida de la administración temporal y espiritual de este hospital. Sus rentas son algunos legados píos, y las limosnas de los fieles. El Rey mandó que se le diesen algunas tierras de los expulsos de la Compañía; no sé si se ha efectuado esto, porque vi algunos que se oponían á ello. La hermandad de la Santa Mesa da algunas limosnas, y el Consulado le ha aplicado á veces algunas sumas de la caja de Averías, ó del sobrante de boletas del

barco de Acapulco. El Padre que hay al presente en este hospital es muy bueno y caritativo con los enfermos; jamás se queja de que le falte con qué mantenerlos, pero no recibe á aquellos que cree que están poco inficionados, porque le es doloroso el que se metan en el hospital á morirse antes de tiempo. Esto nace de que este hospital no está arreglado, ni en el sitio en que debía estar, atendidas las diversas circunstancias y diferentes grados de enfermedad en que se hallan los lazarinos que acuden á él. Antiguamente estaba este hospital extramuros de Manila á corta distancia; en tiempo del gobierno del señor Basco se mudó al sitio donde está ahora. Para esta mudanza era necesario un hospital como éste; aquél estaba muy cerca de la ciudad, y creo que aún no se ha alejado lo bastante; y si se hubiera puesto más arriba, en la Loma, media legua al E. de donde está, se hallaría más ventilado, en terreno más sano, más lejos de la ciudad, y en un sitio donde se podía sacar todo el partido que deben producir estos hospitales; quiero decir, que se debía y podía poner en el pie en que están los hospitales de lazarietos de China y conforme dicen que hay uno en Cartagena de Indias. Ya he dicho que los enfermos tienen diferentes grados de enfermedad; hay muchachos que están ya lazarietos de niños, y viven con esta incomodidad hasta una edad bastante avanzada.

El meter á todas estas gentes en un hospital es un dolor, y parece una crueldad el dejarles fuera, pues es exponerlos á que peguen la enfermedad á otros. Yo creo que esta enfermedad no se pega tan fácilmente como se cree vulgarmente. El viento sin duda no la comunica á otros cuerpos, y sólo la contrae el que trata inmediatamente con los lazarinos. Pero ¿cómo hemos de quitar las aprensiones de los

hombres? Los mismos indios, poco escrupulosos en esta materia, darían cualquiera cosa por no tener cerca de su casa un lazamiento: se debe, pues, buscar un medio para separar á estos enfermos del resto de los hombres, proporcionándoles á ellos un género de vida que no les fuese molesta. Este medio me han asegurado que se practica en Cartagena de Indias, y no hay duda que lo han adoptado los chinos. En un lugar separado de los otros pueblos han formado un pueblo de lazamientos; á todos se les obliga á vivir en él; allí trabajan lo que pueden, y cuando no alcanza su trabajo para mantenerse, se les suministra del público lo que les falta; si en las cercanías del hospital de San Lázaro se escogiese un terreno proporcionado á los enfermos que hay en Filipinas, se cercase ó con cañas ó con tapias, se fabricasen casitas para los enfermos y se les obligase á vivir en este lugar á todos, fuesen de la calidad que fuesen, tendrían una morada cómoda, y la sociedad de todos los infectos de aquel mal, con quienes podían pasar la vida racionalmente. En estado gravemente malos entrarían en el hospital, donde se les cuidaría con esmero, como se hace ahora; pero mientras tuviesen fuerzas se les podía obligar á trabajar y buscar algunas cosas necesarias á la vida, cuidando el hospital de racionarles de arroz tan solamente, porque lo demás podían buscarlo con el sudor de su rostro.

Cada casa podía cuidar de una huertecita, y tener en ella plátanos y otros árboles; podían criar gallinas, y los que saben tejer podían hacer telas para ellos y para todos los usos de la gente de este pueblo. Las producciones naturales é industriales de estas gentes se consumirían entre ellas mismas, y no se debían vender fuera; las unas porque podían acarrear el contagio, y las otras porque causarían asco

á los demás hombres. El hospital compraría muchas de ellas, y los lazarinos tendrían su pequeño comercio unos con otros. Sobre estas utilidades se añadía el que podían casarse lazarinos con lazarinas y remediar por este medio muchos excesos que cometerán acaso estos enfermos. Un mozo lazariendo, á quien su enfermedad acaso excitara más á lujuria y que no tiene vocación de guardar castidad, tendrá mucho trabajo en contenerse de otro modo que por el estado del matrimonio; quítese este recurso, y acaso se sumergirá en un abismo de desórdenes. No dudo que habrá algunos teólogos que dirán que semejantes matrimonios son ilícitos, porque sólo pueden criar hijos infectos con la enfermedad de sus padres. Si esto fuera cierto, Adán y Eva no debían haber usado del matrimonio después del pecado, pues nos han procreado con el pecado original, que es mayor mal que el de Lázaro. El matrimonio está instituído para la mutua unión de un hombre y una mujer para apaciguar la concupiscencia y para criar hijos para el cielo. Importa poco que los hijos padezcan algo en este mundo, como gocen de un eterno descanso en el otro: todos los bienes que refieren los teólogos del matrimonio se hallan en los casamientos de los lazariandos: ¿por qué, pues, se les ha de privar de un estado que puede contribuir á hacerlos mejores y á consolar sus hijos? Establecido el hospital de San Lázaro en esta forma, con las mismas limosnas con que ahora mantiene un pequeño número de enfermos, mantendría entonces todos los lazariandos de las Islas y sería el establecimiento más útil de cuanto hay en las Islas Filipinas.

Pasado San Lázaro, á corta distancia subimos una pequeña cuesta; el General me dijo que había llegado á caballo varias veces en tiempo de aguas

hasta aquel sitio, pero que no había pasado, porque se hacía en él un cenagal intransitable para los caballos; y no lo dudo, porque aun había bastantes señales del atolladero. Es bien particular que estando tan cerca de Manila no se compongan cuatro brazas de calzada para dar á los vecinos el recreo de un excelente paseo y para la comunicación de varios pueblos. Los gobernadores sólo suelen salir en tiempo de secas; se les componen los caminos y se cuida poco de que esta composición sea falsa y no dure más que mientras pasa el Gobernador, sin hacer caso de lo restante del público. Pasado este mal paso entramos en lo que se llama la Loma. Yo creía encontrar algún terreno áspero, y no me sorprendí poco cuando vi una inmensa llanada de sementeras; nuestros compañeros, que iban en calesines, se alegraron mucho cuando, pensando hallar un camino peligroso para su carruaje, hallaron una calzada tan llana como la que dejamos atrás. Á la mano izquierda, al oeste, hay unas sementeras de arroz algo bajas, y por estar estas otras como dos brazas más elevadas se las llama sin duda la Loma. Desde este sitio hasta Tinajeros había como media legua; el terreno parece llano, pero se va bajando insensiblemente las dos brazas que están más elevadas estas sementeras que las otras. Este terreno no parece muy fértil; el declive que tiene hace que no se mantenga el agua al pie del arroz, y que, por consiguiente, no fructifique tan bien una planta que necesita de mucha agua. Los indios han hecho sus retenidas por medio de unos pequeños vallados de tierra que llaman *pilapiles*; pero no alcanza sin duda este beneficio, pues por la paja misma del arroz, que estaba recién cortado, se conocía que había sido más endeble que en otras partes.

A la mitad del camino encontramos el barrio ó pueblo de Caloocan. Pertenece en lo espiritual al pueblo de Tondo; para su gobierno temporal tiene un capitán ó gobernadorcillo independiente del de Tondo, lo que le hace muy débil para gobernar su pueblo. No tiene párroco que lo sostenga; la gente no pasa de 100 tributos, y, por consiguiente, no se halla en estado de prender á los ladrones que abundan en este pueblo. Antiguamente estas caserías estaban bajada la Loma, á corta distancia, en un pequeño terreno que hay entre los esteros de agua salada y la Loma; tenía una iglesia de piedra y teja, y llegó á ponérseles de ministro un Padre agustino; pero no siendo capaces de mantenerlo se les quitó, y la iglesia se fué arruinando poco á poco. Los indios de Caloocan volvieron á la insuficiencia de resistir á los malévolos que se refugiaban en su pueblo, y se creyó que subiéndolos al sitio donde están se desterrarían los ladrones; pero no creo que se haya logrado nada. Si se les hubiera quitado el gobernadorcillo y encargado á la justicia de Tondo que celase, se hubiera conseguido más. Esta parece una paradoja; pero la experiencia enseña que no hay cosa más cierta en Filipinas, como llevo dicho en el viaje al volcán, capítulo primero.

El pueblo de Caloocan está actualmente colocado en un sitio muy delicioso. Se descubren desde él los pueblos de Tondo y de Tambóbong y toda la bahía de Manila, con muchos de los pueblos que la circundan. En contrapeso está muy descubierto á todos los vientos, y en tiempo de vendavales, que suelen ser, muy duros, es regular que padezcan mucho sus casas, y si no están bien firmes, irán volando por aquellas sementeras. Este terreno era de los Jesuítas y pertenecía á la hacienda de Maysilo; el Rey lo ha,

vendido á un mestizo, el cual estaba fabricando una ermita pequeña para poner en ella de capellán á un pariente suyo, lo que no se ha efectuado, porque el cura de Tondo no puede mirar con indiferencia el que se le ponga un capellán en medio de su jurisdicción. Si al mismo tiempo se hiciere cargo de los sitios de Maysilo, Piedad, Cruz, Naligas y otros muchos que hay en todo este terreno hasta el pueblo de San Mateo, que está á la falda de los montes de su nombre, debería accederse á ello y darle las gracias; pero no es regular que se le quite este sitio, el menos penoso de todos ellos, y se le dejen unos lugares difícilísimos de administrar.

Es increíble lo mal repartida que está la administración espiritual de estos lugares, no obstante estar tan cerca de Manila y á vista de los superiores. El cura de Tondo, para administrar el pueblo de Calocan y las muchas casas que hay en todos estos sitios hasta cerca de San Mateo, necesita atravesar el pueblo de Binondo, y, pasando por frente del puente de Manila, seguir aquella calle larga hasta rebasar la iglesia de Santa Cruz, y de allí tomar el camino que habíamos andado hasta la Loma, desde donde se dividen los caminos para los diferentes sitios que llevo nombrados. Para dar una idea de los trabajos que se pasan en esta administración, referiré una anécdota que nos contó el P. Rodríguez, cura de Táal, cuando estuvimos en su pueblo el día que subimos al volcán.

Hallándose de vicario de Tondo, nos dijo que un día al salir de decir misa le llamaron á confesión para uno de estos sitios; y apuraba tanto el que llamaba, exagerando la gravedad del enfermo, que montó á caballo sin tomar chocolate. Llegó á casa del paciente, y halló que tenía poca necesidad para

tanto apuro. El que llamó á confesión, temiendo que el Padre le reprendiese porque le había hecho ir en ayunas sin necesidad, se desapareció luego que llegó á la casa. Acabada la confesión, se halló el Padre sin guía que lo condujese por las sendas extraviadas por donde lo había llevado. No le quedó otro recurso sino dejarse gobernar del caballo para volver á su convento. Cuando iba más descuidado entró el caballo en un atolladero y se hundió hasta las orejas: trató de salir; y como no tenía donde fijar los pies por estar muy hondo el terreno firme, no pudo salir de aquel mal paso. Cuantos más esfuerzos hacía el caballo se hundía más, y llegó á temer ahogarse en aquel cenagal. No le quedó más recurso que dar voces para que acudiese alguna gente á socorrerlo; gritaba, y nadie le veía; al cabo de algunas horas se llegó un hombre y le dijo que avisase al pueblo para que diese disposiciones de sacarlo de aquel peligro. Como á las dos de la tarde, un guachinango desertor, esto es, un americano que había desertado del regimiento, teniendo noticia de la desgracia del Padre, tuvo la caridad de ir á consolarlo; no tenía comida con que pudiese apaciguarle el hambre, pero pudo entretenérsela con sus chistes. Los guachinangos son generalmente muy graciosos; el nuestro era de los más salados, y no obstante que el fraile se hallaba en aquel miserable estado, se moría de risa con las ocurrencias del soldado, que tuvo la caridad de hacerle compañía hasta que sintió que venía la gente del pueblo á sacar al Padre del atolladero. Entonces, temeroso el guachinango de que lo prendiesen por desertor, se ausentó sin ser visto de nadie. Los indios cortaron cañas y pusieron una especie de andamio con que sacaron al Padre y al caballo. Por fin á las cinco y media de la tarde pudo llegar á su con-

vento, todo lleno de lodo y muerto de hambre. He referido esta anécdota para que se vean los trabajos que á veces pasan los ministros de doctrina de Filipinas, únicamente por la poca policía y el mal repartimiento de las jurisdicciones de los pueblos.

Es verdad que todo este terreno es bastante montuoso. Éste es el monte de que he hablado en otro lugar. El norte del mismo monte es el terreno á que ahora me refiero: si fuera buena tierra, se mantendrían en él muchos pueblos; pero como lo más es un pedregal, hay pocas casas y muy esparcidas, de modo que según están ahora es imposible formar de todas ellas un pueblo; sin embargo de que la mayor parte de este monte es piedra, quedan aún muchos lugares donde se siembra arroz; pero los indios de Tondo y Tambóbong, pertenecientes al corregimiento de Tondo, y los de Polo, Ovando, Meycauyan y Bocaue, de la provincia de Bulacán, se han apoderado de estas tierras en calidad de inquilinos de las haciendas, á quienes pertenecen, y las labran desde sus pueblos, dejando desierto un espacioso terreno, que sólo sirve para madriguera de ladrones y para que vivan en él muchos indios sin pagar al Rey su tributo y sin ejercer las obligaciones de cristianos, lo que es tanto más perjudicial, cuanto el lugar está más cerca de Manila. Si no se permitiese cultivar esta tierra sino á los que viven en estos lugares, podrían formarse allí tres ó cuatro pueblos y arreglar la policía. Pero los primeros que se opondrían á esto serían los dueños de las tierras. Ahora cobran bien el terrazgo, porque los inquilinos son ricos y temen que se les quiten las tierras de que sacan su subsistencia. Caso que se mandase que se trasladaran á vivir al sitio donde están las sementeras, los más las dejarían, porque tienen en sus pue-

blos buenas casas de tabla y mantienen un comercio muy lucrativo; de modo que las sementeras hacen el menor ramo de cuanto agencian en los diferentes medios con que hacen los caudales. Sería preciso arrendar estas tierras á los que las labran ahora por sí mismos, que son unas gentes pobres que hacen trato de compañía con los principales inquilinos, y perciben la mitad del producto de la tierra.

Éstos, á quienes comúnmente llamamos casamahanes, son unos infelices desastrados de quienes hay poco que fiar, y algunos de ellos se escaparían á los principios sin pagar el terrazgo, y los dueños propietarios perderían mucho. Pero otros pagarían bien, y dentro de poco tiempo tendrían las haciendas en su mismo terreno unos inquilinos tan buenos como los que ahora tienen. Los dueños de las haciendas perderían algo, como digo, y en descuento tendrían la satisfacción de hacer felices una infinidad de gentes que ahora gimen en la miseria. Los inquilinos principales son los mestizos; éstos, como he dicho en el viaje precedente, capítulo II, se chupan la sangre de sus casamahanes por los medios que referí allí, y los tienen en un estado miserable, de que es imposible que salgan. ¿Qué mayor gloria para un rico que hacer felices á estos miserables con poca pérdida de su parte? Es de notar que de los pueblos de Tondo, Tambóbong, etc., podían ausentarse todas estas gentes sin que hiciesen falta en sus respectivos pueblos, que son más numerosos de lo que es menester. Sólo Tambóbong tiene cerca de quince mil almas en un pequeño terreno que apenas basta á mantener dos mil almas por sí solo. Pero si parece duro este proyecto, ¿por qué no se toman otras medidas para remediar en algo, á lo menos á los inconvenientes de no tener un pueblo en este di-

latado terreno? Ya se ha tratado de ello, aunque no se ha efectuado, como diré en la descripción que voy á hacer del barrio de Tinajeros.

Á un cuarto de legua, después que pasamos Caloocan, encontramos el barrio de Tinajeros. No pertenece ya á Tondo, sino á Tambóbong; está á la orilla de un estero de agua salada en el mismo lado. Siguiendo hacia Tambóbong están los barrios de Catmón y Tonsoya, y á la otra banda del estero está Dampalit y un barrio llamado Maysilo de Tambóbong, para distinguirlo del otro Maysilo, que era hacienda de los Jesuítas y pertenece á Tondo. Estos barrios tienen cerca de 500 tributos, y de ellos sólo se podía y debía formar un pueblo; si se le añadiese Caloocan y todos los caseríos del monte, sería un pueblo de 1.000 tributos. Nunca estaría bien administrado, porque quedaba aún muy disperso; pero es el sitio de donde se puede administrar mejor en todo tiempo. La calzada de la Loma se iría llenando de casas hasta juntarse con Caloocan y Mayjaligue, y este lugar peligroso para los pasajeros quedaría tan seguro como lo están todas las calzadas de las Islas, que tienen dos hileras de casas, cada banda la suya. —Después de la toma de Manila por los ingleses, como éstos soltaron los presos de la cárcel y se les agregaron otras gentes de la misma ralea, se hicieron atrocidades en este sitio; se veían hombres muertos por estos caminos, desnudos y cosidos á puñaladas, manifestando en su mísero estado que los habían muerto por robarlos. El color blanco no dejaba razón de dudar de que eran españoles. Para que en otro lance igual no se cometiesen semejantes atrocidades, aunque no resultara otro interés, se debía tomar la providencia que refiero. Formando un pueblo en Tinajeros se obviaba este inconveniente, y

además de esto se conseguía el que todas las gentes de este monte viviesen como cristianos y pagasen al Rey su tributo; lo que no costaría mucho trabajo al párroco, porque le sería menos difícil cuidar bien de estos sitios que á los párrocos á quienes pertenecen.

El estero de Tinajeros va subiendo hasta que encuentra un arroyo de agua dulce, que baja del monte y divide la provincia de Bulacán de la de Tondo, y la hacienda de Malinta de PP. Agustinos de las de Maysilo y Piedad. La primera que se encuentra es la de Maysilo. Ya he dicho que era de los PP. Jesuítas, y el Rey, después de su expulsión, la vendió á un mestizo. Tenía una buena casa de piedra que estaba bastante solitaria y sin casas de indios en mucho trecho alrededor de ella. El arroyo que pasa cerca la surtía de hermosa agua para beber y para bañarse, y los Jesuítas hacían de ella una casa de recreo; se hizo famoso este sitio con la batalla que dieron en él los ingleses á los españoles, de que hay memoria aún en Manila, y llaman «la batalla de Maysilo» á un pequeño reencuentro que hubo en este lugar que apenas sería nombrado en otra parte del mundo. Tomada Manila, salió para Bulacán el oidor Anda; prometió defender las Islas de los ingleses; puso su residencia en la Pampanga, y dejó en la provincia de Bulacán á un español llamado Bustos con algunas tropas en calidad de teniente general suyo, para defender aquella provincia de los insultos del enemigo. En estos tiempos algunos religiosos tomaban partidas de indios flecheros y lanceros, los gobernaban en calidad de comandantes, y se presentaban en varios sitios en ademán de amenazar á los ingleses. Estos religiosos no eran de los que tenían más crédito en su Religión ni los tenidos por de más seso; sin embargo, sus prelados disimulaban por no ofen-

der al Sr. Anda, que sólo tenía por fieles servidores del Rey á los que hacían hostilidades al enemigo, aunque fuese traspasando las leyes de su instituto. Entre estos religiosos, un Agustino calzado y otro descalzo comandaban una partida de Pampangá, y se adelantaron hasta esta hacienda, con la esperanza de que Bustos los sostendría con sus tropas si les acometían los ingleses. Quisieron éstos desalojarles de aquel sitio, y salieron con algunas tropas contra ellos. Los indios les armaron una emboscada, y les dispararon una carga de flechazos. Algunos españoles les exageraban mucho esta acción de los indios y la ponían en las nubes. Decían que habían muerto muchos ingleses, que los indios habían visto una carreta de casacas coloradas, y que el comandante había estado esperando gente de los navíos para vestirla con aquellas casacas, por no entrar en Manila sin la misma tropa que había sacado, añadiendo otras cosas sobre su artillería y el orden de esta batalla. Pero el Padre González, ex provincial Agustino, me ha contado que estuvo en la torre de Tambóbong con un antejo de larga vista viendo esta acción, y que los indios no hicieron más que disparar sus flechas y echar á correr, lo que parece muy verosímil por ser éste su modo de pelear. Lo que hay de cierto y en que convienen aun los que exageran esta batalla, es que el inglés se apoderó de la casa de Maysilo, la quemó, y por la noche entró en Manila con toda su artillería, y con otros tantos soldados como había sacado de la plaza.

Más arriba de Maysilo, como á una legua, está la hacienda de Piedad; era de los Padres expulsos y ahora pertenece á D. Pedro Galarraga, marqués de Villamediana, navarro, que la compró al Rey. Ha puesto en ella una pequeña visita y un capellán para que

diga misa á los indios. El terreno de esta hacienda produce arroz, hay también una punta de ganado vacuno, tiene mucho terreno propio para trigo, azúcar, añil, frijoles, mongos, pimienta, café y todo género de legumbres, hortalizas y frutas de la tierra; pero se coge muy poco de todo esto, porque tiene poca gente y son muy perezosos los indios á causa de los comestibles que les suministra el monte, donde sólo de guayabas se pueden mantener algunos meses ellos y sus animales y llevar á vender á Manila como lo hacen, pues es una fruta que por lo barata tiene mucha salida. También hay lavaderos donde se coge oro en polvo: yo he visto algunas pequeñas porciones que me ha enseñado su dueño, pero es muy poco lo que le saca hasta ahora.—Tal es el terreno que he dicho que está abandonado y sin pueblo alguno en todo él que lo gobierne, pues yo no cuento á Caloocan, que tiene gobernadorcillo, porque como no tiene Padre, es peor que si no lo tuviera.—Por los años de 1792 se trató de formar un pueblo que comprendiese todos estos lugares; se formó expediente como se acostumbra, se pidió informe al cura de Tondo, al provincial de San Agustín, al corregidor de la provincia y á los oficiales Reales. Todos se dividieron en pareceres, y ninguno acertó á decir que el pueblo se pusiese en Tinajeros, donde debe estar. El cura de Tondo quería que se pusiese en Maysilo, y el provincial en Caloocan. Los sitios son buenos; no hay más inconveniente sino que era preciso reducir á los indios á uno de estos sitios, so pena de que quedarían muy lejos de la iglesia. Tinajeros está en medio de Caloocan y Maysilo; tiene de por sí cerca de 500 tributos, y sin menear á nadie de su casa se hacía en él un pueblo semejante á los demás de las Islas, donde se procura que el cuerpo del pueblo esté cerca de la

iglesia y que los demás barrios disten de ella lo menos que sea posible. Por la diversidad de pareceres, y por no haber quien pague los derechos de este expediente, está dormido desde aquella época, y no hay señales de que se funde un pueblo que por buen gobierno se debía fundar, aunque no hubiese quien lo solicitase. Todo este terreno produce arroz, plátanos, frutas de la tierra, azúcar, y es bueno para todo género de producciones análogas á las Islas Filipinas. Hay fábricas de tinajas, pilones de azúcar, ollas y demás géneros de vasijas; pero no se les da barniz alguno ó vidriado. En algunos parajes se hace mucha sal, y en otros se dedica la gente á comprar los efectos que vienen de la provincia de Bulacán; los guardan en sus bodegas, y cuando suben sus precios, los llevan á vender á Manila; se fabrican también algunos pocos tejidos de abacá y algodón; y á esto se reduce toda la industria de estas gentes. Los habitantes son ó mestizos de chinos ó indios; su fisonomía es como la de los demás indios de Filipinas, color bajo, barbilampiños, narices chatas y ojos negros. En sus costumbres, ingenio y demás calidades se conforman en todo con los de su nación. Como están más cerca de Manila, están más civilizados; en desquite son más viciosos, más jugadores y más mentirosos en sus tratos. Los que viven en el monte son más sencillos; hablo de los naturales de aquellos sitios, pues los advenedizos suelen ser ladrones, y, cuando menos, viven como bestias sin dar señales de cristianos ni pagar al Rey su tributo.

El estero que pasa por Tinajeros no se puede vadear en marea alta: nosotros lo vadeamos por estar la marea baja, sirviéndonos de guía un indio práctico de aquel lugar.



CAPÍTULO XVII



o habíamos andado cuatrocientas brazas después del estero de Tinajeros, cuando encontramos el mojón de la provincia de Bulacán, y conocimos que la de Tondo no se extiende por esta banda dos leguas y media. Caminamos por una calzada muy llana hasta Polo, que no dista media legua. En tiempo de aguas, este camino debe de ser muy malo, porque está entre sementeras de arroz, que suelen estar llenas de agua continuamente; la humedad se comunica á la calzada y se hacen lodazales grandes, de que había aún señales cuando pasamos nosotros. El barro se había endurecido é incomodaba mucho al

Materias que abraza el capítulo XVII.—Polo.—Malinta.—Perjuicios de los contrabandistas á la ganadería.—El añil.—Quién fué el primero que lo sembró.—Recuerdo histórico de la guerra de los ingleses.—Escaramuzas.—La batalla de Malinta.—Los conventos de los Franciscanos.—El convento é iglesia de Polo.—Número de tributos.—El tiangue.—Ovando.—Nuevo recuerdo histórico.—Meycauayan.—Su convento.—Número de tributos.—Canteras notables.—Meycauayan en la guerra de los ingleses.—De Meycauayan á Marilao.—El pueblo.—La hacienda de Lolomboy.—Bocaué.—Sus tributos, etc.—Santa María.—Observaciones del Autor acerca de la necesidad que hay de frailes.—Particularidades de *la Rinconada*.

birlocho, que daba grandes saltos y nos hacía penosa la jornada. Si las casas estuvieran de una y otra banda del camino, se remediaría este inconveniente; pero todas estaban colocadas á cierta distancia, á la orilla de un estero de agua salada que sale del estero de Tinajeros y se une con el de Polo. Los indios gustan mucho de tener sus casas cerca de los ríos, para tener á la vista sus barquillas ó embarcaciones para que no se las roben.

Á la otra banda del estero está la hacienda de Malinta, de PP. Agustinos; tiene cerca del río una casa de piedra y teja para habitación del lego que cuida de cobrar el terrazgo á los inquilinos. Antiguamente estaba esta casa en el otro estero que he dicho sube de Tinajeros á unirse con el riachuelo de Maysilo; los ingleses la quemaron en tiempo de la guerra; y debiendo reedificarla en el mismo sitio, que es muy ameno y delicioso, la trasladaron al otro estero á un lugar árido, despoblado y pedregoso, sin poder tener en él más conveniencia que la de un manantial de agua buena para beber, y aun éste está bastante lejos de la casa. Esta hacienda se extiende hasta los montes de San Mateo por un terreno muy dilatado, y con todo apenas les produce poco más de cuatro mil pesos. Tiene algunos pedazos de terreno muy buenos; lo restante, ó es monte, ó una tierra llena de un cascajillo menudo, muy impropia para arroz. El terrazgo se paga en dinero, las tierras buenas se reditúan dos pesos por cavalita, esto es, una fanega de sembradura. Otras tierras sólo pagan un peso, y las hay de cuatro reales cada cavalita. Si esta hacienda estuviera en otro sitio nada produciría, porque á más de ser mala tierra, no tiene regadío y la cosecha es aventurera; es verdad que cuando se pierde se les rebaja á los inquilinos el terrazgo á pro-

porción de las pérdidas que cada uno experimenta.

En el monte tenían los PP. Agustinos antiguamente mucho ganado vacuno y caballar; en tiempo de los ingleses lo arruinaron todo los indios. Después de la guerra intentaron establecer este ramo: compraron vacas en Ilocos y en Batangas; fabricaron una casita para que viviese en ella un lego que tuviese cuidado de los vaqueros que pusieron para guardarlas. Todos estos esfuerzos fueron inútiles: se estableció el estanco de tabaco; los indios se metieron á contrabandistas; y como no hay otro paso para ir á la provincia de Bulacán y Pampanga, donde se siembra el tabaco, y donde por consiguiente se ha de comprar el contrabando, aniquilaron luego casi todo el ganado. Al pasar por estos lugares matan siempre una vaca á lanzadas; antes de que acaben con una suelen herir tres ó cuatro; se remonta el ganado, y es imposible que este terreno sirva más que para su antiguo destino. Los indios de los pueblos vecinos van también al monte á cazar venados y búfalos silvestres; sus perros, acostumbrados á la caza, matan á los terneros, y ahuyentan tanto el ganado mayor, que al presente sólo ha quedado una punta de cien cabezas, y los caballos se han exterminado enteramente. Todo este terreno está lleno de cuevas, no muy ásperas, que lo hacen infructuoso respecto al arroz, que pide un terreno llano, en particular cuando no se siembra, sino que se planta, como se hace en esta provincia. Sin embargo, el monte no es de piedra, sino de una tierra buena, de mucha substancia y meollo, muy parecida á la de la provincia de Batangas y propia para todas las producciones que enriquecen aquel país. Se puede dar como en ella aquel arroz que se siembra por Mayo y se recoge por Septiembre. El trigo, maíz y todo género de legumbres

prosperarían excelentemente en este terreno. Es también muy propio para pimienta, café, cacao, azúcar y todo género de frutas de la tierra. El río de Maysilo, que lo baña por toda la banda del S., y las muchas fuentes que manan en medio de la hacienda, le ofrecen la facilidad del beneficio del añil, de que se podían hacer unas cosechas extraordinarias. Además de que la tierra es muy propia para el cultivo de esta planta, tiene de bueno el añil que no lo comen los animales. El mismo carabao, que es la bestia que se acomoda más á todo género de hierbas, no lo come si no tiene mucha hambre.

Ésta es una ventaja grande en Filipinas, donde se tiene poco cuidado de los animales, y es preciso cercar los sembrados para que no los destruyan. Para el añil no se necesita cercar, sino sembrarlo, sin tener cuidado alguno de él hasta que llega el tiempo de cortarlo. Como la tierra es alta, se podía hacer en ella dos cosechas. En las tierras bajas, en cortando una vez el añil, vienen las aguas cuando empieza á retoñar y se muere aquí; de lo contrario echará los retoños, que producirían tanto como la primera cosecha, como sucede en Batangas y en todos los lugares donde no lo destruyen las aguas. El P. Octavio, Agustino, que hizo los primeros ensayos del añil en Filipinas en el pueblo de Tambóbong, donde era párroco, sembró el primer añil en esta hacienda, y es bien extraordinario que habiendo sido la primera en que se sembró esta planta, no se haya perpetuado en ella su cultivo. En Malinta nadie siembra añil.

En la casa vieja de esta hacienda estuvo algún tiempo nuestro campo contra los ingleses que tenían á Manila. El almirante Cornich se había ido para la Costa con su escuadra; muchos de los franceses que habían hecho prisioneros los ingleses y habían traído

por fuerza á esta expedición tuvieron tiempo de desertarse y unirse con nuestras tropas; de los ingleses mismos había muerto mucha gente con los excesos que cometían en Manila, y se habían reducido á tan pocos, que no se hallaban en disposición de conquistar las provincias. El Sr. Anda, por el contrario, con la plata que había salvado juntó bastantes tropas, y Bustos las disciplinaba; los vecinos que se habían quedado prisioneros y los religiosos le enviaban plomo, armas y otras municiones de guerra. Viéndose bastante poderoso, mandó á Bustos que plantase su campo en Malinta la vieja, á dos leguas cortas de Manila. Un sargento francés que había desertado de los ingleses, servía en nuestro Ejército de capitán. Á éste se le encomendó la disposición del acampamento. La casa de la hacienda, que era de cantería, se destinó para los oficiales; la tropa se acomodó en unos camarines que se hicieron provisionalmente de caña y nipa. Se hicieron estacadas, reductos y otras obras de fortificación. Se colocaron en ellas cinco cañoncitos que tenían, y quedó el campo bastante fortificado.

Desde este sitio salían los nuestros á hacer correrías hasta los arrabales de Manila. En una ocasión encontraron al preboste de los ingleses y le quitaron los caballos del coche; otra vez estuvieron muy á punto de coger al Gobernador inglés. En el pueblo de Quiapo, extramuros de Manila, tuvieron una acción con los ingleses y se llevaron las campanas, que era lo que intentaban, para fundir cañones; y tenían tan consternados á los enemigos, que nadie se atrevía á alejarse de Manila por la banda del N. Hostigado el Gobernador inglés y reducido á la miseria, porque le interceptaba Bustos los víveres y lo tenía como sitiado en la plaza que no hacía un año que había conquistado, resolvió desalojarlo de Malinta. El 27

de Julio de 1763, antes del amanecer, despachó con todo secreto un destacamento para que cogiese á los nuestros de improviso y los batiese. Constaba este pequeño ejército de trescientos y cincuenta fusileros, cincuenta soldados de á caballo y muchos chinos. Llevaba sus cañones de campaña, y al rayar el alba se presentó delante de la casa donde estaba formado nuestro campo con todo su pequeño ejército. Los nuestros no lo reconocieron hasta que estaba sobre ellos, de modo que pudo romper el fuego antes que se pudiesen en orden. De nuestro campo se le correspondió con los cañones. Se formó la tropa, y se entabló la famosa batalla de Malinta. Entre ambas tropas estaba el río de Maysilo, y no podían venir á las manos sin que el uno de los dos ejércitos se arriesgase á pasarlo. Ambos fueron tan prudentes, que cada uno se estuvo en su ribera y conservó la sangre de sus soldados. Es verdad que se estuvieron haciendo fuego uno á otro desde el amanecer hasta las once del día, más al parecer por divertirse que por hacerse la guerra.

En esta batalla hubo de nuestra parte dos muertos y siete heridos, de los cuales murieron después cinco; los contrarios tuvieron trece heridos, y de ellos murieron en el hospital cinco ó seis. Estas desgracias acaecieron verosíblemente al comenzar la acción, antes de que los comandantes reconociesen la distancia de los dos ejércitos. Después se retiraron sin duda, y se estuvieron divirtiendo con un tiroteo que no corría el menor peligro. Á los ingleses se les incendió un barril de pólvora, y no pudieron, por falta de ella, proseguir la salva. Se retiraron en buen orden á Maysilo; los nuestros no los siguieron ni incomodaron, sino que les dejaron estarse en Maysilo hasta la noche, que se volvieron á Manila. Bustos,

que quedaba en Malinta tan medroso como los ingleses, quemó la casa, destruyó su campamento y trasladó el campo á Polo. Los ingleses y españoles cantaron la victoria; si éstos se hubieran mantenido en Malinta, verdaderamente hubieran ganado la acción, pues hubieran batido á los ingleses, que iban á desalojarlos; pero en el mismo hecho de trasladar el campo parece que dieron toda la gloria al enemigo, que consiguió lo que deseaba, que era desalojar nuestras tropas de la Capital. Si el inglés hubiera pasado el río por la mañana y hubiera atacado la casa, hubiera conseguido su empresa completamente, porque los españoles estaban descuidados y hubieran sido derrotados an tesde poder formarse en batalla. Si se considera la acción en sí misma, nosotros llevamos la ventaja. El inglés se retiró el primero; le tomamos en el río de Caloocan algunas embarcaciones de víveres que enviaba el gobernador de Malinta á su gente, y le hicimos prisioneros algunos chinos que se habían extraviado á robar las casas de los indios. Por fin no se puede negar que los dos jefes anduvieron demasiado circunspectos, y es difícil de decidir quién de los dos manifestó más temor.

La hacienda en Malinta pertenece en lo espiritual y temporal al pueblo de Polo. No obstante ser mala tierra, este pueblo se enriquece bastante con el mucho arroz que coge en ella. Tiene muchas casas de tabla y aparenta ser una población de gente acomodada. Hay en él una iglesia muy buena de cantería y un convento muy capaz de la misma fábrica. Los conventos de los PP. Franciscanos son un cuadrilongo, pegado al costado de la iglesia por la banda de hacia la puerta. En medio del cuadrilongo hay un pasadizo que lo corta en dos mitades, y las celdas ó cuartos están á las dos bandas. Esta distribución les

proporciona muchas celdas, pero son pequeñas, y el convento, lóbrego, es muy triste. Por la banda de la iglesia hay una caída que corre todo un costado para dar paso á una celda que hay encima de la sacristía que está detrás del altar mayor y sirve para el provincial cuando va á la visita. En medio de la caída está la escalera y encima de la mitad del descanso de ésta hay una especie de puente, y así á todo el pasadizo llaman el *tulay*, que en la lengua del país significa puente. Del descanso de la escalera se entra al púlpito por una puerta que hay en la pared de la iglesia, y el púlpito no tiene escalera por adentro como en otras partes. El pasadizo de este convento deberá hacer á la iglesia muy oscura, porque en Filipinas no se usa de vidrieras sino de otro género que se llama *conchas*, que roba mucha luz. Hay en estas Islas unas conchas como la palma de la mano, muy transparentes; se recortan como un vidrio y se acomodan en unas varitas labradas á manera de las vidrieras de España, con la diferencia que allí las varitas son de plomo y se acomodan en ellas los vidrios, y aquí las varitas son de madera y sirve de vidrio una concha delgada. Para que den bastante luz las conchas es preciso hacer ventanas á los dos costados de la iglesia. Los Franciscanos no pueden hacerlos en el costado donde corre el puente del convento, y para ganar la luz que pierden en esta banda hacen en la otra dos órdenes de ventanas, con lo que sus iglesias salen bastante claras.

El convento é iglesia de Polo son de esta fábrica: uno y otra están muy curiosos, aunque nada había que notar ni en sus retablos ni en lo restante de la fábrica, por ser todo muy conforme al gusto que reinaba en Manila el siglo pasado. Este pueblo tiene como 1.000 tributos, los más de ellos indios, y los

restantes mestizos de chinos, que son los más ricos y acomodados. Hay una panadería que hace un pan bastante bueno. De ella se surten los PP. de la comarca, y vende también en todos estos pueblos, donde se compra para los enfermos y para golosina de los muchachos. Todos comen arroz en lugar de pan. Por medio del pueblo pasa un estero de agua salada; un buen puente de arcos de piedra facilita la comunicación de unas casas con otras, que no se podría tener sino por el puente, por ser el estero profundo y no poderse vadear. Nosotros pasamos este puente para proseguir nuestro viaje. Polo se comunica por agua con Manila y con las provincias de Bulacán, Pampanga y Balanga, lo que le facilita el comercio que se hace en todos los pueblos que tienen esta proporción en las Islas Filipinas.

Los miércoles hay en Polo *tiangue*: ésta es una especie de feria adonde concurren muchas gentes de Manila y sus arrabales; van muchas mestizas con géneros de Costa y China de los pueblos inmediatos, y llevan todo género de comestibles y efectos de la tierra. Estos tiangués son muy útiles, porque el indio se hace con facilidad de todo lo que necesita en su casa y se provee de las cosas necesarias para toda la semana. No se deben contar estas ferias ó tiangués como parte del comercio de este pueblo, porque son poca cosa; sus naturales corren todas las provincias, adonde pueden llegar con embarcaciones; recogen los efectos de ellas, los guardan y los llevan á Manila en tiempo de carestía. El arroz, mantenimiento principal de la tierra, es un ramo de comercio como lo pueden ser las ropas que se compran á los extranjeros; se guarda y se oculta y se le hace subir de precio cuando se puede, sin oír los quejidos de los miserables.

Á un cuarto de legua de Polo se ve el pueblo de Ovando, administración de los PP. Franciscanos; tiene una buena iglesia, un convento de cantería y una torre que se descubre desde la bahía. Este pueblo se fundó siendo gobernador el marqués de Ovando, de quien tomó el nombre. La torre se concluyó hace pocos años. El General, que había estado en Manila de guardia marina, extrañó esta torre cuando entró en la bahía con su escuadra, y no pudo saber qué torre era hasta este día, y convino con su mayor de órdenes en que era ésta sin duda la torre que extrañaba cuando entraba. Ovando tiene cerca de 1.000 tributos de la misma clase que los de Polo, de quien se ha separado. El terreno de estos dos pueblos sólo sirve para arroz: lo que no se planta de arroz es una tierra baja que la cubren las mareas altas y sólo da leña. Por la banda de la mar hay unos manglares muy grandes, donde los indios cogen algún pescado y muchas ostras, cangrejos y todo género de mariscos. Por los esteros salen á la mar, y con redes y corrales cogen mucho pescado; de modo que estos dos pueblos, aunque casi no comen carne, están tan bien provistos de lo necesario para su sustento con el arroz y pescado, que no necesitan buscar en otros pueblos estos dos renglones; antes bien venden á otros lo que les sobra, con lo cual y su comercio tienen bastante para pagar las gabelas del Estado y pasarlo decentemente.

Polo fué algún tiempo el campo de los españoles contra los ingleses en la guerra de éstos con Manila. El 23 de Julio de 1763 llegó á Manila una fragata inglesa con los pliegos de las treguas que se habían hecho entre las potencias beligerantes, y el 26 de Agosto llegó un navío inglés con los preliminares de la paz. Los ingleses comunicaron estas noticias al Sr. Anda;

éste, con el frívolo pretexto de que los ingleses no le daban el título de gobernador, sino el de comandante en jefe de las treguas de S. M. Católica, no quiso dar crédito á las noticias de los preliminares de la paz y seguía haciendo hostilidades. Los ingleses se mantenían solamente sobre la defensiva, y el Sr. Anda tomó con esto más ánimo; y para acercarse más á los enemigos, trasladó el campo, que estaba en Meycauayan desde la batalla de Malinta, al pueblo de Polo. El motivo por que el Sr. Anda afectaba no creer á los ingleses era el gobierno de las Islas. Éstos no reconocían más gobernador que al arzobispo Rojo, á quien habían encontrado en Malinta y querían entregarle la plaza. Anda, que había defendido las provincias y que se hallaba general de bastantes tropas, sentía dejar el mando y entregar el bastón al arzobispo, que había perdido á Manila y sido hecho prisionero. El 30 de Enero de 1764 murió el arzobispo, y parecía que debían cesar las contiendas; pero el señor Anda tenía aún otros rivales, que pretendían tener más derecho que él al gobierno. Según las últimas órdenes de S. M., parecía debía entrar en el mando el Sr. Ustáriz, obispo de Ilocos, como lo había sido pocos años antes el Sr. Archederra, obispo electo de aquel Obispado, que es el más cercano á Manila, á quien llamaba la ley por muerte del arzobispo. El Sr. Villacorta alegaba el derecho que le daba el ser el más antiguo de la Real Audiencia, pues caso que entrase ésta á mandar, le tocaba á él el bastón, y el gobierno en lo político y secular á la Real Audiencia. Los pareceres de los españoles estaban divididos, y el Sr. Anda se temía que se le quitase el mando si los ingleses dejaban la plaza.

Cuando más se trataba de esto, llegó un pliego del Rey de España para su gobernador de Manila, en

que le daba aviso de las paces hechas con los ingleses. En virtud de esta noticia se tuvo un congreso en el pueblo de Tambóbong, para tratar del modo con que se debía entregar la plaza. Nueve días estuvieron en el congreso, y nada se concluía; se deshizo la junta sin determinar el modo de entregar y recibir la plaza. Llegó por este tiempo un navio inglés con orden de evacuar la plaza. Los españoles estaban más divididos que antes sobre el gobierno: unos seguían el partido del Sr. Ustáriz, otros el del Sr. Villacorta; las tropas y otros muchos estaban por el Sr. Anda; Manila se veía en un mal estado, y se temía una guerra civil en saliendo los ingleses. Felizmente llegó D. Francisco de la Torre, el primer teniente de Rey que hubo en Manila con orden de la Corte para mandar la plaza; Anda, con mucho desinterés, le entregó el bastón, y el teniente de Rey le concedió que recibiese la plaza de los ingleses por hallarse él indispuerto con un cólico, que creyeron muchos era fingido, con el fin de dar á Anda este honor, quien levantó nuestro campo de Polo y fué á Manila á hacerse cargo de la plaza, la que entregaron los ingleses con mucha urbanidad.

Pasado el puente de Polo seguimos por una hermosa calzada con bastantes casas á los lados, plátanos y otros árboles frutales que, además de recrearnos la vista, nos daban á ratos sombra y nos defendían del sol, que empezaba ya á calentar, y á la media hora llegamos al pueblo de Meycauayan. El convento é iglesia de este pueblo son de piedra y teja por el gusto de los PP. Franciscanos. El cuadrilongo del convento está repartido de diverso modo: tiene todas las celdas ó cuartos por una banda, y por la otra una hermosa caída ó claustro muy espacioso que lo hace muy claro y muy alegre; es, sin contra-

dicción, el mejor convento ó casa parroquial de cuantos tienen los Franciscanos repartidos en los pueblos de estas Islas. Se administran en Meycauayan como 800 tributos, los cuales están esparcidos por toda su jurisdicción en diferentes calles ó calzadas. Cerca del convento tiene un buen puente de arcos de piedra, bien hechos y bastante grande. Creo es la mejor obra de esta clase de cuantas hay en Filipinas. En este pueblo están las mejores canteras de piedra que hay en las cercanías de Manila. La piedra de Meycauayan es superior á la del monte de Guadalupe y muy estimada por su dureza. Los indios sacan bastante dinero de estas canterías, aunque la principal parte va á parar á los mestizos de sangley, que los surten de herramientas y les dan plata adelantada, medio con que se apoderaron del trabajo de los indios infelices, á quienes llevan unas ganancias desmesuradas. Meycauayan fué adonde, como llevo dicho, se trasladó nuestro campo después de la batalla de Malinta. De aquí, y después desde Polo, hacían los nuestros sus correrías contra los ingleses; y como éstos habían resuelto mantenerse sobre la defensiva desde la noticia del armisticio que se había firmado entre Inglaterra y España, tomaron valor los españoles, y los perseguían hasta las mismas puertas de la plaza y prohibían entrar víveres por toda la banda del norte, de modo que Manila estaba en gran carestía. Los ingleses enviaron una balandra á la provincia de Balanga por bastimentos, y los nuestros les hicieron embarcarse apresuradamente y estuvieron en peligro de quedar todos prisioneros de guerra. En el río de Pásig atajaron unas embarcaciones que iban por víveres á La Laguna, y tuvieron que huir volviéndose atrás. Se atrevieron á llegar á la misma puerta de Almacenes, y cogieron una galera que tenían allí los

enemigos. Todas estas acciones las celebraban y ensalzaban hasta las nubes los partidarios del Sr. Anda; los demás comprendían muy bien que no se hacía todo esto sino porque los ingleses, ó tenían ya poca tropa, ó no querían proseguir las hostilidades después de haber recibido el armisticio, los preliminares de la paz y la paz misma. Como yo estaba escribiendo la historia de Filipinas, había leído todos los manuscritos concernientes á esta guerra, y me había informado de personas desinteresadas y contemporáneas, me hallaba bastante informado de todas las menudencias que acaecieron en estos sitios para contárselas al General. Luego que salimos de Meycauayan iba por el camino haciéndole relación de estos hechos, que creía poder serle útiles si llegaban á venir los enemigos: hacíamos reflexiones sobre ellos y considerábamos el partido que se podía sacar de los indios y del terreno de esta provincia caso de que los ingleses llegasen á tomar á Manila como sucedió la guerra pasada; notábamos los defectos que cometieron entonces nuestras tropas y hablábamos de los medios con que se podían remediar.

En estas conversaciones anduvimos sin sentir la media hora de camino que hay de Meycauayan al pueblo de Marilao, que se llama así de un arbusto de su nombre que sirve para teñir de pajizo, que en el idioma del país se llama *marilao*. Para entrar en el pueblo se pasa el estero que pasamos en Meycauayan, no por un puente de piedra como allí, sino por un puente de tabla bastante endeble que se destruye todos los años al entrar las aguas. Durante esta estación, las gentes que viven de la banda de acá del estero se comunican con el pueblo por medio de canoas, de que abunda un pueblo, como éste, comerciante. Pasado el puente encontramos un pequeño

camarín de caña que sirve de iglesia y una mala casa parroquial; más adelante se está fabricando una iglesia nueva de hermosa fábrica; estaban bastante adelantadas las paredes, y llevaba trazas de ser una de las mejores iglesias de las Islas. Este pueblo era visita de Meycauayan, de donde se segregó hace pocos años, y aun no ha habido tiempo de hacer los edificios públicos de que constan los pueblos de Filipinas. Tiene como 600 tributos de gente bastante acomodada y enteramente semejante á la del pueblo de que hasta hace pocos años era una parte. Las casas de este pueblo están á la orilla del estero, y por cuanto éste da muchas vueltas y revueltas, para acortar los viajes se ha abierto el camino real por medio de las sementeras de arroz, lo que hace que esté lleno de lodazales en tiempo de agua, y en la estación de las secas el sol calienta como acostumbra en la zona tórrida y no se tiene la comodidad de la sombra, muy necesaria en estos países.

Estas sementeras pertenecen á los PP. Dominicos, que tienen una buena casa de piedra y teja para una habitación del lego que cuida de la hacienda, y un tambobon ó panera, donde guardan el arroz que perciben de terrazgo. En esta hacienda de Lolomboy, la casa está á pocas brazas del camino. El producto de estas tierras asciende á 6.000 cavañes de arroz, y puede dejar la hacienda hasta cuatro mil pesos, deducidos todos los gastos. Es hacienda que pertenece á la Provincia, y con su producto se traen las misiones y se socorre á los misioneros de China y de Tonquín. Pasado Lolomboy, á corta distancia se encuentra el pueblo de Bocaue, administración de los PP. Franciscanos; su población es de 1.000 tributos poco más ó menos. Tiene una iglesia y convento de cantería bastante regular y de la misma hechura que los que

dejamos atrás. Pasada la iglesia, un puente de tabla como el de Marilao, que sirve para tiempo de secas; en entrando las aguas suele crecerse, y es preciso pasar aquel estero con embarcaciones. Internándose como una legua tierra adentro, se halla el pueblo de Santa María; es fundación moderna, y todavía están sus fábricas ó edificios á los principios. En este pueblo hay un río no muy grande que baja del monte, y es el más caudaloso que hay desde el río de San Mateo hasta el de Angat en toda esta cordillera de montes; los demás son riachuelos; sin embargo, como las aguas son tan abundantes en esta tierra, estos ríos pequeños y el de Santa María engruesan extraordinariamente los esteros que pasamos este día, y destruyen todos los puentes, excepto el de Polo y Meycauayan, que son de piedra.

Cualquiera otra nación europea que dominase estas Islas buscaría medios de hacer de piedra los puentes de Marilao y Bocaue, para conservar la comunicación con los demás pueblos de esta provincia en todo tiempo. Todas las márgenes del río de Angat, hasta Calumpit, son de un hermoso temperamento: los indios ordenan á muchos enfermos la residencia en esta deliciosa morada, y yo he visto á algunos que se han restablecido de sus enfermedades con sólo trasladarse á ella. A pesar de estas utilidades no se puede ir á este sitio en tiempo de aguas sino embarcándose desde Manila hasta Bulacán y caminando lo restante á caballo. Los puentes de Polo y Meycauayan se han fabricado con la caja de Comunidad: ¿por qué no se podrian fabricar los otros del mismo modo? Yo sé que en los pueblos pequeños la caja de Comunidad es poca cosa, que sobra poco de su producto después de pagar las cargas indispensables; pero se podía juntar todo el sobrante

de estas cajas en todos los pueblos de la provincia, y con él hacer las obras más útiles al público y poco á poco hacer las demás. En el espacio de cincuenta años no habría provincia que no tuviese concluidas todas las obras siguiendo este método, cuando ahora nada se hace ni nada queda de toda esta plaza. Algunos alcaldes mayores salen fallidos, y en este caso la caja de Comunidad queda exhausta. Aunque no suceda esto, no se puede sacar el sobrante de estas cajas sin seguir un expediente en Gobierno. Se gasta mucho en él, porque son los derechos triples por ser cosa de común; y como el total del sobrante es poco, se consume todo en el proceso. En el pueblo de Calumpit se concedió esta plata para la fábrica de la iglesia; se gastaron en el expediente 60 pesos, y sólo se hallaron en la caja 70. De este modo el medio real que paga cada indio todos los años para esta caja viene á ser presa del Juzgado del gobernador. A todo el partido de que acabo de hablar se le llama *la Rinconada*; es toda administración de PP. Franciscanos. En el día comprende 5.000 tributos; antiguamente los indios eran muy pocos, como se puede probar por las haciendas. El Rey dejó á los indios que encontraron los españoles todas las tierras que trabajaban, y sólo vendió ó dió de merced las tierras incultas; siendo, pues, casi todas las tierras de este partido de haciendas de religiosos y muy pocas de naturales, es evidente que éstos eran muy pocos en tiempos de la Conquista. La cercanía de Manila, la comodidad del comercio que se puede hacer en embarcaciones á la Capital y otras provincias por esteros muy propios para las canoas de los indios, y la calidad del terreno, han sido la causa de que se haya aumentado tanto la población. Las sementeras de arroz no se pueden regar, porque no bajan ríos del

monte donde se puedan hacer presas; pero las más de ellas son bastante bajas y conservan bien el agua. Si algún año hay secas en los meses de Septiembre y Octubre, se suele perder la cosecha. En estos casos. los estancieros les perdonan el terrazgo, y el comercio les suministra medios de pasar y subsistir hasta la cosecha futura. Todo el O. de estos pueblos está lleno de esteros, que se dividen de mil diferentes maneras; los indios pescan en ellos muchas ostras, cangrejos, camarones y otros mariscos. Se cogen algunos pescados, y facilitan el paso á la mar, donde tienen corrales, salambaos y otros instrumentos con que se coge en esta tierra mucho pescado con poco trabajo. Estos pueblos están bien surtidos de este género y pueden vender algo á los extraños. Los esteros están llenos de manglares, donde sacan los indios mucha leña para vender en Manila; podrían hacer mucha sal, y con las conchas de las ostras una cal bastante buena, como lo es casi toda la que se gasta en estas Islas; pero se dedican poco á estos ramos.

Por la banda del E. hay un terreno espacioso después de acabar las sementeras de arroz, hasta los montes de San Mateo. La tierra es quebrada y áspera; en partes está llena de cascajillo, que la hace endeble y poco fértil para todo género de plantas. Lo restante es muy buena tierra, substanciosa, fuerte y doble, excelente para azúcar, añil, pimienta, café, cacao y todo género de frutas y legumbres. El trigo produciría muy bien en ella; los rocíos que caen, como en la provincia de Batangas, mantendrían esta planta en el verdor y lozanía que se ve en los trigales de aquella provincia; todo este terreno está casi inculto. En todo él no hay más que un pequeño pueblo llamado San José, que sólo tiene 100 tributos es-

casos. Los PP. Franciscanos mantienen en él un religioso para su administración. Esta creo debe de ser una carga muy pesada para tan pequeña población, que no puede sufragar los gastos de un ministro de doctrina y una iglesia sin molestar mucho á los individuos del pueblo, por cuyo motivo nadie irá á establecerse en él, muchos saldrán para otras partes, y el pueblo crecerá muy poco. Si se les quita el Padre y el capitán, y se agregase en lo temporal y espiritual al pueblo más inmediato, teniendo tierras como tiene en abundancia, dentro de pocos años sería una población que podía ser pueblo separado sin que las cargas concejiles gravasen mucho á sus habitantes. Esta pequeña ranchería cultiva algunas tierras y lo demás está baldío. Los dueños de las haciendas mantienen algunas vacas que les producen poco, porque las destruyen los contrabandistas y los perros de los cazadores; la gente de estos pueblos mantiene en los mismos sitios muchos carabaos, que andan sueltos por los montes, y nada se puede sembrar en todo este dilatado terreno que no lo destruyan los animales. Si los estancieros quitaran las vacas y se tuviera algún cuidado de los carabaos, como se hace en otras partes, se podrían cultivar todas estas tierras y sacar de ellas grandes riquezas sobre lo que ahora producen, pues sólo sirven para apacentar el ganado, que siempre se podía mantener reduciéndolo á ciertos sitios, y para cazar venados y jabalíes, los cuales se retirarían á la falda de los montes de San Mateo, donde se les podía cazar con el mismo trabajo que se tiene ahora. Hay en estas tierras muchas palomas silvestres, patos de monte, gallos de monte y todo género de volatería. Los indios se dedican poco á esta caza, y sólo cogen algunas de estas aves con lazos.



CAPÍTULO XVIII

SALIMOS de Bocaue, y, caminando por una calzada llana, entre sementeras de arroz, en menos de un cuarto de hora llegamos á Bigaa. Antes de entrar en el pueblo encontramos un puente de tabla bastante largo que hay sobre un estero de agua salada, que se introduce á larga distancia tierra adentro. Aquí nos apeamos, porque á la otra banda del puente estaba la gente del pueblo que salía á recibir al General; venían las dalagas del pueblo bien vestidas á su usanza, con banderas en las manos, y puestas en dos hileras nos condujeron al convento ó casa parroquial,

Materias que abraza el capítulo XVIII.—Salida de Bocaue; llegada á Bigaa.—El recibimiento.—Cómo cantan los indios cuando están solos.—El pueblo; sus particularidades.—El contrato sanlangbili.—Observaciones acerca del terreno de Bigaa.—Aprovechamientos que se les niega á los indios.—El camino de Bigaa á Balluag.—Lo que falta, en general, á los caminos de Filipinas.—Dificultades con que luchan los alcaldes para construirlos.—Remedio que el Autor propone para cortar ciertos abusos.—Cómo hay que tratar á los indios en este particular.—Llegada á Bulacán.—El convento; la casa real, etc.—La cárcel: males que en ella existen.—Remedio que el Autor propone.—Sueldo y beneficios del administrador del vino.—Íd. id. del administrador de la bonga.—Íd. id. del administrador del tabaco.—Chanchullos que hacen todos éstos y sus dependientes.—El arriendo del juego de gallos.—Número de tributos del pueblo de Bulacán.—Otras noticias.

donde pasamos aquel día. Las gentes del pueblo hicieron sus danzas para obsequiar al General. Había una mujer que cantaba y bailaba con mucho desembarazo todos los diferentes cantares y bailes de la tierra. No era natural de Bigaa; la habían traído de intento de otro pueblo para que representase todas estas habilidades con el fin de divertirnos. Las indias son generalmente vergonzosas para cantar y bailar en semejantes concursos. Alguna que otra sale bastante desembarazada para ejercer estas funciones en cualquiera concurrencia: á éstas las llaman los indios con el nombre español de fandangueras, y las buscan para las fiestas, en que hacen el principal papel y toda la diversión; las más de ellas no tienen más gracia que su natural desenvoltura.

Cuando los indios están solos, cantan deshonestamente y hacen con el cuerpo meneos indecentes; todas sus acciones, palabras y cantares respiran lubricidad y chistes lascivos que hacen reír al auditorio, con lo que reciben galas y buscan la vida. Las más inútiles para cantar y bailar suelen ser las más deshonestas; las que tienen alguna gracia son mas recatadas; nuestras bailarinas cantaban graciosamente y bailaban muy bien todos los bailes de la tierra; nada hicieron indigno del concurso que había; no sé si en otras ocasiones se portaban con el mismo recato.

Acabada esta pequeña diversión, despidióse el General de los indios con mucha afabilidad, y fuimos á ver la iglesia y el convento. Una y otra fábrica es de cantería; la iglesia es un cuadrilongo con buen artesonado de tabla y bastantes ventanas, que le daban mucha claridad; la bóveda ó artesonado y las paredes estaban muy blancas y bien pintadas; los retablos, llenos de escultura de mal gusto, pero dorados y curiosos; el convento era muy viejo y se estaba re-

novando; la mitad de él estaba caído, y en su lugar se estaba levantando otro nuevo de muy buen gusto; en la otra mitad nos alojamos con alguna incomodidad. No teniendo más que ver, nos salimos á registrar el pueblo. Iban en nuestra compañía algunos religiosos de los pueblos cercanos que habían venido á ver al General. El párroco del pueblo, que era un religioso Agustino, nos conducía y enseñaba cuanto había digno de notarse. Las calles son anchas, llanas y bastante regulares para tiempos de secas; durante la estación de las aguas, es preciso sean incómodas y estén llenas de un lodo pegajoso que causará bastante molestia á los que las paseen. Hay bastantes buenas casas de tablas, y cada una tiene su huerta. Notamos que en estas huertas no había plátanos como en otras partes, ni estaban frondosas como en los pueblos que habíamos pasado. Nos dijeron que la tierra es muy gredosa, que se endurece como una piedra y que se abren grietas en secándose; de modo que no se conservan en ella sino aquellos árboles que echan las raíces muy profundas y por otra parte necesitan poca humedad para vivir.

En medio del pueblo vimos una casa de tabla grande y de mejor vista que las demás. Subimos por verla, y nos dijeron que era de un cacique del pueblo que había sido gobernadorcillo. Actualmente tenía el arrendamiento de gallos de algunos pueblos de la provincia, cosa que nada le quitaba de su principalía, porque, entre estas gentes, aquellos oficios son tanto más decorosos cuanto más reeditúan al que los ejerce. Una hija doncella que tenía este principal, luego que nos vió subir, hizo agua de limón y nos presentó un refresco de esta agua, varios géneros de dulce, bizcochos, sandías y otras frutas; sacó vino jerez, vasos y copas de cristal: todos nos admiramos de este lujo

en un pueblo donde no lo esperábamos, y lo que nos sobrecogió más fué que no podía estar provista de antemano ni saber que debíamos subir á su casa, pues esta visita fué efecto de una casualidad. En otras casas vimos unos grandes camarines, que ellos llaman tambobon, donde se guarda el arroz cáscara. Nos aseguraron que había quien recogía anualmente veinte mil fanegas de arroz cáscara de las sementeras que labraba por medio de compañeros ó casamahanes y del terrazgo que le pagaban los inquilinos por las tierras que le arrendaban.—Es de notar que todos estos grandes cosecheros son mestizos de chinos, que no han heredado un palmo de tierra de sus abuelos.

Todas estas tierras las han comprado á los indios por medio del contrato que llaman *sanlangbili*, que es un contrato de compra y venta con pacto *retro vendendi*. Este contrato, aunque no puede graduarse de usurario ni generalmente de ilícito en sí mismo, según las condiciones con que acostumbran á celebrarlo, se debía prohibir enteramente á los indios, ó por lo menos no permitirles el que lo celebrasen sin licencia de la Real Audiencia, pues no es más que un efugio de una ley. Las leyes de Indias, conociendo la facilidad que tiene el indio de vender sus tierras por tener una fiesta, sin considerar que el enajenarse de lo que da la subsistencia diaria va á reducirle á la mayor infelicidad, ordenan que los indios no puedan vender sus tierras sin licencia de las Audiencias Reales. En ninguna parte de las Indias es más necesaria esta ley que en Filipinas, donde los naturales están mezclados con una casta de gentes que puede, por medio del contrato de compra y venta, despojarlos de todas sus tierras. Cuanto desarreglado es el indio en sus gastos, tanto más circunspecto es el mestizo.

Éste gasta á proporción del caudal que va adquiriendo, pensando siempre en adelantarlo. El indio, no sólo no piensa en adelantar su caudal, sino que no hace más que buscar medios de hallar plata para gastarla en funciones. Un bautizo, un entierro, un cumpleaños, un casamiento y otros motivos menores son bastantes para que un indio intente dar una función á sus paisanos. No tiene dinero para ello: ¿y qué hace? Piensa vender las tierras, pero le está esto prohibido; pide plata á un mestizo, éste no se la da si no le empeña las tierras celebrando el contrato de sanlangbili; siempre que el indio le pide plata se la va dando el mestizo hasta que la cantidad sube á un precio excesivo, el cual jamás podrá el indio llegar á entregar para rescatar sus tierras. Por este medio, el contrato con el pacto *retro vendendi* viene á ser una venta formal que hace al mestizo dueño perpetuo de las tierras. De este modo los mestizos se van apoderando de todas las tierras de Filipinas; y si la Real Audiencia no toma con empeño abolir este abuso, dentro de poco tiempo será enteramente dueña de las Islas esta ingeniosa nación, de que se pueden temer consecuencias muy perjudiciales.

En este paseo reconocimos bien el estero que pasamos: es bastante ancho, por cuyo motivo el puente es poco sólido, y se cae algunas veces, dejando intransitable este camino. Debía hacerse aquí un puente de piedra para que la comunicación de Manila á esta provincia fuese perpetua y permanente. Nos dijeron los indios que este estero se introduce una legua de tierra adentro hasta el sitio de Balete, donde los PP. Dominicos tienen un camarín de piedra y teja para recoger el palay ó arroz cáscara de las sementeras que tiene allí la hacienda de Pandi, que pertenece á la Provincia de estos PP. y está algo

distante, pero dentro de la jurisdicción de este pueblo de Bigaa. Un lego gobierna esta hacienda y entrega á la Provincia del Santísimo Rosario como cuatro mil pesos, poco más ó menos, que produce en arroz del terrazgo de las sementeras. Lo restante de ella es la continuación del monte que está al E. de los pueblos de Polo, Meycauayan y Bocaue, que nada produce, ni se utilizan de él los dueños de la hacienda.

Las haciendas, por lo que respecta á las sementeras de arroz que llaman de *tubigán*, que son todas aquellas donde el arroz no se siembra, sino se planta, son utilísimas á los indios, más que si fueran tierras propias. Los dueños de ellas les procuran todas las mejoras que pueden y les dan agua para regar, lo que jamás harían los indios si fuesen suyas. En pagando su terrazgo, que es muy poca cosa, están seguros de que no les faltarán las tierras; que, si fueran propias, las hubieran enajenado mil veces, ó hubieran tenido sobre ellas muchos pleitos en que las hubieran perdido ó hubieran gastado más de lo que valían, y así les es más útil pagar el terrazgo á los propietarios que ser dueños de ellas. Ésta parece una paradoja, pero la acredita la experiencia. Aquellos pueblos que se han establecido en las haciendas están más acomodados que los que son propietarios de muchas sementeras. Por lo que toca á los montes y tierras, es muy perjudicial á los pueblos el que tengan un dueño poderoso que posea todo el monte. Según nuestras leyes, los indios podían aprovecharse de estos montes cortando la hierba, leña y maderas que necesitaban para sus casas. Los hacenderos les prohibían todo esto, hasta que, á consulta del señor Calderón, mandó el Rey á mitad del siglo pasado que no se les permitiesen á los dueños de las hacien-

das estos abusos. No obstante esta ley, los estancieros impiden á los indios el cortar leña, maderas y hierba, con el pretexto de que las sacan para vender y no para el uso de su casa. Es tan cierto este abuso, que cuando hay que hacer una obra en un pueblo, los párrocos necesitamos dar á los indios un certificado para que los administradores no les pongan embarazo para cortar madera, prueba de que en otras ocasiones impiden que lo hagan. Las tierras altas sólo producen á fuerza de trabajo; sin embargo, los indios las cultivan si son propias; pero si tienen que pagar terrazgo, es tan poco el producto que les queda, deducidas las expensas, que no pueden cultivarlas. Así vemos todas las lomas de las haciendas incultas y eriazas, sin que nadie se aproveche de ellas. Sería muy conveniente que mandase S. M. que los indios cultivasen estas tierras y adquiriesen por sólo su cultivo la propiedad, y que pudiesen cortar la hierba ó maderas que quisieran, fuese para sus propios usos ó para vender. Esto parece una injusticia, pero verdaderamente no es más que una compensación de las extorsiones que los hacenderos han hecho á los pueblos en doscientos años.

Como el sol calentaba mucho y este pueblo es bastante árido, nos volvimos luego al convento. Desde allí descubríamos una grande planicie de sementeras de arroz que hacía horizonte. El arroz estaba cortado y puesto en bandalas, que hermosaban aquel campo. Parte de estas tierras eran de Bigaa; y aunque habían vendido los indios muchas de ellas á los mestizos de su pueblo y otros, les habían quedado bastante para mantener 800 tributos que se enumeran en este pueblo. Si se hiciera un camino por medio de estas sementeras por el pueblo de Baliuag, adonde íbamos nosotros y adonde van muchos espa-

ñoses á restablecer la salud, podíamos haber llegado esta misma mañana, pues en hora y media se podía andar el camino que hay de Bigaa á Baliuag. Por estas mismas sementeras hay un pequeño camino para el pueblo de Guiguinto: si estuviera corriente, se ahorrraba mucho camino para ir á casi todos los pueblos de esta provincia, á Pampanga, Pangasinán, Ilocos y Cagayán; pero en tiempo de aguas está intransitable, y durante las secas no se puede ir en ruedas por ser estrecho el camino, y no queda otro recurso sino tomar una grande vuelta pasando por Bulacán.

Todos estos caminos hace años que debían estar abiertos si hubiera un poco de policía en Filipinas. Son tan fáciles de hacer, que basta el coger un poco de tierra á los lados y echarla en el terreno que se destina para el camino á fin de que la calzada se eleve sobre lo restante de la tierra y pueda escurrirse el agua cuando llueve. Los pueblos son tan numerosos, que con poco trabajo de parte de cada individuo puede quedar el camino concluído. Pero hay un inconveniente insuperable: que son los indios dueños de las tierras. Muchos de estos propietarios son fáciles de vencer; en proponiéndoles el alcalde mayor ó el Padre la utilidad común y el beneficio del pueblo, conviene generalmente el indio en que se abra el camino por medio de la sementera. Pero hay algunos, particularmente mestizos, que se oponen fuertemente á que se toquen sus sementeras. Suelen ser éstos cavilosos, pleitistas y atrevidos, y el alcalde mayor ó el Padre, que son los que proyectan estas calzadas, temen que se presenten á la Real Audiencia abultando las cosas y mintiendo, que se les crea en aquel tribunal, y que por lo menos salga auto para que se les reprenda, lo que siempre cuesta un bochorno y una pesadumbre. Continuamente encontramos va-

rias revueltas en los caminos: preguntábamos que por qué no se habían hecho derechas, y nos respondían: el P. Zutano emprendió este camino; al llegar adonde se halla la revuelta, se le opuso un principal, diciendo que no quería que le cortasen la tierra por medio, ó que le destruyesen un árbol. El principal había tenido varios pleitos; sabía presentar en Manila una querrela, y receloso el Padre de que le viniese una reprehensión y que se mandase parar enteramente la obra, dirigió el camino rodeando las tierras del principal, y quedó torcido, como lo veis.

Este fué el motivo, nos dijo el alcalde mayor de la provincia, por que no había hecho el camino que se debía hacer en los lugares que llevo dichos. Yo conocí un alcalde mayor que, celoso del bien público, mandó abrir un canal para comunicar con la cabecera de su provincia un río que facilitaba mucho el comercio. En Manila se alzó el grito contra él, diciendo que había mortificado extraordinariamente á los indios con sólo el fin de que sus embarcaciones pasasen desde el pueblo de su residencia al río. Yo les diría si las embarcaciones de los indios no pasaban también por el mismo canal; si no se aprovechaba de esta obra toda la provincia. Es de notar que los alcaldes mayores sólo reciben las alcaldías por tres años; y aunque algunos suelen estar más tiempo, pasados los tres años no deben contar ni un día más seguros. Añádase que cuando el alcalde empezó esta obra ya llevaría algún tiempo en la provincia; y si se considera lo que tardaría en concluirse, hallaremos que el alcalde mayor pudo aprovecharse muy poco del canal y toda la utilidad redundó en beneficio de los indios. Pero éstos, enemigos del trabajo, como los muchachos de ir á la escuela, aunque sea únicamente por su bien, fingen utilidades ajenas cuando

se les manda trabajar ó cuando se les quita un palmo de tierra para el bien público, y hacen una presentación que intimida el celo más fervoroso por el bien de los pueblos. Por este motivo en casi todas las Islas Filipinas casi no se encuentran más obras públicas que las que han hecho los Padres ministros de doctrina, porque sólo su celo puede superar las dificultades que se presentan hasta la conclusión de la más mínima obra de esta especie.

El Padre cura de Bigaa, Fr. Gregorio Guerra, acababa de salir de vicario mío; conocía al General y á todos los oficiales que iban en nuestra compañía, y nos obsequió espléndidamente. Después de comer emprendimos nuestro viaje. Salimos de Bigaa, y, dejando el camino de Guiguinto, que era el más corto, por no poder ir ruedas por él, tomamos el del pueblo de Bulacán al O., dejando al N. á Balúag, término de nuestra jornada. Como el sol nos daba de cara, y en esta calzada no hay árboles que den sombra alguna, nos molestaba bastante. Éste es otro defecto de la policía de Filipinas. Las gentes de Bigaa viven en medio de las sementeras; es imposible que los párrocos puedan ir en tiempo de aguas á sus casas. Sólo los indios, que andan descalzos, pueden atravesar las sementeras para ir á sus rancherías, y esto no lo hacen sin meterse en el lodo hasta la rodilla ó hasta medio muslo. Á los enfermos los meten en unas hamacas y los llevan al pueblo para que reciban los sacramentos. Faltan calzadas para que se acomoden las casas á ambos lados, como en otras partes, y en la única calzada buena que hay, que es por donde íbamos nosotros, hay muy pocas casas. Ya he dicho que esta es una tierra gredosa, excelente para palay ó arroz, porque conserva bien el agua todo el tiempo de lluvias, pero mala para árboles

frutales. Los indios nos dijeron que por este motivo no se ponían casas en este camino; pero yo noté que en las pocas casas que había producían muy bien algunos árboles y daban una excelente sombra, ó bien porque sus dueños habían escogido los árboles análogos á la tierra, ó bien porque habían tenido el cuidado de regarlos, lo que es muy fácil en una tierra como ésta, donde á las dos ó tres brazas de profundidad se encuentra agua y es fácil abrir pozos en todas partes.

Por último, este defecto de no haber casas en las orillas de los caminos es bastante común, y todo este día habíamos andado por caminos de esta clase. El verdadero motivo está en los dueños de las tierras, que no las quieren franquear á sus paisanos para que pongan casas y huertas, y muchos infelices están viviendo en unos rincones pequeños sin tener lugar para plantar un árbol. Lo más malo que hay en esto es que las tierras están en las manos de los meztizos de sangley, que se consideran como extranjeros en Filipinas, y los naturales no tienen sitio donde poner una casa y una huerta. Está mandado que á todo indio se le den dos *loanes* de tierra, que son quince brazas en cuadro, para que plante su casa, críe sus gallinas y puercos y tenga una pequeña huerta para sembrar hortalizas y algunas plantas. Esta sabia ley no se observa aun en las mismas haciendas de los españoles; también está mandado que las tierras que están baldías por dos años las ocupe el que quiera, y con todo vemos por algunos caminos tierras baldías, y ninguno se atreve á labrarlas ni poner su casa en ellas. Yo he preguntado muchas veces á los indios que por qué no cultivan estos solares, y me han respondido que quedaron sin repartir entre los herederos y que ya no se pueden

cultivar, porque si uno intenta sembrarlos, se presenta su comparte y se lo impide. «Bien, les decía; y ¿por qué tantos infelices que no tienen lugar para plantar sus casas no los ocupan, usando del derecho que les concede la ley, para apropiarse de las tierras baldías que han dejado por cultivar sus dueños por dos años?» Los propietarios, decían, que saben que no pueden ponerles pleito, les amenazan que si ponen allí su casa se la han de quemar por la noche. Este es el verdadero motivo por que las calzadas no están pobladas, de que se siguen mil desórdenes.

El único medio de cortar estos abusos es que los alcaldes mayores vean qué indios son los que no tienen terreno para sus casas; que él mismo en persona les señale el terreno, y mande al capitán ó gobernadorcillo que á la fuerza obligue á aquel indio á que ponga su casa en el sitio que se le ha señalado. Entonces el indio, aunque se alegre mucho de verse dueño del terreno, hace que siente poner allí su casa; se va al dueño de la tierra y le expone sus quejas contra el alcalde mayor; exagera su miseria y los gastos que tiene que hacer, y el propietario concibe lástima de él; toda su ira se vuelve contra el alcalde mayor y deja su tierra al indio, sin molestarlo ni amenazarle que le quemará su casa. Á estas gentes es preciso engañarles como á los niños para que obren bien. Yo he visto algunas veces representar la escena que acabo de pintar, y casi siempre he sido el actor general por conmiseración á los pobres infelices. De este modo se podían llenar de casas casi todos los caminos de Filipinas, pues en muchas partes hay indios suficientes para todo esto. Dando cumplimiento por este ó por otro medio á las sabias leyes de que acabo de hablar, resultarían al público muchas utilidades. Los caminos, que ahora están intransitables

en tiempo de aguas, porque la humedad de las sementeras se comunica á las calzadas y es causa de que se hagan grandes lodazales, estarían buenos en todo tiempo, quitando aquella humedad por medio de las huertas, donde no permitirían los indios que parase el agua y por el casajillo ó conchuela que echan los indios en el pedazo de camino que hay frente de sus casas y que tienen cuidado de renovar cuando se lo llevan las aguas hasta que se va mezclando con la tierra y hace una calzada sólida, como vemos en los pueblos donde hay un poco de policía.

Estos caminos serían muy cómodos en tiempo de soles; los árboles frutales les darían sombra, y sería una delicia el pasar por ellos mañana y tarde mientras no está muy alto el sol; serían deliciosos á la vista con la verdura y lozania que se experimenta en esta tierra en las huertas; en todas las estaciones del año serían seguros, y un muchacho, una doncella y cualquiera podría andar por ellos de noche y de día, sin riesgo de ser robado ó maltratado; los ladrones mismos no tendrían las guaridas que les proporcionan muchas casas que hay en las sementeras, en los bosques y en los lugares retirados. Yo sé que costaría trabajo el reducir á todos los indios á los caminos reales, y que parece mucho rigor el obligar á un indio á trasladar su casa de un sitio á otro. Pero como esto cede en beneficio del público y de los particulares, los pueblos mismos debían hacer de común estas traslaciones y los particulares llevarlas con gusto por el gran bien que les resultaba. Cuando íbamos á la escuela y al estudio, no nos agradaban estos ejercicios; nuestros padres nos obligaban, á pesar nuestro, á estudiar, y ahora les damos las gracias. Los indios son como muchachos de escuela, y es preciso obligarles á hacer todo aquello que se sabe

les ha de gustar después de hecho. Cuando el Gobernador actual mandó hacer el camino de Manila á Cavite, se resentían mis feligreses de Parañaque, y yo les persuadía á que se habían de alegrar mucho después de hecho. Efectivamente ha sucedido así. Antiguamente no podían ir á Manila sino por playas; los ladrones les robaban á veces en medio del camino, abusaban de las mujeres y mataban á algunos. Desde que se hizo el camino nuevo no ha sucedido en él una desgracia, porque hay muchas casas en él, y no se atreven los ladrones á robar en medio de tanta publicidad. Los indios se alegran ahora de tener este camino y dan gracias al Gobernador que lo mandó hacer. Es de notar que se podía aún mejorar, sacando á la calzada muchas casas que están escondidas entre cañaverales.

Antes de llegar á Bulacán encontramos al alcalde mayor que salía á recibir al General; proseguimos en su compañía, y luego que entramos en territorio de Bulacán varió enteramente la campiña. El camino estaba lleno de casas á ambos lados; cada casa tenía una huerta muy frondosa, que al pasó que nos daba sombra recreaba nuestra vista de mil maneras. Allí se veían árboles de todas especies: cocos, mangas, santoles, camias, bilimbines, macupas, nancas, pajos, plátanos, tamarindos y otros muchos de que he hablado en el capítulo II del viaje precedente, cuya naturaleza he explicado allí. Al poco rato llegamos al puente de Maysantor, que es de un arco de piedra sobre un estero de agua salada. Hasta este puente llega la jurisdicción de la ciudad de Manila, que se extiende cinco leguas al contorno, es decir, que dista de Manila cinco leguas; pero si se miden por el camino que habíamos traído nosotros, son seis bien hechas. Pasado el puente se encuentra el pueblo; tie-

ne muchas casas buenas de tabla, una de piedra y teja y otras de piedra hasta el primer piso. Después de haber andado por entre dos hileras de casas de esta especie, encontramos el convento; nos apeamos, y subimos á él para registrarlo bien y enterarnos de todo. El convento es como todos los demás de los PP. Agustinos: forma la figura de número siete arábigo; es bastante grande y de mucha comodidad. La iglesia es un cuadrilongo semejante á casi todas las de las Islas Filipinas; se diferencia solamente en que es muy grande. Creo sea la más larga de cuantas he visto, pero no es ni ancha ni alta á proporción, y parece muy disforme; encima de la puerta principal hay una estatua de Nuestra Señora, que dicen los indios ser muy milagrosa y la ofrecen muchas candelas. Los ingleses quemaron esta iglesia y convento, y hace poco tiempo que se acabó de reedificar.

Del convento fuimos á la casa real, donde vive el alcalde mayor de la provincia: es obra de cantería muy curiosa y la mejor de cuantas tienen los alcaldes mayores en el arzobispado de Manila y acaso en todas las Islas; debajo de la casa real están los calabozos de la cárcel, y á un lado hay un corral cercado de tapias muy altas con un pozo en el medio, para que los presos puedan salir á bañarse á ciertas horas y á lavar sus ropas. Ésta es, sin duda, la cárcel donde se cuida más de los presos, y con todo se puede asegurar que más es un lugar de martirio que no un lugar donde un hombre está y vive asegurado mientras se decide si es ó no reo del delito que se le imputa, que es el único destino de las cárceles. Los calabozos son húmedos, están llenos de pulgas, chinches y mosquitos, que atormentan á los infelices que habitan esta triste morada. La comida es tan corta, que apenas basta para que no se mueran de

hambre: un poco de arroz malo y poco limpio es toda su subsistencia. Muchos mueren en estos lugares á los pocos meses de mansión; los que salen parecen moribundos, y ninguno está largo tiempo en ellos que no contraiga enfermedades incurables. El General les dió una buena limosna. ¡Quién sabe si la mayor parte no pasaría á manos del carcelero! Hay unos calabozos peores que otros; cuando el carcelero huele que alguno tiene dinero, lo pone en lugar más malo, y sólo á fuerza de dinero logra salir para otra pieza menos incómoda. Esta escena la repite el carcelero siempre que juzga que puede traerle alguna utilidad, y si no fuera un desperdiciador, pudiera por este medio hacerse rico en pocos años.

Hay otro abuso en estas cárceles: un gobernadorcillo de un pueblo porque no dió pronto cumplimiento á un mandato del alcalde mayor; un cabeza de barangay porque no pagó prontamente el dinero de los tributos que están á su cargo; un oficial de justicia, un principal, por una pequeña falta, son conducidos á la cárcel y metidos en los calabozos más lóbregos, más húmedos y más incómodos, colocados entre los más facinerosos que hay en la cárcel, y acaso cargados de prisiones, hasta que el carcelero, por un efecto de conmiseración que se lo pagan bien, lo pone en otro sitio menos hediondo. Para esta clase de gentes de semejantes defectos debía haber una sala decente, donde se les tuviese el tiempo que sea necesario para corregirlas. Ellos son los principales del país: ¿por qué se les ha de tratar como á la gente más vil y baja y aun como á la canalla de foragidos? Todo el que entra en la cárcel paga diariamente una cuota para aceite, además de lo que hay señalado por la entrada y salida. En muchas cárceles, cuando se queja uno que lo han robado y presenta al ladrón

con pruebas bien claras de que cometió el robo, necesita el querellante pagar diariamente lo que se gasta en mantener al preso. Además de esto debe pagar todas las diligencias de justicia: por este motivo nadie quiere seguir estas demandas; pues además de quedarse sin lo que le robaron, está seguro de que ha de gastar ciento ó doscientos pesos. En estos casos se desiste de la querella, y el alcalde mayor pone al ladrón en libertad. El juez dice que no tiene con qué mantenerlo, y le es preciso echarle fuera de la cárcel. Así se perpetúan los ladrones y nadie teme el ser ratero. Estos pleitos se debían seguir de oficio, y á los presos se les debía sustentar por el público como se hace con otros reos: así está mandado; pero en Filipinas, por una fatal desgracia, las disposiciones más útiles y necesarias son las que menos se observan.

Además de estos establecimientos públicos hay en Bulacán las Administraciones de tabaco, vino, bonga y gallos. Aunque este pueblo está casi en el centro de la provincia caminando por tierra, es casi el más cercano á Manila por agua. En cuatro ó cinco horas se puede hacer cómodamente esta navegación, por cuyo motivo sabiamente se ha colocado en él la morada del alcalde mayor y de los administradores de los ramos que están estancados por el Rey. El tabaco se envía manufacturado de Manila; lo recibe el administrador y lo reparte á los fieles, que son unos pequeños administradores de los partidos en que está dividida la provincia y tienen la obligación de entregarlo á los estanquilleros de los pueblos y cobrar sus productos. Los estanquilleros tienen de utilidad el dos y medio por ciento de todo lo que venden. Al que quiere escoger el tabaco le desfalcan, con tratado derecho, un cuarto en cada real. Cuando hay escasez de tabaco, venden en las calles por medio de sus

parientes este género, cuyo precio debía ser inviolable, al precio que les acomoda; y con estas trampas ganan mucho dinero. El fiel, por el trabajo de reparar el tabaco, tiene el dos y medio por ciento del producto de todos los estanquillos que están á su cargo, y del que se vende en su tercena, que es su propio estanquillo, el cinco por ciento. El administrador tiene cuarenta pesos mensuales de renta que le da el Rey y el cinco por ciento del tabaco que reside en su tercena. Éstos pueden utilizarse más en sus trampas, porque como el tabaco pasa por sus manos pueden escoger el mejor y tener más compradores.

El administrador del vino tiene cuarenta pesos de renta y las mermas en que no deja de utilizarse, porque el Rey siempre les pasa mucho más de lo que efectivamente merma. El vino que se vende se saca de una palma que llaman nipa; al Rey le cuesta tres reales cada tinaja fuera de la conducción, y la vende á cuatro pesos cuatro reales; los cuatro pesos son para las Cajas reales y el medio peso para el estanquillero. Estos estanquilleros se enriquecen mucho; los indios echan agua en el vino y acortan la medida, sin que este género de robo les haga mucha mella á sus conciencias; no dejan de tener sus remordimientos, pero la exorbitante ganancia los ahoga. El administrador de bongas tiene veinticinco pesos de renta; este ramo se acopia en esta provincia, no sólo lo que basta para su consumo, sino también para llevar á Manila y ayudar á abastecer los estancos de las de Cavite y Tondo. El millar de bongas se compra á cuenta del Rey á dos reales, y se vende á veinte reales, que corresponden tres bongas por un cuarto. Los estanquilleros de los pueblos perciben el dos y medio por ciento de las bongas que venden. Esto es poca cosa, pero ellos han hallado medios de

procurarse una buena renta con este oficio. Compran bonga de contrabando y la venden como si fuera del Rey, ganando lo que va de tres á cuatro reales á que la compran, á veinte reales á que la venden, sin tener que hacer expensa alguna. No siempre pueden hacer esta trampa, porque les amenazan los administradores que les quitarán el estanquillo si ven que se vende poca bonga. En recompensa buscan otro medio de robar. Las bongas son algo expuestas á perderse y muchas se pudren. El estanquillero tiene provisión de estas bongas podridas; cuando el indio va á comprar le da una bonga buena y dos podridas por un cuarto; es regular que el comprador resista á tomarlas; entonces el estanquillero, aparentando que le hace un gran favor, le permite escoger dos bongas buenas por tres que debía dar. Esta práctica la he visto establecida en algunos estanquillos, donde el estanquillero defrauda al público en un tercio, pues las bongas malas no se debían vender, sino quemar.

Estos robos son tan patentes, que pocos los ignoran: los jefes dicen que como no hay quien se queje, ellos no pueden hacer nada. Para los estanquillos del tabaco hay visitadores; éstos sirven de poco para el público; no sé si la renta sacará algún partido de ellos y se reintegrará de los cien pesos mensuales que paga á los visitadores y cincuenta á sus tenientes. Los indios no se quejarán jamás de los estanquilleros, porque como son amigos de comprar contrabandos, podrían aquéllos hacerles mucho daño declarándolos á los guardas. En esto parece que hay una especie de oculta compensación cual suelen usar los malos entre sí. Los estanquilleros permiten á los indios que tengan contrabandos y los indios sufren y aguantan sus latrocinios. Todo vienen á pagarlo el

Real Erario y algunos infelices. Los gallos están por arrendamiento; el asentista paga al Rey una cuota y tiene facultad de percibir medio real de todos los que quieren jugar á gallos los días de fiesta.

El pueblo de Bulacán tiene como 1.400 tributos bien acomodados; porque aunque no tienen muchas sementeras de arroz, como está cerca de Manila mantiene bastante comercio con la Capital, adonde lleva á vender arroz, frutas, verduras y cuanto se produce en su territorio, que tiene bastante bien cultivado. Nosotros salimos esta misma tarde para Quingua, y, pasado el puente de Maysantor otra vez, dejamos una calzada que va para Malolos, toda llena de árboles frutales, y tomamos la de nuestra derrota, que no estaba menos frondosa, excepto dos pequeños claros de sementeras de arroz; todo lo demás estaba lleno de huertas de todo género de árboles frutales, verduras y legumbres. Creo que en toda la India no habrá legua y media de camino más delicioso que éste. Lo anduvimos con mucho gusto, y llegamos á Quingua entrada ya la noche. Apenas habíamos andado en todo el día ocho leguas; sin embargo, como nos habíamos detenido á registrar cuanto debe llamar la atención de un viajero que desea instruirse del país por donde pasa, nos habíamos cansado bastante este día y nos fuimos á recoger y descansar temprano. El convento donde nos hospedamos nos ofreció la comodidad que necesitaba nuestra fatiga.





CAPÍTULO XIX

EL día 10 por la mañana, luego que nos levantamos, nos enteramos de la iglesia y convento; una y otro son de cantería, y el techo de teja, uniformes en todo á los conventos é iglesias de Filipinas; nada había que notar: los retablos estaban sobrecargados de molduras extravagantes y pintorescas, según el uso común de la tierra. Subimos á la torre para descubrir la campiña; y como no es muy alta, los cañaverales y árboles, de que abunda mucho este pueblo, nos impidieron el verla. Salimos fuera del convento á reconocer el terreno, y hallamos un verdadero paraíso terrenal. Frente del convento hay un cuadro de calles

Materias que abraza el capítulo XIX.—Particularidades de Quingua.—Bellezas del campo.—Tristeza que produce cuando se está solo.—El río.—Baño inopinado.—Caza.—El cultivo y beneficio del tabaco.—Relativa felicidad de los indios de Quingua.—Una anécdota chistosa.—Predicación de los párrocos contra los charlatanes explotadores.—Los amuletos.—La hacienda del marqués de Salinas.—Recuerdo de un pleito.—Una mujer azotada.—Tenacidad de los indios en lo tocante al derecho de propiedad de las tierras.—Conmociones en los pueblos, por efecto de esta tenacidad.—El pueblo de San Isidro.—Cuéntase cómo murieron dos valentones.—Los bandidos: referencia curiosa.—Guiguinto.—Particularidades del terreno comarcano.—Observaciones del Autor acerca de la distribución del trabajo personal.

que se extienden de un lado al otro y forman lo que se llama pueblo, y es bastante regular. De aquí salen cuatro calzadas; la una sube por toda la orilla del río hasta encontrar el territorio de Baliuag, que hay de la banda de acá del río; la otra corre río abajo hasta los confines de Calumpit; la tercera tira hacia Malolos, y la cuarta á Bulacán. Por ésta habíamos venido la tarde antes. Los indios de Quingua tienen sus casas á las orillas de estas calzadas; cada casa tiene veinte brazas en cuadro de terreno, y como son pequeñas, queda bastante lugar para una huerta. Este terreno no debe ocupar más que dos *loanes* de tierra. Un loán tiene cien brazas cuadradas; el que quiera hacer un cuadrado de estas brazas, debe buscar un número que, multiplicado por sí mismo, haga el número ciento: esto es, el número 10, pues diez veces diez, son ciento: luego un cuadrado de diez brazas es un loán. Dicen los indios: si diez brazas en cuadro hacen un loán, veinte brazas deben hacer dos loanes. En esto se equivocan mucho, porque el número veinte multiplicado por sí mismo hace cuatrocientas brazas cuadradas, que son cuatro loanes.

Los dos loanes de tierra que señala la ley para el solar de la casa del indio hacen doscientas brazas cuadradas. Si queremos saber á cuántas varas en cuadro se reducen estas doscientas brazas, no hay más que buscar un número que, multiplicado por sí mismo, complete el de doscientos; éste será el número de brazas en cuadro que hacen dos loanes. El número 14 multiplicado por sí mismo, hace 196; y por tanto, 14 brazas en cuadro hacen un poco menos de dos loanes. Debe, pues, tener un solar de un indio catorce brazas en cuadro, más cuatro brazas cuadradas que restan de 196 á 200. Varias veces quise persuadirles esta verdad; jamás la pudieron comprender,

y quedaron siempre convencidos de que un cuadrado de veinte brazas son dos loanes. Esta equivocación es muy perjudicial á los dueños de las haciendas, cuando los indios piden en ellas sus solares y no quieren pagar nada por ellos. El marqués de Salinas tiene en Quingua una hacienda que llega casi hasta el pueblo; los indios pedían solares para sus casas, con arreglo á unas instrucciones nuevas que acababan de imprimirse. El marqués no quería dárselos si no le pagaban el terreno; se siguió un pleito, que creo no se ha decidido todavía. Si me es lícito decir mi parecer, no dudo en asegurar que el marqués debía dar solares á los indios, como lo mandan las instrucciones; pero solamente dos loanes á cada uno, y los que hayan cogido solares de veinte brazas, que son muchos, deben pagarle el terrazgo de los dos loanes que tiene de más y todos los atrasados.

Las calzadas que forman el pueblo son lo mismo que las otras. Los solares que hay en ellas son de á 20 brazas, por lo cual las casas están muy ralas; y como muchas de ellas están metidas entre los árboles y no se ven desde el camino, es éste bastante solitario, aun dentro del mismo pueblo. Para el que acaba de salir del bullicio de una ciudad y busca la soledad del campo, este es el más delicioso paraje que se puede apetecer; pero luego se fastidia el hombre de estas delicias, y son pocos los que pueden aguantar solos en semejantes lugares una temporada larga: digan los poetas lo que quieran de estos jardines naturales, ensálcenlos hasta las nubes, compárenlos á los Campos Elíseos y hagan de ellos las delicias de los hombres, la experiencia me enseña que los hombres no se acomodan con facilidad á estas soledades. El campo es triste por sí mismo; es preciso que quien se ha de divertir en él lleve com-

pañeros que le hagan sociedad, si no quiere que le fastidie luego. No se puede negar que estos caminos son los paseos más hermosos que hay sobre la redondez de la tierra. Los paseos de España, si están cercados de árboles y proporcionan una buena sombra, se alaban y dan crédito á la ciudad que los tiene; sin embargo, toda su hermosura consiste en unos álamos ó chopos, infructíferos, cuando los de Quingua están llenos de árboles altos, frondosos y fructíferos, sin que haya estación en que no estén algunos cargados de frutas y otros de flores. En todo tiempo los cocales están llenos de nueces de cocos; el caminante, si quiere refrescar, manda que le alcancen uno ó dos cocos; los indios jamás rehusan esta gracia á los españoles, porque saben que se los han de pagar bien. Apenas ha insinuado su deseo, cuando el indio trepa como un mono por un árbol tan alto como una torre, y coge de su copa las dos nueces de coco que se le piden; les quita la corteza y las divide en dos mitades, dejando en cada una un vaso de agua fresca y dulce que bebe el pasajero, y, si quiere, come la medula que está pegada al coco, que es muy sabrosa.

Los jardines mismos no encantan tanto como estas hileras de huertas seguidas. El mismo cuidado que tienen los jardineros afectando el arte les quita aquella gracia que les da en estos lugares la naturaleza con un desordenado orden que se ve en todas las huertas. Aquí hay un rosal, allí un hermoso árbol de macupas, allá una sampaguíta, y acullá un árbol de bonga. En este lugar hay tornasoles, camantiguís y gumamelas, calachuches y otros varios géneros de flores de jardín, y en el otro lugar se ven las mangas, pajos, camias, bilimbines y demás árboles frutales. En unas partes hay hortalizas y legumbres, como ajos, cebollas, patanis, mongos, mostaza, verdolagas

y todo género de verduras; en otras, romero, salvia, ruda, albahaca, pandacaquí y todas las demás hierbas medicinales que se conocen en la India y se describen en el *Hortus Malabaricus*. Abundan tanto estas huertas de todo lo que acabo de referir, que aunque sus dueños no las cultiven les produce cada solar cuarenta pesos anuales. Si el dueño es un poco diligente y planta cacao, café y algunas matas de buyo, suele percibir ochenta pesos, que es una suma extraordinaria para un terreno tan corto.

En el pueblo, cerca del convento, hay una casa bastante grande de tabla que se llama la casa real ó de comunidad, porque sirve para que se hospeden en ella los pasajeros. El gobernadorcillo tiene obligación de llevar allí lo que el español pida por su dinero; pero ¿quién ha de tener paciencia para estarse allí solo de noche y por el día todo el tiempo que no le deja salir de casa el sol? Los más de los caminantes, ó se van al convento, ó á casa de un indio, donde lo pasan mejor que en la casa real. Hay á más de ésta otras buenas casas de tabla, donde viven cuando vienen á vacaciones á este pueblo los de Manila. El dueño de la casa la desembaraza con gusto para que vivan los manilenses, porque sabe que le han de pagar bien el favor que les hace. Los que vienen á vacaciones suelen estar muy divertidos, porque traen consigo mucha gente que les haga compañía; sienten dejar este hermoso terreno y temperamento benigno, y muestran como un género de envidia al Padre que vive aquí continuamente. Si cada uno de ellos viviera solo, yo aseguro que no había de pasar una semana sin desear salir, y que no había de dejar este pueblo con el disgusto que lo deja cuando viene con otro á vacaciones. Yo he vivido algunos años en el pueblo de Calumpit, que es el primero que se sigue río abajo,

tan delicioso como Quingua, y no obstante estar enseñado al retiro desde niño, me moría á veces de tristeza: aquellas hermosas calzadas que tanto exageran los que las ven la primera vez me llenaban de melancolía. Lo que hace más apetecible este sitio para vacaciones es el río. Nosotros fuimos á verlo y tuvimos el gusto de ir y volver por sombra: tan frondosa es la tierra como todo esto. Esta sombra en la zona tórrida es verdaderamente el mayor recreo que se puede desear. El río nada tiene de particular, si se compara con los ríos de España; pero para los que están acostumbrados á vivir en las playas, donde los más de los ríos son esteros de agua salada, y los ríos de agua dulce detenidos por la marea sólo ofrecen un agua turbia y un fondo cenagoso, para estas gentes, digo, el río de Quingua tiene mil particularidades que los enamoran. El agua es tan cristalina, que metido uno en el río se ve hasta las uñas de los pies; la corriente es bastante rápida, y como se está mudando continuamente, refresca mucho y hace un baño muy gustoso. En toda la tierra que habíamos andado no habíamos visto un canto ni en la campiña ni en el río; aquí se ven cantos pelones ó morrillos, que recuerdan las cascadas de los ríos de Europa. El piso de los baños es de una arena fina y dura. Algunos de nuestros compañeros no pudieron contenerse y se bañaron esta misma mañana; otros se fueron á caza, y los demás nos divertimos en ver las huertas, los tabacales y la campiña.

El servicio de la caza no es muy cómodo en esta tierra, y el que se da mucho á él no suele vivir mucho tiempo. Sin embargo, en Quingua y otros pueblos como éste, donde hay mucha arboleda, se puede salir seguro de traer algunas docenas de palomas ú otras aves semejantes sin molestarse mucho. Me-

tiéndose en un cañaveral por la mañana á la sombra que le dan las mismas cañas puede tirar algunos tiros á las palomas que salen á pasear, y lo mismo se puede hacer por la tarde. Si el cañaveral está cerca del río, encontrará también canderoes, que son bastante grandes y sabrosos, y agachonas, especie de becasidas. Nuestros compañeros salieron tarde; las palomas se habían retirado por haber entrado ya el calor, y trajeron poca caza. Los que fuimos á ver la campiña descubrimos por entre las cuatro calzadas que salen del pueblo unas grandes planicies de sembreras de arroz, que no sólo surten á los naturales para sustento anual, sino que les dan mucho arroz para vender á otros pueblos. En las orillas del río tienen grandes tabacales, que es otro ramo que deja al pueblo bastante dinero para sus necesidades. El río en tiempo de aguas corre por unos lados, y en los opuestos deja unas tierras bajas areniscas que los indios llaman *dalampasig*. Son estas tierras excelentes para melones y sandías; los indios plantan algo de estas frutas, pero las más están plantadas de tabaco, porque en ellas se da mejor que en otra parte. También se planta el tabaco en las tierras altas, con tal que estén cerca del río, para que crezca con el rocío que sale á la atmósfera y cae por las mañanas después que se ha condensado con el fresco de la noche. El tabaco es una planta que crece cerca de vara y media; si se la deja, produce una semilla que parece granos de arena. Al acabar la estación de las aguas se siembra, y pasada la Pascua de Navidad se transplanta á las tierras donde se da bien. Es planta que no quiere agua; en echándole una poca cuando se planta, se puede estar seguro de que producirá bien como no llueva. Le basta el rocío que cae por este tiempo para que crezca. El único benefi-

cio que se le hace es caparla. Es preciso cortar la guía tres ó cuatro veces para que las hojas salgan grandes, gruesas y de substancia. Algunos tabacales estaban recién plantados; otros estaban ya en estado de cogerse, y antes de salir de la provincia vimos que muchos ya cortaban el tabaco; de que se infiere que sólo está en la tierra después de transplantarlo dos meses no más. También se hace algo de azúcar, y en otros tiempos se hacía mucho añil; desde que empezó la guerra, como no se puede llevar á Europa este género y hay pocos compradores, los indios han dejado de sembrarlo. Fueron muy pocas las tierras donde vimos esta siembra.

De estos renglones se mantienen los 1.000 tributos que hay en el pueblo de Quingua. Todos son indios tagalos que hacen muy poco comercio; las mujeres no se dedican, como en otras partes, á tejer ni á otras obras de manos. Todo su sustento lo sacan de la tierra, que les da lo bastante para pasar sin hacerlos ricos. Acaso son más felices que en otros pueblos más acomodados; por lo menos, no se verán tantas usuras, tantos contratos ilícitos y tantas trampas como en otras partes. Contentos con su agricultura, son verdaderamente felices, y lo serían mucho más si supieran conocer sus verdaderos bienes.

En lo demás, los de Quingua son en todo semejantes á los demás indios, tienen los mismos usos y costumbres que los tagalos, cuya lengua hablan, y las mismas supersticiones. En comprobación de esto, voy á referir una anécdota que pasó aquí siendo yo cura de Hagonoy. Un cabeza de mi pueblo á quien tenía yo por muy bueno, no se confesó por la cuaresma; le reconvine, y me respondió: «Ya sabes, Padre, que me robaron todas mis alhajas de oro que importaban algunos cien pesos, y por más diligencias que hice

no pude dar con el ladrón. Supe que en el pueblo de Paombong había un indio que se preciaba de tener la ciencia de descubrir los autores de los robos. Enca-minéme á él, y me preguntó por los nombres de todos aquellos que podía yo sospechar que me habían robado: los escribió en papelitos y los puso al rededor de un bilao, y me puso unas tijeras en la mano con la punta hacia el bilao; hizo dar vueltas á éste, y por tres veces el nombre de Juan quedó enfrente de las tijeras, y me dijo que uno llamado Juan era el autor del robo. Hice yo mis averiguaciones, y hallé que ninguno de los Juanes por quienes había yo mandado escribir este nombre podía haberme robado, y conocí que la experiencia del bilao era un embuste. Me dijeron que en Quingua había un hombre que había robado un libro á los Jesuítas, y por él adivinaba los robos más ocultos. Quise probar fortuna, y le pedí que descubriese el robo de mis alhajas. Me mandó comprar dos velas, cerró todas las ventanas de su casa y las encendió delante de un Santo Cristo de metal; cogió medio pliego de papel y con unas tijeras lo fué haciendo tiras; las echó en una palangana de agua, las revolvió y me dijo:—«Tú, á quien han robado, busca en esa palangana los autores del robo».—Registré aquellos papeles, y me sorprendí enteramente cuando hallé pintados tres hombres.—«Lee, me dijo, el rótulo que tienen esos hombres».—Yo leí, y el uno decía: «hombre de Macabebe»; en el otro: «hombre de Malolos»; y en el tercero: «hombre de Hagonoy».—«Tres hombres, me dijo entonces, de esos tres pueblos son los que te han robado; éstos son principales como tú, y no te puedo decir más».—Como he hecho todas estas herejías (así llaman los indios á estos actos de superstición) y he formado muchos juicios temerarios, no me he

querido confesar por no estar dispuesto para ello.»

Le dije al cabeza lo que convenia, y añado ahora que los hombrecillos los tenía ya pintados aquel embustero, y los mezcló en el papel para alucinar á los que le consultaban. Estos charlatanes se valen de la credulidad del pueblo para engañarlo, é impiden que se desarraiguen estas supersticiones. Los párrocos predicamos contra estos embustes y los indios nos creen; pero en llegando á términos de haber sido robados, ó estando expuestos á morir, se conmueven tanto por la pérdida de estos bienes, que casi no saben lo que se hacen; y aunque no creen que por estos medios conseguirían lo que pretenden, los practican porque dicen puede ser que sea así. Por esta causa llevan amuletos para que no les toquen las balas, y para librarse de otros peligros. Sus amuletos suelen ser libritos en que tienen oraciones mezcladas de palabras latinas y españolas y de voces en significativos. Algunos usan de piedras que se hallan en los cuerpos de los animales, de granos de fruta petrificados y de esqueletos de niños; estos amuletos los tenían en su gentilidad, y, por más que se ha hecho, no se han podido desterrar enteramente, lo que no es extraño, pues en nuestra España, en los pueblos de algunas provincias, se encuentran aún algunas supersticiones.

Este mismo día por la tarde fuimos de paseo á caballo al pueblo de San Isidro: salimos por la calzada que va á Calumpit río abajo, y al cuarto de legua encontramos la casa de la hacienda del marqués de Salinas: es de piedra y teja y de una hechura bonita y cómoda; el difunto marqués iba muchas temporadas á esta casa con toda su familia á vacaciones; ahora casi no sirve más que de habitación del mayordomo que tiene en ella para cobrar los réditos de las tie-

rras. El principal renglón de esta hacienda es el arroz; tiene también buenas tierras para azúcar y añil, pero se cultivan poco estos dos ramos. En los solares de los indios hay muchos árboles frutales; el propietario percibe la mitad de los frutos de algunos árboles de manga; todo lo demás es enteramente de los indios: de las mangas y del terrazgo podrá sacar el marqués tres mil pesos anuales. La casa está enfrente del camino real, en un terreno llano y frondoso, y á corta distancia tiene el río de Quingua, que baña esta hacienda todo lo largo de ella y le proporciona un delicioso baño, aunque no puede regarla, pues es imposible en Filipinas hacer presas en ríos como éstos.

No hace muchos años que tuvo esta hacienda un pleito con los indios de Quingua por tierras que éstos se habían apropiado. El oidor D. Ciriaco Carvajal fué á dar posesión de estas tierras á D. José Blanco, que era entonces dueño de la hacienda. Los indios no se atrevieron á oponerse á un señor togado, pero enviaron sus mujeres á impedir la posesión. Éstas, capitaneadas de una principala cuyo marido había sido gobernadorcillo del pueblo, llenaron de arena, agua y lodo á los que estaban midiendo las tierras, cortaron el cordel con que medían, y el Sr. D. Ciriaco participó del lodo que tiraban las mujeres. Fué necesario tomar el asunto con alguna seriedad: se puso presa á la capitana de aquel ejército de mujeres, se la azotó, y bastó esto para corregir á las demás y poder dar posesión con paz y quietud. La azotada no perdió nada en su pueblo por el ultraje de los azotes, antes bien quedó más estimada de todo el pueblo por haberse sacrificado por la causa común. Nosotros vimos á esta mujer, que gozaba la mayor reputación entre sus compatriotas. En la ha-

cienda es preciso tener gran cuidado de que los indios no se apoderen de las tierras, porque ya las miran como propias, y si se las quitan, como sucedió aquí, jamás creen que fué con justicia. Los padres dicen continuamente á sus hijos que aquellas tierras son suyas, que se las quitaron injustamente, y les encargan que las cojan siempre que tengan ocasión para ello: esto lo miran como una obligación de conciencia. Lo mismo practican con sus deudores: tienen gran cuidado de apuntar antes de morir todo lo que se les debe, y encargan á sus hijos que lo cobren; sentirían el presentarse al Tribunal divino sin hacer esta diligencia, porque no se pueden persuadir que el perdonar las deudas sea limosna y acto de caridad. Varias veces me han preguntado si les sería lícito el no hacer diligencia alguna para cobrar lo que se les debe.

Siempre que alguna hacienda pone á los indios algún pleito sobre tierras, suele haber conmociones en los pueblos. En Parañaque les han ganado los Padres Agustinos un pleito varias veces, y con estas especies de sublevaciones han conseguido que no se les dé posesion hasta ahora. Á veces los indios no dejan de tener razón en sus demandas; suele un indio ladino, hablador y entrometido, tratar con los españoles; es gastador y jugador como suelen ser todos éstos, tienen algunas sementeras y sus parientes otras, y él las gobierna todas, dando á sus herederos lo que quiere y trabajando de su cuenta las demás. Á sus parientes los defiende de los otros indios, los asciende á los puestos más honrosos del pueblo, los socorre en todas sus necesidades, y con el poder que aparenta que tiene en Manila, toda su familia es la reinante en su pueblo, donde ejerce un género de despotismo. Sus parientes le miran como su jefe, y

les es de mucha satisfacción tener un protector á su parecer poderoso. Este crédito no puede conservarlo el indio sin gastar mucho y contraer deudas. Cuando se ve apurado de sus acreedores, no halla otro medio sino vender las tierras; saca licencia de la Real Audiencia para este efecto, y vende á un español no sólo las tierras propias, sino las de sus parientes. A éstos los acalla por el pronto con el dominio que ejerce sobre ellos, y con algún dinero que les da y promesas que les finge; pero ellos siempre quedan persuadidos de que aquellas tierras son suyas, así se lo dicen á sus hijos, y no pierden ocasión de apoderarse de ellas. Otros de estos charlatanes buscan un expediente más corto: fingen documento, sobornan testigos, buscan empeños en Manila y ponen un pleito, que ganan con trampas y embustes. Logran con estos pleitos que se les den cincuenta ó cien quñones de tierra, y la venden á un español. Los antiguos propietarios callan, pero nunca olvidan que aquellas tierras son suyas; se lo dicen á sus hijos, y en descuidándose el hacendero se las apropian; si después les ponen pleito, se conmueven y medio se amotinan. Casi todos los movimientos de los pueblos en semejantes ocasiones ha sido sobre tierras de esta naturaleza, y no sobre las mercedes que concedió el Rey en los principios de la Conquista. Á estos pueblos se les debe mirar con compasión, como hizo el oidor señor Calderón, cuya conducta aprobó el Rey en una cédula.

Frente á la casa del marqués está el pueblo de San Isidro, á la otra banda del río, que pasamos en una barca por estar aún crecidas las aguas y no poder vadearse. Desembarcamos en una tomana sembrada de tabaco, y pasada ésta entramos en una plaza larga y ancha, con casas á ambos lados, y al

frente de la iglesia y convento. Estos edificios son muy ruines, porque este pueblo es recién fundado; se está haciendo una iglesia y una casa parroquial por el estilo moderno; una y otra fábrica tienen trazas de ser mejores que los antiguos edificios de esta clase. Este pueblo tiene cerca de 1.000 tributos, lo administra un P. Agustino, y no hace doce años que se separó de Quingua. Desde tiempo antiguo tenía su gobernadorcillo propio, y era, como los demás pueblos que tienen justicia temporal y les falta ministro de doctrina, un receptáculo de ladrones. Llegaron á insolentarse tanto éstos por los años 1780, que entraban en los pueblos y los saqueaban. Su capitán era uno llamado Rufino; en una ocasión intentó éste saquear el pueblo de Calumpit, y tuvo el atrevimiento de avisar de antemano al pueblo para que se defendiese si se atrevía á ello. Salieron los de Calumpit, y luego que vieron á Rufino y sus compañeros, se ocultaron todos por sus huertas. Sólo hubo uno que se atreviese á hacerle cara. Rufino le tiró un trabucazo y lo derribó del caballo. Viéndose en tierra, le dijo que si era hombre de valor, debía apearse y pelear con armas iguales. Se apeó Rufino, y al acercarse á su contrario le tiró éste un pistoletazo y lo dejó en el sitio. Murieron los dos valentones, y sus compañeros retiraron los muertos, los ladrones á Rufino, y los de Calumpit á su paisano, y cesó la pelea. Los ladrones, aunque había muerto su capitán, proseguían robando por la provincia, y fué necesario que el gobernador de Manila enviase tropa para contenerlos; pero luego que se ausentó la tropa, volvieron los ladrones á sus antiguos robos.

El año de 1787, el Dr. D. Simón Fernández, catedrático de leyes, ahorcó en Bulacán nueve de estos salteadores de caminos. La noche antes de la ejecu-

ción de la justicia le avisaron que había llegado á Bulacán mucha gente de Quingua, ó San Isidro, que era lo mismo, pues entonces los dos componian un solo pueblo, y como tenía poca tropa, se asustó. Mandó llamar al Padre cura, que lo era el P. Carracedo; con un muchacho que le llevaba un farol, fué recorriendo todas las casas donde estaban los de Quingua para ver si acaso había alguna conmoción. Todo lo halló sosegado, y avisó á D. Simón Fernández que durmiese sin recelo, pues aquella gente únicamente había venido á despedirse de los que habían de ser ahorcados, pedirle perdón, perdonarlos y darse los ultimos adioses. Varias veces me ha contado el doctor Fernández la sorpresa que le causó el ver que el P. Carracedo iba solo á las casas donde pasaban los de Quingua, cuando él no se atrevía á salir de casa aun con soldados. Se ejecutó la justicia el día siguiente, pero los ladrones no se acabaron en San Isidro hasta que se les puso ministro de doctrina. Desde esta época en nada se distingue este pueblo de los demás. La justicia ha adquirido vigor y poder para no permitir que en su territorio viva gente de mala fama. Todos se dedican á hacer sus sementeras de arroz, á sembrar tabaco, añil y azúcar, como los de Quingua, á quienes se asemejan en todas sus costumbres, con la diferencia que son algo más laboriosos, porque hay muchos mestizos de chinos. Éstos dan dinero á los indios y les obligan á trabajar para pagar sus deudas.

El 11 por la tarde fuimos á caballo al pueblo de Guiguinto. El camino es la misma calzada que habíamos traído viniendo de Bulacán. Al cuarto de legua de Quingua vimos á la una banda del camino la madre de un río de bastante consideración, pero sin agua; nos dijeron que seguía en esta forma hasta los

esteros de agua salada de Bulacán. Probablemente éste era un brazo del río de Quingua antiguamente, que se cerró por esta banda como va sucediendo con otros brazos de este río. En tiempo de aguas vienen trozos disformes de los montes, árboles grandes, grupos de cañas y todo género de ramajes, entran en los brazos del río, y si no se tiene cuidado de retirarlos, se va quedando sobre ellos la arena y va cerrándose enteramente la boca, como va sucediendo en Calumpit en el brazo llamado Bagbag. En Quingua sucedió sin duda esto mismo: se cerró la boca de este río junto al pueblo, y ha quedado la madre antigua, dando muestras de lo que fué. Algunas veces se ha tratado de abrir este río, y siempre ha habido quien se ha opuesto diciendo que no se puede porque se expone á que se inunde el pueblo de Bulacán; sin detenerme en dar las razones físicas que persuaden que Bulacán nada padecería aunque el río de Quingua se comunicase con sus esteros, sólo diré que ¿por qué no padece el pueblo de Malolos, sin embargo de que este grande río se comunica con sus esteros por el brazo que entra por San Marcos? Malolos no está más alto que Bulacán: luego no inundándose éste, no obstante la comunicación que tiene con el río de Quingua, tampoco se inundaría Bulacán, aunque se le diese la comunicación. Antes bien se debía temer que el canal que se abriese por Quingua se cerrase otra vez en su boca, y para obviar este inconveniente sería preciso quitar los árboles y trozos que las avenidas introducirían por este río. El canal que se abriese de nuevo no podía proporcionar el riego á las grandes sementeras y huertas por donde pasase, porque la rapidez del río principal de donde se sacaba y sus abundantes aguas nunca permitirían que se hiciese en él una presa, pero proporcionaría

la facilidad de la navegación y ahorra á los pueblos de San Isidro, Quingua, Baliuag, San Rafael y Angat el tomar una revuelta muy larga y penosa para conducir sus efectos á la Capital. Muchos de los manglares de Bulacán se terraplenarian y se harían tierras de labor; Bulacán tendría agua dulce, y se aumentarían mucho sus pesquerías con los géneros de pescados que en ciertos tiempos van en busca de agua dulce. Todas estas utilidades se conseguían abriendo un canal pequeño en una tierra llana y baja, lo que no podía costar mucho ni era obra grande para unos pueblos numerosos, como son todos los que podían utilizarse de él y que debían concurrir á su formación.

Al llegar á la mitad del camino que hay de Quingua á Bulacán, entramos por unas sementeras, y muy en breve encontramos el pueblo de Guiguinto. Entonces conocimos la grande vuelta que dimos cuando veníamos á Quingua, y en la desde Bigaa á Bulacán, y lo fácil que era ahorrar este camino, agrandando la calzada que hay desde Bigaa, en derechura al camino de Quingua. Esta es una obra de poca consideración, pero muy útil á todos los que viajan de la Capital á todas las provincias del N.; sin embargo, no se hace por la falta de policía de Manila. Al llegar á Guiguinto encontramos un pequeño estero de agua salada; lo pasamos por un puente de caña muy malo, y después del puente encontramos la iglesia y convento. Son estos edificios de cantería, pero pequeños y mal aliñados. El párroco era hermano del P. Fr. Dionisio de Santa María, que nos hospedó en Quingua, ambos del Orden de San Agustín. Cerca de este pueblo tienen los PP. Agustinos una hacienda llamada Alangilang, que les reditúa como seis mil fanegas de arroz cáscara. Sin embar-

go de que esta hacienda está en el territorio de Guiguinto, los inquilinos son todos de los pueblos de Bocaue, Meycauayan y Polo, y los demás de este partido. Las tierras mismas de los naturales de Guiguinto están las más en manos de los mestizos de estos pueblos, los cuales se han apoderado de ellas, dando á los indios plata adelantada para los pleitos y funciones. De aquí ha provenido que teniendo el territorio de Guiguinto más tierras que los demás pueblos de la comarca, sea el más ruin de todos.

En esto se debían tomar disposiciones por el Gobierno español: se debía mandar que los que labren las sementeras de un pueblo se empadronasen en él para que participasen de sus cargas, supuesto que disfrutaban de los beneficios de su terreno. De lo contrario sucede que algunos pueblos están muy agobiados con las cargas concejiles, al mismo tiempo que otros no trabajan nada en beneficio del público. Cuanto mayor es el territorio de un pueblo, tiene forzosamente más obras, y en los pueblos de territorios cortos las obras son menos. Sin embargo, vemos muchos pueblos que apenas tienen tierras para comer un mes, y están muy poblados, porque todo el que no quiere servir al público se empadrona en estos pueblos, donde las cargas concejiles y servicios personales son de poca consideración, y otros que tienen muchas tierras están casi despoblados porque no hay quien quiera empadronarse en ellos porque las cargas concejiles son grandes; y como pueden disfrutar de las sementeras de estos pueblos los indios que viven en otros viniendo á ellos durante el tiempo de la siembra y la cosecha, no es extraño que procuren librarse de unas cargas de que no les resulta beneficio alguno. Un auto de policía podía y debía ocurrir á estos inconvenientes.



CAPÍTULO XX



El día 12 por la mañana fuimos á Baliuag, donde habíamos determinado hacer nuestra principal residencia. Pasamos el río en una balsa de cañas, porque aun no podía vadearse. Á la otra banda estaban los indios principales de Baliuag, y el visitador Vega con sus guardas del tabaco, para recibir y acompañar al General. Estos recibimientos de los principales, que está en uso hacer á las personas de distinción, traen más de incomodidad que de provecho. Van por delante á caballo, y levantan tanto polvo, que es preciso quedarse muy atrás para no ser sofocados de la polvareda. Caminamos en esta forma por espacio de más de una legua por una de las muchas frondosas calzadas que hermosean esta provin-

Materias que abraza el capítulo XX.—Baliuag.—El recibimiento hecho á los expedicionarios.—La plaza.—El convento y la iglesia.—El río.—¿Cuál es su origen?—Producciones principales de los terrenos que rodean á Baliuag.—El añil.—Cultivo, beneficio y comercio del mismo.—Trampas de indios y chinos.—Una copia anecdótica.—El tabaco.—Su cultivo y beneficio.—Maniobras ilícitas que se hacen con los sardos: todos ganan, gracias á ellas, menos la Renta.—El tiangué de Baliuag.—Los demás que hay periódicamente en la provincia de Bulacán.—La hacienda de Buenavista.—Vida que hacían los expedicionarios.

cia. Al llegar á Baliuag, nos admiró mucho su plaza: es bastante ancha y muy larga, semejante á la de la Granja; la situación del convento é iglesia corresponde al sitio donde en la Granja está el palacio Real. Por cada banda de la plaza salen seis calles, de que se puede inferir lo largo de este terreno. Mirada desde el convento parece aún mejor esta plaza; no tiene los edificios que hermocean la de la Granja, pero las casas de tablas, rodeadas de árboles de toda especie, le dan una hermosura natural, superior, á mí parecer, á todos los adornos del arte.

El convento ó casa parroquial es sin contradicción la mejor de todas las Islas: es obra nueva, hecha no por el gusto de los conventos de Filipinas, sino de las casas de los españoles de Manila; y si se considera lo sólido de las paredes, la curiosidad de todas sus piezas y las dimensiones y proporción de ellas, creo que en todo Manila no hay casa que pueda compararse. La iglesia es también de cal y canto, pero algo baja, y la torre, á más de ser mala de por sí, se estaba arruinando. El P. Fr. Esteban Díez, que hizo esta casa *à fundamentis*, y nos alojó en ella, nos decía que le daba vergüenza el no poder hacer otro tanto en la iglesia, porque se lo impedía el alcalde mayor por la mala inteligencia de un decreto del superior Gobierno que había dimanado de unas instrucciones del año 1768; pero debo decir que habiendo ido el alcalde mayor á visitar al General se habló de este asunto y concedió la licencia para la composición de la iglesia y torre que se está haciendo en la actualidad.

Este mismo día por la tarde salimos á ver el pueblo. Ya he dicho que desde la plaza salen seis calles por cada banda. Á cierta distancia paran en otra calle que las atraviesa y se comunican las de la una banda con la calzada que va río abajo hacia Quingua, y la

de la otra con la que va río arriba hasta el territorio de San Rafael, que es un pueblecito fundado en una hacienda de los PP. de San Juan de Dios. Todas estas calles y calzadas están llenas de casas y huertas, y parecen otros tantos jardines que hermocean sobremanera este pueblo.

El río le añade hermosura, que atrae muchos españoles de Manila, que vienen á vacaciones en ciertos tiempos ó á restablecer la salud. Este río, si es hermoso en Quingua, no lo es menos en Baliuag; antes bien le añade hermosura lo cristalino de sus aguas, y la corriente que hace que el baño sea aquí más delicioso; porque como el agua que rodea el cuerpo del que se está bañando se reanuda con más viveza, refresca más y causa mayor complacencia. El tener frío en la zona tórrida es un delcete. Algunos quieren que este río y el de Maybunga, que pasa por Manila, tengan el mismo origen. Dicen que salen de una laguna grande que hay en los montes de San Mateo, y añaden que en la boca de esta laguna hay un islote tan pequeño que sólo un árbol con sus raíces ocupa todo el islote. Por la una banda sale el río de Maybunga y por la otra el de Angat, que es este mismo de Baliuag. Hay gentes que dan tal crédito á estas noticias, que están temiendo que los negritos, habitantes de este monte, destruyan aquella pequeña isla é inunden toda la provincia de Bulacán. Yo no creo que haya tal laguna, y nadie hay que la haya visto. Todos se fundan en dichos de los negritos, á quienes no se puede dar mucho crédito. En comprobación de la referida laguna, se suelen alegar las avenidas de este río en tiempo de nortes. Á la verdad, nosotros experimentamos varias veces que crecía el río estando el tiempo sereno, y en una ocasión fué tan repentina y tan grande la avenida, que nos obligó á salir del baño á toda prisa.

y no tardó en llevárselo juntamente con la casa donde nos vestíamos. El agua venía muy turbia; en las demás avenidas pequeñas estaba poco menos clara que lo regular. Los defensores de la laguna dicen que soplando el norte en sus aguas las endereza á la boca de este río, y por eso crece; pero nosotros notamos que á veces soplabá el norte, y el río no crecía. La verdadera causa de estas avenidas es la lluvia que cae en el monte estando sereno el tiempo en los pueblos. El día que estuvimos nosotros en la mina llovió allí, como diré después, y en Baliuag hubo serenidad. Nadie notó que en el monte lloviese. Si aquel aguacero hubiera sido grande, sin duda el río habría crecido mucho y se hubiera achacado al norte. ¿Por qué no creeremos que sucede lo mismo siempre que este río crece más de lo regular?

Á la otra banda del río viven más de 400 tributos de este pueblo. En todo tiempo le es difícil oír misa; en tiempo de aguas imposible, y muchos enfermos morirán sin confesión, por ser imposible socorrerlos. Por un acto de policía, sin que ellos lo pidiesen, se debía separar este barrio de Baliuag y formar de él un pueblo nuevo. Felizmente no se les ha puesto capitán ó gobernadorcillo; el capitán de Baliuag lo conserva libre de ladrones, lo que sin duda no sucedería si tuviera capitán aparte. La calzada que dije en el capítulo XVIII que se debía hacer desde Bigaa á Baliuag se debía dirigir á este pueblo, para lograr las comodidades que referí allí. Otra obra aun más útil que ésta acarrearía muchas ventajas á la mitad de los pueblos de esta provincia. Se reduce á sangrar el río de Baliuag y unirlo con el estero de Bigaa. Sólo es necesario abrir un canal de una legua en una tierra llana, baja y muy fácil de mover. Muchos temerán que se inunde la provincia. Estos te-

mores son vanos. El río de Baliuag jamás abriría grande madre por este canal; antes bien sería preciso retirar todos los años los árboles y cañas que quedasen en su boca, ó quemarlos en tiempos de secas, como se hace en el de San Marcos, que es un brazo de este mismo río semejante al que se debía abrir aquí: hay bastantes señales que en tiempos antiguos estaba corriente este río, y las avenidas lo han cerrado desde su boca hasta el nivel del agua salada. Este es el único riesgo que podía padecer el canal, pero los navegantes tendrían cuidado de que no se cerrase. El terreno de Baliuag es llano, pues donde empieza el monte se acaba su jurisdicción ó se interna poco en él, aunque está cerca pasado el río. Se coge en él mucho arroz, muchas frutas de las comunes de las Islas, y cacao, café, pimienta y algo de azúcar. Pero lo que principalmente hace la riqueza de este pueblo después del arroz es el añil y el tabaco. El añil se siembra por el mes de Diciembre, nace luego y se mantiene muy ruín hasta el mes de Abril, en que suele llover un poco con algo de tronadas. Cuatro gotas de agua bastan para que crezca prodigiosamente, y en el mes de Mayo se puede ya cortar. Se echa en infusión en una grande tina; allí se le tiene veinticuatro horas; se saca, y el agua que ha quedado de su infusión se traslada á otra tina, donde se bate bien hasta que llega á cierto punto que saben los inteligentes. Estando en este estado se saca por medio de una espita; se pone á secar en unos lienzos, y se hacen unas tablitas, que luego se endurecen como piedras. Los indios poco inteligentes se han dedicado á batirlo echándole cal primero, cuya operación pide poco cuidado. Su añil no es muy bueno; sin embargo, ha solido venderse el quintal á noventa pesos, y llevado á España ha dejado ganancia. Este

es un ramo que se podía extender mucho en las Islas y dejar grandes ventajas; pero como en tiempo de guerra no tiene salida, porque no hay otro sitio donde llevarlo sino á Europa, dudo que jamás prospere este artículo de agricultura.

Mientras estuvimos en Baliuag vimos pocas sementeras de añil, y las más de éstas nos dijeron que se destinaban á hacer añil para vender á los chinos. Éste se mezcla con mucha cal y se coloca en tinajas, y sin endurecerlo se vende á los chinos hecho lodo. Dicen los indios que este añil les deja más utilidad que el que se reduce á pasta, y todos lo harían así si los chinos llevasen á sus tierras porciones grandes. Si la Compañía pudiera recibir todo el añil que se hace en las Islas, aun en tiempo de guerra, podía sacar riquezas inmensas de sólo este ramo. Lo podía comprar en Manila á sesenta pesos el quintal de primera, que es un precio que no puede menos de dejar utilidad. A los principios sería preciso pagarlo á noventa pesos, é ir bajando el precio poco á poco, y no de una vez, como hicieron los extranjeros, que desanimaron enteramente á los indios, cuando antes de la guerra bajaron el precio de repente á sesenta pesos. La Compañía, que tuvo noticia de este hecho, publicó que lo recibiría á ochenta pesos, y los indios volvieron á tomar ánimos y sembrar añil. Digo que puede bajar el añil á sesenta pesos y nada más, porque los mestizos lo pagan dando el dinero adelantado á cuarenta pesos, y necesitan venderlo á este precio, que es el que yo he regulado que es preciso para que el labrador se costee y los compradores de primera mano ganen. El mestizo necesita ganar los veinte pesos en un quintal; porque como los más son gentes de pocos fondos, necesitan esta ganancia para subsistir. Se debe añadir que muchos indios no

les pagan, y no podrían sufrir estas trampas y drogas si no tuvieran más ganancias de esta clase. Los españoles no pueden hacer estos tratos por la infidencia de los indios; sólo el mestizo de sangley, que vive con ellos y habla su lengua, es capaz de hacer este género de contratos. Está atisbando cuándo el indio hace su añil, y va inmediatamente á ejercerlo; si se descuida, el indio lo vende á otro.

Algunos españoles, á imitación de los mestizos, han dado plata adelantada á los indios, y jamás la han podido cobrar: se han valido de los alcaldes mayores; se les ha puesto en la cárcel, y el español se ha quedado sin dinero. El indio jamás mira el día de mañana: si encuentra quien le compre sus efectos, aunque ya los tenga vendidos á otro y gastado su importe, los vende con mucha frescura, toma el dinero y lo desperdicia en juegos y funciones. Eran tantos los que debían añil y eran perseguidos ó encarcelados por no pagar, que los indios les sacaron un cantar que decía así:

*Cong ibig mog magca utang
 icao ag mag lilinaan
 cong dica, macapag quintal
 icao ay maquiquintalan.*

Este verso se puede traducir á nuestra lengua española así:

Dedícate á hacer añil,
 si quieres te den prestado;
 si no entregas el quintal,
 seguro saldrás marcado.

En el idioma del país da alguna gracia á este verso la palabra *quintal*, que significa marcar ó sellar, y

la misma palabra que en español significa cierta cantidad de peso está adoptada entre los mismos indios para significar esta cantidad que es un quintal. Toda la gracia del verso consiste en el retruécano de la palabra quintal.

El tabaco se siembra en las orillas del río, como en Quingua. La facultad de sembrar tabaco en esta provincia está limitada á los pueblos de Angat, San Rafael, Baliuag, Quingua y San Isidro; creo que los otros pueblos les tienen poca envidia. Yo conocí en San Pablo de los Montes, provincia de Batangas, un mestizo que proponía al pueblo que seguiría un expediente á su costa para que se les concediese la siembra del tabaco, y el pueblo no admitió su proposición. Yo propuse á los de Calumpit que haría diligencias para que se les concediese la misma siembra, y me respondieron que si pesaban las utilidades que podía acarrearles el tabaco con las extorsiones que les harían los guardas, pesaban más éstas que aquéllas, y no podía serles útil este ramo de agricultura. En efecto, el cosechero no puede sostenerse si no extravía algún *fardo* de tabaco de primera, lo que no se puede hacer sin sufrir todas las insolencias de los guardas. Éstos van por todas las sementeras de tabaco contando todas las hojas, y al cosechero se le obliga á entregar cuantas hojas han numerado los guardas, los cuales pueden hacer el favor de contar menos hojas de las que verdaderamente hay y proporcionar al cosechero que les agrada el que extravié uno ó dos fardos del mejor tabaco que produce toda su siembra. El tabaco que se extravía no puede ser curado con la delicadeza que requiere esta planta y que se observa en el que se entrega al Rey; y aunque de por sí es de la mejor calidad, por falta del beneficio suele ser peor que el del estanco. No obstante esto, el

indio lo compra más caro, porque lo recibe en hoja y puede doblar los tabacos á su gusto. Si en el estanco se vendiera tabaco en rama, se cortarían de raíz estos extravíos.

El cosechero que quiere curar bien el tabaco que intenta extraviar se vale de otro medio; véase lo que practica. En Baliuag tiene el Rey un acopiador de tabaco; éste suele ser algún dependiente de la Renta; cuando estuvimos allí lo era un teniente visitador. Para el acopio hay unos camarines grandes de nipa, junto al río, donde se embarca para llevarlo á Manila. Cuando el tabaco está curando manda el acopiador que todo el mundo lleve su tabaco al camarín para que se pueda ir haciendo la entrega poco á poco. El indio que tiene satisfacción de los guardas introduce en el camarín, no sólo el tabaco que ha de entregar al Rey, sino también el que piensa extraviar. Mientras se hace la entrega, que dura mucho porque es muy engorrosa, se le proporciona ocasión para sobornar al guarda que hace centinela, y en una noche saca los fardos que ha introducido para extraviar, y se procura un contrabando de excelente tabaco, bien curado y beneficiado, que vende al precio que quiere. El método que se observa en la entrega del tabaco proporciona á todos ocasiones de sacar los fardos que quieren. Lo primero que se hace antes de recibir el tabaco es ver si es de calidad; si no está de recibo, se quema públicamente. En esto suele haber seis fraudes, porque el acopiador es duro, y no se ablanda sino por medio de regalos; mediando éstos, se hacen maravillosos metamorfoseos. El tabaco que no es de recibo se hace bueno, y el bueno no se puede recibir conforme á los regalos que se dan al acopiador ó á sus dependientes.

Sentado que el tabaco sea bueno, se hace la entre-

ga. Todas las hojas están ensartadas en sus palitos, de diez en diez hojas en cada palito, y se llama *palillo*; cada diez palillos están separados, y éstos hacen una *mano*; cada cien manos un fardo. Los fardos son de primera, segunda y hasta de sexta. Estas seis clases no indican la calidad del tabaco, de la que sólo se cuida que sea de recibo, sino de lo largo de las hojas. Hay una cierta medida para la clase de primera, otra más corta para la de segunda, y otras más cortas á proporción para las demás clases. El fardo de primera clase lo paga el Rey á cinco pesos, y va bajando su precio á proporción hasta el de sexta, que sólo vale tres ó cuatro reales. De aquí se puede inferir que cada laya disminuye de precio considerablemente. El que recibe el tabaco pretexta que algunas hojas no llegan á la medida, y lo reduce á la laya que se le sigue, y al entregarlo al Rey lo constituye en la laya ó mena antecedente, con lo que gana mucho. Yo no podré asegurar este hecho; pero los indios lo dicen así y se quejan de estas extorsiones particularmente; y el motivo de no presentar sus quejas á sus superiores es porque no se les trate con rigor y el acopiador sea poco diligente en impedirles sus contrabandos. Si se recibiera el tabaco por peso, como se vende en el estanco, se evitarían estos fraudes y no se les daría tiempo á los cosecheros para sacar el tabaco de los camarines del Rey, y extraviarlo con este método largo y engorroso. Pero en Filipinas se adoptan siempre aquellas medidas más capaces de fraudes, y, como entre los chinos, nuestros vecinos, el saber engañar es una de las habilidades del comercio.

El día 13 hubo en Baliuag tiangué ó mercado, el que se tuvo en la plaza que hay frente del convento. Nosotros bajamos á verlo; creíamos que sería de alguna consideración, porque el pueblo de Baliuag es

grande y pueden acudir á él algunos pueblos de la comarca. No nos sorprendió poco el ver la miseria é infelicidad de este mercado. La gente que asistía á él era mucha y los comerciantes sin número; pero cada uno llevaba un comercio muy limitado. Aquí se veía una mujer con unos pocos de camarones; allí otra con cuatro cangrejos; otra vendía seis ó siete pescados de dalag; otra unas pocas de ostras. Allí se veían unos pedazos de venado salado hecho tapa; en otro lado había mujeres con cestos pequeños de fruta ó buyo, ó con hortalizas, aceite, sal y demás comestibles. Llegando á los mercaderes, se veían en unas tiendas unos pocos paños, sayas y otros géneros de Costa; en otros, seda y quincallería; y el que más tenía eran dos pequeños farditos de ropa que podía cargar un caballo juntamente con su amo. Casi todos eran comerciantes y compradores. En su antigüedad, los indios trocaban estas mercancías unas con otras; ahora las truecan con plata, y la que sacan de su tráfico la emplean en otros géneros que compran allí mismo. Sin embargo, estos géneros de tiangués ó mercados son muy útiles en una provincia, porque el indio se deshace semanariamente de lo que no necesita y se provee de todo lo necesario para la semana. En la provincia de Bulacán están bien proporcionados estos tiangués. El lunes lo hay en Bulacán, martes en Calumpit, miércoles en Polo, jueves en Malološ, viernes en Bocaue y sábado en Baliuag. Sería conveniente que se estableciese esta práctica en todas las provincias para que los indios comprasen lo que necesitan y se desterrase de ellos algún tanto la pereza; pues enseñados á ciertas necesidades, trabajarían más sin peligro de que esto parase en lujo, pues sus tiangués nunca podrían inspirarles otra cosa que no fuera una moderadísima frugalidad.

Por la tarde fuimos á la hacienda de Buenavista, que pertenece á los PP. de San Juan de Dios, y dista de Baliuag poco más de una legua. Pasado el término de Baliuag, pasamos por una frondosa calle, y en medio de ella encontramos un hórreo ó tambobon de piedra, donde los PP. Hospitalarios guardan el arroz que reciben del terrazgo de su hacienda. Aquí debía estar la casa del hacendero, y por colocarla en un sitio que tuviese vista, la pusieron en un montecillo distante de las tierras de labor y enteramente inculto, por ser de piedra y cascajillo que no produce nada. Desde esta casa se descubre la campiña muy bien; y por lo que hace á la vista, el sitio es muy delicioso y le cuadra bien el nombre de *Buenavista* que lleva; pero tiene muy distantes las casas de los indios, porque como no pueden tener huertas en todo el montecillo, ni se han establecido, ni hay esperanzas de que se establezcan en él. La iglesia, que sirve un clérigo indio, está en el mismo paraje; y es bien irregular que se coloque la iglesia á una grande distancia de las casas de los feligreses, bien que se puede mudar con facilidad, pues no es más que un camarín de caña. Este pueblo es muy pequeño; tiene poco más de 300 tributos. La hacienda es grande; las tierras de labor ocupan un pequeño terreno de ella, y lo demás es monte inculto y eriazo, porque las vacas que tienen los PP. de San Juan de Dios no permiten que se siembre nada. Á esta punta de ganado vacuno ha sucedido lo que á las vacas de las otras haciendas. Los contrabandistas y los mismos guardas, queriendo matar algunas vacas, han ahuyentado á las demás, y se han remontado de tal modo, que es preciso hacer una especie de montería para cogerlas. Las terneras que comimos nosotros en Baliuag eran de esta hacienda: estaban muy bravas y acometían

con fiereza á los aficionados que les echaban algunas suertes.—Esta hacienda dejará libres á sus dueños como tres mil pesos.

El día 14 llegó á Baliuag el capitán de navío don Miguel Sapiaín, comandante del *San Pedro*, y don Rafael Calvillo, oficial de la escuadra, mozo de quien se puede esperar mucho. Sucesivamente fueron viniendo otros marinos, los cuales permanecían más ó menos en nuestra compañía, según se lo permitían las obligaciones de sus empleos. El método de vida que observamos era el siguiente: por la mañana temprano, los aficionados salían á caza; á las nueve ó las diez nos bañábamos en el delicioso río de Baliuag; por la tarde salíamos á paseo por las frondosas calzadas y llegábamos á San Isidro ó á Buenavista, y por la noche se divertían al revesino los aficionados al juego. Hacíamos también expediciones á otros pueblos, como diré después. En Baliuag hay poca caza en este tiempo; se cogen algunas palomas, agachonas y *pogos*; éstos son tan pequeños, que no merecen que se les tire con la escopeta; los indios cogen muchos en redes por las noches. Los patos, que abundan en tiempo de aguas, se habían trasladado ya á la laguna de Bay, como hacen todos los años; y esta es la causa de que en este tiempo cojan los indios tanta infinidad de patos en esta laguna. El pueblo de Baliuag se dedica poco á la caza, y contento con las producciones de su buen terreno, cuida poco de la industria. Tiene más de 2.000 tributos, y no hay más manufacturas que algunos sombreros de nito, especie de junco muy fuerte y correoso, de que las mujeres hacen unos sombreros bastante buenos.





CAPÍTULO XXI



El día 15 salimos para el pueblo de Angat: pasamos el río de Baliuag por el vado y caminamos por una frondosa calzada, llena de casas, por espacio de media legua. Acabada esta población, entramos en el monte. El camino no es muy frágoso, pero no permite ruedas: su terreno es de tierra mezclada de cascajillo y no produce bien los árboles, sino en las hondonadas; éstas á veces son bastante anchas, y hay en ellas casas, huertas y sementeras de arroz. Abunda mucho la caza en este monte. Hay muchas palomas de diversas clases, ticlines, cálaos y labuyos ó gallos

Materias que abraza el capítulo XXI.—Salida para Angat.—El recibimiento.—La iglesia y el convento.—El terreno.—Camino de la fábrica de hierro.—Particularidades que observan los viajeros.—El agua del río.—Virtudes del agua ferruginosa.—Un aguacero.—Recuerdo de otro.—Los negritos.—En qué consiste el nañgan-gagao, y por qué lo hacen.—Opinión del P. San Antonio acerca del origen de los aetas.—Usos y costumbres de los mismos.—Opinión del Autor.—Reparos á Cook y otros viajeros.—Digresión acerca del origen de los pobladores de las islas del mar del Sur.—Importancia de las lenguas para resolver este asunto.—Vuelve á hablarse de la nao de Acapulco, y de lo que este comercio perjudicó á la industria filipina.—Reflexiones que el Gobierno debiera tener en cuenta.—Desistese de ir á la mina de hierro.—La caza.—Espléndida comida.—Regreso á Baliuag.

de monte. Los aficionados á la caza se divertieron bien, pero tardamos cerca de cuatro horas en este viaje, que podíamos haber hecho en dos. Poco antes de las diez de la mañana llegamos á Angat; un concurso numeroso salió á recibirnos y nos condujo al convento. Hicieron sus bailes los indios, y después nos enteramos de cuanto había que notar en este pueblo.

La iglesia y convento son de cantería; están techados de teja; en su forma y adornos son semejantes á los demás conventos é iglesias de esta provincia. Están situados estos dos edificios en una pequeña altura, y desde ellos se descubre todo el pueblo, pero no el río, aunque pasa por frente de ellos á poca distancia. El terreno de Angat es montuoso, pero á las orillas del río y de otros pequeños ríos que entran en él hay planicies suficientes para mantener 1.000 tributos que se numeran en este pueblo. Se coge en él arroz, azúcar, tabaco, añil, cacao y todo género de frutas de las Islas. Es increíble lo que ha crecido este pueblo en poco tiempo. Hace poco más de un siglo que era barrio de Quingua, y sólo tenía una cabecera que había de 45 á 50 tributos. Se ha de notar que los pueblos de San Isidro, Baliuag y San Rafael se han separado igualmente de Quingua, y que todos estos pueblos juntos componen 4.200 tributos, los que se han aumentado en poco más de un siglo, pues Quingua tiene 1.000 tributos que no tenía antes de la separación. Así consta por los padrones de estos pueblos, como nos aseguraron los párrocos de ellos que estaban con nosotros en Angat. Las casas de este pueblo están muy esparcidas conforme al terreno: donde el monte deja mayores llanadas hay más casas, y donde el terreno llano es corto hay menos. Está todo él dividido en barrios, y la gente observa

un género de vida muy semejante al de los indios de la provincia de Batangas. Saliendo del pueblo río arriba no se encuentra casa alguna por espacio de media legua, porque el terreno es malo. Luego se encuentra el barrio de Casay, donde hay una pequeña iglesita que se debía erigir en parroquial, pues de los 1.000 tributos de que consta este pueblo, los 500 viven desde esta visita hacia arriba.

El General había enviado su mayordomo y cocinero para que nos dispusiese comida; el párroco de Angat, que era el P. Fr. Fulgencio Sáinz, Agustino, no lo consintió, y nos puso una buena mesa. Después de comer salimos para la fábrica de fierro: atravesamos el río á caballo por el vado, é inmediatamente pasamos otro río que se junta con el río grande. Este río pequeño se llama Binabá: viene encajonado por entre dos cuestras ó laderas, y es preciso pasarlo once veces. El camino va por la orilla del río, y donde las cuestras hacen punta no permiten paso alguno, ni se puede proseguir sino pasando á la otra ribera y tomando el camino por la tierra que ha dejado el río junto á las cuestras. Es imposible concebir sin verlo el estrago que han hecho las aguas en este terreno. La figura de él y las entradas y salidas de sus puntas manifiestan que en sus principios era una sola esta cuestra, y aquel pequeño río ha abierto por medio de ella una madre ancha y profunda, dividiendo con ella la cuestra y formando dos montes, pues tales aparecen á los que caminan por la orilla del río estas dos cuestras. Aun manifiesta más el poder de las aguas otro río más pequeño que encontramos después. Pasada una loma muy alta, bajamos á un río que creíamos era el mismo que habíamos pasado once veces; pero yo noté que en el otro río, al pasarlo la última vez, corría el agua de la derecha á la izquierda, y en

éste seguía la misma dirección, lo que no podía suceder si fuese un río mismo. Los indios nos desengañaron luego, y nos dijeron que venía de la mina de fierro y desaguaba en la provincia de la Pampanga. A este río llaman los naturales Maasín, por el gusto del agua, que es un poco ácido por las partículas de fierro de que está impregnada. *Maasin* en el idioma del país quiere decir agrio ó ácido. Este río manifiesta más ruinas que el precedente; la madre que se ha abierto por medio del monte no es tan ancha, pero es mucho más profunda. Se camina por la tierra que ha dejado á las dos orillas, y en llegando á las puntas entrantes es preciso pasar el río, como el de Binabá, para caminar por la otra orilla. Ocho veces se pasa este río antes de llegar á la fábrica de fierro. Los paredones que quedan á las dos orillas están por lo común como cortados con un cuchillo, y son más altos que los mayores edificios de Europa. En partes son estos paredones de piedra viva llena de grietas horizontales y perpendiculares, que representan las costuras de los edificios de piedra sillería. Mete miedo el pasar por junto á estas paredes, porque algunas piedras están saltando, y hay ruinas que indican que recientemente han caído muchas de estas piedras. La calidad de la piedra es muy semejante á la que sirve para hacer cal en Europa: creo que éstas podían servir para hacer el mismo uso. En algunas partes, las cuevas no están enteramente cortadas; tienen un pequeño declive que facilita el paso á la gente de á pie. En uno de estos parajes encontramos un negrito de monte: sólo llevaba una cuerda en los riñones, y por delante colgaba de ella un pedazo de corteza de árbol que cubría un poco el sexo. En el hombro izquierdo llevaba un pedazo de caña, y metidas en ella unas cuantas flechas, y en la mano dere-

cha un arco. Luego que nos vió empezó á correr por aquella cuesta arriba como un venado y se metió entre las breñas. No le hicimos caso, porque los negritos acostumbran á tratar con los indios de estos sitios; pero por lo que después nos contaron los indios debía habernos dado algún cuidado, como diré un poco más adelante.

Después de haber pasado el río ocho veces, encontramos una pequeña isleta que forma el mismo río: aquí está la fábrica del fierro. Es un mal camarín de caña; sólo tiene dos fraguas, y la una de ellas no estaba corriente. Estas fraguas son á manera de jeringas, y entrando y sacando el émbolo, se hace bastante viento para mantener una llama perenne, que es precisa para derretir el fierro. La piedra de que se saca este metal se muele; se colocan los polvos en una especie de crisol, y el carbón se pone encima; en estando derretido se vacía en un molde, y se tiene un fierro que todavía es preciso purificar con el martillo. El fuego con que se derrite el fierro es tan activo, que el cañón de la fragua no se puede hacer del mismo metal ni de otro, porque se derretiría. Cualquiera materia que se aplique á este uso dura poco: la que se ha hallado que resiste más es una masa que se hace de la tierra que se encuentra en los manantiales de aguas cálidas del monte Maquiling, mezclada con polvos de platos de China. De éstos se hacen los cañones de las fraguas, y resisten á la actividad del fuego bastante regularmente. La gente que trabajaba en la fábrica era tan idiota, que no supo decirnos cuántas libras de fierro salían de una arroba de piedra; sólo nos mostraron el fierro que salía de cada fanega de polvos, y nos pareció por los volúmenes que la mina producía muy bien. Si hubiera habido un peso, nos habríamos informado

á fondo; pero en esta tierra los pesos andan escasos, y los que se encuentran no son muy fieles.

Después de esta isleta pasamos otra vez el río y fuimos á dormir á tres casitas que había en un pequeño repecho que hace aquella cuesta. La gente de estas casas se dedica á hacer carbón para la fábrica, y son las últimas que hay en estos parajes. Sus dueños se acomodaron en las cocinas y nos franquearon con mucho gusto las principales viviendas, que tenían cinco varas en cuadro, poco más ó menos, cada una. Desensillaron los mozos los caballos, y hallamos que habían venido acompañándonos más de ochenta indios, y no teníamos que darles á comer, porque no sabíamos que venía tanta gente con nosotros. Los indios gustan mucho de acompañar en estas ocasiones á las personas de distinción, porque hacen después vanidad de ello, y les sirve como época para contar los sucesos de su vida á los mozos, y también porque comen á costa ajena aquel día, que no es poco para unos hombres que se habían de estar holgazaneando sin hacer nada en sus casas. Enviamos dos hombres á caballo al pueblo para que les trajesen de cenar, y nosotros nos divertimos por aquella cuesta á la luz de la luna, que estaba muy clara. Subimos hasta la cima con trabajo, pero la bajada era peor: fué preciso agarrarnos de los arbustos para bajar, y algunos no hallaron mejor medio que bajar arras-trando la cuesta abajo. No teniendo que hacer en aquel lugar incómodo, cenamos antes de las ocho; y sea que estuviésemos cansados, ó que las aguas de aquel río, impregnadas de partículas de fierro, nos abriesen el apetito, confesaban todos que en su vida habían cenado con tan buenas ganas.

El agua de este río, por las muchas partículas de fierro que lleva, no puede menos de ser muy me-

dicinal. El fierro es de mucho uso en la medicina, y se sacan de él varios remedios para muchas enfermedades. Del fierro se hace la panacea ó flores de Marte plateadas, que es un remedio universal. La panacea febrífuga se saca del acero, que no es otra cosa que el fierro purificado. Estos dos remedios son universales, y las flores de Marte se aplican para purificar la sangre, impedir la putrefacción en las entrañas, curar las obstrucciones, dirigir la digestión y curar las calenturas intermitentes; la otra panacea fortifica el corazón, restablece las fuerzas del cuerpo, disuelve las obstrucciones del bazo, hígado y otras entrañas, se aplica para todos los dolores del pulmón y pecho y cura las hidropesías viejas. Generalmente los químicos dan al fierro las virtudes de restriñir el vientre y abrir la orina. Siendo tantas las virtudes del fierro, y viniendo estas aguas tan impregnadas de sus partículas, que tienen un ácido que se percibe sencillamente, no pueden menos de tener las más de las virtudes que los boticarios sacan con su química de este metal, pues la naturaleza es el mejor boticario, y sin destruir nada con el fuego, reparte en el agua lo más sutil y espirituoso, que todo el arte no acertaría á separar de las partículas térreas, en las cuales confiesan los mismos médicos no se encuentra alguna virtud. Creo que en Filipinas, donde los más mueren de evacuaciones ó de una especie de hidropesía, esta agua bebida á pasto haría maravillas.

Esta noche nos acostamos muy temprano; á las nueve ya estábamos recogidos. El General, el mayor de órdenes y yo nos acomodamos en la casa inmediata á la cuesta, porque era más cómoda; pero nos expusimos á un riesgo de que hablaré luego. Á media noche sobrevino un aguacero bastante fuerte, y nos puso en cuidado por una anécdota que acababa de

contarnos el P. Dionisio de Santa María, cura de Quingua, que le sucedió á él siendo cura de Angat. Tuvo que fundir una campana en la fábrica de fierro de que acabo de hablar: una tarde quiso ver en qué estado estaba su obra, y se vino sin ninguna prevención; estando en este sitio le sobrevino un baguio ó huracán, y llovió tan reciamente que se llenó el río y no pudo salir aquella noche; al día siguiente por la tarde, viendo que se moría de necesidad y que las aguas habían bajado bastante, se resolvió á emprender el camino para su pueblo de Angat, con mucho riesgo de la vida, porque aquellos dos ríos que se pasan cerca de veinte veces llevaban mucha agua, y en varios lugares los pasaba el caballo á nado y estaba expuesto: temíamos que nos acaeciese igual aventura; pero no prosiguió el aguacero, y los ríos crecieron tan poco que no nos molestaron al día siguiente y los vadeamos con grande facilidad.

Los principales de Angat nos dijeron á la vuelta que habíamos estado en grande peligro, porque un negrito estaba haciendo el *nañangagao*, esto es, acechando indios ó españoles para cortarles las cabezas y presentarlas al rey de su ranchería. Es costumbre inveterada entre ellos que cuando por casualidad se mata á un negrito, cuando muere una mujer de parto, ó cuando les sucede alguna otra desgracia, salta un negrito ó aeta, como los llaman los tagalos, en medio de sus compañeros, y, haciendo muchos ademanes extravagantes, jura no volver á su familia hasta que no corte tantas cabezas á los blancos. Á veces su rey mismo les impone esta obligación y les señala el número de cabezas que deben presentar. la primera vez que vuelvan á la ranchería, que debe ser en el tiempo que se les señala. El negrito que en esta ocasión andaba buscando cabezas era mandado de su

rey, que le había ordenado que le llevase tres cabezas. Los demás negritos habían avisado á los de Angat, y habían hecho nudos en las hierbas altas que hay por estos montes, que llaman cogón, para que se guardasen del asesino. Ésta es ya una señal sabida de tiempos antiguos, y especie de afecto que manifiestan algunos negritos á los indios con quienes contratan. Los principales de Angat no nos dijeron nada aquel día. Vimos un negrito que según sus trazas podía ser el que estaba de nañgangagao, y sin embargo no nos avisaron. El General, el mayor de órdenes y yo dormimos en una casa separada de las demás y muy cercana á la cuesta. ¿Quién impedía al negrito haber bajado aquella noche, cortarnos las cabezas y huir corriendo y meterse entre las breñas? ¿Quién le hubiera perseguido? Y ¿quién hubiera podido alcanzar á un hombre acostumbrado á correr entre las espesuras de un monte como los venados? Sin duda hubiera hecho impunemente su fechoría, y en prueba de ello referiré lo que hizo aquel negrito de allí á pocos días con un indio de Angat. Este buen hombre iba al monte en compañía de dos hijos suyos á cortar unas maderas; en el camino se encontraron con un negrito; se hablaron, y el negrito les acompañó á su destino, les ayudó á cortar las maderas y ponerlas á recaudo, y almorzó con ellos; los dos mozos indios dijeron á su padre que este negrito podía ser muy bien el que hacía el nañgangagao y venir allí con malas intenciones; el padre creyó que no había que temer, pues no podía menos de habérsele pasado el tiempo que había prescrito su rey para que llevase las tres cabezas que le tenía pedidas; se satisficieron de tal modo con esta reflexión que ya no se guardaron más del negrito: al volver para casa, el negrito los acompañaba en tono de

amistad, y los dos hijos, como tienen de costumbre los indios, se adelantaron algo á su padre y se perdieron de vista por una pequeña cuesta que acababan de pasar; el negrito, viendo la suya, armó su arco y le disparó una flecha, que le entró por la espalda y le salió por el pecho: corrió á cortarle la cabeza; pero al grito del padre cuando fué herido acudieron los hijos, y el negrito no tuvo más partido que tomar sino esconderse entre los matorrales y huir como un gamo. Él no consiguió el llevarse la cabeza, pero hizo el mismo daño que si se la hubiera llevado, pues el indio murió del flechazo dentro de pocas horas. Antes de haber sucedido este caso, nos aseguraban los indios que habíamos estado en grande peligro.

De estos aetas ó negritos dice lo siguiente la historia franciscana, parte I, libro I, cap. XXXIX: «Los Negrillos de la segunda classe de Gentes, que hallaron Nuestros Conquistadores primeros, es tradicion, que fueron los primeros Posseedores de las Islas de este Archipiélago, y que aviendolas conquistado las Naciones políticas de otros Reynos, huyeron á los Montes, y los poblaron, de donde nunca se há podido conseguir su exterminio, por lo impenetrable de sus Sitios; y en ellos hán procreado, hasta el presente tiempo. En los passados estaban tan engreídos con su primitivo dominio, que aunque no alcanzaban sus fuerzas á resistir á los Estrangeros á lo descubierto; en los Bosques, en los Montes, y bocas de Rios eran muy poderosos, y solian hacer sus entradas intempestivas en los Pueblos, y les obligaban á sus vezinos, á que les pagassen Tributo, como á Señores de la Tierra, que estaban habitando; y si no querian darlo de grado, mataban á diestro, y siniestro, cobrando el Tributo en Cabezas de Degollados:

como dejó escrito vn Religioso nuestro de los Primitivos en estos terminos: *Hasta en mi tiempo alcanzé (dice) que bajaban á las poblaciones, pidiendo el Tributo á los Tagalos, y á veces llevandose algunas Cabezas por esta demanda. Assi sucedió en Sinilóan, que al arrimo de los Españoles, les negaron el Tributo, y amotinados los Indios montarazes, dieron en el pueblo, y se llebaron tres Cabezas y á vn Español, que los defendia, le hirieron malamente.* Hasta aquí el Religioso. Otras vezes no les permitian aprovecharse de la leña, y caza de los Montes, y de la pesca de los Rios: porque siendo en el Arco y la Flecha muy diestros, y en las espesuras de los Montes, y Bosques muy ligeros, y prácticos, flechaban inhumanos á quantos se acercaban á sus Territorios, sin sér ellos oydos, ni vistos. Por lo qual tomaron á buen partido los Vecinos de los Pueblos el hacer pacto con los Negrillos, de pagarles cierto Tributo, con tal, que les dejassen libres los Rios, y los Campos. Y aunque aóra no permanece tan patente este pacto, yo creo, que se practica con dissimulo, por el miedo, que les tienen los Indios, y la dependencia de ellos, pues son Señores de los Montes más Virgines de maderas del mayór aprecio: y es cierto, que los de aóra son tan bárbaros, como sus antiguos.

»Todos estos son Negros atezados, los mas de pelo passa, y muy pocos de pelo lacio; y chatos, y ozicudos casi todos. Andan totalmente desnudos; y solo traen cubiertas las partes verendas con vnos como Lienzos, tirantes de atrás á adelante, que se llaman *Bahaques*: los quales hacen de cortezas de Arboles majadas con gran tiento, de modo que ay algunos, que parecen Lienzo fino; y rodeandose por la Cintura vn Bejúco, en él amarran el Bahaque por sus dos extremos. Vsan por adorno vnas Manillas de Bejuquillos de varios colores, curiosamente labra-

dos, y Guirnaldas en las Cabezas, y en los molledos de los brazos, compuestas de varias Flores, y Ramos, y para mas distincion de alguno, vna pluma de Gallo, ó de otra Ave, por penacho. Su comida son las Frutas, y Raíces del Monte; y si hallaron por ventura algun Venado, allí le comen, donde le mataron, y allí hacen aquella noche su Rancho, y despues de cansados de baylar, allí duermen todos rebueltos como Brutos; y al dia siguiente les sucede lo mesmo, y duermen en otro Rancho. Todas sus costumbres son silvestres, y brutales de Bárbaros, sin reconocer mas Leyes, Letras, ni Gobierno, que las Cabezas de sus Familias, quando mucho; y solo cuydan de defender sus propios Territorios; sobre que tienen vivas Guerras vnos Negros con otros, con gran mortandad de ambos Vandos; sin poder entrar en el Monte los Naturales en este tiempo, porque á todos matan, á amigos, y á enemigos, siendo sus comunes Armas la Caraza, la Flecha, y el Arco. De estos, por milagro, se halla algun Christiano; y si acaso hán criado algunos desde Niños en Christiandad los Religiosos, es muy raro el que, quando grande, no se há huydo al Monte, de donde es originario.

»Vna de las Islas de nombre de este Archipiélago Philipino, es la que se llama *Isla de Negros*, por la abundancia de ellos, que está en medio de las dos Islas de Zebú y de Panáy, en la qual está asentado el Gobierno Christiano, y Político. Pero en vna Punta de esta Isla, que cae á la Vanda del Oeste, y se llama la *Punta de Sojotón*, ay grande numero de los dichos Negros, y ninguno Christiano; y en el Centro de la Isla mucho mayor numero; de modo, que en las Playas es, donde administran los Padres Jesuitas y Clerigos, y están pobladas de Bisáyas ó Pintados.

»El Origen de estos Negrillos, se cree, venir de la

India interior, ó *Citra Gangen*, que se llamó Etyopia, porque fué poblada de Etyopes Negros, de la qual salieron los Pobladores para la Etyopia Africana, como el Padre Colín prueba muy despacio. De modo, que aviendo en la Tierra firme de la India Naciones de Negros; y aun en la Nueva Guinea tantos, que de su multitud la dieron este nombre sus Descubridores primeros, y que no es larga la distancia de aquellos hasta estas Islas y Archipiélago Philipino; como ni la Tierra toda poblada de Negros, que tenia 500. leguas de largo, que hallaron las Naos del Virrey Don Antonio de Mendoza en el Estrecho de Magallanes, en vno de sus Cabos; pudieron muy bien passar de vnas Islas á otras aquellos Negros, y que fuesse su Capital con su nombre propio la *Isla de Negros*, que hemos dicho; y que de ella se estendiessen despues á dominar, y poblar las demás Islas sin oposicion de otros; hasta que la tubieron de Hombres mas racionales, y políticos, que los desposeyeron.»

Este es el dictamen general de nuestros autores sobre el origen de los negritos; yo pienso de muy diverso modo. Sabemos por las relaciones de los viajeros, particularmente por los *Viajes* de Cook, que desde Madagascar hasta Filipinas, y aun hasta la Nueva Holanda, Nueva Zelanda y demás islas del mar del Sur, se encuentran por todas partes dos clases de gentes, las unas los negritos en cuestión, y las otras los indios. En muchas islas hay de estas dos especies de hombres, y los negritos viven en el monte, con la forma de gobierno que describe la historia franciscana, y los indios en las playas. En otras islas no hay negritos; todos sus habitantes son indios como los de Filipinas; y al revés: hay otras islas donde son negros todos sus moradores. Estas dos clases de gentes se diferencian mucho en su género de vida y

en el color; pero se asemejan en el idioma, en las narices chatas y en cortar las cabezas á las gentes de otras tribus cuando les sucede alguna desgracia, pues los igorotes de Ilocos y los infieles de la Pampanga alta practican la misma barbaridad. El idioma que hablan los negritos de Filipinas es un dialecto de una lengua madre de que son dialectos todas las innumerables lenguas que se hablan en todas las islas del mar del Sur. Los pequeños diccionarios que trae Cook de los negros de la Nueva Holanda, Nueva Zelanda, Nueva Caledonia y algunas islas de las Nuevas Hébridas son semejantes á la lengua tagala, y prueban bien que aquellos idiomas y el tagalo son dialectos todos de una misma lengua. Los negritos de Filipinas son chatos; el capitán Cook dice de sus negritos que tienen la nariz afilada. Esta sería una diferencia grande si fuera cierta; pero ¿quién podrá asegurarnos de que Cook no se equivocó? Un viajero que se detiene poco en un país suele cometer estos errores. La relación de Quirós es una buena prueba de la facilidad con que los viajeros suelen equivocarse. Referiré lo que dice de ella la historia franciscana en el capítulo que acabo de citar; dice así:

«Solo se tiene noticia de vna Relacion, que hizo el Piloto mayor Pedro Fernandez de Quirós, del viage á las Islas de Salomon, y Descubrimiento de ellas por Albaro de Mendaña de Neyra en el año 1595. la qual Relación está escrita por el Doctor Antonio de Morga Theniente General por su Magestad de las Philipinas, en que dice el dicho Quirós, que hallandose de la Vanda del Súr en Altura de 10. grados largos, se dió vista á una Isla, á quién puso por nombre *La Magdalena* el General D. Albaro, y que de su Puerto salieron á recibirlos con *Setenta Naos* (dice) *mas de quatrocientos Indios blancos, de muy gentil disposicion, grandes, forni-*

dos, y membrudos, y tan bien tallados, que nos hazian mucha ventaja á nosotros; lindos Dientes, Ojos, y Boca, Manos, y Piés lindissimos, Cabellos sueltos, y muchos de ellos muy rubios, y entre ellos bellissimos Muchachos, todos desnudos, y sin cubrir parte alguna, y todos los Cuerpos, Piernas, y brazos, Manos, y algunos los Rostros, traian labrados al modo de estos Bisáyas.»

El Capitán Cook ha recorrido el Archipiélago de Quirós, ha tratado con las gentes de aquellas islas, y sólo ha encontrado indios ó negritos. Uno de estos dos viajeros se equivoca sin duda. Yo creo que es Quirós, á quien se le figuraron blancos algunos indios que eran menos negros que otros que había visto. Lo mismo ha sucedido á los españoles que han pasado por las islas de Sandwich: nos vienen diciendo que aquellos indios son tan blancos como los europeos. A pesar de esto, Cook los halló tan negros como los otros indios; un inglés que vivió con ellos un año y aprendió su lengua me aseguró lo mismo, y su criado, natural de aquellas islas, á quien vi yo muchas veces, en nada se distinguía de nuestros filipinos. Como todos estos se equivocaron en el color, pudo muy bien Cook equivocarse en las narices; y porque algunos las tenían más levantadas que los demás, dar narices afiladas á los negritos. Sea como fuere, los negritos de Filipinas son chatos y semejantes á los indios en el idioma y otras propiedades, y sólo se diferencian de ellos en el color y género de vida montaraz; por lo cual juzgo que traen un mismo origen.

De Isaac nos cuenta la Escritura que tuvo dos hijos, Jacob y Esaú; Jacob tenía el cutis suave, y era amigo de vivir en casa; Esaú era velludo y amigo de la caza. De estos dos hijos de Isaac salieron dos pueblos diferentes: si el primer hombre de quien descienden los indios tuvo dos hijos semejantes á los

de Isaac, no sería extraño que saliesen de ellos los dos pueblos que encontramos en la mar del Sur: los indios, que viven en sus casas y se mantienen de sus sementeras, y los negritos del monte, que viven de la caza y no tienen habitación ni domicilio, sino que andan errantes de un sitio á otro, deteniéndose más donde hallan más caza y más raíces para comer. Los indios, viviendo en casas racionalmente, aun dentro de la zona tórrida, no deben estar enteramente negros, sino adquirir un color análogo al color de su país. Los negritos, viviendo en la misma tierra, al sol y al agua, y durmiendo al sereno entre la ceniza de las hogueras que hacen al anochecer, deben ser más negros y atezados que los indios, y su poco aliño no es extraño que haya producido en algunos el pelo paso. No me atreveré á asegurar que la diferencia de estos dos pueblos haya tenido su principio en dos hermanos semejantes á Jacob y Esaú; pero no dudo que son dos tribus de un mismo pueblo, de las cuales la una adopta el método de vivir en poblado en casas bajas de techo, y la otra el de vivir á la inclemencia, como fieras en el monte. Aunque no halláramos entre ellos más semejanza que la de los idiomas, bastaba para persuadirnos de esta verdad.

Pero ¿de dónde traen su origen unos y otros? En mi *Historia* de Filipinas me he inclinado á que descienden de los indios de la América meridional. La semejanza que hallé en los pocos términos chilenos que trae Ercilla en su *Araucana* me arrastraba á esta opinión, que no me parecía muy difícil de persuadir después de lo que refiere Cook de los indios de la mar del Sur. En sus pequeños diccionarios se nota que en todas las islas se hablan unos dialectos de una lengua madre desde Madagascar hasta la isla de Pascua. En la Nueva Holanda, en la Nueva Zelanda, islas

de los Amigos, Sandwich, isla del Marqués de Mendoza, que los extranjeros llaman comúnmente las Marquesas, que es la tierra que cita arriba la historia franciscana, y en la mencionada isla de Pascua, se habla la misma lengua que entre los tagalos de Manila, con la diferencia que aquí se experimenta de unas provincias á otras. No puedo dudar que todas estas gentes tienen un mismo origen, y me parece que era más fácil poblar todas estas islas desde la América que desde otra parte del globo. La isla de Pascua apenas dista del continente de la América meridional seiscientas leguas, y se encuentran entre dicho continente y esta isla las islas de Juan Fernández. Más afuera, San Félix y San Ambrosio, que, aunque desiertas, pudieron haber servido de escuela á los primeros pobladores de las islas del mar del Sur. Á esto se debe añadir que en toda la zona tórrida reina generalmente en alta mar un viento E. que llaman brisa, bastante fresco, y que no puede permitir á unas embarcaciones como las de los indios navegar de Poniente á Oriente. Así vemos que siempre que los indios han sido arrojados por algún temporal de la costa de sus islas, sosegado el tiempo no han podido volver á su tierra, y sólo han conseguido tomar alguna isla que se hallaba al N., al S. ó al Poniente de su patria, y nunca al Oriente de ella; y de estos casos hay muchos en las historias.

En 1699, dos canoas que arribaron de las Palaos á Samal, que dista trescientas leguas, tardaron setenta días: eran treinta personas entre hombres y mujeres, y sólo murieron en la travesía cinco hombres. El año de 1725 llegó desgarrada á la contracosta de Baler una embarcación con veintitantos hombres; en otras ocasiones han llegado por semejantes acontecimientos gentes de las Palaos y Carolinas á Marianas y á

otras islas; y aunque nuestras historias dicen que hablaban una lengua que no se les entendía, era porque su dialecto se diferencia del nuestro como el pampang del tagalo, ó el italiano del español; pero después que el P. Cantova trató con los indios de estas islas, se vió que su lengua es enteramente semejante á la de los demás indios, y los naturales de estas islas se pintan el cuerpo y tienen otros usos como los visayas; de modo que no sería extraño el decir que las Marianas, Camarines y las Visayas han sido pobladas por los indios de Palaos ó Carolinas: pues así como en estos tiempos han arribado varias veces á todas estas islas y provincias, podemos creer que lo mismo sucedió en los principios, antes que hubiese habitantes en estas islas, y que por consiguiente ellos fueron los primeros pobladores de ellas.

Fundado en estas razones, me inclinaba á que los primeros pobladores de este grande espacio del globo vinieron de la América. Después de impresa mi *Historia*, vi un pequeño diccionario de la lengua chilena; y aunque es bastante semejante á la de Filipinas en el sonido de sus voces, y hay algún otro término que significa lo mismo, que no es poco raro hallarse esto en un pequeño diccionario, cuando en todos los vocabularios de las lenguas francesa, latina y española no hay un solo término que tenga la misma significación que en tagalo, no se puede asegurar que sea dialecto de la misma lengua que la tagala, á no ser que, mezclada con otro idioma de aquel continente, se haya corrompido mucho. Después de haber leído aquel diccionario, he desistido mucho de mi opinión. Pero aunque fuese cierta, restaba saber de dónde vinieron los pobladores de la América meridional. En este grande continente se conocen cinco ó seis lenguas madres por lo menos, que son una

prueba incontestable de que han pasado á él cinco ó seis gentes diferentes. Creer que todos pasaron por el estrecho se hace bastante duro. El llevarlo de Europa ó del África es bastante difícil, considerada la distancia del antiguo y nuevo mundo. Sabemos que después del Diluvio se esparcieron los hombres desde Babilonia, llevando cada uno la lengua que le cupo, después de la confusión de lenguas que hizo Dios, para que desistieran de edificar la torre de Babel. El Egipto fué una de las regiones que se pobló muy breve; de aquí no tardarían en pasar á las costas de África hasta el cabo de Buena Esperanza, y supuesto que de todos modos hallamos dificultades, no sería extraño que digamos que del África se pobló la América meridional.

El hablarse una misma lengua en Madagascar, que está muy cerca del África, y en la isla de Pascua, que no dista seiscientas leguas del continente de América, me hace sospechar la verdad de este problema, que acaso se podría decidir si uno que sabe la lengua malaya pudiera hacerse de diccionarios de todas las lenguas madres de la América y de la África, porque yo no hallo mejor medio que el idioma para probar el origen de estos pueblos. Cuando dos lenguas son dialectos de otra, su semejanza es tal que nadie puede engañarse. El teniente de Rey don Francisco Muñoz de San Clemente me leía los pequeños diccionarios que refiere en sus viajes Mr. de La Perouse. Con sólo oírlos leer, no obstante lo mal escritos que estaban, decía yo si eran ó no semejantes á la lengua tagala. En efecto, cuantos dije yo que eran dialectos del idioma tagalo, eran de alguna isla del mar del Sur, donde un indio cagayán que llegaba, á pocos días entendía la lengua que se hablaba en aquella isla. Todo esto lo refería yo antes de saber

de qué país era el diccionario de la lengua que se me leía; lo que no es difícil, porque muchos términos están poco corrompidos, y *matá*, los ojos; *manog*, la gallina; *hari*, el Rey; *datlo*, el principal; y otros de fácil pronunciación, no han variado nada en ninguna de las innumerables islas del mar del Sur. Si en la América y África se encontraran lenguas que tuviesen la misma relación con el tagalo, nadie debía dudar en dar á los que las hablasen el mismo origen que á nuestros indios. Sin embargo, creo que este problema se tardará mucho en desatar.

El día 16 debíamos ir á la mina de fierro; pero los indios, que siempre avisan tarde, nos dijeron que era imposible llegar á ella; que ningún español la había visto, y acaso ningún indio; que por las noticias que tenían de los negritos, era un paredón de piedra de fierro semejante á los paredones de piedra blanca que habíamos visto á las márgenes de aquel río; que aquellas aguas, batiendo continuamente en aquellas peñas de fierro, formaban cantos ó pelones morrillos, de los cuales se hacía el fierro en la fábrica, y que si queríamos podíamos ir al sitio donde se sacan estas piedras, pero que sólo veríamos unos morrillos semejantes á los que había en el río que teníamos á la vista, con la diferencia de estar más cargados de partículas de fierro que éstos. Cotejamos los cantos pelones de que se sirve la fábrica para hacer fierro con los del río que pasa junto á ella, y no hallamos más diferencia que la que nos decían los indios; por lo cual determinamos volvernos sin proseguir adelante por no hacer un viaje infructuoso y lleno de incomodidades. Aquí hicimos una reflexión digna de que el Gobierno la hiciese y tomase ciertas medidas para adelantar esta fábrica. Apenas se encontrará en todo el mundo mina de fierro más abundante, más

fácil de cavar y con más proporciones de leña para fundar en ella una de las mejores ferrerías. Sin embargo, está enteramente abandonada. Un mestizo sangley saca algo de fierro de las piedras que encuentra en el río, y en doscientos años no ha habido un español que se haya dedicado á trabajarla; esto es más de notar en una tierra donde el fierro vale muy caro, porque casi todo el consumo de este género viene de Europa ó de China, y los fletes y riesgos de la mar forzosamente le han de hacer subir de precio.

El barco de Acapulco ha sido la causa de que los españoles hayan abandonado las riquezas naturales é industriales de las Islas, que son las verdaderas riquezas de un país. Yo he dicho en mis notas al viaje de Mr. Le Gentil á las Islas Filipinas que el barco de Acapulco es necesario á Manila, porque la plata en el comercio es como la sangre en el cuerpo humano, y no hay quien introduzca plata en Filipinas sino el barco de Acapulco. Esto es cierto, pero también lo es que los indios evacuan la sangre de un cuerpo que abunda de ella, y unas veces sangran de la vena del hígado, otras de la cabeza, otras del tobillo, y á veces echan sanguijuelas en las hemorroides para repartir la sangre en los miembros, y disponer por este medio, aunque á mi parecer erróneo, que este líquido guarde un cierto equilibrio en todas las partes del cuerpo. Esto mismo se debe hacer con el dinero en el comercio. Cuando las ferias de Acapulco son buenas, abunda demasiado la plata y no se halla quien trabaje, y en todo el tiempo está mal repartido este dinero. Excepto lo poco que perciben de las boletas los que las tienen y el tanto por ciento de las Obras pías, las demás ganancias del barco de Acapulco se quedan entre los cargadores, que no pasan

de cuarenta. Éstos se hacen ricos en poco tiempo, y todos los españoles aspiran á este comercio, que en poco tiempo los haga ricos y visibles en Manila. El comercio interior y los bienes naturales é industriales de las Islas podía enriquecer mucha más gente; pero nadie se dedica á este ejercicio, porque se mira como incapaz de hacer á un hombre feliz comparado con el barco de Acapulco. Todos piensan en ser de este comercio; pero como no puede sufragar más que para cuarenta casas, jamás las familias de Manila han pasado de este número y de los empleados por el Rey, que se mantienen con el sueldo, y los que han hecho algún caudal de las alcaldías.

Es imposible que Manila sea otra cosa en los tiempos venideros: si el Gobierno no toma otras medidas, jamás habrá más familias acomodadas que las que hay al presente: todos los hijos de los españoles y los europeos que se establezcan en Manila sobre el número indicado precisamente han de vivir en la miseria. No hay otro medio de que se adelante este país sino sangrar á los cargadores del barco de Acapulco de la vena del arca. No digo que se les quite su dinero, pero deben quitárseles las boletas. Por vecinos de Manila tienen un cierto número de boletas; por ser del Consulado se les reparten también algunas piezas; si son hacendosos, aunque no hagan más que cobrar su terrazgo, sin hacer adelantamiento alguno en la agricultura, reciben otro número de boletas; quítenseles éstas y aplíquense á los que hagan cada año tantos quintales de añil, tantos pilones de azúcar, tantos quintales de fierro, al que plante tantos pies de pimienta, tantos de café, tantos de algodón, ó al que mantenga una fábrica de tejidos de cierto número de personas: así se fomentará la industria. Para dar salida á muchos efectos de las Islas,

como los petates, sombreros de nito y todo género de tejidos de algodón, que tienen buena salida en Nueva España, obliguese á los cargadores á embarcar cierta cantidad de estos géneros. El permiso del barco de Acapulco asciende á medio millón de pesos. El que puede prestar más plata de las Obras pías y más boletas es el que más embarca; no se haga así en adelante: permítase á cada uno embarcar más ó menos géneros de la tierra que pueda introducir en su memoria; al que quiere embarcar 25.000 pesos, no se le permita esta cantidad si no lleva los cinco mil en efectos del país. De este modo se aumentará la industria en Filipinas, y creo que dentro de poco tiempo la mitad del permiso de Acapulco sería de géneros de estas Islas, y sin empobrecer á los cargadores se enriquecerían infinitos de los que se ocupasen en fabricar y cultivar los renglones que produce esta tierra; la gente española se aumentaría mucho, y la colonia estaría muy floreciente y rica de verdadera riqueza, que son las que provienen de la naturaleza y de la industria.

Como habíamos determinado no seguir adelante al lugar donde se sacan las piedras para hacer fierro, nos volvimos por el mismo camino que habíamos traído la tarde de antes. Era temprano, y los pájaros, con varios cantos, daban un nuevo primor al alba, que empezaba ya á rayar. Allí se oía al gallo del monte, el cálao, la oropéndola y otra infinidad de pajaritos. Yo he caminado á estas horas por varios bosques de Filipinas, y jamás he oído cantos más suaves y más diferentes que este día. La caza abundaba mucho por estos lugares; y como no estaba espantada de otros cazadores, esperaba á que tirasen. Fueron muchas las palomas y otras especies de aves las que matamos, porque nos ocupamos en esto toda

la mañana. La sombra que nos daban las riberas de aquellos dos ríos, que parecían dos altas montañas, nos convidaba á detenernos y recrearnos con un ejercicio que en otros parajes es muy molesto en Filipinas. Antes de llegar al río de Angat encontramos seis ó siete árboles de mangas juntos, y á su sombra hicimos mediodía. Los indios, que habían subido por aquellas cuestas en busca de venados, trajeron por la noche tres y un jabalí que habían muerto, y trajeron además un grande panal de miel que habían encontrado. Esta provisión y las aves que habíamos cazado bastaron para hacer nuestra comida y la de más de ochenta indios que nos acompañaban. Este día sólo comimos de la caza, y sobró mucha para llevar á Baliuag. El cálao, que es un pájaro grande, de que he hablado en otra parte, nos pareció un bocado exquisito, y que podía hacer un plato de regalo en las mesas más delicadas de Europa. Después de comer montamos á caballo, y llegando al río de Angat, sin pasar al otro lado, fuimos caminando por su ribera hasta Buenavista, hacienda de los PP. de San Juan de Dios, de que hablé en el capítulo antecedente. En el camino encontramos un trapiche ó ingenio de azúcar; el indio nos regaló con cañas, y con el zumo de que se hace la azúcar algunos apagaron la sed. En Buenavista descansamos un poco, nos recreamos con las hermosas campiñas que se descubren desde aquel sitio. De allí fuimos á Baliuag, adonde llegamos algo entrada la noche y bastante fatigados de la expedición; encontramos algunos marinos que habían ido de Cavite, y sintieron mucho no haber llegado á tiempo para ser de la jornada.





CAPÍTULO XXII

EL día 19 fuimos á Bulacán. Ya habíamos estado en este pueblo; y para que no fuese del todo infructuoso nuestro viaje, determinamos pasar por Malolos. Llegamos á Quingua, dejamos la calzada que va para Bulacán, y, tomando una calle que hay frente del convento, antes de una hora llegamos á Malolos. Esta calzada es hermosa, como todas las de esta provincia: toda ella llena de casas y de árboles frutales, y sólo se nota, como en las demás, algunos claros en que no hay ni casas ni huertas, por estar sembrados de arroz y no querer sus dueños franquearlos á los pobres para que planten en ellos sus viviendas. Desde uno de estos claros, cerca ya de Malolos, se des-

Materias que abraza el capítulo XXII.—Expedición á Malolos.—Su convento é iglesia.—El tiangué.—Número de tributos.—Ocupaciones principales de sus habitantes.—Calumpit.—Otros pueblos que rodean el pinag.—Hagonoy.—Cosas más notables de este pueblo.—La pesca de la lisa, el dalag y el hito.—El cultivo del arroz.—Riqueza de los manglares.—El vino de nipa.—Abusos de los comisionados.—Recuerdo histórico: los ingleses en Bulacán y en Malolos.—De Bulacán á Balluag.—Peripecias de la jornada.—Expedición á Calumpit.—El acopio de la bonga.—Abusos.—El bagbag del capitán Colás.—El arroz paaga.—Otras particularidades del terreno de Calumpit.

cubren las grandes sementeras que hay entre este pueblo y Calumpit, que lo hice notar al General para que se instruyese de este terreno, haciendo relación de una expedición de los ingleses, de que hablaré luego. Llegamos á Malolos, y fuimos á ver el convento é iglesia, como lo teníamos de costumbre. Son dos edificios muy regulares: el convento está edificado con bastante arte; tiene buenas columnas y cornisones; pero las dimensiones se tomaron mal: el claustro (caída) es muy estrecho, y las celdas ó cuartos padecen el mismo defecto: es más hermoso que cómodo. La iglesia tiene crucero; y si la hubieran hecho una media naranja, sería de las más hermosas de las Islas, tanto por su forma como por su arquitectura. La falta de luz que debía darle la media naranja la hace algo oscura hacia el medio, y le quita mucho mérito á este edificio. Detrás de la iglesia hay una sacristía muy espaciosa, que podía servir para una catedral, y no está adornada como merece. Los retablos son del gusto general del siglo pasado, extravagantes, cargados de molduras, sin arte, regla ni gusto alguno: de modo que no se acierta á comprender la idea que tuvo el que los hizo. Lo que hay de más malo es que habiendo salido á ver el pueblo, encontramos un camarín donde estaban haciendo nuevamente dos altares colaterales por el mismo gusto. Las columnas no eran de alguno de los órdenes conocidos; los cornisones sin regla, y la escultura repartida en todos ellos con bastante profusión, sin orden ni concierto. Dijimos al P. cura que cómo hacía aquello en un tiempo que en Manila empezaba ya á reinar el buen gusto en este arte, y nos contestó que él nada entendía de esto, que había llamado un tallista, le había mandado hacer dos altares y hacía lo que veíamos. Los arzobispos debían tener cuidado

de que los párrocos no hiciesen á su albedrío los retablos de su iglesia; debíase mandar sacar algunos planos y remitirlos á las parroquias para que todos se arreglasen á ellos. Con esto, en poco tiempo mudaría de arte la arquitectura de Filipinas. Los indios salen bastante buenos tallistas, pero no tienen fantasía para discurrir cosa alguna buena, y es tan estragado su gusto, que siempre escogen lo peor, porque sólo les parece grande lo ridículo y extravagante.

Este día había tiangué en Malolos, y fuimos á verlo. Como éste es el pueblo mayor de la provincia y está como en el centro de ella, creimos que su mercado sería mayor que el de Baliuag; pero lo encontramos poco diferente. Era mayor el gentío que acudía á él, y eran más los comerciantes; pero cada uno, así como en Baliuag, llevaba una pequeña porción de mercancías, las cuales vendidas, compraba con el producto otras cosas para llevárselas á su casa. En estos mercados casi todos son á un mismo tiempo comerciantes y compradores: se deshacen de unos efectos para comprar otros, y todo su comercio se reduce á trueques, que se celebran por medio de una pequeña cantidad de dinero, que corre por todas las manos. Aquí es donde se ve la infelicidad de estas gentes y cuán para poco son y serán mientras no se enseñen á gastar más y padecer más necesidades. Ellos son amigos de vestir bien, de comer bien, de gastar y triunfar; pero el lujo no puede contrarrestar á su pereza. Lo único que los hace algo diligentes es el buscar el sustento diario; y como se reduce á un poco de arroz cocido, á que muchos no añaden nada de pescado ó carne, les cuesta tan poco, que no trabajan casi nada, y no puede haber comercio donde no hay industria. Si se les fuese introduciendo el que gastaran más diariamente, se harían más laboriosos y se podría sa-

car de ellos mejor partido: se debía procurar que en los pueblos hubiera continuamente carne y pescado de venta para que se enseñasen á comer diariamente de estos comestibles, pues el no comerlos muchas veces es porque no los hay. Los alcaldes mayores, que debieran fomentar estos abastos, son los primeros que los impiden ó los llenan de tantas gabelas, que los mestizos que intentan poseerlos se ven precisados á abandonarlos.

Este pueblo es el mayor de la provincia: tiene como 2.500 tributos, los cuales se mantienen de la agricultura, pues ni crían animales, ni se dedican á manufacturas. Algunos tejidos de algodón y un pequeño comercio de los frutos de la tierra es toda su industria. Las casas están en cuatro calzadas que salen del pueblo, y se extienden media legua poco más ó menos hasta el término de los pueblos con quienes confinan todas; están rodeadas de árboles, y cada una en medio de una deliciosa huerta como las de otros pueblos, con la diferencia de que en Malolos los árboles de coco abundan más que en otras partes. Entre calzada y calzada hay unas grandes sementeras de arroz, y otras tierras en que siembran añil y caña dulce para hacer azúcar. Todos estos frutos no son suficientes para la numerosa población de este pueblo. Sus vecinos han comprado muchas tierras en los pueblos de la comarca, particularmente en Hagonoy y Calumpit; las labran viviendo en Malolos, de que resulta que este pueblo se aumenta mucho y los otros no crecen á proporción de su territorio. Estas compras se hacen por medio del contrato de compra con pacto *retro vendendi* de que ya he hablado y que es muy perjudicial á los indios. Entre otros inconvenientes que trae este contrato es uno que algunos pueblos tienen grandes territorios, y por consiguien-

te muchas obras públicas que hacer, y los indios que los habitan están siempre agobiados con los trabajos públicos y polos y servicios personales.

Calumpit tiene un grande territorio; y como los indios de Malolos han ocupado gran parte de sus sementeras, no tienen suficiente gente para componer los caminos y hacer puentes en los esteros y ríos de sus dilatadas calzadas. En entrando las aguas se destruyen, y el año siguiente es preciso hacerlas de nuevo. Los indios están en un continuo trabajo, mientras los de Malolos no tienen que hacer nada y se aprovechan más que nadie del terreno de Calumpit. Como Malolos es pueblo grande y tuvo un párroco muy querido de los españoles, llamado el P. Maturana, que por sus empeños consiguió que se le entregase la plata de la Caja de Comunidad y que la que sobrase anualmente se le fuera suministrando hasta no acabar las obras públicas, se hicieron puentes de piedra en los muchos esteros que cortan este pueblo de diferentes modos, y no quedó obra ninguna provisional, de suerte que sus habitantes apenas tienen que hacer servicios personales, ni hay que añadir á lo hecho más que un camino que salga de la plaza y por medio de las sementeras vaya á unirse con la calzada de Calumpit. Esta obra, que es muy pequeña y que se hubiera hecho mil veces si los propietarios de las tierras no se opusiesen á ella, ahorra más de una legua de camino á los que van á Calumpit, á la Pampanga y á todas las provincias del Norte.

Al Poniente de Malolos está aquel grande campo ó laguna que los indios llaman *pinag*. Digo campo ó laguna, porque en la estación de las aguas es verdaderamente una laguna, y en tiempo de secas un campo donde se siembra mucho arroz. Nosotros lo vimos desde la torre: es una especie de elipse; su

diámetro mayor es de tres leguas, y el menor de dos, poco más ó menos, y la circunferencia de ocho próximamente. Alrededor de él están los pueblos de Malolos, Calumpit, Hagonoy y Paombong. Calumpit no se ve desde la torre; Paombong se ve bien como á media legua de Malolos. Es un pueblo pequeño, como de 400 tributos; tiene algunas sementeras de arroz y muchos manglares, de donde se saca mucha leña y pesca. En su jurisdicción está la barra de Pamaraua, que es la mayor de todos los esteros que tienen comunicación con la mar por este partido. En ella mantienen los de Paombong un fuertecillo para impedir la entrada de los moros y poder pescar con seguridad en todos los esteros y cultivar la nipa, que es otro de los renglones de que se mantiene este pueblo. La nipa es una palma pequeña que se cria en el agua salada; de ella hacen los indios el vinagre y vino, de que se proveen los estancos de esta provincia, y con sus hojas techan las casas. Paombong tiene una iglesia y convento de piedra bastante regular, pero en un terreno tan bajo que muchas veces se anega; y de tal suerte se llena de agua, que es preciso que la misa se diga en el coro; y la gente va en barquillas á la iglesia, y sin salir de estas embarcacioncillas oyen la misa, y en la misma disposición vuelven á sus casas, que también están anegadas; de modo que en este tiempo mejor se puede decir que viven en el agua que no en tierra.

Á la otra banda de esta laguna, como á dos leguas de distancia, se veía el pueblo de Hagonoy: sólo se percibía una iglesia y convento de piedra y teja; pero como yo he sido párroco de este pueblo, puedo hablar de él con algún acierto, aunque no lo vimos en esta ocasión. La iglesia tiene un crucero como la de Malolos y en medio una media naranja con vi-

drieras de concha que le dan mucha luz y la hermo- sean bastante. La fábrica de la iglesia y convento es muy sencilla; no tiene labor alguna; la fachada es muy extravagante: se conoce que es obra de algún Padre, acaso buen teólogo, pero mal artista. Hago- noy tiene 1,500 tributos: todos viven á las dos már- genes de un río caudaloso, que pasa por medio del pueblo. Este río es el que llamamos río Grande de la Pampangá, que, uniéndose con el río de Quingua junto á Calumpit, baja formando una madre ancha y profunda hasta rebasar el pueblo de Hagonoy. Po- dían muy bien navegar por este río navíos de alto bordo; pero pasado Hagonoy se divide en 12 bocas, por las cuales entra en la mar, sin que puedan en- trar por ellas más que embarcaciones de poco porte. El río ha dejado en sus dos riberas bastante tierra para que los indios hayan podido poner en ellas sus huertas y sus casas sin peligro de ser inundadas en la estación de las aguas sino por corto tiempo. Lo ancho de esta tierra es de veinte brazas, más ó me- nos, pasadas las cuales está aquella laguna ó pinag de que acabo de hablar. Á la otra orilla del río hay otro pinag como éste, y en uno y otro cogen los in- dios de Hagonoy infinito arroz; y si hubiera policía en Manila, sólo de estos dos sitios se podía sacar arroz para mantener todas las provincias de tagalos.

Todo este terreno está lleno de agua desde la pri- mera colla de vendaval que suele haber á últimos de Mayo hasta fines de Noviembre. Es infinito el pesca- do que se coge, particularmente el que llaman lisa, el dalag y el *hito*. La lisa es pescado de esta laguna que baja á desovar á la mar en las primeras avenidas, y vuelve con sus hijuelos al agua dulce. Cuando llegan á hacerse de tamaño de una cuarta, son muy sabro- sas y semejantes en el gusto á las truchas. En lle-

gando á su total incremento, que es como de media vara, ya no son tan buenas: las de la mar son aún peores; tienen una grasa fastidiosa, semejante á la de la mielga de España. El hito es un pescado pequeño poco sabroso. El dalag se hace tan grande como un brazo; es de poca substancia, pero muy estimado de los indios; es tan sano que se le puede dar á los enfermos. De él se hace una especie de bacalao, que sirve mucho para los países donde no hay pescado y para rancho de las embarcaciones. Se crían también unos caracolitos que llaman *cohól* y sirven de cebo para pescar los *bacocos*, especie de besugos, de los que se diferencian muy poco. Los de mar son duros, no de mucho regalo; pero los que se pescan en el río de Hagonoy son muy sabrosos y lo mismo que los besugos. Al acabar la estación de las aguas entran en este río á desovar, y por tanto su pesca es desde mitad de Diciembre hasta mitad de Febrero; se cogen con anzuelo. El indio que se dedica á ella pone cinco ó seis anzuelos atados á otras tantas cuerdas; el cebo que se pone en el anzuelo es un caracolito; además de este caracol se tiran muchos caracoles de la misma especie en el sitio donde están los anzuelos, para que acudan á él los bacocos y puedan ser pescados. Con esta maniobra suele un hombre pescar hasta cuarenta bacocos en un día, y por este tiempo se ve todo este río lleno de anzuelos desde Hagonoy á Calumpit, por donde se puede comprender algo lo abundante de esta pesca.

Pasadas las aguas empiezan á disminuir las de esta laguna, y los indios á preparar la tierra para plantar el arroz. Á últimos de Enero está la tierra limpia de las hierbas que han crecido durante las aguas y bien revuelto el fango que han traído las avenidas. En esta disposición se planta el arroz co-

mo en otras partes; pero como ya no es tiempo de que llueva, secaríase infaliblemente si de una manera rara no se le procurase el riego. Las tierras que se siembran están más bajas que el río en la plena mar. No entra á ellas el agua porque la naturaleza ha puesto por toda la orilla del río un espacio de tierra levantada, que es como un dique que impide que se aneguen estas tierras en las mareas altas. Este dique lo han cortado los indios por varias partes para introducir el agua á sus sementeras. Sólo desde Hagonoy á Calumpit, que no dista tres leguas, hay treinta y cinco cortaduras, que los indios llaman *sapá*, por donde entra suficiente agua para regar todas las sementeras y muchas más que se quisieren trabajar. En teniendo falta de agua el arroz no es necesario más que abrir la *sapá*, y conforme va creciendo la marea va llenando la sementera, hasta que el dueño ve que tiene bastante agua, y cierra la *sapá* hasta que la necesite en otra ocasión. Estas tierras, como son todos los años abonadas y engrosadas de las avenidas, producen soberbiamente, y la cosecha es siempre segura; sin embargo, se pierde algo de arroz si se adelantan las aguas en el mes de Mayo, que es cuando se hace esta cosecha, y obliga á los indios á ir á segar embarcados en barquillas y recoger su arroz con bastantes molestias y fatigas.

Sin embargo de lo fácil que es el cultivar estas tierras, y de lo superabundantemente que pagan su trabajo al labrador, sólo están corrientes las sementeras que hay cerca del río de Hagonoy, y otras que se riegan de un brazo que sale del río de Quingua y va á parar á los esteros de agua salada de Malolos, dejando sin cultivo la mayor parte de este grande campo. Yo sé que estos dos ríos no bastarían para regar todo este terreno, pero desde Calumpit entran

otros dos ríos en este pinag, que bien dirigidos podrían bastar para regarlo todo. Estos dos ríos tienen en su boca una grande madre; pero como jamás se les dió curso hasta la mar ó los esteros de agua salada, á pocas brazas del río principal de donde salen han dejado todos los maderos y árboles que traen las avenidas, se han llenado de tierra y han impedido su curso en tiempo de secas; si se les hiciere un canal hasta juntarlos con el agua salada, cosa muy fácil en un terreno bajo y llano, ellos mismos se abrirían una madre regular, y regaría la parte de aquel grande campo que no puede ser regado con solos los otros dos ríos, y producirían anualmente innumerables fanegas de arroz. En la otra banda del río de Hagonoy se podían hacer iguales beneficios, y aprovecharse de infinita tierra inculca que nada produce.

En los manglares tiene Hagonoy muchas riquezas, además de los cangrejos, camarones, ostras y otros varios géneros de pescados que cogen en ellos; cortan mucha leña, que llevan á Manila, hacen carbón y se utilizan mucho de la palma de nipa que crían en ellos, de lo cual, entre otras infinitas utilidades, sacan vinagre y vino; el vinagre se hace del agua que se saca de esta palma, y es tan barato que se suele comprar una tinaja por un cuartillo. De la misma agua, que llaman tuba, sacada por alquitara se hace el vino, que es una especie de aguardiente. Lo venden al Rey á razón de tres reales la tinaja y medio real de conducción por llevarlo á Macabebe, que es el primer pueblo de la Pampanga por esta banda, donde está el almacén general. Los de Paombong lo llevan á Bulacán, y se les da por una tinaja, incluso la conducción, cuatro reales. Antiguamente se les pagaba á unos y otros á seis reales.

Supieron ciertos comisionados que algunos indios

vendían la tinaja de vino á tres reales, y con esto creyeron que éste era un precio regular, y se empeñaron en hacer la contrata conforme á este precio. Para probar la falsa suposición de los comisionados es preciso saber la costumbre de los indios en sus tratos. Los más de los indios son unos infelices que no tienen dinero para hacer sus cosechas; piden plata prestada á los riquillos; éstos no se la dan sino á condición de que les vendan sus frutos á un precio muy bajo, para indemnizarse con esta ganancia de las drogas que les puedan hacer, y para que su dinero les produzca alguna cosa. En semejantes circunstancias vendían los indios la tinaja de vino á tres reales, poniéndosela al mismo precio en la contrata. Con la Renta no puede salirles la misma cuenta, porque necesitan pedir plata prestada y pagar por ella un precio muy crecido, todo lo cual era necesario aumentarse en el precio del vino para decir que se vende al mismo precio que antes. Empeñados los comisionados en rebajar el vino hasta tres reales, intimidaron á los cosecheros y obligaron á los principales de estos pueblos á firmar la contrata que les presentaron; pero como los más de los principales firmantes no eran cosecheros, salieron muy defraudados los que se dedicaban al plantío de nipas y fábrica del vino ó aguardientes, por lo cual se disminuyó considerablemente esta cosecha, y ha faltado muchas veces desde aquella época el vino en el estanco. El público ha padecido mucho con esta providencia y el Rey ha perdido mucho dinero, que hubiera entrado en sus Reales Cajas si no hubiera faltado vino. Esto importa poco á los comisionados; les bastaba el adquirirse el crédito de fieles y celosos servidores del Rey, como lo consiguieron á costa del público y del Rey mismo.

Volviendo á Malolos referiré la expedición que hi-

cieron á él los ingleses después de tomada Manila. El 5 de Octubre de 1762 se apoderaron de la plaza; el día antes había salido el Sr. Anda, oidor más moderno, en calidad de visitador de las provincias, para mantenerlas en la obediencia del Rey de España, después de la toma de Manila, que se suponía infalible. Llegó á Bulacán y empezó á juntar algunas tropas, declarándose Capitán general de las Islas Filipinas desde que el Gobernador y oidores de la Real Audiencia de Manila fueron hechos prisioneros. Pero sus fuerzas eran tan débiles, que si los ingleses hubieran destacado un pequeño cuerpo de tropas á la provincia de Bulacán, se hubieran hecho dueños de las Islas inmediatamente. Dráper, que era general de la armada de tierra, no queriendo empeñar sus tropas en una nueva expedición, se valió de mil estratagemas para apoderarse de las provincias sin emplear las armas. Encontró con un fiel servidor del Rey, el Sr. Anda, incapaz de rendirse á sus solicitudes y amenazas, y gastó infructuosamente el tiempo que debía haber empleado en hacer la guerra. Viendo que le salían mal todas sus estratagemas, quiso antes de volverse á Europa sujetar las provincias; pero ya era tarde, porque desde el 5 de Octubre de 1762 hasta mitad de Enero de 1763, en que Dráper meditó su expedición á la provincia de Bulacán, tuvo tiempo el Sr. Anda de juntar algunas tropas y apoderarse de la plata que se había enviado durante el sitio de Manila á la provincia de La Laguna, con cuyos recursos, aunque no muy poderosos, contuvo por entonces á los ingleses. El 18 de Enero de 1763 fué el día destinado por los ingleses para salir contra el Sr. Anda. El comandante de esta expedición llevaba consigo 600 hombres de desembarco y debía ir derecho á Bulacán, entrando por la

barra de Binuagan, por donde se comunica con la mar el estero de este pueblo. No permitiéndole el viento entrar por Binuagan, siguió á la barra de Pumaraua; y navegando por los esteros que se comunican con esta barra, desembarcó en Malolos. Algunas tropas nuestras que habia en este pueblo no se atrevieron á salir al encuentro de los enemigos, quienes, tirando fusilazos y arrollando cuanto podía oponérseles, siguieron por la calzada de Quingua, por donde nosotros veníamos este día, y llegaron hasta el sitio, que dije antes que hice notar al General, desde donde se descubren las sementeras de Calumpit. Nuestros soldados corrieron con ligereza por aquel campo; los indios no pararon hasta sus casas, y los españoles hicieron alto en el convento de Calumpit. Esta relación me hizo el Padre provincial Martínez, Agustino, que iba de capellán de aquellas tropas. Si los ingleses los hubieran seguido, se hubieran apoderado de todas las provincias del N.; pero no se atrevieron á dejar atrás el convento de Bulacán, que estaba fortificado, y la toma de este convento fué la felicidad del Sr. Anda.

Toda la fortaleza del convento de Bulacán se reducía á un cañón que se habia puesto en el patio, en un sitio que enfilaba á la calzada por donde debían venir los ingleses. Ésta era la gran fortaleza que los ingleses temían dejar á sus espaldas. Resolvieron ir á atacar desde Malolos; tomaron el camino, y considerando que si iban por la calzada podían armarles los españoles alguna emboscada, se fueron por medio de las sementeras, disparando fusilazos á los cañaverales, por si acaso habia gente escondida en ellos. Bustos, general de nuestras tropas, salió á reconocerlos; y viendo que no estaba bien fortificado Bulacán para resistir á los ingleses, determinó aban-

donarlo. El alcalde mayor de la provincia, un artillero y un P. Recoleta con algunos indios no entraron en el proyecto de Bustos; lo dejaron ir con sus tropas, y se quedaron á defender aquel puesto. Los ingleses pasaron el puente de Maysantor, adonde enfilaba el cañón que teníamos en el patio: cuando nuestro artillero los vió apiñados en aquella estrecha calle, descargó con metralla, é hizo una carnicería en los enemigos. Venían por delante los chinos que seguían el partido de los ingleses y sufrieron toda la descarga. Desde este día pedían por cortesía á los ingleses que fuesen por delante, porque decían que no eran dignos del honor de ir á la vanguardia del ejército. El comandante inglés mandó retirar á sus tropas y guarnecerse en las casas, que aunque de tabla tenían algunas de ellas pared hasta el piso y podían defenderlo de la metralla. Montó un cañón de campaña, y el artillero que lo disparó tuvo tan buen acierto que voló la cabeza del artillero español, y quedó abandonado aquel puesto. Siguieron los ingleses al convento: el alcalde mayor se asomó á una ventana, y mandó dispararle el comandante inglés, y le dieron un balazo en el pecho. Con estos dos acontecimientos ya nadie se atrevió á hacer cara á los enemigos, que hicieron saltar las puertas y entraron sin ninguna resistencia. Subida la escalera, el P. Recoleta, solo, sable en mano, se atrevió á hacerles frente; pero oprimido de la multitud, cayó muy en breve hecho pedazos. Otro religioso Agustino estaba auxiliando al alcalde mayor; al entrar el comandante inglés en el cuarto donde estaba el herido, por un acto indeliberado metió el religioso la mano en la manga para sacar el paño; el inglés, creyendo que iba á sacar una pistola, se adelantó y lo mató de un pistoletazo. Así refirieron este hecho los ingleses; pero los

desertores franceses declararon que era falso, y que lo habían entregado, juntamente con los indios, á los chinos para que lo mataran á lanzadas en el corral del convento de Bulacán. Esta barbaridad cometió una nación culta en el siglo más ilustrado, en que tanto se ha ensalzado la humanidad. Luego que los ingleses entraron en el convento, los indios se escondieron en la sacristía y en los desvanes; los chinos, sentidos de la carnicería que había hecho la metralla en sus paisanos, los buscaron por todas partes, y los pidieron á los ingleses para matarlos á lanzadas, y estos hombres políticos tuvieron la debilidad de permitir este espectáculo bárbaro á unas tropas que estaban á sus órdenes y les era fácil contener.

Esta es la expedición más ruidosa que hicieron los ingleses mientras fueron dueños de Manila; se utilizaron poco de ella, porque nuestras tropas vinieron luego á cercarlos; y aunque es cierto que en cuantas salidas hicieron los ingleses las obligaron á retroceder, como habían despachado mucha gente de los marineros que debían embarcarse con Dráper para Europa, y sólo se había quedado el comandante con 300 hombres, los más de ellos cipayos, nunca se atrevió á alejarse del convento, y viendo que nada adelantaba, quemó la iglesia y el convento, y se retiró á Manila. De esta expedición hablamos mucho en nuestra jornada, porque luego que salimos de Malolos tomamos el mismo camino que habían andado los ingleses, con la diferencia que ellos salieron á la sementera y nosotros seguimos la calzada, que es una calle muy amena por las muchas casas y arboledas que hay en sus dos orillas. En algunas partes hay ciertos claros que nos dejaban percibir los lugares donde había habido alguna escaramuza con los ingleses en aquel tiempo. Hice notar al General el si-

tio donde Bustos reconoció el ejército británico, los lugares que escogieron los nuestros para bloquear á los ingleses cuando estaban apoderados de Bulacán, y pasado el puente de Maysantor le enseñé las casas en que se guarneció el comandante inglés, el lugar donde estaba nuestro cañón y todas las menudencias que acaecieron en esta jornada. Yo suponía que en caso de invasión de los enemigos el General se vería por último precisado á quemar su escuadra conforme á ordenanza, y llegaría á pelear por tierra. Aunque marino, tenía en él mucha confianza, porque le había notado una sangre fría que nunca suele estar separada del valor. Cuando en Manila se recibía noticia de un alcalde mayor de que se habían visto algunos barcos ingleses por sus provincias, todos se alborotaban. El señor Álava, con gran serenidad, cotejaba las fechas de otras noticias anteriores con la nueva, y hacía evidencia de que no podía ser sino alguna equivocación de los indios que habían dado parte. Más de una vez se estuvo quieto mientras todos estaban alborotados; en otras ocasiones salió con su escuadra por no dar que decir al vulgo según nos decía á sus amigos, porque, añadía, aunque no debe hacerse mucho caso de lo que el vulgo dice, tampoco se le debe despreciar.

En estas conversaciones llegamos á Bulacán sintiendo el camino. En este pueblo habíamos estado el día de nuestra primera jornada, y por consiguiente nada hallamos que notar de nuevo. Por la tarde nos volvimos á Baliuag; al pasar el río de Quingua encontramos una de aquellas avenidas extraordinarias que se experimentan en este río sin que llueva en la provincia. El General y yo creímos poder vadearlo; pero al llegar al medio la corriente era tan fuerte, y el agua había subido tanto, que los caballos no podían

tirar del birlocho; los indios acudieron con una barquilla y nos sacaron á la orilla; el birlocho pasó al otro lado con facilidad. Nuestros compañeros venían detrás y pasaron en la balsa de cañas: para persuadirles á ello, los indios les contaron que nosotros habíamos estado en inminente riesgo de perecer; pero no era cierto, ni jamás nos consideramos en peligro.

El día 23 fuimos á Calumpit, pasamos por el pueblo de San Isidro, que habíamos visto muchas veces, y vadeamos el río por frente de la casa del marqués de las Salinas, de que he hablado en otra parte. Seguimos por la orilla del río por una calzada semejante á todas las de esta provincia en su frondosidad y hermosura. Como á una legua de la casa del marqués, río abajo, encontramos el río de San Marcos. Este es un brazo del río de Quingua, que después de regar algunas tierras del pinag de Hagonoy se pierde en los esteros de agua salada de Malolos. El río de San Marcos es una prueba evidente de que aunque se sangrase el río de Quingua, dirigiéndolo á los esteros de Bigaa por una parte, y á los de Bulacán por otra, no había peligro de que se anegasen estos dos pueblos, pues su terreno no es más bajo que el de Malolos, y por esta causa no se debe temer una inundación como no la hay en Malolos, donde desagua este río. Los que se han opuesto á la abertura de aquellos dos canales tan útiles á las provincias de Bulacán no han calculado bien, y se han dejado engañar con algunas razones especiosas, dejando la experiencia que tienen todos los días, que es más maestra que todos los discursos filosóficos en materia de hidráulica. El río de San Carlos se pasa por un puente de madera; á la otra banda hay unos grandes camarines de caña, de donde se acopia de cuenta del Rey la bonga que se coge á la orilla de todo el

río de Quingua. El pueblo de Calumpit es uno de los que más abundan de este ramo; todas sus calzadas están llenas de palmas que producen esta fruta, las cuales las hermosean más de lo que pueda pintar la pluma; sólo el pincel es capaz de dar una idea de lo delicioso de sus huertas. Entre una infinidad de árboles frutales y algunos silvestres sobresalen las palmas con una copa que parece que está hecha por mano de un artífice. Debajo de la copa se ven los racimos de bonga de un verde mezclado de amarillo y encarnado que ofrecen un golpe de vista delicioso.

De cuenta del Rey se acopia toda la bonga que se necesita para el estanco; la que sobra se compra á los cosecheros y se quema. Cuando este ramo estaba por arrendamiento no se quemaba la bonga sobrante: se la quitaba la corteza, y bien seca al sol se vendía á los chinos, que la llevaban á su tierra para tintes y para hacer buyo en los puertos de mar, donde los comerciantes que vienen á Filipinas y otras islas han introducido este uso. Confieso que el mecanismo de limpiar la bonga para venderla á los chinos es engorroso y difícil de practicarse con fidelidad de cuenta del Rey; pero es preciso buscar algún medio de utilizarse de aquélla y no quemarla sin que nadie se aproveche de ella, porque á veces impensadamente se pudren más frutas de lo que se creyó, ó hay consumo mayor en el estanco, y falta la bonga, como lo hemos visto muchas veces con perjuicio del público y del Real Haber, y casi siempre se da á los indios, de las tres bongas que corresponden á un cuarto, una enteramente podrida, que es preciso tirarla. Si no se quemase lo que se juzga que sobrará, jamás acaecería esto, y la Renta sólo podía padecer el quebranto de la conducción desde Calumpit á Manila, aunque al fin del año fuese necesario quemarla ó se

podriese por no haber medio posible de vendérsela á los chinos.

Como á doscientas brazas de San Marcos encontramos otro río, que también es un brazo del de Quingua y va á perderse en el pinag de Hagonoy, y se llama «el bagbag del capitan Colás», porque era zanja que un indio de este nombre tenía para regar sus sementeras. Lo pasamos por un puente de madera, y á un cuarto de legua encontramos el pueblo de Calumpit; y sin subir al convento proseguimos otro medio cuarto de legua, por ver el sitio donde se une el río de Quingua con el río Grande de la Pampanga. En tiempo de avenida hacen estos dos ríos al unirse un grande remolino, y han comido tanta tierra por ambas riberas, que se ha hecho una especie de bahía ancha, que en tiempo de secas está muy serena, no obstante las corrientes de estos ríos caudalosos, y se puede pasar á la otra banda en una balsa de cañas. Desde este lugar hasta más abajo de Hagonoy puede navegar un navío de alto bordo, y si no se dividiera en doce bocas al entrar en la mar, los navíos podrían subir hasta Calumpit. Pasada la confluencia de estos dos ríos sale otro brazo de agua que se introduce en el pinag de Hagonoy; era, como el bagbag del capitán Colás, una zanja que servía para regar las sementeras de este pueblo, que eran tierras bajas como las de Hagonoy, y por mejor decir una laguna en tiempo de aguas, y sólo se podían sembrar en la rigurosa estación de las secas, regándolas cuando subía la marea con el beneficio de estas zanjas.

En ninguna parte del mundo se hallarán mayores vestigios de la facilidad con que crecen las tierras bajas á beneficio de las avenidas como en este terreno de Calumpit. No pasa de cincuenta años que desde el río de San Marcos hasta el término de Hagonoy,

por más del espacio de una legua, todo el terreno era bajo. En tiempo de aguas se hacía una laguna, y en tiempo de secas se regaba con la marea; se dejaron abiertas estas dos zanjas, y todo este terreno se ha llenado de tierra, y ésta se ha levantado tanto que puede sembrarse arroz y caña dulce en la estación de las aguas. Es verdad que en las avenidas grandes el agua cubre todo este terreno; pero como no sobrepaja á la punta de la caña, no se pierde y produce bien. El arroz que se da en este terreno es el *paaga*; se siembra temprano con el fin de que esté algo crecido cuando vengan las avenidas; y aunque no produce como el otro arroz, deja la utilidad de sembrar añil después de hacer la cosecha de arroz, que es muy temprana, y se logran el hacer cada año dos cosechas en una misma tierra. Si se dejaran abiertas todas las zanjas del grande pinag, á vuelta de diez años todo este vasto terreno estaria levantado y propio para sembrar en él arroz, caña dulce, añil y maíz. Pero en este caso las gentes que se dedican á hacer las sementeras no tendrían que comer estos diez años, que es un mal que no se puede subsanar y que hará que jamás se adopte este proyecto. No queda otro remedio para utilizar este terreno sino abrir estos dos ríos y regar con ellos todo el pinag, como llevo dicho.

Después de haber visto la campiña de Calumpit, volvimos al convento. Yo he sido párroco de este pueblo, y una infinidad de gentes habían ido á visitarme: tuve gran gusto en verlos, porque son los indios á quienes más he estimado, porque nunca me dieron el menor disgusto. El convento es de piedra y teja, de unas dimensiones pequeñas y regulares; yo le añadí un ángulo, que le ha dado bastante desahogo. La iglesia es pequeña; tiene crucero, pero en medio

del crucero tiene un poste que le afea infinito. La torre es baja y de mala hechura; los indios están muy mal con ella, porque les dicen los de los otros pueblos que parece un palomar. Continuamente están moliendo á los varios párrocos que han tenido para que les hagan torre nueva; pero son tantas las obras de este pueblo, que no han podido darles gusto. El terreno de Calumpit es grande; pero los mestizos de Malolos y de Apalit, pueblo de la Pampanga, que está inmediato, se han ido apoderando poco á poco de sus tierras, y el pueblo no crece á proporción de su terreno: apenas tiene 1.000 tributos, no obstante ser el pueblo más antiguo de la provincia. Necesita conservar muchos puentes; los más de ellos es preciso hacerlos nuevos todos los años. El río principal se va echando sobre la iglesia y convento, y es preciso contenerlo con estacadas para que no los arruine. Nos pasmamos al ver la grande estacada que tenían para contener el agua. Parecía que habían trasplantado un grande monte á la orilla de aquel río. Añádase á esto los trabajos concejiles del pueblo, y se verá que los indios de Calumpit están agobiados enteramente. Sería muy conveniente que por un acto de buen gobierno se obligase á los que disfrutan de este terreno á concurrir á las obras públicas del pueblo y á todas las cargas concejiles.





CAPÍTULO XXIII

Los pueblos de Hagonoy y Calumpit, y todos los del río de Baliuag, excepto Quingua, confinan con la provincia de la Pampanga: los naturales de las dos provincias conservan continuamente un mutuo comercio, y nosotros tuvimos la proporción de tratar con los pampangos, y examinar sus usos y costumbres. Mientras yo fui párroco de Hagonoy y Calumpit, por la conexión que tienen unos pueblos con otros, adquirí muchas noticias relativas á la Pampanga; he estado muchas veces en esta provincia, la he recorrido toda; y aunque durante este viaje no pa-

Materias que abraza el capítulo XXIII.—Provincia de la Pampanga.—Confines.—División en *alta* y *baja*.—Número de tributos.—Ríos principales.—Necesidad de un canal que una Pangasinán con Manila.—Configuración del terreno.—El monte Arayat.—Principales producciones.—Las cosechas del arroz.—Cuál es la más importante.—Preocupaciones de un respetable ex provincial.—Cómo le contradice el Autor.—El pinag de Candaba.—Las bombas de viento.—Caza que se cría en los montes.—La lubricidad de los chinos.—Productos del terreno de los montes.—Recuerdo histórico de una sublevación de pampangos.—El tabaco.—Abusos de los agentes del resguardo.—Noticia histórica de la conquista de la Pampanga por los españoles.—Deslealtad de los caciques Solimán y Lacandola.—Los antiguos pampangos.—Misiones.—Número de tributos de algunas de éstas.—Otras noticias.—

samos á ella, me hallo instruído de su terreno y de cuanto es digno de notar un viajero, y me parece que puedo emprender aquí su descripción.

La Pampanga confina de N. á SE. con la provincia de Bulacán; de NO. á NE., con las misiones de Cagayán y sus montes; de NO. á SE., con la de Bataan ó Rinconada. Su plano es un cuadrángulo, que tendrá de ancho de trece á catorce leguas, y de largo veinticinco. Ahora se ha establecido una provincia hacia su parte oriental, en la contracosta, que se llama la Nueva Écija. No sé qué terreno de la Pampanga se habrá tomado para aumentar esta nueva provincia; pero creo que sólo le habrán quitado las misiones de Puncán, Pantabangan y Caranglán, que administran los PP. Franciscanos; las cuales, aunque sean considerables por la extensión de su terreno, deben de ser muy poca cosa por el número de sus habitantes; y en cuanto al estado de la provincia, se considera la Pampanga dividida en *alta* y *baja*, no porque la Pampanga alta sea tierra montuosa; es muy llana, y sólo se le da este nombre respecto á lo restante de su terreno, que es muy bajo, y se anega lo más de él en la estación de las aguas: la Pampanga alta está muy poco poblada; pero la baja es de una población numerosa, como todas las tierras que están cerca de la bahía de Manila, adonde llega el agua salada. El año de 1738 tenía esta provincia 9.275 tributos de indios y 870 de mestizos de san-

Los infieles.—Sus bárbaras costumbres.—Canibalismo.—El Sr. Santa Justa y Rufina.—Cómo los Agustinos dejaron la Pampanga.—Alternativas de D. Simón de Anda.—Lo que era en deber á los Agustinos, y el pago que les dió.—Carnicería que con los chinos hizo el Sr. Anda Salazar.—Resentimiento personal de éste con un Padre provincial.—Los frailes que en la Pampanga se sujetaron á la visita diocesana.—Idioma de los pampangos.—¿ Son originarios de Sumatra?—Cítase la opinión del P. San Antonio.—Comercio de la Pampanga.—Los pampangos apenas se diferencian de los tagalos.—La fama de valientes de los pampangos, discútela el P. Zúñiga, y acaba por negar'a.

gley; el año de 1799 tenía 16.604 $\frac{1}{2}$ de indios y 2.641 de mestizos, y es de notar que desde aquellos tiempos se la han segregado más de 3.000 tributos, para formar la provincia de Bataan, y que esta provincia hace años que no crece á proporción de las otras. Por aquí se puede conocer lo que se aumentan los indios de Filipinas.

Atraviesan esta provincia dos ríos, el uno conocido con el nombre de río Grande de la Pampanga; pasa por Candaba, y se une con el río de Quingua en Calumpit; al otro llaman el río Chico, y va á desaguar á Lingayén, cabecera de Pangasinán; un brazo de este río se une con el río Grande, y en tiempo de aguas se hace una gran laguna en medio de esta provincia, por donde pasan las embarcaciones para venir de Pangasinán á Manila; pero hay ocasiones en que los indios, poco diligentes y cuidadosos, se quedan en medio de la laguna con sus barquillas, y es preciso esperar al año siguiente para sacarlas. En un terreno tan bajo como éste es muy fácil abrir un canal y dar una comunicación pronta y continua á la provincia de Pangasinán con Manila. En una tierra donde los acarreos fueran fáciles se hubiera abierto ya este canal, y en Filipinas, donde los acarreos son costosísimos, no se ha pensado en ello: por medio de este canal, no sólo lograríamos tener en Manila todos los efectos de Pangasinán á buen precio, sino que inmensas tierras de la Pampanga alta se cultivarían, y se recogería en ellas mucho arroz, azúcar y añil, que ahora no se siembra, porque el acarrearlo á Manila, donde se había de consumir, cuesta más de lo que vale.

El terreno de esta provincia es llano; los montes están á sus extremidades, excepto el monte de Arayat, que está en el centro de la provincia; se levanta

solo, separado de todos los montes en un terreno llano á una altura desmedida; tiene la forma de un pilón de azúcar. La teoría de este monte es muy sencilla: una grande cordillera de montes empieza en la parte más al N. de la isla de Luzón, y sigue hasta la laguna de Bay, cortándose esta gran cordillera en la provincia de la Pampanga; por otro lado sale otra cordillera de montes, que también están cortados y separados de la Gran Cordillera, por donde la Pampanga se une con la provincia de Pangasinán; de modo que estos montes dejan como dos bocas, una hacia el E. de la provincia, y otra hacia el N. En la formación de esta isla, las aguas que corrían por estas bocas debían hacer un remolino en medio de la provincia de la Pampanga, y de él debía resultar un monte aislado de figura cónica, como vemos en el monte Arayat.

La Pampanga es tierra fértil: produce mucho arroz, azúcar, añil, maíz, ajonjolí, trigo y tabaco. Excelente para cacao, pimienta, café, legumbres y todo género de frutas y hortalizas; pero sus naturales se dedican poco á este plantío, y sólo cuidan con algún interés de los plátanos, sandías y mangas, que llevan á vender á Manila. El arroz es tan abundante, que se hacen de él cuatro cosechas al año, no en una misma tierra, como piensan algunos, sino en diferentes sitios. Podrían hacerse dos cosechas en un mismo sitio si hubiera policía, y se impidiera el que las bestias destruyesen la segunda cosecha; pero esto sólo se podía lograr en tierras de regadío; las demás sólo permiten una cosecha de arroz y otra de añil ó maíz, cuando más, porque estando el arroz cerca de seis meses en la tierra no se puede hacer segunda cosecha en tiempo de aguas, y en el de secas es imposible que produzca sin riego. El maíz, como no pide tanta

agua y la cosecha se hace en dos meses, se puede sembrar dos ó tres veces en un mismo año y en una misma tierra, y los indios, no obstante lo perezosos que son, no dejan de aprovecharse de este beneficio de la naturaleza, particularmente cuando se ha perdido la cosecha de arroz: lo mismo harían con este fruto si no fuese costumbre el echar los carabaos ó búfalos á las sementeras luego que se cortan los arrozales.

Dicen que en la Pampanga se hacen cuatro cosechas de arroz. porque se hacen en distintos tiempos, y cada una tiene su particular cultivo: la primera se coge en las tierras altas; se siembra el arroz como el trigo en España; el tiempo de la siembra es el mes de Mayo y la siega en Septiembre. Esta cosecha es segura, pero muy variable su producto, que depende de que haya más ó menos agua; las muchas aguas la disminuyen considerablemente. La segunda cosecha se hace en las tierras que han levantado los ríos, y que no están tan altas que en tiempo de aguas no se aneguen, ni tan bajas que se puedan regar con la creciente de las mareas en tiempo de secas. Tampoco se planta el arroz en estos lugares, sino que se siembra por el mes de Junio, con el fin de que esté bastante alto para que no les dañen las grandes avenidas que suelen empezar á últimos de Julio. Esta cosecha se hace por Todos los Santos; es muy expuesta, porque por más ó por menos agua se pierde muchas veces. La tercera cosecha es la general y más común de las Islas Filipinas; pero muy corta en la Pampanga, porque las más de las tierras que se cultivan en esta provincia son bajas y expuestas á inundaciones; se planta el arroz por Agosto y se coge por Enero. La cuarta cosecha es la que se hace en las tierras más bajas, que están anegadas todo el tiempo de aguas, y he-

chas una laguna, como el pinag de Hagonoy. Aradas antes de que se acabe de secar la tierra, se planta el arroz, y cuando el sol ha consumido el agua, se surte la sementera con facilidad del agua que necesita; porque como estas tierras están más bajas que el nivel del mar en marea alta, se hacen zanjas en los ríos, y cuando sube la marea, el agua dulce, que halla estas aberturas más bajas, se introduce por ellas y riega todo el terreno á satisfacción del labrador, que cierra la zanja en teniendo bastante agua los arrozales.

Esta es la principal cosecha de la Pampanga baja: es muy abundante, porque todos los años engruesan las tierras las avenidas de los ríos, como hace el Nilo en Egipto, y produce unas cosechas exorbitantes. Muchas de estas tierras quedan incultas, porque no alcanza el agua para regarlas todas. Un alcalde mayor quiso abrir el río Grande por Arayat para facilitar la navegación y para dar agua á muchas tierras eriazas que no producen nada: el superior Gobierno pidió informe á los párrocos de la provincia; los más de ellos son clérigos indios, y todos se conformaron con el dictamen del alcalde. Pero en uno de los dos pueblos que han quedado á los PP. Agustinos estaba de párroco el P. ex provincial Fr. Pedro Martínez; se informó que se iba á arruinar la provincia si se abría el río, y con su informe se decretó que no se abriese, y se añadía en Manila que el alcalde mayor con los clérigos iba á arruinar la Pampanga. Yo veneré siempre al P. Martínez; era un hombre muy instruído en Teología, Cánones y Moral y todo género de materias de Indias; jamás entré en conversación con él que no aprendiese alguna cosa; pero nada sabía de hidráulica é hidrostática, ni aun entendía estos nombres, y con su parecer en una materia que no había saludado, defraudó á la Pampanga

de muchas utilidades. El abrir el río Grande de la Pampanga no amenaza riesgo alguno: sin pararme aquí á dar las razones físicas que prueban que aquel río no podía perjudicar, sólo repetiré lo que he dicho de la experiencia del río de San Marcos, que es un brazo del de Quingua y no hace daño ninguno al pueblo de Malolos, donde va á parar.

Entre el pueblo de Candaba y la provincia de Bulacán hay otra grande laguna, enteramente semejante al pinag de Hagonoy y á las tierras bajas de la Pampanga. En la estación de las aguas es propiamente una laguna; se cría en ella mucho pescado, y después de mantenerse los pueblos que la rodean, se puede asegurar que importa veinte mil pesos la pesca de esta laguna. En tiempo de secas, el calor consume toda el agua, pero el fondo de esta laguna es más alto que el nivel del mar en la marea, y no se pueden regar en tiempo de secas, ni sembrar sus tierras como en Hagonoy. Siendo gobernador el Sr. Basco se trató de remediar este inconveniente, poniendo bombas de viento en el río para regar las sementeras: se gastó mucho en hacer y acomodar estas bombas; se pusieron corrientes, y con las brisas que suelen correr en esta estación andaban muy bien; pero luego se notó que los calores son tan fuertes en esta tierra y evaporan el agua tan prontamente, que sólo alcanzaban á regar un pequeño terreno, cuyo producto no bastaba para el gasto de las bombas, y se abandonó el proyecto. Por una fatalidad de las Islas Filipinas sólo se adoptan los proyectos menos útiles y difíciles, y se dejan los naturales y sencillos, que forzosamente han de salir bien. Esto depende de que se oye á los menos experimentados, y de que en todo se mira más á la ostentación que á la utilidad. Si lo que se gastó en bombas se hubiera

empleado en sacar un brazo del río Grande, y en hacer presas en los muchos riachuelos que bajan de los montes de Zambales, que vienen muy someros, se hubiera conseguido el cultivo de muchas tierras que están eriazas, aunque no hubiera visto Manila la novedad de sacar el agua con bombas de viento. Los hombres somos muy pueriles.

Los montes de la Pampanga producen mucha caza de palomas, cálaos, ticlines, patos y otros géneros de aves; pero los indios se dedican particularmente á la caza de jabalíes, búfalos y venados; éstos son tan abundantes, que después de consumirse muchos en toda la Pampanga alta, se venden á los chinos en Manila muchos picos de tapa. El pico tiene cinco arrobas y media y suele venderse á diez pesos. La tapa es la carne momia del venado, salada y seca al sol. Los chinos la llevan á su tierra, donde tiene buena salida; pero lo que más se estima en China son los nervios del venado: es éste un plato exquisito, que sólo se pone en la mesa de los ricos, ó en las grandes funciones. Esta nación, enteramente entregada á los deleites carnales, cree que este manjar es bueno para fomentarlos, y por eso lo paga á un precio muy subido. El comercio de tapa de venado está con los alcaldes mayores, que contratan con los pueblos de la Pampanga alta, que les han de pagar el tributo en tapa; y con el pretexto de que los indios no pagan el tributo, no lo dejan salir para otros pueblos. El público padece en esto un vejamen muy grande, porque los indios son muy aficionados á comer tapa, y en sus enfermedades suelen usar de este alimento, porque dicen que es muy sano. Las mujeres recién paridas, aun las mismas españolas, no suelen comer otra cosa; están en que la gallina tiene mucho viento, el pescado es flemoso, y la vaca no

muy buena, y sólo la tapa puede preservarlas de una especie de mal de madre que llaman subasuba, de que raras se escapan: es bien doloroso que los alcaldes mayores, por su codicia, priven á los enfermos de este consuelo.

Además de la caza se utilizan mucho los indios de los montes: sacan de ellos mani, ubi y otras muchas raíces, de que se sustentan; se aprovechan del bejuco, palma brava, burí y otros géneros de palmas, de que hacen estera ó les sirve para otros usos; sobre todo las muchas y hermosas maderas de que abundan, después de surtirles de buenas casas de tabla, les dejan un grande lucro en el comercio que hacen de ellas con los de Manila. Todas estas utilidades que les procuran los montes les acarrean algunos trabajos en los cortes de maderas. Como los indios son tan perezosos y negligentes, cuando hay que hacer un barco es preciso obligarles á ir al corte de maderas. Jamás surtirán el Arsenal de Cavite si no se les obliga á ir al monte por repartimiento. Un español es el que se encarga de estos cortes, ó por contrata que celebra con el Rey, ó por comisión de oficiales Reales. De cualquier modo que se establezca, es necesario darle diariamente un cierto número de indios, que asisten por su turno al corte de maderas. Los comisionados á veces hacen á los indios sus extorsiones: ha habido ocasión en que ha resultado de ellas un alzamiento.

Siendo gobernador don Sabiniano Manrique de Lara fué necesario hacer un corte de maderas mayor de lo regular, y pronto, para resarcir las grandes quiebras de navíos que habían padecido los años anteriores. El comisionado español, que á la cuenta era muy riguroso y deseaba satisfacer los deseos del Gobernador, que le pedía las maderas con mucha celeridad,

empezó á castigar á los indios con excesiva dureza. Los pampangos, naturalmente soberbios, no pudiendo ya sufrir tantos ultrajes, se amotinaron. Llevaron la rebelión á algunos pueblos, y hubo entonces un alzamiento en la provincia. Los sublevados no cometieron desacato alguno ni en las iglesias ni en sus Padres ministros; pero ni obedecían á la Justicia, ni querían asistir al corte de maderas. El Gobernador, antes de que la sedición tomase incremento, luego que supo el motín, se presentó en el pueblo de Macabebe con bastante tropa para contener á los rebeldes. Inmediatamente que llegó despachó una orden para que se le presentasen sin armas todos los alzados. Los religiosos procuraron inspirar confianza á los indios, y los redujeron á presentarse al Gobernador y pedir perdón de su atrevimiento. Los indios son naturalmente tímidos, y cuando no han cometido delitos graves, que creen no se les perdonarán, se reducen con facilidad, con la esperanza del perdón. En esta ocasión les cumplió tan bien el Gobernador lo que les habían prometido los religiosos, que á nadie castigó, y sólo se llevó á Manila á un principal, que era el cabecilla de la rebelión, por parecerle peligroso el dejarlo en la provincia; pero lo honró con el título de maestro de Campo, para que no sintiese aquella especie de destierro. En estos últimos tiempos he visto yo un comisionado que hacía muchas extorsiones á los indios, de modo que fué preciso avisar al español que había hecho la contrata del corte con oficiales Reales, que era un hombre bueno; é inmediatamente fué al monte, remedió los excesos de su comisionado y dejó contentos á los indios.

La siembra de tabaco, desde que se puso el estanco, sólo se hace en los pueblos de Gapán, Cabiao y Cabanatuán. Comienza por Diciembre y se levanta

por Marzo. En Gapán hay un factor que recibe el tabaco; tiene unos grandes camarines de piedra, donde lo guarda hasta el tiempo de aguas, que es cuando se lleva á Manila. El tabaco de Gapán y los pueblos inmediatos es, sin contradicción, el mejor de las Islas Filipinas; y se debía fomentar su siembra aumentando el precio á los cosecheros, de cuyo aumento se resarciría la Real Hacienda abundantemente, pues se podría entonces quitar la siembra de la provincia de Bulacán, y ahorrando muchos sueldos de la gente del resguardo se conseguiría el que los contrabandos fueran menos, y que hubiese menos gente vagamunda, como son guardas y contrabandistas, hombres perjudicialísimos que hacen odiosa la renta del tabaco, que si no fuera por sus maldades se sentiría poco en Filipinas.

La provincia de la Pampanga está sujeta á la dominación española desde los principios de la conquista de estas Islas. Á pocos días de haberse apoderado de Manila Miguel López de Legazpi, los indios de Macabebe, pueblo de esta provincia, y los de Hagonoy, de la provincia de Bulacán, que están confidentes, bajaron á Tondo; y entrando por la barra de Bancusay, fueron á casa de Lacandola, reyezuelo de Tondo, y se mofaron de él, por haberse sujetado á los españoles; trataron de obligarlo á rebelarse, y no eran muy necesarias las súplicas, porque no le gustaba mucho el yugo que se acababa de echar, sujetándose á los españoles, pero temía las resultas. Se convinieron en que los pampangos declarasen la guerra, y que en matando cuarenta españoles se declararían por ellos los de Tondo y Manila. El gobernador Legazpi, que tuvo noticia de la venida de estos indios, viendo que no hacían hostilidad alguna, pensaba que querían entablar paces y amistad con él, y les envió

dos españoles para que los condujesen á su palacio y les asegurasen sus disposiciones pacíficas. Oída la embajada, el general de aquellos indios, que era el rey de Macabebe, se levantó en pie, desenvainó su alfanje, y esgrimiéndolo con fuerza, dijo:—«El Sol me parta el cuerpo por medio, y caiga en desgracia de mis mujeres para que me aborrezcan, si en algún tiempo fuese yo amigo de los castilas».—Y dicho este juramento, se salió del cuarto; y en prueba de mayor valentía no quiso bajar por la escalera, sino que se tiró por la ventana y se fué á su embarcación, diciendo á los españoles que los esperaba en la barra de Bancusay.

Sabidas por Legazpi las disposiciones guerreras de los indios, envió al maestre de campo Martín de Goyti con ochenta españoles, en nueve embarcaciones pequeñas, á la barra de Bancusay. El reyezuelo indio cumplió su palabra: esperó á los españoles, y les acometió con su escuadra de embarcacioncillas, sin manifestar miedo; pero cayó luego muerto de un balazo: los indios, sus compañeros, viendo á su rey muerto, echaron á huir; los nuestros les siguieron é hicieron muchos prisioneros, entre otros un hijo y sobrino de Lacandola, á quienes al instante puso el Gobernador en libertad, disimulando las malas intenciones de este reyezuelo recién confederado, que se manifestaban bien en haber permitido pelear á su hijo y su sobrino contra los españoles. Esta acción llenó á los indios de terror, y antes de que volviesen á dar susto alguno, envió al mismo maestre de campo á la Pampangá, para que sujetara aquella provincia. En pocos días sujetó varios pueblos y rancherías; pero llegando á Betis, no pudo sujetar este pueblo ni el de Lubao. La causa de su resistencia se atribuía á rajá Solimán y á Lacandola, que, habiendo

ido en compañía del maestre de campo para que persuadiesen á los pampangos á que se sujetaran á los españoles, ellos hacían los oficios contrarios; particularmente Lacandola había dado muestras de su mala intención en varias ocasiones, y se declaró abiertamente, separándose del maestre de campo, y viniéndose á Manila sin su licencia, por lo cual el Gobernador lo puso preso y no lo soltó hasta que el maestre de campo volvió de su expedición y pidió por él. No estuvo mucho tiempo en la prisión, porque como iban á entrar las aguas, y los de Betis y Lubao se resistían al maestre de campo, creyó conveniente dejar su conquista para mejor ocasión. En efecto, pasadas las aguas volvió á la Pampang y sujetó en pocos días toda la provincia. Los Agustinos se hicieron cargo de reducirla á la religión Católica, é inmediatamente pusieron PP. ministros en ella: de modo que la pacificación de esta provincia por el maestre de campo se hizo á últimos del año de 1571, y por Mayo de 1572, en el primer Capítulo que nuestros religiosos celebraron en Manila, pusieron un religioso en Lubao y otro en Calumpit, para catolizar las provincias de la Pampang y Bulacán. Sucesivamente se fueron aumentando los religiosos, y en poco tiempo redujeron á la fe toda esta provincia, excepto los infieles que vivían en los montes, de los cuales hasta ahora hay algunos sin convertirse.

Los indios que encontraron los españoles en esta provincia son los pampangos y los negritos de monte, que aquí llaman balugas, y entre los tagalos aetas. Los balugas se han disminuído mucho, y se hallan en los montes retirados: son en todo semejantes á los aetas de Angat. Los pampangos vivían en las orillas de los ríos, como los tagalos, pues lo mismo viene á ser un nombre que otro: tagálog quiere decir

hombre que vive en el río, y pampangos hombre que vive en la ribera ú orilla del río. Eran en todo semejantes á los tagalos y tenían el mismo gobierno, que era una especie de gobierno patriarcal, en que el cabeza de una ranchería mandaba á toda la gente de su ranchería, asociándose con los principales en las sentencias de sus pleitos. Si la contienda era con distinta ranchería, se pedía satisfacción al reyezuelo de ella; y si no la daba, se le ponía guerra y se tomaba la satisfacción con las armas. Como los reyezuelos eran muchos, estas guerras eran continuas, morían muchos en ellas y se hacían bastantes esclavos; por lo cual no se aumentaban estas gentes, como sucede ahora en los pueblos de los infieles; y éste es uno de los motivos por que se saca poco fruto de los gentiles de esta provincia que llamamos ilongotes, donde continuamente hay misioneros. Las gentes de los llanos se convirtieron con facilidad y llevan más de doscientos años de cristianos; pero las de los montes, que viven muy esparcidas, se van cristianando muy paulatinamente, porque los Padres no pueden penetrar en muchas rancherías por la aspereza é intemperie de los montes, y esto retarda la conversión.

Las misiones más cercanas á la cabecera son las de Mabalácat. Los PP. Recoletos tienen en ellas continuamente dos religiosos. Están en los montes de Zambales, en la falda que mira á la Pampanganga y Pangasinán, que se componen de cuatro visitas, que son Mabalácat, de 124 tributos; Bambang, de 66 tributos; Capas, de 110, y Patling, que es una visita nueva, donde se convierten algunos indios que hay allí, descendientes de los pangasinanes; las demás gentes que habitan aquellos parajes son negritos, de los cuales no se convierte ninguno; pues aunque quieran bautizarse, no se les administra este sacramento, porque

luego se huyen del pueblo y se van al monte sin acordarse de que son cristianos. Todos los indios de estas misiones son cristianos advenedizos de otros pueblos, pues casi ninguno se ha bautizado allí de adulto. Los PP. Recoletos, para que en ningún tiempo se les reconvenga, han informado al superior Gobierno que allí no se hace prosélito alguno, pero que es conveniente mantener los misioneros para que los negritos no bajen á los llanos á molestar á la gente de los otros pueblos de la Pampanga cuando van á sus sementeras. Esta reflexión es muy juiciosa; pero para conseguir el fin que se propone no es necesario que haya allí misioneros, sino párrocos sujetos al Ordinario, con el estipendio acostumbrado, sin darles escoltas, ahorrando al Rey más de doscientos pesos por cada uno. La misión que sigue es la de Tayug con su visita de San Nicolás, que tiene 299 tributos, sin contar los recién convertidos. Los Agustinos se quedaron con dicha misión, donde tenían un misionero de continuo; y aunque estos Padres fueron removidos de la Pampanga, quedó el misionero en Tayug, y después de muerto se puso otro P. Agustino; pero habiendo fallecido éste y no teniendo religioso que supiese aquel idioma, se entregó á los clérigos, de cuyos progresos en esta misión no puedo hablar, por no estar instruído. Las misiones de Pantabangan fueron administradas por los mismos Agustinos, hasta que las entregaron á los Franciscanos, para que las unieran con sus misiones de Baler, que está en la contracosta llamada de este nombre. Mantienen en ellas dos ó tres religiosos que administran á Pantabangan, donde hay 60 casas; Puncán, que tiene 56 casas, y Carranglan, 82; se adelanta muy poco en estas misiones por el mal gobierno que tienen los indios y la falta de policía de los españoles.

Los indios están y se hallan en el mismo estado en que vivían todos estos isleños antes de la venida de los españoles: cada ranchería tiene su reyezuelo, que la gobierna á manera de los antiguos patriarcas; un gobierno de esta especie podía hacer la mayor felicidad de aquellas gentes si las pasiones de los hombres no la perturbasen y los deseos de venganza no hubieran introducido unas costumbres que son causa de su destrucción. Cuando un particular de una ranchería hace en otra una muerte ó comete alguna insolencia, la ranchería agraviada toma las armas, no contra el agresor, sino contra cualquiera de sus contrarios; en semejantes ocasiones no les queda á estos infelices otro medio que el defenderse, si pueden; y si no, el de huir y alejarse con sus familias y muebles á sitios remotos, donde pueden estar á cubierto de sus contrarios. Los nuevos cristianos de esta ranchería necesitan seguir la causa común, y huir con los infieles á sitios donde no tienen ministros, y donde en breve olvidan la Religión que habían abrazado. Si esta ranchería se cree en estado de defenderse de su enemigo, se arma una guerra peligrosa, en que se hacen muchos esclavos; mueren muchos, y todo está en confusión. Entre costumbres tan bárbaras no puede crecer la población, y menos el Cristianismo, que es diametralmente opuesto á estas máximas, y mucho más á otra barbaridad de estos hombres fieros, que por costumbre inmemorial comen la carne de sus enemigos. El capitán Cook parece que no fué creído de los europeos cuando dijo que en las islas del mar del Sur algunas gentes comían á sus enemigos: se empeña en aglomerar pruebas para persuadir que hay hombres que se comen á sus semejantes, cuando es éste un hecho constante en varios pueblos, y ninguno ha habido en la.

Pampanga en más de doscientos años que ignore esta verdad.

Es cierto que estos caníbales no comen á los otros indios que matan en sus contiendas; pero cuando la guerra es con los negritos del monte, ninguno de éstos muere ó queda cautivo que no vaya á parar al asador. Algunos filósofos han querido deducir estas costumbres bárbaras de la falta de otros alimentos; pero sólo el considerar que esto sólo se practica en tiempo de guerra y con los enemigos presos ó muertos en la batalla, prueba bastante que esta barbarie es hija del odio y encono que tienen unas naciones con otras. Tales son las costumbres de los ilongotes de la Pampanga, donde están establecidas las misiones. Los españoles podían remediar algo estos males si ayudaran á los misioneros. El Rey les pasa para su manutención cien pesos y doscientas fanegas de arroz cáscara, y les paga algunos indios de escolta para que los custodien cuando van á los montes; pero como es muy poco lo que se les da para mantenerse, se comen el salario de las escoltas y tienen que andar solos, prefiriendo los peligros que pueden correr caminando entre los infieles á morirse de necesidad. Los alcaldes mayores pagan tan mal lo poco que el Rey da cuando se les antoja, que he visto misionero que se ha visto precisado á desamparar su misión ó ir á la cabecera de Bacolor, por no hallar otro medio de cobrar su estipendio. Si en lugar de las escoltas que se dan á los Padres se pusiese un fuertecillo en la misión con alguna tropa enseñada al manejo de las armas de fuego, se podía poner respeto á los infieles. En sus guerras podía esta tropa proteger á la ranchería donde hubiera más cristianos; y como la ranchería por quien se declarasen nuestros soldados debía ser la más fuerte, se conseguiría tener

en sosiego y quietud á los recién convertidos y los progresos de la conversión serían más rápidos.

Lo restante de esta provincia vive en púeblos civilizados: los PP. Agustinos hicieron en ellos iglesias y conventos de cantería techados de teja, pero ya están casi todos destruídos. Estos Padres convirtieron esta provincia á la religión Católica, y la conservaron en la obediencia del Rey de España por doscientos años. Durante este tiempo, los arzobispos de Manila habían intentado sujetar á los religiosos párrocos á la visita diocesana; ellos se resistían alegando sus privilegios, y que se destruiría la observancia religiosa, porque era preciso que se les dieran los curatos para toda la vida, cuya perpetuidad era ajena del estado religioso. Estas consideraciones habían sido tan poderosas para con nuestros Soberanos, que ningún arzobispo había podido entablar su visita hasta que llegó el Sr. D. Basilio de Santa Justa y Rufina, quien tomó este punto con el mayor empeño. Los religiosos se resistieron fuertemente, y se dió cuenta al Rey. Antes de que viniese la resolución de la Corte llegó á Manila de gobernador el Sr. Anda, que siendo el oidor más moderno defendió, como dejo dicho, las Islas Filipinas contra los invasores ingleses. La felicidad de sus primeras empresas la debía á los PP. Agustinos, que le ayudaron á levantar tropas en la provincia de Bulacán. De allí pasó á la Pampanga y fijó su asiento en la cabecera de Baco-
lor, haciendo palacio del convento de los PP. Agustinos. Aquí le ayudaron estos PP. en cuanto pudieron, incurriendo por esto en tanta indignación con los ingleses, que saquearon el convento, les vendieron la librería y campanas, no dejaron ni aun los clavos en las paredes, pusieron presos á cuantos Padres hubieron á las manos, y á once de ellos los lle-

varon á Londres ó á la India. Además de estos servicios, los PP. Agustinos sirvieron de capellanes y aun de comandantes de sus ejércitos, y descubrieron el alzamiento y traición de los chinos, que tenían tramado el degollar á todos los españoles. Esta nación, que sólo piensa en sus intereses y no tiene más razón ni más Dios que el dinero, creyó que los ingleses que se habían apoderado de Manila vendrían á ser los dueños de las Filipinas. Inmediatamente se hicieron de su partido, y no perdían ocasión de hacerles servicios para conciliar su benevolencia. Muchos de estos sangleyes se habían retirado á la Pampanga, al pueblo de Guagua, que dista una legua de la cabecera, Bacolor. Determinaron estos pérfidos matar al señor Anda y á todos los PP. Agustinos y españoles mientras la misa del Gallo, la noche de Navidad de 1762. Un chino que intentaba casarse con una india del pueblo de México la reveló todo el secreto. La india fué inmediatamente á avisar al P. Sales, Agustino, cura de su pueblo, lo que le acababa de decir el chino; el P. Sales lo comunicó al Sr. Anda, que ya recelaba de la fidelidad de los sangleyes, y les había interceptado una carta que enviaban á los chinos de Manila; pero como no había quien entendiese su lengua, la había remitido á un P. Dominicó para que la interpretase. La carta decía lo mismo que la india había comunicado al P. Sales, con lo cual no quedó duda de la perfidia. Para prevenir á los sangleyes, el Sr. Anda se presentó en Guagua el día 23 con algunas tropas; los derrotó é hizo con ellos una cruel carnicería, y los que se cogieron vivos fueron ajusticiados el día siguiente, cuya noche tenían ellos destinada á matar á los españoles.

Todos estos servicios y otros muchos que se pueden ver en mi *Historia* habían hecho los PP. Agustinos

nos al Sr. Anda. No hubo Agustino que no se esmerase en servirle, porque creían todos que en esto servían á su Soberano. Habiendo llegado los preliminares de la paz, y estando para morir el arzobispo Rojo, á quien los ingleses encontraron de Gobernador en Manila, se trató de quién debía sucederle: algunos religiosos Agustinos estaban por el oidor Villacorta, y el provincial, consultado por el Sr. Anda, nó le respondió á su gusto. Esta queja personal que formó el Sr. Anda borró de su aceptación todos los servicios que se le habían hecho; y volviendo á Manila de Gobernador, y hallando entablada la disputa de la visita diócesana entre el arzobispo Sr. Santa Justa y los regulares, se puso de parte del arzobispo, y quitó á los PP. Agustinos la Pampanga, enviando el día de su santo al sargento mayor de la plaza de Manila con unos cuantos granaderos para que pudiese en posesión de aquellos curatos clérigos indios, y trajese arrestados á los PP. Agustinos, embargándoles todos sus bienes. El sargento mayor, en consorcio del alcalde de aquella provincia, ejecutó la orden del Gobernador: entregó á los clérigos las iglesias y conventos con todos sus muebles y se trajo á Manila á los religiosos, después de haberles confiscado los bienes que les pertenecían en particular. El Rey declaró por atentado este hecho, y mandó se devolviesen á los religiosos sus muebles, y á la Provincia de San Agustín la Pampanga. Cuando llegó esta orden, el ajuar de los religiosos se había podrido en almacenes, y la Provincia de Agustinos no se hallaba en estado de admitir la Pampanga por falta de religiosos, y el daño que nos hizo el Sr. Anda fué irreparable.

De los religiosos de la Pampanga hubo seis que se sujetaron á la visita y patronato, y por tanto se

les dejó en sus curatos, como también al P. misionero de Tayug. Estos ministerios los fueron cediendo á la clerecía los PP. Agustinos; y no quedándoles ya más que dos, que son México y Santa Ana, y queriéndolos renunciar, no admitió la renuncia el vicepatrono, que lo era el Sr. Marquina, á fin de que, dice en su decreto, á vista del celo de los religiosos se resisten los clérigos indios al cumplimiento de su obligación. El año de 1773 entraron los clérigos en la Pampanga á todas las iglesias y casas parroquiales. Me causaba lástima el ver arruinados todos los trabajos de nuestros PP. antiguos, y lo que más me mortificó fué ver que las librerías que habían dejado en algunos conventos estaban enteramente destruidas, y todos los libros, ó medio podridos por haberse mojado con las goteras de la casa parroquial, ó comidos de la polilla por no manejarlos y leerlos sus nuevos dueños.

Los pampangos hablan un idioma distinto de la lengua tagala. Se conoce que es dialéctico de la misma lengua, pero se diferencia lo bastante para que no se entiendan las dos naciones hasta no tener algunos días de comunicación los de la una nación con los de la otra. Como el idioma es la mejor regla para conocer el origen de una nación, fundados en él creen algunos que los pampangos descenden de la isla de Sumatra. Sin meterme en examinar este punto, referiré lo que he leído en la historia franciscana. En la parte primera, libro I, capítulo XXXIX, dice: «Los *Pampángos* (segun tradicion) se originan de la mayór Isla del Oriente, que es la *Sumátra*, ó *Trapobána* (aunque este nombre le aplican á Zeilán algunos) situada debajo de la Línea, con 700. leguas de boxéo, y confinante con la de Maláca, y Maláyo, y aun por esso la incluyen en la Aurea Chersoneso. En medio de esta grande Isla de la Sumátra

ay vna espaciosa Laguna, en cuyo ámbito tienen muchas, y varias Naciones su domicilio. Aquí llegó descaminado vn Pampángo (á quien el Padre Colín dice, examinó por sí mismo) y que aviendo reparado, que allí avia hombres de su misma contextura, lenguaje, y vestido, se arrimó, y trabó conversación con ellos, en su Idioma fino Pampángo, á que ellos correspondieron en el mismo, diciendo vn Viejo de aquellos: *Vosotros sois descendientes de los perdidos, que en tiempos passados salieron de aqui, á poblar otras Tierras, y nunca mas se há sabido de ellos.* De aquí parece, se infiere el Origen de los Pampángos. Pero si estos vinieron desde la Sumátra derechos, ó poblaron antes en Bornéy, por la contigüedad de Islas, y Dominios, y de allí pasaron á poblar á las de este Archipiélago? no es facil averiguarlo: si bien consta de los dichos de algunos, que hán estado en Bornéy despacio, que aún se hallan allí en ellos bastantes indicios de sér originarios, vnos de Sumátra, y otros de Maláyo. Y es cierto, que si la Isla de Bornéy no fue tierra continuada con la de estas Islas en los siglos passados (para lo qual no faltan fundamentos;) á lo menos se hallan muchas Isléttas continuadas, y juntas, con que se dá Bornéy la mano, assi con la *Paragua*, corriendo ázia el Norte el Rumbo; como ázia el Leste con *Mindando*: con cuya continuacion, y poca distancia de estos distritos, se veé la poca dificultad de mudarse de vnos á otros, y se hace creible, que los Tagálos, Pampángos, y otros Linages Políticos, que se hallaron en este Archipiélago, y que eran casi Símbolos en el Idioma, costumbres, contexturas, y vestidos, como aóra los miramos, salieron inmediatamente de Bornéy, de vnas Provincias vnos, y de otras Provincias otros; en que puede consistir la alguna diferencia, que entre ellos hallamos.»

El comercio de esta provincia se hace con tapa y nervios de venado, pescado seco y fresco, puercos, gallinas y algunas vacas y caballos, que se llevan á Manila y á otros pueblos cercanos á la capital. Se extrae también de esta provincia mucho arroz, azúcar, añil, trigo, ajonjolí y frutas de varios géneros. En los manglares se hace vino de nipa, que se vende al Rey, cuya cosecha, juntamente con la del tabaco, que se compra también de cuenta de la Real Hacienda, deja á la provincia bastante dinero. En los montes hay muchas y excelentes maderas, palmas bravas y bejucos, y en los ríos muchas cañas; todo lo cual se lleva á Manila, donde tiene buen despacho. En esta provincia no hay manufactura alguna: se mantiene únicamente de sus producciones naturales, cuya extracción, incluso el poco oro que se saca en el pueblo de Gapán, ascenderá á cien mil pesos, poco más ó menos, con los cuales pagan los veintisiete mil pesos que importa su tributo, lo que se percibe en los estancos, y los géneros de Costa y China que se consumen en la provincia. Todos visten ropa de Costa ó China, y muy poca de la fabricada en estas Islas. Los hombres en nada se distinguen de los indios tagalos en sus trajes; las mujeres tienen alguna diferencia, porque no usan saya, sino un tapis, semejante al que las indias tagalas visten sobre la saya. En este tapis se halla esta diferencia: que el de las tagalas, como debajo de él tienen saya, es más corto y sólo les llega á las rodillas; las pampangas lo usan más largo y les llega hasta los tobillos. Este tapis es de manta de algodón de China teñida de negro ó de un azul muy oscuro.

Si se exceptúa esta pequeña diferencia del traje de las mujeres y la que hay en el idioma, los indios pampangos en nada se diferencian de los tagalos.

Sus casas y muebles son los mismos que en la provincia de Bulacán. Comen arroz, al que muchas veces sólo añaden un poco de sal, y cuando más algún platito de pescado ó carne. Las enfermedades crónicas de los pampangos son las mismas que las de los tagalos, y se suelen aplicar los mismos remedios; unos y otros tienen unas mismas supersticiones, el mismo uso en los casamientos y funerales, y hasta en las facciones de la cara son enteramente semejantes. Son muy aficionados á comedias, como los demás indios de Filipinas; hay entre ellos muchos poetas, pero que jamás han sabido componer por propia invención más que algunas relaciones, himnos ó dítirambos que componían antiguamente en sus fiestas, y ahora suelen hacer en honor de los misterios de nuestra Religión y en obsequio de personas á quienes estiman. Tienen traducidas algunas comedias y formadas algunas composiciones extravagantes, que se pueden comparar á un vestido hecho de remiendos de varias telas, toscas y suaves. Cuando representan estas comedias se enardecen tanto, que ha habido ocasión en que la batalla que había fingido el poeta llegó á ser realidad, y se hirieron mutuamente los actores. Los pampangos tienen fama de valientes; pero yo no hallo en la historia hecho alguno que acredite la fama que han conseguido. Son más soberbios que los tagalos, y esta pasión, que puede hallarse muy bien con la del miedo y la cobardía, creo que les ha dado una fama que verdaderamente no merecen. Yo hallo que luego que llegaron los españoles á Manila bajaron con gran denuedo y querían echarlos de su tierra; pero luego que les presentaron batalla, huyeron prontamente, como llevo dicho. En la guerra con los ingleses acudieron á la plaza con gran fanfarronada á resistir á los ingleses;

pero luego que vieron y experimentaron las balas del enemigo, huyeron todos: de modo que el día del asalto ya no había un pampango en la ciudad. En la salida de los ingleses á la provincia de Bulacán, asistieron los pampangos á sitiar ó bloquear á los enemigos, que se habian apoderado de la iglesia y del convento; pero siempre que éstos hicieron alguna salida, aunque sólo eran 300 hombres, y los pampangos y otros indios 800, siempre huyeron y dejaron el campo al enemigo; si esto es ser valiente, llámense valentías las fanfarronadas de los muchachos de escuela de Europa, que suelen hacer esto mismo en los secuestros de los chicos de los pueblos comarcanos con quienes tienen alguna rivalidad.





CAPÍTULO XXIV

BA mejor y mayor parte de la provincia de Bataan es un trozo que se segregó hace pocos años de la provincia de la Pampanga, como llevo dicho en uno de los capítulos antecedentes. El pueblo de Odiong y todos los que siguen hasta Llana Hermosa, que confina con el pueblo de Lubao, de la Pampanga, pertenecieron á esta provincia por más de doscientos años, hasta que el señor Arandía mudó los términos de ella, quitando el corregimiento de Mariveles y formando en su lugar otra provincia con el nombre de

Materias que abraza el capítulo XXIV.—La provincia de Bataan.—Cómo se formó.—Descripción de la jurisdicción de Mariveles, según el P. San Antonio.—Nueva cita del mismo Padre, referente á una parte de la Pampanga.—Número de tributos de Bataan.—Digresión á propósito del extraordinario aumento de población habido en las colonias españolas.—El abandono ingénito de los indios.—El P. Las Casas, sus secuaces y los panegiristas de los primeros conquistadores.—El terreno de Bataan.—Producciones.—Indolencia de los indios.—Viven al día.—Negocios de los mestizos chinos.—Producto de los manglares.—Una cita de los *Viajes de Mr. Le Gentil*.—Rectifícale el P. Zúñiga.—Riqueza de los montes: maderas y caza.—Abusos de los alcaldes.—Una anécdota curiosa acerca de los negritos.—Lengua que se habla en Bataan.—Vicios principales de los indios.—Comercio.—Lo que produce el tributo.

Bataan. Este corregimiento tenía en la costa opuesta, donde está Cavite, el pueblo de Marigondong con su visita de Náig y se agregó al partido de Cavite, de donde se puede cuidar mejor que de Mariveles, y de lo restante se formó la provincia de que estoy tratando, aplicándole los pueblos de Mariveles, Cabcabén, Bagac y Mórong; pero como estos pueblos se habían disminuído mucho con los moros, y eran tan pequeños que entre todos no formaban más que un curato, fué preciso añadirle de la Pampanga una porción suficiente para formar una alcaldía, aunque esté en la parte principal de la nueva provincia. Sin embargo, no se puede formar cabal noticia de ésta si no sabemos lo que fué en otros tiempos el corregimiento de Mariveles, de que fué parte. La historia franciscana describe la jurisdicción de Mariveles en estos términos:

«Desde *Calúmpang* hasta la *Punta de Cabcabén* (que es travesía de *Norueste quarta al Oeste*, y *Sueste quarta al Leste*) se forma la *Boca de la Bata de Manila*, que mira al *Sudeste quarta al Oeste*, y tendrá de ancho como tres leguas. Y en medio de ella está la *Isla*, que llaman aóra *del Corregidor*, y es la que siempre se há llamado *Isla de Marivélez*; Tierra alta, que siempre há servido, y sirve de *Ataláya*; y será de 2. leguas escasas de largo, y vna escasa de ancho, que corre *Norueste Sueste*, distante 7. leguas de *Manila*, *Nordeste quarta al Leste*, y *Sudueste quarta al Oeste*: y aquí es donde se enciendén Fuegos, para avisar de las Embarcaciones, que aportan á *Manila*. Antiguamente no avía mas *Poblacion* perteneciente á esta Jurisdiccion; y aóra ya tiene agregados algunos mas *Pueblos*, y entre ellos vno con el nombre de *Marivélez*, donde oy vive el Corregidor, que los gobierna. Tiene esta *Isla del Corregidor* á su *Leste* á media legua la *Isla de Puli-*

cavallo yá dicha, y al *Sueste* de esta *el Frayle*, que es vn *Farellón, ó Peña* alta.

»Saliendo de *Cabcáben*, y governando al *Sudueste* la *Mar* afuera, se passa por entre *Las Puercas*, y *La Monja*, que está en altura de 14. grados, y 26. minutos, y de *Longitud* en 4. grados, y 10. minutos, y esta es la vna *Boca de la Bata*; y la otra entre *Pulicavallo* y *el Frayle*: y desde aquí se gobierna al *Rumbo de Sudueste* hasta montar la *Isla de Fortún*, que está en 14. grados y 10. minutos largos de *Altura*, y en 4. grados, y 7. minutos de *Longitud* al *Oeste*. A la *Vanda de Cabcáben*, y á sus *Espaldas* están los *Pueblos de Marivélez, Bágac, y Mórong* propios de esta *Jurisdiccion*, y seguidos en *Cordillera* á la *Costa*, que mira al *Sudueste quarta al Sur*, para ir al *Puerto de Súbic*, donde se acabó la *Provincia de Panğasinán*. Y á la *Vanda de Morigondón*, y *Calimpang*, que están enfrente de *Cabcáben*, está el *Pueblo de Marigondón* la *Estancia de Naic*, y la *Punta de Palicpican*, costeano ázia *Cavite*.

»Sus *Tributos enteros* de á dos *Personas* son 540: los 430. de *Encomienda* de su *Magestad*; y los 200. estaban encomendados al *Colegio de San Ignacio de Manila*, para la satisfacion de los *Estipendios* de quatro *Religiosos Operarios*: cuya *Encomienda* estaba puesta en el *Pueblo de Marivélez*. Pero yá cedió, catorce años há, el *Colegio* esta *Encomienda*, y los *Operarios* se mantienen; y todos son *Tributos Reales*. Los *Naturales* son *Tratantes de Maderas*, por averlas muy buenas en aquellos *Montes*.»

De todos estos *pueblos* sólo se agregó á la *provincia de Bataan* el *pueblo de Mariveles* con sus *visitas de Cabcaben* y *Mórong*; lo restante se tomó de la *Pampanga*, y así la descripción de esta *provincia* se halla casi entera en el principio de la descripción que hace la *historia franciscana* de la *Pampanga*, adon-

de dice: «Entrando por *Marivélez* en la *Bata de Manila*, á dos leguas, y media, pasando *Cabcáben*, último *Pueblo* de la Jurisdicción de *Marivélez*, está *Batán* confinante, y primero de la Provincia de la *Pampanga*. Y boxéando la dicha *Bata*, vá prosiguiendo esta Provincia con varios *Pueblos*, hasta llegar á ponerse enfrente de *Carbonéras*, distante de *Batán* 6. leguas». Hasta aquí la historia franciscana. Este terreno es lo que forma propiamente la provincia de Bataan, que por otro nombre se llama la Rinconada, á causa de un recodo que forma la bahía de Manila. Confina con la Pampanga, y lo restante de ella está circundado de la bahía y de los montes de Zambales. Su cabecera es Balanga; tiene 3.082 tributos de indios y 609 de mestizos, que pagan al Rey 5.433 pesos cada año. De todas estas gentes apenas pertenecen 600 tributos al antiguo corregimiento; los 3.000 son de la porción que se agregó de la Pampanga. Si se añaden á los tributos que hay al presente en la Pampanga, que son 16.604 $\frac{1}{2}$ de naturales y 2.641 de mestizos, harán la suma de 22.245, que es más del duplo de lo que tenía el año 1758, que sólo eran, según deixo dicho en el capítulo antecedente, 10.145 tributos de naturales y mestizos.

Hago estas cuentas diminutas y procuro manifestar el aumento de población de esta colonia, para hacer ver á los autores extranjeros los yerros que cometen cuando hablan de los establecimientos de los españoles, á cuya dureza atribuyen la minoración de población de algunas islas y de muchos lugares del continente de las Américas. Las Islas Filipinas están bajo la misma dominación, y sin embargo crecen sus habitantes indios más que ninguna otra nación del mundo, pues vemos que en sesenta años se han duplicado las almas en esta provincia de la Pampanga.

ga y en otras muchas. Si en otros establecimientos se han minorado los indios, no se debe atribuir al rigor y despotismo de los españoles, sino á otras causas físicas que hacen que se disminuya la población, sin que tenga culpa de ello el que gobierna sus pueblos y ciudades. Pero, si he de decir mi opinión, no creo que en las Américas se hayan disminuido los indios; antes bien estoy persuadido á que se habrán aumentado mucho desde la Conquista hasta la época presente. Los filipinos padecen bastantes enfermedades regionales y epidémicas; se cuidan y se guardan menos de todo lo que les puede hacer enfermar. Cada siete años, á lo más cada catorce, ha habido viruelas, de que muere mucha gente. En varias épocas nos refiere la historia ciertas epidemias que han causado grandes estragos en las Islas. Ha habido en ciertos tiempos hambres crudas, á que regularmente se sigue una peste por los malos alimentos de que se han sustentado los hombres, como raíces y renuevos de árboles, que no estaban acostumbrados á comer. Diariamente mueren muchas mujeres de parto, de una enfermedad que llaman subasuba, que no es otra cosa que una compresión del útero, nacida de bañarse ó de otras barbaridades que las parteras hacen con las recién paridas. Algunas mujeres, aun cuando están con su enfermedad mensual, viven un día entero entre el agua y el lodo, plantando arroz, y se bañan por la tarde; y tanto hombres como mujeres, anualmente se ocupan en este ejercicio, y después de haber estado en agua de medio cuerpo abajo y al retortero del sol todo el día, se bañan al anochecer, lo que suele causarles graves enfermedades, de que mueren muchos. Se ocupan en los montes en cortar maderas, y es constante que casi todos los que van la primera vez á este ejercicio

se enferman de cuidado. Los niños padecen mucho por la falta de ropa, ó por otras indigencias que trae consigo la miseria de estas gentes, y se puede asegurar que mueren la mitad de los hombres que nacen antes de los diez años.

Si en las Américas murieron algunos en los principios de la Conquista, también en Filipinas hubo guerras en aquellos tiempos; y si no murieron muchos, porque luego se sujetaron á los españoles, casi lo mismo sucedió á los americanos. Si entre éstos hubo alzamientos en que siempre mueren muchos, más han muerto entre los filipinos por esta causa, proporcionalmente á su población; y además de esto, por doscientos años hemos mantenido una guerra continua con los moros, en la que, además de los muchos que han perecido, han sido hechos cautivos innumerables indios, hombres y mujeres, y transportados á la isla de Joló, á Borney ó á Mindanao. Cuanto más cotejo las causas de población de las Américas con las de las Islas Filipinas, hallo más razones en favor del aumento de población americana que de Filipinas. ¿En qué consiste, pues, que sabemos de cierto que los filipinos se han aumentado prodigiosamente, cuando se grita por todas partes que los americanos se han disminuído en grande número? Esto proviene sin duda de algún error que se ha introducido por algunos autores; los que los han seguido lo han adoptado sin examinarlo. Los extranjeros, envidiosos de nuestras conquistas y de las riquezas que sacamos de las Américas, han sido los primeros que han establecido la disminución de los indios, para pintar á los españoles como unos misántropos, enemigos de la humanidad, que trataban á los indios como bestias y aniquilaban su especie poco á poco.

Es verdad que los españoles contribuimos mucho á sugerir estas especies á las demás naciones, cuyas consecuencias falsas adoptaron después algunos de nuestros escritores. Los primeros historiadores, para celebrar las glorias de los primeros conquistadores, exageraron la población de sus conquistas aumentando el número de indios que vencieron. En Filipinas es esto tan constante, que me parece lo llevo demostrado en este libro. En las Américas sucedería lo mismo; y como después no se hallan tantos individuos como refieren las historias, se cree que se han disminuído; y como estos historiadores refieren algunas vejaciones que les hacían los españoles, han concluído que por los malos tratamientos de éstos se han despoblado las Américas. Fr. Bartolomé de las Casas fué el que fomentó más estas especies, exagerando las injusticias de los encomenderos, acaso porque no le permitían establecer un gobierno teocrático que le diese á él toda la autoridad. Los encomenderos tenían una grande utilidad en que los indios de su encomienda fuesen bien tratados, porque así crecía el número de sus tributos y se aumentaba su renta, y era regular que por su propio lucro cuidasen de la salud y aumento de los indios. Pero como la codicia rompe el saco, como solemos decir, algunos encomenderos, deseosos de hacerse ricos en poco tiempo, puede ser que intentasen exprimir á los indios y sacar de ellos más de lo que podían dar por medio de vejaciones y crueldades. Estos son defectos del hombre que no pueden remediar las leyes, y los hubo también en Filipinas, sin embargo de que estos indios han crecido mucho. ¿Por qué no haremos lo mismo con los americanos? ¿Por qué no hemos de creer que se aumentaron, no obstante los malos tratamientos de los encomenderos?

El terreno de esta provincia es una llanada que hay en la falda de los montes de Zambales, que tendrá como seis leguas de larga y tres de ancha, desde la playa al pie del monte. Empieza en Llana Hermosa y sigue hasta Odiong: desde aquí es casi todo monte, porque la punta de esta cordillera se monta hasta la mar, y deja poco terreno de tierras de labor al pueblo de Mariveles y sus visitas, que ocupan toda esta punta hasta doblarla enteramente, pues Mórong está ya doblada la punta á la otra banda del monte. En esta provincia tienen los PP. Dominicos una hacienda en el pueblo de Odiong: parece que les reditúa poco, pues no tienen de continuo un lego que la cuide, como sucede en las demás estancias. La Real Compañía trató de cultivar algunas tierras de Bataan, y sembrar en ellas añil para animar á los indios é instruirles en la fábrica de tinte; pero ha tenido que abandonar su proyecto, porque sin duda gastaba mucho más de lo que el cultivo de esta planta le producía. Los indios están tan mal enseñados en orden á trabajar por cuenta de los españoles, que es imposible que español alguno consiga establecer una fábrica ó cultivar una hacienda de su cuenta en ninguna provincia. Enseñados á pasar la vida con poca comida, rara vez padecen necesidad, y su pereza es tanta, que sólo la necesidad puede acarrearlos al trabajo. Los chinos, los mestizos y otros indios ricos son los que saben aprovecharse de sus brazos para hacer producir á sus tierras. Su ciencia y maña es muy sencilla, pero no pueden practicarla los españoles. Cuando hay juego de gallos, cuando el indio tiene una función, cuando se halla en necesidad; todo pudiente está pronto á darle plata prestada, con la condición de que á su tiempo concurra á labrarle su sementera. Llegado el tiempo de la la-

branza es preciso ir á visitar al deudor de antemano, y rogarle que asista al trabajo para pagar su deuda. Después de todas estas connivencias de los acreedores, suelen hacerles falta, y muchas veces es preciso reñir con el que ha tomado prestado el dinero; pero como viven en un pueblo todos juntos, hablan una misma lengua y se conocen todos, siempre vienen á cobrar su dinero. Ningún español puede entrar en este mecanismo; y así, ínterin no se trate de arreglar este desorden, los españoles nada adelantarán en Filipinas, ni en el cultivo de la tierra, ni en las manufacturas. La Real Compañía ha hecho bastantes esfuerzos para fomentar estas Islas; pero todos han sido inútiles, y lo serán mientras el Gobierno no tome medidas análogas al carácter de los indios para obligarlos al trabajo.

Lo restante del terreno de esta provincia pertenece á los indios; cogen en él suficiente arroz para la manutención de la provincia, y mucho azúcar y añil para vender en Manila. Estos dos ramos sólo podían enriquecer la provincia de Balanga, pero los indios son poco avarientos: parece que están mal con el dinero, y cualesquiera que sean las proporciones que tienen de buscarlo, nunca pasan de la mediocridad, porque tienen derrames á proporción de la plata que reciben. El añil, principalmente, hubiera hecho opulenta otra cualquiera clase de hombres que hubiera vivido en estos pueblos. El P. Octavio, Agustino, de nación navarro, enseñó á los mestizos de Tambóngong á hacer añil; éstos escogieron la provincia de Bataan para hacer las primeras siembras. Los montes les surtían de maderas para hacer las tinajas; las muchas tierras incultas que había entre los montes y sementeras de arroz les proporcionaban parajes hermosos para la siembra, y los ríos que bajan de

los montes agua para sacar el tinte. Estas circunstancias les obligaron á escoger esta provincia para los primeros ensayos, y en poco tiempo se conoció la ventaja que hacía á las demás, y la grande utilidad que dejaba este ramo. Antes de que en otras partes se conociese la siembra del añil, se hacían en Bataan muchos miles de quintales de esta tinta; los mestizos la vendían en Manila á noventa pesos quintal, y lo pagaban á los indios bataanés á sesenta pesos; fué inmensa la cantidad de dinero que sacaron, y de las tinajas que mandaban fabricar los de Tambóbong; pero no bien entraba en la provincia cuando salía otra vez por el juego. Los mestizos, como ricos, sostenían las pérdidas hasta que venía á cambiarse la fortuna, y ganaban cuanto habían perdido y más lo que habían pagado á los cosecheros por el añil. Desposeídos de su caudal, no podían recuperarlo porque no tenían con qué hacer resistencia á sus rivales hasta la cosecha futura, que, en estando cerca de cogerse, les facilitaba el medio de pedir plata prestada á los mestizos para jugar con ella, y muchos tenían perdido el importe de su añil antes que se acabase de hacer la cosecha. En los juegos de fortuna, como eran éstos, el que tiene poco caudal y prosigue jugando siempre es sacrificado del poderoso.

En los muchos manglares de esta provincia se aprovechan los indios de la pesca, particularmente de los mariscos; cortan mucha leña, que venden en Manila á buen precio, y cultivan palmas de nipa, de que hacen muchas casas. No acostumbran á hacer vinagre de la tuba que produce esta palma, pero hacen *chancaca*, que compran los indios de otros pueblos. De su hoja, doblándola y acomodándola en unos palos de media vara de largos, hacen lo que llamamos *nipas*, que sirven para techar las casas de

los indios, y los camarines de caña del Rey y de los españoles. En descuento de estas utilidades, estos manglares sirven de madrigueras de moros, y los indios pagan con la esclavitud en muchas ocasiones las utilidades que sacan de estos esteros. Escondidos los moros en estos sitios, cautivan á los indios que van á la pesca y á los que hacen travesías de unos pueblos á otros. Es mucha la gente de esta provincia que ha ido á parar á Joló y Borney en otros tiempos. Particularmente Mariveles y sus visitas, que pertenecían al antiguo corregimiento de Mariveles, han padecido mucho, y á pesar de esto han crecido extraordinariamente: ¿qué sería si estuviesen libres de esta peste? Mr. Le Gentil, en su *Viaje á Manila*, capítulo 10, art. 12, refiere una anécdota que se halla en su diario de Manila del 22 y 23 de Diciembre de 1767, la cual al pie de la letra es como sigue:

«Algunos barcos pescadores y un pequeño champán teñidos de sangre encallaron los días pasados en Cavite sin gente; sólo se hallaron dentro algunas ollas de barro. Este negocio bien podría ser obra de los moros, como los llaman aquí, que han infestado todo el año la bahía de Manila, sin que el Gobernador se haya desvelado con los gritos que oía de todas partes. Cuando le contaban que los moros habían desembarcado en tal sitio y habían hecho tal y tal daño, no respondía nada, ó si no, contaba un cuento de los moros de África (había servido largo tiempo en África). El comandante que está en la isla de Corregidor le pidió un día solamente dos cañones y pólvora para intimidar á los moros que le amenazaban todos los días: «Defendeos, le dijo, con vuestras lanzas si queréis; yo no tengo pólvora, ni balas, ni cañones». Yo vi la misma tarde á este comandante en una casa donde nos contó esta historia, abomi-

nando el Gobierno en que se hallaba; lo que más le picó fué que el Gobernador le dió la respuesta en tono de sátira, habiéndole salido el fuego al rostro: esto era, con aquel aire con que tenía costumbre de sazonar sus sátiras.»

Mr. Le Gentil se equivocó en hacer comandante de la isla de Corregidor á este alcalde, pues en aquel tiempo la isla de Corregidor estaba desierta, y sin duda habla del alcalde de la provincia de Bataan, que ha sido muy acosada de moros, los cuales se esconden en los manglares y cautivan á los indios que van á pescar ó se embarcan para ir á otros pueblos.

Los montes surten á estos indios de excelentes maderas, que llevan á Manila y al arsenal de Cavite para construcción de navios. También cazan muchos puercos de montes, venados, gallos y otras aves. Estas y otras muchas utilidades que sacan de los montes les imponen la pensión de ir al corte de maderas cuando lo hay de cuenta del Rey, en el cual padecen mucho, como llevo dicho en el capítulo antecedente. Los alcaldes mayores molestan también bastante á los indios siempre que los oficiales Reales mandan acopiar maderas; pues con el pretexto de que tienen que surtir á la Real Hacienda, embargan cuantas maderas cortan los naturales, y aunque no sean de ley ni de la laya de las que piden para el Rey, no permiten extraerlas de la provincia. El indio que quiere comerciar en maderas en semejantes ocasiones saca licencia del alcalde mayor, que paga á buen precio; y en este caso sus maderas pueden salir de la provincia. Los negritos que viven en estos montes son otros enemigos que impiden á veces el que los indios de Bataan busquen su vida en el monte, y se utilicen de lo que produce naturalmente y sin cultivo alguno. Semejantes á los negritos de Angat, cuan-

do les sucede alguna desgracia, juran el matar cierto número de indios, y no vuelven á su familia hasta no cumplir el juramento. Aun son más temibles y perjudiciales cuando tienen guerra unos con otros, porque no dan cuartel ni aun á sus mayores amigos si les cogen en el monte.

Durante una de estas guerras que tenía una tribu contra otra, se enfermó gravemente un religioso Recoleta en la provincia de Zambales. Destituído allí de todo auxilio, se mandó cargar en una hamaca para ir á curarse á Manila; era preciso atravesar estos montes por el medio, y pasar por el territorio de una de las tribus beligerantes. Luego que lo supieron los principales de los negritos, le enviaron una embajada para que no siguiese adelante, porque sería preciso matarlo á él y á los indios que lo cargaban. El Padre representó al embajador el deprecable estado en que se hallaba, y que moriría infaliblemente si no le permitían pasar á la provincia de Bataan. Vista la instancia del Padre, resolvieron los principales negritos que los indios zambales se volviesen á su provincia, y cargando ellos al Padre Recoleta, lo llevaron á la provincia de Bataan. Este respeto que todos los infieles de Filipinas han guardado con los Padres ha sido el principal fundamento de su conversión. Aprovechándonos de este respeto se podrán conquistar los muchos infieles que habitan las tierras altas de Filipinas, procurando á los Padres ministros alguna comodidad para que no se enfermen en aquellos lugares, naturalmente malsanos, y poniendo algunos presidios para imponer respeto á los infieles, por si acaso pierden aquel respeto natural que tienen á los sacerdotes, como ha sucedido algunas veces, ó llevados de alguna extorsión que se les ha hecho ó de alguno de sus paisanos, que ha encontrado la maña de

seducirlos con enredos inspirándoles algunos temores, pasión la más fuerte para conmovier estas gentes tímidas y cobardes.

Los indios de Bataan hablan la lengua tagala, no obstante que están divididos y separados de los demás tagalos por la provincia de la Pampanga, que habla distinto idioma, de que se infiere que es colonia tagala, ó que componiendo acaso en tiempos antiguos un mismo país con los demás tagalos, vinieron los pampangos, y con las armas se apoderaron del terreno que ocupan al presente, separando á los tagalos de Bataan de los de Bulacán, estableciéndose entre estas dos provincias sus usos y costumbres. Las facciones del rostro son enteramente como las de los tagalos de Bulacán. Son de nariz chata, pelo lacio y de color bajo. Aman apasionadamente los gallos y todo género de juegos; gustan de comedias y de funciones; algunos de ellos se circuncidan, y todos son naturalmente holgazanes y perezosos. No se aplican ni hombres ni mujeres á género alguno de manufacturas; todo su sustento lo sacan de la tierra. En el pueblo de Mariveles y sus visitas, que no tienen tierras muy propias para los productos de estas Islas, especialmente arroz, se dedican á hacer esteras de palma, que sirven para cama de los indios y para velas de sus embarcaciones, y andan á caza de puercos de monte y de venados, cuyos nervios y tapa venden á los chinos de Manila.

En la provincia se coge bastante arroz para su consumo, pero nada se puede extraer de ella, y así todo su comercio activo se hace de azúcar, añil, ajonjolí, maderas, bejucos, palmas bravas, vinagre, nipa, esteras, tapa y nervios de venado, y algo de cera que se encuentra en los montes. Crían también los indios en sus casas puercos, gallinas, vacas y caballos, de

todo lo cual hacen comercio llevándolo á vender á Manila, juntamente con las frutas que cultivan en sus huertas, y son como las de las otras provincias de que he hablado. Hay en esta provincia una frutilla muy sabrosa, pero no se puede llevar á Manila porque se pudre. Es una bolita redonda; la cáscara tiene un poco de subsistencia, pero se parte con facilidad con los dientes: en el medio tiene un hueso que está rodeado de una medula blanda y muy dulce y fresca. Es fruta campestre, que se mejoraría mucho si se cultivase, y podía ser de las mejores que se conocen en el mundo. De este comercio saca la provincia de Bataan más de 200.000 pesos; y no pagando de tributos más que 5.433, y no gastando en los estancos pasados de 50.000, podía ser una de las más ricas provincias de las Islas; pero el indio gasta conforme á lo que recibe, y es como natural en él el estar en deuda perpetuamente. El juego se lleva todo lo que no se gasta en comer y vestir, y las funciones y borracheras lo que se gana en el juego. Por más que los españoles se empeñen en hacerlos ricos, no lo conseguirán; es verdad que tampoco es esto necesario para que sean felices estos indios.





CAPÍTULO XXV

LA provincia de Zambales está detrás de los montes de la Pampanga y de Bataan: yo no he visto esta provincia, pero el General y algunos de los marinos nuestros compañeros de Baliuag habían estado en ella, y me comunicaron algunas observaciones que hicieron durante su viaje al puerto de Súbic, por mar y vuelta por tierra, pasando de Zambales á Bataan, y atravesando la cordillera de montes que dividen estas dos provincias. Además de esto he procurado leer lo que se ha escrito sobre esta provincia; he preguntado á otros que han estado en ella, y me parece que me hallo bastante instruído para hacer

Materias que abraza el capítulo XXV.—La provincia de Zambales.—Su situación.—Descripción del P. San Antonio.—Masinloc.—Iba.—Producciones.—Importancia del puerto de Súbic, según Le Gentil.—Desmiéntela el P. Zúñiga.—Viaje que hizo el general Álava.—Recuerdo histórico: Juan de Salcedo.—Los primeros evangelizadores en Zambales.—Los Recoletos.—Lengua de los zambales.—Digresión acerca de la potencia intelectual de los indios: objeciones á Feijoo y al abate Masdeu: compárase á las razas de indios americanos y filipinos con las razas europeas: consecuencias que se obtienen.—La brújula, la pólvora, la imprenta.—La poesía y otras manifestaciones de la fantasía, la imaginación y el talento.—La fuerza de Playa honda.—Los piratas.—Lo que produce el tributo.

su descripción y tratar de su terreno y moradores. Parece que esta provincia y las otras dos de que acabo de hablar no debían entrar en estos viajes, y no faltará quien tenga por un pegote estos tres capítulos. Pero el capitán Cook, Dampier y otros viajeros me enseñan á tratar de muchas tierras que no han andado, poniendo en sus obras capítulos separados de tierras que no han visto, y de que no estaban tan informados como yo lo estoy de Zambales. Además de esto, he tratado de estas provincias, por ser las únicas que faltan para hacer la descripción de todo el Arzobispado de Manila, que no he querido dejar incompleta.

La provincia de Zambales pertenecía antiguamente á la de Pangasinán, de que no hace mucho tiempo que se ha separado. Ahora acaba la alcaldía de Pangasinán en la punta de Bolinao, donde empieza la de Zambales, cuyo territorio describe la historia franciscana en su primera parte, libro 1.º, capítulo XXIII, en esta forma:

«Desde la *Punta de Bolináo* prosigue la *Costa al Sur*, donde se encuentra la *Punta de Agno*, *Punta de Páyo*, *Isla de Culebra*, y *Las dos Hermanas*. Y por entre estas *tres Islas* se entra á las *dos Ensenadas*: la vna, que forma la *Punta de Páyo*; y la otra, que forma la *Punta de Masíngloc*, ambos buenos *Surgideros*, y Resguardos para todos los Vientos, salvo el Vendabál, que está descubierto. Desde el *Cabo de Bolináo* hasta el de *Masíngloc* avrá 18. leguas, y 1. tercio de distancia. Desde *Masíngloc*, costeano al *Sur Sueste* á 9. leguas, y media, está la *Playa honda* ó *Paynauén*, bien conocida de los Navegantes. Y en esta dicha *Costa* se hallan 3. *Bajos* distantes de Tierra como vna legua, y dista vno de otro 4. leguas, y media, desde el del *Norte*, al del *Sur*.

»Desde *Playa honda* se camina el Rumbo del *Sudueste*, para llegar á la *Punta de Capónes*, y desde allí á la *del Frayle*, y se dá la buelta al *Sueste*, para entrar en el *Puerto de Súbic*, cuya *Boca* hace *Nordeste Sudueste*, y tiene de ancho como legua, y media, y boxéa esta *Ensenada* 12. leguas, ensanchando en lo interior de ella hasta 3. leguas, y media. En medio de la *Boca*, y siguiendo derecho su Rumbo, ay *tres Islótes* en fila, distantes el vno del otro la misma distancia de legua, y 2. tercios, que corta la *Ensenada* á lo largo. Y aquí acaba la Provincia de *Panḡasinán*, y empieza la Jurisdiccion de *Marivélez* desde *Mórong*.

»Adviertese, que toda la *Costa* dicha desde la *Punta de Bolindó*, hasta la *Punta de Súbic*, contados los *Pueblos* Christianos, que están de *Cordillera*, y pertenecen á la cuenta de esta Provincia, es lo que se llama *La Tierra de Zambáles*, que aunque antiguamente eran *Infieles*, yá es buena *Christiandad* conquistada, y cultivada por el zelo de los *Padres Agustinos Descalzos*, que se internaron desde *Marivélez*.»

Se puso para gobernar á los *zambales* un *corregidor*, que cobra el tributo de toda la provincia y administra justicia como los *alcaldes mayores* de las otras provincias, cuyas facultades son unas mismas, aunque tienen diversos nombres. La *cabecera* es *Masinloc*, aunque muchos *corregidores* viven en *Iba*, que es una *visita* y será con el tiempo un buen pueblo si fijan en ella su residencia, por la comodidad de un pequeño puerto ó *surgidero* que tiene. Consta por la historia franciscana que esta provincia, juntamente con la de *Pangasinán*, tenía el año de 1735 el número de tributos que cita, que son 14.765, y al presente cuentan las dos provincias 21.765, habiéndose aumentado extraordinariamente el gentio de este terreno, no obstante el alzamiento que hubo en

Pangasinán en tiempo de la guerra con los ingleses, en que pereció infinita gente. De todos estos tributos, los que pertenecen á Zambales son solamente 1.209; por donde se ve que esta tierra está muy poco poblada, y que esta provincia es la que tiene menos gente de todas las provincias de las Islas Filipinas.

Su terreno es la falda de los montes de Zambales, que se alarga por más de veinte leguas; lo ancho de esta cordillera es poca cosa; sin embargo, entre los montes y la mar queda terreno suficiente para mantener más de 20.000 tributos de indios, por donde se ve que faltan brazos en esta provincia para el cultivo de sus hermosas tierras, que producen arroz, trigo, azúcar y todo género de legumbres y frutas del país. La mar la surte de mucho y abundante pescado; los montes, de caza de venados, búfalos y jabalíes; de cera, miel, maderas y varios géneros de palmas y bejucos, de que los indios se aprovechan mucho para hacer sus casas y para otros utensilios y comidas; en las tierras baldías crían vacas, búfalos y caballos. Podía ser ésta una de las provincias más ricas si hubiera quien la cultivase; pero la falta de gente la hace de las más pobres y miserables. Tiene también uno de los mejores puertos de las Islas, que es el de Súbic, del cual dice Mr. Le Gentil en su *Viaje á las Islas Filipinas* lo siguiente:

«Este puerto es soberbio y excelente; está en la misma latitud ó en el mismo paralelo, poco más ó menos, que el medio de la bahía de Manila, al O. de la montaña y de las tierras de Mariveles, de donde dista solamente 12 ó 15 leguas. Casi no era conocido antes de la toma de Manila, y los españoles hacían de él poco uso; sin embargo, este puerto es de la mayor importancia para ellos: los ingleses no lo ignoran, y no dejarían sin duda de ampararse de él si algún

rompimiento entre su Corte y la de Madrid les dejase para ello libertad. Desde este punto de auxilio dominarían las provincias y Luzón, y siempre que quedasen en posesión de este puerto, la España perdería poco á poco las Filipinas. Debe, pues, esta potencia tomar las medidas más eficaces para ponerlo al abrigo de todo insulto de parte de los europeos.»

El general Álava hizo una expedición á este puerto para reconocerlo y levantar el plano; salió embarcado de Manila y volvió por tierra con el fin de descubrir y registrar el camino que podían hacer los enemigos, caso de que se apoderasen de este puerto. Atravesó los montes de Zambales por una quebrada que hacen, que es el único paso por donde se comunican estas dos provincias, y se informó de todo el terreno. No dudo que habrá informado á la Corte de las proporciones que puede ofrecer aquel puerto á los enemigos y de los daños que pueden hacernos si se apoderan de él durante una guerra. Yo sólo diré que una provincia de tanta extensión como la de Zambales, y poco poblada, puede prestar pequeños recursos á los enemigos: 2.000 tributos escasos de indios perezosos, que se mantienen por lo regular de las raíces que produce el monte, y que probablemente serán enemigos de cualquiera nación europea que se establezca en Súbic, no pueden ofrecer grandes auxilios á una escuadra que venga de la Costa ó de otra parte de la India; si no trae qué comer, perecerá de hambre esta escuadra, y no hallo la razón que haya podido mover á Mr. Le Gentil á ensalzar el puerto de Súbic para una expedición de este género.

El primero que descubrió la provincia de Zambales fué Juan de Salcedo. Conquistada Manila y todas las provincias de alrededor, intentó este infatigable militar reconocer las provincias del N. Armó á su

cuenta una expedición, y el Gobernador, su abuelo, le dió cuarenta y cinco soldados, y salió con ella de Manila el 20 de Mayo de 1572. Al tercer día de navegación llegó á Bolinao, donde encontró un champán de sangleyes, que habían cautivado á un principal y otros indios para llevarlos á China. Juan de Salcedo quitó á los chinos estos cautivos y los puso en libertad. Los indios, que no estaban acostumbrados á estas generosidades, se prendaron de tal modo de la acción generosa de los españoles, que se hicieron voluntariamente vasallos del Rey de España. De allí á tres años, consta de la historia que el sargento Morones andaba por esta provincia recogiendo sin duda el tributo de los naturales. Este hecho se cuenta con motivo de la vileza que usaron los chinos con los PP. Agustinos Fr. Martín de Rada y Fr. Agustín de Alburquerque, que se habían embarcado en un champán de esta nación para ir á la China á predicar el Evangelio. Disgustados los sangleyes del mal recibimiento que tuvieron del gobernador D. Francisco de Sande, al pasar por Zambales los desembarcaron, mataron en su presencia á sus criados, y á ellos los azotaron cruelmente y los dejaron amarrados á un árbol, donde infaliblemente hubieran muerto de hambre á no haber llegado el sargento Morones en tiempo en que pudo socorrerlos.

Los PP. Agustinos empezaron á reducir á la Fe esta provincia, estableciéndose en las dos extremidades de sus montes, en Bolinao y Mariveles. Cuando llegaron los Recoletos les entregaron estos dos pueblos, y desde ellos fueron pacificando poco á poco todos los indios de la provincia, que eran muy montañeses; de modo que han quedado muy pocos por convertir, y éstos viven en los montes, donde actualmente tienen estos Padres una misión para acabar de

reducir á los pocos que han quedado en su infidelidad. El año de 1678 se trató en Manila de entregar la isla de Mindoro á una de las Religiones, por orden que había para ello de la Corte. El arzobispo era el Sr. Pardo, Dominicó, el cual, siendo provincial, había deseado unir la administración de Zambales con Pangasinán, que administraban los religiosos de su Orden; con motivo de esta disposición del Rey, se le vino á las manos el cumplimiento de sus deseos, y dispuso con el Vicepatronato que se enviasen los Recoletos á Mindoro, y que les sustituyesen los Dominicanos en Zambales; pero como los Recoletos se hallaban agraviados con esta disposición, acudieron á la Corte, y mandó S. M. que se les diese el partido de Zambales, y con esta providencia se quedaron con las dos provincias, hasta el gobierno del Sr. Basco, en que las renunciaron juntamente con el pueblo de Mariveles, y se pusieron clérigos indios en toda esta administración. No parece que fué muy voluntaria la dejación de los PP. Recoletos, sino una especie de desahogo porque el Sr. Basco quería remover á un religioso de su pueblo por haberse hallado un contrabando de tabaco en su convento. Este despique parece que lo han sentido, pues se han procurado después dos curatos en el Arzobispado quitando uno á los clérigos, pues se desmembró de Cavite Viejo, y otro de los Agustinos calzados, desmembrándoles de Parañaque el pueblo de Laspiñas, sin habérselo hecho saber ni al cura de Cavite Viejo ni al de Parañaque, quebrantando todas las reglas del Derecho Canónico y Cédulas Reales, por una arbitrariedad de los señores Gobernador y arzobispo, á quienes tenían cogidos.

Los indios zambales hablan una lengua particular de su provincia, que no se entiende en otra parte de

las Islas Filipinas, aunque es muy semejante á las demás. Tenían escritura, y había entre ellos algunos poetas enteramente semejantes á los tagalos, con quienes se conformaban en usos, costumbres, casamientos, funerales y religión. Eran con corta diferencia del mismo ingenio, esto es, bastante tardos y rudos para comprender ideas abstractas. En otro lugar he tratado del ingenio de los indios; pero es tan profunda esta materia, que nunca falta que decir, porque los hombres más doctos se equivocan mucho en ella. Como no se puede probar el ingenio de una nación sino por argumentos que llamamos de inducción, y éstos están muy expuestos á error, no es extraño que los hombres más doctos hayan errado en este punto. Este argumento se compone de la suficiente enumeración de las partes; el que usa de él suele numerar algunas partes, pero no son suficientes para consolidar el argumento.

Nuestro Feijoo, en su *Teatro Critico*, viendo que muchas naciones que se hallan sepultadas en la ignorancia han sido en otros tiempos muy cultas y han tenido hombres muy doctos, y que, por el contrario, naciones reputadas por bárbaras en la antigüedad abundan ahora de hombres literatos, concluye que apenas hay una diferencia sensible entre los ingenios de las diversas naciones. Para que este argumento hiciese alguna fuerza, era preciso repasar todas las naciones del globo, lo que no hace nuestro crítico. En este estado de su argumento debía probar aún otra cosa que es difícil de persuadir. Era necesario demostrarse que entre igual número de hombres que se habían dedicado al estudio por igual espacio de tiempo y con iguales proporciones de hacerse doctos no se hallaba diferencia sensible, y que los de una nación no habían hecho mayores progresos que

otros en las ciencias á que se habían dedicado. Mientras no nos hagan una demostración de esta especie debemos creer lo que parece más natural, y es común opinión, que hay unas naciones más estúpidas que otras; que la diferencia de climas influye en el entendimiento de los hombres. El que haya tratado con los indios de Filipinas no puede menos de asentir á esta verdad. Los hallamos más hábiles que nosotros para aprender cualquiera obra mecánica, pero más estúpidos para cuanto depende del entendimiento ó de la fantasía. Aprenden en tan poco tiempo el oficio de pintores, músicos, bordadores, zapateros, sastres y cuanto se reduce al mecanismo, que lo ejercen medianamente en poco tiempo, y si no les acomoda, lo dejan con facilidad y aprenden otro. Hay indios que han corrido por todos estos oficios, y todos los han desempeñado con regularidad; pero ninguno ha pasado de la medianía, y jamás ha habido un artesano que haya inventado alguna mejora en el oficio que aprendió. Si no se les hubieran traído modelos de España, andaríamos con el mismo vestido y calzado que usaron los conquistadores; tendríamos la misma música, los mismos cuadros y los mismos edificios que les enseñaron los españoles que se apoderaron de Manila. Son facilísimos en imitar lo que ven, pero no inventan nada. Si estos hombres tuvieran el talento de los europeos, ¿cómo era posible que no se hubiese hallado en doscientos años quien hubiese añadido algo á lo que le enseñaron?

El abate Masdeu, en su discurso preliminar á la *Historia crítica de España*, capítulo 2.º, dice: «La estampa, la pólvora y la brújula, tres invenciones más antiguas en la China que en Europa, aunque los europeos las mejoraron, son pruebas bien suficientes

para poder formar idea de la potencia intelectual de los chinos; y si queremos volver á la antigüedad, veremos que el Asia ha sido la madre de la literatura griega y latina. Los conquistadores españoles hallaron en Méjico y en el Perú dos naciones de hombres de entendimiento admirable; éstas no habían hecho grandes progresos en el uso de los metales ni en la adquisición de dominio sobre los animales; pero la política de los mejicanos en algunas cosas supera á la de los europeos: las fábricas maravillosas de sus acueductos, canales y puentes; sus mosaicos de plumas, tan delicadamente tejidos; sus pinturas ó jeroglíficos, que dan una idea histórica y cronológica de sus anales; el modo de computar los tiempos, muy cercano á nuestra exactitud; el primor de los peruanos en la agricultura, arquitectura, náutica y en algunas artes del mero primor; las composiciones dramáticas del Perú, las cuales tanto deseó ver el joven Racine, con la esperanza, como él dice, de descubrir en ella cómo la buena razón y sentido conduce á aquellos poetas sin el conocimiento de nuestras reglas del arte, y de hallar entre ellos, según las apariencias, un drama más conforme á la razón que aquellos que tantas veces han representado en Europa los españoles, los italianos, los ingleses y los franceses, todas estas cosas son tantos argumentos indubitables de una facultad intelectual no ordinaria. El famoso obispo Palafox, testigo de vista, en su *Retrato Natural de los Indios*, presentado á la Corte de España, parece que da la ventaja al entendimiento de aquellos nacionales en cotejo de los europeos. El P. Lafitau, que vivió mucho tiempo entre los americanos reputados por bárbaros, y por eso llamados salvajes, los compara por lo que mira á su gobierno y policía con los antiguos lacedemonios, y llega á encarecer su elo-

cuencia tanto, que los coteja con Demóstenes y Cicerón, como se puede ver en una relación inserta en las *Memorias* de Treboux.»

En estos débiles fundamentos apoya Masdeu lo extraordinario de la potencia intelectual de estas gentes y su superioridad en algunas cosas á los europeos, fundamentos débiles que se destruyen por sí mismos. La imprenta, la pólvora y la brújula pudo ser entre los chinos invención de una casualidad ó conocimiento que heredaron de sus padres nacidos en otro clima y que ellos conservaron maquinalmente; pudo muy bien haberse conservado desde Noé en una nación como ésta, que es culta desde tiempo inmemorial, y haberse perdido entre otras gentes que vivieron como bárbaros después del Diluvio por muchos años, sin que esto pruebe falta de entendimiento en los unos ni agudeza en los otros; antes por el contrario, si examinamos bien lo que ha sucedido con estas invenciones, prueban bien la superioridad de los europeos. Inmediatamente que tuvieron noticia de la pólvora, la brújula y la imprenta, discurrieron el medio de hacer utilísimos estos descubrimientos; mientras los chinos, que tenían noticia de ellos desde tiempos muy remotos, no han adelantado nada sobre ellos hasta ahora. De la pólvora sólo se sirven para recrear la vista por medio de sus llamas y el oído por sus tiros; la brújula no han acertado á montarla hasta ahora, y la llevan en unos corchos llenos de agua, para que les muestre el N. con alguna imperfección; y la imprenta está tan atrasada, que sólo imprimen con tablitas á la manera que nosotros tiramos las estampas. Á mi corto entender, estos nuevos ó antiguos descubrimientos arguyen superioridad de entendimiento á los europeos sobre los chinos, y en vez de favorecer la opi-

nión del abate Masdeu, prueban todo lo contrario.

Cuanto cuenta este escritor de los mejicanos ó peruanos, ó eran prácticas que de otros países llevaron los primeros pobladores, ó están algo exageradas de los primeros conquistadores. Yo viví en Méjico un año, me dediqué al confesonario de los indios, donde se puede conocer algo su potencia intelectual, traté bastante con aquellos naturales, mis compañeros de Misión tuvieron los mismos ejercicios, y todos hallamos unas gentes de entendimientos muy cortos. Cuando pasamos á Acapulco advertimos más viveza en los indios de Filipinas que iban de grumetes en la Nao, y no mudamos de idea en el mismo Manila, cuando tratamos á los indios que no tenían la recomendación de haber viajado. El P. Fr. Gaspar de San Agustín, en su carta sobre el conocimiento de los indios, hace más hábiles y más inteligentes á los indios de Filipinas que á los de Méjico, y cuantos españoles han tratado á estas dos naciones dan la preferencia á nuestros filipinos. Pero supongámoslos iguales, y veremos que su entendimiento no se puede elogiar mucho, aunque entre ellos se hayan encontrado algunas cosas extraordinarias, que acaso ejecutarían maquinalmente, sin saber dar una razón de sus principios y de su constitución. De los filipinos con quienes he vivido más de diez y seis años puedo asegurar que son hábiles para toda especie de mecanismo que se les presente. Son capaces de imitar las obras más curiosas; pero no pueden inventar nada, porque les falta imaginación y fantasía, y son muy obtusos en las ciencias abstractas, porque les falta entendimiento.

Si juzgamos de la poesía de los peruanos por la de los tagalos, Racine el joven no hubiera hallado en sus dramas las calidades que creía: si buscara el es-

tro poético, hallaría que nunca se enfurecen; si buscara la diversidad de composiciones, casi no encontraría más que poesías líricas, en que por lo común sólo trataban de sus amores ó de algunos pequeños acontecimientos de sus rancherías. El metro de sus versos era de siete sílabas, de ocho, de doce y aun de catorce sílabas. La rima era muy fácil; si la dicción acababa en vocal, bastaba cualquiera otra dicción que acabase en la misma vocal para formar la rima, y si en consonante, no se cuidaba de ésta; sólo se atendía á que la última vocal fuese la misma, y á que la dicción acabase en consonante: rimaban los versos de cuatro en cuatro pies, de cinco en cinco ó de seis en seis, guardando la misma rima en toda la estrofa. La siguiente estrofa llevaba diversa rima. Por lo que hace á los pensamientos, no había que buscar en ellos ni sublimidad ni invención, según nos aseguran los que han tratado de su poesía. Yo no he visto obra poética de ellos de los tiempos de su gentilidad; he leído las poesías de varios indios, y las del célebre Patato, que ha dejado mucha fama, y sólo hallo de bueno las comparaciones, símiles ó *halimbauas*, como ellos dicen, que usan muy comúnmente, tanto en prosa como en verso. En todo lo demás manifiestan muy poco entendimiento; usan unos exordios muy largos y fuera de tiempo, y son muy redundantes en su estilo, que es el asiático. No sé cómo el P. Lafitau pudo comparar su retórica con la de Demóstenes y Cicerón. Tanto los mejicanos como los filipinos hablan retóricamente cuando se llegan á los españoles. Empiezan por un largo exordio, que parece lo heredan unos de otros, pues siempre se reduce á humillarse considerando su miseria é infelicidad, y exagerando los favores que han recibido del sujeto con quien van á hablar. Este exordio se dirige á inspirar

compasión y atraerse por medio de ella la benevolencia del que los oye. Pero son tan indiscretos, que el mismo exordio echan á un hombre lleno de negocios y muy ocupado, que al gobernadorcillo de su pueblo, que nada tiene que hacer; y así con su exordio, en lugar de conseguir benevolencia, se adquieren la indignación, y en vez de ablandar endurecen al que los debía favorecer. El Sr. Palafox refiere algunas agudezas de los indios; pero enzalsándolos sobre los europeos, da bien á entender que escribía por relaciones que le habían hecho, y no por propia experiencia, que no podía tener no habiendo tratado jamás de cerca con ellos.

Extraño que el abate Masdeu haya dado crédito á estas relaciones, que llevan todas las notas de haberse escrito con empeño y con pasión, y que se separe de Robertson, que escribió su *Historia Universal de Indias* después de haber leído cerca de cuarenta historias españolas, cuya ingenuidad celebra el mismo Masdeu. Robertson los pinta de un entendimiento tardo y limitado, aunque celebra su sagacidad, su disimulo, su secreto y otras cosas de estas gentes. Yo los he hallado como los pinta Robertson, una república de muchachos de escuela europeos de doce á quince años de edad. Fórmese una población de muchachos de esta edad; supongamos que su entendimiento no adquiere jamás mayor solidez que la que tiene entonces, y que ellos se gobiernan por sí mismos sin temor á nadie, y hallaremos una verdadera república de indios: se hallarán algunos elocuentes, sagaces, disimulados y de otros muy buenos requisitos; pero nunca dejarán de ser unos muchachos de un entendimiento limitado, de poca solidez y madurez, inconstantes, tímidos y de las mismas calidades que notamos en los indios. Buscando yo muchas ve-

ces á quién comparar los indios de los varios pueblos de que he sido párroco, no he hallado otros que los muchachos de escuela. En sus juegos, diversiones, política, gobierno de sus familias, y en su fe y religión los he hallado enteramente semejantes á ellos, y creo que todos los que los han tratado los juzgan así, y cuando han dicho otra cosa ha sido por fines particulares.

No faltan escritores modernos que intentan probar que las naciones extranjeras hallaron á los españoles más rudos y bárbaros que éstos á los indios americanos. Este es un hecho que no se puede probar, porque de los españoles antiguos sólo tenemos algunos fragmentos de varios autores que tratan expresamente, y algunos de ellos bastante apasionados por los de esta nación; es imposible hacer un paralelo justo entre las dos naciones; lo que sabemos de cierto es que los españoles aprendieron la cultura de los fenicios, cartagineses y romanos, y que los indios, en más de trescientos años de instrucción, no han aprendido nada, y están casi tan bozales como antes. Quieren atribuir esto algunos á la dependencia con que los tienen los españoles. Yo les diría que ¿por qué no les impide esta dependencia y sujeción el que hagan con bastante perfección algunas obras mecánicas? Los soldados aprenden el ejercicio militar más pronto que los españoles; los muchachos aprenden á escribir prontamente, y los más de ellos hacen una letra excelente; las niñas imitan con facilidad los encajes y las bordalezas de Europa. ¿Por qué no imitan igualmente á nuestros filósofos, á nuestros matemáticos y á nuestros poetas? ¿Por qué no adelantan nada en la pintura, en la música y en las demás ciencias que piden fantasía y entendimiento? Más de la mitad de los eclesiásticos del Arzobispado

de Manila son indios; hay algunos que han llegado á ser alcaldes mayores, oficiales de los Reales Ejércitos y abogados de la Real Audiencia: ¿por qué ninguno de éstos ha pasado de una medianía muy moderada en las ciencias á que se han dedicado? Así como entre los europeos se hallan individuos ineptos para todo género de ciencias abstractas, es preciso confesar que se hallan del mismo modo naciones que por razón del clima donde han vivido, por una larga serie de generaciones, han contraído una cierta tendencia de entendimiento que los hace muy poco dispuestos para recibir ideas metafísicas y espirituales. En esta clase no incluyo á los hijos de los españoles de las Américas y de Filipinas, pues el clima no es tan poderoso á inficionar las partes donde se experimenta la unión del alma con el cuerpo, que pueda hacer una generación de ingenio vivo ó tardo y brusco en poco tiempo. Es preciso que esto suceda después de una larga serie de generaciones, como sucede en el color. Yo diría que el tiempo que bastase para que los hijos de un europeo que no se mezclasen con otra sangre europea adquiriesen el color bajo de los indios, ese mismo tiempo bastaría para que contrajesen la tardanza de ingenio que notamos en los mismos indios.

Hay en esta provincia una fortaleza, de la cual trata la historia franciscana en el capítulo XXXVIII de la parte 1, libro 1; dice así: «La *Fuerza de Playa honda, ó Real de Paynavén* demora en la Provincia de *Pangasinán*, distancia de *Manila* 17. leguas á su *No-rueste quarta al Oeste*; en la *Longitud* de 4. grados, y 33. minutos al Oeste de San Bernardino, y en la *Latitud* de 15. grados, y 10. minutos. Esta *Fuerza* es de *Piedra*, de 28. brazas en quadro por fuera; y 24. brazas, y media de circunferencia por dentro. Su *Puerta*

mira al Oeste ázia el *Río de Peynavén*, y distante de él 6. brazas, y media, y toda la Fuerza, dista de la *Costa, Norte Sur*, 19. brazas. Tiene su Fortificacion de Artillería y Guarnicion; y es bien necesaria, assi para mantener la Paz de los Naturales Zambáles, como para impedir las continuas invasiones de Zimarrones, Negritos, Igolótes, y otras várias Naciones bárbaras de la Tierra adentro.»

En el día es poco necesaria esta fuerza, porque son muy pocos los indios infieles de los montes, y los negritos poco temibles. En la provincia de la Pampangá he visto que una estacada de caña basta para contener sus excursiones. Podía servir contra los moros; pero felizmente la provincia de Zambales es poco acosada de estos piratas. Su situación, á lo largo de una costa brava, batida de las olas de la alta mar, ofrece pocas comodidades á estos rateros, que siempre quieren tener huroneras donde meterse, y por tanto todas sus piraterías se hacen entre islas que les proporcionan lugares donde esconderse. Sin embargo, estos enemigos causan grandes perjuicios á los zambales, porque no pueden llevar en balsas las ricas maderas que producen sus montes, ni hacer el comercio de Manila en embarcaciones pequeñas, pues están expuestos á ser cautivados al doblar la punta del monte, ó en la misma bahía de Manila. Por esta causa la provincia es pobre y poco comerciante. La cera, la brea, el ámbar, la tapa de venado, el bejuco y las maderas exquisitas es preciso venderlos al corregidor, que lo compra bastante barato. Quanto reciben estos naturales de su tráfico lo gastan en alguna ropa de Costa de China y en utensilios de cocina. Los estancos producen al Rey muy poco, y casi no alcanza el producto para pagar los gastos. El tributo, que es poca cosa, se paga en gran

parte en arroz y brea; pues atendiendo á la escasez de dinero de esta provincia, se les cobran tres mil fanegas de arroz cáscara, las dos mil y quinientas para estipendios y racionar la tropa, y quedan sobrantes quinientas fanegas.





CAPÍTULO XXVI



EL 1.º de Marzo resolvimos volvernos á Manila; fuimos á dormir á Bulacán y nos detuvimos un día más en este pueblo. Podíamos volver á Manila embarcados ó por tierra: el viaje por agua es cómodo, pues se hace en cinco horas; antes de llegar á la mitad del camino se encuentra la barra de Binuangan, donde hay un fuertecito de estacas, para impedir á los moros el que entren por ella á saquear las casas de Bulacán, ú ocultarse en los esteros para cautivar á los navegantes. Se puede salir por esta barra á la bahía, y en este caso se ahorra algo de camino; pero

Materias que abraza el capítulo XXVI.—Regreso á Manila.—Límites de la provincia de Bulacán.—Producciones de sus montes.—Las canteras de Meycauayan.—Pescados.—El añil.—Diferentes clases de caña dulce.—Esteros.—Tributantes.—Abusos que cometen los gobernadorcillos y otros funcionarios.—El manglar.—Los registradores: sus ardidés para explotar á los indios.—Otras producciones del terreno de Bulacán.—Plantas medicinales.—Una flor rara.—Aves.—Insectos y otros animalitos.—Ociosidad de los indios.—Número de éstos en la provincia.—El algodón y la sal.—Observaciones á las *Instrucciones* del superior Gobierno.—Comercio.—Indumentaria.—Un entierro famoso.—Hábitos de San Agustín y de San Francisco.—Reparos á Mr. Cook.—Necesidad de que las casas de los indios no se hallen desparramadas por los campos.—Conversión de los bulaqueños.—Clima.—

si no se quiere salir, ó por las olas del mar, ó por miedo á los moros, lo que sucede á las embarcaciones pequeñas en malas horas, hay por dentro varios esteros que conducen á Manila, pero es preciso contar con la marea, pues hay un sitio que llaman Maipaho, entre Tondo y Tambóbong, donde á veces suele faltar el agua. Como el General había andado ya estos lugares en otro tiempo, no quiso volver embarcado y nos fuimos por el mismo camino que habíamos traído, sin que aconteciese cosa digna de notarse, y así sólo me resta el hacer la descripción de esta provincia.

La Alcaldía de Bulacán, que significa lugar de algodón, y es la cabecera donde reside el alcalde mayor, que es capitán á guerra, tiene al Poniente la bahía de Manila, al Oriente los montes de Angat, al S. la provincia de Tondo y al N. la de la Pampanga. Está sita á los 14 grados y 55 minutos de latitud, y tres grados y 32 minutos de longitud; es de figura cuadrada, y tiene como 28 leguas de circunferencia. Su terreno se puede dividir en montuoso, llano y manglares. El monte produce muchas y buenas maderas; los naturales se aprovechan de ellas para hacer sus casas y para vender en Manila y Cavite. Se crían algunos ganados en el terreno montuoso, y hay bastante caza de venados y jabalíes, y se podían labrar muchas de sus lomas, que son excelentes para azúcar, añil y trigo; pero los naturales se contentan con sacar de los montes los efectos que llevo dichos. Como el corazón de este terreno es de pura piedra, al entrar en las tierras llanas hay buenas canteras.

Total de tributos del Arzobispado de Manila.—Idioma que se habla en las provincias de que éste consta.—Algunas observaciones acerca de la nación tagala en relación de otras del Archipiélago filipino.—«Estado que manifiesta los tributos de indios y mestizos del Arzobispado de Manila y el importe de lo que pagan al Rey.»

Las de Meycauayan son las de más fama, y de ellas saca el Rey la piedra para sus Reales obras, por ser la más dura que se conoce en las cercanías de Manila. El terreno llano produce algodón, añil, azúcar, tabaco y todo género de frutas y legumbres; pero la principal cosecha es el arroz de la cosecha de tiempo de aguas, que los indios llaman paaga, y de la de tiempo de secas, que se levanta por Mayo; pero su principal y más abundante cosecha es la general de todas las islas, que se hace por la Pascua de Navidad, y se siembra en Agosto, ó por mejor decir se planta, pues las grandes campiñas de arroz de esta provincia todas están plantadas á mano, como las berzas en España. Concurren infinitas gentes á sembrar una sementera; se les da de comer muy bien, como si se celebrara una fiesta, y se paga un real diario á cada persona. Para estimularlos más al trabajo, suelen muchos llevar un músico con una guitarrilla para que los plantadores no paren y vayan siguiendo su compás. Yo he visto á veces más de cincuenta personas plantando arroz; y habiéndome detenido largo tiempo, jamás vi ni una sola que no siguiese el compás de la guitarrilla. Mientras se está sembrando, y acabada la siembra, se cogen algunos pescados en la sementera.

El dalag particularmente y el hito es muy común. Algunos creen que este pescado viene de los ríos en tiempo de avenidas: no negaré que suceda así muchas veces, pero en otras ocasiones no; yo he visto lugares adonde no llegaban las avenidas, y en los primeros aguaceros se veían estos dos géneros de pescados muy pequeños, lo que me ha hecho creer que dejan los huevos en la tierra; y no siendo todo el tiempo de secas suficiente para destruirlos, en llegando las aguas se empollan y salen los pescados. De

aquí quieren inferir otros que este pescado nace de la putrefacción, no pudiendo persuadirse á que dure el huevo tanto tiempo sin pudrirse, y alegan en favor de su opinión el que cuando se abren las sepulturas se encuentra dalag en ellas en todos aquellos terrenos pantanosos, donde á poca distancia de la superficie de la tierra se halla agua. Yo he sido cura de Hagonoy y Calumpit, pueblos los más bajos del Arzobispado de Manila; he procurado indagar si se hallaba pescado cuando se abrían las sepulturas, y jamás lo encontré. Esta especie ha nacido de la broma que daban los PP. Agustinos á sus hermanos cuando administraban la provincia de la Pampanga. Para dar á entender la abundancia de dalag de esta provincia, que era su comida en los días de viernes, les decían que en no teniendo pescado mandaban al sacristán que abriese una sepultura y sacase lo que era necesario para el día.

El añil de esta provincia es muy bueno, pero sólo se hace una cosecha de él, porque en llegando las aguas se pudre. En Calumpit he visto una clase de añil que se ha sacado del árbol y no se pierde en la estación de las aguas; los indios lo llaman añil de Visayas, y me han asegurado algunos religiosos que se sirven de él para los tintes en aquellas provincias. Si se procura de aumentar este arbusto en la provincia de Bulacán, acaso proporcionaría algunas más utilidades que el otro; pero los indios son muy indolentes para hacer estas experiencias, y los españoles cuidan poco de la agricultura. La caña dulce de que se hace el azúcar tiene la corteza encarnada, es mejor que la blanca que se planta en Pasay, la cual daría poco azúcar en esta provincia; porque siendo las tierras muy lozanas crecería mucho y daría un zumo muy aguanoso, de que saldría poca y mala azúcar.

Hay otra caña encarnada que da un zumo muy dulce y es la más propia para azúcar; los indios la llaman caña verdadera, *túbong toloó*; pero es tan quebradiza que no se puede pasar por el molino más que una vez, y se desperdicia tanto que no deja utilidad alguna. En todas partes se destina para los muchachos, los cuales chupan su zumo y les sirve de alimento. Otra cuarta especie de caña dulce, sobre la que, á mi ver, no se ha hecho experiencia alguna, es una caña muy grande, larga y gruesa que llaman los indios *binling dalaga* (pantorrillas de doncella), porque entre nudo y nudo figura una pantorrilla. Creo que es semejante á una caña que se ha introducido en la Habana de pocos años á esta parte y que deja mucho producto. No sé si en Filipinas dejará la misma utilidad, pues los indios no han hecho experiencia alguna. Estando yo en Calumpit planté en mi huerta algunas plantas de esta caña para ver su producto y extenderla por la provincia si proporcionaba algunas utilidades; pero antes de estar en sazón salí de aquel pueblo. El ramo del azúcar es uno de los que más debían fomentarse en las Islas, pues los indios pueden dar de primera mano á peso el pilón de azúcar. Un pilón pesa más de tres arrobas.

Todo este terreno llano está lleno de esteros, que lo cortan por varias partes y facilitan mucho la navegación y transporte de los géneros de esta provincia. Si se abriesen dos brazos del río de Quingua, conforme llevo dicho en sus respectivos lugares, se aumentaría la fertilidad y comercio de Bulacán. El abrir estos canales parecerá una obra grande; pero si se examina por menor, la hallaremos muy fácil de practicar. Esta provincia tiene más de 18.000 hombres tributantes; es decir, robustos, fuertes y hábiles para el trabajo. No quiero que cada uno se emplee

en la obra de los canales más que una semana cada año. El gravamen es muy pequeño entre unas gentes que están holgazaneando casi todo el año, y si hay alguno que no quiere trabajar, ó porque es acomodado ó porque está ocupado en el comercio, por seis reales puede poner otro que asista en su lugar. Esta pequeña cantidad no puede serle muy gravosa. Suponiendo que en el tiempo de aguas no se puede trabajar, y reduciendo todo el trabajo á seis meses, que es poco más ó menos lo que duran las secas, los 18.000 hombres, sin emplear más que una semana cada uno, dan más de 700 hombres, que pueden estar en el trabajo diariamente. En una tierra llana, blanda y fácil de secar, ¿qué no se puede prometer de este número de brazos? No será exceso el asegurar que en dos años estarían concluidos estos dos canales. Como además de la gente es preciso contar con otros gastos de instrumentos y hombres inteligentes que dirijan la obra, á quienes se les debe pagar, se ha de pensar también en arbitrios para estos gastos. Los cestos en que se debe sacar la tierra pueden traerlos los mismos trabajadores, siéndoles poco molesto hacerlos de cañas, de que hay abundancia en todas partes. Lo demás se puede sacar de las Cajas de Comunidad, para las cuales da cada indio, sea hombre ó mujer tributante, todos los años un medio real, y haciendo bien la cuenta, importan estas Cajas anualmente en la provincia de Bulacán dos mil doscientos y cincuenta pesos; de ellos se paga el maestro de escuela y otras cargas concejiles, pero restan aún más de mil pesos, cantidad suficiente para los instrumentos y pagar los directores del canal. Esta misma cuenta se debe hacer respecto á todas las Islas: los hombres tributantes ascienden á más de 300.000, y el residuo de las Cajas de Comu-

nidad á cerca de veinticinco mil pesos. ¿Qué obras no se podían hacer en las Islas empleando este dinero y obligando á trabajar al indio una semana cada año en beneficio de sus respectivas provincias?

Estos servicios de los indios les suelen ser muy gravosos y molestos por los abusos que hay en la repartición. Antiguamente, cada capitán ó gobernadorcillo entregaba una lista de la gente que había concurrido á los trabajos; el párroco certificaba esta lista, y para ello todas las semanas le llevaba el capitán la gente que trabajaba por repartimiento, y las trampas que se hacían eran poco considerables. Desde que se ha dejado esta práctica se les hacen muchos gravámenes á los infelices. Además de que los gobernadorcillos y cabezas de barangay reservan del trabajo á los que ellos quieren, se roba mucho de estos repartimientos. La injusticia empieza por la cabeceira; si son necesarios cien hombres, se piden ciento veinte; los veinte pagan en dinero el trabajo que debían hacer, y se lo coge el alcalde mayor ó sus dependientes; el gobernadorcillo pide mayor número, y el sobrante de hombres el alcalde mayor lo recibe en dinero; cada cabeza de barangay ejecuta lo mismo con los que están á su cargo, que son 45 á 50 personas, y de este modo una obra pública á que sólo debía asistir cada indio una vez, dura tanto tiempo, que es preciso que asista siete ú ocho veces. Para obviar este inconveniente no hay mejor medio que tasar al indio los días que debe asistir, hecho el cómputo de la obrá y de los tributantes de cada pueblo ó provincia, y en este caso, ninguno sería perjudicado, y sin molestar tanto á los pobres como se les molesta ahora, se harían en Filipinas obras estupendas, y dentro de pocos años esta colonia sería la más floreciente de todos nuestros establecimientos.

La otra parte del terreno de Bulacán es de manglar. Llamamos manglar á aquellos terrenos que se cubren en las mareas grandes de agua salada y están llenos de estereros, que cortan el terreno formando infinitas islas bajas, propias para aquellos árboles que crecen en el agua salada. El más útil de ellos es la palma de nipa, de que los indios sacan vino, vinagre y dulce; con sus hojas cubren las casas, y el corazón lo comen en ensalada y cocido. El otro árbol de que se utilizan los indios es el mangle; sirve para estacas y para leña. Se cogen en estos estereros muchos mariscos y algunos pescados, de que he hablado en otro lugar. Los indios de esta provincia salen poco á pescar á la bahía por miedo á los moros, que suelen estar ocultos entre los manglares y pescan al que se descuida. Estando yo en Manila atajaron al arzobispo, que iba á visitar la provincia de la Pampanga, y se libró de ellos metiéndose en el río de Hagonoy. En otros tiempos entraban por los estereros de Bulacán y cautivaban á los navegantes; estas desgracias hicieron á los indios más pródigos y cuidadosos; guardan bien las barras del Binuangan y Pumarana, y los moros no pueden atajar á los que navegan por estos estereros. En desquite, los pobres navegantes encuentran otros nuevos embarazos que los perjudican mucho. Están estos lugares llenos de casitas, donde viven unos indios, á quienes se les tiene dada la comisión de impedir los contrabandos, desde que se establecieron los estancos, que se llaman registradores. Estos, aunque no tengan sospecha de contrabando, detienen las embarcaciones, y hacen ademán de quererla descargar para practicar bien el registro. El indio, por no tener la molestia de descargar muchas veces su embarcación, va dejando en cada garita ó registro parte de sus mercancías, y

cuando llega á Manila ha sido ya defraudado considerablemente. Bien veo que éstos son defectos del hombre y no de la ley; pero los que mandan no dejan de tener alguna culpa en no procurar con toda solicitud que no se hagan estas vejaciones á los viajeros. Estas garitas podían disminuirse mucho con gran utilidad de la Real Hacienda. Cada ramo de estanco tiene sus garitas particulares: ¿á qué fin tantos registros? Una sola garita ¿no podía impedir los extravíos de los tres estancos del vino, bonga y tabaco? Dicen á esto los administradores que ya tienen los registros la comisión de decomisar cualquiera contrabando que encuentren; pero que sólo lo hacen cuando hallan contrabando contra aquellas rentas que los han puesto allí, y dejan pasar los extravíos de los demás ramos. No estoy lejos de creer esto, porque los registradores sólo cuidan de agrandar al administrador de su ramo, que es el que los ha colocado en aquel empleo, y les importa poco el que los otros administradores les sean gratos ó no. Pero ¿no se podía simplificar más la administración de las rentas Reales? En Bulacán hay tres administradores, cada uno de su renta respectiva. Si la provincia se repartiera en tres partidos y en cada uno se pusiese un administrador que cuidase de los tres ramos sin añadir gente ni empleos, se ahorrarían muchos registros é innumerables guardas, que son los que molestan al público más que los estancos. La misma conducta se había de observar en Manila, uniendo todas las rentas bajo una misma dirección y subordinando todos los dependientes de ellas unos á otros, lo que precisamente había de resultar en beneficio de la Real Hacienda, porque se suprimirían algunos empleos, muchos guardas y registros, cuyos sueldos suben á unas cantidades inmensas, que disminu-

yen considerablemente el producto de estos ramos.

Además de los frutos de que he hablado, produce esta tierra sin cultivo cañas, bejucos, diversidad de palmas, gabys y otras raíces de que se sustentan los hombres; ricas y excelentes maderas de ébano, tindalo, narra, mangachapuy, molane, cedro y otras infinitas. Hay también muchas hierbas medicinales y extraordinarias. El Padre Pablo Claín trae muchas en un libro que escribió de medicamentos fáciles para consuelo de los doctrineros y alivio de los indios destituidos de médicos. Una vez vi una flor llamada *balda*, que es como una rosa: por la mañana está blanca como la nieve, á las nueve tiene un encarnado claro y á mediodía un rojo encendido como grana. Pero nada llega al prodigio de la *macahita* ó vergonzosa, que es una hierba que al tocarla se encoge y cierra sus hojas hasta que poco á poco las vuelve á abrir como recobrada del susto, que parece que es sensitiva y algunos la llaman planta animal, y en realidad la acción de encoger las hojas es como la de un gusano á quien le punzasen con un alfiler, y aun tiene la propiedad de cerrar y abrir las hojas á varias horas, siguiendo el movimiento del sol y de la luna, como si fuera girasol. La cañafístola da unas habas largas de palmo y medio; es purga muy suave y muy segura.

Además de los pájaros de que he hablado en el viaje de la mina de fierro, hay muchas aves de rapiña, papagayos pequeños que no hablan y llaman culasisis, catatuas blancas; el culianan, que es hermoso, de un pajizo muy subido con puntas de varios colores; el solitario, que canta bien, y si lo enjaulan se muere de melancolía. El coling tiene pelada la cabeza y aprende á hablar si lo enseñan. Hay murciélagos chicos y grandes; éstos se llaman paniquis; algunos

los comen y dicen que son muy sabrosos; otro pájaro hace sus nidos en los árboles grandes taladrando su tronco con el pico, y cree el vulgo que si le tapan el nido con hierro conoce una hierba con que lo quiebra, por cuyo motivo lo llaman el herrero, aunque otros le dan el nombre de carpintero. El cuago ó lechuza es ave de mal agüero para los indios, y más el *tiglig*, que dicen es el que guía á las casas á las brujas, y en oyéndolo se melancolizan como si fuera presagio de un infortunio. Hay pagalas, grullas, buhos y cuervos; éstos son negros, como en todas partes. El Padre Murillo dice que vió uno blanco.

En esta provincia y las cercanas y aun en todas las islas hay algunas chinches, pulgas y piojos, y es privilegio de los europeos no criar de estos animalejos sino raras veces. Hay muchas cucarachas y mosquitos de trompetilla, que levantan fuertes ampollas y dan tanta comezón que no se puede dormir sin pabellones. Las lagartijas, chacones y otros insectos son muy comunes. Hay unos ratoncillos ciegos como topos que dan un olor como almizcle. Las hormigas son muchas y de diferentes clases; la más perjudicial es el *anay*, el cual tiene una babilla que le sirve para cortar el papel, la ropa, y aun en la madera hace mucho daño y es causa de que continuamente se estén componiendo en esta tierra los edificios. Hay variedad de mariposas de todos tamaños y de diversos colores. El gusano de luz llamado *alitaptap* tiene mucha luz en la extremidad del cuerpo; á veces se juntan tantos en un árbol, que dan bastante claridad y todo el árbol parece una antorcha. También hay una especie de escarabajo llamado *uang*, que tiene en la cabeza un cuernecillo muy duro y es perjudicial á los cocos, porque les hace un agujero en el tronco y se mueren.

Los habitantes de esta provincia son indios y mes-

tizos de chino; hablan la lengua tagala, y son bastante semejantes á los demás indios de las Islas Filipinas; tienen bastante buen cuerpo, el color es bajo, la nariz chata y el pelo lacio; tienen los ojos grandes, hermosos y rasgados, en lo que se diferencian de los chinos y de los mestizos, que los tienen como cosidos y á manera de ojales. No tienen sino barbas pequeñas y ralas como los demás asiáticos, sin que se vea un indio que tenga barba espesa y cerrada como los españoles. A pesar de su disposición para las manufacturas, en esta numerosa provincia apenas hay cien mujeres que se dediquen á tejer ó hacer algunas obras de manos. Los hombres sólo se ocupan en la agricultura y en el pequeño comercio, que hacen juntamente con las mujeres en Manila. El tiempo que les sobra de estas ocupaciones lo emplean en jugar y holgazanear. Es gran lástima que no se procure alguna ocupación para tantas almas que viven en la ociosidad. Los tributos de indios de esta provincia son 16.582 $\frac{1}{2}$; el año de 1735 sólo eran 5.250, por donde se ve su extraordinario aumento. Hay además de esto 2.007 tributos de mestizos, que, agregados á los indios, hacen el número de 18.589 $\frac{1}{2}$ tributos, que dan más de 35.000 á lo más. Si se les obligase á tejer, ¿qué no se podía esperar de tanta gente? El algodón se da muy bien en Bulacán. La Real Compañía procuró fomentar este ramo en Calumpit; pero como está cerca de Manila, su producto no equivalía á las ganancias que les proporcionaban otras siembras, por lo cual se dejó. Si estos ensayos se hubieran hecho en las tierras altas, donde nada se siembra al presente, el proyecto acaso hubiera surtido todos sus efectos.

Pero aunque no se fomente el algodón en la provincia, pueden los naturales comprarlo en Manila de lo que se lleva de Ilocos y otras partes. No sólo los

tejidos, la sal también se podía fabricar en los muchos esteros que tiene esta provincia semejantes á los de las provincias de Tondo y de Cavite, donde se fabrica toda la sal que se consume en el Arzobispado. Lo mismo se debía practicar en las provincias de Bataan y la Pampanga, donde estos dos ramos no se han introducido hasta ahora. La dificultad está en proporcionar los medios de introducirlos, y no hallo más recurso sino obligar á los naturales á pagar su tributo en tejidos de algodón y en algo de sal, para fomentar al mismo tiempo este renglón. En estas tres provincias pagan los indios 58.541 pesos de tributos; si esto lo pagaran en efectos, no era necesario más para introducir en ellas la industria. Lo mismo se debía practicar en las demás provincias con arreglo á los efectos que cada una puede dar y que les sean más útiles. No quiero decir que desde el primer día se les obligue á dar todo el tributo en efectos; esto les sería perjudicial y acaso imposible, sino que se les señale una cuota cada año y que se les vaya aumentando poco á poco hasta que todo el tributo se cobre en géneros del país. En ninguna parte del mundo se puede practicar esto con más facilidad que en Filipinas. Cada 50 casas están bajo la conducta de un cabeza; en encargando el alcalde mayor á este cabeza que ha de entregar tanta parte del tributo en sal y efectos, lo ejecutará infaliblemente, porque el oficio de cabeza es una señal de distinción y principalía entre estas gentes, y sus respectivos tributantes le están muy subordinados y lo miran con el mayor miedo y respeto. Esta práctica de cobrar el tributo por cabezas de barangay es la más excelente que se puede excogitar; sin embargo, las instrucciones nuevas quieren que suceda otra, y es que los gobernadores de los pueblos lo cobren á fin de que el Rey

no pierda el tributo de los cabezas, sus mujeres y sus primogénitos, que están reservados de tributo. Pero por más que se cansen en discurrir medios de cobrar el tributo, no lo hallarán ni mas barato ni más seguro que el que se usa. Es una felicidad el haber podido hacer punto de honor y de nobleza el cobrar los tributos del Rey en estas Islas. Nuestras instrucciones, por falta de experiencia en los que las hacen, van casi siempre en sentido contrario. Dejo dicho que el medio de fomentar las Islas es cobrar el tributo en efectos; las instrucciones mandan que se cobre en plata, y por un efecto de compasión en algunas provincias se permite que los indios paguen parte del tributo en especie. Esto sólo sirve para enriquecer á los alcaldes mayores contra el producto de las Reales Cajas. Cuando los efectos proporcionan grandes ganancias, los alcaldes mayores se quedan con ellos y los abonan al Rey, como si los tributos no se hubiesen cobrado en especie. Pero aquellos efectos que no pueden producir utilidades sino pérdidas, se los dan al Rey como cobrados por razón de los tributos. Estos enredos se quitaban mandando que una cuota ó todo el tributo se cobre en especie, señalando un precio fijo que reintegrase en Cajas Reales lo que se podía coger si el tributo se cobrase en plata, haciendo contratas ó con los alcaldes mayores ó con otros españoles, en las cuales ni el Rey ni los indios quedasen perjudicados, lo que no es difícil si se celebran sin pasión.

Como no hay manufacturas en la provincia, todo el comercio se hace con producciones de la tierra, que son: arroz, añil, azúcar, tabaco, pollos, gallinas, puercos, frutas y cañas, los cuales géneros, vendidos en Manila, les producen más de ciento cincuenta mil pesos, que gastan en el tributo, que importa 25.750.

pesos; en los estancos, que producen más de 50.000, y lo restante en géneros de Costa y China, y en cadenas y otros aderezos de oro, á que son muy aficionados. La ropa que se consume es poca relativamente á la población, porque los indios aman naturalmente la desnudez, en particular cuando pescan, navegan, aran ó van al monte; los más de ellos sólo llevan en estas ocasiones un taparrabo. Cuando andan por el pueblo visten una camisa de algodón ó sinamay, un calzón ancho, y un paño en la cabeza á manera de turbante; las mujeres, en lugar de calzón, usan saya, y encima de ella un tapis. Cuando van á la iglesia, los hombres más principales se ponen chupa, y las mujeres una cobija, con que están bastante decentes; algunos llevan chinelas, los demás andan descalzos de pie y pierna. En los entierros visten una túnica con mangas, regazan la trasera y con ella se cubren la cabeza, haciendo una figura rara y ridícula. Referiré aquí uno de los principales entierros de los muchos que vimos en esta provincia.

Iba por delante un indio con una bandera ó pendón negro; otro llevaba un estandarte, en que estaba pintada la imagen de Nuestra Señora; seguían muchos indios en dos hileras á manera de procesión, todos descalzos; algunos llevaban chinelas y una chupa negra con una candela en la mano. Tras éstos iban los cantores descalzos, y el Padre cura, con capa negra; les seguía el féretro, cargado por cuatro indios, y detrás de él iban los que hacían el luto, hombres y mujeres, cubiertos todos de pies y cabeza con su túnica negra. Desde que muere alguno los parientes están haciendo el duelo, que se reduce á relatar en un tono lúgubre y lloroso las acciones buenas del difunto y algunas malas. En llegando el

Padre á casa del difunto, todos los del luto deben levantar el grito, y llorar, mas que no tengan gana. Esta ceremonia se repite al echar el cadáver en el hoyo; después se van á la casa del mortuorio, y pueden todos comer, emborracharse, jugar, reir y divertirse sin recelo de que á nadie parezca mal una conducta tan opuesta á la ceremonia lúgubre que se acaba de celebrar. El difunto de que hablo iba vestido de franciscano, no tanto por las indulgencias que creen que tiene aquel hábito como por vanidad. Generalmente se entierran estos indios con hábito de San Agustín; compran un pedazo de tela barata, forman un hábito muy estrecho, se lo bendicimos los PP. y á poca costa tienen una mortaja. Los ricos, deseosos de distinguirse del resto de los hombres aun después de la muerte, compran un hábito franciscano. El Rey da á estos religiosos hábitos de lana de ciertos tiempos, pero ninguno llega á consumirse entre ellos, porque siempre hay quien los busque para mortaja. He visto indios que la compran muchos años antes de morir, la enseñan á cuantos van á su casa, sin que aquella vestimenta temible produzca en ellos otra sensación más que la de un poco de vanidad de ver que se han de distinguir después de muertos de los demás indios. Ahora se me ofrece una especie rara que he leído en los *Viajes* del capitán Cook. Dice que ciertas gentes á la hora de la muerte se agarran á un rabo de vaca, muy satisfechos de que muriendo así han de gozar de un eterno descanso; y no lo extraña, pues entre naciones cultas, añade, se cree que muriendo con unas sandalias de un P. Franciscano no se puede menos de ir al cielo. Bien se ve que ésta es una inyectiva de un protestante contra la Religión Católica, tan destituida de fundamento como otras calum-

nias que levantan los sectarios á nuestra Religión. El hombre más bárbaro de Europa y el indio más bozal de Filipinas sabe que el hábito de San Francisco y sus sandalias no pueden merecerle la vida eterna, y lo más que esperan de él es que en el purgatorio se les alivien las penas por las indulgencias que los Sumos Pontífices le han concedido; algunos, como llevo dicho, lo visten por vanidad.

Los indios de esta provincia viven en casas de tabla ó caña á las orillas de los caminos en medio de una buena huerta, lo que hermosea mucho la provincia, y es muy útil á todo género de gentes, que pueden viajar sin miedo ni riesgo alguno á todas horas. En estas calzadas hay algunos claros sin casas y algunos caminos bastante despoblados; si los que viven en lugares retirados se estableciesen, como los demás, en las calzadas públicas, podía formar toda la provincia una sola calle con gran provecho de sus moradores. Esto no se conseguirá interin no entre la fuerza á establecer este uso. Es necesario obligar á los propietarios de las tierras á que den los solares á los indios y que pongan en ellos sus casas. Á esta proposición los filósofos modernos fruncirán la frente y dirán que es contra los derechos del hombre el obligarle á vivir donde no le agrada. Confunden estos entendimientos sublimes el derecho de la naturaleza con el de gentes, ó lo que es lo mismo, los derechos del hombre en sociedad. Sean los que fueren los de aquél, este otro debe observar las leyes de la república donde vive; si ésta procura que nadie sea perjudicial á sus socios ó conciudadanos, debe ahorcar á los homicidas y bandoleros, desterrar á los ladrones, cortar la lengua á los blasfemos y azotar á los muchachos de escuela que no quieren aprender á leer. Por la misma razón debe

obligar á los indios que viven en lugares oscuros á salir de aquellos sitios, donde es preciso que sean refugio de ladrones, y colocarlos en las calzadas públicas, donde pueden ser útiles á la sociedad.

Hace más de doscientos años que son católicos los habitantes de Bulacán; los convirtieron á la fe los PP. Agustinos, y hasta ahora los administran, menos á los de la rinconada de Polo, que están administrados por Franciscanos. En su infidelidad tenían algunas supersticiones; las más de ellas están extirpadas, pero han quedado algunas todavía. Los Papas han concedido varios privilegios; no puede entender con ellos la Inquisición; sólo están obligados al ayuno los viernes de Cuaresma, sábado Santo y vigilia de Natividad. En los matrimonios no pasa del segundo grado el impedimento de consanguinidad y afinidad; no pagan diezmos, y sólo les obliga la misa los domingos y algunas fiestas muy solemnes. Los Reyes les han concedido muchos privilegios en sus contratos, como á menores y personas miserables. Todos estos privilegios son comunes á todos los indios. Esta provincia, no obstante ser húmeda, es bastante sana, como se puede inferir de lo mucho que han crecido sus naturales; la vida frugal que observan puede contribuir mucho á su salud: los más de ellos en la mayor parte del año sólo comen arroz con sal, y sin embargo están muy contentos y los tengo por felices.

Acabo de hacer la descripción del Arzobispado de Manila, el más poblado de todas las Islas; comprende nueve provincias, las cuatro de ellas están al S. de Manila y son Cavite, Batangas, Mindoro y La Laguna de Bay; las otras cuatro, á saber: Bulacán, Pampanga, Bataan y Zambales, están al N., y la otra, que es Tondo, es la misma provincia de Manila, que está fun-

dada en medio de ella en las riberas del río de Pásig. Los tributos que residen en estas nueve provincias, por lo que hace á los indios, son 88.243, que es una suma muy crecida si se compara con los indios que había empadronados el año de 1735, que sólo ascendían á 37.408, excepto algunos pocos que se deben descontar por los que había entonces en la provincia de Zambales, que, como la historia franciscana los incluye en la provincia de Pangasinán, no puedo saber cuántos eran; pero se infiere que eran pocos del estado actual de esta provincia, que sólo cuenta hoy día 1.136 tributos de indios. En algunas provincias, de la cuenta del año de 1735, van incluso los tributos de mestizos; en la cuenta actual pongo sólo los indios; si á éstos agregamos 10.512 tributos de mestizos de sangley que hay en todo el Arzobispado, harán la suma de 98.754 tributos, que es más del duplo de los tributos que recibía el Rey ahora hace sesenta años. A cada tributo entero se le deben contar cerca de cinco almas, y por consiguiente los tributos nominados hacen cerca de medio millón de almas. Es de notar que los españoles no entran en esta cuenta, ni los indios de Manila y Cavite, los cuales, aunque debían pagar tributo, ni lo pagan ni es fácil de cobrarlo; en los arrabales de estas dos ciudades hay infinitas gentes vagamundas que no hay forma de reducirlos al padrón; si se contaran todos éstos, las almas del Arzobispado de Manila pasarían de medio millón.

Todas estas gentes hablan el idioma tagalo, menos los pampangos y zambales; en lugar de éstos se habla esta lengua en Tayabas, perteneciente al Obispado de Camarines. Por aquí se ve que la nación tagala es la mayor de todas las Islas; y aunque es cierto que la fundación de Manila en medio de ella ha contribuido

mucho á aumentar su población, aun en los tiempos antiguos contaba más gente que ninguna de las otras lenguas. Es la más rica y la que contribuye más á enriquecer el Erario. En los Obispados de Ilocos y Camarines está establecido el estanco del tabaco, pero apenas da lo suficiente para mantener á los dependientes de la renta. Sólo las provincias del Arzobispado, y no todas, consumen lo que se vende en los estancos y aumentan sus rentas; sus naturales, por esta causa, son los más laboriosos de las islas, tienen más necesidades que les ha introducido el uso, y éstas los hacen más diligentes. En las cercanías de Manila los indios están enseñados á comer mejor y gastar más que otros, y sus trabajos crecen á proporción de su gasto. En el pueblo de Parañaque los hombres son holgazanes, como todos los indios; pero las mujeres están todas ocupadas en bordar paños, hacer encajes é hilar algodón, de tal suerte que es imposible desear mayor aplicación en este sexo. El mejor medio de desterrar la holgazanería en esta tierra es procurar que las gentes se enseñen á gastar más. Pero ¿serían los indios más felices en este caso? E' hacer diligente á un pueblo perezoso por carácter es un bien, y sin embargo no me atrevo á resolver este problema.

Para no dejar nada de cuanto hay que saber en estas Islas, pondré aquí el cuadro de las provincias del Arzobispado de Manila, sus habitantes y sus tributos:

Estado general que manifiesta los tributos de indios y mestizos del Arzobispado de Manila y el importe de lo que pagan al Rey.

| PROVINCIAS | TRIBUTOS | TRIBUTOS | SU IMPORTE |
|---------------|--------------|-------------|-------------|
| | DE NATURALES | DE MESTIZOS | |
| Tondo..... | 14.537 1/2 | 3.528 » | 27.897-7-3 |
| Cavite..... | 5.724 1/2 | 859 » | 9.132-4 » |
| Laguna..... | 14.392 1/2 | 336 » | 19.448-6 » |
| Batangas..... | 15.014 1/2 | 451 » | 21.579-7-3 |
| Mindoro..... | 3.165 1/2 | 3 1/2 | 4.000-8 » |
| Bulacán..... | 16.586 1/2 | 2.007 » | 25.760-5 » |
| Pampanga | 16.604 1/2 | 2.641 » | 27.358-1 » |
| Bataan..... | 3.082 » | 619 » | 5.433 » » |
| Zambales..... | 1.136 » | 73 » | 4.389 » » |
| SUMA..... | 90.243 » | 10.517 1/2 | 144.990-6-6 |

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

TABLA DE MATERIAS

| | Páginas. |
|---|----------|
| Anteportada..... | I |
| Obras de W. E. Retana..... | II |
| Portada..... | III |
| Propiedad literaria.—Pie de imprenta..... | IV |
| Dedicatoria..... | V |
| Prólogo..... | VII |
| | |
| Anteportada especial..... | I |
| Advertencia..... | 3 |
| CAPÍTULO I.—Invitación del general Álava al P. Zúñiga.—Modos de hacer el viaje de Manila á Batangas.—Señálase día, y reúnen los expedicionarios en la hacienda de Pasay.—Quiénes eran los expedicionarios.—Particularidades de la hacienda de Pasay.—Sus productos principales: naranjas (tres clases), caña dulce y buyo.—El buyo comestible.—Cultivo del mam-in.—Caña dulce: la encarnada y la blanca.—El azúcar: provecho que deja; cultivo de la caña: los monopolizadores.—Terraço, en relación del provecho.—Cesiones del Rey á los conquistadores.—Los chinos: su influjo en la agricultura.—Los expedicionarios salen de Pasay.—El camino.—Árboles frutales.—Breves consideraciones acerca de la relación que existe entre el mayor cultivo y la mayor densidad de población.—Algo sobre la holgazanería de los indios.—Río <i>Tripa de gallina</i> .—El terreno de Malibay.—La hacienda que fué del canónigo Sr. Fuente.—Los indios de Malibay.—Los bandidos.—En la cumbre de un monte.—Descúbrese el bello panorama de la bahía de Manila.—Montes de San Mateo y de Silang.—Caza de algunas aves.—Descúbrese la laguna de Bay.—Otras aves.—El sitio de Mabató.—Otros árboles frutales.—Barrio de Bagumbayan.—Timba, ó aparato de los indios para sacar sin esfuerzo el agua del pozo.—Montinlupa.—Condición de sus naturales.—Otros tulusanes.—Protección que les prestan los indígenas.—Medio para aniquilar el bandolerismo.—La tierra de Montinlupa.—Tunasancillo.—Fechorias de los ladrones.—San Pedro Tunasan.—Los productos de su terreno.—Gusanos de seda.—Inconvenientes de este negocio.—Las tierras, ¿están cansadas? —Cargos á Mr. Le Gentil.—Llegada á Bifang.—Salen los principales á recibir á los expedicionarios..... | 5 |

| | |
|---|----|
| CAPÍTULO II.—Breve descanso.—Paseo por el pueblo de Biñang.—Situación de éste.—Casa de los PP. Dominicos.—Cuánto gusta la parroquia de Biñang á los curas indios.—Urbanización del pueblo.—Las huertas y sus frutos: describense los siguientes:—cocos,—mangas,—santoles,—camias,—balimbines,—macupas,—nancas,—pajos,—tamponyes,—tamarindos,—plátanos,—papayas,—ates,—anonas,—duhat,—mameyes,—chicos,—zapotes.— <i>Sangrias</i> á ciertos árboles.—No dejan los indios que madure el fruto.—Obsequios de los indígenas á los expedicionarios.—Principal renglón de Biñang.—Los PP. Dominicos como arrendatarios.—Cultivo del arroz.—Los indios no pagan diezmos: los españoles, sí.—Ganancias de algunos que se llaman inquilinos.—Los casamahanes.—Salida de Biñang.—Pasan por Santa Rosa.—El tabique pampango.—Lo que perciben los PP. Dominicos por dos de sus haciendas.—Cantidad de arroz que producen Biñang y Santa Rosa.—Dónde estuvo el pueblo de Tabuco.—Recuerdo histórico.—Cabuyao.—Una iglesia cuya construcción dura más de un siglo.—Las tierras de Cabuyao.—Por qué los propietarios de este pueblo viven miserablemente.—Los abogadillos.—Sus ardidés.—Porvenir de los mestizos de chino.—Camino de Calamba.—Tierras sin cultivar.—Los indios no construyen presas: consecuencias.—Calamba: pasan de largo.—De Calamba á Santo Tomás.—Dificultades del camino.—Las barrancas.—Santo Tomás: pasan de largo.—Siguen á Tanauan.—Llegada á este pueblo.—Obsequios que les hacen el párroco y los indios á los expedicionarios | 35 |
| CAPÍTULO III.—Consecuencias del cansancio.—Salida de Tanauan.—Panorama que se descubre.—Observación á cierta teoría de Buffón.—Sementeras de trigo.—Llegada á Lipa.—Las dalagas.—Cómo los indios <i>echan</i> las loas á los personajes.—La loa, retóricamente considerada.—Es una adulteración.—Condiciones de los versos tagalos: el metro; las sílabas; cómo asonantan.—En qué consiste la dificultad de hacer versos buenos.—Pies de cada estrofa.—La poesía tagala antes de la llegada de los españoles.—Influjo de éstos en los poetas indios.—Versos que emplean para las comedias.—Terminada la loa, bailan las dalagas.—El convento y la iglesia de Lipa.—El terreno de este pueblo.—Modo de cazar los caballos, los carabaos y las vacas.—El pájaro tipo: la fábula de que anida en la cola del caballo.—Modo de cazar los puercos de monte, los venados y los carabaos cimarrones.—Producciones del terreno de Lipa.—Cultivo del trigo.—Sólo los españoles comen pan en Filipinas.—Los mongos.—El patani.—Los frijoles.—Dónde estaba antes el pueblo de Lipa.—Tributos.—Enfermedad de la papada, peculiar de Lipa.—Remedio.—Salida de Lipa.—Camino de San José —Llegada á este pueblo.—El recibimiento.—Ceremonia que suele hacerse á los párrocos en sus días.—Repruébala el Padre Zúñiga.—El 1.º de Enero: los indios <i>amenazan</i> con una comedia.—Las comedias de los indios.—En qué consiste la trama.—Recurso supremo del protagonista ó héroe.—Los «graciosos» en las comedias.—Entusiasmo de los comediantes indios.—Sus pueriles tenacidades.—Bailes: el sacatito,—el cundiman,—los panaderos,—el comintang.—Modestia de las Indias.—Los marinos las tratan sin propasarse.—Fiesta religiosa.—Pro- | |

| | |
|--|----|
| cesión.—Sermón improvisado.—Ventajosa situación del pueblo de San José..... | 57 |
| CAPÍTULO IV. —Salida de San José.—Camino á la playa de la laguna.—Embarcan los expedicionarios.—Á qué se asemeja la laguna de Bombón.—La isleta del volcán.—Subida al borde del gran cráter.—Una idea aproximada de la cavidad del cráter.—Accidente en la laguna.—El volcán por fuera.—Reparos á Mr. Buffón.—Opinión del P. Zúñiga acerca de las erupciones del volcán de Táal.—Hácese una curiosa cita tomada de las <i>Conquistas</i> de Fr. Gaspar de San Agustín.—Otra cita, que lleva la firma de Fr. Francisco Pingarrón.—Breve relato de las más importantes erupciones.—Extráctase el M. S. inédito, tan consultado por algunos hombres de ciencia, del P. Buencuchillo.—Siguen los reparos á monsieur Buffón.—Parecer del P. Zúñiga acerca del fuego bajo la superficie terrestre.—Vuelta á las canoas ó barcas.—Dirigense á Táal.—El Pansipit.—Pescados que se crían en este río.—La pesca del tongmalogco: originalísima.—Los productos de la pesca destinanse á las necesidades del pueblo.—Río abajo: el Pansipit es el más bello del globo.—Cuatro palabras en recuerdo de Sáicedo, Goyti y Gabriel de Rivera.—El santuario de Caysásay.—De Caysásay á Táal.—Escalera famosa.—Recibimiento en Táal.—Los expedicionarios llegan al convento, donde se hospedan.—La contradanza.—Siempre hay niñas bien instruidas en este baile..... | 81 |
| CAPÍTULO V. —Misa en el santuario de Caysásay.—Situación y descripción del santuario.—Particularidad del tabernáculo.—Dónde fué hallada la imagen.—Credulidad de los indios.—Aspecto del pueblo de Táal.—Su convento y su iglesia.—Ésta es pequeña para pueblo tan numeroso.—Crecimiento de la población.—Reparos al P. San Agustín.—El terreno de Táal.—Sus producciones.—El algodón: el de almohadas y el textil.—Las cebollas.—Por qué hay tantos traficantes y tejedores en Táal.—Tejidos principales.—La ensenada de Balayán.—Balayán.—Las haciendas de Liang y Nasugbú —Sus principales producciones.—Situación de la iglesia y el convento de Balayán.—Digresión acerca de las depredaciones de los piratas malayo-mahometanos en la ensenada de Balayán.—Los taañeos se obstinan en obsequiar con una comedia al General.—Éste les complace en parte.—Salida de Táal para Bauang.—El camino.—Los indios de Bauang reciben á los expedicionarios.—El pueblo.—De Bauang á Batangas.—Recibimiento que se les hace al General y sus acompañantes.—Panorama que se descubre desde las torres de Bauang y Batangas.—El Hánao-hánao.—Producciones de los campos de ambos pueblos.—Los habitantes.—Los de Bauang difieren en lo económicos; llámaseles por esto «los gallegos».—Los conventos é iglesias de Batangas y Bauang.—Campana monumental.—Nueva digresión acerca de los piratas.—Las cottas.—Una observación de Solórzano Pereira.—Disensiones entre párrocos y alcaldes sobre á quién de ellos correspondía el gobierno de las cottas.—Pierden el pleito los párrocos.—Consecuencias: grandes abusos.—Punta Azufre.—La isla de Maricabán.—Riquezas de ésta y del monte Hánao-hánao, que por miedo á los moros no aprovechan los indios.—Las anti-guas vintas.—Sus desventajas.—Nuevas noticias acerca de la situación | |

| | |
|--|-----|
| de Batangas.—El río Calumpang.—El monte de Batangas.—Sus producciones.—¿Hay en él minas de oro?..... | 97 |
| CAPÍTULO VI.—La isla de Mindoro.—Su situación.—El estrecho de San Bernardino.—Punta Dumali y Punta Burincan.—Depredaciones de los moros en la ensenada de Pinamalayan y otros lugares.—Punta de Calavite. El puerto de Mangarin.—Luz misteriosa: cópiase una página, acerca de este asunto, de la obra del P. San Antonio: ¿es un pedernal?, ¿es un carbunclo?, ¿es una piedra preciosa?—Puntos de asiento de los piratas: Mamburao, Baletc.—Rescates: un religioso, 1.000 pesos; un indio principal, 300.—Tráfico de cautivos.—La vida de éstos.—Medios que hallan para escaparse.—Señales que hacen para que no los tomen por moros los infieles de la isla.—Expedición contra los piratas de Mamburao en tiempo de Anda.—Otras expediciones.—Sus resultados.—Cómo viven las gentes de esa región de Mindoro.—Modos de fomentar la población en dicha isla.—Continúa la descripción de Mindoro.—Las puntas de Calavite, Dumali y Escarceo.—Ensenada de Ilog y Puerto Galera.—Calapán y Naujan.—Cualidades del terreno de Mindoro.—Sus principales producciones.—El árbol calinga.—El tabón: curiosa cita que se toma de la obra del P. San Antonio: explica las singularidades de tan notable ave.—Producto que los indios sacan de las plantas silvestres.—Describense el coco,—el buri,—el yóroc,—el palindán,—el bejuco,—la caña,—el ubi,—el gaby.—Otros productos de la tierra.—Los verdaderos naturales de Mindoro.—Recuerdo histórico.—Causas de que no haya menor número de infieles.—Escaso desarrollo de la población de Mindoro.—¿ qué se debe particularmente.—Relaciones comerciales entre los cristianos é infieles malayos de la isla.—Remedios civilizadores.—Situación de Marinduque.—Sus pueblos.—Calidad de su tierra.—Luban.—Su situación.—Naufragio famoso.—El marqués de Cañete, ¿vivió amancebado con una india?—Ambrosio de Cuenca.—Su cinismo y sus vicios.—Le prenden por sospecha de asesinato.—Los indios de Mindoro, Marinduque y Luban, son en todo semejantes á los demás tagalos.—El anito,—el nono,—la babaylana.—El comercio de Marinduque..... | 115 |
| CAPÍTULO VII.—De Batangas á San José: el camino.—Observaciones acerca de la distribución jurisdiccional de los pueblos.—Quiénes se encargaban en lo antiguo de estas distribuciones.—Dificultades que ofrece la fundación de un pueblo.—Ardides de los indios principales.—Terminase la comedia de que se habló en el capítulo III.—Salida de San José.—El afecto de los indios á los españoles.—De Lipa á Tanauan.—Representase una <i>tragedia</i> .—Nuevas observaciones acerca de la <i>dramática tagala</i> .—Paseo por la población.—Salá y Tanauan, destruidos, refúndense en Tanauan.—Situación ventajosa de San José, Lipa y Tanauan.—Necesidad de que se funden nuevos pueblos, en particular á orillas de la laguna.—Producciones de los campos de Tanauan.—Conveniencia de una presa.—Ventajas que reportaría al país el aumento y mejora de las vías de comunicación.—El Mararayap.—San Pablo de los Montes.—Relación curiosísima acerca de la antigua historia de este pueblo.—Su situación: particularidades del terreno.—Hechos famosos de dos PP. Franciscanos.—La ha- | |

| | |
|--|-----|
| cienda de Calauang.—El español Salgado..... | 135 |
| CAPÍTULO VIII.—Descripción general de la provincia de Batangas.— Confines.— Número de parroquias.— El terreno y sus producciones.— Animales.— Los batangueños.—Viviendas.—Trajes.—Comidas.—Comercio.— Cultivo de arroz.—Ocupaciones ordinarias de las mujeres.—Casamientos.—Antiguas prácticas.—Entierros.—Supersticiones.—Curiosas citas que se hacen de la <i>Práctica del Ministerio</i> .—La circuncisión.—El eclipse.— El bienestar de los indios..... | 149 |
| CAPÍTULO IX.—Salida de Tanauan.—Santo Tomás.—Sitio de Bagumbayan.—La guayaba.—Calamba: lo que valia en arrendamiento.—Su clima malo.—Camino de los baños.—La caridad de los PP. Franciscanos.—El terreno y sus producciones.—Los baños.—Los hornos.—Aplicación de las aguas.—Causa probable de su alta temperatura.—¿Viven pescados en estas aguas?—Situación de la laguna de Bay.—La isla de Talim.—Canal de Quinabulasan.—Alrededores de la laguna.—Recuerdo histórico: Juan de Salcedo y Fr. Alonso de Alvarado.—El cerro famoso de Mayajay.—Las sementeras de La Laguna.—Nueva boca de desagüe, llamada Nampindang.—Otro recuerdo histórico.—Consideraciones acerca de la formación de la laguna.—Producciones principales de esta provincia.—Comercio é industria de la misma.—Origen de estos indios.—Número de habitantes de la provincia de La Laguna..... | 175 |
| CAPÍTULO X.—De los Baños á Tágúig.—Situación y particularidades de este pueblo.—La hacienda de Maysapang.—Los tulisanes.—Producciones de Tágúig.—Corrales de pesca.—El salambao.—La ratonera.—El pescado dalag.—Otros pescados.—Aves.—De Tágúig á Pásig.—Las paterias.—Particularidades curiosas de los patos.—Cómo se fabricaron todas las iglesias de Filipinas.—Río abajo.—Pásig.—El beaterio.—La vega.—Calnta y Taytay: recuerdo histórico.—Maniobra de los indios para engañar á los compradores de arroz.—El juego de los cocos.—Cómo se empollan los huevos de pato.—El río Maybunga y el de Bambang.—Cueva de Doña Jerónima.—De ésta á Santa Ana.—¿Milagro?—Santuario de Guadalupe: lo construyó un sobrino del famoso Herrera.—San Pedro Macati.—Fábricas del Marqués de Villamediana.—Santa Ana.—Casa-hacienda de Mandaloya.—Convento de San Juan del Monte.—Rectificación del Pásig.—Santa Mesa.—Nagtajan.—La isla de la convalecencia.—Pueblos inmediatos. | 195 |
| CAPÍTULO XI.—Fundación de Manila.—Escudo de armas de esta ciudad.—Situación geográfica de la misma.—Extensión.—Calles.—Clima.—Murallas, fosos, baluartes y fuertes.—Plaza de Armas.—La Catedral.—Palacio del Gobernador.—La casa Cabildo.—Palacio Arzobispal.—Los Almacenes Reales.—El Hospital Real.—El cuartel de Dragones.—El de los artilleros.—La capilla Real.—Los PP. Agustinos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Rentas del convento y de la Provincia.—Los PP. Franciscanos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Hospital de San Lázaro.—Los PP. Dominicos: su llegada.—El convento y la iglesia.—Rentas.—Colegio de Santo Tomás.—La Universidad.—Colegio de San Juan de Letrán.—Beaterio de Santa Catalina.—Beaterio de la Madre Paula.—Hospital de San Gabriel.—Los PP. Jesuitas: su llegada.—Fundan colegio é igle- | |

| | |
|---|-----|
| sia.—Los PP. Recoletos: su llegada.—Sus conventos.—Rentas.—Los Padres Hospitalarios: su llegada.—Hospitales.—El Seminario conciliar.—Cómo se sostiene.—Beaterio llamado de la Compañía.—Colegio de Santa Potenciana.—Colegio de Santa Isabel.—Casa de recogidas.—Las demás casas de Manila, son particulares.—Extensión que ocupan, con relación á la que ocupan los edificios públicos | 217 |
| CAPÍTULO XII.—Poder de los antiguos gobernadores de Filipinas.—Sueldo que disfrutaban.—Auxiliares del Gobernador.—La Real Audiencia.—El Cabildo.—Tribunal del Consulado.—Real Contaduría.—Tribunal del Arzobispado.—Comisaría de la Inquisición.—Tribunal de la Santa Cruzada.—La Universidad.—Rentas de las Cajas Reales.—Nuevos ingresos.—La siembra del tabaco y las trampas que se hacían en el manejo de este negocio.—Las Obras pías.—Fiestas públicas en Manila | 239 |
| CAPÍTULO XIII.—Población de Manila con sus arrabales.—Los chinos.—Sus traiciones, falacias, negocios, etc.—Los japones.—Religión única cuyo culto se permite en Filipinas.—El comercio de Acapulco.—Su historia y particularidades.—Observaciones del autor.—Las comidas.—Las diversiones.—Las costumbres entre los manilenses.—Condenación del buyo y del tabaco.—Nuevos reparos á Mr. Le Gentil. | 259 |
| CAPÍTULO XIV.—La provincia de Tondo.—Confines.—Configuración del terreno.—Producciones.—Aves.—Reptiles.—Clima.—Número de habitantes.—Dificultades que existen para precisar este número.—Los indios.—Su genio.—Su ingenio.—En qué se diferencian los de Tondo de los demás indios tagalos.—Industrias y manufacturas.—Labores agrícolas.—Comercio.—Usos y costumbres.—Idiomas.—La cuestión del castellano.—Juegos y otros vicios.—Remedio para evitar el fomento de éstos | 283 |
| CAPÍTULO XV.—La provincia de Cavite: confines.—Número de tributos.—Maragondón.—El terreno y sus productos.—La campana encantada.—El monte prodigioso.—Un desierto.—Pescados y moluscos.—Los que cita y describe el P. San Antonio.—El caimán.—Las puntas que hay en Cavite.—La ciudad.—El Arsenal.—Los judíos de Maragondón.—La ermita de Puerta Baga.—Tierra Alta.—Los indios de este partido. | 305 |
| CAPÍTULO XVI.—Determina el General visitar la provincia de Bulacán.—Invita al Autor.—El sitio de Arroceros.—Sus vicisitudes.—Nombres de las personas que acompañaban al General.—Las bandalas.—El hospital de San Lázaro.—La enfermedad y sus efectos.—El edificio del hospital.—Sus rentas.—Su antigua situación.—Reformas que, en opinión del Autor, debieran introducirse en el régimen interior del hospital.—La Loma.—Caloocan.—Su situación.—Defectos de la administración espiritual, por la mala repartición de las jurisdicciones.—Una anécdota curiosa.—Condiciones del terreno recorrido.—Tinajeros.—Recuerdo histórico.—La hacienda de Maysilo.—Sigue el recuerdo histórico, referente á la guerra de los ingleses.—La hacienda de Piedad.—Inconvenientes de ciertos expedientes.—Producciones del terreno de Tinajeros y los circunvecinos.—Los habitantes.—El estero de Tinajeros. | 323 |
| CAPÍTULO XVII.—Polo.—Malinta.—Perjuicios de los contrabandistas á la ganadería.—El añil.—Quién fué el primero que lo sembró.—Recuerdo his- | |

tórico de la guerra de los ingleses.—Escaramuzas.—La batalla de Malinta.—Los conventos de los Franciscanos.—El convento é iglesia de Polo.—Número de tributos.—El tiangué.—Ovando.—Nuevo recuerdo histórico.—Meycauayan.—Su convento.—Número de tributos.—Canteras notables.—Meycauayan en la guerra de los ingleses.—De Meycauayan á Marilao.—El pueblo.—La hacienda de Lolomboy.—Bocaué.—Sus tributos, etc.—Santa María.—Observaciones del Autor acerca de la necesidad que hay de frailes.—Particularidades de *la Rinconada*. 341

CAPÍTULO XVIII.—Salida de Bocaué; llegada á Bigaa.—El recibimiento.—Cómo cantan los indios cuando están solos.—El pueblo; sus particularidades.—El contrato sanlangbili.—Observaciones acerca del terreno de Bigaa.—Aprovechamientos que se les niega á los indios.—El camino de Bigaa á Baliuag.—Lo que falta, en general, á los caminos de Filipinas.—Dificultades con que luchan los alcaldes para construirlos.—Remedio que el Autor propone para cortar ciertos abusos.—Cómo hay que tratar á los indios en este particular.—Llegada á Bulacán.—El convento; la casa real, etc.—La cárcel: males que en ella existen.—Remedio que el Autor propone.—Sueldo y beneficios del administrador del vino.—Íd. id. del administrador de la bonga.—Íd. id. del administrador del tabaco.—Chan-chullos que hacen todos éstos y sus dependientes.—El arriendo del juego de gallos.—Número de tributos del pueblo de Bulacán.—Otras noticias. 361

CAPÍTULO XIX.—Particularidades de Quingua.—Bellezas del campo.—Tristeza que produce cuando se está solo.—El río.—Baño inopinado.—Caza.—El cultivo y beneficio del tabaco.—Relativa felicidad de los indios de Quingua.—Una anécdota chistosa.—Predicación de los párrocos contra los charlatanes explotadores.—Los amuletos.—La hacienda del marqués de Salinas.—Recuerdo de un pleito.—Una mujer azotada.—Tenacidad de los indios en lo tocante al derecho de propiedad de las tierras.—Comociones en los pueblos, por efecto de esta tenacidad.—El pueblo de San Isidro.—Cuéntase cómo murieron dos valentones.—Los bandidos: referencia curiosa.—Guiguinto.—Particularidades del terreno comarcano.—Observaciones del Autor acerca de la distribución del trabajo personal. 381

CAPÍTULO XX.—Baliuag.—El recibimiento hecho á los expedicionarios.—La plaza.—El convento y la iglesia.—El río.—¿Cuál es su origen?—Producciones principales de los terrenos que rodean á Baliuag.—El añil.—Cultivo, beneficio y comercio del mismo.—Trampas de indios y chinos.—Una copla anecdótica.—El tabaco.—Su cultivo y beneficio.—Maniobras ilícitas que se hacen con los fardos: todos ganan, gracias á ellas, menos la Renta.—El tiangué de Baliuag.—Los demás que hay periódicamente en la provincia de Bulacán.—La hacienda de Buenavista.—Vida que hacían los expedicionarios. 399

CAPÍTULO XXI.—Salida para Angat.—El recibimiento.—La iglesia y el convento.—El terreno.—Cámino de la fábrica de hierro.—Particularidades que observan los viajeros.—El agua del río.—Virtudes del agua ferruginosa.—Un aguacero.—Recuerdo de otro.—Los negritos.—En qué consiste el nañgangagao, y por qué lo hacen.—Opinión del P. San Antonio acerca del origen de los aetas.—Usos y costumbres de los mismos.—Opinión del

- Autor.—Reparos á Cook y otros viajeros.—Digresión acerca del origen de los pobladores de las islas del mar del Sur.—Importancia de las lenguas para resolver este asunto.—Vuelve á hablarse de la nao de Acapulco, y de lo que este comercio perjudicó á la industria filipina.—Reflexiones que el Gobierno debiera tener en cuenta.—Desistese de ir á la mina de hierro.—La caza.—Espléndida comida.—Regreso á Balluag..... 413
- CAPÍTULO XXII.—Expedición á Malolos.—Su convento é iglesia.—El tian-gue.—Número de tributos.—Ocupaciones principales de sus habitantes.—Calumpit.—Otros pueblos que rodean el pinag.—Hagonoy.—Cosas más notables de este pueblo.—La pesca de la lisa, el dalag y el hito.—El cultivo del arroz.—Riqueza de los manglares.—El vino de nipa.—Abusos de los comisionados.—Recuerdo histórico: los ingleses en Bulacán y en Malolos.—De Bulacán á Balluag.—Peripecias de la jornada.—Expedición á Calumpit.—El acopio de la bonga.—Abusos.—El bagbag del capitán Colás.—El arroz paga.—Otras particularidades del terreno de Calumpit... 437
- CAPÍTULO XXIII.—Provincia de la Pampanga.—Confines.—División en *alta* y *baja*.—Número de tributos.—Rios principales.—Necesidad de un canal que una Pangasinán con Manila.—Configuración del terreno.—El monte Arayat.—Principales producciones.—Las cosechas del arroz.—Cuál es la más importante.—Preocupaciones de un respectable ex provincial.—Cómo le contradice el Autor.—El pinag de Candaba.—Las bombas de viento.—Caza que se cria en los montes.—La lubricidad de los chinos.—Productos del terreno de los montes.—Recuerdo histórico de una sublevación de pampangos.—El tabaco.—Abusos de los agentes del resguardo.—Noticia histórica de la conquista de la Pampanga por los españoles.—Deslealtad de los caciques Solimán y Lacandola.—Los antiguos pampangos.—Misiones.—Número de tributos de algunas de éstas.—Otras noticias.—Los infieles.—Sus bárbaras costumbres.—Canibalismo.—El Sr. Santa Justa y Rufina.—Cómo los Agustinos dejaron la Pampanga.—Alternativas de D. Simón de Anda.—Lo que era en deber á los Agustinos, y el pago que les dió.—Carnicería que con los chinos hizo el Sr. Anda Salazar.—Resentimiento personal de éste con un Padre provincial.—Los frailes que en la Pampanga se sujetaron á la visita diocesana.—Idioma de los pampangos.—¿Son originarios de Sumatra?—Cítase la opinión del P. San Antonio.—Comercio de la Pampanga.—Los pampangos apenas se diferencian de los tagalos.—La fama de valientes de los pampangos, discútele el P. Zúñiga y acaba por negarla..... 459
- CAPÍTULO XXIV.—La provincia de Bataan.—Cómo se formó.—Descripción de la jurisdicción de Mariveles, según el P. San Antonio.—Nueva cita del mismo Padre, referente á una parte de la Pampanga.—Número de tributos de Bataan.—Digresión á propósito del extraordinario aumento de población habido en las colonias españolas.—El abandono ingénito de los indios.—El P. Las Casas, sus secuaces y los panegiristas de los primeros conquistadores.—El terreno de Bataan.—Producciones.—Indolencia de los indios.—Viven al día.—Negocios de los mestizos chinos.—Producto de los manglares.—Una cita de los *Viajes* de Mr. Le Gentil.—Rectifica el P. Zúñiga.—Riqueza de los montes: maderas y caza.—Abusos de

| | |
|--|-----|
| los alcaldes.—Una anécdota curiosa acerca de los negritos.—Lengua que se habla en Bataan.—Vicios principales de los indios.—Comercio.—Lo que produce el tributo..... | 485 |
| CAPÍTULO XXV.—La provincia de Zambales.—Su situación.—Descripción del P. San Antonio.—Masinloc.—Iba.—Producciones.—Importancia del puerto de Súbic, según Le Gentil.—Desmiéntela el P. Zúñiga.—Viaje que hizo el general Álava.—Recuerdo histórico: Juan de Salcedo.—Los primeros evangelizadores en Zambales.—Los Recoletos.—Lengua de los zambales.—Digresión acerca de la potencia intelectual de los indios: objeciones á Feijoo y al abate Masdeu: compárase á las razas de indios americanos y filipinos con las razas europeas: consecuencias que se obtienen.—La brújula, la pólvora, la imprenta.—La poesía y otras manifestaciones de la fantasía, la imaginación y el talento.—La fuerza de Playa honda.—Los piratas.—Lo que produce el tributo..... | 501 |
| CAPÍTULO XXVI.—Regreso á Manila.—Límites de la provincia de Bulacán.—Producciones de sus montes.—Las canteras de Meycauyan.—Pescados.—El añil.—Diferentes clases de caña dulce.—Esteros.—Tributantes.—Abusos que cometen los gobernadorcillos y otros funcionarios.—El manglar.—Los registradores: sus ardides para explotar á los indios.—Otras producciones del terreno de Bulacán.—Plantas medicinales.—Una flor rara.—Aves.—Insectos y otros animalitos.—Ociosidad de los indios.—Número de éstos en la provincia.—El algodón y la sal.—Observaciones á las <i>Instrucciones</i> del superior Gobierno.—Comercio.—Indumentaria.—Un entierro famoso.—Hábitos de San Agustín y de San Francisco.—Reparos á Mr. Cook.—Necesidad de que las casas de los indios no se hallen desparramadas por los campos.—Conversión de los bulaqueños.—Clima.—Total de tributos del Arzobispado de Manila.—Idioma que se habla en las provincias de que éste consta.—Algunas observaciones acerca de la nación tagala en relación de otras del Archipiélago filipino.—«Estado que manifiesta los tributos de indios y mestizos del Arzobispado de Manila y el importe de lo que pagan al Rey»..... | 519 |
| Tabla de materias..... | 541 |
| Colofón..... | 551 |

A. M. D. G.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
EN MADRID, EN CASA DE LA
VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS,
EL DOS DE MARZO DE
MØCCCXCIII

AÑOS

